

Obras Selectas



COLECCION

"PENSADORES POLITICOS COLOMBIANOS"

CAMARA DE REPRESENTANTES

ALFONSO PATIÑO ROSSELLI
SELECCION E INTRODUCCION

AUGUSTO RAMIREZ MORENO
OBRAS SELECTAS

COLECCION
"PENSADORES POLITICOS COLOMBIANOS"
CAMARA DE REPRESENTANTES

BOGOTA, D. E. – IMPRENTA NACIONAL – 1984



CONTENIDO

Págs.

Págs.

INTRODUCCION

por **Alfonso Patiño Rosselli.**

En la generación que siguió a la del Centenario —llamada de **los Penúltimos** por uno de sus más caracterizados miembros, Juan Lozano y Lozano, y de **los Nuevos** al referirse a sus figuras literarias— Augusto Ramírez Moreno ocupó precozmente uno de los primeros sitios, posición que el paso de los años confirmó constantemente hasta su muerte, y que después de ella ha seguido siendo reconocida sin reservas. No es poco decir, tratándose de una generación de la cual formaron parte, entre los políticos, Darío Echandía y Alberto Lleras; Silvio Villegas, Eliseo Arango y José Camacho Carreño; Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay, y Juan y Carlos Lozano y Lozano, y entre los hombres de letras Rafael Maya, León de Greiff, Germán Pardo García, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, José Umaña Bernal y Eduardo Zalamea Borda.

Aunque por años estuvo consagrado al ejercicio de la abogacía y como diplomático prestó a Colombia servicios de singular mérito, Ramírez Moreno vivió principalmente en la política desde su adolescencia hasta sus últimos días. Obtuvo en ella triunfos insignes y sufrió prolongadas etapas de adversidad —si así pueden llamarse períodos en que hubo de ceder a otros el comando de su partido, pero en los cuales sostuvo ideas y planteamientos cuya solidez habría de imponerse durante esos mismos lapsos o poco más adelante—.

Así en la victoria como en la derrota su actividad política se identificó siempre con el más noble y desinteresado empeño patriótico y con los más altos valores. La perdurable y ejemplar lección que ello entraña constituye el principal de sus legados.

Como orador fue uno de los mayores en todo el histórico recorrido de la nación de José Acevedo y Gómez, Antonio Nariño, Julio Arboleda, José María Rojas Garrido, Carlos Holguín, Miguel Antonio Caro, José Vicente Concha, Guillermo Valencia, Rafael Uribe Uribe, Laureano Gómez, Enrique Olaya Herrera, Jorge Eliécer Gaitán, José Camacho Carreño, Carlos Arango Vélez, José Umaña Bernal, Luis López de Mesa, Guillermo León Valencia, Fernando Londoño y Londoño, Misael Pastrana y Belisario Betancur.

La originalidad, condición esencial de la elocuencia, dominó en mayor grado la de Augusto Ramírez Moreno que la de cualquiera otro de los grandes oradores colombianos. Sus discursos trajeron a nuestras tribunas un acento lírico peculiar, no conocido jamás antes de él, ni vuelto a percibir después de su desaparición. Dejaban sobre las vértebras de la multitud "las sensaciones alternas del escalofrío y la fiebre", según feliz comentario de El País a su maestra improvisación del 18 de septiembre de 1932, en la manifestación patriótica ocasionada en Bogotá por el conflicto de Leticia.

"Fulgurante" fue el calificativo dado con mayor frecuencia a su estilo y es también el que hoy le corresponde. "Todos los días conquista para sus armas nuevo fulgor", afirmaba de Ramírez en febrero de 1935 La Patria de Manizales. Es el fulgor que ilumina cada una de las páginas de esta selección.

Algunas de sus más fulgurantes arengas improvisadas nunca fueron reconstruidas y no pueden hallarse, por tanto, en el presente volumen. Una de ellas, por ejemplo, la ya aludida de 1932. Sus "Obras Selectas" omiten probablemente, por la razón anotada, nada menos que ciertas de sus mayores oraciones. Lamentable en extremo es el hecho de que no haya Ramírez Moreno imitado a Cicerón, quien dedicó largas jornadas, como es bien sabido, a dejar a la posteridad el texto de sus discursos.

Juan Lozano y Lozano, en el ensayo que destinó a ARM en 1943 y que incluyó al año siguiente en "Mis Contemporáneos", después de expresar que "Contrariamente a lo que las gentes piensan de Augusto Ramírez Moreno, él representa entre nosotros un llamamiento al sentido común, a la realidad evidente, a la practicidad, a la sinceridad, a la vida simple y serena", afirmó que "el solo enemigo que ha tenido ha sido su retórica. El ama la paradoja, la cual es una verdad todavía no aceptada o todavía no afrontada. Una manera peculiar, estrambótica, enrevesada, sorprendente, de decir las cosas más puestas en razón, ha hecho creer a las gentes que este político, colocado en una posición directiva, sería, como el general Mosquera, 'un mico en un pesebre'. De aquí que todos los caminos de la oportunidad política se hayan cerrado a su paso. Sería bueno llevar a Ramírez Moreno al directorio conservador, dicen sus copartidarios, quienes le reconocen altos méritos y servicios; sería bueno ensayar a Ramírez Moreno en un elevado empleo público, se han dicho a sí mismos algunos gobernantes. Sería bueno; pero ¿quién lo aguanta? Es esta la idea errada, pero explicable, que se tiene de Augusto Ramírez Moreno. Las gentes se fían de la más engañosa de las apariencias, y Augusto Ramírez Moreno expía el delito de su estilo literario. Algo semejante sucede en Colombia con el maestro López de Mesa, el más realista de los colombianos, a quien su lenguaje peculiar ha elevado a la estratosfera".

Aunque le haya implicado obstáculos en su carrera política, la retórica de Ramírez Moreno tuvo significación que obliga a considerar venturoso el hecho de que la hubiese poseído. Ella subyugó a las juventudes de su partido y su eco sigue y seguirá alucinando a cada nueva generación de colombianos. Los frutos que hipotéticamente se hubieran derivado de su mayor encumbramiento en los campos del poder a cambio de un estilo menos suyo, difícilmente superarían los que por largo tiempo continuarán desprendiéndose de la fascinación de un idioma inimitable que unió al aire legendario de José Eusebio Caro, de Julio Arboleda y del Marqués de Bradomín la magia verbal de D'Annunzio.

Tras todos los combates políticos de Ramírez Moreno, en que abundaron sus hazañas y a los que destinó la mayor parte de su vida, cuanto perdura de él, además de su ejemplo de servicio a las más altas causas, es precisamente la resonancia de esa clarinada sin par que fue su elocuencia. Tan valioso como sus actuaciones, que contribuyeron en muy importante escala a conservar la mejor tradición de nuestras corporaciones legislativas y de nuestra oratoria de plaza pública y que recordaron a la vez el arrojo del Cid y de don Quijote y el pragmatismo de estadistas como Disraeli —su modelo predilecto—, fue el brillo —el fulgor—, obnubilante y singularísimo de su expresión. Es imposible separar a Ramírez Moreno de su estilo literario, que correspondió a su estilo vital y que no representó algo adjetivo, pues se identificó con su propia sustancia. Tan imposible como separar de los suyos a Laureano Gómez, a Guillermo Valencia, o a Alberto Lleras, por ejemplo.

Que era completamente errónea —como lo puso de presente el mismo Juan Lozano— la idea que según éste existía sobre Ramírez Moreno en algunos sectores de la opinión nacional hacia 1943, quedó del todo demostrado por la extraordinaria eficiencia con que en etapa difícil del primer gobierno del Frente Nacional desempeñó el ministerio de gobierno.

De interés es, desde luego, el concepto de este gigante de la elocuencia sobre la oratoria de sus contemporáneos.

En 1940 manifestó lo siguiente, en entrevista concedida a El Tiempo:

> "El más grande orador colombiano es Guillermo Valencia; el mejor orador parlamentario es Laureano Gómez; los mejores oradores de recinto cerrado Eliseo Arango, Darío Echandía y Gilberto Alzate Avendaño; los mejores oradores de plaza Silvio Villegas, Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Carlos Arango Vélez, José Umaña Bernal; los improvisadores más altos Eduardo Santos, Fernando Londoño, Eleuterio Serna, Manuel Serrano Blanco, y los mejores oradores forenses Carlos Lozano y Lozano, Miguel Moreno Jaramillo y Eduardo Zuleta Angel".

Posteriormente, en 1943, en la ya citada entrevista con Juan Lozano, expresó sobre el mismo tema:

> "Frecuentemente se me pide opinión sobre los tribunos en boga: Fernando Londoño y Laureano Gómez, Silvio Villegas y

Arango Vélez. De una vez por todas quiero explicar que se trata de cantidades heterogéneas, que no pueden compararse. Hay tres elocuencias: la melódica, que va desde el canario hasta el gallo de riña, pasando por el sinsonte y el turpial. Es la forma auténtica de la oratoria y en su subsuelo descubrimos siempre la gran cultura o el certero instinto literario. Allí caben Londoño, Rafael Maya, Eduardo Santos, Carlos Lozano, Forero Benavides, Silvio Villegas, José Umaña Bernal, Manuel Serrano Blanco, Guillermo León Valencia, Estrada Monsalve, César Tulio Delgado y uno de sus más grandes maestros: Carlos Echeverri Herrera.

Está la elocuencia del graznido, que va del azor al cóndor, pasando por el gavilán, el águila y el buitre; allí es Laureano Gómez un emperador, y monarcas de garra y pico Arango Vélez, Gaitán, Turbay, Alfonso Araújo, Eliseo Arango.

Y está la elocuencia leonina, la del rugido, la de Rojas Garrido, Caro y Concha, que obra por zarpazos, vagabundos y enormes como los cometas. Cuando uno de esos hombres habla, hay un terremoto moral en el auditorio, su impacto 'en el alma líquida de las muchedumbres' parece un cataclismo de la historia.

Cuando ocurre un mestizaje en los géneros descritos, cuando el león se injerta monstruosamente en la mirla, nos hallamos entonces ante Guillermo Valencia; y de aquí que sus discursos —en la frescura de la inmortalidad que todos los días nace— parezcan serafines ebrios, de una belleza delirante.

Darío Echandía, Carlos Lleras Restrepo, Gonzalo Restrepo, Gilberto Alzate Avendaño, Londoño Palacio, pertenecen al mundo verbal de Waldeck-Rousseau, en que la palabra no es música, ni grito, ni rugido, sino dialéctica pura".

Parécenos que en la oratoria de Ramírez se dio también un mestizaje de los géneros por él señalados. Los serafines de la de Guillermo Valencia son sobrios al lado de los que colman la suya.

No hay duda de que numerosos de los discursos incluidos en las páginas que siguen soportarán el paso de los tiempos y darán a la posteridad testimonio de particular riqueza en el pensar y en el decir.

¿Cómo no habrá de resonar en el futuro, al lado de otras muchas de sus oraciones políticas aquella denominada "La Patria Nueva", que pronunció en la campaña presidencial de Ospina Pérez y que concluyó lapidariamente:

> "Mariano Ospina Pérez en el solio de los presidentes corona una tradición y sirve de escabel al futuro; encarna el deseo de los tiempos, porque él se ha colocado en esa calle de la Historia donde reside toda patria y una de cuyas aceras tiene ataúdes por ladrillos, a tiempo que en la opuesta las baldosas son cunas. Ospina es un acto de fidelidad con los contemporáneos y un acto de piedad con nuestros fundadores"?

Su panegírico de Alzate Avendaño, al igual que otras piezas suyas del género, es modelo sobrecogedor que desafía las modas literarias:

"¿Quién el protagonista? ¿Quién el hombre de pecho desmesurado y de rotunda andadura que pasa, resoplando, por las amplias naves de la historia? ¿De quién el inmenso ojo claro, espejo del rayo, al soplo de la cólera? Y esa pluma de alabastro y ese verbo que electrizan, ¿son de Concha o los Caro? No: Es Alzate, hijodalgo montañero que fue soplado por el genio y que con un movimiento de soberana violencia arrojó su corona, quedando divinamente calvo, para que el resplandor de la anchurosa testa iluminara las rutas de la posteridad".

En su "Ditirambo" de Bolívar, pronunciado en Sonsón en 1946, la voz de Ramírez Moreno fue la más auténtica expresión de generaciones y generaciones de los pueblos libertados por el Genio:

"La avidez de tu gloria con nada se sacia. Si aflora una rica veta mineral en la entraña de la tierra, se llama Bolívar; si un puerto se abre, si un premio se crea, si un niño nace, si una potente quilla virginal cae al agua, si un motor resuena, si un lucero nuevo se descubre, los ponemos: ¡Bolívar! Si una pluma como la de Rodó aspira a cerrar clásicamente su itinerario, escribe: ¡Bolívar! Si la garganta de Valencia quiere musicalizarse con el más hermoso grito, el Aeda incorpora su fosforescente silueta, para deletrear, Bolívar, tu nombre, como lo silabean los Arcángeles. Los viajeros de la historia se pasman del área inmensa calentada por el sol de tu vida y los de la tierra te encuentran en París, en Nueva York, en Buenos Aires, repetido en todos los puntos cardinales, sin que un solo israelita o cristiano, musulmán o idólatra, ignore el contenido de tu nombre, cuando, al pasar, columbra la distancia que media entre tus pies y tu cabeza.

Conocimos tu fisonomía, abriendo con tanto deleite el oído al rumor sacratísimo de las tradiciones, que ahora parece que te venteamos en la sangre, desechamos inmediatamente lo que no se te asemeja, reconocemos tu cara y tu estatura, torneando entre el bosque de atléticas siluetas que sembró en el suelo fiel del recuerdo la tenaz marea de la Historia. Sabemos cómo era la gamuza de tus guantes y nos hiere la pupila, como si estuviera bajo nuestros ojos de carne, el charol bruñido de tus botas de fiesta. No pudiste ocuparte jamás de ti, porque solo te alcanzó el alma para soñar con nosotros; por eso, cuando Sonsón te alza un nuevo monumento imperecedero de gratitud filial, pulo mi ditirambo, como un espejo, para que en él te mires y sepas cómo fuiste.

El talón se abría como refinada copa, con los tobillos —ópalos amarillentos— haciendo papel de asas; en él se injertaba delicadamente la pierna esquelética y férrea de venado al galope. La cintura estrechísima, cubierta de diamante hubo de ser para no doblegarse apesantada por el gajo de tus riñones por-

tentosos que sin fatiga sobrellevaron el peso de tu corazón sobrehumano, en viajes inverosímiles de Quito a Caracas y desde Bogotá hasta Lima. El tórax no pudo ser robusto, porque exiguo es el precioso relicario que sirve de esmaltado escudo para defender las prendas de un ensueño; por el dibujo del cuello, recordabas los pájaros; fue el bajo maxilar benigno; efusiva y férvida la boca; la nariz pequeña se agigantaba con un furioso ímpetu al olor de la tempestad, que cabía toda, en las delicadas aletas; los pópulos sin violencia, acusaban tu magnanimidad extraterrestre; los ojos eran dos serafines de ónix y de oro, colocados en cien arcos y flechas al pie de una mínima cúpula perfecta; y es tu pequeño cráneo la cobija de veinte millones de hombres, de diez mil plazas y de seis capitolios.

Tu silueta morena, cribada de cinceles, brota de los dedos en ascua de los escultores, que retroceden, electrizados, al contacto de tus manos vehementes.

¡Ah! Y tu voz ¡Esa no podrá nadie reproducirla jamás, por el enorme y diverso acopio de sus elementos sinfónicos! Cómo sería, que rebanó el viento y silenció la catarata; fue pan del soldado y penacho de fusilería, brújula sabia de los cañones, espuela de los caballos, rígida regla de los mariscales; burbujeante néctar de hermosas y collar crepitante en la garganta de la poesía... ¡Tu voz! ¡Cómo sería que cabalgó —desnuda Amazona— sobre el tajante filo de tu espada! Por eso, la tuya, profunda y melódica, parece el combinado prodigio en que alternan la embriaguez de las flautas nonchalantes, el susurro de los secretos gratos, las radiantes arengas del combate y la doctísima palabra que orientó a los Congresos...".

Muestran sobradamente las anteriores transcripciones la calidad que ostentan estas "Obras Selectas". No dejará el lector de concordar con Jorge Robledo Ortiz, cuando en su artículo "La Muerte de un Leopardo", expresó:

"El Capitolio Nacional podrá olvidarse de la fecha en la que echaron sus cimientos y del arquitecto que trazó la geometría de sus columnas dóricas, pero nunca podrá borrar de sus mármoles el verbo, los gestos y la fuerza devastadora de esa tempestad que se llamó Augusto Ramírez Moreno".

LA INFANCIA DE UN LEOPARDO

Augusto Ramírez Moreno nació en Medellín el 23 de noviembre de 1900, en el hogar de Enrique Ramírez Gómez, jurista de cuyas muy altas dotes da idea alegato suyo ante la corte suprema de justicia que se halla como apéndice en el "Tratado sobre la Falsedad" [1] y Mer-

[1] Obras de ARM, página 1ª del presente volumen.

cedes Moreno Ramírez, de los Moreno de Santo Domingo, "que son los blancos de Medellín", según en un estudio sobre Los Leopardos puso de presente Fernando Uribe Restrepo[2].

En entrevista concedida a Arturo Abella en 1968[3], Augusto manifestó:

> "Heredé la altanería de mi padre, altanería que no es otra cosa que un burladero ante las gentes para que no nos coman a dedazos. Fue un jurisconsulto de alcurnia, cuyos fallos aún se recuerdan en los Tribunales de Medellín, Manizales e Ibagué. Era el hijo de Domingo Ramírez y Bartolomé Gómez, conservadores. Pero la torre doctrinaria de la familia era la vieja doña Bartola. Ocupaba a mi padre de siete años, cuando vivían en Marinilla, en el arriesgado deporte de meterle pertrechos en una mochila para que atravesara las filas liberales y abasteciera de municiones a los conservadores".
>
> "Tenía cuatro años —dice más adelante en la misma entrevista—, cuando la familia se trasladó a Ibagué en mula. Catorce días duró el viaje. En Ibagué eché mis primeros ajos y aprendí las primeras letras. Por eso quedé muy vinculado a esa ciudad, que es señorial y británica".

En "Los Leopardos" evoca sus vacaciones de niño en el Tolima:

> "Al fin del año las vacaciones se disfrutaban en el Tolima, sobre un alto y fino estribo de la Cordillera Central, a una distancia invencible de toda civilización. Siete varones gobernados por el mayor de ellos, en tercera clase iban a Girardot. Aquel contacto sobre las duras bancas del tren con el pueblo bajo de su país eran un eslabón precioso en la cadena de experiencias colombianas que le darían a Sergio el conocimiento de su gente, el instinto de la acción victoriosa ante la muchedumbre. El intelectual iba a sufrir, pero el político se hacia fuerte, lozano e infalible. Cada palabra y cada acento enriquecían la capa vegetal de su colombianismo fértil. Caído desde la altura de su orgullo en aquella plebe feraz, su corazón iba adquiriendo el relieve de una enseña nacionalista.
>
> Cuatro días a caballo de Girardot a 'San Andrés', nombre de la finca, situada en jurisdicción del Corregidor de Riomanso. El camino estaba lleno de variedades panorámicas.
>
> El río Magdalena en Girardot, el llano profundo, 'el plan' de la juvenil estribación, cálida todavía, el sosegado declive en los accidentes, el salto brutal hacia alturas que agujereaban el firmamento, descensos prodigiosos hacia cañadas llenas de aroma, de música y de misterio.

---

[2] **El Espectador**, Magazín Dominical, mayo 12 de 1974.

[3] **El Tiempo**, 15 de enero de 1968.

Nada valían las dificultades del viaje, incómodo cual ninguno, por la compensación maravillosa que ofrecían la tierra y el cielo.

Primero que todo, ya había un rico don en aquel tránsito del colegio, pronto a las solicitudes de la imaginación, prácticamente inútil para la inteligencia de un alumno desaprovechado donde Sergio se entregaba a los ensueños más peligrosos y estúpidos, a los soles y a los aires, a los calores y a los fríos, a las fatigas y a los reposos violentos de aquel viaje abominable sobre bestias de trote homicida, a horcajadas sobre la humildad rampante de los malísimos aperos. Los rumores confusos de su corazón, grande, misterioso y niño, los alaridos criminales de su imaginación, eran reemplazados por los vigorosos timbres de una tierra en que el trópico despliega en formas múltiples una gracia profunda, musical e incomparable. El despertar del día contemplado desde una altura tan fantástica que el río Magdalena se miraba con el ojo desnudo, aun cuando para ir a su orilla eran necesarias tres jornadas, o el huir de la tarde, esquiva y linda y mate, como una venada, por entre las paredes estrechas de profundidades aterradoras, y estos cambios de perenne influjo, acondicionados por todos los colores del cielo y por todas las flautas de la tierra, crearon en Sergio una flexibilidad rarísima que los observadores superficiales llamaban testarudéz. El arte de hablar como dialogante o como soliloquista sufrió también la marca de aquellos itinerarios, repetidos por Sergio durante nueve años; el dramatismo de sus cambios de tono literario —que muchas veces fueron infortunados pasos del buen gusto al mal gusto— y su extravagante sentido de la eufonía, son el rastro del susurro, de los cantos difusos, del viento, del parloteo de las plantas ágilmente inclinadas, de los ruidos polífonos que transitaban por la inmensidad de esas regiones.

Acarreo de leña, troncos, ajetreo de simple cocina, hacha, machete, 'calabozo' o 'tacizo', azadón, caminatas, brega con los animales domésticos y con los del monte, fueron los varoniles deportes de nueve años de vacaciones en la selva pura, sin artificio, con su atractivo y con sus peligros...

Ya los niños de buena familia no viajan en tercera clase, no caminan descalzos, no cargan fardos de tres y cuatro arrobas por empinadas cuestas, no oyen del propio labio campesino la odisea de Sebastián de las Gracias, no comen frugalmente y no duermen sobre las tablas peladas, no se internan descalzos en el monte, solos y sin brújula, persiguiendo un 'cuzumbo' o en busca de una pava 'gurría'. Los niños se desmoralizan y ablandan en su medio, sin posibilidades de conocer cosas distintas. Sergio ha bebido en proporciones iguales té y agua de panela. Conoce las montañas de Colombia, las calles de Londres y los bulevares de París".

En 1909 la familia se trasladó de Ibagué a Manizales.

"Iba a celebrarse el Centenario de la Independencia —re-

lata Ramírez en la entrevista con Abella—, con festejos, alegorías, carrozas. No había sino tres coches. A mí me eligieron para que en el coche de don Félix Salazar, el viejo, acompañara a su sobrina Isabel Botero. Me embadurnaron el cuero de color cobrizo, me pusieron plumas y me colgaron un carcaj lleno de flechas. Ibamos en el tablado de la carroza con Isabel cuando de improviso la tarima se vino al suelo y nosotros también. Una rueda del coche pasó sobre mi pulgar y me dejó colgando el dedo. Eso fue un acontecimiento en la ciudad. Con mi aspecto de una lombriz distinguida, me llevaron a una farmacia y sobre el mostrador me acabaron de cortar el dedo. Y aquí ves este muñón inglorioso que tengo".

SAN BARTOLOME

En enero de 1911 llegó la familia Ramírez a Bogotá, donde Augusto ingresó al Colegio de San Bartolomé, plantel en el cual cursó todo el bachillerato.

> "Allí —cuenta en la citada entrevista— nació —aunque siempre estimulado por el atavismo, que es inexorable— mi vocación literaria. Fundamos un centro. Algunos propusieron que se llamara 'San Luis Gonzaga'. Me opuse. Yo estaba leyendo a Santiago Pérez Triana y sugerí este nombre para el centro. Se me vinieron encima. Y me expulsaron de la sociedad literaria. Me los eché a todos de enemigos...".

Pero Augusto fue miembro de otras academias literarias, que constituían moda ejemplar.

> "Solo en una de ellas —dice en 'Los Leopardos'— haría el hallazgo de tres hombres muy importantes. No fue, por cierto, en el Centro San Luis Gonzaga, ni en la Academia Donoso Cortés; fue en la sociedad Menéndez y Pelayo.
>
> Nicolás Llinás Vega, Juan Lozano y Lozano y Carlos Lozano y Lozano son los tres amigos que en 1916 encontró Sergio".

SANTA CLARA

En 1917 entró Ramírez a Santa Clara, la Facultad de Derecho. Allí formó con Nicolás Llinás Vega, Germán Arciniegas, Hernando de la Calle y Primitivo Crespo un grupo que Luis Eduardo Nieto Caballero denominó en El Espectador "Los Niños Precoces".

> "Eramos malos estudiantes —reveló a Abella—, teníamos fama de cierta pedantería intelectual, no hablábamos sino de política y de literatura. En aquella época no se había arreglado aún el problema de Panamá, y protestamos en carta a El Tiempo porque se le iba a regalar un busto de Santander a la Unión

Panamericana... Entramos a un centro de derecho internacional que se había fundado, como el centro aquel de San Bartolomé. Y lo hice tan imposible que me expulsaron... Había un centro de la juventud conservadora, que manejaba o controlaba o dirigía Luis Crespo. Como en ese tiempo las elecciones las hacían los alcaldes, las campañas las hacían los viejos jefes desde aquí. No tenían necesidad de salir. Y al directorio nacional no se podía llegar sino después de los 40 o 50 años. A través del Centro traté de sobresalir. En la Sociedad Literaria 'Rubén Darío' fuimos recibidos con Jorge Eliécer Gaitán. El era mayor y tenía la tontería de quitarse los años. Nos prestaban un salón de la calle octava 'El Salón de Caridad', para entrenarnos en oratoria. Ahí le oí un discurso a Jorge Eliécer Gaitán aprendido de memoria. Igualmente nos reuníamos en casa de los Lozano, porque eran miembros de esa sociedad.

Me gradué en 1922. Fui profesor de lógica en el Liceo Pío XI, por invitación de José Joaquín Casas. Ya podía conseguirme algunos empleos en la asamblea o en la cámara. En las elecciones del 18 hice mis primeras armas. Y aprendí a hablar, cosa que no he acabado de aprender, porque es más difícil que ser un gran poeta. En unión de Gustavo Otero Muñoz, Luis Augusto Cuervo y Diego Monsalve, convocamos una convención de juventudes conservadoras. En 'La Casa de los Muertos' (carrera 7ª entre calles 17 y 18, llamada asi porque ahí murieron muchos periódicos), se reunió la juventud. Allí pronunció un gran discurso Eduardo Zuleta Angel. Como delegado por el Chocó asistió Eliseo Arango. Aún no conocía a Silvio ni a Camacho Carreño.

La Universidad de Antioquia decretó una huelga porque se impidió la colocación del retrato de don Fidel Cano en una de sus aulas. Los estudiantes de Bogotá se reunieron en las oficinas de La República (el periódico de Alfonso Villegas Restrepo), para que se siguiera el ejemplo de los de Medellín. La mayoría fue partidaria de adherir a la huelga. Yo fui el único que se opuso. Me encaramé sobre el escritorio de Villegas Restrepo y pronuncié una arenga. Villegas estaba escribiendo el editorial. Como supondrás, lo escribía a la altura de mis tobillos. Eliseo, Silvio y José Camacho eran 'huelguistas'. En el parque de Santander pronunció Camacho su primer discurso. Se reveló como un taumaturgo de la palabra, hacía gárgaras con diamantes...".

"De los muchos centros de índole literaria y debatiente —se dice en 'Los Leopardos'— que había entonces, el único par de la 'Rubén Darío', era la Academia 'Ariel', en que figuraban José Umaña Bernal y Alvaro de Brigard".

En la misma novela política se destaca la significación de las reuniones —"todas las tardes a las cinco y todos los domingos de una a siete"— del café "Windsor", a las cuales asistían León de Greiff, Carlos Pérez Amaya, Alejandro Mesa Nicholls, Luis Tejada, Carlos Pellicer, Rafael Vásquez, Luis Vidales, Ricardo Rendón, Germán Pardo

García, Rafael Bernal Jiménez, Abel Marín, Miguel Rash Isla, Hernando de la Calle, Germán Arciniegas y Juan Lozano, y a las que se aficionó también Ramírez Moreno.

En "Los Leopardos" se señala, así mismo, la importancia que dentro de los contertulios del "Windsor" tuvo Carlos Pellicer, "mexicano, joven, ardiente, gran poeta y agitador, amigo ejemplarísimo al cual le debe una influencia que no se olvida ni se borra la juventud universitaria de 1919 y 1920".

LOS LEOPARDOS

Del grupo bipartidista de "Los Niños Precoces" pasó ARM a otro de unanimidad conservadora que habría de tener notables actuaciones políticas y de incorporarse por virtud de ellas a la historia nacional.

Eliseo Arango y Silvio Villegas provenían del Instituto Universitario de Manizales. Joaquín Fidalgo Hermida del Seminario de Popayán. José Camacho Carreño del Gimnasio Moderno de Bogotá.

> "A Augusto Ramírez Moreno —recordó Silvio Villegas[4]—, lo conocimos un día en las oficinas del periódico La República, que dirigía Alfonso Villegas Restrepo. Acababa de pronunciar una oración fúnebre en el entierro del general Arístides Fernández, vehemente y apasionada. Improvisaba con la misma facilidad que hoy, en un estilo de fuego, henchido de metáforas deslumbrantes. Mientras Arango y yo devorábamos bibliotecas, él se envanecía de no leer sino sus propios escritos. Pero es un lector clandestino. El se empeñó en formar el grupo de Los Leopardos, bautizado con este nombre en homenaje a tres ágiles felinos, auténtico orgullo de un circo de fieras que entonces visitaba a Bogotá".

El sepelio del general Fernández, en el cual llevó la palabra Ramírez Moreno, se efectuó el 1º de enero de 1923. Fue en dicho mes, por tanto, cuando se inició la amistad de quienes habrían de constituir en el mismo año el grupo político distinguido por su fiereza, arrogancia y desinterés singulares.

> "En la República —dijo también Silvio Villegas en 'No hay Enemigos a la Derecha'[5]— conocí a Augusto Ramírez Moreno, primero, y a Joaquín Fidalgo Hermida y José Camacho Carreño, más tarde. Veníamos de distintos polos geográficos y espirituales. Eliseo Arango era romano; Ramírez Moreno gótico; Camacho Carreño romántico. Nos reuníamos en un apartamento de la carrera 8ª entre calles 18 y 19, a discutir los más variados temas de literatura y de política. El grupo fue bautizado por

---

[4] Artículo de Silvio Villegas reproducido (sin indicación de fuente) en **La Patria** del 26 de febrero de 1974.

[5] Manizales, Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, 1937, página 78.

Ramírez Moreno en memoria de tres ágiles y combativos leopardos, auténtico orgullo de un circo de fieras que visitaba entonces a Bogotá. Germán Arciniegas fue quien primero lanzó el nombre al gran público. Audazmente acepté el reto en un artículo de El Nuevo Tiempo, titulado 'En la Cueva de Los Leopardos'. Nuestra primera manifestación conjunta fue un reportaje a La República, editado en la edición de estreno de sus nuevos talleres"[6].

En el ya tan citado reportaje a Arturo Abella, Ramírez Moreno se refiere así al nacimiento del grupo:

"Un día se me acercó Camacho y me dijo: Quiero ser amigo tuyo. Silvio era el más amigo de Eliseo Arango. José me llevó a Silvio y Silvio a Eliseo. Empezamos a hacernos conocer como oradores y escritores. Irrumpíamos como conservadores, en una ciudad como Bogotá, santa sede del liberalismo... Comenzaba el renacimiento de la juventud conservadora...

Los liberales trataron de nombrar 'maestro de la juventud colombiana' a José Vasconcelos, el pensador mexicano, quien por esa época era librepensador. Hubo una gran reunión de la juventud en el local del Conservatorio de Música. Allí hablaron Gabriel Turbay, Germán Arciniegas, Edgardo Manotas Wilches, José Joaquín Castro Martínez. Hablaron también Silvio, Camacho y Eliseo. Yo no hablé porque ya era graduado.

A la salida Silvio propuso que nos llamáramos 'los belicistas'. Pero en ese tiempo había en Bogotá un circo con una gran domadora, y yo creí mejor que nos llamáramos 'Los Leopardos' ".

Uribe Restrepo opina escépticamente en su ya citado estudio:

"Este relato del bautismo parece ser una de las acostumbradas tomaduras de pelo del humorista Ramírez Moreno. Ese circo difícilmente tendría leopardos y, de tenerlos, habrían de ser probablemente viejos, desdentados, desnutridos, deslucidos, y, de todos modos, cautivos. No podían ser, por tanto, la efigie adecuada de nuestros brillantes personajes. Podría pensarse más bien que al proponer tal nombre Augusto Ramírez estuviera pensando en su ídolo George Clemenceau, 'El Tigre', quien también era ídolo de sus compañeros".

Si bien se puede dudar de las reales condiciones de los leopardos del circo visitante, ello no es dable, en cambio, de la combatividad de quienes tomaron tal nombre para la batalla partidista, ni de la singular brillantez y el admirable coraje de sus actuaciones en la escena política.

---

[6] Del 12 de octubre de 1923.

En artículo publicado en 1928, ARM formuló una interpretación arquitectónica de la oratoria de Camacho, Villegas y Arango[7]:

"José Camacho Carreño, el más brillante entre nosotros, tiene el gusto dórico. Quien ha visto el frente Norte de nuestro Capitolio, puede pensar que le ha escuchado. Cada una de sus sentencias tiene la perfección de todas las otras, en recuerdo de ese bosque de columnas que dan al hombre la idea de haberse metamorfoseado en hormiga. Sus imágenes perfectas y túrgidas reproducen las ánforas sólidamente colocadas en la cumbre de piedra. Cuando el público desespera de ver la continuación equilibrada de la maravilla que acaba de escuchar, el tribuno descubre otro remate tan impasiblemente labrado como el que le precede. Todo obedece a una proporción más acabada cuanto más se repite. Las estrías que agracian su castellano sobrio se prolongan en leve declive clásico que muere y resucita cuando tocan la esquina cerrada de las manos que señalan el aplauso.

Silvio Villegas construye en bizantino-romano. Su elocuencia está llena de cúpulas, unas más altas que otras, pero todas sonoras. El pórtico se alza con orgullo, y desaparece en el desarrollo leonino de cada remate, que a su turno sirve como de punto de apoyo al próximo ascenso. Las esferas musicales se afirman sobre ángulos de ideas y finalizan en una curva de dilatado diámetro que domina y eclipsa el resto de la arenga.

Eliseo Arango, continuo, exótico, lacónico, vibrante, construye en estilo Tudor Perpendicular. La Casa del Parlamento en Londres reproduce con exactitud fotográfica nuestro concepto sobre su elocuencia de nobleza y densidad inverosímiles: quienes la han visto saben que allí todo es apretado y magnífico. Las puertas se abren con la timidez de trampas, difícilmente hay ventanas, porque parece que nada quiere contrariar el vuelo vertical de las líneas. Si se insinúa una curva es arriba, cuando la distancia y el juego de las aristas, rectas, le presta encantos de arandela. Dos torres en las extremidades, permiten saber que empieza y acaba; pero con magnificencia extraterrestre. No hay soluciones de continuidad en sus muros y todo asciende con un firme vértigo estelar. Eliseo Arango es un orador esquivo y alguna vez, maldiciendo su pereza, le arrastramos del brazo a la Tribuna. Las ideas eran en su discurso esas aristas de arranque fantástico que fatigan los ojos; el desarrollo estricto y alto de su pensamiento nos ponía frente a un planeta de piedra que supusimos no acabaría jamás; súbitamente un adjetivo de consumada elegancia nos daba la impresión de un gracioso bolero puesto allí no con fines de adorno, sino para repujar la inflexibilidad de las ideas en ascenso perenne. El estilo Tudor Perpendicular no se ha extendido porque es costoso en su doble carácter de elegante y sólido. Y así como la Casa del

[7] **El Debate**, abril 30 de 1928, reproducido en esta selección.

Parlamento es su única expresión clásica, Eliseo Arango campea solo, incomparable en su augusta forma oratoria".

Fernando González no comparó a Los Leopardos con los estilos arquitectónicos, sino con las partes de la oración. A él se atribuye la clasificación según la cual Arango fue el sustantivo, Villegas el adjetivo, Camacho el verbo y Ramírez la interjección.

Para Carlos Lleras Restrepo ARM "era el más leopardo, hasta en lo físico; con sus movimientos felinos y sus gestos nerviosos, con las frases que soltaba como un zarpazo. Fue también el más combativo hasta el final y el que escribió la historia del grupo" [8].

EL DANDY EN EUROPA

ARM fue muy notable caso de precocidad. En enero de 1918, a la edad de 17 años, pronunció su primer discurso político, en la campaña presidencial de Suárez. Desde entonces se impuso rápidamente como orador y como colaborador de los periódicos. No han sido muchos en Colombia o en cualquier otro país los jóvenes que a los veinte años ven publicadas sus producciones en la primera página de los diarios y que antes de graduarse a los veintiuno han sostenido ya polémicas con personajes del prestigio del Vasconcelos de 1922. De los numerosos discursos, artículos y cartas de Ramírez entre los veinte y los veintidós años, recogidos por la prensa de la época, incluimos muestras en el primer capítulo de esta selección.

Al conocerse en 1923 con los demás Leopardos, Ramírez era ya figura brillantísima en los medios juveniles. Ello movió a Camacho Carreño, a Villegas, a Fidalgo y a Arango, que también gozaban de prestigio en dichos medios, a buscar o aceptar su amistad y a entregarse con él a la tarea de restaurar la mística de su partido.

Corta fue la participación de ARM en la primera etapa de las actividades de Los Leopardos. La clarividencia propia del general Ospina le indujo a designar a Ramírez canciller del consulado de Colombia en París, cargo que desempeñó de junio de 1923 a enero de 1925.

La partida de Augusto explica que el primer manifiesto de Los Leopardos, de mayo de 1924, no haya llevado su firma, sino únicamente las de Villegas, Camacho Carreño y Arango.

En entrevista que figura en este volumen, Alejandro Vallejo trazó risueña caricatura del presunto estilo de vida de que disfrutó ARM en París:

> "Por la mañana entraba Dimitri, su fiel criado, a preguntarle con mucha seriedad:
>
> —¿Qué traje llevará hoy Su Excelencia?

[8] Nueva Frontera, octubre 19 de 1974.

—¿Qué día hace?— le preguntaba Ramírez, todavía untado de sueño.

—Nieva—, decía Dimitri.

Ramírez se sacudía, saltaba hasta la ventana envuelto en su pijama adornada con dragones, corría las cortinas, miraba los árboles del barrio de Passy, desnudos y ateridos de frío, volvíase entonces a Dimitri y le preguntaba:

—Y con este día, ¿qué traje me irá bien?

Dimitri contemplaba un momento el paisaje, volvía la mirada sobre la figura de su amo, y contestaba al cabo de un rato de atento examen:

—Me permito indicarle al señor el gris plomo, de 'Peackover'.

Era el tono perfecto para el contraste de la nieve con el paludismo.

—¿Y corbata, mi buen Dimitri?

—Depende de la compañera de Su Excelencia. Si Su Excelencia sale con la princesa Olga, le aconsejaría una, pero si sale con la condesa Borodina, le aconsejaría otra completamente distinta. Los ojos de la condesa son azules, los de la princesa...

—¡Pardos! exclamaba Augusto, poniendo los suyos en blanco y su diestra sobre el corazón.

—Si Su Excelencia sale con la condesa Borodina, le iría bien la corbata azul, de azul de ala de mosca, que Su Excelencia encargó a 'Tremblet' inspirado en el poema de aquel poeta brasilero. Pero si, por el contrario, Su Excelencia sale con la princesa, le iría bien la corbata solferina, que Su Excelencia ordenó después de su excursión a las rocas de Caprea, ruborizadas para siempre desde que presenciaron los amores de la señora Hamilton con el heroico almirante de Abukir y Trafalgar.

—Y ¿sombrero? Dimitri.

—Esto depende, señor, del coche que Su Excelencia vaya a llevar; si lleva el 'Rolls Royce', le aconsejaría uno de 'Locke', pero si, por el contrario, prefiere el 'Hispano', debería llevar uno de 'pool'.

De esta manera el caballero Augusto Ramírez Moreno, Secretario de Legación, amigo de princesas Olgas y de condesas Borodinas, a cuyo servicio estaba un oficial de la guardia imperial rusa, noble, discreto y erudito en marcas de automóviles, de corbatas y de sombreros, tenía que para sus paseos por París, su traje y su corbata iban de acuerdo con la temperatura del día, con la forma del automóvil y con el color de los ojos de su amada".

Humorismo al lado, es obvia la benéfica influencia en el Leopardo de la vida y la cultura europeas. En París siguió cursos en la Sorbona y en Londres, a donde llegó en marzo de 1926 como secretario de nuestro consulado general, para permanecer hasta enero de 1927, en The London School of Economics.

Desde París y Londres envió frecuentemente colaboraciones a El Gráfico y a otras publicaciones bogotanas.

MATRIMONIO DE PELICULA

"Mi matrimonio fue de película —contó ARM a Arturo Abella en la ya referida entrevista—. Era yo secretario de hacienda de Manizales en 1928. Saqué a bailar por primera vez a Mariela Ocampo. Y desde la primera pieza le dije: ¿Nos casamos? No he creído en el amor infiel, sino en la ternura fidelísima. Le había intrigado a Abadía un consulado. Mi vuelo solo alcanzaba a la altura de un nido. Me nombró cónsul general en Río de Janeiro. Y no me escribía con ella. Sus padres se oponían al matrimonio. Se llevaron a Mariela para Estados Unidos y como mi primo Germán Olano Moreno era cónsul en Nueva York, le dije que le informara a Mariela que deseaba casarme. Su familia ya estaba para regresar a Colombia. Nuevamente le hice saber a ella, que me casaría apenas llegara a Buenaventura. Supliqué a Monseñor Perdomo que me recomendara ante el Obispo de Cali, para que diera orden de casarnos al párroco de Buenaventura. Le advertí a Luis María Cabal, que está vivo, que si no me casaba con mi dueña desde hace 39 años, incendiaría el puerto de Buenaventura. El párroco resolvió casarnos en el corredor del barco Santa Inés. Mi instinto de la gloria y mi gusto de la serenidad y la cordura, que he conocido como una palabra perdida en el diccionario, han quedado plenamente satisfechos de haber vivido durante 39 años con una apoteosis de la hermosura, de la fatiga materna y conyugal y del instinto de madre".

En anteriores y más amplios relatos del épico acontecimiento refirió que durante largas horas hubo de hacer uso de toda su elocuencia, y, finalmente, de la amenaza de incendiar a Buenaventura, para convencer al párroco de que accediera a prescindir de las "amonestaciones" y de otras formalidades canónicas.

"En una de las cubiertas inferiores del barco —apuntó Alejandro Vallejo en la entrevista que ya hemos mencionado—, frente al mar, frente a los veleros, entre el revoloteo de las gaviotas y los alcatraces, a un lado del cabrestante, sobre los enrollados cables y ante la mirada benévola de unos marinos escandinavos que succionaban sus pipas con delicia, se efectuó el matrimonio de este original caballero, con la altísima dama que es hoy su compañera.

Y de esta manera se salvó Buenaventura".

El mejor elogio de Mariela Ocampo —hija del muy respetado magnate, dirigente cívico y hombre de estudio, Sinforoso Ocampo y de Julia Mejía de Ocampo— es, por supuesto, el implicado por la hondísima pasión que despertó y conservó en un prócer republicano de la jerarquía de Ramírez Moreno. Si alguno hubiera que agregar estaría el de ARM que ya transcribimos: "Apoteosis de la hermosura, de la fatiga materna y conyugal...".

El matrimonio, efectuado el 4 de julio de 1929, acrecentó los viejos vínculos de Augusto con Manizales.

> "Y aquí, ¡oh manizaleños! —concluyó en la oración que en 1944 pronunció en esa ciudad para condecorar a José Restrepo Restrepo y a Rafael Salazar—, en este nudo de los Andes que adoro, me circunda y trasciende la realidad jubilosa del amor, porque mis hijos caerán de hinojos a las puertas de vuestra ciudad, en memoria de las entrañas angelicales que les dieron vida".

SUS HIJOS

Los siguientes:

Gloria Mercedes, casada con Jaime Uribe.

Clemencia Augusta, casada con Arturo Ocampo.

Augusto, casado con Elsa Koppel.

Jorge, casado con Magda Botero.

Constanza Rosa, casada con Frank Koppel.

Alceste Eugenia Berenice, fallecida de tres meses.

Enrique, asesinado a la edad de 19 años en la finca "Chipalo".

María Eugenia, casada con Rafael Ardila.

Roberto, casado con Gloria Inés Botero.

OPOSICION A OLAYA

Instalada en Bogotá la pareja de recién casados, Augusto ocupó en el ministerio de hacienda el cargo de jefe de la sección de negocios generales, que desempeñó de agosto de 1929 a junio de 1930. En ese carácter fue secretario de la Junta Patriótica, entidad a la cual correspondió asesorar al gobierno en la elaboración del presupuesto nacional para 1930, que no había sido expedido por el congreso.

De junio a septiembre de 1930 ARM fue secretario de hacienda de Cundinamarca, cargo en el cual sorteó con buen éxito —en plena gran crisis— la grave situación fiscal del departamento.

En el debate presidencial Ramírez fue fervoroso partidario de Guillermo Valencia, de cuya candidatura fue jefe de la campaña en Bogotá.

Derrumbada la hegemonía con el triunfo de Olaya, lanzó nueve días después de las elecciones, el 18 de febrero de 1930, en asocio de Silvio Villegas, Joaquín Fidalgo Hermida y Eliseo Arango, el que se conoce como segundo manifiesto de Los Leopardos. Estuvo destinado dicho documento —que se reproduce en este volumen— a tratar de evitar, o al menos aminorar, el derrumbe de la moral y la mística del conservatismo. Señaló al efecto que ese partido seguía siendo mayoritario y debería, por tanto, esforzarse en reconquistar el ejecutivo.

> "La patria no puede construirse sino sobre aquellas doctrinas a nombre de las cuales se puede morir. Si los partidos en el poder necesitan estilos de conciliación y tolerancia, los de la oposición reclaman ánimo más intrépido y voluntad más valiente. No es el tiempo de las transacciones que debilitan, sino la época de las afirmaciones fecundas".

Con el mencionado manifiesto y con intensas giras políticas Los Leopardos iniciaron actividad de reunificación y resurgimiento conservador, mientras la gran mayoría de los dirigentes —incluso Laureano Gómez desde su Legación en Berlín— se aletargaba en la colaboración con Olaya.

En febrero de 1932 Silvio Villegas y Ramírez Moreno publicaron otro manifiesto en el cual insistieron en la necesidad de intensificar el proselitismo conservador. También se halla su texto en este libro:

> "Queremos una disciplina dentro de la oposición, indispensable para cooperar con el gobierno o para combatirlo. Si el partido no define por medio de una convención su política, seremos pronto representados en el gobierno por ministros que no significan sino la traición remunerada. Sin esa coherente y lúcida política que pedimos, continuaremos presenciando el espectáculo de una colectividad movilizada por el presupuesto, que justifica todas las claudicaciones si las respalda o si las premia un sueldo. Para afirmar el prestigio de los dirigentes debe declararse incompatible el carácter de empleado y el de individuo de las entidades directivas".

"El León Espúreo" y "El Jardín de Invierno", que encontrará el lector de esta obra, son muestra de los artículos de oposición al gobierno de Olaya con que Ramírez Moreno mantuvo la esperanza y la fe conservadoras, meses antes de que con sus sorpresivos ataques al primer mandatario y al "romanismo", en agosto del 32, Laureano Gómez comenzara a convertirse en El Monstruo.

"El Esqueleto Perfumado", de mayo del 34, permite apreciar el estilo de oposición, mucho más intenso que el de la que precedió a la iniciación del conflicto con el Perú, desplegado por Ramírez al final de la administración Olaya.

Recogemos también en estas páginas el enfrentamiento cara a cara de ARM y el ya ex presidente Olaya, en la cámara de representantes, el 6 de febrero de 1935. El Leopardo aprovechó la presencia en el recinto de la corporación —con oportunidad de la clausura intempestiva de las sesiones extraordinarias del congreso que ante los tropiezos sufridos en el senado por el Protocolo de Río de Janeiro decidió efectuar el gobierno— del entonces canciller Olaya Herrera para resumir en frases de fuego los cargos que el conservatismo venía sosteniendo en contra del cuatrienio de la Concentración Nacional.

La respuesta de Olaya, también muy vigorosa, incluyó, según la versión de El Tiempo, apartes que indiscutiblemente tienen el significado de un auténtico homenaje a Ramírez Moreno:

> "El honorable representante que acaba de hacer uso de la palabra (refiriéndose al representante Ramírez Moreno), ha sido uno de mis más constantes e inexorables acusadores. Pero debo reconocer que durante mi gobierno tuvo siempre esa línea de firmeza y nunca pisó los salones presidenciales, como sí lo hicieron otros que ahora me atacan con la misma injusticia y con la misma acerbia. Yo, por el contrario, quise aproximarlo al gobierno, no con ánimo corruptor, sino con la intención generosa con que quise aprovechar todas las fuerzas de juventud y todas las voluntades patrióticas y las más brillantes capacidades que congregadas en torno de mi gobierno pudieran servir con eficacia a la república. Rindo un tributo de justicia al representante Ramírez Moreno y lo presento a la juventud como ejemplo de carácter y firmeza". (Grandes aplausos)[9].

TRES LIBROS

De 1930 a 1935 ARM dio a la publicidad tres obras que figuran entre las más valiosas de su producción: "Episodios", "El Político" y "Los Leopardos".

"Episodios", publicado en 1930, es compilación de brillantes ensayos sobre variados temas. No siendo dable reproducirlos todos, recogemos los dedicados a Popayán, a Manizales y a Brujas, que son realmente páginas antológicas.

"El Político", editado el año siguiente, es tratado de gran interés sobre el tema. Contrapone el amoralismo de Maquiavelo al pragmatismo idealista de Disraeli, "el hombre de los pantalones de terciopelo verde", cuyo fuerte corazón sabía despreciar la derrota y la soledad, y desarrolla apasionante análisis de quienes se dedicaron a la lucha por el poder a través de los tiempos. Incluimos fragmentos tan extensos como lo ha aconsejado la disponibilidad de páginas.

---

[9] **El Tiempo,** 7 de febrero de 1935.

Aunque "Los Leopardos" fue escrito en 14 días (de 1935), en pocas de sus secciones se percibe apresuramiento del autor. Juan Lozano y Lozano y Luis Eduardo Nieto Caballero dieron sobre esta "novela política" conceptos relativamente adversos, pero Baldomero Sanín Cano afirmó de ella:

"Es un libro de apasionante interés por su real o ficticia franqueza, por el desenfado con que el autor habla de sí mismo o de los demás, por el soplo de vida intelectual (un tanto artificiosa a trechos) que pasa por las páginas. La crítica dirá que no es novela. La crítica no sabe nada. También podría decir que no es un libro de viajes, aunque tiene páginas insuperables pertenecientes a este género de literatura. Se podría afirmar también que no es un panfleto político; pero sea novela, poema lírico, descripción de viajes, catecismo político, reminiscencias brumosas o tratado de moral cristiana, el libro tiene un valor documental y literario de primer orden...

De su libro van a decir que no tiene ilación, porque a menudo se suspende el relato para darles lugar a digresiones más o menos afines del torrente narratorio. Acaso sea cierto; pero los que dicen este disparate no han leído el Quijote. Se dirá también que es una serie de opiniones de diferentes personas acerca de cuestiones diversas y una exposición del autor sobre su concepto de la vida, pero no una novela, y en tal caso se podrá preguntar sin ánimo predispuesto en favor de nadie, dónde quedan 'Bouvard et Perrouchet', 'La Rotisserie de la Reine Pedauque' y principalmente las opiniones de Jerome Coignard. No importa tanto que un libro sea hecho conforme a reglas determinadas, sino que tenga un contenido y sea de lectura agradable, como el suyo"[10].

Laureano Gómez, poco amigo de formular elogios, hizo este comentario:

" 'Los Leopardos' es un libro bellamente escrito, sin ningún notorio defecto de lenguaje, con la adjetivación riquísima, desconcertante y exacta que distingue a Ramírez Moreno. No es difícil encontrar en él verdaderas páginas de antología. Tiene relieves de primorosa factura que hacen pensar en el cincel de Benvenuto, quien en el brevísimo espacio del broche de una capa pluvial, hacía caber una admirable y complicada historia hagiográfica"[11].

Reproducimos seis capítulos de "Los Leopardos", en la imposibilidad de incluir toda la obra. Reeditarla sería de gran utilidad, pues es muy valiosa como crónica política pseudonovelada; como testimonio de todo un período de especial significación en la historia colombiana, en el cual se efectuó honda evolución en todos los campos, y como deslumbrante realización literaria.

---

[10] **El Tiempo**, junio 3 de 1935.

[11] Concepto reproducido en **La Crisis del Partido Conservador en Colombia.**

EL TRIBUNO DE LAS MANIFESTACIONES PATRIOTICAS

En los primeros días siguientes al asalto peruano a Leticia, efectuado el 1º de septiembre de 1932, se estimó, con base en las engañosas informaciones del gobierno de Lima, que se trataba de una aventura de "un puñado de comunistas", fácilmente dominable. El 17 de ese mes el país supo, con explicable estupor, que el gobierno del Perú respaldaba la ocupación de nuestro puerto amazónico, y se proponía "encauzar los hechos producidos como espontánea manifestación de incontenibles aspiraciones nacionales". Demostración patriótica irrumpió en Bogotá ese mismo día. Al siguiente, un domingo, se realizaron manifestaciones en casi todos los municipios del país. Prácticamente la generalidad de la población se lanzó a la calle, a proclamar su decisión de rescatar a Leticia. En adelante, cada nuevo episodio del conflicto ocasionó nuevas manifestaciones multitudinarias.

El orador político que era Augusto Ramírez Moreno se convirtió entonces en el máximo tribuno popular de las históricas jornadas. El 17 subyugó a las muchedumbres con su lírica exaltación del honor nacional, con su patética descripción de la gravedad de la hora y su arrogante llamamiento a la unidad y a la acción. El querer colectivo recompensó su elocuencia designándolo "Gobernador de Lima".

La manifestación del 18 en Bogotá se prolongó desde la mañana hasta la noche. Hablaron decenas de oradores, entre ellos varios de la excelencia de Carlos Lozano y Lozano, de Felipe Lleras Camargo, de Manuel Serrano Blanco, Enrique Caballero Escobar, José Antonio Montalvo, Manuel Mosquera Garcés, Rafael Azula Barrera, Francisco de Paula Pérez, Arturo Camacho Ramírez y Jorge Padilla. Una voz, sin embargo, hacía falta, entrada ya la noche: la del "Gobernador de Lima", cuya presencia en la tribuna fue reclamada por las multitudes.

> "La oración de Ramírez Moreno —dijo al día siguiente El País— puede considerarse como la pieza magistral de estos días. Bella, incisiva, mordaz, lírica y siempre arrebatada, dejó sobre las vértebras de la multitud las sensaciones alternas del escalofrío y la fiebre, porque el Leopardo se mostró esta vez con un dominio absoluto de todos los resortes de su elocuencia".

Para oír a Ramírez Moreno —entonces de treinta y un años y consagrado como el vocero por antonomasia del sentir nacional— se programaron en adelante varios actos. Uno de ellos se efectuó el 30 de septiembre en la plaza de Bolívar de Bogotá. Ramírez, único orador, habló desde el balcón del Trece de Marzo.

> "Con la magna oración de ayer —comentó El País— hemos visto definido nuestro deber, moldeado claramente por los labios quemantes del tribuno. La cadena de ultrajes inferidos a la república ha sido rota en Bogotá por la elocuencia y será destrozada en la frontera por nuestros soldados y nuestros cañones. Las palabras de Ramírez Moreno, arrojadas a la plaza pública con la violencia de los proyectiles, marcan la ruta de

nuestros sentimientos. Detrás de ellas un pueblo avanzará, pujante como las tormentas y con la idea de la patria como inmensa coraza".

Si bien la prodigiosa elocuencia de Ramírez Moreno estuvo siempre al servicio de las más nobles y elevadas causas y sus empeños no contradijeron nunca el interés nacional, su extraordinario papel en el conflicto con el Perú concordó más plenamente que cualquier otro con su espíritu de intrépido mosquetero y representó uno de los más hermosos períodos de su vida integérrima.

En etapas del conflicto posteriores a las iniciales, en 1933, criticó con su habitual ardentía distintos aspectos de la actuación del gobierno de Olaya Herrera, frente a la cuestión de Leticia. En 1934 y 1935 se opuso a la aprobación del Protocolo de Río de Janeiro. Años más tarde tuvo el coraje de rectificar públicamente su posición ante ese pacto.

EN EL CONGRESO Y EN EL DIRECTORIO NACIONAL

El prestigio de Ramírez Moreno fructificó políticamente en 1933, año en que fue elegido por primera vez a la cámara de representantes —honor en el que se le habían anticipado Eliseo Arango, Silvio Villegas y José Camacho Carreño— y con la máxima votación, a la suprema directiva de su partido. En 1934 fue, además, elegido a la asamblea de Cundinamarca, corporación en la que, al igual que en la cámara, libró resonantes debates contra la política de Olaya. La tregua patriótica iniciada en septiembre de 1932 había concluido en 1933.

Además de adelantar en la cámara ardientes debates políticos, sacando a relucir su condición de exalumno de la London School of Economics enfrentó en dicho cuerpo a nadie menos que Esteban Jaramillo con respecto al manejo de la crisis. Sus discursos del 24 y 25 de julio de 1933 sobre tal tema se hallan incorporados en estas páginas. Como lo indicamos en nuestra obra "La Prosperidad a Debe y la Gran Crisis 1925-1935"[12], no obstante la gran versación de Jaramillo era bien fundado el parecer del representante Ramírez Moreno en el sentido de que la "reflación" en que estaba empeñado el ministro de hacienda debía revestir mayor intensidad. Muy conocido es el original ataque del representante al miembro del gabinete.

> "Los viajeros que han estado en países extraños han visto en los parques umbrosos parejas de enamorados, tímida ella y poco audaz él. El se limita a suspirar y ella a evocar gratos recuerdos. Cuando más él se atrevería a soñar con una liga de la dama, pero jamás osará su pensamiento imaginar siquiera lo que fuera el yunque de terciopelo donde se forja la vida. El ministro de hacienda no es tan tímido como aquél. El ha mano-

[12] Alfonso Patiño Rosselli, Bogotá, Banco de la República, Editora Guadalupe, 1981, páginas 517 a 529.

seado con mórbida delectación las arandelas y encajes más íntimos de los problemas creados por la crisis. Hasta quizá se le encontrara en el chaleco algún botón del corsé de la dama antojadiza. Pero se mostró tímido, resueltamente tímido, en la hora suprema de llegar hasta la atrayente vorágine del encabritado corcel de la crin negra".

En la Convención Conservadora reunida en Bogotá el 3 de octubre de 1933 obtuvo para miembro del nuevo Directorio Nacional un voto más que Berrío, dos más que Laureano Gómez, diez y seis más que Abel Carbonell y veinticuatro más que Jorge Vélez. Los cinco quedaron constituyendo el supremo comando.

Su ventaja sobre Gómez fue tanto más significativa cuanto que, habiendo transcurrido más de un año desde los celebérrimos discursos de éste contra el "romanismo", se hallaba bien adelantado su ascenso a la posición de sumo pontífice de su partido, que habría de poseer por lustros. Pero dicha ventaja no pudo menos de ocasionar deterioro en las relaciones entre El Monstruo y Ramírez, deterioro que paulatinamente habría de agravarse hasta convertirse en abismo. Laureano no era jefe que admitiera émulos, y menos émulos de la altivez del Leopardo.

El enorme prestigio de Ramírez Moreno en 1933 fue corroborado por el hecho de que su elección a la cámara de representantes se efectuó simultáneamente por los departamentos de Nariño, Tolima, Cundinamarca y Santander del Norte. Asumió la vocería del primero de ellos.

A partir de 1933 y hasta 1937 Ramírez fue ininterrumpidamente miembro del Directorio Nacional Conservador.

OPOSICION AL GOBIERNO DE ALFONSO LOPEZ

La oposición conservadora al gobierno de Alfonso López tuvo en Ramírez Moreno uno de sus más vigorosos personeros.

Conferencias radiales del presidente en 1935 fueron contestadas en la misma noche, también por radio, por ARM.

Dos importantes manifiestos del Directorio Nacional Conservador, del 2 y el 16 de abril de 1935, fueron redactados por Ramírez. El primero constituyó respuesta a un mensaje del presidente López en el cual indagaba si la directiva estaba de acuerdo con los ataques dirigidos al ejecutivo por escritores y oradores del partido.

> "Estamos de acuerdo con todos los conservadores de Colombia y ellos también lo están con nosotros", fue el fondo de la contestación. "Las necesidades de la república, muy graves según lo da a entender Su Excelencia, la voluntad de ir poniendo apresuradamente los fundamentos del sufragio puro, nuestra necesidad de garantías y la buena intención que Su Excelencia

tiene de darlas, un interés común en el orden público, ya que la violencia es igualmente enemiga del encargado del orden y del partido del orden, el buen tono confiado de las amistades personales: todo esto parece augurar que es posible que conservemos el corazón tranquilo, aun cuando se multipliquen los puntos de desacuerdo entre Su Excelencia y el partido que tenemos el honor de representar", concluyó dicho extenso documento[13], suscrito, además de Ramírez, por José de la Vega, Mariano Ospina Pérez y Hernando Uribe Cualla y por Luis Ignacio Andrade como secretario general.

El segundo fue de declaratoria de la abstención en las elecciones próximas para el congreso, siguiendo acuerdo a que se había llegado en una asamblea de directorios seccionales. Suscrito por los ya citados miembros del Directorio Nacional y por Julio Holguín, también del mismo, fue refrendado por Pedro J. Berrío y Laureano Gómez que al efecto asumieron oficialmente el carácter de "jefes" del conservatismo.

"LA CRISIS DEL PARTIDO CONSERVADOR EN COLOMBIA"

En este libro, publicado en 1937, Ramírez Moreno relata detalladamente los hechos que lo indujeron a dejar transitoriamente la política y a consagrar su actividad al ejercicio de su profesión de abogado.

Habiendo sido reelegido en la Directiva Nacional en febrero del 37, en unión de Laureano Gómez, Víctor Dugand, Primitivo Crespo, Eliseo Arango y José Agustín Noriega, El Monstruo se abstuvo de participar en ella y de reconocerla en El Siglo.

En carta dirigida al Directorio Nacional el 10 de febrero de 1937, Ramírez expresó su propósito de retirarse por tiempo indefinido de esa entidad.

> "El Directorio —manifestó— no puede vacilar entre el doctor Gómez y yo. Por el momento, creo indispensable su gran presencia, porque sin ella nuestra autoridad quedaría debilitada".

Los miembros actuantes del Directorio le contestaron el 12 del mismo mes:

> "Hemos convenido en solicitarle con ahínco de amigos y colegas que se incorpore a la Dirección Nacional del partido, donde su eminente concurso nos servirá para cumplir mejor el mandato que nos confiriera la Convención Conservadora y sobrellevar la pesada responsabilidad que apareja".

Ramírez insistió en retirarse.

> "Entregarle íntegra la función directiva al doctor Gómez —dijo en nueva misiva— satisface al partido. Con el hecho de

[13] **El Tiempo**, abril 3 de 1935.

instalarnos y de asumir la autoridad plena, parecemos estar demostrando que no importa la ausencia del Jefe y esto puede ser impolítico y peligroso".

Su separación del Directorio y su abandono de la política fueron gesto de abnegación no extraño a su espíritu.

En cuarenta y ocho horas —comentó Abelardo Forero Benavides— iluminadas y geniales, el doctor Augusto Ramírez Moreno ha escrito un nuevo libro: "La Crisis del Partido Conservador en Colombia", a través de cuyas páginas se siente el acre olor de la carne humana cuando se pone en contacto con un hierro candente. El libro constituye una defensa y un ataque. Una defensa de la altanera, original y valiente juventud del Leopardo y un ataque ardiente y vengativo a la personalidad de quien fue su jefe y por quien hoy solo conserva un sentimiento de desprecio".

Pura utopía era, desde luego, que alguien como Ramírez dejara del todo la política. Su actividad profesional le aseguró independencia económica, pero no le impidió cumplir su papel de orientador de sectores del partido desafectos a Gómez. Su discurso en Gachetá, el 19 de febrero de 1939 —incluido en "El Libro de las Arengas" y en estas "Obras Selectas"— significó, por ejemplo, intervención política de importancia y su retorno a la arena pública.

Lanzado Laureano Gómez, a raíz de la matanza de Gachetá, a total y rotunda oposición a la administración Santos, Ramírez Moreno sostuvo como alternativa, tras su candente protesta por ese hecho, la prosecución de buenas relaciones con dicha administración —por razones de táctica política, ya que ello podría acentuar la división del liberalismo, y de conveniencia nacional—.

Frente a la oscilante posición de Gómez ante el conflicto mundial y a sus —por lo menos ocasionales— simpatías por el Eje y a sus más constantes antipatías por los Estados Unidos, ARM propugnó con firmeza y perseverancia la causa aliada.

Con su característico desprendimiento rechazó, en carta del 18 de junio de 1940, Legación que el presidente Santos le había ofrecido en nota de 14 del mismo mes[14].

"UNA POLITICA TRIUNFANTE"

"Es una cuenta —dijo de este libro Fernando Gómez Martínez— en que el derrotado de las urnas cobra, en la forma más agresiva y violenta, sus triunfos tácticos e ideológicos".

Sobre el mismo, publicado en 1941, expresó en El Espectador Abelardo Forero Benavides:

[14] El Tiempo, 22 de junio de 1940.

"No se puede señalar en su carrera pública un solo gesto que no esté de acuerdo con la empenachada concepción de la política y de la vida. Ha sido fiel consigo mismo y fiel con la imagen original de político que aspiraba a realizar. Su estilo no ha tenido modificaciones. Su grandilocuencia permanece idéntica, abundante y flamígera. 'No soy un cazador de dietas, sino un frustrado y tenazmente renovado conquistador de corazones', nos declara en una de las arengas de su último libro 'Una Política Triunfante'. 'Estoy solo, perezco entre mares y montañas cautivo, nadie de mí se acuerda, me puebla una raza fuerte, emocionante y frugal de sentimientos trabajadores que sufren pero no desesperan; de los placeres solo me es accesible el de la melodía, porque mi mano vibra cuando cierra la mano de un amigo, porque el desprecio de mi risa canta y porque en mi conciencia crece la música cual un junco de luz'. Nadie puede desconocer en estas transcripciones el estilo inconfundible de Ramírez Moreno, que ha dado tanto color, tanto ambiente tropical, tanto risueño regocijo a la política colombiana, generalmente gris y monótona. Es el mismo estilo del novelista de 'Los Leopardos', del apologista de Disraeli, del ensayista de 'El Político', del autor del manual del perfecto caballero, del parlamentario que distrajo durante cuatro años la atención pública, sacando a relucir todas las tardes el tesoro arbitrario de su imaginación impresionante. Ramírez Moreno no es un político eficaz. Sus cualidades son anacrónicas. Pero desde el punto de vista moral tiene un mérito indiscutible. Su declaración de independencia de carácter no la ha hecho para el consumo público. Desde hace muchos años ha entablado una lucha desigual con Laureano Gómez. Sus compañeros lo han abandonado. La mayor parte de las inteligencias del partido conservador se ha ido sometiendo a la disciplina del absorbente caudillo. Ramírez Moreno no ha querido entregarse y continúa solitario la batalla, en los campos que le quedan todavía abiertos y que no han sido vedados a su guerrilla literaria".

Concuerda el anterior comentario con el concepto que en 1981 daría Carlos Lleras Restrepo sobre ARM:

"Durante la segunda guerra mundial fue uno de los colombianos que apreció con más claridad la situación mundial y uno de los pocos conservadores que jamás le tuvo miedo a Laureano Gómez"[15].

De la fiera lucha de Ramírez contra Laureano hemos seleccionado el célebre telegrama a El Colombiano en agosto de 1940 sobre "la disciplina para perros", una carta a Fernando Gómez Martínez de mayo de 1942 y una conferencia radial de febrero de 1943.

Su radioperiódico La Voz de América fue principalmente la tribuna desde la cual adelantó su oposición a la política de Laureano

[15] Crónica de mi propia vida (CLIII), Nueva Frontera, octubre 5-11 de 1981.

Gómez y sostuvo durante la guerra mundial la causa de las democracias.

En 1943 falló en su intento de ser elegido por el Chocó a la cámara de representantes, pero en 1945 tuvo la satisfacción de volver a dicha corporación, elegido por el Tolima con superación de los múltiples obstáculos que le opuso el oficialismo de su partido. El triunfo no avivó su pugnacidad, sino su anhelo de contribuir a la unión conservadora, cuyo servicio continuó guiando sus actuaciones.

La colaboración dada por el conservatismo en agosto de 1945 al gobierno de Alberto Lleras, que se concretó en apoyo a los ministros Fernando Londoño, Francisco de Paula Pérez y José Luis López, concordó con las orientaciones generales que Ramírez Moreno había sostenido en la administración Santos y en el segundo gobierno de López; en el de éste frente a excesos como el llamamiento a la "acción intrépida". Ahora sí que podia el Leopardo calificar la suya, con mayor razón aún que en 1941, de "una política triunfante".

LA UNION NACIONAL

El pensamiento y la elocuencia de Ramírez Moreno constituyeron, desde luego, elemento importante en la victoriosa campaña presidencial de Ospina Pérez y en el respaldo conservador al gobierno de Unión Nacional. En el presente volumen incorporamos, entresacados de muy numerosas intervenciones, su discurso "La Patria Nueva", pronunciado en la campaña de 1946, un artículo sobre Lleras y Ospina, y sus oraciones del 9 de marzo del 47, el 8 de julio de 1948, el 2 de abril de 1949 y el 9 de abril del mismo año. También una nota periodística, "Una actitud innoble", en que defendió gallardamente a Laureano Gómez de los ataques que por su presunto comportamiento del 9 de abril del 48 le formulara la prensa liberal:

> "Nadie ignora que cuando este coloso admirable estaba en la plenitud de su prestigio, lo combatí sin fatiga y que jamás he rectificado esa política, ni he pedido perdón por mi actitud...
>
> El señor Gómez aplicó en contra mía todo su prestigio y despedazó mis itinerarios, sin que él, tampoco, haya rectificado su actitud frente a mí. Tengo, pues, autoridad insustituible y única para elogiarlo y para defenderlo, cuando ya no quiere proseguir en la lucha ni dar nada...
>
> Este supuesto acusado, ese ciudadano a quien se califica innoblemente de fugitivo, no solo ha resistido la calumnia, el ataque político de hombres intelectual y moralmente autorizados para combatirlo, la carga de los propios, que es siempre difícil de sobrellevar, sino también otra, la que dobla como yerba seca la espalda de los muertos: la carga del tiempo, de las décadas y de los siglos, porque Laureano Gómez será uno de

nuestros inmortales, y su nombre será pronunciado con respeto por las generaciones, cualquiera que sea la duración de nuestra patria y hasta el último límite de la historia de Colombia".

Unido totalmente en 1949 el conservatismo alrededor de la candidatura presidencial del eximio doctor Gómez, Ramírez Moreno olvidó noblemente el pasado y colaboró con decisión al triunfo de su adversario de tantos años. Incluimos en las siguientes páginas el discurso que pronunció en Medellín el 25 de junio de 1949, en la recepción tributada al Monstruo a su regreso de España.

Elegido —por tercera vez— a la cámara de representantes en 1947, Ramírez Moreno fue en dicha corporación la figura central del conservatismo en la defensa del régimen.

> "Entre todos los grandes oradores de su generación —dijo la revista Semana en su edición del 13 de diciembre de 1947—, Ramírez Moreno es el único que actúa hoy en la cámara y a quien le corresponde afrontar los impulsos —un poco desordenados y arbitrarios— de quienes por primera vez llegan al parlamento".

No solo actuó como formidable líder de su partido en las tormentosas sesiones del congreso de 1947, sino que extendió su dinamismo a actividades tales como la de dar respuesta inmediata por radio a un discurso, también radial, de Jorge Eliécer Gaitán. En dicha respuesta acusó al jefe liberal de haber combatido a sus copartidarios con dinero de los conservadores.

Pocos días después de ese debate radial, el 4 de diciembre, ataques del representante César Ordóñez Quintero, a Ramírez Moreno, dieron ocasión a éste para pronunciar al día siguiente uno de sus mejores discursos parlamentarios, "pronunciado —según Semana— en circunstancias de hondo patetismo, que realzaron la belleza de la forma y la serenidad de la actitud".

> "Entre los oradores liberales de la cámara —comentó la mencionada revista—, el señor Ordóñez Quintero pasa por ser la única revelación del año. En todos los debates de importancia ha llevado la voz de la mayoría. Al ministro de gobierno, señor Urdaneta, lo invitó a batirse a machete. Y contra el señor Ramírez Moreno alimentaba el deseo anticipado de suministrarle un K. O. que le daría la oportunidad de dejar tendido sobre la lona a quien figura con razón como el más brillante orador del conservatismo. Desde el principio de las sesiones, no ha reinado la cordialidad en la cámara. Los discursos han sido agresivos. Se tiene noticia de que varios representantes concurren armados al recinto...
>
> El discurso de Ramírez Moreno se produjo momentos después de que Ordóñez Quintero, en el recinto de la cámara, había tenido un altercado político y personal con el representante conservador por Santander Pablo A. Toro, durante el cual ambos contrincantes habían sacado a relucir sus gruesos revólve-

res santandereanos. Se hallaba, pues, Ordóñez Quintero en estado de sobreexcitación —y ya se sabe que él, de suyo, es un hombre tormentoso—, cuando se levantó Ramírez Moreno a hablar, y empezó por anunciar que atacaría rudamente a Ordóñez Quintero, quien, en ese momento, se apostó frente a él en actitud desafiadora. En ese escenario se desarrolló la intervención de Ramírez Moreno, y la expectativa para quienes asistían al recinto y, sobre todo, para quienes escuchaban por radio, fue intensa y dramática. Cuando el célebre Leopardo llegó a la parte anunciada de su discurso, en la que se refería a Ordóñez Quintero, y leyó y comentó algún documento desfavorable a ese ciudadano, Ordóñez Quintero había abandonado el recinto".

La misma publicación desarrolló lo anterior en la siguiente forma:

"**El discurso del año.** Pasada la confusión, y cuando las almas aterradas de los representantes volvieron a su lugar, y éstos a sus pupitres, el señor Ramírez inició su réplica, sobre los siguientes puntos:

1º En un ambiente de pistolas se desarrollan los debates bajo el estímulo de la restauración moral.

2º En una alta plataforma, inerme, lejos de mis colegas de minoría, podría decirle al país que no tengo miedo. Pero sí lo tengo. Solamente impulsado por el deber cívico me atrevo a situarme a solo diez pasos del señor Ordóñez Quintero. Con su deseo de adquirir fama puede disparar contra este modesto ciudadano, que desde ahora lo perdona.

3º El pueblo colombiano ama y respeta al gobierno de Unión Nacional, y no sigue a quienes con irresponsabilidad han dado en el parlamento tristes espectáculos.

4º El partido conservador ayudó a financiar la campaña gaitanista. Y en comprobación presenta varios documentos...

El duelo. El viernes 5 de diciembre, el señor Ordóñez Quintero anunció a la prensa que había tomado la decisión de batirse, a causa del discurso del señor Ramírez Moreno y de las injurias proferidas contra él. Nombró como padrinos a los señores Antonio Suárez Rivadeneira y Julio Galofre Caicedo. Los dos padrinos, confiados en la importancia de su misión, partieron en busca del señor Ramírez. Ascendieron al 7º piso del edificio del Banco Central Hipotecario.

'El duelo es entre nosotros una simple pantomima, evidenciada, en este caso, con una publicidad indelicada. Yo rehúso participar en ella. No rectifico ninguna de mis palabras. Mis direcciones habituales están en la lista de teléfonos', fue la respuesta del señor Ramírez Moreno"[16].

---

[16] **Semana**, diciembre 13 de 1947.

El país tuvo la fortuna de no haber limitado el aprovechamiento de las excepcionales calidades de Augusto Ramírez Moreno en el servicio exterior al derivado de los cargos consulares que en los años veinte le confió en París, Londres y Río de Janeiro. Utilizó sus dotes haciéndolo miembro de las delegaciones a la Conferencia Interamericana de Petrópolis; a la IX Conferencia Interamericana, celebrada en Bogotá, y a la III y a la VI reuniones de la asamblea general de las Naciones Unidas efectuadas en París, en 1948 y 1951, respectivamente. Y confiriéndole las embajadas en París y Lima.

En la asamblea de Petrópolis sus actuaciones revistieron particular eficacia. Como Relator de la Comisión Tercera (Procedimientos y Organos para la Ejecución de Tratados), efectuó notable tarea. De otra parte, en relación con el trámite de una de las propuestas de Colombia, relativa al restablecimiento del "statu quo ante bellum" como primera instancia de la acción pacificadora, realizó una faena oratoria y procedimental que fue decisiva para la adopción final de dicha propuesta. El significado de su participación fue destacado así por José Joaquín Caicedo Castilla:

> "La segunda modificación al proyecto de artículo 7º del tratado fue insistentemente solicitada y defendida por la delegación de Colombia. Habiendo sido negada en la Comisión II, y como ésta no tenía una reunión inmediata, la delegación llevó el asunto a la Comisión I, mediante un discurso muy elocuente del señor Augusto Ramírez Moreno, quien habiendo sorteado con extraordinaria inteligencia los obstáculos resultantes de la falta de jurisdicción de la Comisión I, obtuvo el triunfo, **decisivo para la causa de Colombia,** de que se señalara a una nueva sesión para tratar el asunto. En esa nueva sesión tuvo lugar el debate entre los delegados de Colombia y Perú, Antonio Rocha y Víctor Belaúnde, ambos eminentes por sus talentos e ilustración, quienes expusieron los respectivos puntos de vista.
>
> En seguida la delegación de Colombia dio a conocer su propósito firme y decidido de llevar la cuestión al debate en la sesión plenaria, y su propósito irrevocable de no transigir en la materia, y todo ello produjo el resultado feliz de que en la última sesión de la Comisión II fuera unánimemente adoptada la fórmula colombiana"[17].

Las actuaciones de ARM en la conferencia de Bogotá y en los dos períodos de sesiones de la asamblea general de las Naciones Unidas en París estuvieron, por supuesto, a la altura de su personalidad. Entre

---

[17] José Joaquín Caicedo Castilla, **La Conferencia de Petrópolis y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, firmado en Río de Janeiro en 1947,** Sao Paulo, Empresa Gráfica da Revista dos Tribunais, Limitada, 1949.

los numerosos importantes debates que protagonizó recordamos aquí, a título de ejemplo, el que sostuvo en 1948 con el delegado soviético en la comisión de asuntos sociales de la asamblea general, acerca de la inclusión en la Declaración de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos del postulado conforme al cual el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Ante la objeción del miembro de la delegación de la URSS, señor Alexei Pavlov, nuestro embajador Ramírez Moreno declaró: "Hay ideologías que pretenden ser progresistas, pero en realidad colocan al hombre al nivel de los perros"[18]. Esta frase fue recogida por la prensa de todo el mundo y comentada en todos los continentes. José Camacho Lorenzana, de la embajada de Colombia en Washington, en carta del 9 de noviembre de 1948, pudo decir a su amigo Ramírez Moreno:

"Me parece que tanto tú como yo estamos oyendo desde la infancia que el mejor metro para medir la fama o la importancia de un colombiano es el de precisar hasta dónde 'ha traspasado las fronteras patrias'. Así las cosas, creo que tengo el documento fehaciente que ninguno en la historia se te para por delante. Va el documento, enviado por mi corresponsal personal en Shanghai y que consiste en un recorte del 'Shanghai Evening Post' del 12 de octubre, en que se publica un despacho de la Reuter sobre un debate en las Naciones Unidas. Están tus palabras. En el interior del mismo diario está el editorial, el cual también te incluyo, en el que el periodista del Oriente dice que tú le has quitado de la boca las palabras".

"Quizá toda la disputa —concluyó el editorial aludido por Camacho Lorenzana— pueda ser resuelta por compromiso, permitiendo que se conserve el texto original de la Declaración, pero con una estipulación adicional: 'P. S. Excepto en la Unión Soviética' " (traducimos).

Ramírez Moreno desempeñó nuestra embajada en París del 24 de marzo de 1950 al 19 de abril de 1954, fecha a partir de la cual le fue aceptada la renuncia. Una muestra del especial interés con que cumplió sus funciones aparece en piezas de su correspondencia con nuestra Cancillería que figuran en el capítulo correspondiente.

Al frente de nuestra embajada en Lima estuvo del 1º de abril de 1955 al 16 de octubre de 1956. Atendió en el Perú con eficacia y brillo una labor que, por razón de la reciente controversia derivada del asilo de Víctor Raúl Haya de la Torre —que se había prolongado del 3 de enero de 1949 al 6 de abril de 1954—, requería las particulares dotes que a él distinguían. El concurso de su señora, Mariela Ocampo de Ramírez, facilitó en mucho —como es obvio, dada la excepcional prestancia de ella— su tarea en ambas embajadas.

En realidad Ramírez quiso regresar a Colombia con considerable anterioridad, perdida la ilusión de que el gobierno de Rojas Pinilla

[18] **The Shanghai Evening Post,** octubre 12 de 1948.

restableciera las instituciones democráticas. Su retorno se vio demorado por la tardanza del régimen militar en proveer su reemplazo.

EL FRENTE NACIONAL

De nuevo en el país, ARM formó parte del grupo de dirigentes conservadores que acompañaron a Valencia a formar con Alberto Lleras el histórico movimiento que culminó el diez de mayo. Fue, por tanto, uno de los iniciadores y primeros firmantes del manifiesto del veinte de marzo, estuvo presente en la semiclandestina proclamación de la candidatura bipartidista de Valencia y vivió activamente las jornadas de mayo.

Hasta sus últimos días defendió en la prensa con ardor las instituciones surgidas del Plebiscito del 1º de diciembre de 1957.

Entre sus actuaciones de este período es memorable su apoyo en 1969 y 1970 a la primera candidatura presidencial de Belisario Betancur, de la cual fueron él y Guillermo León Valencia los principales soportes. Incluimos el discurso que pronunció en la Convención del 31 de octubre de 1969, después de rechazar la suya propia, en favor de la de Betancur.

EL MINISTRO DE GOBIERNO

En momentos de dificultades políticas, ocasionadas principalmente por la oposición de quienes en el conservatismo habían propiciado su candidatura presidencial y le habían así ayudado a burlar sus compromisos con la de Guillermo León Valencia, Alberto Lleras llamó al ministerio de gobierno a Augusto Ramírez Moreno, quien en la elección de 1958 no había podido acompañarlo, dada su lealtad a Valencia.

Ramírez estuvo al frente de dicho despacho del 24 de noviembre de 1960 al 6 de septiembre de 1961.

Para alguien que era personaje desde los veinte años y que había librado por lustros en primera línea las batallas de la política, el honor y la responsabilidad llegaban quizá algo tardíamente. Sesenta años no son en nadie, sin embargo, edad avanzada, y el antiguo dandy podría haber perdido sus ensueños e ilusiones, pero conservaba su entusiasmo por actuar en la escena nacional y, sobre todo, su afán de servicio patriótico.

En múltiples debates parlamentarios, algunos de ellos de gran significado para la administración Lleras, demostró plenamente que eran suyas aún la elocuencia de 1932 y la garra del Leopardo. Y que a tales dotes unía ahora el sentido pragmático de buen discípulo de Disraeli.

A ese pragmatismo de buena ley obedeció, por ejemplo, la creación de la comisaría del Guainía, iniciativa ministerial suya que culminó

después de su retiro del despacho y cuya conveniencia es unánimemente reconocida.

"Llegué al Ministerio con ánimo tan desprevenido que no he cambiado un solo funcionario", dice en la introducción de su Memoria al Congreso, texto que hallará el lector y que constituye óptima exégesis del Frente Nacional: "Me parece que el régimen se apoya en dos supuestos: el primero, que la lucha victoriosa de los colombianos contra las Hegemonías que alternativamente se irán sucediendo en el Gobierno demuestra históricamente que una política de centro es la doctrina y es la vocación de nuestros compatriotas; y el segundo supuesto es el de que por arrebatarse de entre las manos esa hegemonía, y durante lustros interminables, los partidos se enfrentaron como fieras. Entonces, el Frente Nacional representa el gusto por el centro de nuestros compatriotas y es el yugo que la voluntad popular le impuso a los liberales y a los conservadores para obligarlos a emplear sus energías en los terrenos del acuerdo y no en los campos de discordia".

Comentando su separación del ministerio, La República expresó, entre otros elogiosos conceptos, los siguientes:

"Un mes antes de la renuncia colectiva del Gabinete, el doctor Ramírez Moreno presentó renuncia de la cartera de Gobierno, principalmente por motivos de salud. El partido conservador y el Frente Nacional le deben gratitud inextinguible por la manera definida y valerosa como supo interpretar la política de entendimiento y defenderla ante el Congreso y la opinión pública.

El país estaba acostumbrado a Ministros de Gobierno un poco temblorosos o demasiado ecuánimes que no se atrevían a defenderse y a defender al Jefe del Estado y su política. Una oposición se adueña así del Congreso e impide gobernar. El doctor Ramírez Moreno, con la cabeza siempre altiva y con varonil elocuencia, devolvió golpe con golpe, en la convicción de que ni al Presidente Lleras ni a él se les hace cargo alguno que no puedan desbaratar de manera fulminante. Ambos ejercen, en cierta forma, la dictadura de la honestidad.

Los trabajos y los días no han logrado hacer mella en el doctor Ramírez Moreno, quien en su arrogante madurez presenta el aspecto 'de esas viejas rocas batidas por la tempestad'. Su elocuencia es todavía la de su juventud; no ha querido hacerles concesiones ni a la mediocridad ni al sentido común. Sus frases, sus imágenes, sus hipérboles estallan como relámpagos en la noche..."[19].

* * *

[19] **La República**, 29 de agosto de 1961.

DUELO NACIONAL

"Hace poco Villegas y yo hicimos la mutua confesión de nuestro apasionado y jadeante deseo de morir", dijo Ramírez Moreno en el sepelio de Silvio Villegas, el 14 de septiembre de 1972.

Acababa de entregar al editor su "Biografía de un Contrapunto" —muy valiosa obra sobre Chateaubriand y Disraeli, de la cual reproducimos los capítulos finales— y comenzaba a preparar una novela que se llamaría "El Colibrí Fantasma", cuando, en su casa de campo situada en los alrededores de Suba, "Don Enrique", traspuso el 19 de febrero de 1974, "el delicado abismo que separa la mariposa de la luz de los jardines de la noche".

El hondo sentir nacional ante su desaparición fue expresado por Mariano Ospina Pérez en nota publicada en La República y que incluimos en el Capítulo XVII.

Llevaron la palabra en el cementerio, el ministro de gobierno, Roberto Arenas Bonilla; el director de La República, Mario Laserna, y Belisario Betancur.

> "No estamos despidiendo ahora a un héroe de cartilla escolar —dijo este último en su espléndida oración titulada 'En las Alturas del Carácter'—. Resulta imposible declamar doloras frente a la figura callada pero poderosa de quien entendió, como pocos, que aquella existencia se hace más grata, más profunda, más augusta, mientras mejor comprendamos que, según alguien dijera, esta vida es cuestión de vida o muerte, lucha perenne, denuedo por afirmar la propia personalidad, viaje hacia el infinito, peregrinaje hacia Dios.
>
> Ahora Augusto Ramírez Moreno camina por aquel sendero que, según el filósofo, el tiempo no es sucesión y tránsito sino manar continuo de un presente fijo en el que están contenidos todos los tiempos, el pasado y el futuro: el hombre desprendido de esa eternidad en que los tiempos son uno.
>
> Ahora Augusto Ramírez Moreno está muy cerca del rostro de Dios. Cruza por entre los iluminados que hicieron a su patria. Le hacen escolta los grandes de la nacionalidad que le han precedido. Resuenan cánticos dondequiera, cantos y cánticos, que él amó. Uno de esos cantos dice que la vida cambia, no perece. Ahora asciende, hasta más allá de las estrellas, en la contemplación beatífica que anheló.
>
> Para los colombianos que aprendimos a admirarlo y respetarlo, la memoria de Augusto Ramírez Moreno será testimonio permanente de altivez, de rectitud moral y de bondad humana".

* * *

A las directivas de la cámara de representantes en la pasada y en la presente legislaturas y a la familia Ramírez Ocampo, el autor de esta Selección, expresa su hondo reconocimiento por el excepcional honor de haberle confiado tan alta tarea.

Igualmente manifiesta su profunda gratitud a la mencionada familia, en especial a doña Mariela Ocampo de Ramírez Moreno, a doña María Eugenia Ramírez de Ardila, a don Augusto Ramírez Ocampo, a don Jorge Ramírez Ocampo y a don Roberto Ramírez Ocampo, por el muy generoso y amable concurso que le dieron para el escogimiento del material incluido en la presente obra.

Bogotá, D. E., septiembre de 1982.

OBRAS DE AUGUSTO RAMIREZ MORENO

Equilibrio Americano. Crítica al Tratado de Washington de 1856. (Tesis para el doctorado en Ciencias Políticas y en Derecho).

Episodios, Bogotá, Editorial Librería Nueva, 1930.

El Político, Bogotá, Editorial Librería Nueva, 1931.

Los Leopardos, Bogotá, Editorial Santafé, 1935.

Las Ideas Socialistas y El Problema Presidencial (Conferencia dictada el 12 de marzo de 1937), Bogotá, Tipografía Granada, 1937.

La Crisis del Partido Conservador en Colombia, Bogotá, Tipografía Granada, 1937.

Una Política Triunfante, Bogotá, Editorial Librería Voluntad, 1941.

El Libro de las Arengas, Bogotá, Editorial Librería Voluntad, 1941.

Tratado sobre la Falsedad, Bogotá, Editorial Minerva, 1944.

Memoria del Ministro de Gobierno al Congreso Nacional, Bogotá, Imprenta Nacional, 1961.

La Nueva Generación, Bogotá, Tercer Mundo, 1966.

Dialéctica Anticomunista, Bogotá, Tercer Mundo, 1973.

Biografía de un Contrapunto, Bogotá, Biblioteca Centenario del Banco de Colombia, Lito-formas de Colombia, Limitada, 1975.

I
PRIMERAS PRODUCCIONES

LAS CANDIDATURAS PRESIDENCIALES

Desde que se inició el debate en torno de los hombres que por sus capacidades y merecimientos parecen indicados para suceder al insigne ciudadano que hoy preside a Colombia, la prensa llamada de oposición gritó con voces regocijadas y estentóreas la decadencia del partido conservador y su probable agrietamiento en el definitivo momento de elegir. Queremos decir hoy, seguros de servirle a la causa, las razones que nos conducen a afirmar que no es signo de degeneración, ni augurio de disidencias, el número de la personalidad de los hombres en torno de los cuales se condensan las simpatías de mucha o poca parte de la opinión.

Consideramos, en primer término, que todos los partidos políticos tienen la necesidad fisiológica de luchar; después, que en la práctica el partido conservador carece de adversario, desde luego que al partido liberal le faltan dirección y coherencia y programa, y que los grupos republicano y socialista, microscópicos y endebles, no son capaces de oponer una resistencia al desenvolvimiento y al triunfo de los conservadores. Aceptado lo anterior, se concluye que el partido conservador, que hoy carece de adversario y que necesita el acto de su organismo, o sea la lucha por conservar sus aptitudes, debe agitarse, combatir. Esa agitación no puede realizarse en torno de ideas que unánimemente aceptamos, sino alrededor de hombres que bien merecen discusión y pugna.

Queda por resolver la cuestión de si el amor por los hombres es capaz de poner en peligro el éxito de las ideas; de si el odio por las personas es apto para quebrar la tradición de disciplina y el instinto de la coherencia; creemos que no, por los siguientes motivos: el primero, que debe presumirse de los conservadores que aceptarán el principio de que lo particular debe subordinarse a lo universal; y debe presumirse de ellos que perserverarán en sus hábitos de obediencia y disciplina, ratificado por las doctrinas de la agrupación. El segundo de los motivos que antes anunciamos, se refiere a la declaración diariamente reiterada por todo el número de conservadores, de que si es verdad su simpatía por un hombre determinado, también lo es que aceptarán la designación que haga el Congreso sin vacilaciones ni reticencias.

Repetimos, para terminar, que todos los hombres hacia los cuales convergen las simpatías públicas, son dignos, unos más que otros, de análisis, de simpatía y de afecto; y repetimos que es muy natural el

fenómeno que hoy regocija y hace gritar a la prensa llamada de oposición y que, por tanto, la diversidad de los hombres que parecen probables Presidentes de la República, no es signo de disidencia ni degeneración*.

CARTA-REPLICA AL SEÑOR VASCONCELOS

Hoy debía salir en La República la carta a que se refiere ésta; pero hemos sabido que se ha pospuesto su publicación para mañana y como por otra parte ya estaba levantado este larguísimo escrito y no se encontró nada que lo sustituyera en magnitud, aun cuando sí en bondad, es preciso que quien se interese en este asunto lea en primer término lo que ha debido leerse en segundo.

El señor Vasconcelos, mi ilustre corresponsal, es Ministro de Instrucción Pública de la Federación Mexicana. Si se añade que es dueño de un extraordinario talento, admirablemente nutrido, nuestros lectores hallarán razón en la importancia que El Nuevo Tiempo y La República dan a su epístola.

Bogotá, a mediado de junio de 1922.

Al licenciado José Vasconcelos.

Su carta de 24 de abril me produjo una agradable sorpresa y me hizo enorgullecer. Yo entiendo que usted ha logrado un tamaño continental y usted me escribe una carta sincera y honrada encabezada así: "Muy estimado amigo". Crea usted desde hoy en mi amistad fidelísima y en que un justo orgullo de buena ley me hace empinar y sonreír.

Los trabajos de grado me van a impedir que responda con la extensión debida a todas y cada una de las cuestiones que contempla su epístola maravillosa y demoledora. A pesar de todo trataré de referirme a ellas en la forma más completa que me sea posible.

Habla usted de lo que fue la iglesia mexicana desde el punto de vista político y económico. Asegura que "el clero llegó a poseer casi las tres cuartas partes del territorio reducible a propiedad privada". Y añade: "La Iglesia unida al Estado dominaba la política". Afirma usted, igualmente, que México acabó ya con ese estado de cosas en tanto que Colombia aún lo conserva.

Pues bien: bajo la Presidencia del General Mosquera, Tomás Cipriano de Mosquera, y creo que por una ley de 1861, el Estado se incautó los bienes de la Iglesia colombiana que hoy es propietaria de escasísimos, enumerables en un pequeño trozo de esta página. No quiero estudiar el aspecto jurídico, o, si usted quiere, el aspecto penal de ese acto, porque no es éste el sitio apropiado para hacerlo y porque me hace sufrir el pensamiento de que un estupendo genio colombiano fue su

* **La Nación**, 25 de enero de 1921.

autor. En todo caso, aquel acto demuestra a usted que en las cosas que usted cree buenas Colombia se adelantó a México algo más de 50 años.

Por lo que hace a la unión entre la Iglesia y el Estado ocurrida allá, según usted dice, para dominar la política, yo declaro a usted que lo concedo sin averiguación y sin esfuerzo. Usted piensa que en Colombia ocurre lo mismo y yo quiero explicarle qué ocurre entre nosotros.

El partido liberal colombiano proclama la separación entre la Iglesia y el Estado, la instrucción gratuita, laica y obligatoria, etc.; tesis contrarias a dogmas de la Iglesia. El partido conservador apoya absolutamente las doctrinas de la Iglesia Romana y eso constituye la diferencia esencial entre las dos colectividades, porque aquí los partidos son filosóficos, estrictamente filosóficos (en los asuntos administrativos, económicos, de unos y otros, aparecen impugnadores y propugnadores sobre un mismo asunto). Ahora bien: en época de elecciones aparece la lista liberal y la lista conservadora. En la primera figuran nombres que resumen la filosofía contraria a aquellos dogmas de la Iglesia, nombres de que son dueños quienes en las Cámaras, si les es posible, lucharán en ese sentido; en la lista conservadora se leen los de quienes sustentarán esas doctrinas. ¿Qué debe hacer el cura? Debe en el sentido de obligación ineludible proveniente del solo hecho de ser sacerdote. ¿Cuál es su deber, pregunto? Apoyar la segunda lista. Eso es de una transparencia evidente.

Y le agrego que un grande hombre liberal escribió en día de tempestad: "Toda cuestión política entraña una cuestión religiosa". Si ello es así, aparece claro el deber que por hoy y entre nosotros tienen los religiosos de lidiar bravamente en política. Esto no implica que el Estado y la Iglesia se unan para controlar y dirigir la política. No, esto quiere decir que un partido y una religión amenazados por común adversario luchan a su modo contra él.

Ya me he referido, ilustre señor, al primer asunto que afronta su epístola maravillosa y disolvente.

Dice usted tratando de una cuestión menos trascendental: 1º Que ve a la juventud colombiana empeñada en movimientos de protesta y aun de rebeldía "porque no puede disponer libremente de una sala de su Universidad para poner el retrato de uno de sus maestros liberales. Ni un solo muro tiene sitio para el porvenir; todo lo ocupa el pasado"; y 2º Que un cablegrama dirigido por el Presidente de la Asamblea de Estudiantes Bogotanos al Congreso Local Estudiantil del Distrito Federal, no lo quiso pasar el Gobierno de Colombia, porque con él se ofendía a don Juan Vicente Gómez, Gobernador de un país amigo.

Aseguro a usted que evidentemente los estudiantes liberales de Medellín y de la capital se embravecieron porque no se había cumplido una ley que ordenaba colocar el retrato del señor Fidel Cano, celebrado hombre liberal, en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia. El Gobierno de ese Departamento explicó que los sitios para poner cuadros en aquel lugar, eran dulces óvalos que sobresalen del muro; y como el retrato del señor Cano era un gran cuadrado, un sentimiento de estética

le impedía colocarlo. Pero tan fina muestra del cumplimiento a la ley había dado el Gobierno, que tuvo preparado el retrato del celebrado hombre liberal, y si no aparece hoy esa obra de arte, porque es una obra de arte aquel rayo de sol que ahonda y afirma los rasgos de una gran fisonomía, en el Paraninfo, sino en otro sitio de la misma Universidad, es porque aquí, como en Atenas, suponemos absurdo el que un gran cuadrado estreche y oculte los dulces óvalos que sobresalen del muro entre marcos dorados.

El asunto del cablegrama es más sencillo: como no hubiese fondos para pagar su porte telegráfico, mis amigos de la Asamblea inventaron que nuestro Gobierno era escrupuloso como una beata y había cerrado el camino a ese ardiente despacho[1]. Yo le expliqué así a Carlos Pellicer y entiendo que Germán Arciniegas hizo algo semejante porque así me lo ofreció.

De todo esto aparece, señor licenciado, que a usted no le han llegado noticias muy imparciales sobre todos estos pequeños asuntos que a mí me interesaron en su hora.

Vislumbro que para usted es inexplicable que un pueblo ejemplarmente libre como éste, o mejor, que un gobierno que gobierna a los más libres y audaces hombres de América, cultive relaciones con el Gobierno venezolano. Me permito aclarar a usted que por razón de fronteras, cuyo esclarecimiento es indispensable para este país y por todos esos problemas que trae la vecindad, Colombia cultiva relaciones con Venezuela sin que nadie ponga en tela de juicio que se procede bien procediendo así. Bien claro es para usted que los intereses de nuestra República están por encima de don Juan Vicente Gómez y que don Juan Vicente Gómez estaría por encima de la patria si en consideración a aquél perjudicáramos los intereses de ésta.

Se ha querido referir usted a una de las líneas de ese artículo mío que causó su carta: "...y el vuelo olímpico de su pensamiento", para anotar que se vuela cuando se es libre y que es libre cuando se carece de prejuicios. Yo sigo creyendo en el vuelo olímpico de su pensamiento y lo creo lleno de prejuicios: su temperamento de rebelde **pur sang**, como dijo... Cano refiriéndose a usted, su ideología social y política de un futurismo aborrascado y encendido y, por último, la sangre hervorosa de la raza y el sol inmenso de su patria y los volcanes de México y los ríos mexicanos, todo, todo lo presenta a usted como dueño de prejuicios ardientes causantes de un dinamismo, de una actividad recia, fecunda y ágil.

En este país somos todos maravillosamente libres: basta decir a usted que la prensa responsable con arreglo a la Constitución no es responsable ante la ley, porque ésta no habla sino de la calumnia, modesto delito al alcance de todos; reservado hoy a los demagogos y el

[1] Entiendo que mi amigo, don Eduardo Esguerra Serrano, fue el autor de esa disculpa que es una pequeña traición a Colombia. Yo lo propongo a la sanción pública. O que se explique.

cual por ese motivo es indigno de una persona elegante. Agregue usted que aquí se escribe y se habla contra personas y cosas en un vocabulario inusitado, con frase de odio sin que se intente poner coto a esas intemperancias. Y si usted quiere una prueba definitiva de cómo se entiende entre nosotros la libertad política, sepa usted que hace un par y medio de años a las tres de la tarde, o a las cinco, en la plaza mayor de esta ciudad se reunieron dos millares de colombianos con el objeto, previamente anunciado, de destituir al Presidente de la República. La proposición que contenía esa fulminante sentencia fue dignamente sostenida por un ex miembro del partido conservador, por un jefe del partido republicano y por un periodista liberal y aprobada a continuación, sin que nadie pensara en disolver ese respetable soviet reunido al aire libre.

Cuando usted se refiere a la obra de Carranza, habla de que el pueblo mexicano ha castigado aun con la muerte a los tiranos de ese país universalmente amado en hispanoamérica. Bien sabe usted que unos pueblos, como el venezolano, toleran al dictador o lo sustituyen por otro más intolerable; que México los sacrifica implacablemente en el templo de la ciudadanía ante la efigie de la libertad y que en Colombia el mandatario cae del poder arrollado por la opinión pública que asciende hasta el solio densa y rápida.

Dos casos de este siglo demostraron lo último.

El General Reyes fue considerado dictador y un día 15 estudiantes de medicina le gritaron **abajos** en las calles de la capital. Al cabo de una semana el Gobierno del General Reyes había caído sin que se disparase un tiro, en un país en calma y debido tan solo a que la opinión pública había agitado su sombrero en señal de improbación.

El caso del señor Suárez es distinto: un regular orador académico y, por consiguiente, un mal orador parlamentario, acusó otro día al Presidente de haber ejecutado actos que a lo sumo eran contrarios a un sentimiento de delicadeza arraigado y minucioso; y el Presidente dejó el poder por su "propio motivo" apoyado como estaba por una gran parte de opinión, tan solo porque esa opinión no se manifestó en forma suficiente.

Usted concluye su carta manifestando que para la unión hispanoamericana es necesario hacer libres nuestros propios países; y yo garantizo a usted que nunca país alguno disfrutó de las libertades de que Colombia disfruta y también aseguro a usted que nunca pueblo alguno usó de ella en forma menos peligrosa.

Por lo que hace al análisis dilatado y cruel que usted verifica en la vida y obra de Venustiano Carranza, me limito a hacer notar que de él aparece justamente la altivez de ese muerto ante el imperialismo del septentrión. Yo no he afirmado cosa distinta al referirme al señor Carranza y jamás he analizado las causas que lo impulsaran a esos gestos plausibles y fieros.

Sinceramente debo manifestarles que considero fundamentalmente errónea su tesis de que es imposible la inteligencia política entre

gobiernos encargados de dirigir pueblos de organización social distinta y aun contradictoria. La alianza de Inglaterra, Francia y Rusia es el mejor argumento que puedo escribir en contra suya. Ocurre, ilustrado señor, que los pueblos de hoy han empujado por distintos cauces la política y la filosofía.

Usted epiloga su disolvente carta maravillosa pidiendo un esfuerzo unido de toda la juventud indo-española contra el "aristocratismo político", contra el "patriotismo nacionalista" y contra el catolicismo.

Aquí no existe el aristocratismo político. Colombia es surco amasado con tierra de genuina democracia. No existen tampoco los latifundistas, de modo que no aparece como en México el aristocratismo económico.

Pero si existieran aristócratas de la política los derribaríamos.

El patriotismo nacionalista ha existido en todas las épocas de la humanidad, existe hoy y existirá mientras alienten hombres en la tierra, porque es imposible que el corazón no trepide cuando las riberas de la patria diluyen su contorno en la distancia.

Y ahora debo referirme a la lucha contra el catolicismo que usted aconseja a la juventud indo-española y lo hago de manera especial, porque toda su carta es como un rumor impío.

El pueblo de Colombia, el de México, el de todas las hijas de España es fervorosamente católico y se humilla, sin recato, ante el cáliz que aparece en la altura. Para combatir el catolicismo en estos países, sería necesario amasar nueva arcilla para constituir sus gentes. Debe tenerse en cuenta, además, que la religión católica es la única muralla inabatible que oponen estos pueblos a la absorción por Norte América.

Y no vale decir como usted lo hace que el catolicismo debe acoger o acogerse a las más avanzadas ideas socialistas, porque el único bagaje de la verdad es la intransigencia y la Iglesia de Roma perecería si aceptara alguna mutación en sus principios fundamentales. Es imposible para ella revocar todo lo escrito por sus filósofos en materia de Derecho Natural sobre el absurdo que implica el socialismo.

Concluyo esta carta, señor licenciado, manifestando a usted mi persuasión absoluta de que a medida que nuestras respectivas patrias se conozcan, será más elevado y firme su recíproco afecto. Todos los colombianos sentimos un amor ferviente por la tierra mexicana que ha honrado a la raza con tantos varones inmortales y heroicos.

Los jóvenes de México y de Colombia tienen ruidosas alas, son como una bandada de aguiluchos rápidos; y las alas son para el aletazo y el aguilucho para la conquista.

Devotamente suyo,

Augusto Ramírez Moreno.

P. S. Estas páginas van prendidas con el mismo alfiler que unió las suyas. ¿Quiére usted que este alfiler mexicano viaje por nuestra cuenta de Colombia a México?

A. R. M.*.

---

* **El Nuevo Tiempo,** junio 26 de 1922.

DISCURSO EN EL SEPELIO DEL GENERAL ARISTIDES FERNANDEZ

Enero 1º de 1923.

En esta época en que algunos conservadores piensan que el poder se obtiene sin afanes y que "la política es transacción", como si la transacción no fuera cobardía; señores, en esta época en que los hombres piensan en los hombres sin repasar las ideas, ahora cuando el indoctrinarismo es una ola que nos avasalla, en estos tiempos en que muchos se encorvan para defender la causa, nos consuela un luto como este en que no participan los liberales y tenemos la triste alegría de pensar en que al fin se nos murió uno cuya tumba no será respetada por la demagogia calumniadora y frenética.

¡Pero aquí estamos nosotros los de la vieja guardia y los de la guardia nueva, resueltos a desdeñar a los tibios y a defender sin tasa y sin miedo al conservatismo con sus vivos y con todos sus venerables muertos!

"De los pecados políticos, el de la debilidad es el más despreciable y abominable". La debilidad en política es el pecado contra el Espíritu Santo. Y Aristides Fernández, el hombre formidable que venimos a enterrar, fue una negación de todas las debilidades y una erguida pirámide de masculinidad y de fuerza.

Cuando un día me correspondió discutir la oportunidad de un homenaje al General Fernández, afirmé sin equívocos mi admiración por su energía sobrehumana y mi convencimiento de que estaba literalmente abrumado de méritos.

Y ahora, cuando los conservadores acudimos, sin distinción de personales apreciaciones, a hacer compañía, la última compañía, a este varón heroico, quiero decir a mis copartidarios desolados que Aristides Fernández no se ha ido para siempre, porque miramos en pie su historia que es una lección imperecedera de fiereza y un constante llamamiento al entusiasmo de los sobrevivientes.

Debe consolarnos también el homenaje que se rinde a Fernández ya muerto: el Presidente de la República, que es un conservador ejemplar e intachable, y las entidades directivas y los más humildes soldados, todos hemos venido en grave caravana tras la caja fúnebre.

Si alguien, ahora cuando nos dispersemos, objetare que Fernández cultivó el arte de matar, decidle que él forma parte del de no dejarnos matar. Si alguno encontrare sus antecedentes indignos de estos funerales solemnes, enseñadle su recia fisonomía, que ante la ingratitud y las persecuciones apareció tranquilizada por una heroica resignación. Y si la audacia de ciertos plumíferos y habladores llega a pretender encontrar en su vida algo indigno de los hombres honrados, dominad vuestra ira para conducirlo hasta su pobreza que es como un abismo luminoso y aireado.

Por todo lo dicho me ordenaron, la Junta del Fondo Conservador, los conservadores del barrio de San Diego y un grupo numeroso de jóvenes, que gritara su admiración por el muerto en esta ceremonia triste*.

* **El Nuevo Tiempo,** enero 5 de 1923.

II
LOS LEOPARDOS

UNA INTERPRETACION DE NUESTRO TIEMPO

Respuesta a la encuesta abierta por Eliseo Arango en la revista Universidad, 1928.

El tema de la encuesta sometida por "Universidad" a una treintena de sus lectores asiduos, no puede ser más vagaroso e inasible: de allí resulta su doble carácter de fácil y complicado a la vez: difícil, porque estudiarlo con criterio integral exige una larga práctica de ventajas y defectos permanentes, expresados en manifestaciones regulares, dóciles a la clasificación, y bien sabemos que el alma dispersa, individualista y espontánea de este pueblo nos alimenta de contradicciones y relámpagos: en Colombia todo es súbito y algo es absurdo, nada es registrable.

Y si es fácil la encuesta por cierto aspecto, se debe a que sobre ella convergen numerosos caminos, lo cual permite que sea acordada desde varios ángulos. El ingeniero, el abogado, el médico, el sembrador, el dentista, el poeta o el veterinario, todos encierran en su horizonte fragmentos de nuestro país y nuestro tiempo. Personalmente intervenimos en el negocio a título de escritores.

Lo más característico en nosotros es el olvido de ciertas nociones elementales, como las de tiempo, medida, color, sonido y movimiento: explicar nuestro tiempo en nuestro país, conduciría a un espíritu lacónico a la nada, porque en Colombia hay país pero no hay tiempo.

Y no hay concepto sobre el tiempo, porque nuestra vida ignora dos inflexiones ilustres del verbo: el pretérito y el porvenir.

En política, en finanzas y en economía, nutrimos del presente el organismo republicano en sus grandes células primordiales: el individuo, la familia y la sociedad. Así somos opacos al sentido de ahorro, carecemos de la orientación de gremio, y los hombres que dirigen reinciden impunemente en los mismos pecados. La memoria que revive el pasado y la previsión que calcula o supone las circunstancias futuras, no son en Colombia virtudes activas, sino variaciones de un estéril dinamismo romántico.

Colombia, sin tradiciones musicales, sin escuela de pintores o dibujantes, sin veloces transportes, carece de una conciencia colectiva sobre toda clase de asuntos, y aprisionarla en el gran molde de una regla común, equivale a encerrar o declarar encerrada una colonia de zumbonas abejas entre un cerco de alambre.

Se equivocan quienes tratan de rendir fragmentos de historia patria o solitarios fenómenos a la fatiga de la regla general o de la explicación metafísica. Somos la negación del **standard**, constituimos una brillante turba epónima sin capitanes y sin disciplina: de un país, de un ejército organizado, tenemos solo un abanderado, el estandarte y los músicos.

Para juzgar a la República no tendríamos otros elementos de juicio que una galería de ídolos rotos y vivos, que alternan con un extraño juego de recias estampas medio tragadas por el olvido. Y el país y nuestro tiempo no pueden juzgarse por individualidades de excepción sino por los imponderables del ambiente, por el clima moral que le crean a la República ciertas reglas de conducta positivas y unánimes y aquellos principios que podemos llamar oceánicos, por su línea flexible y su vuelo tenaz. En Colombia no hay hombres de principios, sino hombres de ideas, al tiempo que las reglas de universal aceptación son rigurosamente negativas. A lo primero debe atribuirse la falta de directores auténticos, y a lo segundo, ciertos hábitos notorios, como el amor de la conjetura y nuestra actitud cautelosa ante lo extraño. La ausencia de personal directivo ha vaciado de contenido el vocablo y el concepto de la jerarquía, en tanto que rebaja nociones como las de responsabilidad y disciplina, que no son para Colombia órganos permanentes, vivos y necesarios de la máquina republicana, sino transitorias soldaduras o auxiliares forasteros. La conjetura entre nosotros no es un acto de previsión, sino un corto circuito impaciente para evadir la inteligencia. La cautela no es un momento del espíritu prudente, sino aquella desconfianza que alguna vez definíamos en una escuela libre del barrio latino como la debilidad en función de cordura. El extranjero nos disciplina y amalgama o alía por la desconfianza, porque aun cuando no tenemos, como los romanos, una sola palabra para calificarlo, sí tenemos un solo pensamiento, con la circunstancia agravante de que el **Adversus hostem eterna autoritas** esto fue la fórmula activa de un nacionalismo o conquistador o vigilante, cuando en nosotros la animadversión por el extraño es un pensamiento clandestino que nos cancera el alma y nos tulle para la acción sistemática.

Carecemos de una cultura, porque en toda la extensión desolada de la República no hallamos un pivote que la mantenga firme durante la tempestad. Este es un pueblo sin historia, porque a no tenerla equivale olvidarla; y como nos explicaba un egregio comentarista de Spengler, la cultura es imposible sin un concepto biográfico del mundo.

Todos creamos perfección dentro de nuestra imagen o según ella. De otra parte, el pecado es energía en una dirección equivocada. El progreso es la calcomanía del espíritu humano en una latitud determinada de acuerdo con las circunstancias de una época cierta. Nuestro tiempo en nuestro país es el gráfico del alma combustible y voltaria

de la raza, la crónica de nuestra energía es el tratado de los errores públicos; el progreso colombiano recuerda la parábola descrita por el paso de un ciervo en una selva inocente de galgos.

La atmósfera espiritual de la patria recibe cargas apresuradas de paganismos. La ley de la vida no es la Providencia de un pueblo que se inclina sensiblemente a practicar la del amor y el hambre. Citar casos para probarlo sería indecoroso fuera de una lucha cerrada; pero si alguien quiere polémica, estas afirmaciones tienen autor.

La excelencia del catolicismo es el reconocimiento de lo positivo en todo organismo moral. La única fuerza espiritual colombiana es el clero. La Iglesia es la raíz, la savia y el capullo de Colombia. El liberalismo ha sobrevivido a su utilidad. El partido conservador persiste por la rigurosa ortodoxia de los principios que practica y de los que ignora en la cabeza de sus directores. Proclamar el conservatismo es volver tácitamente a la Iglesia Católica.

Solamente puede salvarnos un nacionalismo generoso y austero. La tierra, la familia y los muertos —tal como han sido explicados por Arango, Camacho, Fidalgo Hermida y Villegas, y como los explicamos nosotros mismos— son el único apoyo firme y ortodoxo que vemos a la cultura colombiana*.

ELISEO ARANGO

Inclinado sobre un basto recipiente de madera, amarillo de humedad y de fiebre, seco a pesar del sol, podía verse hace unos lustros a Eliseo Arango lavando tierra en busca de platino. Extraída del solar de su casa, ella daba forma a la áspera ilusión del rapaz que aspiraba a desenvolverse en Manizales sobre el lomo de los libros sabios apenas sospechados en su niñez de alumno del Colegio de Quibdó. Diestro había sido para arrojar una piedra, sin que la ventana herida conociera el origen del golpe. Nadador de largo aliento, sus zambullidas en el Atrato le adelgazaron la voz. No hubo pendencia mal casada en sus peleas de estudiante y la cicatriz borrosa de su testa tiene origen mitológico, porque habiendo caído de la rama de un árbol con los pies hacia el cielo, abrió con la cabeza una vieja caldera abandonada.

Con los trescientos pesos que le produjera su trabajo minero, a principios de mil novecientos diez y seis llega a la capital de Caldas, donde conoce a Silvio Villegas, la amistad que sirvió de linterna a su carrera. En el Instituto Universitario ellos dos y Jaime Robledo Uribe, fundan una academia petulante, docto cuerpo cuyos formidables alaridos habrían llegado hasta nosotros los académicos bogotanos de entonces, si Eliseo Arango no los hubiera degollado con esa sonrisa suya entre escéptica y siniestra, que ya dibujaba su línea actual tan semejante a una barbera. Fue un estudiante insigne por la amplitud de sus

* **Universidad**, número 72, marzo 10 de 1928.

inquietudes, por la obstinación taciturna, por su dureza metálica ante las privaciones, por su actitud de esponja nunca saturada por los libros. Un monolito es frívolo al lado de su vida durante ese tiempo.

Los profesores respetan al devorador de volúmenes y le suponen un carácter sumiso porque ignoran que violando todas las etapas mentales, apelmaza tranquilamente dinamita en el cráneo que debe ser de diamante porque así rompe una caldera como transporta por años la enorme calidad explosiva de todas las filosofías humanas, sin que produzcan trastornos o grietas o deslices en el edificio de sus principios políticos. Las ideas contradictorias pasan, por ese cerebro sin turbarlo.

En compañía de Villegas voltea infatigablemente por el patio del Instituto o marcha por el "carretero" y su diálogo trepa con la agilidad sin esfuerzo de una liana por el tronco de todos los sistemas. Eliseo Arango parece un congreso de filósofos, porque no en vano durante lustros apasionados, de vigilia enérgica, un hombre extraordinario reproduce varios mundos intelectuales para reconstruir éste en las cumbres yertas de la inteligencia pura.

De aquella época datan sus primeras actividades políticas, porque a los 18 años el Directorio Conservador puso en sus manos un periódico que Ernesto Heckel escrutaría con provecho para decir nuevas mentiras razonables acerca de la evolución de las especies: Tan larga es la distancia que separa el estilo oratorio del primero de nuestros parlamentarios actuales de la prosa enigmática que escribió entonces.

Su espíritu ligeramente diabólico se manifiesta desde el bachillerato por la adhesión que le despertara la química. Las fórmulas comprimidas, en que las letras se fortifican con números homeopáticos, hieren su retina como signos cabalísticos, al tiempo que los vidrios largos, las retortas cobrizas y los ácidos de penetrante insidia le hacían creer que realmente era un italiano peligroso. Más tarde su diabolismo se ha ejercitado en defensa de la República.

En Bogotá reúnese de nuevo y para siempre con Silvio Villegas y encuentra a Joaquín Fidalgo Hermida, noble sujeto entregado a la inacción que le muestra los inconvenientes de la pereza cuando deja de ser un instrumento de trabajo para tornarse en profesión lucrativa. Sus ambiciones, cuya extensión nadie ha medido todavía, se endurecen en este ambiente electrizado de sutiles intrigas. Continúa su carrera de lector impertérrito, pero empieza a nutrir de raíces su inteligencia de hombre político. Los compañeros de escuela ignoran en absoluto las posibilidades de ese hombre retraído, cuyo aspecto mortecino predispone a los juicios desfavorables. Con la dotación mensual más estrecha de que entonces podía vivir un estudiante, su orgullo tiene escrúpulos altaneros que harían calificar de vanidoso a un emperador. Como se reuniera en 1921 la Convención Nacional de la Juventud Conservadora, cierta noche él y nosotros hablamos. La oración inesperada

de Arango convirtió el recinto en un cráter y desde entonces ardemos en admiración por su elocuencia.

Parece inútil insistir sobre un hecho aceptado por el Congreso colombiano, otorgándole altas lisonjas a raíz de su triunfo el año pasado cuando se hizo el prócer del proyecto, heroico dos veces por su martirio y por el denuedo con que defiende a la patria. No le escuchamos, pero recogimos el eco del trueno de aplausos con que fue saludado y hasta saber que el oído de su auditorio transformóse en un caracol que repite en sus combas la escala de las altas mareas.

Entendemos la oratoria al través de la arquitectura, porque la inteligencia de ciertas actividades necesita convertir a cosas mensurables algunos conceptos para explicárselos nítidamente. Aclaramos ese método, aplicado a la elocuencia de Eliseo Arango, comparándola con la de nuestros compañeros, en un ensayo mínimo.

José Camacho Carreño, el más brillante entre nosotros, tiene el gusto dórico. Quien ha visto el frente Norte de nuestro Capitolio, puede pensar que le ha escuchado. Cada una de sus sentencias tiene la perfección de todas las otras, en recuerdo de ese bosque de columnas que dan al hombre la idea de haberse metamorfoseado en hormiga. Sus imágenes perfectas y túrgidas reproducen las ánforas sólidamente colocadas en la cumbre de piedra. Cuando el público desespera de ver la continuación equilibrada de la maravilla que acaba de escuchar, el tribuno descubre otro remate tan impasiblemente labrado como el que le precede. Todo obedece a una proporción más acabada cuanto más se repite. Las estrías que agracian su castellano sobrio se prolongan en leve declive clásico que muere y resucita cuando tocan la esquina de las manos cerradas que señalan el aplauso.

Silvio Villegas construye en bizantino-romano. Su elocuencia está llena de cúpulas, unas más altas que otras, pero todas sonoras. El pórtico se alza con orgullo y desaparece en el desarrollo leonino de cada remate, que a su turno sirve como de punto de apoyo al próximo ascenso. Las esferas musicales se afirman sobre ángulos de ideas y finalizan en una curva de dilatado diámetro que domina y eclipsa el resto de la arenga.

Eliseo Arango, continuo, exótico, lacónico, vibrante, construye en estilo Tudor Perpendicular. La Casa del Parlamento en Londres reproduce con exactitud fotográfica nuestro concepto sobre su elocuencia de nobleza y densidad inverosímiles: quienes la han visto saben que allí todo es apretado y magnífico. Las puertas se abren con la timidez de trampas, difícilmente hay ventanas, porque parece que nada quiere contrariar el vuelo vertical de las líneas. Si se insinúa una curva es arriba, cuando la distancia y el juego de las aristas rectas, le presta encantos de arandela. Dos torres en las extremidades permiten saber que empieza y acaba; pero con magnificencia extraterrestre. No hay soluciones de continuidad en sus muros y todo asciende con un firme vértigo estelar. Eliseo Arango es un orador esquivo y alguna vez, maldiciendo su pereza, le arrastramos del brazo a la tribuna. Las ideas

eran en su discurso esas aristas de arranque fantástico que fatigan los ojos; el desarrollo estricto y alto de su pensamiento nos ponía frente a un planeta de piedra que supusimos no acabaría jamás; súbitamente un adjetivo de consumada elegancia nos daba la impresión de un gracioso bolero puesto allí no con fines de adorno, sino para repujar la inflexibilidad de las ideas en ascenso perenne. El estilo Tudor Perpendicular no se ha extendido, porque es costoso en su doble carácter de elegante y sólido. Y así como la Casa del Parlamento es su única expresión clásica, Eliseo Arango campea solo, incomparable en su augusta forma oratoria.

Nuestro amigo vendrá a la Cámara como representante por el Departamento de Antioquia. Su fina habilidad política ha de ser una estrella fija para las opiniones vacilantes. Cuando pensamos en su destreza inasible y múltiple, no podemos rehusar a nuestra memoria el derecho de revivir dos estampas extraordinarias de la Crónica Francesa: Carlos IX y Enrique IV.

Carlos era más hábil que Catalina de Médicis y Enrique incomparablemente más sutil que Margarita de Navarra. En ambos el dominio de las pasiones, del dolor y de los nervios fue supremo.

A Eliseo Arango le falta ser activo, glotón y rápido para que la semejanza sea perfecta*.

EL SIGNO Y EL HOMBRE

Porque él así nos lo exige; porque define magistralmente un movimiento político que nosotros amamos demasiado y que empieza a imponerse en la conciencia nacional y porque es suya, reproducimos de La Patria, de Manizales, la página que se leerá en seguida, de Augusto Ramírez Moreno, a pesar de la inmodestia que entraña para nosotros su publicación.

Hoy aparece El Debate bajo la dirección de Silvio Villegas. En esta oportunidad traemos naturalmente a la memoria el recuerdo de Bernardo J. Caycedo, su antiguo director, quien puso en nuestras manos todo lo referente a los fenómenos de politica extranjera, hasta el día en que vinimos a esta ciudad. Diariamente le veíamos infatigable en el cumplimiento de su misión, recto, suave y lúcido.

A los diez y seis años Silvio Villegas jugaba a la revolución: sus ideas, granaderos adolescentes, hablaban en tropel un lenguaje confuso y encendido. Habíalo sorprendido la pubertad en Cartago, leyendo a Nietzsche y bañándose en las aguas taciturnas del río pausado. Aquella

* **El Debate, abril 30 de 1928.**

contradicción entre el medio intelectual y el medio físico había de prolongar su influencia. Por cuatro años su espíritu oscilaba en una angustiosa busca de equilibrio. El futuro agitador dijo que odiaba a las muchedumbres por amor a la estética, el polemista católico fraguaba en el labio resonante escandalosas frases de catadura anarquista.

Por fortuna, para su vigor naciente el territorio de las ideas puras, hallábase defendido por un recinto de murallas que tuercen la carrera de su inteligencia hacia la retórica. Hace versos por miles, ensaya la crítica y declama numerosamente. Su espíritu trepidante había hallado ocupación, mientras llegaba la hora de iniciar el escrutinio de los valores filosóficos puestos a su alcance y de escoger para su pensamiento un cauce.

En Bogotá mézclase a los poetas jóvenes en un último esfuerzo por contener la sangre de su segunda vocación, herida por la cuchilla de los problemas públicos. La administración Suárez veíase rodando por el declive de un vertiginoso desprestigio. Bocas sin fe apuntaban desde la Cámara como trabucos y los cargos caían sobre el augusto ciudadano en una granizada de perdigones mortales. El denuncio de peculados fingidos o ciertos era propagado por Colombia entre músicas bárbaras que festejaban el descrédito del partido en el gobierno.

Conservadores apócrifos deshonraban a Ospina y a Suárez, las dos grandes estampas de la hora. El liberalismo, en estado comatoso, jadeaba brutalmente en el estertor de su agonía. La presencia del doctor Roa en el Ministerio de la Guerra daba pasto a quienes fingían oscuras patrañas inciviles, para resolver la atmósfera. La ironía sosegada pero ya decadente de don Jorge Holguín, soliviantaba la imaginación de los conservadores que presentían su destronamiento por la oferta inverecunda que el general hiciera a los liberales de cuatro ministerios. Ordenóse la fiscalización del correo y del telégrafo por el Congreso, atacado de un pánico de honestidad. El tratado con los Estados Unidos despertaba la conciencia pública al sentimiento de las responsabilidades ajenas a una república pobre pero honrada, en situación geográfica cuya fórmula matemática expresa el peligro en razón directa de las ventajas.

Las obras públicas ocasionaban sórdidas enemistades y todos los regionalismos bramaban aturdiendo el oído, cuando ya habíamos perdido la vista entre el polvo cárdeno de tantas reyertas conjugadas.

El gremio estudiantil contagióse de aquella manía batalladora. A propósito del retrato de don Fidel Cano, nos arrojamos a la calle, resueltos a devorarnos recíprocamente. En una sesión memorable proclamamos la discordia a nombre de la juventud conservadora, en un discurso reaccionario de lógica feroz, que nos fue imputado como un delito por los estudiantes unidos en torno al principio de la huelga. Silvio Villegas, deslumbrado por el hallazgo de su verdadero camino, equivócase al dar el primer paso y aprende a conocernos como enemigos. Pero vencimos.

Iniciado el renacimiento de la juventud conservadora en un estrépito de marciales fórmulas inventadas por nosotros, Silvio Villegas oscila un momento sin temblar. Consulta con su inteligencia, sus libros, las realidades políticas, y se moviliza con nosotros enriqueciendo nuestros himnos con su palabra de bronces. En artículos desconcertantes, revélase desde el primer momento como el más alto diarista de su generación, título que más tarde revalida el país declarándolo expresamente por diversos y múltiples conductos, como el mejor periodista colombiano.

En un proceso indefinible, pero continuo y seguro, surge perfecta armonía entre Arango, Camacho Carreño, Fidalgo Hermida, Villegas y el que esto escribe... El grupo de "Los Leopardos" queda constituido. Bautizado por nosotros a raíz de una lucha sin cuartel y sin derrotas en contra de la juventud radical. Silvio Villegas hace al nombre un desenfadado y efectivo reclamo que lo consagra, ayudado por la complicidad de don Alfonso Villegas Restrepo, de Luis Eduardo Nieto Caballero y de Germán Arciniegas, quienes rehúsan beligerancia a Casabianca —entonces digno director de El Nuevo Tiempo— y persigue con adjetivos mortificantes a sus colaboradores.

Una sola diferencia separa al principio el pensamiento de "Los Leopardos". Arango, Camacho y Villegas buscan afanosamente en Maurras normas para la inteligencia, en tanto que Fidalgo y el que firma, con más práctica de la guerra y de la escaramuza, niegan que para la acción política sea útil el estudio del pensador latino. Ellos desinverosimilizaban la vida cuando nosotros la entendíamos con un criterio verosímil, cristiano, realista.

Aquella pugna tuvo fin cuando Su Santidad Pío XI declaró "La Acción Francesa" fuera de la Iglesia. Habíamos firmado una carta de esclavitud al dogma católico y nuestros camaradas se humillaron sin cólera. Silvio Villegas, en un fuerte ensayo sobre nacionalismo, hizo la declaración más absoluta de su alejamiento y su condena contra lo que el Pontífice declaraba que no podía amarse sin pecado.

Como las lecturas excesivas habíanle desarrollado el espíritu de imitación en perjuicio del espíritu de creación, decide aprovechar su desventaja en servicio de su ortodoxia. Empólvanse los manoseados volúmenes, que aparecen sustituidos en su mano por los de virtud sencilla y alta inspiración metafísica.

Entusiásmase con la vida y la obra de los Evangelistas. Lee, como rezando, las Epístolas de San Pablo. Conmuévelo el vigoroso temor filosófico de San Agustín. Estudia a San Juan Crisóstomo y a San Ambrosio. Arranca de Santo Tomás para caer en el jesuita Suárez que le disputa el trono de príncipe de la metafísica. Entusiasmado con la psicología católica, dedica meses a la obra colosal de Urrabaru, modesto folleto de diez mil páginas. Apasionado con la vida de los santos, penetrado de su perfume en flor, almacena en la memoria todos los episodios de las persecuciones. Tiembla ante el ánimo guerrero de Santa

Catalina de Sena y de Juana de Arco. Adora a Teresa de Jesús, que lo embalsama en cada una de sus "Siete Moradas". Escruta con paciente respeto a León XIII, y, por un extraño retorno, abroquélase para defender al Pontificado leyendo la crítica autorizada de cuantas herejías hanse propalado en su contra, especialmente las del nefando Joachim de Fiore.

Así armado, Caldas le entrega La Patria; esta hoja de papel en su brazo era fuerte y se ovalaba como un escudo. Luis Veuillot, el vigoroso polemista católico le inspira.

El milagro diariamente renovado de su estilo hace santiguar a las gentes. Brioso y seguro, como un corcel de guerra, cada golpe del casco alza un surtidor de sonidos y de fuego. El país atónito le columbra como a una especie de Hércules redivivo. Cada campaña suya deja rastro durable. Escribe bajo las alas desplegadas de la Victoria Acéfala. Y su nombre dotado de ubicuidad, vuela por todos los puntos cardinales. En medio año Silvio Villegas es un conductor caldense y una figura colombiana.

Hoy puede exclamarse respecto a él lo que escribiera un apologista de su homónimo Silvio Pellicer: llora su tierra abandonada, la patria de su padre y sus hermanos. Alguna vez nos escribía diciéndonos: "Lo único capaz de conducirme a las mayores insensateces políticas es mi amor por Caldas. No hay nada que no le sacrifique a mi departamento y a mi ciudad". Toda su carrera de periodista y de parlamentario y de tribuno así lo prueba.

Sabía sacrificar su egoísmo en aras del interés colectivo. Recuérdese que el doctor Gerardo Arias Mejía suspendió La Patria, con gran escándalo nuestro desde las columnas de El Eco Nacional. Tres meses después aquel gobernante convocó la Asamblea a sesiones extraordinarias. Hallábase el Gobierno asediado de problemas y de deudas. De la aprobación del empréstito dependía su suerte. Villegas tenía gran celebridad entonces si se juzga por la circunstancia de que la Asamblea convocada a sesiones extraordinarias le hizo presidente, como un acto hostil al doctor Arias Mejía. Sobreponiéndose a su rencor, apoya al Ejecutivo y contribuye decisivamente a que el empréstito sea aprobado. En la Asamblea de 1926 expone su prestigio, cuando se debatía el problema de la mayor participación de los municipios en las rentas públicas y realiza una hazaña de gran clase, hablando quince días consecutivos. El año anterior termina con la autonomía de la Junta Directiva del Ferrocarril de Caldas, e impone en el orden administrativo nuestro ideal político basado en la jerarquía.

Cuando Manizales fue azotada por el demonio, lo único que sobrevive es La Patria y todavía resuena su palabra clamorosa de optimismo, escrita sobre el rescoldo humeante, afirmando su fe en la reconstrucción y en el porvenir de Manizales.

No ha existido problema departamental o municipal ajeno a su influencia directora. Su nombre es el primero que brota de los labios

cuando se trata de defender los intereses regionales. Afortunadamente, Caldas no lo ha perdido, porque ausente vivirá sus angustias, y en el triunfo su pluma, como una trompa de plata, nos quebrará el oído con gritos de Aleluya.

Miembros de una administración evidentemente neutral ante la riña de los clanes, nos hemos impuesto una rigurosa dieta política, que nos incapacita para emitir opiniones respecto a las últimas campañas acerbas en que Villegas intervino como director de La Patria y como Presidente del Concejo Municipal; pero acaso no sea imprudente escribir que la dirección de El Debate puede ser todo lo que se quiera, menos una desautorización o que ella cohonesta el delirio de sus perseguidores.

Con la llegada de Silvio Villegas a Bogotá, la juventud conservadora adquiere el mayorazgo político y nuestro perfecto amigo toma una posición definitiva en su carrera. Otros pueden aventajarle por sagacidad política, en el Parlamento o en la plaza, cruzada de relámpagos, hay quienes lo superen, pero el brillo metálico del estilo, su prosa acaso no tenga la dignidad académica o la extraña nobleza que distingue la de ciertos compatriotas suyos; pero bajo el signo de la Cruz, este hombre de Caldas ha recibido el ministerio del partido conservador. Todas las tradiciones que engrandecen la República, han sido entregadas a su denuedo vigilante. Por la compostura de sus acometidas, por el vigor sereno del estilo, por el caudal amazónico de sus estudios, por su catolicismo impasible, Villegas merece la dignidad que ahora celebramos.

Profesor de Historia Antigua en el Instituto Universitario, su inteligencia ha roto el muro que separa el hoy del ayer. Plutarco y Marco Polo descubriéronle el ejemplo de los grandes hombres. El Macedonio, el Romano y el Epaminondas y Pericles y Alcibíades y Lisandro, hanle abierto la codicia de la pelea y de la gloria. Su pupila, alargada por el ensueño como un telescopio, ha reconstruido fielmente todo el territorio que se desenvuelve desde el Lacio hasta la Arabia feliz. Las edades que murieron coronadas por los huesos de reyes inmortales. Babilonia y Atenas, Pompeya, le entregaron un secreto. Apasionado de las artes y de la filosofía, mezcló a Policleto y a Caneades con sus vigilias de Profesor. ¿Romperá, ahora el muro del porvenir? Como director de El Debate ¿aleccionará a sus conciudadanos para el dominio de las contingencias venturas? Nosotros sabemos que agarrado al doble muro de la tradición y de la Iglesia, verá llegar tranquilo todos los amaneceres.

Nuestro programa ha recibido la confirmación plenaria. En el manifiesto nacionalista de 1924, explicado por todos nosotros, aparecen bajo la cruz los astros viejos que nos marcan el rumbo. Si los antiguos y los nuevos, imbuidos en la filosofía católica, nos aplauden, ello se debe a que sin olvidar el celeste rumor metafísico de la Iglesia, desentumimos los miembros para hincar la garra en los problemas que embisten la nacionalidad. Nadie, ninguno fuera de nosotros, los con-

servadores, ha tremolado ante el pueblo el signo de la eficiencia administrativa, que Ospina arrancó de las manos caducas del liberalismo vociferante. Desde la lepra hasta el Canal por el Atrato hemos reflexionado sobre todas las ecuaciones colombianas. Los patriarcas pueden morir confiados porque el peso de la República lo reciben nuestras manos, tan fuertes como fieles. Hemos resucitado el contorno de las siluetas tutelares y nos inspiran los principios que nacieron con Dios y han sobrevivido dos mil años de estrago.

Sobre la faz verde de la tierra gaélica, mírase una piedra titánica, último escombro del castillo Bliarney, y dicen los poetas de Irlanda, quien la besa melífica sus labios, consigue el secreto de las sentencias profundas y suaves como las aguas taciturnas del río pausado. Y Silvio Villegas ha besado el signo ahora cuando le sobrecoge el ánimo su responsabilidad histórica. Representante de la generación del Armisticio al frente de un gran diario, miembro del núcleo que ha dado mejores instantes a sus contemporáneos cuando su Iglesia, su causa política, ábrenle un crédito indefinido de benevolencia, con los ojos de Caldas abiertos sobre su carrera, le decretamos la guillotina si no practica la cláusula de aquel hombre genial que prefiriera su exaltación adolescente. "Lo violento y precipitado me repugna, porque no es conforme con la naturaleza"*.

IDEARIO DE LA NUEVA GENERACION

Con destino al suplemento literario de El Espectador, ruego a usted atentamente contestar a la encuesta que sigue, cuyas preguntas he circunscrito por hoy al grupo de Los Leopardos, por ser ellos, a esta hora de la República, los representativos, con otros hombres de las izquierdas, de un pensamiento, una actividad y una inquietud en los cuales estamos interesados todos los ciudadanos de hoy:

Primera. ¿Cree usted en la decadencia doctrinaria de los partidos políticos en Colombia?

Segunda. ¿Qué concepto tiene usted sobre la decantada crisis de hombres y de capacidades en el país?

Tercera. ¿Qué significación tiene la oratoria como medio constructivo en el Parlamento de hoy?

Cuarta. ¿Qué opina usted del costumbrismo en el teatro, en el cuento y en la novela?

Adel López Gómez.

A Eliseo Arango, Augusto Ramírez Moreno, José Camacho Carreño, Silvio Villegas, Joaquín Fidalgo Hermida, Gabriel Turbay, Guillermo Salamanca, Jaime Barrera Parra, Hernando de la Calle, José Mar,

* **El Debate**, junio 12 de 1928.

Germán Arciniegas, José Restrepo Jaramillo, Alberto y Felipe Lleras Camargo, Eduardo Esguerra Serrano, Carlos M. Pérez, Jorge Eliécer Gaitán, Alejandro Vallejo, Rafael Maya, Benigno Acosta Polo, Clemente Manuel Zabala, José Manuel Mora Vásquez, Nicolás Llinás Vega.

"Este jueves 17 de octubre de 1929".

Don Adel López Gómez. En El Espectador.

Con fecha 14 del mes que corre, quiso usted dirigirme una carta contentiva de cuatro cuestiones. Antes de resolver la encuesta, quiero decirle que el párrafo de su esquela que sirve de epígrafe a estas notas obliga la gratitud vivaz de "Los Leopardos" tan amablemente juzgados por usted. Pero acaso sería oportuno que usted ampliara la matrícula de quienes deben responder las cuatro preguntas. Usted llama a lista tan solo nuestros cinco nombres escandalosos. Cordialmente le sugiero que agregue los de Turbay, Hernando de la Calle, Arciniegas, Llinás Vega, los Umaña Bernal y los Lleras Camargo, Abel Botero, Jorge Eliécer Gaitán, Esguerra Serrano, José Joaquín Castro, Carlos M. Pérez, José Mar, etc. Con ello se aumentaría el rico provecho de su iniciativa, porque el público de usted puede iniciar la comparación, fácilmente inexacta pero necesaria, entre los remudas que tiene la República a la derecha y a la izquierda. "Los Leopardos" necesitamos la comparación aquélla, con todos los jóvenes ilustres, para saber si nuestra popularidad es usurpada. En este caso empleo la denominación del grupo en sentido genérico, porque Arango, Camacho Carreño, Fidalgo Hermida, Villegas y yo, somos apenas cinco gladiadores oscuros de la espléndida juventud nacionalista y clerical que aspira modestamente al dominio. Porque nuestra vida no se justifica sino como persecución insomne del poder.

No existe una decadencia doctrinaria de los partidos políticos de Colombia. Aun cuando un grupo conservador quiere entregar el gobierno al partido liberal, cometiendo errores tácticos deliberados y monstruosos, la doctrina se mantiene intacta en Guillermo Valencia y sus amigos.

Quienes hablan de la decadencia doctrinaria de los grupos tradicionales, olvidan que el plano intelectual de nuestros partidos políticos no es hoy el mismo que en los días transcurridos de Núñez a Marco Fidel Suárez. El conservatismo de entonces luchó por ciertos postulados que hoy se encuentran seguros. La doctrina política giraba en torno de la preocupación religiosa. Los defensores de la ortodoxia pura interpretaban la conciencia de este pueblo y le impusieron ante el problema religioso una actitud moral y mental conforme a la Iglesia Católica. Tan profunda, tan esencial fue esa obra, que nadie se ocupa de atacarla. Fue incorporada en nosotros de tal suerte, que en Colombia forma parte de la naturaleza. Nadie combate, por ejemplo, la unión entre la Iglesia y el Estado, porque eso equivale aproximadamente a que el liberalismo se oponga a que un día suceda a otro, o a que sus hombres se armaran de lanzas, arcabuces y plumas, para defender la noche contra la invasión de la luz.

Por su lado el liberalismo recorrió el país a trote de guerra en defensa de principios como libertad de prensa, que también miramos aseguradas. Ningún partido se encargaría de impugnar o de escudar el derecho que tenga Eduardo Santos para escribir en su periódico censuras o elogios. Cien años peleamos en guerras carniceras para que Luis Cano escriba con calma.

La doctrina se ha convertido en realidad infrangible. Por eso no decae.

Los partidarios de la tesis que su pregunta plantea, confunden con la vejez el tremendo esfuerzo del partido conservador por adaptar su organización a las nuevas formas de combate político, por rejuvenecer su estrategia de acuerdo con las preocupaciones económicas de una hora formidable y terriblemente larga.

El plano de batalla ha cambiado; si por una circunstancia cualquiera volviéramos al antiguo terreno, liberales y conservadores ocuparían las viejas posiciones de guerra. Esa verdad la sentimos todos en el fondo de nuestra conciencia política.

Ahora se inicia una carrera emocionante entre los dos partidos, para decidir quién presenta a Colombia más aprisa un mejor programa administrativo. El General Ospina hizo un estupendo recorrido con el conservatismo encima, en tanto que el partido liberal se entretuvo criticando los arreos del competidor, ensillando, desensillando y volviendo a buscar caballos y galápagos. Los liberales siguen discutiendo inmóviles cuándo el momento es para correr. La mayoría conservadora ha entregado a Valencia el triunfo de sus colores en la tercera etapa de la pista sin fin.

Imagino que silenciosamente se está modificando la estructura de los programas partidaristas. Pero no hay decadencia sino realidades, una tierra serena, propia para que germinen plantas de otros climas, tranquilidad para herir las cortezas en un afán de injertos.

Pienso que hay hombres capaces, pero mal educados mentalmente. Es una deficiencia de régimen alimenticio. El clima espiritual nos conduce a nutrir la inteligencia de hojas y no de raíces, de ideas y no de principios. Son muy pocos quienes como Alejandro López tienen el hábito de la construcción sistemática.

La índole testaruda y feroz de los nuevos problemas puede quebrar esa infértil languidez de nuestras maneras intelectuales.

Un hombre como Ospina sorprendiónos por su capacidad de trabajo antes que por su sentido realista de las cosas magníficas.

Otro vicio es el intervencionismo mental. Ningún problema, por extraño que sea a nuestros estudios, se libra de nuestra opinión enfática. Quien no responda cuando se le pregunta sobre algo, quien vacile o afirme que ignora, quedaría mentalmente deshonrado.

El Parlamento y los Ministerios son sitios donde existe cierta predisposición para entender y solucionar determinados problemas. Pero

en ellos no se encuentran doctrinas precisas, un ambiente de tradición vigorosa que solo se obtiene y se respeta cuando una cadena de hombres preparados se cierra en anillo de defensa ante los ataques y los desbordamientos.

En política, hablar es hacer.

El costumbrismo es una forma poco intelectual y llena de dificultades. Pienso que el costumbrismo con la firma de William, de Morgan o de Gyn (lea usted "Alice for-short" o "Souvenirs d' une petite fille") frisa en la eternidad propia a las obras clásicas. Tomás Carrasquilla, entre nosotros, es un valor tan durable como Florencio Sánchez en el Uruguay o Tristao da Cunha en el Brasil.

Pero allí no se manejan sistemas ni se bruñen ideas. El costumbrista se expone a caer en lo pestilente o a tropezar en lo insignificante, sin calificar jamás la inteligencia. Otras veces —como en el caso de "Juanito López", reciente estrenado—, él se limita a demostrar que descarta convertirse en autor de teatro.

Parece que entre nosotros hay un solo autor de novela de costumbres: Carrasquilla. Un autor de cuento costumbrista que no debo citar, y ninguno de teatro. Si juzgáramos por esa circunstancia, habríamos de concluir que éste es un pueblo sin costumbres o que las tiene inconfesables.

La literatura intelectual es la única que puede seducir a una generación como la nuestra, pesada de ambiciones y enemiga de Cyrano*.

LA REPUBLICA CONSERVADORA

A los hombres jóvenes del conservatismo.

Las solicitudes presentes nos determinan a dirigirnos a los hombres jóvenes del conservatismo que vienen trabajando con nosotros por la República y por la inteligencia. Fortificados en la ardiente plegaria de las ideas, ajenos al utilitarismo del poder, no se han rasgado nuestras esperanzas con el anuncio de los escrutinios. Si a los candidatos conservadores les fue esquiva la fortuna, nuestra colectividad no ha mermado en el caudal de sus adherentes, en la alta prez de su doctrina, en su voluntad de dominio. Nuestros sufragios exceden copiosamente a los del adversario, a pesar de que fueron depositados entre rigores, hostigos y trabajos innumerables. El candidato elegido recibió, en cambio, con libertad generosa, el aporte de opinión que corría de separadas vertientes.

* **El Espectador**, octubre 24 de 1929, Suplemento Literario.

Las excelencias de nuestras circunstancias políticas se puntualizan en el hecho de que los estatutos jurídicos que traducen nuestra doctrina, permanecen como quicio de la República; en el suceso de que la voluntad democrática atestigua la fidelidad de la nación a las ideas conservadoras; en la suposición convincente de que el nuevo régimen trabajará con el celo, cuidado y vigilancia de nuestras indiscutibles mayorías parlamentarias y en la certidumbre que abrigamos de que nuestra colectividad no sienta la flaqueza del vencimiento por el incidente de que el primer empleo de la nación no le sea otorgado a uno de sus postulantes. Las estaciones espirituales de la patria son conservadoras.

Nuestro partido está solictado hoy por un doble problema: su actitud ante los negocios nacionales y la urgencia de reconstruir su disciplina y unificar sus propósitos.

Publicar un programa de administración pública es repasar ideas numerosamente conocidas y ofrecer con brillo de novedad lo que el sentido común acepta como indispensable para gobernar una congregación de amigos del bien público. Rehabilitación de nuestro crédito, defensa de nuestra agricultura, política de petróleos, educación pública, aprovechamiento y auxilio de nuestras industrias, en una palabra, aumento de la producción nacional en sus variados órdenes espirituales y económicos, son temas para cuya solución se han concertado las diversas voluntades políticas. Pensar en términos nacionales es la más elevada exigencia de los partidos.

Nuestro afán no es de programas sino de hombres capaces de elevarse hasta ellos en el dictamen público. Es la esfera de la competencia administrativa, donde rivalizan por la confianza nacional las colectividades políticas.

El conservatismo encontró la fórmula constitucional de la patria con Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro; la conciliación nacional es obra suya con Rafael Reyes; nuestros términos geográficos se definen con Marco Fidel Suárez; José Vicente Concha es el escudo de las libertades conquistadas; Pedro Nel Ospina organiza la reforma administrativa. Y como cifra de tan incansables empeños el conservatismo decreta la pacífica alternabilidad de los partidos en el gobierno. Esperamos la obra del adversario en el poder.

Ante el nuevo régimen debemos presentarnos unificados, en la doctrina y en la acción, ajenos a manifestaciones cuyo sentido oportunista pudiera divulgar nuestras flaquezas. Solo al precio de nuestra austeridad alcanzaremos el respeto del adversario y la confianza del público.

Hoy más que nunca debemos mantener nuestra independencia congénita, para que mañana no se diga que somos los oficiantes del éxito, comparables a aquellos vasos egipcios que servían alternativamente para todos los cultos. El conservatismo admira la tesis de los ministerios mixtos, que ha practicado en el poder, pero estableciendo el coeficiente de su incuestionable mayoría en el país. Rechazamos la

cooperación individual y solo aceptamos la cooperación de partidos. Nuestra colectividad no quiere granjerías, así sean ellas honestas y provechosas.

Nuestro aporte administrativo no debe proponerse como una nómina de funcionarios, sino como un sistema de soluciones para despejar los nublados que empañan nuestro destino.

El conservatismo es la armadura de la República, constituye una fuerza de cooperación nacional, igualmente constructora en la oposición como en el gobierno. Esta política no tolera vacilaciones, así logre transitoriamente al adversario. El único fin de los hombres políticos es hacer patria.

Pero el tema que conjuga nuestros anhelos es la reconstrucción conservadora. Las antiguas jerarquías políticas fueron violadas; la voluntad de la mayoría conservadora del Congreso fue desconocida; el lienzo de las ideas proyectaba empeños ambiciosos: solo la doctrina es poderosa de soldar nuestra quiebra. El abandono de esos principios fue obra revolucionaria que despedazó nuestro vigoroso organismo. La reconquista del poder nos impone una libertad perfecta de movimientos frente al nuevo gobierno, sin transigir en la jurisdicción de las ideas, pero conciliando en el terreno de los hechos.

El conservatismo es un partido autónomo que debe tener como guías a sus hombres civiles, de pulcros linajes intelectuales. Respetamos el derecho que asiste al clero católico de mezclarse en la política nacional, cuando se trata de combatir partidos que profesan errores filosóficos o religiosos, claramente condenados por la Iglesia. No aceptamos su intervención como entidad directiva o como árbitro de la política del partido. El conservatismo y la Iglesia cooperan en el engrandecimiento espiritual, moral y social del país; pero no se confunden para la acción política. En estos particulares nos alimentamos en las normas fijadas por los acuerdos de nuestra Conferencia Episcopal y en las enseñanzas infalibles de León XIII, contenidas en diversas declaraciones suyas y de manera notable en su Encíclica **Inmortale dei** "querer comprometer a la Iglesia —palabras son del Pontífice— en estas querellas de partido y pretender servirse de su apoyo para triunfar más cómodamente de sus adversarios, es abusar indiscretamente de la religión".

Y no podría ser de otra manera, estableciendo el hecho de que colectividades políticas atienden a la organización del Estado, cuya órbita es distinta de la de la Iglesia. Esta es "máxima y suprema en su esfera", nosotros aspiramos a ser supremos y máximos en la nuestra. Para sosiego de las conciencias católicas desprendemos de las epístolas de San Agustín esta síntesis del pensamiento cristiano: "Entre el Estado y la Iglesia existe una diferencia de naturaleza, el Estado es una autoridad física, la Iglesia una autoridad moral; una diferencia de jurisdicción; en profundidad, el Estado rige la vida exterior, la Iglesia la vida interior; en extensión, el Estado gobierna un pueblo determinado, la Iglesia gobierna el universo; una diferencia de acción: el Estado impone y defiende su autoridad con la espada en la mano, la Iglesia ejerce la suya por la caridad y no la defiende sino con sanciones espi-

rituales; una diferencia de destino: El Estado evoluciona, se transforma, desaparece; la Iglesia no cambia: tiene la eternidad delante de ella".

El conservatismo debe ser el intendente de las clases trabajadoras, verificando así la sentencia del escritor que dijo que lo verdaderamente conservador era la democracia, porque lo verdaderamente eterno era el pueblo. Vivimos una época turbada, donde un confuso anhelo de justicia despierta en las multitudes sin fortuna. Para evitar el triunfo de ideas dudosas en su origen, abusivas en su observancia y peligrosas en su objeto, precisa incorporar en nuestro programa las reformas económicas y sociales que escoltan y guarnecen los derechos del trabajo contra el cesarismo de la riqueza. La plutocracia es liberal; significa la victoria del materialismo. Solo dentro del cauce clásico puede deslizarse sin peligro el arca grandiosa de la humanidad nueva.

Nuestro concepto del Estado tiende a evitar, por medio de una intervención moralmente justificada, el crecimiento del capitalismo, que es la paganización del mundo. Efectivamente, el reino absoluto del dinero es anónimo, insaciable, invulnerable, y engendra el egoísmo, el odio y la lucha de clases. La concentración de las riquezas llega a ser una tiranía desmesurada y omnipotente, que aniquila la solidaridad de todas las formas y engendra una plutocracia neopagana. Nuestro deber es oponernos al dominio absoluto del capital en defensa del trabajo. La despreocupación individualista, el dejar hacer, es uno de los coeficientes de las injusticias económicas. El imperialismo de la riqueza, la usura voraz, los monopolios implacables, tienen su principal fundamento en las doctrinas que tanto fervor despiertan en el liberalismo israelita.

La reconquista del gobierno no podremos realizarla sino movilizando a nuestro servicio las clases campesinas, que son el fundamento del orden, el primer apoyo de la fuerza y la perennidad de las naciones. Es innegable que los Estados, y señaladamente los que, como el nuestro, participan de un fértil y extendido territorio, con copiosas selvas inéditas, deben mirar la agricultura como el soporte del poder nacional. Necesitamos arraigar al campesino, sustraerlo a las ciudades indiferentes, vincularlo de nuevo a la tierra de sus padres. Toda economía, toda cultura, es siempre agrícola; crece sobre su territorio materno y afirma una vez más los invisibles lazos espirituales que unen al hombre con el suelo. La ciudad olvida estas raíces del alma y las arranca. Los trabajadores rústicos constituyen el depósito de las reservas patrias; el instinto creador de las naciones; su sentido espiritualista; las energías conquistadoras. El proceso obligado de las cosechas les enseña la sujeción a las leyes. El campo, la soledad y la noche, enriquecen el sentimiento religioso que se traduce para ellos en el misticismo de la acción y en la templanza de las costumbres. Medio siglo de dominación conservadora se explica, entre otros hechos capitales, por el instinto tradicionalista de las clases rústicas; las transitorias vicisitudes de nuestros días por el abandono de los campos.

El tema del imperialismo, en sus diversas manifestaciones económicas y políticas, debe constituir un capítulo muy principal en nuestras empresas. Una de las formas del imperialismo político es el militarismo,

o sea la tendencia a subsistir el gobierno de libre discusión, el dominio de las normas legales organizadas, por el ejercicio de la voluntad ciudadana, con las soluciones de la violencia. El partido conservador ha comprobado su fidelidad a la República, su espíritu civil, su respeto a los derechos del adversario. No tenemos como peligro inmediato el militarismo; la democracia colombiana ha decretado inexorablemente la paz, ya que la guerra es la negación de los principios en que se basa la civilización moderna.

Pero subsiste el peligro del imperialismo económico. El azaroso trance histórico en que vivimos no nos da derecho a equivocarnos. Necesitamos de energías introducidas, principalmente en forma de capitales, para multiplicar nuestra abundancia. Inteligentemente practicado éste, es uno de los sistemas de fortificar nuestra soberanía; pueblos engreídos en la miseria son fácilmente sojuzgados. Pero esto impone para el país una vigilancia atentísima: por el cauce de la riqueza importada puede deslizarse el imperialismo económico, que en diversas naciones del Continente ha sido el último capítulo en la soberanía nacional. No tenemos una técnica ni una cultura que nos ampare contra el cosmopolismo invasor. Encontrar el límite exacto entre el decoro nacionalista y la entrega económica, es la empresa de un hombre de Estado.

Necesitamos un conservatismo engrandecido por la esperanza, que sepa crear y mantener por encima de los conflictos electorales y de las vicisitudes de los tiempos, el proselitismo de las ideas puras. Solo ellas nos darán ánimo firme para la reconquista del poder. Los principios no sufren alteraciones, ni mudanzas, no disminuyen, ni menguan, con las incertidumbres de los Estados y con las variaciones políticas, porque transitan en la eternidad. Si la fortuna nos fue adversa en las elecciones de febrero, debe animarnos para las porfías del futuro la gran palabra del estilista que dijo que "una derrota era la expiación de una gloria pasada y a menudo la garantía de una victoria para el porvenir".

La concentración conservadora no podrá hacerse sobre el silencio. Existen experiencias, avisos transitorios de Dios, que valen infinitamente más que una victoria. Necesitamos la unión, es decir, un acuerdo de voluntades, de propósitos y de programas. Solo a este precio lograremos restaurar la antigua grandeza de nuestros cánones, deteniendo las deserciones, evitando las desesperanzas, encauzando los extravíos del instinto.

Nuestra colectividad debe sostener el equilibrio político de la nación organizándose como un dique para contener en el gobierno las irrupciones de la impiedad, los avances del despotismo democrático, y, mayormente, para que no sean desfigurados nuestros estatutos jurídicos, cuya custodia tendrá el adversario. Debemos infundirle a nuestro partido para los conflictos de la vida civil, el propio ánimo y templanza que llevó a los campamentos, en épocas clausuradas. La reconquista del poder será empresa de abnegación personal en los combatientes, de austeridad y de fe.

El mayor estorbo que puede detener nuestra organización es el equívoco indoctrinario: el relativismo político; el libre comercio de las ideas; el matiz indeciso que se pinta en la paleta republicana. La generación nuestra debe reaccionar contra este alejandrinismo que disuelve el genio político del país y que al destruir las doctrinas fuertes desgonza los principios morales de la nación. En la tormentosa vida de dos principios contrarios que se fecundan en la madurez del contacto. El republicanismo es la parálisis de la acción, el cansancio de las ideas. La patria no puede construirse sino sobre aquellas doctrinas a nombre de las cuales se puede morir. Si los partidos en el poder necesitan estilos de conciliación y tolerancia, los de la oposición reclaman ánimo más intrépido y voluntad más valiente. No es el tiempo de las transacciones que debilitan, sino la época de las afirmaciones fecundas.

Bogotá, febrero 18 de 1930.

Silvio Villegas, Eliseo Arango, Augusto Ramírez Moreno, Joaquín Fidalgo Hermida*.

MANIFIESTO DE SILVIO VILLEGAS Y AUGUSTO RAMIREZ MORENO A LAS DERECHAS NACIONALISTAS

Solicitados por el afán histórico de nuestra época queremos hacer un clamoroso llamamiento a las derechas nacionalistas, que asisten con angustia a la pérdida de la soberanía patria, a su otoño moral y económico. Cuando juzgamos que era deber nuestro acompañar a la República en sus trances de prosperidad o de infortunio, cuando descubrimos que la sensibilidad colombiana anhelaba el hallazgo de nuevas fórmulas sociales o económicas, lo hicimos con el perfecto desinterés de quienes obran al soplo del espíritu. Dos manifiestos descifraron nuestra doctrina sobre los negocios más sentidos de los tiempos en que fueron escritos. Un nacionalismo constructivo fue entonces la entraña de nuestros afanes políticos. Nuestros anhelos corren sobre los mismos horizontes, nos vamos quedando sin patria.

En diversos escritos hemos comprobado que el presente régimen trabaja conducido por fuerzas éticas, intelectuales y económicas ajenas al interés nacional. Cada pueblo obedece a una ley propia de formación. El sentido de su vida moral, la substancia de sus conceptos colectivos, el ritmo de su crecimiento, el volumen de su producción, sus variantes geográficas definen su inconfundible perfil histórico. Por tradición somos latinos o indo-hispanos. Seguimos la ley de nuestro propio destino, cuando afirmados en la tierra de los muertos, nos defendemos de las influencias demasiado vehementes de otras razas.

Queremos reafirmar nuestra franca adhesión a una política de cordialidad internacional. Singularmente reprobable nos parece la hostilidad sañuda contra la gran democracia de Lincoln y de Wilson, entre

* **El Debate**, 18 de febrero de 1930.

otras razones porque nos movemos dentro de su meridiano económico. Pero así mismo afirmamos con un profundo sentido realista que la armonía continental no se sostiene cuando los primeros magistrados de naciones libres se truecan en agentes oficiosos de grupos financieros tenazmente desacreditados en los propios Estados Unidos, por aventuradas especulaciones contrarias a la justicia social y a la ética de los negocios. El pueblo americano sufre tanto como nosotros el oprobio de este capitalismo rapaz.

Lo que particulariza a la presente administración es el sometimiento a poderes económicos extraños. Una plutocracia extranjera, señora del Estado, ve extenderse dentro del país el campo de su propia influencia; por mediación activa del gobierno, administra, dirige y modifica una multitud de funciones públicas. Pero en la propia medida en que aumenta la docilidad del régimen ante la finanza extranjera, se acrecienta en lo interior su tiranía sobre las diversas actividades ciudadanas, agobiando con impuestos confiscatorios a las clases productoras.

Para mala fortuna nuestra, la resistencia moral se ha aflojado tanto como la económica. Entre los dirigentes no aparecen sino por excepción los conductores austeros, pulcros y heroicos que en el pasado fabricaron el centro de la conciencia nacional. Los diarios, en su mayor parte, han llegado a ser apoderados efectivos de la finanza norteamericana. La combinación financiera ha matado la idea, el reclamo ha matado la crítica. El lucro conjugado a la baja ambición, produce el silencio comprado o la interesada defensa. Este envilecimiento de la inteligencia hará que pronto la literatura llegue a ser sinónimo de infamia.

Si la economía nacional se aniquila y resta, es por la acción conjunta del régimen y de la prensa gubernamental que le han presentado una resistencia inexplicable y tenaz a la moratoria de nuestra deuda pública. Nosotros proponemos la moratoria como el fundamento de una política de poderoso calado. En todos los continentes vive hoy una democracia despojada que obra al servicio de pequeñas minorías capitalistas. El mundo no volverá a su equilibrio sino cuando se aniquile la usura plutocrática por la revisión de todas las deudas públicas y privadas. Puede afirmarse que el ciudadano colombiano, como el alemán o el inglés, trabaja cuatro o seis horas para el extranjero y el resto para su familia. Solo la justicia internacional asociada podrá libertar al mundo de la voracidad capitalista. Nosotros propondríamos un acuerdo con las democracias latinas de América para resistir el afán codicioso de los banqueros del Norte.

Esta política del no pago entraña naturalmente la suspensión inmediata de los impuestos creados por el Poder Ejecutivo, quebrantando el mandato constitucional, la ética cristiana y las enseñanzas experimentales de la Hacienda Pública. Los impuestos recientemente decretados están destruyendo con afán la agricultura y las industrias, base de toda prosperidad cierta. La propia administración de justicia se ha convertido en una institución aristocrática porque pesa sobre ella un

doble gravamen que la sitúa al margen de la jurisdicción de los humildes. La revisión de las deudas y de los impuestos debe incorporarse en todo programa social justo.

Con todo, el pueblo colombiano sufriría los nuevos gravámenes con la estoica resignación de los días heroicos, si se tratara de un continuado esfuerzo de restauración pública. Pero éstos han sido para saciar la codicia de los banqueros saxoamericanos y para sostener una burocracia opulenta, donde el nepotismo y el cohecho de las conciencias constituyen uno de los más repuestos capítulos. En una época de miseria se han multiplicado los regalos diplomáticos como premio a los que traicionaron a su partido y a sus amigos.

Imposible desconocer en un programa político moderno el movimiento ascensional de las clases obreras. Nuestra solicitud ha estado siempre con los humildes, porque la justicia social es el fundamento de todo nacionalismo. En este campo nosotros superamos las soluciones de izquierda conducidos por la infalible brújula del ideal católico. Capitalismo y comunismo son fórmulas intelectualmente fenecidas. El Estado no puede sustentarse sobre una sola de las clases que trenzan su complicada estructura. Las causas definitivamente victoriosas en la dilatada historia del mundo, son las que desbrozando el frío egoísmo rebosan de cálida ternura humana. El dinero, símbolo del poder, alimentado por la codicia o el odio, será vencido siempre por el espíritu, que es amor. Por encima de las instituciones exclusivamente económicas, perdurarán las instituciones biológicas como la familia y la nación. La violencia será vencida por la tolerancia y la fraternidad. El Estado debe ser una voluntad de convivencia y sobre la hostilidad de clases o el odio calcinador de los partidos políticos no podrán florecer sino la barbarie o la anarquía. Nacionalizar todas las instituciones y todos los partidos es la urgencia presente. Nosotros hacemos un llamamiento a la unión de las diversas familias espirituales de la patria para resistir al cosmopolitismo de la riqueza y a la penetración extranjera.

Contra el materialismo histórico, así sea socialista o capitalista, afirmamos la supremacía del espíritu. Las actividades religiosas, morales, jurídicas y políticas son las que determinan la actividad económica. La realidad fiscal se funda en la conciencia inteligente del hombre.

El maquinismo, después de haber creado la concentración capitalista, está contribuyendo a su ruina, siendo al propio tiempo la causa de una particular decadencia intelectual y moral. Es precio substituir el materialismo triste de nuestra época por un sentido espiritualista de la vida. Producir y consumir no pueden ser los polos de la inteligencia humana. Solo el ideal puede ofrecerle promesas de placeres inéditos a un mundo en ruinas.

Contra los milagreros de la política que ilusionan falazmente a los pueblos sin cancelar sus esperanzas, nosotros proclamamos la realidad nacional que es el trabajo favorecido por el Estado; contra la quimera colonizadora solicitamos una profunda reforma agraria. No nos pre-

sentamos como enemigos de la propiedad sino como partidarios fervorosos de su difusión. La única salvaguardia eficaz contra el comunismo es la creación de una pequeña burguesía campesina. Si queremos tener una patria perdurable en el tiempo, debemos humanizar la tierra que nos legaron nuestros ancestros. Durar y sufrir sobre un mismo suelo es lo que forma la malla invisible de la solidaridad nacional. Las masas campesinas abandonadas de las clases dirigentes, se mudan en núcleos explosivos de comunismo y anarquía.

Es preciso reaccionar vigorosamente contra el criterio virreinal y centralista que dirige nuestras empresas económicas y administrativas. La política nacional debe ser, ante todo, política de las provincias y para las provincias. Nuestra República solo por excepción es urbana. La auténtica producción nacional está en nuestras aldeas olvidadas y renuentes; en las llanuras memorables del Tolima, del Valle y de Bolívar, ávidas de tierra; en las montañas de Antioquia y de Santander; en los cortijos numerosamente cultivados de Boyacá y de Caldas; en las altiplanicies del Huila, de Nariño y del Cauca; en las fértiles costas del Pacífico y del Atlántico. Sierra, valle, montaña, altiplanicie, es decir, ruralismo puro. Así está formada nuestra nacionalidad. Tenemos una democracia agraria que quiere oír hablar de sus pastos, de la cría de ganado y del cerdo, del cultivo del café, de la parcelación de la tierra, de una reforma educacionista encaminada a la formación técnica del campesino y del obrero. Lo que no entiende la población colombiana es el turbio ajetreo de la finanza cosmopolita y la obligada consulta de nuestros negocios económicos y administrativos con los banqueros de Wall Street, como lo realiza metódicamente nuestro gobierno.

Estos temas los entregamos a la meditación pública con un criterio ajeno a toda avaricia sectaria. Lo que distingue al verdadero hombre de Estado es que habla de su partido para toda la nación.

* * *

En los manifiestos políticos de 1924 y 1930, corre nuestro acervo doctrinario en cláusulas que han sido confirmadas por nuestra actividad democrática. Marchábamos entonces, como hoy, por las rutas interminables del espíritu. A las verdades eternas hemos procurado darles siempre un asiento de armonía con el nuevo estado psicológico de la época.

Pero la crisis presente no es de inteligencias sino de caracteres, no es de ideas, sino de procedimientos, no es de estrategia sino de táctica y por eso este manifiesto responde a la necesidad casi dramática de resistir con hechos a la disolución nacional. Queremos un directorio fuerte que imprima en el partido huella profunda y que lo acostumbre a ejercitar la más vigorosa obediencia.

Nuestro partido está fuera del poder y aspira a reconquistarlo. Para esto precisa una imperial disciplina. Antes de dar la batalla es necesario contar el número de espías y libertarnos de aquellos elementos que por debilidad o por negocio son capaces de convertir una victoria en retirada y una retirada en derrota.

Nuestra mayor urgencia presente es de agitadores eficaces y responsables. Necesitamos un partido procesional que invada los circos, los teatros, las calles y las plazas públicas en incansable acción democrática, para romper el más fuerte y poderoso silogismo de radicales y socialistas; el dominio de los grandes centros urbanos. El deber primero de los dirigentes es internarse en el país, recorrerlo en todos sus meridianos, para que su acción penetre los misteriosos repliegues de la conciencia pública.

Conviene libertar a nuestro partido de la tutela parlamentaria, que establece una mezcla dañina de los problemas nacionales con negocios ceñidamente partidaristas, lo cual ocasiona descrédito a nuestra colectividad y a la República, al propio tiempo que facilita combinaciones donde juega el presupuesto su papel corruptor. Nuestra política debe definirse por medio de convenciones libres, democrática y sapientemente elegidas. La necesidad de una asamblea semejante se hace sentir hoy con vigor inusitado y nos vincularíamos a cualquier movimiento autorizado que la promoviera.

Queremos una disciplina dentro de la oposición, indispensable para cooperar con el gobierno o para combatirlo. Si el partido no define por medio de una convención su política, seremos pronto representados en el gobierno por ministros que no significan sino la traición remunerada. Sin esa coherente y lúcida política que pedimos, continuaremos presenciando el espectáculo de una colectividad movilizada por el presupuesto, que justifica todas las claudicaciones si las respalda o si las premia un sueldo. Para afirmar el prestigio de los dirigentes debe declararse incompatible el carácter de empleado público y el de individuo de las entidades directivas.

Nuestra rígida organización presidencial, donde los ministros son simplemente amanuenses o jefes de sección, exige una reforma que atenúe los excesos del poder. Cuán distinta sería la suerte del país si a los dóciles instrumentos del régimen se hubieran preferido los jefes más destacados de nuestras grandes colectividades históricas.

El cuociente electoral es una exigencia imperiosa para garantizar la democracia efectiva, evitando así que las mayorías políticas ejerzan sobre las minorías una opresión más insoportable que la de un solo amo. Allí donde existe un solo derecho desconocido, una sola opinión extraña a las determinaciones soberanas de la patria, allí no puede existir la República. El conservatismo debe ser el partido de la justicia social y política.

Un gobierno como el presente, opuesto al sentimiento libre y público de los colombianos, requiere conductores que encaucen tanta enemistad, que daña y amenaza con singulares peligros si no se ordena por caminos de actividad cívica. Para el propio gobierno es más tranquilizadora la presencia de caudillos civiles, intelectualmente responsables, que le cierren el paso, que la subterránea maniobra de cóleras sin expresión ni elocuencia. Acaso la peor insidia que puede meditarse contra este gobierno deplorable, es cubrir de baldón a quienes hacen la crítica acerba pero civilizada de sus actos. Pensamos que los intere-

ses de la República y los del partido exigen un directorio de agitadores, que se movilicen resueltamente contra las equivocaciones y las culpas del actual gobernante. Solo la presencia del Directorio Nacional en las provincias puede realizar el milagro de recoger un fondo político para las campañas futuras.

El plan de las izquierdas consiste en acentuar las violencias morales y las coacciones físicas sobre los nuestros cuando se preparan a sufragar o se congregan en manifestaciones de carácter político. En milicias y en escuadras se han venido organizando, no solo con el propósito de amedrentarnos, sino para entrar en acción cuando su delirio de poder lo juzgue conveniente. Se impone una metódica organización defensiva para evitar la dictadura del tumulto y asegurar el dominio de las calles. Las derechas tienen el deber social y moral imprescriptible de no esperar inermes que la coacción se ejercite.

La juventud universitaria debe entrar en la levadura de todos nuestros cálculos de porvenir y ha de entregársele una participación eminente en cada detalle de la acción. Por el número y la calidad nuestros adherentes de las aulas constituyen el más admirable espectáculo y la realidad más asombrosa de esta época menguada.

Hemos querido insistir sobre los problemas de táctica política, porque cuando se trata de un ejército pronto a salir en campaña, el primero de sus problemas lógicos es el de la organización. Si a esto se agrega que la tierra que ante nosotros se abre es totalmente desconocida y es inmensa, justificados estamos en contribuir a que se descubra su misterio.

Nuestro mayor anhelo es un conservatismo ascético, limpio y estoico, que sea en la oposición, o en el gobierno, la reserva moral de la patria. A la juventud, a los dirigentes y a la democracia angustiada les entregamos este mandamiento supremo: SED PUROS.

Bogotá, febrero 18 de 1932.

Silvio Villegas, Augusto Ramírez Moreno.

"LOS LEOPARDOS"

(Fragmentos).

En una época reciente se encontraron "Los Leopardos" sobre la redonda colina de los veinte años. ¿De qué horizonte del espíritu venían? ¿Para qué los preparó la vida? ¿Cuál el grito de su sangre?

Claudio fue letrado desde niño. No podría emplearse el verbo devorar para sus lecturas, porque literalmente se tragaba los libros. El país de su cuna fue Manizales. Y para comprender a Claudio, es necesario que el lector conozca a Manizales.

Hay un doble elemento, espiritual y topográfico, que explica el criterio nacional y nacionalista, la generosidad anchurosa, la franqueza noble del alma en los manizaleños.

Ciudad latina por excelencia, para encontrarle pares, necesario sería construir en un declive numeroso de los Apeninos una ilustre ciudad. Domina un panorama fantástico. Su imperiosa gentileza romana, dulcifícase en los horizontes de inefable emoción. ¿Desde cuál de nuestras capitales pueden verse las fronteras de los departamentos vecinos? ¿O alguna de nuestras ciudades puede ufanar las campanas de su iglesia con la promesa de un vuelo que simultáneamente se vuelva sobre las tierras cálidas y asciende hasta el Ruiz y el Santa Isabel, semejantes en la mañana a una doble corona de la tierra? ¿Y qué decir de la acústica de esos montes, tubos de un órgano formidable, que nos hace creer naturalmente que cuanto allí decimos prorroga su eco por el hemisferio?

Si por la tarde se desemboca en la Plaza de Fundadores con ánimo de recorrer la Avenida Cervantes, el crepúsculo parece el cuello de una paloma. A lo lejos, acendra el Ruiz la diamantina blancura en la malva radiante del poniente. Las alturas distantes henchidas de ensueño, parecen próximas en la celeste transparencia de la tarde y en esta forma la geografía truécase en madrina de la ambición. Y como aquel portentoso espectáculo del aire enamorado de la tierra no invita a la acción física sino a la contemplación dinámica, a la permanencia fecunda, a la enérgica satisfacción con lo creado, fácilmente se comprende el corazón tradicionalista de Claudio y su inteligencia robusta, fina, magistral, fértil entre todas las otras.

Pero si se va al Occidente y se busca el comienzo de la cuesta o bajada del Rosario, hay entonces una estupenda atracción por la vida activa, por los movimientos colosales. Desde allí se descubre un trote de cordilleras que en cuatro zancadas humedecen las raíces en el río "La Vieja" y se arrodillan para tomar agua del Cauca. En la Avenida Cervantes la ambición crece porque alzamos la frente hasta el nivel del firmamento tomando altura por los picachos inaccesibles, al tiempo que desde "El Observatorio" hallamos el sentido de nuestras limitaciones ante la extensión que no se llena con ninguna mirada, y por la ventana de tal paisaje que parece un movimiento, gracias al juego de los declives y de los numerosos ríos, se entran la crítica, la autocrítica, la desconfianza en el propio mérito. Y así se justifica en Claudio la ausencia de pedantería, la capacidad para corregir, pulir y repulir; la sumisión al consejo, su filosófica actitud frente a la derrota y su aptitud para la imitación de lo que considera excelente o supremo comparado a sus propios productos.

La Plaza de los Fundadores explica la inteligencia múltiple de Aquilino Villegas y "La Cuchilla", con su magnético grito que compele a obrar y a remachar sin tregua, fue traducida por ese coloso astuto que se llamó Nepomuceno Mejía. La combinación de ambas, produce desde el espíritu suave y maduro de Ojetti hasta las fiebres de Papini. Solo Manizales podría producir en Colombia a un héroe y a un dandy como Alfonso Villegas Restrepo, o la túrgida retórica de Claudio, que recuerda en su fácil perfección los racimos que acendra la áspera tierra italiana y el sol que madura sus uvas.

La raza que allí habita no es optimista, ni es pesimista. Algunos creen lo primero porque no se desanima bajo la tremenda carga de

reconstruir una ciudad en cenizas, bajo el soplo sucesivo de dos terribles fuegos. Pero no es cierto que sea optimista el varón efectivo y sistemático en su trabajo, porque el equilibrio es la forma exacta de la efectividad y el optimismo es una variación del desequilibrio: Pesimista es el hombre que en cada oportunidad ve una dificultad y optimista es el hombre que en cada dificultad se limita a ver una oportunidad. Claudio es equilibrado, tiene una noción nítida y casi mortificante de las realidades. Las contradicciones en que a veces incurre, traducen ese sentido de las realidades, porque la vida, cargada de misterios, no tiene exactitud permanente de una suma aritmética y esas contradicciones son las mismas del paisaje, que atenaza el espíritu para conducirlo por caminos que diametralmente se oponen. Quien dude acerca de este análisis vaya a Manizales y salude dos grandes cosas caídas de la mano de Dios: Una tarde en la Avenida Cervantes con los nevados, ardiendo suavemente bajo la mirada de un sol pensativo, la Naturaleza en éxtasis, los más nobles colores de la celestial paleta, difundiéndose eucarísticamente por el ámbito, que se despeja hacia arriba con la fuerza de una cúpula hecha de lucentísimas piedras admirables, el soplo tónico, la respiración juvenil de la tierra, semejante a una linda santa que se apresta a celebrar un rito impoluto, y el hombre, constelado por las más puras voces del corazón, palpitante, como una criatura inmortal, el hombre atónito, embelesado frente al quieto horizonte divino, apenas siente que el espíritu alza las manos para coronarse con una clara diadema de pensamientos encendidos. ¡O, crepúsculo caldense! ¡Cómo te pareces al cuello de una paloma!

Y la otra cosa fenomenal que Dios quiso que cayera allí cerca, es una mañana limpia para vestirnos con ella desde "La Cuchilla". Los montes descienden galopando como para colmar el horizonte sin orillas y la mañana es sobre nosotros como una túnica emplumada, como un juego liviano de poderosas alas con las cuales quisiéramos correr tan aprisa como la tierra que tumba sus cordilleras para acostarse pronto en el valle y para mojar sus senos en el caudal místico de los ríos, serenos al peso de una flexible juventud perpetua. La poblada anchura del paisaje, sus turgencias dramáticas, lábaros de victoria, sus cañadas profundas, cicatrices fértiles, la inutilidad del ojo que se fatiga descolgándose sobre los accidentes y alargándose sobre la vastedad sin límites, el movimiento vibrante de las colinas, de las lomas, del aire; un ansia de velocidades imposibles para arropar todo aquello, para golpear de una vez todo aquello, y el placer paradojal de nuestra insuficiencia que nos permitirá deleitarnos siempre, eternamente, sin reposo, sin cansancio, sin monotonía y sin repetición, formaron en Claudio esa frialdad ante los reveses, esa alegría relampagueante cuando su paladar gusta el acíbar, ese religioso sentido de que sus limitaciones son la fuente en que nuestra felicidad prospera, porque sin ellas el universo sería vacío, vacío y doloroso como el diapasón de la queja. Si el mundo fuera nuestro, si pudiéramos dominarlo con los cinco sentidos, presentaría un interés tedioso, nulo. Nuestra insuficiencia ante la vida es el resorte de nuestra inconformidad, de nuestra brega y de nuestro anhelo en elación perenne.

Inclinado sobre un basto recipiente de madera, amarillo de humedad y de fiebre, seco a pesar del sol, podía verse hace cuatro lustros a Antero, lavando tierra en busca de platino. Lavar platino, como jugar bridge fumando pipa, fortifica el hermetismo y da alas a la ambigüedad, mura la paciencia, acrisola en el estoicismo la voluntad de espera. Presentaba la cabeza dura, en que cada cálculo egoísta era como un tornillo y palidecía ella como entre un vendaje inmaterial de ideas.

Aquella tierra, extraída del solar de su casa, daba humilde forma incierta a la áspera ilusión del rapaz que aspiraba a trasladarse de la selva chocoana a cualquier ciudad, para desenvolverse como una culebra, con morosidad silenciosa y religiosa, sobre el lomo de los libros sabios apenas sospechados en su niñez de alumno del Colegio de Quibdó. Diestro había sido para arrojar una piedra, sin que la dueña de la ventana herida conociera el origen del golpe. Nadador de largo aliento, sus zambullidas en el Atrato le adelgazaron la voz. No hubo pendencia mal casada en sus peleas de estudiante y la cicatriz borrosa de su testa tiene origen sobrenatural, porque habiendo caído de la rama de un árbol con los pies hacia el cielo, abrió con la cabeza una vieja caldera abandonada.

Con los trescientos pesos que le produjera su trabajo minero, a pie, solo, sin ser adulto todavía, se dirige al mundo exterior por la vía de Riosucio. La cabellera ondulante y algo ladino en el rostro, prueban que el hombre viene del país de los ofidios. En el pequeño mundo social, económico e intelectual de Quibdó era imposible amaestrarse para la vida; pero este milagroso infante sale dotado plenamente para la civilización. Su panorama cotidiano era el de los montes negros; su horizonte, una niebla húmeda que cercaba de misterio las más altas estribaciones de la cordillera; su compañero, el río, que le enseña, no el galope, sino el paso entre paso, la cesura, la pausa deliberante. Llega al mar el Atrato sin apresurarse, Antero llegará a su meta sin esfuerzo, sin dar zancadas, ni proferir interjecciones. El otro lado de la alta neblina que nunca deja ver con precisión la perspectiva, más que su ambición, fomenta su curiosidad. La ambición se empeña y la curiosidad desiste. Antero no se empeña, abandona la partida, no por cobardía sino por escepticismo, porque no tiene afán, porque el pulso de la hosca tierra obedece al secreto de un ritmo inalterable.

Individuo de una pequeña sociedad, azotada por el clima, por las plagas, a veces por la rareza de los víveres, si se ha varado el barco que los trae de Cartagena, enfilado como sus compatriotas frente al espectáculo de los extranjeros ricos, duchos, confortablemente alimentados y acostados, de las tentaciones del espíritu gregario lo salva la categoría magistral de su inteligencia en lucha con los nulos recursos mentales del medio. El vuelo pujante de su personalidad no es hacia arriba como el surtidor, sino hacia abajo como la catarata. No es Alcestes su novia; su novia es Atalanta. Una vez quiso probarle en su colegio de la ciudad civilizada, a condiscípulos que se creían más aventajados que el estudiante montañero, la absoluta superioridad de su espíritu y, entonces, como quien no quiere la cosa, narró sus proezas de fakir. Con la naturalidad más perfecta les hacía creer las mentiras más estu-

pendas. Era asediado de preguntas inverosímiles. Y Antero triunfaba cuando ante su auditorio, descolorido de atención angustiada, decía, por ejemplo: Pues sí: como ese día no tenía nada qué comer, tuve que tragarme viva una culebra berrugosa, que me dañó un poco este diente, mostrándolo.

Una escena de los primeros días púberes fue decisiva para su conducta. Con escopeta de fisto en la mano y sin perro, acechaba un tigre gallinero, cuando fue arrollado por una brutal manada de tatabras. Olvidando la furiosa índole de aquel animal cuando marcha en manada y desconociendo el portentoso número de sus huéspedes, disparó para amedrentarlas y el vuelo de las municiones dispersas hirió a varias, tan levemente, que solo consiguió encolerizarlas. Sobre él se precipitan los cientos y los miles de porcinos trocados en fieras, y sin tiempo ni deseo de recargar el arma, se trepa a un árbol cuya fronda se inclina sobre la turbia onda flexible del Atrato. Ya es tarde y no habrá más remedio que pasar la noche como un pájaro, cambiando de posición sobre la rama.

Una gran luna, matronil, temprana, fúlgida, estuca las anchas cicatrices de la reciente inundación que prorroga la vigencia de la arena, sobre aquella recta playa en que el río, sin meandros, se domina en una extensión de ocho kilómetros. Un tigre descomunal, cauto y veterano, se pasea en la ribera opuesta a la del árbol de Antero. El instinto felino delibera sobre cada segundo y sobre cada detalle del plan ya conocido para cruzar el agua sin que los caimanes despejen vorazmente la jeta sobre el cuadril o el lomo del feroz pasajero. Al fin decídese la bestia, ruge y golpea con la zarpa el agua de la orilla para atraer a todos los anfibios en posibilidad o en vecindad para molestarlo.

El silencio celeste pastorea como un dios la música de la noche, el horror penetrante de los ruidos nocturnos y el tácito furor de las esferas.

Calcula el felino que la estrategia ya dio su resultado y hacia arriba se desata a grandes saltos para tomar agua por vado seguro y a tal distancia de los caimanes reunidos por su artimaña, que aun cuando quisieran salir a alcanzarlo antes de pasar a la orilla contraria, de todas maneras estuviera a salvo. Pero un gran saurio, baquiano del tigre y del río, animal centenario, perezoso, ladino y glotón, conoce el truco y espera. Cuando el tigre se embarca, sobre él se precipita, cierra los ojos para evitar toda herida de la zarpa que se debate en vano. Cuando el bestial incisivo se aproxima a su cuerpo, aprieta entonces más todavía a la víctima que desfallece rugiendo entre el poder de aquella dentada tenaza.

Antero no se emociona, aprende. Toda la habilidad, todo el ruido y la exhibición del tigre para nada sirvieron; sin el aparato del zarpazo y del rugido tal vez no hubiera atraído hacia el vado la atención del viejo caimán victorioso. Desde entonces quiso hacer sencillamente las cosas ese Antero de corazón felino.

Al fin del año las vacaciones se disfrutaban en el Tolima, sobre un alto y fino estribo de la Cordillera Central, a una distancia invencible de toda civilización. Siete varones gobernados por el mayor de ellos, en tercera clase iban a Girardot. Aquel contacto sobre las duras bancas del tren con el pueblo bajo de su país, era un eslabón precioso en la cadena de experiencias colombianas que le darían a Sergio el conocimiento de su gente, el instinto de la acción victoriosa ante la muchedumbre. El intelectual iba a sufrir, pero el político se hacía fuerte, lozano e infalible. Cada palabra y cada acento enriquecían la capa vegetal de su colombianismo fértil. Caído desde la altura de su orgullo en aquella plebe feraz, su corazón iba adquiriendo el relieve de una enseña nacionalista.

Cuatro días a caballo de Girardot a "San Andrés", nombre de la finca, situada en jurisdicción del Corregidor de Riomanso. El camino estaba lleno de variedades panorámicas.

El río Magdalena en Girardot, el llano profundo, "el plan" de la juvenil estribación, cálida todavía, el sosegado declive en los accidentes, el salto brutal hacia alturas que agujereaban el firmamento, descensos prodigiosos hacia cañadas llenas de aroma, de música y misterio.

Nada valían las dificultades del viaje, incómodo cual ninguno, por la compensación maravillosa que ofrecían la tierra y el cielo.

Primero que todo, ya había un rico don en aquel tránsito del colegio, pronto a las solicitudes de la imaginación, prácticamente inútil para la inteligencia de un alumno desaprovechado, donde Sergio se entregaba a los ensueños más peligrosos y estúpidos, a los soles y a los alrededores, a los calores y a los fríos, a las fatigas y a los reposos violentos de aquel viaje abominable sobre bestias de trote homicida, a horcajadas sobre la humilde rampante de los malísimos aperos. Los rumores confusos de su corazón, grande, misterioso y niño, los alaridos criminales de su imaginación, eran reemplazados por los vigorosos timbres de una tierra en que el trópico despliega en formas múltiples una gracia profunda, musical e incomparable. El despertar del día contemplado desde una altura tan fantástica, que el río Magdalena se miraba con el ojo desnudo aún cuando para ir hasta su orilla eran necesarias tres jornadas, o el huir de la tarde, esquiva y linda y mate, como una venada, por entre las paredes estrechas de profundidades aterradoras y estos cambios de perenne influjo acondicionados por todos los colores del cielo y por todas la flautas de la tierra, crearon en Sergio una flexibilidad rarísima que los observadores superficiales llamaban testarudez. El arte de hablar como dialogante o como soliloquista sufrió también la marca de aquellos itinerarios, repetidos por Sergio metódicamente durante nueve años; el dramatismo de sus cambios de tono literario —que muchas veces fueron infortunados pasos del buen gusto al mal gusto— y su extravagante sentido de la eufonía, son el rastro del susurro, de los cantos difusos, del viento, del parloteo de las plantas ágilmente inclinadas, de los ruidos polífonos que transitaban por la inmensidad de esas regiones.

Acarreo de leña, troncos, ajetreo de simple cocina, hacha, machete, "calabozo" o "tacizo", azadón, caminatas, brega con los animales do-

mésticos y con los del monte, fueron los varoniles deportes de nueve años de vacaciones en la selva pura, sin artificio, con su atractivo y con sus peligros. Física e intelectualmente tal influencia fue decisiva para Sergio. El sistema nervioso equilibrado a pesar de su riqueza sentimental y sensorial, gracias a esos ejercicios generosos y oportunos es un verdadero artículo de lujo. Y con la majestad de los paisajes inolvidables se hizo más adorador, más exaltado en el sentimiento del Creador. Innumerables y maravillosas experiencias futuras no le hicieron daño, porque el subsuelo y el suelo del alma eran bien firmes.

El conocimiento del pueblo colombiano se acrecía con aquellos viajes. Los documentos humanos, populares todos, eran de variedad marcadísima. Pero en los peones de la finca sí que es cierto que afinó la sensibilidad para hablarle a las muchedumbres de su país. No estudió, nada le debía a los libros como sus dos compañeros, ilustres y célebres. Fue el sentimiento directo de las reacciones en el posadero, en la "juana", en el campesino, en el viajante humilde y en el altivo peón lo que le dio elementos de juicio, lo que transportó al mundo de las ideas, no de las aprendidas sino de las que crean.

El contacto con la naturaleza de juventud inmortal y de perpetua arrogancia le mostró a su ambición el misterio de la "qualité maîtresse", la calidad dominante de su espíritu: tutelar la energía creadora con largos períodos de imperial reposo. En la acción ser como la catarata, como el huracán, como el terremoto, como el fuego, ser como la naturaleza. Y en el reposo, ser tranquilo con solemnidad, quieto para facilitar la formación de la inquebrantable corteza bajo la cual proliferan millones de gérmenes propicios; amodorrado y como a punto de sucumbir bajo el silencio, para no perturbar la estupenda obra creadora que palpitaba en los subterráneos del alma; exactamente como la naturaleza, debía ser el héroe dedicado al "ocio fecundo".

De allí su falta absoluta de facultades críticas y su dogmatismo febricitante, su voluntad de afirmación y su falta de discriminación. De allí sus exageraciones, sus repelencias, sus desastres y sus éxitos.

Ya los niños de buena familia no viajan en tercera clase, no caminan descalzos, no cargan fardos de tres y cuatro arrobas por empinadas cuestas, no oyen del propio labio campesino la odisea de Sebastián de las Gracias, no comen frugalmente y no duermen sobre las tablas peladas, no se internan descalzos en el monte, solos y sin brújula, persiguiendo un "cuzumbo" o en busca de una pava "gurría". Los niños se desmoralizan y ablandan en su medio, sin posibilidades de conocer cosas distintas. Sergio ha bebido en proporciones iguales té y agua de panela. Conoce las montañas de Colombia, las calles de Londres y los bulevares de París. Ha sido siempre un imaginativo de millonaria vida íntima y siempre, dondequiera que se halle, a pie, en automóvil, en aeroplano o a caballo, duerme en su pecho un verdadero hombre de acción. Tantos menesteres le dieron tiempo apenas para aprender a leer; pero profesa que no es intelectual el erudito, sino aquel que gobierna su vida por la inteligencia, aun cuando nada sepa.

Al regreso del campo, más enjuto por las privaciones y los ejercicios pero mucho más fuerte, reanudaba Sergio su estudiosa pérdida de tiempo, sin saber para qué sirven los maestros que nunca se preocupan por el caso individual de cada alumno sino por "la clase". Absorto en los movimientos, como de tierra en tránsito del caos al orden, que se verificaban en su juvenil conciencia, con la vaga noción de que servía para algo especial que posiblemente nunca se iba a presentar y entreteniendo el tiempo en las llamadas Academias Literarias, pasaron vacíos los años. Solo en una de ellas haría el hallazgo de tres hombres muy importantes. No fue por cierto en el Centro San Luis Gonzaga, ni en la Academia Donoso Cortés; fue en la sociedad Menéndez y Pelayo.

Nicolás Llinás Vega, Juan Lozano y Lozano y Carlos Lozano y Lozano son los tres amigos que en 1916 encontró Sergio. Viejas y sagradas relaciones de familia lo unían con los hermanos; desde 1911 jugaban en las visitas que se hacían las mamás y las hermanas; pero solo intervino el vínculo intelectual entre ellos al través de la sociedad Menéndez y Pelayo. Carlos y Juan son bien distintos. El segundo pertenece a la familia totalmente extinguida de los Alejandro Mesa Nicholls y de los Luis Tejada. Absolutamente limpio de escoria es de una perfección espiritual que anonada. Soñó con la gloria literaria y con escribir algún libro pequeño y maravilloso como el "Pájaro Azul", creía anhelar en vano. Se devoraba los sesos buscando las ideas, estudió todas las leyes de la composición poética, hurgó la vida con ojos anhelantes. Todo esto sin pedantería, con una angustia tímida que no quería ser notada. El ardor de su magnífica humildad ha sido premiado con los más bellos poemas, con un gran libro imperecedero, y hoy ocupa una posición literaria casi suprema, que despierta el amor fraterno de quienes lo han conocido, más irreprochable cada día al través de años innumerables. Soñaba labrar en la arcilla miserable esa obra de arte y de dolor que es una bella vida. Se desesperaba de no poder lograrla, de que sus manos sin energía rehusaran esculpirla. Pero lo ha logrado. Sergio lo ha visto huir de la taquilla de un teatro de París, prefiriendo gastar ese dinero en comprarle una corbata a Carlos, y Colombia entera lo vio en Güepí. Cuando se hable de Juan, no podemos referirnos a un gran colombiano, sino a quien es pura y simplemente un grande hombre en cualquier parte. Carlos tiene la misma sangre de príncipe; pero se limita a ser un príncipe; no es también un santo como Juan, porque es egoísta. Parece increíble que el orador tentacular y egregio, fuera más tímido parlamentario que su hermano en la Menéndez y Pelayo. Los ojillos claros, miraban con una voracidad asustada. Era delicado, renuente, esquivo. ¡Quién hubiera presentido en él a ese gigante que con un grito le cerraba en la Cámara la boca a toda la mayoría de su partido, empeñada en resolver a patadas un problema de soberanía nacional!

Llinás Vega es el más completo de los animales políticos y de los fierabrases dialécticos que tiene el liberalismo como partido de gobierno. Los de su propio partido no creen en él, les gustan más las mentiras y la impulsividad sin control. Sergio temía la dialéctica de su compañero, admiraba el firme destello de su notable personalidad.

Aprendió en él pequeñas cosas terriblemente útiles en la discusión. El día en que Llinás venga a un ministerio, el liberalismo tendrá un candidato de gran clase a la Presidencia de la República. Por desgracia es completamente nulo en la oposición, porque es el animal constructivo, el animal de gobierno. Cada día Llinás tiene una misión más clara: gobernar, y cada día tiene un concepto más agudo, una conciencia más plena y más libre de esa misión. Si el partido conservador vuelve al gobierno, es muy posible que Llinás prefiera seguir gobernando, a alistarse en la oposición, no por oportunismo, sino porque fuera del gobierno él no comprende la política. Es tan valiente como gentil y tan audaz como reposado.

Con la "Sociedad Rubén Darío" están asociados en Sergio dos nombres muy importantes: el del Café Windsor y el grupo de "Los Precoces". Los jóvenes intelectuales de ahora no saben la delicia múltiple y espiritual de las tardes en el Windsor y, principalmente, de los medios días que allí estábamos los domingos, desde la una de la tarde.

El grupo de "Los Precoces" fue una asociación que no hizo mucha historia, pero que permitió a Sergio medir la importancia política de la lealtad y de la unidad, del candor con los buenos amigos y del vigor en los golpes que es preciso dar al adversario.

La "Sociedad Rubén Darío" tenía ya sus años de funcionamiento cuando Sergio ingresó a ella como el benjamín. Los debates eran tremendos y estaban dominados prácticamente por la dialéctica invencible de Primitivo Crespo y por la aparatosa elocuencia de Hernando de la Calle. Es curioso que Jorge Eliécer Gaitán, que después ha ocupado una posición merecidamente distinguida por su admirable poder oratorio, no fuera individuo respetado por sus colegas. Manuel Astudillo, poeta caucano, muerto recientemente, acaso sea el otro nombre que merece retenerse. Sergio decía idioteces preparadas minuciosamente durante la semana, era por lo menos tan ridículo como Gaitán, aun cuando mucho más intolerable, y admiraba a Crespo y a de la Calle con toda el alma. De los muchos centros de índole literaria y debatiente que había entonces, el único par de la "Rubén Darío" era la Academia "Ariel" en que figuraban José Umaña Bernal y Alvaro de Brigard. Si algún curioso desea visitar el sitio de tanta gloria pasada y perdida, pues pregunte a los vecinos de la cuadra comprendida entre las carreras octava y novena —calle octava, abajo del Observatorio— por el Salón de Caridad, largo y capaz, amoblado al gusto de cualquier parlamentario de casta. Difícilmente olvidaría la sesión de ingreso para Jorge Eliécer Gaitán, ese Sergio que lo admiraba ardorosamente; porque es el caso que ellos eran intelectualmente de tal intimidad en sus relaciones —aun cuando Sergio era apenas un chico de pantalón corto y Gaitán un cachaco de guardapolvos— que se comunicaban cuanto escribían y a esta regla de fraternidad, como es claro, se sometió el famoso discurso de ingreso que a Sergio le produjo un éxtasis. Pero no fue lo mismo sino todo lo contrario entre los cofrades del rugiente novicio, que lo encontraron brutalmente ridículo cuando sin ton ni son arengaba a Colombia "mi patria" y cuando imprecaba al "aguilucho

venezolano", poniéndolo del tamaño indefenso de un gorrión. Tan amigo Sergio de Gaitán y más impertinente a destiempo que su compañero académico, fue objetado en la sociedad por sus pantalones cortos y como un año tuvo cerrada la puerta de la "Rubén Darío" a pesar de los leales esfuerzos de Jorge Eliécer para hacerlo entrar.

Si ya en la Academia "Menéndez y Pelayo" había conseguido nuestro protagonista la importante amistad del costeño Llinás, en la "Sociedad Rubén Darío" se hizo adictísimo de Primitivo Crespo y del caldense Hernando de la Calle, a quienes luego puso en contacto con su antiguo amigo, formando así las cuatro primeras unidades del grupo de cinco que Luis Eduardo Nieto Caballero bautizó con el remoquete de "Los Niños Precoces" desde las columnas de El Espectador. Germán Arciniegas entraba a formar con ellos inmediatamente, quedando así las fuerzas y regiones de ese equipo generoso; Crespo y Sergio (Valle y Antioquia), conservadores; Arciniegas y de la Calle (Cundinamarca y Caldas), republicanos; Llinás Vega (Atlántico), liberal. Esa enunciación escueta es un alto ejemplo para los jóvenes de ahora. Los cinco amigos eran perfectamente solidarios, lo fueron durante todos los años de universidad y ahora todavía, en el fondo del alma, guardan el metal duro y limpio de esa noble empresa estudiantil. Dos hechos o tres fueron los culminantes para el grupo. Decretó el Gobierno de Colombia el envío a la Unión Panamericana de Washington del busto de nuestro Hombre de las Leyes. "Los Niños Precoces" saltaron a luchar contra el gobierno. Representaban el combate de la nación, pobre, deshabilitada y desguarnecida, frente al imperialismo voraz. Su asociación la hicieron posible el generoso espíritu, inaccesible a las pasiones mezquinas y el gran postulado nacionalista, guerreando contra el meteco, el bárbaro y el forastero. La oportunidad de mostrarnos al público solidariamente no se había presentado. Sergio fue el punto de contacto para sus cuatro amigos y hallaba un placer magnífico de exhibir los arreos beligerantes del grupo. En la nación, de Tomás Márquez, pudo escribir e hizo que sus compañeros escribieran contra el proyectado envío del busto de Santander. La iniciativa fue de revuelo porque "Los Precoces", mediante un esfuerzo económico literalmente sangriento pudieron poner telegrama a cada una de las capitales universitarias solicitando la adhesión de la juventud. El caso era importante, afanados por exhibirse estaban sus promotores y Luis Eduardo Nieto Caballero puso el resto.

Tomando leche con plátano asado, entre nueve y diez de la mañanas, decidieron "Los Precoces" fundar el Centro de Derecho Internacional como represalia contra el desvío frígido con que eran mirados por la Sociedad Jurídica. A la hora indicada, Arciniegas que tenía posibilidades económicas, frecuentemente invitaba a sus compañeros. El refrigerio era siempre oportuno, doña Aurora Angueyra de Arciniegas, matrona perfecta, inteligente y cumplidísima, no ponía objeciones a la invasión tempranera de los cinco adolescentes glotones y gritones. Leche y plátano asado apadrinaron tanto "La Voz de la Juventud" como el Centro de Derecho Internacional. Para la fundación de éste se encontraba la dificultad de que el grupo ya era conocido y aborrecido, mediante una hábil campaña de Eduardo Esguerra Serrano. Fue pre-

ciso asociar elementos ajenos a los iniciadores verdaderos y el Centro empezó a funcionar. Pero allí se metió Esguerra que era insidioso, conspirador, taimado e inconforme y con la apariencia de la cordialidad y de la amistad se puso a tejer una redecilla de comadre fuera de la corporación y fuera de la facultad. Deseaba la expulsión de Sergio y como era mezquino, el objeto se ocultó detrás de sus compañeros que, en gran mayoría, lo secundaron. Por Ignacio González Torres tomaron conocimiento "Los Precoces" de lo que se tramaba y asistieron, admirablemente unidos y resueltos, a la sesión en que una gran mayoría, capitaneada aparentemente por José Joaquín Caicedo Castilla, debía concluir en la expulsión del abominable mequetrefe que tenía la facilidad, nada envidiable, de exasperar a sus colegas. Crespo, en un discurso admirable, exclamaba: "Nuestro colega no ha cometido otro delito que azotar las espaldas de la estulticia"; de la Calle bramó: "Señor Presidente: usted es un cobarde"; Arciniegas y Llinás hicieron prodigios. No se decretó la expulsión, pero los compañeros se retiraron voluntariamente.

Crespo y Llinás Vega ocupan ahora la posición a que naturalmente estaban destinados. Arciniegas ha superado su destino, escribe mejor todos los días y ha aprendido a hablar; en cambio, Hernando de la Calle se ha quedado muy abajo de las presunciones que acerca de él se hacían los compañeros. Su palidez morena, su rostro de gran dibujo altanero, la voz noble e inmensa, la prontitud mental, eran augurios mirados con favor y con envidia por sus contemporáneos, pero no satisfizo tan brillantes anticipaciones. Todo su conato se aplica desde hace años a obtener un título purísimo: ser el mejor amigo, morir en olor de fidelidad.

Al "Windsor" fueron todos "Los Precoces" una tarde. Aquel santuario del genio los intimidaba, ninguno de ellos hubiera osado presentarse solo. Desde hacía meses recogían el solemne rumor de lo que allí pasaba. Luis Eduardo Nieto Caballero, riquísimo entonces y siempre generoso, pagaba interminablemente los consumos de tres comensales inteligentes y voraces: Armando Solano, Roberto Liévano y Eduardo Castillo. En torno de ese cuarteto de intelectuales que aparecían consagrados ante el cándido mirar adolescente de "Los Niños Precoces", se juntaron los hombres del centenario y sus inmediatos sucesores. Es claro que esos dioses golosos no conocían la existencia de los muy menores. Los cuatro citados antes, formaron la Sociedad de Bombos Mutuos, universalmente aborrecida.

Cuando Crespo, Llinás, Arciniegas, de la Calle y Sergio ocuparon por primera vez una mesa en el "Windsor", un gran silencio emocionado evocó para ellos el café "Soufflet" de París, iluminado por Gómez Carrillo en sus crónicas, antro humoso e ilustre, en el cual se reunían Verlaine, Moreas, Rubén Darío... Para "Los Precoces" el paso que acababan de dar era la consagración decisiva, la zancada del anonimato a la inmortalidad. Germán Arciniegas, que era el rico del grupo, tuvo que vencer las más respetables dificultades vocacionales para ofrecer los veinte centavos de cuatro "tintos". Sergio se comprometió a no pedir nada. En mil novecientos veinte el "Windsor" era muy distinto de

lo que es ahora. Por una parte, sus dueños eran los conocidos espiritualistas: Agustín y Luis Eduardo Nieto Caballero, que aquí prorrogaban su extraña vocación por el rancho y los licores del gran almacén de la carrera octava. La única parte donde la cocina era rica y agradable, el "rendez vous" de los intelectuales y un lugar con ambiente propio donde no se sentían los cigarrillos "Melachrino" que Nieto repartía profusamente entre sus invitados cotidianos, era el "Windsor". Más tarde el café se duplicó; pero entonces las mesas se extendían solo a la izquierda de la puerta actual. A las cinco de la tarde el lleno era absoluto hasta las ocho de la noche.

"Los Precoces" continuaron sus visitas a aquel notorio santuario de la celebridad, ignorados completamente al principio, pero rápidamente se conectaron con un grupo muy adverso al de "Los Bombos Mutuos" y que valía extraordinariamente. Todas las tardes a las cinco y todos los domingos de una a siete de la tarde se reunían León de Greiff, Carlos Pérez Amaya, Alejandro Mesa Nicholls, Luis Tejada, Carlos Pellicer, Rafael Vásquez, Luis Vidales, Ricardo Rendón, Germán Pardo García, Rafael Bernal Jiménez, Abel Marín, Miguel Rash Isla, Hernando de la Calle, Arciniegas, Juan Lozano y tal vez otros de vocación literaria (Palau Rivas, Francisco Umaña Bernal). Durante cinco horas se tomaba café tinto, se recitaban poesías inéditas, se leían prosas acabadas de salir del horno. Sergio leía poco, escuchaba mucho y con angustia, persuadido de su inferioridad; pero en el "Windsor" tuvo la primera visión de Antero y Claudio que llegaron a sentarse también en el círculo de Leo Legris, que era el mayor por la edad, por la celebridad y, acaso, por la inteligencia. Luis Vidales entonces se llamaba Nelson... Carlos Pellicer era mexicano, joven, ardiente, gran poeta y agitador, amigo ejemplarísimo al cual le debe una influencia que no se olvida ni se borra la juventud universitaria de 1919 y de 1920.

La primera duradera impresión de los futuros "Leopardos" al encontrarse en el "Windsor" fue de repulsión. Sergio encontraba demasiado plagiario, infantil y literato a Claudio; a Antero lo juzgaba perfectamente imbécil. A su turno los dos amigos despreciaban la ya conocida vocación política de Sergio, su célebre vulgaridad retórica, sus indiscreciones, su petulancia irresponsable, su pálida y flaquísima ignorancia, su adhesión al grupo que había fundado de hispanoamericanistas y de enemigos de los Estados Unidos. Los auspicios eran deplorables y la historia de nuestros personajes hubiera sido otra si no interviene esa fuerza cósmica imperecedera: la mujer. Del confín de los siglos y por los caminos secretos de la Providencia, venía marchando sobre ellos, alta, flexible, profanada, alucinante, dramática como una sacerdotisa, la imperial Alcestes.

Como un gran felino desenvolvía Alcestes la silueta por el salón de su casa. La toilette era solemne por el color y el estilo, familiar por su velo libre en torno de los muslos desnudos. Alto el cuello, pesado, azul y oro, circunscrito a la garganta espléndida, erecto sobre ella, empecinado y fuerte para que de él se desprendiera con vigor la túnica de un azul profundo y deslumbrante, estricta a los hombres y al talle,

pero anchurosa y volante desde que besa el flanco hasta los pies. La suela muelle de sus zapatos de gamuza gris, pequeños, estrechos, delgados y sin ningún dibujo, acariciaban la planta de los pies sin medias. En la mano resplandecía el diamante como un ojo voraz, fijo en ella, iluminado por ella que se defendía del deseo de aquella piedra ardiente con las uñas, pálidas como la zarpa de los gatos caníbales. Era amargo y fino y absorbente el dibujo de la boca. La nariz pronunciada y temblorosa como un ala. Las cejas eran arcos y los ojos las flechas grises de un guerrero, espaciosa la frente y como corona de tan noble y elástico edificio la pesada melena plateada y escarlata, antigua, pero llameando con un fulgor alucinante y perenne. No era joven porque todo en ella revelaba el largo paso de los frenesí vitales muchas veces sentidos; no era vieja porque desde el tobillo hasta la sien aparecía dura, palpitante, amorosa, embriagadora y codiciable.

Su salón de recepciones estaba vestido de fotografías memorables. Los más grandes corazones de la historia disecados en el muro parecía que allí hubieran latido mucho tiempo bajo su pupila de metal. Las colgaduras brillaban con la opulencia implacable del manto de los reyes. Cada silla era solemne como un trono, cada tapiz mullido sombríamente semejaba la alfombra del abismo, y el parpadeo lúcido y taciturno de las arañas enormes trocaba el techo en un grande harapo del firmamento. El visitante creería hallarse frente al espectáculo del mundo en escombros.

Dispuso Alcestes los cojines para almohada de sus pies y esperó a sus tres invitados.

Sergio, febril, impaciente para todo, llegó él primero, Antero y Claudio lo sucedieron minutos después. Los tres hallábanse invadidos por una avasalladora emoción: amor por la mujer, presentimiento del porvenir glorioso. Alcestes permanecía inmóvil, apenas tendió la mano a sus amigos.

—Aquí estamos, dijo Antero. Usted quiso reunirnos, hable.

—Realmente quiero que sean unidos, porque serán mejores y más fuertes. Pero deseo, antes de hablarles conocer si ya acordaron su aspiración en las conversaciones previas que les había encomendado. ¿Tienen ya un ideal?

Claudio respondió por todos:

—Nosotros aspiramos a despertar en el pueblo colombiano las virtudes elementales: el sentimiento del honor, la noción del deber, la pasión de la justicia, el culto de los héroes, el amor a Colombia, a su religión, a su tierra y a sus padres. Queremos hacer de la historia nacional un apasionante poema.

—Entonces oidme. Bien sabéis que no sois los primeros en soñar conmigo, en poseerme y en amarme. Vengo del más remoto confín, he atravesado todas las ciudades y todos los cementerios. El mundo de los muertos al través de todas las edades, supera por su número al pequeño mundo de los vivos; y he sido de los vivos y de los muertos. En el campo soñaba conmigo el labrador cuando hendía la tierra con su arado; sus pausas eran el ensueño en acción, la búsqueda de mi llanto con los ojos del alma, y si avanzaba a pesar del cansancio, el impulso lo recibía del

grito mineral de mi garganta. Los capitanes hendían al enemigo con la espada para teñir mi labio codiciado con esa púrpura heroicamente arrebatada. Mi vientre es como un sol de cicatrices: Las hicieron el arado y la espada. Mi oído lo cincelaron las arengas rampantes, mi melena fue sombra a cuyo perfumado arrimo quisieron eclipsarse los astros. Mi mejilla recibió el beso de Bolívar y se puso pálida bajo el bigote admirable del buen Julio Arboleda. Monté a la grupa en la jaca de guerra de Pedro Nel Ospina y fui ala para la elocuencia de Concha y de Miguel Antonio Caro. Vosotros tenéis veinte años y quiero hablaros así porque sentiría remordimiento si me amárais demasiado. Tú Claudio eres el hombre de las ideas, tú Antero eres el hombre de los libros, tú Sergio eres el hombre de las muchedumbres, acaso alguno de vosotros llegue a ser un héroe.

—¡Bésame! gimió Claudio. Alceste como una vampiresa de remos ágiles se desplomó sobre él y le selló la boca.

—Un héroe es el que cree en lo heroico, no es el que mete fuego a la pólvora con que juega un grupo de gamines en la esquina, para que lo tomen por Ricaurte y para que confundan a la esquina donde hay pólvora con el polvorín de San Mateo. El héroe no piensa precisamente en Ricaurte y nunca se acuerda del polvorín; pero si la circunstancia está al nivel de su elevado corazón, el héroe responde, fiel al dictado heroico y con la transida pupila abierta sobre el inmortal confín que los otros no presienten. Pero es esencial que el héroe no se aviente al redondel exponiéndose a morir en una corrida popular llorado por los borrachos de la fiesta. Yo creo que es más fácil que alguno de vosotros sea ese ágil invasor de almas que se llama un político.

—¡Bésame!, gritó Antero. Alceste como una diosa se alzó de su trono, hacia su cuerpo lo atrajo con los ojos vertidos al universo de la voluptuosidad interior, apretóse a él, como una liana contra el tronco, y con la boca entreabierta devoró la boca de Antero.

—Un político no es sino una gran inteligencia al servicio de un ideal más grande todavía. Hay quienes creen que el político es un fino mentiroso, un embustero perfeccionado; que político es el que engaña y el que desacredita por desleal consigo mismo y con los otros. La política y la mentira nada tienen en común. Un político es el hombre que tiene don profético, claridad de propósitos y voluntad impertérrita para lograrlos. Pero mejor que ser un héroe o un político es ser un hombre. Y un hombre debe proceder como un caballero adornado por la irresponsabilidad juvenil de un poeta.

—¡Bésame!, exclamó Sergio. Pero Alceste ya se había incorporado. La ancha manga bordada de oro como el cuello no parecía flotante sino inerte y muerta por el ímpetu de su acción alegórica. El destello del ojo, el flameo de la melena ambigua despejaban la ruta para el impulso del tendido brazo. Con el índice les mostró la puerta y erigida sobre su belleza dio este grito supremo:

¡ID!*

---

* Se empezó a escribir el 13 de marzo de 1935 y se acabó el 27 de mazo del mismo año.

III
LOAS DE CIUDADES

"EPISODIOS"
(Fragmentos).

LA CIUDAD DESCONOCIDA

Popayán o la geometría del espacio.

Il n'y a de terre habitable que si elle a de morts.

Barres.

Quienes visitan a Popayán sin otras preocupaciones que las del espíritu, deducen notable provecho de esa pujante metáfora. Allí se encuentran todos los signos propios a la inteligencia, compéndiase la República en vigorosas fórmulas y muéstranse intactas las reservas espirituales de la patria. La habita un hombre célebre y esto dice que la tradición ágilmente se propaga.

El verde liviano de su valle brilla en el aire celeste. Accédese hasta él luego de haber volado para transmontar los Andes, titánico serrucho cada uno de cuyos dientes albergaría con calma una agitada ciudad. El gran trote de los vagones cargados anuncia un pueblo de techos color humo de Londres antes que la egregia aldea puesta sobre el último estribo del monte a la manera de un escudo sumiso al brazo de la nación.

Clama allí las voces puras de su adolescencia el río de nombre sonoro que es moreno en la calma y en la cólera rubio. Su afán de viajes no le lleva a rendir el copioso tributo de sus aguas en el cercano océano, sino que prefiere el glorioso territorio de nuestra ilusión —llenando así aun cuando imperfectamente, el papel de transversal hidrográfica— hasta verterse en aquel dilatado coliseo con que el Magdalena halaga el rendimiento de su impasible émulo: Si el Cauca abandona la patria —luego de haberla servido y fertilizado con majestad durable— mitiga el abandono renegando su nombre mucho antes de besar el último grano de la primera costa.

El clima espiritual de ese Valle apenas lo hemos encontrado en Brujas la Viva y simbólica. Si hablamos de la geometría del espacio a propósito de la "mínima ciudad de dolor y de gloria", es por ese inefable

estado de presentimiento que se apodera de la inteligencia y los huesos cuando la pupila se alarga como un telescopio sobre el enorme disco de verdura breve. La campiña es patricia como en tierra de Celtas: la mancha espaciada de los ganados parece el gráfico de una fuerte tradición solitaria o de un noble pensamiento sobre la eternidad. Verifícase el cambio de ambiente con tal nitidez para el viajero, que la atmósfera de Popayán preséntase geométricamente delimitada y circunscrita a efecto de que no se la confunda y que el espíritu no la rechace como ocurre con esa otra que vuela sobre las ciudades improvisadas y apenas afecta la sangre con las materiales emociones de calor o de frío.

Es cierto que para algunos estos homenajes pertenecen a la imaginación sospechosa antes que a la realidad probada. Para desengañarse asistan ellos al crecimiento de un alma en Popayán y quedarán enterados de un sorprendente fenómeno de ósmosis en que la atmósfera espiritual de este pueblo invade sutilmente la inteligencia para imponerle su ley, su matiz y su sabor. Nosotros mismos hemos observado una suave modificación en la caligrafía que nos era habitual luego de haber pasado ocho días fugaces en ese clima insidioso, bajo su acción compacta e inefable; ya los perfiles no se erigen como lanzas sino como tallos, las sílabas que antes trotaban en parejas solas han establecido relaciones cordiales y el escrito preséntase a la vista más continuo y simpático; por fortuna fue reflexiva nuestra sorpresa y así pudimos explicar aquellas modificaciones por un rápido proceso de ósmosis espiritual que acaso dure.

El tipo humano que Popayán elabora comprueba ampliamente nuestro pensamiento acerca de su espacio geométricamente delimitado: la historia de sus hombres sorprende a lectores impertérritos como el fruto especial a un clima único. Visitar el salón del concejo nos forma un concepto físico de la gloria. En presencia de aquella población de imágenes, el pretérito de la República desciñese y muéstrase desnudo, humano y palpitante. Los Mosqueras dialogan con Prelados de amada memoria entre un silencio de héroes que repuja la alta silueta de Guillermo Valencia.

Quienes supongan que Popayán encuéntrase decaída o no acelera el paso al ritmo premuroso de los días, ignoran que el ferrocarril tócale al modo de una tangente, estéril en su esfuerzo por quebrar la línea de la circunferencia. Tiene aquella ciudad la perfección esencial de esa figura o de un discurso de su lírico epónimo. Construida hace siglos, no parece obediente al cálculo matemático sino al sutil razonamiento de la lógica latina. Como en las oraciones de Valencia, a cada paso hay un templo, ornamental solamente cuando en ellos se mueve el pueblo de los Santos. La tradición puede representarse con un árbol, no porque las raíces se hinquen en la tierra fiel, sino porque crece y su sombra convida a todos los reclutas de la Iglesia y la República, ávidos de meditar sobre el comienzo, el desarrollo y el fin.

Cara a nuestra inteligencia es la tesis de que el progreso ha resultado de la inmovilidad del hombre y la fluidez de los productos. Dentro de esa fórmula Popayán realiza una síntesis, elaborada con la sapiencia minuciosa de las hegelianas, de aquella forma del desarrollo en que las

mercancías veloces se conjugan con el orden sostenido por la disciplina para madurar la fina fruta de la civilización. Poseedora del concepto del tiempo, mira al porvenir, en reposo el esbelto costado sobre la tumba de los abuelos. Dos de las nociones esenciales que echábamos de menos en nuestro apunte sobre este momento en Colombia (las de espacio y de tiempo), tuvieron y tienen en la patricia villa estudiosos vigilantes, y payanés fue el único astrónomo que ha producido la República. Tenemos la convicción sibilina de que en lo futuro su valle será el más vasto campo de aterrizaje en el país: físicamente ha de tornarse en un hangar así como para nuestro corazón es una Meca y la provincia escogida de la inteligencia.

Fuimos en un peregrinaje doblemente piadoso: la Semana de Pasión esperaba nuestro espíritu como un ardiente cirio. Escoge Popayán la noche para el desfile de sus caudalosas procesiones, porque en la tela nocturna magnifícanse la tierra y el cielo; el más tenue ruido se prolonga y amplía, lumbres fugaces hieren el ojo como astros y el silencio parece una arquitectura de ónix. Todos los sonidos se aposentan cuando la procesión camina; ilumínase en los palanquines de púrpura la torturada escultura del Señor; con la trágica ternura de los inquisidores, manos devotas cribaron de fulgurantes heridas el divino costado, el tórax que se angustia y la ardiente cabeza de bucles celestes. Realmente Cristo marcha entonces con la solemne pausa de Dios sobre el cuerpo doblado de los humildes, y es mudo, mudo su gesto y enorme cuando oscila EL AMO, antigua y venerada imagen de Popayán, preséntase sucedido por un grupo de aldeanas que sustentan en el brazo hierático recipientes de arcilla donde arde, trémulo, el bálsamo. Cierra el desfile una admirable Dolorosa, cuya silueta adelgázase en el dolor como un cuchillo. Esa Virgen es la misma del Monte Protervo, la Pastora de los Siete Dolores, la joven y adorada abuela de los hombres. Orna la mística quietud de las calles una dilatada y doble columna de cirios que entibian la noche y perfúmanla como con áspera resina.

A la Semana Santa de Popayán, Cali envía tropas de suaves mancebas ebúrneas; Buga, doncellas labradas en cálida cera perfumada y pálida; en tanto que de Manizales acuden mujeres de perfección sencilla.

Desde la casa de Guillermo Valencia presenciamos algunos de aquellos desfiles. El grande hombre narraba la historia fervorosa de las imágenes y en su labio melodioso la crónica era una cantiga, grave por el obligado cuchicheo. Cuando la inmensa cauda luminosa perdióse en un codo de sombra, oímos un largo trozo musical ejecutado con orgullo: Los poemas chinos vertidos por el maestro a una lengua elástica, y fausta. Parece su pupitre un alto relieve en el bosque de liras y laureles que fertiliza su alcoba; en torno a la lívida pantalla tres águilas marmóreas vigilan; iguales en tamaño y en codiciosa fuerza, míranse como el trípode de su inteligencia, Sibila de la República. La lumbre marfilina de aquella vasta copa mitigaba los rasgos del guetiano, alargándolos como en las estampas sobrenaturales del pintor amado, fino y delirante. Despuéblase su testa como al influjo de las vigorosas

temperaturas a que está sometida. Agítase infatigable la nariz en una impaciencia de pensamiento. Y el busto recto imita las estatuas de Watts.

Antes habíamos visitado su biblioteca, "burladero de la vida" como él la llama. Julio César en reposo y Aquiles beligerante miden la longitud de su mesa de estudio. Volúmenes de esclarecido linaje se apoyan en los muros para verle pasar. Dos tortugas, con vocación de ídolos, se arrastran inútilmente por el suelo. Cuando le es presentado en aquel momento un retrato de Albán, rampante sobre la ventanilla del **Lautaro** que miró su agonía infortunada y procera, incorporóse como un leopardo y decía paseándose.

Por último condújonos a Belalcázar, tradicional posesión de las gentes de su nombre, que Valencia aspira a reconstruir por los límites de la primitiva encomienda. Todo allí es noblemente histórico y la historia se ennoblece hasta frisar en la fábula. El formidable desorden anunciador de su rastro, mitígalo allí al cazador inveterado. De la sala de armas, grave de escopetas y alfanjes, pásase al ancho salón donde un atril sostiene los pergaminos ilustres que acreditan el heroísmo de su Casa. En un pequeño cuarto vecino, entre pieles de víbora, **Ritos** y un rico perfumario. Cuando descendemos a las perreras, tiembla la jauría recordando quizás aquel espectáculo que tuvo por escenario un abismo, por tramoya una liana y por héroe a un hombre vacilante en el precario vuelo de su aérea acometida contra una bestia que le esperaba en el opuesto lado. Rígido y móvil en el vacío, con el arma al cinto, debió semejarse a un arcángel próximo a su definitiva pérdida. Súbito aullan los perros como si corrieran sobre la pista fresca; Valencia trépida, estimúlalos, grita: **Canten, canten,** y tiende el brazo, perfecto en la actitud como el Doríforo, en tanto que en la retina de sus carnes crece un sueño de gacelas fugitivas.

Al día siguiente abandonamos a Popayán. En el espacio azotaba la aurora su cuadriga de caballos violeta.

Manizales o el equilibrio.

Faith is a kind of courage, Its opposite is not intellectual scepticism, but worry, cowardice or despair.

Dean Inge.

Hace diez y ocho años pasaban por nuestra casa de la Esponsión, en interminable ejército, los grandes bueyes sardos de humillada pezuña, hostigados por el silbido de los arrieros, aprendido en el pico de las aves montañeras. ¡Qué se han hecho los grandes bueyes sardos! ¡Dónde el puro canto silvestre de aquellos hombres ariscos!

Profesamos con Benedetto Croce que el término de un período histórico implica la muerte de algo. En Manizales, donde el tiempo parece más lento por la forma en que se le aprovecha o multiplicado por secretos guarismos, el incendio separa dos épocas como un enorme

cámbulo. En pavesas quedaron, bajo el aire titilante, ciertas tradiciones cubriendo el rescoldo de los hogares fervientes.

En Manizales, centro financiero de una inmensa área económica, nada quiere ser precario o humilde. El aspecto convalesciente de los edificios de cemento, declara la euforia de sus habitantes, poseídos por un sabio egoísmo que predica a la sordina dos preceptos finos:

No hagas hoy lo que puedas hacer mañana (propio al varón prudente que reflexiona sin prisa antes de ejecutar).

No hagas lo que otro pueda hacer por ti (fórmula de la inteligencia cuando aspira a restringir las fronteras de su responsabilidad).

La vida compleja torna devoradora y erudita la simpatía que profesamos a nosotros mismos, y ya va delineándose, duro como la piedra, el rostro del hombre que los ingleses llaman **Self made man** o hijo de sus propias obras, deplorable invento revolucionario de nuestra civilización, que permite al individuo sin tradiciones, sin cultura, sin sangre historiada, sin viejo cortijo, adueñarse a pequeños saltos de una altura dominante. Félix Salazar o Alejandro Gutiérrez, a quienes Montefeltro, Conde de Urbino, habría llamado camaradas, forman un elemento de equilibrio, de continuidad en el esfuerzo, y su presencia o la de sus iguales garantiza aquel clásico movimiento en espiral propio al avance en que cada progreso arranca sin violencia de los anteriores y sirve de punto de natural apoyo a la conquista próxima, contrario a ese otro en que de la línea se apodera el vértigo que luego desmaya las cabezas. Las altas mareas de cosmopolitismo que estamos viendo, amenazan la escuela de aquellos varones, porque dejan en veces, al retirarse, detenidos por un árbol, cautelosos inválidos que empiezan a trepar.

A raíz de la catástrofe de 1925 se esparce en la República la noticia de que esta raza es optimista, leyenda acuñada últimamente en la neta medalla de su estilo por un ágil escritor. Creemos que es insensata aquella especie, aun cuando sabemos justificarla en Colombia, país de imaginativos delirantes, donde hacer algo tangible y visible es admirable, en especial si ese algo consiste en meterle los hombros a la tremenda carga de reconstruir una ciudad cuando no hay escuela de oficiales, ni ferrocarriles, ni caminos. Pero es insensato y exhorbitante escribir que un hombre efectivo y sistemático en su trabajo es optimista, porque el equilibrio es la forma exacta de la efectividad y el optimismo es una variación del desequilibrio: pesimista es el hombre que en cada oportunidad ve una dificultad y optimista es el que en cada dificultad ve una oportunidad. Todo lo cual vale decir que los manizaleños jamás practican el optimismo, porque, después de Antioquia, nadie como el caldense tiene un concepto más pragmático de la vida, ni una noción más mortificante y nítida de las realidades. Su actitud mental hállase plagada de sabias restricciones mentales de insospechado alcance: el gráfico de su inteligencia podría representarse con Manizales mismo que se divisa, viniendo del Norte, como una ingenua y formidable metopa labrada en la frente de los Andes, sin que sea razonable la conjetura de que existe por el Sur y a su espalda, arracándole del cerebelo como un arrière-pensée, el cable a Villa María, continuo, elástico y en trabajo constante.

El mismo escritor a que antes hicimos referencia, apunta sagazmente que en esta ciudad las concepciones de progreso y de vida son nacionales y no se encuentran esclavizadas por el prejuicio regionalista o provincialista; pero Armando Solano omite la causa que explica el fenómeno. Manizales, ciudad latina, hállase en una situación geográfica inverosímil como lo prueba su historia. Para recordarla, sería preciso ir a Italia y construir en un declive numeroso de los Apeninos una ilustre ciudad. Así como entendemos que Cali y Buga participan del imperialismo teutónico, profesamos que Manizales es una provincia italiana. Bastaría aprobarlo la circunstancia de que los hijos del Reino Latino, detienen siempre el pie errante sobre ese suelo esquivo.

Hay, pues, un doble elemento, espiritual y topográfico, que explica el criterio nacional de Manizales. Su imperiosa gentileza romana agrávase en el horizonte ilímite de inefable emoción. ¿Desde cuál de nuestras capitales pueden verse las fronteras de los departamentos vecinos? ¿O alguna de nuestras ciudades puede ufanar las campanas del templo con la promesa de un vuelo que simultáneamente se vuelca sobre las tierras cálidas y asciende hasta el Santa Isabel y el Ruiz, semejantes en la mañana a una doble corona de la Tierra? Y ¿qué decir de la acústica de estos montes, tubos de un órgano formidable en el Planeta, que es como la cúpula de la gran Basílica cuyo arquitecto es Dios? ¿Cómo no imaginarnos que cuanto aquí decimos prorroga su eco por el hemisferio?

Manizales recuerda una provincia de Italia, por la contextura mental de algunos de sus hijos. Hay un docto y curioso letrado capaz de parecer ensañado en la pista del perdido texto de Rustichello, a imitación de Luigi Foscolo Benedetto, descubridor en la Librería Ambrosiana de las páginas latinas usadas por Ramusio en sus escritos sobre Marco Polo. Hay quien compendie en su juventud de hombre extraordinario a Botampelli y a Vicenzo Cuoco. Ciertamente aquí se encuentran todas las variedades mentales desde el maduro y suave espíritu de Ojetti hasta las fiebres de Papini; y si Alfonso Villegas Restrepo, en su carácter doble de héroe y de dandy, pudo dialogar con Petronio sobre política y acerca del amor y la muerte, no hay escritor de los que valen, cuya túrgida retórica no recuerde los racimos que acendra la áspera tierra italiana y el sol que madura sus uvas.

En lo futuro, dentro de diez o veinte años, Manizales, después de Barranquilla, será la que tenga en Colombia más rascacielos, porque en materia de edificaciones lo único barato y plano que va quedando es el aire. Siempre será habitada por astutos colosos, por hombres de raza presidencial.

¿Será vilificada por el cosmopolitismo? ¿Veremos en confuso rebaño las corderas y los cabros? Decisivos como son los manizaleños por la calma de su espíritu, capaces de elevarse a las ideas generales y a un concepto generosamente nacionalista de la República por la virtud contagiosa de su gran panorama, sometidos a la acción de una atmósfera perfecta que en veces nos presenta el día como un guerrero diáfano cuyo peto de jade parece invulnerable a la insidia de las horas, creemos que todo autoriza las deducciones sanguíneas.

Si entendemos la fe como una especie de bravura dinámica, su opuesto no es el excepticismo intelectual, sino la tristeza, la cobardía o el negro desespero, contrarios al equilibrio de esta raza de gloria. Si la entendemos en el sentido religioso, todo en Manizales es un acto de fe: Desde las tiendas miserandas que se levantaron, trémulas sobre la destartalada ceniza, hasta la Catedral que ahora se inicia con paciencia y confianza y cuya torre frisará en el Cielo con un gran gesto sosegado.

Brujas, la viva.

Keyserling foi viajar. Em vez de concentrar-se, dissemminouse. Em vez de ficar inmovel, como Kant, chamando a si todas as idéas de universo, -partiu para procurar as idéas em cada canto do universo. E dahi o paradoxo de tersido um livro de viagem, o seu "Diario de Viagem de un philosopho", a pedra angular de sua propria mensagen philosophica.

Alceu Amoroso Lima.

Rodembach, con una visión estrecha de la ciudad magnánima, hizo un libro que propaga en el mundo, como leyenda fúnebre, su ambiente gris, el cielo cruzado de lluvias esperadas pero súbitas y esa calma tempestuosa de pasión nocturna en que vive la ciudad de los encajes, de los cisnes cuya proa siempre aborda el silencio, de las oscuras túnicas, de las melenas rubias, de las aguas misteriosas y fieles, de las torres que suben sin fatiga. Pero el belga, a nuestro entender, en la conciencia desconsolada de su pequeñez ante los prodigios de la villa epónima, quiso estudiarla en función de las pasiones humanas. Soplóle un alma dolorosa y tornátil. Muéstrala sin ventura, porque su frente de poeta no invade los giros metafísicos del viento que discurre por las calles torcidas.

Nosotros, que acudimos a Brujas en la emoción traslúcida de la primavera, vamos a elogiarla, después de haber mirado al mundo, sus cosas efímeras, sus hombres apasionados y pequeños, en función de principios y como zonas en que Dios se dilata. Queremos levantar sobre el fundamento de las verdades sin término el resultado de la meditación exaltada sobre el sentido que tiene para el espíritu Brujas, con sus canales como ríos de silencio y sus torres, que constituyen un sistema de montañas católicas.

Brujas aparece viva en el juego titánico de sus símbolos vastos y en la cripta de piedra ruda y nocturnal que adula una imagen azotada de Jesús, surgida allí para tranquilizar los ásperos contornos con el rosa de su carne humillada y desnuda. Viva en las taciturnas cascadas de milagrosa lumbre, que inundan la capilla de emoción inefable, en el giro calculado de los cisnes, en la humildad activa de tantas piedras rotas y en el místico ambiente que embelesa las calles vehementes y escuálidas. Viva está Brujas en sus canales que parecen volver siempre

sobre sí mismos como un gráfico en agua de la eternidad, y en las tres torres estupendas que violentan el aire con un sereno tumulto de ladrillo y de piedra.

Brujas aparece viva, sin que allí se vea la mano del hombre; el Beguinage es una colonia de adorables abejas o un almácigo de inmarcesibles azaleas. Los molinos no son cosa humana; instalados desde hace ocho siglos, juran sus aspas por los secretos de la tierra. De los campanarios que frisan el cielo no se precipitan las notas por temor al vacío o prefieren dilatar su fe musical y expansiva en la pureza inmaterial, sucesora del éter.

Hay torres que se alzan más altas o más esbeltamente: siempre descubrimos en ellas la mano insidiosa del hombre puliendo sus líneas, arqueando las ojivas, detenida por la caricia inmóvil del encaje, o enderezando las tenaces aristas.

En las torres de Brujas nada es superpuesto. Como parecen levantadas por un fenómeno de crecimiento reposado, seguro y progresivo, semejan árboles cuyas raíces, hincadas con serena violencia, vivificaran la cima, augusta como el volcán extinto, en el fondo de los canales que arrastran el sudor, el hierro y el acero de Bélgica: árboles de cuya copa inaccesible y rumorosa cayeran los frutos gigantescos en un inmenso viaje y al tocar el agua se tornaran en cisnes.

Para nosotros la vida no es la agitada, la variable apariencia que marca los puntos de la muerte; ni tampoco el clamor de los mercados afanosos, ni el ruido de los muelles, ni la jadeante sirena de las fábricas, sino una fuerza que arranca misteriosamente de Dios y se propaga en corrientes secretas más allá de los aros que ciñen la frente de la tierra o se traduce en el esfuerzo obstinado de los hombres para encadenar a su inteligencia los objetos externos o en forma de aguda contemplación interior, evidenciada en normas éticas o en rotundos hallazgos. Tratar a Brujas no desde el punto de vista metafísico sino en un pálido afán descriptivo y literario; tratarla, no en la actitud reflexiva del filósofo, sino en la exasperada y vacilante de una antena viviente, fue la culpa de Rodembach y su traición al espíritu.

Porque Brujas fue levantada por la gran fuerza titánica y lúcida: solo la fe sobrehumana de los católicos pudo haber erigido sus fábricas gloriosas, que pudieron servir de puerto en su pávido viaje por el éter a las aves que presintieron el diluvio.

La mano del hijo descaecido del siglo no se descubre en ningún sitio de la villa taciturna y soberbia. No en las broncas aristas que encuadran las torres y por las que trepan los ojos, como lianas, hasta la agonía del desmayo, ni tampoco en las ventanas de hierro, que no dejan pasar sino el silencio y a cuyo arrimo, en un viaje sin fin de las agujas, mujeres de melena turbia, con sabiduría lenta y minuciosa, mezclaron hilos e inventaron giros que continuarán siendo un acertijo para la nieve y desesperación para la vista.

Hay en Brujas una sola cosa que debamos al hombre: es una gota de la sangre que al Señor arrancara el suplicio, traída en la duodécima

centuria, entre legión conmovida y ruidosa de cruzados, enhiestos sobre las cabalgaduras de rotundo casco, adornados en encajes si eran franceses o flamencos, rutilantes por el acero de las armaduras, si venían de la tierra, supersticiosa que conquistaron los Celtas, o graves y espléndidos si el terciopelo silencioso de Italia, de Hungría o de España disfrazaba la musculatura de los corazones y la escondida fiereza de las mallas, en que se prolongaban las gorgueras de prestigio latino.

Brujas la viva no merece que se la llame muerta, que se explote su ambiente de perlas moribundas en consonancia desolada con las pasiones en duelo de los hombres o con los arcos oscuros cuyo esfuerzo parece extenderse en la esperanza de que el agua siniestra devolverá algún día el buscado reflejo.

Brujas, la ciudad calumniada, nos ha dado la delectación morosa de los vengadores: porque Brujas no está muerta, sino heroicamente inmóvil, a pesar de la vida radiante que le martiriza el seno*.

LOA A SANTA FE DE ANTIOQUIA

No te conoce la mirada de mi cuerpo; mas la de mi alma agradecida te adora y te ve. Mis manos no filtraron tu aire ni mis pulmones lo bebieron; pero el rumor de tu nombre me penetra como una descarga, háceme vibrar entero: Soy por honrarte, ¡Antioquia!, una tendida cuerda trémula de sonidos.

¡Oh! ¡Cuna de la Raza! Tu piedad fue puñal de mi niñez y tu acento fue el uniforme con que mi madre vestía a los batallones del sueño para que custodiaran mi descanso infantil. Yo te percibía —¡Oh!, ¡capital de la raza!—, en el esternón violento de mi padre, en su palabra compacta y labrada como las medallas, en la fiera con alas que fue su inteligencia y en su corazón, desenfadado como un desnudo acero damasquino. Diste a las gargantas el sollozo de la pena y el grito hirviente de la lucha: el antioqueño sufre, pelea, suda y canta, sin otra herencia que la transmitida por Santa Fe de Antioquia, capital de la raza.

Tus raíces viejas de cuatrocientos años, sirven de reclinatorio al ensueño atlético de tus hijos y de ancho cauce al tránsito pío de nuestras mujeres, que se alimentan de tu inexhausta savia juvenil. Yo a ti me estrecho por los hombres inviolables que de tu suelo brotan. Remover la ceniza cana y sagrada de tus años, es golpear el recinto donde aún palpita el corazón ardiente de tus antepasados, campeones enérgicos que chocaban sin pudor contra el obstáculo.

He discurrido lejos de ti, pero la ausencia ni me entibia ni me modifica, porque eres el ungüento de tradiciones que me baña, lumbre de la inspiración que es —a veces— relámpago en mi pupila o temblor

* Op. cit.

en mi brazo, resuelto coro de añoranzas dulcísimas, basílica en cuyo atrio reza el porvenir. Te adivino en el tallo fértil de pretérito y en mis hijos que —bajo la sombra de tu mano— consuelan como la flor; te sé presente —¡Oh Raza!—, e imperiosa, en la corona diamantina de mi madre; a ti me soldé cuando hice de mi corazón férvida grada para el pie de mi esposa, y el eco de tu voz me sigue a caballo sobre el recuerdo brioso de mi progenitor difunto.

No te conozco, pero mi presentimiento te alcanza, te enlaza, a ti se abraza: eres una perfecta dama con mejillas fundidas en canela y en cera y de cuyos ojos fluyen las aguas de la ternura inestinguible y del enigma que jamás se descifra para estímulo de nuestro terco arrobo.

La piel de tu frente es delgada como la del horizonte, pura como la piel de los espejos. El casco negro del cabello es más lisonjero al tacto que la seda, y flota, y se divide en hemisferios de terciopelo, al modo de una embriagante rosa, refrescadora y extraña. El orgullo de la raza, el honor de la estirpe, con dedos magistrales y cautos alzaron sobre el divino panorama de tu rostro la nariz impecable, y hechizada por tus labios, resuena la vida entre tu boca cual si fuere una flauta. Marchas con el paso de la audacia y con el vaivén de la cordura. Quien estudia tu pecho, descubre el delicioso milagro de dos esquivas fuerzas gemelas y enanas que fueron trapecio de generaciones fornidas y que aún prometen ríos de sangre y leche a la sed de estadistas y de sacerdotes, de peones creadores y de poetas feraces. Y tus brazos, duros y hermosos cual tallada piedra, cuando se despliegan en un acto de amor son tónico de la voluntad, pasto de la dicha y refugio del alma.

Eres fértil, pequeña y millonaria en gérmenes, como los almácigos tiernamente enmalezados por el verde fluir de la vida, y del propio modo que del negro cajoncillo salen familias que propagan innumerablemente su delicia, de tu área reducida y pródiga salieron tan pocos apellidos y tantos nombres bienhechores que la raza entera te aclama como cuna y capital*.

---

* **Revista Raza**, Medellín, diciembre de 1941.

IV

"EL POLITICO"

"EL POLITICO"

(Fragmentos).

"Disraeli wore green velvet trousers, a canary coloured waistcoat, low shoes, silver buckles, lace at his wrists, and his hair in ringlets. If on leaving the table we had been severally taken aside and asked which was the cleverest of the party we should have been obliged to say: 'The man in the green velvet trousers' ".

Henry Bulwer.

Embajador de Inglaterra en Constantinopla (1865).

El político ha sido tratado frecuentemente: unos dibujaron su ideal silueta y otros sobre la historia de un conductor hazañoso, sobre el calco de su fisonomía, repujaron los rasgos particulares del político. En las bibliotecas "El Príncipe" continúa siendo la obra más completa, más penetrante, más falsa y más ingenua. Maquiavelo escribió solo el manual del oportunista glorioso, la filosofía del afortunado impostor, la explicación del intrigante. Con Maquiavelo se origina la razonada confusión entre la máquina calculadora y el hombre. Su crimen y su sistema consisten en desmontar la conciencia, en arrojarla pulverizada al viento y en sustituirla por una balanza de fiel fino cuyos platillos yertos se inclinan sin resistencia al peso de cada carga sutil. Nada es allí intrínseco, vital, subjetivo; todo viene de fuera y son las cosas, las posibilidades, los hombres que se agitan en torno del héroe, quienes le dan impulso y le imprimen dirección.

En América no ha habido, como no lo hubo en Europa, un político profesional que escribiera sobre los de su estirpe. El superintrigante de Maquiavelo continúa siendo el tipo acabado, íntegro del conductor envidiable. La pobre cosa maquiavélica que sufre sin sobresaltos y sin repelencias la ley de las circunstancias, el hombre pálido sin conciencia y sin hélice, sin frenesí creador, sin vacilaciones y sin sistema nervioso, es para muchos el prototipo del político. Frente al bastardo hay que erigir el exacto concepto: la fuerza primordial del dominador, del político, del héroe, es su conciencia arrebatada.

En cambio, para los pequeños y los grandes maquiavelos, el héroe se moviliza, pero no de acuerdo con eternos principios o hacia un objetivo escogido entre dolores por él mismo, sino por una serie de retiradas de su conciencia débil y de su criterio revocable ante la presión de su enemigo que es la vida: el político no es un hombre que doma el destino sino un esclavo de las circunstancias.

¿De dónde, se preguntará, esta confusión entre el político y el héroe? Porque el político es un guerrero. Su batalla interior no cesa; ante amigos y adversarios aparece siempre como un soldado vencido o como un soldado triunfante y su vida se dibuja en la carrera épica de las flechas perfectas que pasan de la romántica energía al clásico reposo.

El más complejo y el más imperioso de los conceptos que juegan sobre la actividad del político, es el concepto del triunfo. La ambición personal conviértelo en un bull-dog de la fama; persigue una gloria tan remota y alta y pura como los nevados tropicales. En varias ocasiones pudo Disraeli guardar el poder o conquistarlo; pero en forma insegura, con garantías leves que le hicieron preferir la derrota y la oposición, porque en él, que era políticamente un perfecto animal de raza, el gobierno, el poder, el mando, no son materia que desfallece, quimera que milagrosamente se realiza en un minuto inmortal, sino un estado civil, un clima, una cosa de resonante bronce que se golpea con la mano. Lo demoniaco en el político se traduce principalmente por esa voluntad elaborada de triunfo, producto alambicado, complicado, celoso, inexorable, que lo hace preferir la soledad y la derrota y la muerte antes que el sacrificio de una pulgada siquiera del vasto territorio espiritual que alimenta su genio de dominio.

El político apócrifo que patentó Maquiavelo no vive en la soledad, se desgonza al peso de la derrota y en pavezas lo convierte el sepulcro. En cambio, el político cuyo esquema restaura este ensayo, sufre impasible el abandono, sabe que debe palidecer en el triunfo y sonreír en la derrota y dardea con la clara pupila el fanal turbio de la muerte.

No se comprende cómo es posible que la multitud refrende con su respeto los éxitos sin aparato del insidioso arribista, del hombre que antes de resolverse a luchar escruta, no su conciencia, sino el fuego vil de las posibilidades victoriosas, y menos se entiende el hecho de que a las manos flojas del conductor de plomo se confíe el uso de auténtico poder político, de ese tesoro, fulgurante y precioso en cada grano trémulo. En cambio, el político que machacó su alma con los mil martillos de la impaciencia en el ostracismo voluntario, el hombre aquilino que no pudo volar y prefiere la parálisis al pedestre avance, el hombre que demostró en el heroísmo que es su propio capitán y que continúa siéndolo aun cuando la cúpula celeste se desplome sobre sus hombros, ese político se preparó para las responsabilidades egregias y su brazo es asta fuerte para cualquier bandera.

Es imposible conducir cuando es la mayoría, el pensamiento ajeno lo que impulsa al caudillo interpolado de intrigante.

La invulnerable dureza del político ante la derrota lo hace confiado, a la inversa de "El Príncipe" calculador y melindroso de Maquiavelo. La desconfianza más habitualmente es debilidad que cordura. Por otra parte, el político inconscientemente y por modo espontáneo riega materiales para sus biógrafos, ama a sus interlocutores, no le arredra el espionaje y descubre su pensamiento con el orgullo de un coleccionista que muestra las joyas acumuladas en su galería.

La desconfianza es propia de quien conoce parcialmente las cosas, del intrigante que solo conoce los hechos; pero es impropia del político que simultáneamente conoce los hechos y los principios: camina sobre aquellos y se sujeta a estos. El político pasa el Rubicón y el otro, "El Príncipe", lo pasa y lo repasa, viajando indistintamente de una orilla a otra.

El empleo constante de la palabra conciencia a propósito del político, parece indicar que su ambiente se halla más bien en la sacristía que en la plaza pública; pero esto no es así, porque se trata desde luego de un espíritu atormentado por la gloria vana del mundo, por el trueno de la persecución y por el mieloso rumor de la lisonja; y no es así, porque la conciencia del político, como tal, se desenvuelve en torno de los temas arrebatados por el incendio de las pasiones públicas; y su conciencia no arde como los cirios votivos sino que crepita y se levanta como la llama de una pira azotada.

Profesionalmente el político maneja hombres, almas tornadizas y apasionadas como las pleamares del océano. Y por eso las preocupaciones tácticas sellan el carácter del héroe y timbran la inteligencia del filósofo con su dibujo vario. Es en el momento de la acción cuando su levadura humana asciende a la superficie. Instintivamente dotado para discriminar las virtudes y debilidades de los hombres, penetra en los dobleces de ese mapa plegado que es el pensamiento humano y acaricia su vocación o la domina con un despliegue de fuerzas imponderables que se acumulan en su gesto de hipnotizador y en su palabra magnética.

Combina el político en alto grado las cualidades que señalan su grandeza: el temperamento reflexivo y la imaginación deslumbrante, la energía práctica, la voluntad compulsiva, la iniciativa temeraria. Su ambición temprana es como la alondra que canta en la alborada de su inteligencia. Niño todavía, se consume en el deseo de ser algo relampagueante, glorioso y grande. Hay momentos en que la vida se le presenta insoportable si no llega a ser el más poderoso de los hombres y en otros, porque es un guerrero, sueña con blandir la espada a la cabeza de un ejército o cree alzarse como un estandarte, desgarrado pero invencible, bajo la elocuente metralla de los oradores enemigos. Palidece en el heroico ensueño su mejilla de adolescente y ensaya entonces, sobre la noche sola, el más espléndido de los instrumentos musicales: su voz ilimitada de tribuno.

Ardiente como un conquistador y vibrante como una mujer, su juventud es una marcha delirante, su madurez dilátase en constante lucha y la avanzada edad es un remordimiento. La vida del político es

el más torturado de los símbolos humanos, compendia la vigilia exaltada del poeta, la acción épica del guerrero, la pausada tragedia del sabio, resume el egoísmo y la filantropía, el amor de lo divino y la afición por las cosas fugitivas. Apenas reposa el cáliz rutilante que la dicha colma, cuando el dolor lo hiere con su lanza. Pero no importa. Su brega continúa y pasa del martirio a la apoteosis, de ésta al olvido y del olvido al honor para caer de nuevo, sin que su vocación mude, sin que trueque jamás por el reposo su lancinante drama, porque siempre busca el tenebroso deleite de vivir cerca del abismo. Napoleón no cambiaría a Santa Helena por los años oscuros del cadete.

Solo en la acción el político despliega totalmente la plenitud de sus recursos mentales y de su resistencia física; porque solo entonces se siente inmortal. En la quietud, habitualmente lo deprime la batalla contra las dolorosas incisiones de su sistema nervioso. Es un sable de damasco que se oxida contra el muro. Pero en horas de crisis para su partido o cuando sobre la nación brama la tempestad, su corazón se torna en un estoque, los músculos de su voluntad se anudan recogidos para el salto y su inteligencia acuchilla la oscuridad en un vuelo de relámpagos.

Trabaja el político para el público y es en su lucha contra la bestia de múltiple cabeza cuando la excelsitud de su carácter se revela. Si no es orador, rumia tranquilamente las incomprensiones, desafíalas, y son vencidas por él, porque sabe que el éxito con felino paso silencioso desgarrará con su zarpa al enemigo. No tiembla su pulso cuando mueve las cuerdas y parece sordo al vasto rumor condenatorio. Si es un tribuno, no rebaja su gusto literario al nivel de la muchedumbre, sino que la eleva hasta él y si fuere reacia, escoge la impopularidad fecunda en vez del momentáneo triunfo. Entre una actitud que lo repugna y el cadalso, prefiere el cadalso. Irascible y tenaz ante el obstáculo, lo increpa y lo golpea al mismo tiempo, hasta que cede o lo aplasta.

Especializado en vencer tormentas, es en el hogar un compañero fastidioso, abstraído en el juego de abordajes épicos, extático frente a las probabilidades múltiples que presenta el enemigo. Su esternón de hierro no conoce el suspiro y pesa sobre el pecho de la amada como una cruel cota de malla.

La transacción, la concesión, inevitablemente se imponen al político, pero se justifican por más alta ganancia o por merma de evidentes perjuicios y, en todo caso, no afectan la integridad de su conciencia sino la dirección de sus planes.

Caín no es el político. La escuela proterva que lo ensalza ha triunfado hasta hoy, porque los hombres creen más, teóricamente al menos, en "El Príncipe" que San Luis, Rey de Francia, sosegador de tempestades y árbitro de contrapuestos imperios. Nuestra generación, y la que antecede y, en especial, la que la sigue, quiebra la conciencia antes de aventurarse en la política, porque supone que los escrúpulos morales son un ridículo exceso de bagaje. Frente a ese criterio ponzoñoso hay que erigir otro, que endurezca para el bien a los servidores del pueblo,

que los haga invulnerables, a la tentación, única cosa a la cual "El Príncipe" no puede resistir.

No importa la soledad, no importa la derrota, no importa la muerte. El político domínalas con la estatura de su fuerte corazón silencioso.

Lo importante no es vivir despacio, ni vivir aprisa; lo importante es vivir profundamente. Y no es vida la del político que nunca se consulta, que jamás se acompaña a sí mismo, sino que se borra bajo la careta y engruesa la amarga alegría del carnaval, sufre su ritmo, se aturde con su grito, desarma su voz de palabras y se abre paso empleando los sonidos en boga, sin desplegar otra fuerza que la de los puntapiés que recibe.

El verdadero político cambia argollas fríamente con las causas impopulares, es su fuerza la que les abre paso, las impone o en sus manos perecen, pero el pueblo sabe que ese hombre puede gobernarse a sí propio, que su vitalidad no desfallece y que el día de la popularidad puede entregarle con amor, con temor y con respeto su inquieto vasallaje.

Los enemigos del político son el mejor soporte de su nombre constantemente repetido. Saben aquellos que desposeído del mando, solo, abandonado de los suyos, continúa siendo temible y entonces, los únicos que repiten su nombre son sus adversarios que obran en función de su odio. El político los ha mirado con sus ojos vacíos de angustia y les ha hecho sentir el peso inolvidable de su alma inflexible. El político sabe cuánto debe a la propaganda de sus enemigos y por eso no los teme y tampoco los evita.

Entre los estigmas del político uno de los más indelebles y destacados es su poder creador. Al tiempo que su capacidad de imitación se reduce con los años, sus facultades creadoras se elevan como la copa de un árbol en crecimiento infatigable. Improvisa sistemas, revoluciona los conocimientos tácticos, declara inocuos los antecedentes consagrados y su estrategia tiene la fuerza original de las cosas entrañables.

El político reinante, es un poderoso calculador de posibilidades, registra elementos impalpables que atestiguan la oportunidad de las cosas, se esclaviza de la mayorías, es su robusto apéndice y una vez que se ponen en marcha, las aguijonea y estimula. Imita todos los conceptos y maneras en boga, recibe impasible empellones y desdenes, la derrota aviéntalo como un leño en las perezosas corrientes del renunciamiento y solo en la victoria créese invencible, poderoso y amado. Sus fuerzas morales no existen o desaparecen, las primeras, cuando el terreno se hunde. Realízase en él un monstruoso desequilibrio entre la inteligencia y el carácter, entre la razón de estado y la moral de estado. Anestesia, atrofia y mata su imaginación creadora. Piensa que no triunfará nunca si da pábulo a su personalidad, si nutre amorosamente lo más característico de sí mismo. Jadeando humildemente, como un siervo, lima sus aristas, modifica y daña la topografía de su espíritu, para que encaje sin choques en los engranajes de moda. Consciente de su inferioridad como valor humano, quiere que le sea perdonada asumiendo los standards decretados por la mayoría.

Antes ese hombre pálido dibuja su neto perfil el héroe. Hace su voluntad, fomenta su amaño, muéstrase tal como es, desnudo, palpitante y humano, para que se lo rechace o se le acepte sin beneficio de inventario. Quebranta los protocolos sin vida y no le importa si su gesto retumba.

En 1830 fueron invitados a una casa de Hertford Street, Lytton Bulwer, Benjamín Disraeli, Charles Villiers, Alexander Cockburn y Henry Bulwer. Este último dice: Disraeli llevaba esa noche pantalones de terciopelo verde, color canario era el chaleco, bajos los zapatos y con hebillas de plata, cinta en los puños, y el cabello se descolgaba en bucles. Si al abandonar la fiesta se nos hubiera preguntado cuál había sido el más fino, poderoso, brillante y genial, nos habríamos visto obligados a responder: "El hombre de los pantalones de terciopelo verde".

Es ese el símbolo del gran político dominante, superior a los de su estirpe aun cuando pese a su impertinente ridículo. Hoy entre nosotros el político es el hombre con un chaleco de color canario: su conciencia, y los nudos de cinta en el puño son sus escrúpulos. Comete el pecado inolvidable de pensar con su cabeza y cae en el ridículo de usar cosas que abandonaron los otros. Pero en el festín de las generaciones, pasada la francachela, cuando la champaña es apenas un vaho en las copas empañadas, cuando se ha olvidado el sitio que los más glotones ocuparon en la mesa, cuando el silencio se acumula fuertemente sobre las palabras que nadie recuerda, en la memoria de todos queda el hombre con los pantalones de terciopelo verde, el tribuno aguerrido, el escritor rico y raro, el solitario paladín de las causas impopulares, el conductor de acerada conciencia, que quiso ser él mismo, sin sujeción a la inmoralidad, al capricho o a la cobardía de los otros y que supo que para llegar a ser un héroe hay que creer en lo heroico.

V
EL CONFLICTO CON EL PERU

COLOMBIA, EL TRATADO Y LA AMERICA

En la historia diplomática del Perú y de Colombia, sería imposible que la posteridad borrara el 24 de marzo de 1922, fecha en que fue firmado por el Plenipotenciario Lozano y por el Canciller Salomón el pacto de límites y de navegación fluvial entre los dos países.

Para la historia política de la América, que habla romance latino, el 20 de diciembre de 1927 será una fecha clásica de hoy en adelante; su desarrollo obedecerá en parte al nuevo elemento estable surgido en el panorama del continente: la amistad colombo-peruana. Ella reduce a trozos la perspectiva del futuro, al tiempo que dilata en otros sentidos el campo de la hipótesis.

Acaso es de rigor, antes de avanzar, rendirnos ante Fabio Lozano, artífice de la victoria. No desconocemos en absoluto el aporte de colombianos como Suárez, Holguín y los dos Uribe; pero al Ministro de Colombia en Lima hay que reconocerle un mérito extraño: fue más hábil que afortunado. En veces el país quiso volverle la espalda y la victoria, como una paloma silvestre, rehusaba posarse en su mano de príncipe. Para su alma pundonorosa de samurai, la negativa del tratado implicaba una derrota peor que la muerte. Las angustias de su corazón independientemente de sus años de laboriosa alerta, le hacen digno de nuestro respeto y de la patria.

Desde el punto de vista colombiano, la consecuencia primordial del acto que acaba de realizarse es el impulso de las regiones que definitivamente acceden al patrimonio de la República. El Amazonas, cuyo porvenir frustraría el ensueño de los profetas judíos, nos reclama en sus playas como cultivadores, como tratantes y como soldados. Las ventajas de nuestra geografía se doblan a los ojos de un criterio futurista, que es en política el único criterio clásico, con este dominio indisputable sobre la costa de un tercer océano. El Pacífico, el Atlántico y el Amazonas constituyen el triángulo indeformable de nuestra grandeza.

La situación que hemos adquirido en América, el prestigio en creciente de nuestra raza, el proceso sin fatiga y sin saltos de nuestro avance, el espacio abierto, enorme y libre del territorio, que favorece

todas las formas complejas y exactas de la organización económica, la tradición pacífica, todo ello se conjuga para pedir de nosotros en el terreno de la diplomacia una política sin alianzas pero sin enemigos: el espléndido aislamiento, pero en una forma noblemente egoísta para Colombia y astutamente filantrópica y benéfica para el resto de América.

No queremos arrojar simientes insidiosas sobre el suelo del Hemisferio de construcción. Nuestra propiedad reclama vastamente el trabajo de sus inquilinos. Ciertamente no ha nacido el colombiano que quiera comprometer la república incorporándola en sistemas políticos agresivos o precarios. En América hay pueblos con problemas incansables. Chile necesita ampliar su territorio en previsión del futuro y aprovechando su actual excelencia militar. Bolivia, inerme, es el tercer país por su tamaño entre los nuestros. Al Brasil se le planteará claramente su destino de pueblo imperialista. La Argentina lucha por la predominancia en ejercicio de una ambición respetable como en derecho. El Paraguay tiene vocación de presa. El Ecuador no la tiene, pero la tragedia de muchas vidas es el matrimonio o el servicio doméstico contra el deseo de adoptarlos. Si el Perú desvía la pupila de Tacna y Arica, es para mirar entre los ojos a Bolivia y al Ecuador. Si Chile camina, es hacia el Norte. Si Brasil tiene celos, es de la Argentina. En los muros del hogar paraguayo no ha vuelto a dibujarse la sombra de Solano López. El Uruguay no quiere absolutamente que nadie olvide cómo su misión sobre la tierra es la amable de Bélgica. Venezuela, a ejemplo de Colombia, parece que no sueña. Pero sea de ello lo que fuere, nuestra posición de fiel de la balanza de diez y ocho platillos es un tesoro que no enajenamos y que sería traidor debilitar o mantener indefensa como ahora.

Si las cosas son realmente como nosotros las entendemos, si la inteligencia no nos traiciona, Colombia no ha de tener ni aliados ni enemigos. Su litigio con el Perú ha concluido, y era el último. Que cada colombiano se entere de que su orgullo se origina en que Colombia ha de convertirse en la potencia moderadora de América*.

EL TRIBUNO DEL 18 Y EL 30 DE SEPTIEMBRE DE 1932 EN BOGOTA (Versiones periodísticas).

De la manifestación del 18:

El País:

"Mientras tanto la multitud se impacientaba pidiendo que hablara el doctor Augusto Ramírez Moreno. Desgraciadamente, el joven orador no se encontraba en nuestras oficinas y fue necesario mandar que lo buscasen en su casa de habitación. El Leopardo, cuya salud en estos días se halla bastante resentida, estaba ya en cama y fue preciso des-

* **El Gráfico,** Bogotá, diciembre 24 de 1927.

pertarlo para que acudiera a la cita que la multitud le había impuesto. Ramírez Moreno dejó el lecho, y sin olvidar los guantes que completan su elegancia personal y que parecen revestir espiritualmente su oratoria, no obstante la garra que se adivina por dentro, se vino derecho a las oficinas de El País. Apenas vio la multitud que el Leopardo entraba en esta casa, prorrumpió en un formidable aplauso que se convirtió en franca y tumultuosa ovación cuando el orador apareció en uno de nuestros balcones. La oración de Ramírez Moreno puede considerarse como la pieza magistral de estos días. Bella, incisiva, mordaz, lírica y siempre arrebatada, dejó sobre las vértebras de la multitud las sensaciones alternas del escalofrío y la fiebre, porque el Leopardo se mostró en esta vez con un dominio absoluto de todos los resortes de su elocuencia".

El Tiempo:

"La multitud pidió luego que hablara Ramírez Moreno y el Leopardo accedió entre una salva de aplausos. Hizo un precioso elogio del pueblo colombiano, ahora unido 'con la coherencia de las moléculas del proyectil homicida'. Dijo que llegaríamos a la bella Lima, después de pasar por entre el humo de pólvora de Leticia y por 'los escombros consoladores de Iquitos'. Terminó diciendo que los peruanos no encontrarán en nosotros 'el pierrot quejoso y lánguido, sino un pueblo no solo capaz de cantar bajo la bandera el himno nacional veinticuatro horas a los oídos del Ministro Carrillo, sino de machacar cien años carne humana en las márgenes del Amazonas si esto fuere preciso para conservar nuestro señorío internacional' ".

De la manifestación del 30:

El País:

"Desde las primeras horas de la tarde de los balcones de los diarios de la ciudad se anunció una manifestación patriótica en la Plaza de Bolívar patrocinada por un respetable grupo de universitarios y en la cual llevaría la palabra el doctor Augusto Ramírez Moreno. La fama del orador atrajo una gran cantidad de público que se estacionó en el atrio de la Catedral y que principió lanzando entusiastas vivas a Colombia, no obstante la lluvia que comenzaba a caer en esos momentos. A las nueve de la noche llegó el doctor Ramírez Moreno a la casa del trece de marzo (Hotel Fanny), siendo saludado por más de diez mil personas que lo aclamaban con delirio.

Pocos momentos después apareció el doctor Ramírez y el entusiasmo del público fue incontenible. Los vivas a Colombia y los abajos al Perú se sucedían sin interrupción.

Logrado el silencio, el orador comenzó haciendo un bello elogio de la bandera, de la cual dijo que era 'un lábaro ametrallado y solitario, atropellado por todos los huracanes de la gloria'. Afirmó luego su teo-

ría sobre la guerra diciendo que los hombres que pertenecían a ese partido podría creerse tal vez que eran crueles y emocionales, y sus impulsos meros movimientos de la pasión ciega, sin vinculaciones con las capas superiores de la inteligencia. Pero, que problema tan complejo debía analizarse en sus diferentes aspectos, como el psicológico y el técnico, que reclamaba la meditación vigilante. Se extendió en seguida en juiciosas consideraciones al respecto, agregando que no ocultaba las terribles consecuencias que un conflicto armado podría traer para nosotros. 'Los escuadrones de la victoria estarán constituidos —dijo— por lo mejor de nuestras reservas espirituales. Mientras nuestros campesinos huyen despavoridos ante el flagelo que amenaza descargarse sobre sus cabezas, los hombres abroquelados por el pensamiento contestan a lista los primeros y anuncian formar con su sangre un nuevo Amazonas sonoro de heroísmos. Por este aspecto, pues, tendremos un descenso vertiginoso de nuestra cultura, que será transitorio, pero, en cambio, habremos de legar a nuestros nietos en toda su integridad soberana la misma patria nacida en medio de truenos y relámpagos en la mañana clamorosa de nuestra historia política'.

Declaró luego que era necesario hacer una guerra barata, consultando la estrategia y la técnica, así como también las condiciones de higiene requeridas por los ejércitos modernos. 'Es preciso formar nuestro frente de batalla con escuadrones invencibles por su preparación científica y no con patrullas de soldados hambrientos, abandonados a la incertidumbre y al destino. Por eso considero que no es el caso desplegar nuestras fuerzas por tierra a lo largo de la ribera amazónica, ni adquirir grandes acorazados que cuestan ríos de oro. La guerra aérea es más segura y consulta mejor las condiciones técnicas de la defensa y el ataque. En la guerra es necesario calcular la capacidad ofensiva y defensiva de los pueblos. Nuestra capacidad ofensiva es igual a cero, porque carecemos de armamentos, toda vez que nuestros cañones más modernos son tipo 1912. Pero, en cambio, nuestra capacidad defensiva es infinita, porque nuestra sensibilidad patriótica ha sabido reaccionar en esta hora de prueba, ante los ultrajes de una sargentía sin generales con decoro, sin historia y sin ley. No acontece lo mismo en el Perú, donde el pueblo es arrancado violentamente de sus lares para precipitarlo al abismo sin fondo de la locura y de la ruina'.

Más adelante agregó: 'Ya el asalto de los bandoleros peruanos ha arrancado siete millones a nuestra economía. ¿De dónde habremos de reintegrar a nuestras arcas esos dineros producto del sacrificio silencioso del pueblo, si pactamos la paz en esta hora? Solo la guerra podrá resarcirnos de tantas amarguras haciendo que el pueblo que intentó cercenar nuestro suelo patrio, repare los perjuicios causados por su descabellada aventura'.

Refiriéndose al aprismo dijo que era un partido intermedio que se consideraba extremo en el Perú. 'Las crisis —exclamó— constituyen un momento de excepcional vitalidad o de excepcional decaimiento en que un pueblo siente crecer la historia. Por eso las crisis se apoyan siempre en los partidos extremos y de ahí que el aprismo, a pesar del

baboso manifiesto de su poder ejecutivo de Guayaquil, trate de apuntalar ese edificio agrietado y vencido de la dictadura peruana'.

Criticando al diario 'Noticias Gráficas' de Buenos Aires, que consideraba en uno de sus editoriales inútil el conflicto de Leticia por cuanto que estos pueblos de América tenían tierras suficientes y podían regalar extensos territorios, dijo que esa afirmación era inepta y que Leticia no podía negociarse porque allí estaba el porvenir del Continente y porque Colombia se oponía a ello con todas sus fuerzas.

Concluyó diciendo que la guerra no sería larga y que ella provocaría el pacifismo en el Perú, echando a tierra el régimen de 'ese cretino insurgente de Sánchez Cerro'.

Por último, en una bellísima exaltación lírica, recordó el caso de un niño ciego que a las puertas del Banco de la República pedía que su alcancía le fuese abierta para depositar sus pequeñas economías en favor del empréstito nacional. Dijo que ese gesto era un reto a la avaricia de nuestros millonarios. Agregó que el dinero colocado por ese niño significaba una contribución económica y moral para la guerra que no podía desmentirse organizando deshonrosamente la paz. 'Esa alcancía simbólica —terminó— es el más inconmovible pedestal para la victoria'.

Una aclamación unánime acogió las últimas palabras del orador, que fue vitoreado clamorosamente, a pesar de la lluvia que arreciaba sobre la ciudad. La multitud escuchó fervorosamente el bellísimo discurso del doctor Ramírez Moreno, que se prolongó por espacio de una hora".

También El País del primero de octubre:

"**Ramírez Moreno, táctico.**

Hay sitios predestinados para las consagraciones supremas. El balcón del trece de marzo, que le señaló heroicamente los rumbos de la República a la generación del centenario, arrojó ayer sobre la multitud estremecida los jalones de la victoria. Para las generaciones del porvenir ese balcón poseerá el significado de las trompetas de Jericó. Fue el instrumento empleado por Augusto Ramírez Moreno para sembrar en los espíritus el sentimiento orgulloso de nuestro derecho y nuestro poderío.

La personalidad del Leopardo, tallada para las luchas de la inteligencia, cobra una dinámica de caudillo cuando se arroja a cantar el himno heroico. De sus labios estremecidos de furia van surgiendo, como calientes figuras de bronce, las efigies de nuestros guerreros. La multitud azotada por la tempestad de la arenga, se repliega sobre sí misma, crispada de cólera, fatigada de resignación ante el ultraje, tensa para el ataque y estéril para el perdón.

Los hombres surgen en zonas diferentes, con perfiles idénticos, cuando las nacionalidades atraviesan semejantes momentos históricos. Italia produjo al animador y nosotros tenemos a Ramírez Moreno. La

oratoria de fuego, que posee el doble prestigio de encauzar la inteligencia y movilizar la sensibilidad, como un torrente fuego, ha tomado asiento en la República. Y como el italiano, Ramírez Moreno realiza entre nosotros al artista soldado, orífice de la palabra y devoto de la epopeya.

Pero la arista más destacada de la formidable oración de anoche, fue, sin duda, la que nos diseñó el Ramírez Moreno estratega y táctico. Nuestra aviación y nuestros zapadores son la vanguardia gloriosa de nuestros ejércitos. A la juventud de voluntarios que encienden la antorcha de sus deseos ante el altar de la muerte y de la gloria, nos espera el deber de llenar los claros dejados en las filas por los muertos.

Con la magna oración de ayer hemos visto definido nuestro deber, moldeado claramente por los labios quemantes del triunfo. La cadena de ultrajes inferidos a la República ha sido rota en Bogotá por la elocuencia y será destrozada en la frontera por nuestros soldados y nuestros cañones. Las palabras de Ramírez Moreno, arrojadas a la plaza pública con la violencia de los proyectiles, marcan la ruta de nuestros sentimientos. Detrás de ellas un pueblo avanzará, pujante como las tormentas y con la idea de la patria como una inmensa coraza. Y recordándolas las pupilas de los agonizantes adivinarán sobre la manigua amenazante una inmensa bandera tricolor tendida para modelar sus cuerpos, prestos a deslizarse sobre las rutas infinitas de la Eternidad".

ANTE EL CONFLICTO

Estos artículos tengo que bruñirlos como si fueran espadas. Aquí no hay sitio para la apologética. Y tengo que escribir en primera persona, porque no quiero comprometer sino mi nombre y porque estos artículos son la repetición amplificada y pausada de lo que mis discursos consagraron. El YO de estas líneas es el último escombro ardiente de mis arengas. Pero acaso comprometo también a quienes han solicitado mi presencia en la tribuna, a quienes me escuchan y me aplauden, a quienes invité una noche desde los balcones de El País a formar conmigo el partido de la guerra y recibieron mi invitación con aclamaciones generosas: tal vez aquí comprometo a los colombianos que piden la guerra y rodean el fiero estandarte sin preocuparse por el origen político de sus compañeros.

Ante el conflicto brotan dos fuentes para el comentario: la tendencia de la guerra y la tendencia de la paz.

Los pacifistas y humanitaristas han descrito el horror tenebroso de la guerra y en nombre de la piedad la condenan. Pero una nación no es una filantropía sino un drama. Por otra parte, la guerra no es solo un concepto humanitario, porque simultáneamente es un concepto estratégico, un concepto poético, un concepto político y un concepto jurídico. Hacer la guerra en busca de ventajas políticas es aborrecible; dejar de hacerla cuando es justa, por náusea sentimental, es cobarde,

y solo cuando es legítima defensa probada y oportuna brilla su rampante cimera como una espada de justicia.

De nosotros se cree que ignoramos, que olvidamos o que amamos el furor siniestro, la destrucción sibilante, contorsionada y ciega como una monstruosa víbora. ¡Mentira! En nuestra imaginación el concepto humano, la carnicería compasible de la guerra, se moldea como una fornida metasa de la más trágica angustia. El hombre es esencialmente una actividad moral y por eso es una fina máquina de padecimientos y solo por eso no pierde la razón cuando avanza entre un aguacero horizontal de plomo, cuando sufre la trinchera y sus incomodidades portentosas o cuando machaca su oído la música desaforada de los espacios que el cañoneo golpea como si fueran tambores. El dolor amazónico de la guerra no lo ocultamos, porque lo sabemos vivo en las cartas que distribuye un servicio sin itinerarios, vivo en las despedidas y vivo en la sangre, en la sed y en la marcha, en el insomnio y en la pesadilla, en el pánico y en el heroísmo, en el estómago vacío, cuyos movimientos contráctiles atenazan el vientre como los incisivos de un violento animal. También sabemos que el nivel de cultura desciende porque el valor es una cuestión femenina de amor propio, más hondo y sensible a medida que el hombre es más inteligente. Mientras el campesino se remonta por miedo al reclutamiento, el hombre que sabe leer y escribir se ofrece como voluntario y se cree en la obligación de exponerse a la muerte más y mejor que nadie para que su conducta sirva como ejemplo. Una guerra hará descender el nivel medio de cultura en este país.

Se equivocan, pues, quienes suponen que para nosotros la guerra es un cortejo con banderas por palios y con auténticos clarines triunfales. Nosotros adivinamos sus fauces. Pero la equivocación de los pacifistas y humanitaristas es interesada; quieren mostrarnos como una turba estremecida por el himno, sin estigma racional distinto del ampuloso grito, bestializada falange partida en dos por la locura. Precisamente mi preocupación ha sido darle un respaldo intelectual a la emoción guerrera de nuestras muchedumbres, he querido trasladar el tema de los cráteres de la pasión a la tierra firme de la inteligencia benigna. Yo no hago mis apariciones entre marco de guirnaldas, sino estilizado por la tosca madera de tribunas libres y allí expongo, raciocino, justifico, pesadamente oriento y dictamino, hago de mis arengas conferencias y labro las imágenes sobre sencillos ejemplos, en una actitud mental de pedagogo, que no se eclipsa aun cuando a veces me nace un bramido fluvial entre la boca o cuando canta en mi labio como un turpial un niño.

Inicialmente había que armar los espíritus y construir de la guerra afanosas estatuas, llenas de ímpetu bajo la gracia turbulenta de sus advocaciones. Pero después, lealmente he expuesto el pávido horror de las marchas y el matadero lo he inundado con claridades lívidas. Pero este pueblo prefiere eso a la vergüenza de mostrarse débil.

Dos objeciones vitales tengo que formularle a los pacifistas y humanitaristas. Su opinión no es sistema sino en los partidos socialistas; estos en el comunismo tiene su más recia expresión intelectual

(aun cuando le pese a ciertos activos reformadores), y el comunismo, que gobierna en Rusia bajo el grito de "proletarios de todos los países, uníos", es pacifista fuera de Rusia, pero no tolera atentados contra la soberanía nacional, ni admite irregulares transgresiones de sus fronteras y listo está a declarar la guerra por asegurarse simples ventajas políticas. Nos tratan los humanitaristas de emocionales, de apasionados, de etéreos, de absurdos y así nos tratan en nombre de la fría inteligencia. Esta quiere la sistematización, la racionalización de los sentimientos; yo pido que los inefables humanitaristas, pacifistas y centenaristas erijan su sistema, sin gemidos, ni lágrimas, so pena de que retribuyamos con desprecio su experimentada petulancia. Y si construyen sistema, no pueden jamás ir más lejos, ni en teorías ni en hechos, que el socialismo, y no hay gobierno socialista en el universo que tolere a Leticia. Los viejos y los nuevos de este país son partidarios de que reaccionemos belicosamente contra el despojo; solo la edad intermedia y cuarentona solloza a la sordina entre los lindos brazos velludos del "demonio del medio día". Los casos agudos de pacifismo que conozco se han producido en viajeros recién llegados de Europa. En el viejo Continente el pacifismo es una lección, un razonamiento, una defensa, una alta forma de patriotismo y allí tomaron nuestros humanitaristas el solemne contagio; pero los más empedernidos pacificadores de Europa resultan crueles y belicosos comparados con nuestros corderos, porque no hay pacifista en Europa que tolere a Leticia. Mi primera objeción vital es la falta de raciocinio ordenado y el exceso de emoción desordenada de nuestros pacifistas que no tienen derecho a ello porque pretenden hablar en nombre de la inteligencia.

Mi otra objeción contra la mínima hueste egregia es que parece resuelta a transigir con la guerra siempre que se le demuestre que hemos perdido el honor de una manera más o menos escandalosa, pública y definitiva. Pues bien: no hemos perdido el honor. Esta guerra la predicamos en nombre del derecho y del deber. Nuestro honor no sufre si alguien atenta contra nuestra vida o si un salteador nos roba. No fue lesionada en Panamá nuestra honra sino la buena reputación de un gobierno extranjero. Si en las calles de Andorra se arrastra el pabellón de Colombia y se le somete al desempeño de menesteres inmundos, sufre el honor. Si un crucero de Inglaterra llega a Cartagena y rehusa alzar en el tope la bandera colombiana, atenta contra nuestro honor. Pero en Leticia se ha ofendido el derecho, es decir, que es un interés universal, humano, sin fronteras, lo que vamos a defender. Los ultrajes a nuestro estandarte no le importan al mundo, ni al mundo le interesa nuestro honor; plantear allí el tema es agudamente impolítico. Y en Leticia se ha esbozado un bajuno golpe de cuchillo que tiende a cercenar, igualmente, nuestros derechos y nuestros deberes. Nuestra es Leticia sobre el Amazonas y se nos hace víctimas de un despojo de la misma manera que el carterista que sustrae algo del bolsillo de un transeúnte. El deber consiste en nuestra obligación poética, histórica y moral de entregarle a nuestros hijos los límites marcados con la sangre de sus abuelos y obtenidos por el trabajo de sus padres. A esta guerra vamos para restablecer el quebrado derecho y en cumplimiento de un compromiso que no por ser tácito es menos premioso en su impulso.

A esta guerra no vamos por el honor. Vamos también para pagarle a los dioses vengativos el precio de nuestras imprevisiones. El actual Presidente del Perú asumió su cargo hacia octubre de 1930, y toda su campaña se sustentó en el propósito jactancioso de revisar el Tratado de Límites Colombo-peruano. Aquella política era ampliamente conocida por el Gobierno y el pueblo de Colombia; a pesar de ello, no solo prescindimos de prepararnos, sino que la estrecha guarnición protectora de Leticia fue retirada. Yo tuve la honra inolvidable de ser amigo del doctor Carlos Adolfo Urueta, y recuerdo que cuando fui a su casa para felicitarlo por el excelente nombramiento que en él se hizo para Ministro de Guerra, hablamos una hora sobre varios temas, entre otros, de la posible política peruana en la región amazónica y ese vigoroso estadista me expuso cómo su pensamiento era proponerle al Gobierno que en Leticia colocara un regimiento y manifestar que en el caso de que no accediera a ello pediría que no fuera un solo hombre del Ejército, porque seguramente una tropa reducida invitaría la codicia de posibles invasores, siendo mejor, entonces, que fueran gendarmes los encargados de representar en diez o veinte individuos nuestra fuerza guerrera y nuestra capacidad combativa. Urueta presentía con una profética claridad esto que ha ocurrido y hay quienes creen que si dura en el Ministerio, el caso sería distinto para Colombia. Si reproduzco esta conversación es por servir la memoria venerada de mi amigo y porque sé que mis palabras no serán puestas en duda por los familiares del estadista desaparecido, ya que ellos saben la estimación profunda que le merecí siempre al señor doctor Urueta.

Nuestra ineptitud para presentir la crisis y para adelantarnos a ella, es rigurosamente exacta en teoría; en la práctica, es muy posible que hubiese sido inútil buscar de la opinión pública que sancionara los gastos que ocasionaría la vivienda, aprovisionamiento y pertrechos para varias centenas de hombres, y si ese voto favorable se hubiera obtenido, es también verosímil que las dificultades por que atraviesa el país le hubieran impedido al Gobierno satisfacer las disposiciones respectivas; pero nada de esto le quita sustantividad o razón al hecho de que Leticia estaba desguarnecida y de que fue asaltada por hallarse inerme.

El propósito de escribir sobre estos negocios no puede adelantarse si no se despeja previamente el sendero del obstáculo que podrían presentar las objeciones y razonamientos de la tendencia mental conocida con el nombre del pacifismo. Creo haberlo conseguido eficazmente en este primer artículo. Pero, además de esa consideración de método, me urgía realizar, como lo hago, porque no es lógico, no es racional, no es patriótico, asumir la posibilidad inmediata de una guerra inevitable en la actitud moral y mental del hombre que suspira por la paz. De la propia manera que deteriora y mina la paz quien la vive con ánimo belicoso y quiere aplastarla bajo el peso de su esternón guerrero, injuria la suerte de la guerra y marcha a la derrota quien se acerca a ella suspirando por la paz, temeroso de su misma beligerancia, listo a aceptar y aun a fingir todas las ocasiones para cerrar armisticios y para retirar sus ejércitos en servicio de la humanidad, de la civilización, de la cultura y de la misericordia. No. La obra no es de misericordia sino de egoísmo, el ímpetu no es de beneficencia sino de destrucción,

el molinete de las armas tajantes no es adorno en la universal concordia sino mortífero escudo para nuestros hijos. Por ellos queremos esta guerra, para que ellos tengan una vida más plena, más feliz y más tranquila, sin la inquietud de un mal vecino cuya potencia militar los amenace. Los padres de hoy debemos ir al matadero, si en verdad amamos nuestros hijos, porque esquivar hoy la guerra es dejarla de herencia a nuestra posteridad y dejar ese horror para nuestros descendientes es una cobardía sin nombre*.

MORFOLOGIA DEL CONFLICTO

En tesis general el conflicto colombo-peruano puede compararse con un cáncer. Específicamente el cáncer es una flor voraz que se reproduce aun cuando corrosivos feroces destruyan momentáneamente su espantable fronda: siempre carnívoro estambre, el tallo secreto que nadie ha descubierto aún, repite el fenómeno que parecía extirpado. Del Portete de Tarqui se pasa a La Pedrera y de ésta a Leticia. Si el raspado que al cáncer le hagamos en Leticia es diplomático, como en La Pedrera, la esperada reproducción no tardará más de diez años y si, como en el Portete, el raspado es heroico simplemente, sin prolongación definida, en la actividad política, tendremos cincuenta o noventa años de paz; pero el cáncer se reproduce. Ahora bien: este cáncer hay que extirparlo. La forma del conflicto no varía con la mecánica de los años, ni con la mecánica de la diplomacia; por eso hay que someterla a la mecánica de la guerra; pero no al modo de Sucre, que procedió como militar cuyo fin es ganar la batalla y hacer una campaña victoriosa e imponerle al enemigo la solicitud de una tregua. Desde los orígenes de la guerra, desde los comienzos de esta campaña, tenemos que pensar en las modalidades de la paz, porque la contienda armada extirpa el cáncer solo combinada a la buena política. Ganada la guerra, hay que aprovechar la victoria. Una humillación carece de sentido; lo único realmente quirúrgico es una indemnización.

Aquella es la tesis general; pero veamos la morfología, la forma de este caso concreto planteado por el conflicto, y presintamos sus causas y sus desarrollos inmediatos.

Esta guerra el Perú la ha buscado. El Gobierno responsable de los destinos nacionales en aquel país, tiene necesidad de la guerra para flotantizar, momentáneamente siquiera, el crédito hundido de la dictadura. La situación política del Perú y la especial índole de su Presidente son la causa de esta guerra internacional.

Colombia, en cambio, es una democracia próspera, ordenada al ritmo de nobles principios imperecederos, en que la libertad se conjuga con la autoridad y el movimiento con la disciplina. Colombia quiere la paz mientras no sea cosa humillante. Esa voluntad de paz cabe toda

* **El País**, octubre 5 de 1932.

en un solo dato: nuestros cañones más poderosos y recientes son MAXIM de 1911. Consejeros sin autoridad política y sin autoridad intelectual publican últimamente que aquí debe hablarse siempre de paz. No tolero el consejo. Esos cañones MAXIM son nuestro juramento por la paz, son nuestros votos de trabajo, son el índice rígido que le muestra la puerta a consejeros ridículos, que debilitarían los resortes belicosos de este país, si los publicadores responsables y si los predicadores en que el pueblo tiene confianza hablan de paz. Por demostrar nuestro pacifismo noble y viejo no vamos a exponer el admirable y necesario proceso psicológico hacia la beligerancia de nuestras muchedumbres; para demostrarlo bastan nuestra llamada fábrica de municiones, nuestros fusiles "modernos", nuestro pie de fuerza y nuestros cañones antiguos. Que vengan comisiones a esculcar nuestros armamentos y nuestras fábricas de explosivos para que se persignen ante este pueblo, nuevo cordero pascual que no borra los pecados del mundo como el Divino Cordero, pero que no mancha el inmaculado vellón con ninguno de los atroces pecados del mundo moderno.

Sir Howard Annesley Chaple me escribe desde Paita. Dice que su idea es la de que nuestro movimiento es una forma aguda de fanfarronería, y agrega que su ilustre impresión está ratificada por un periódico colombiano que sostiene con sagacidad crítica inefable la siguiente tesis: todo movimiento popular tiene su orador, el tribuno de alta cabeza que le sirve de fórmula y de intérprete. La Independencia tiene a Camilo Torres, a Acevedo; el Fiume tiene a D'Annunzio; la Concentración Nacional modificó la elocuencia en este país; y el actual movimiento patriótico tiene como su tribuno a Augusto Ramírez Moreno, "orador inverecundo, portugués y de tono alto". La conclusión de mi amigo británico está, pues, autorizada por el mejor periódico de Colombia, por el más copioso y difuso; por un diario donde tengo amigos que injurian a Colombia por complacer mi vanidad. El Tiempo sostuvo con una oportunidad geométrica, en el mismo artículo citado, que yo era el único hombre que podría tener influencia sobre los hechos que germinan, que mi elocuencia, era la palabra y era la voz de esta hora. Yo le advierto a los sagaces críticos de El Tiempo, que hay cuatro clases de crítica: la de Babia, la de Creta (país de donde son originarios los amables cretinos), la crítica francesa y la traición a la patria por amistad con el tribuno de moda. Este movimiento es calificado de fanfarrón e inconsistente, porque uno de los cuatro críticos de El Tiempo expuso con amenidad y con oportunidad la teoría de que la elocuencia de esta hora debía ser inverecunda, portuguesa y de alto tono. En esas condiciones, y en las condiciones que quieran plantear para mis artículos sucesivos y mis amigos de El Tiempo, yo rehúso beber literatura pacifista y rezongante y traidora y frívola, en la canoa que nos muestran los consejeros ridículos que quieren minar los resortes bélicos de este pueblo de guerreros. Es una exigencia moral y política que los Poderes Públicos hablen de paz. Es necesario que el Presidente de la República y el Poder Legislativo juren por la paz. Ellos son ante el Continente nuestros voceros autorizados. Pero el pueblo que reacciona belicosamente frente al despojo, el escritor y el tribuno que fundamentan sobre el derecho sus demostraciones, tienen que hablar

de guerra, porque no es posible afirmar que injustamente se nos busca una querella, que se nos merma arteramente el patrimonio territorial fijado por tratados públicos, fijado por tratados públicos inaccesibles a la controversia y que la conclusión sea pedir la paz. Ese heroísmo portugués, inverecundo y de alto tono es una sucursal de la demencia.

El Gobierno de Colombia ha dicho que este negocio es de carácter interno. El Gobierno del Perú sostiene que es internacional. Enviar tropas a Puerto Liévano, sobre nuestro río Magdalena, para restablecer el orden, es un acto de soberanía sin relación ninguna con la política extranjera, aun cuando sea un grupo de doctores y de libertadores peruanos el responsable de la perturbación que quiere castigarse. Cuando el Presidente del Perú afirma que se trata de un conflicto internacional, que en su forma, en sus orígenes y en sus efectos el problema es de política extranjera, significa su deseo de que esto se convierta en un choque entre naciones. En esas circunstancias, es imposible que los colombianos hablemos de paz. Los militares peruanos en ejercicio, que participaron en el asalto, están respaldados por la Cancillería limeña, y ya no hay necesidad de interrogar al Ministro del Perú en Colombia sobre si su Gobierno se desvincula o no de los invasores sublevados contra el derecho. Tengo la arraigada creencia de que si el Plenipotenciario, señor Carrillo, hubiera recibido sus pasaportes, desde el momento en que se hizo manifiesta la elocuente ambigüedad de su Gobierno, se le habría cerrado el paso a la maniobra peruana de someter a arbitraje un negocio que se liquida por las armas, que es preciso liquidar con una guerra si no queremos exponernos a la risa del Hemisferio. Somos signatarios del pacto Briand-Kellog, donde se permite como única emergencia justificadora de la guerra la legítima defensa, y lo más característico de la legítima defensa es la reacción inmediata frente al malhechor. Dentro del pacto Briand-Kellog, el señor Carrillo ha debido recibir desde hace días los pasaportes que lo acreditan como viajero de regreso a su patria. Este conflicto es interno, como lo sostiene Colombia, pero el Perú ha querido que su capricho, sus antecedentes, la intervención de sus militares y el ágil chismorreo de sus diplomáticos lo tornen en negocio internacional. El conflicto interno subsiste, como lo atestigua el hecho de que un puerto colombiano se halla en manos de perturbadores que es necesario meter en cintura o en sepultura; pero el conflicto internacional ha nacido por la voluntad del Perú y no puede ignorarse por más tiempo el hecho, so pena de quedar en ridículo.

Ahora bien: las necesidades de la dictadura en el Perú plantean el "casus-belli" sobre un plano de que Colombia debe aprovecharse, porque nunca ningún hombre de Estado peruano cometerá la insigne torpeza de atropellar simultáneamente la buena política y el buen sentido, la justicia y los tratados internacionales, irritando lógicamente a todos los hombres de bien del Continente, poniendo en jaque las fronteras de los países americanos, sin exceptuar ninguno, fronteras defendidas como la nuestra del Sur, no por las ciudadelas modernas sino por el derecho, por el pergamino de los tratados públicos, y ningún mandatario del Perú cometerá ese disparate precisamente cuando su patria se halla debilitada por los odios políticos, empobrecida por el

desconcierto económico universal y por la propia actividad financiera de su país, y cuando esa patria se halla deshonrada, porque la libertad tuvo que huir con los pies humillados.

Los imponderables de que hablaba Bismarck militan del lado de Colombia, con la cantimplora al costado y con el morral al hombro; ese magnético y poderoso fluir de simpatía y de justicia inmanente que brota de las buenas causas, nos asiste ahora. El conflicto se presenta para nosotros en la forma histórica y políticamente más ventajosa, y sabemos que ventajas semejantes no se repiten jamás.

Dentro de cinco o diez años, el Perú habrá podido organizarse mejor que hoy para la aventura y ya sabe que por el derecho al Amazonas este pueblo irá a todos los extremos y entonces, desde el punto de vista técnico, superiormente preparado, buscará la querella matando un aduanero colombiano, o apedreando la Legación de Colombia, agravando pérfidamente el asunto para obligarnos a una lucha cuyo origen no le importa a los pueblos civilizados. Y al tiempo que aquello ocurra, Colombia, habitada por una raza pacífica, no será capaz de la fría deliberación metódica para armarse diez años consecutivos por la sola perspectiva de una guerra posible, en tanto que la Intendencia del Amazonas no será incorporada a la corriente normal de nuestra cultura y nuestra economía en menos de treinta años, por la deficiencia de nuestros números humanos, de nuestros recursos técnicos y de nuestros medios económicos.

Bismarck ya habría hecho o habría buscado la formal declaración de guerra, porque él sabía que los imponderables son aliados tercos, insuperables y batalladores que nadie hasta hoy ha podido derrotar.

Pero se dice que este tiempo no es perdido, porque durante él nos preparamos para la contienda. Concedido: pero es distinta la velocidad de tales preparativos si se trata de una simple probabilidad de guerra, o si nos vemos frente a la guerra formal, desmelenada, urgente, atlética y bravía. Muchos colombianos han dejado de ayudar al Tesoro Público en esta emergencia y otros no han dado toda la medida de sus posibilidades, porque la simple probabilidad no sacude suficientemente su cerrada faltriquera. Por otra parte, el Perú se prepara tan velozmente como si ya se hubieran roto las conversaciones y las relaciones, y esto, sin tener en cuenta que ganar tiempo es más necesario para el Perú que para Colombia.

Ya pasó la etapa diplomática del conflicto. Que los diplomáticos enmudezcan y que hablen los políticos y los militares y que se pongan en movimiento las industrias de la guerra. Un mal vecino cien años, nunca será un buen vecino, a menos que las indemnizaciones agobiadoras que emanan de la guerra victoriosa, nos permitan establecer con el tiempo tal diferencia de poder, que el Perú nunca repita la ilusión imposible de pelear contra Colombia*.

---

* **El País**, octubre 8 de 1932.

CONTRA LA PAZ ARMADA

La respuesta al saqueo de nuestra Legación en el Perú, debe ser un raid aéreo sobre Lima. Es claro que por destructor que se suponga el bombardeo ni siquiera compensa el robo de las joyas de mi ilustre amiga Elena Simonelli de Lozano; pero es preciso demostrar que esta es una guerra a fondo, entre dos pueblos que van a resolver de una vez por todas y mediante la fuerza el problema de su predominio. No es posible que ante la crisis por que Colombia atraviesa, sigamos en el prurito de afrontar los negocios de la violencia en la actitud mental y moral de jurisconsultos que creen concurrir a una academia y por eso necesitan y quieren llevar en regla todos sus papeles sin que les falte ni una sola firma. No: a la guerra se va con claros propósitos de destrucción sañuda, de sangrienta y ardua predominancia. El Perú lo entiende asi; y no contento con entenderlo exagera canallamente el acento hostil de estas horas y precipita sobre una familia procera selecto grupo de forajidos que roban y destrozan amparados por la complicidad macilenta del gobierno, como para invitarnos a un sentido más radical, más fuerte y tormentoso del negocio que la espada de Vásquez Cobo ventila contra el kepis deshabitado del Coronel Sánchez Cerro.

La teoría de una guerra a fondo para resolvernos el problema secular de un deplorable vecino es incompatible con la visión recortada de una campaña simplemente amazónica que tenga por objeto restaurar en Leticia las autoridades colombianas; y algo más: el propósito de una contienda decisiva en que ventilemos con el Perú la supremacía sobre el Amazonas, es incompatible con un prospecto de guerra que se refiera simplemente a la derrota y a la sujeción del fugitivo y hosco departamento loretano.

La razón que sustenta las afirmaciones que quedan escritas es la de que el Departamento de Loreto es un eslabón suelto, sin coordinación ni nexos culturales o económicos con el resto del Perú. La tierra de Manzanilla y de Maúrtua queda intacta en el supuesto de que avasallemos en una campaña victoriosa el Oriente del Perú que se extiende desde el Amazonas hasta la cordillera. La ciudad de Pereira, por ejemplo, no solo representa más que Iquitos para la cultura y la economía de esta patria, sino que está injertada, incorporada, sólida y necesariamente en el movimiento económico e intelectual del Occidente colombiano; y todos sabemos que si Pereira fuera destruida por un incendio, por un terremoto o por aviones enemigos las reservas y posibilidades combativas de la República permanecerían prácticamente intactas. Y por eso la sencilla destrucción de una ciudad de murrapo como Iquitos o el sometimiento bajo nuestro estandarte de las indiadas sin ventura que vagan por las selvas del Departamento de Loreto no pueden ser el prospecto de la campaña en una guerra a fondo.

Y si tomamos el otro supuesto, o sea la simple restauración de las autoridades colombianas en el trapecio amazónico, aquellos motivos se acrecientan, pero son supeditados por la consecuencia que no puede ser otra que la muy desastrosa de la paz armada. Esta situación es

incompatible con el carácter colombiano, porque la paz armada exige la creación de una casta militar que puede no ser mala en sí misma, pero que contraría nuestra irrevocable vocación civilista; la paz armada acarrea una monstruosa deformación de los organismos nacionales; ocasiona un tremendo codo en la marcha recta y armoniosa del progreso y por su mecánica fatal edifica la estructura de los presupuestos nacionales sobre una base que acaba por derrumbarse y que hace imposible los empeños de mejoramiento material de ascenso del espíritu y de vida jurídica realmente apacible.

El Perú después de esta lección dolorosa pero infligida a medias no se resignará a que las cosas continúen como las deje nuestro victorioso General Vásquez Cobo, sino que mirará el episodio como una durable afrenta a su soberanía y a su diabólico orgullo; tratará de sorprendernos a la vuelta de diez, de quince o de veinte años, e ilustrado por la experiencia nos buscará la refriega asesinando un aduanero colombiano o hundiendo en el gran río una de sus propias lanchas para atribuirnos la culpa o repitiendo el triunfo bárbaro de Lima, sobre la casa que albergue a la familia del Ministro de Colombia. Cualquiera de esas causas es indiferente para los países civilizados del orbe y en el camino de vengar el nuevo atropello nos veremos sin el magnífico y entusiasta apoyo moral que hoy nos presta el mundo. Por otra parte, nada tan de acuerdo con la tradición peruana como esa paz armada, ensueño de caudillos cesantes, gloria de los espíritus violentos, anhelo de forajidos y programa de gobierno de quienes como Sánchez Cerro tienen un alma de sablistas, pero fugitiva como la de los banderilleros.

Claro es que la política de una guerra a fondo nos exige multiplicar la contribución de dinero, de tranquilidad y de sangre por un despavorido guarismo ilimitado; pero no podemos legarle cobardemente a nuestros hijos la ácida preocupación de esta vecindad lamentable cuyos problemas no se resuelven con textos ni gramáticas ni diccionarios, ni con institutos jurídicos, ni con la presión moral de la Liga de las Naciones, ni con la afable amistad que nos profesan los Estados Unidos, sino a tiros y con la bayoneta calada.

Acaso es oportuno decir aquí que al pueblo colombiano no lo intimidan las derrotas sino que exaltan su beligerancia y prestan alas a su temible ímpetu; por eso sería una equivocación ocultar la verdad de lo que ocurra por el solo temor de que la moral pública se deprima. Necesitamos una fe inquebrantable en la palabra oficial; el día en que esa confianza huya por la grieta de un comunicado deliberadamente mentiroso estaremos a un jeme del desequilibrio del espíritu que es la suprema virtud y el ilimitado fondo de reserva con que queremos contar. Nadie duda del patriotismo robusto y de la inteligencia preclara, ni el soberbio énfasis o de la noble ambición histórica de Su Excelencia el Presidente de la República. En su fervor todos tenemos fe; pero en su naturaleza parece dominar un excesivo amor por el secreto engaño y en nombre de la patria en peligro respetuosamente impetramos del Primer Mandatario de Colombia que abandone, así sea momentáneamente, un prurito que explica muchos de sus éxitos en cuestiones de política interna, pero que puede explicar también un arrebato colé-

rico o un transitoro desmayo de la unánime opinión que lo secunda. Así, por ejemplo, todavía se preguntan las gentes si hubo o no hubo bajas en la acción de Tarapacá, porque del Palacio de la Carrera se envió a la prensa un telegrama suscrito por el señor General Vásquez Cobo en que textualmente avisa que se presentaron varias bajas y después con la misma firma e igualmente enviado del Palacio de la Carrera se produjo un nuevo telegrama en que textualmente se dice que no hubo ninguna baja. ¿Hubo o no hubo bajas? ¿Ha mentido alguien? ¿O fue un error de mecanografía?*.

DISCURSO EN LA CAMARA DE REPRESENTANTES SOBRE EL ASUNTO DE LETICIA

Septiembre 11 de 1933.

Conste, Excelentísimo señor Presidente y honorables Representantes de la mayoría, que no ocupo esta tribuna por derecho propio de conquista, ni porque así lo haya dispuesto la corporación, sino porque es de tal importancia y de tal trascendencia para la República el motivo de mi intervención, que he creído que debo ocupar esta tribuna, la más alta de la República, para decir mis verdades sin temores, sin vacilaciones, sin cobardías.

Además, abrigo la esperanza de que la importancia de esta tribuna pueda moderar algún tanto mi lenguaje rudo y fuerte; porque no puedo ofender, quiero tan solo hacer una crítica constructiva, una crítica a los errores cometidos por el Gobierno signatario del Pacto de Ginebra, para que así la nación, el pueblo colombiano, pueda aprender en el libro abierto de estos magnos errores, y organizar una enmienda saludable para los días futuros.

Recuerdo, honorables Representantes, que cuando adolescente yo ocupaba un puesto anónimo en la galería, veía estas columnas y esta tribuna como un espejismo de gloria. Sentía entonces que mi corazón volteaba dentro de mi pecho conmovido como una vibrátil placa de metal estremecido, y acariciaba con muda delectación la posibilidad de que un día sintiera en mis nervios la descarga de los grandes momentos.

Porque yo estoy aquí, honorables Representantes, cumpliendo una cita irrevocable con mi juventud y con mi destino. Si de adolescente anhelaba este sueño que embriaga y que domina, hoy lo veo realizado, hoy lo siento que corre por mi sangre, que acelera los golpes de mi corazón y que me capacita para afrontar poderosamente victorioso todos los debates, todas las polémicas, todos los discursos, porque sé que libro una lucha por mi patria, por Colombia.

Así como una joven enredadera me he sentido abrazado a estas columnas, y ya desde niño adivinaba la fatal angustia del orador al enfrentarse al destino con la arrogante audacia de un héroe.

---

* **El País,** febrero 22 de 1933.

Y si cobro fuerza, si mi cerebro adquiere agilidades relampagueantes, es porque tampoco olvido que vengo a esta refriega en defensa de mi partido. De ese mi partido conservador, que en el debate del sábado último recibió el dardo emponzoñado de todas las injurias y de todas las miserias, de ese gran partido que edificó esta República para que más tarde se desconociera su obra maestra, ese gran partido que cuando lo amparo con los brotes de mi garganta, lo siento poderoso y terrible como un anuncio vengador y justiciero.

Y aquí estoy, señores, desfalleciente, experimentando la sensación de mi partido crucificado. Todo lo veo turbio, gris, todo es opaco, indigno, desolado. Ya esta tribuna no abre sus fauces dispuestas a triturarme, ni es la colina orgullosa a donde llegan las miradas acariciadoras de las mujeres a ceñir la frente del vencedor con la dulzura de los laureles, porque esta tribuna ya no es ni el oído ni la boca susurrante de la patria.

Porque esta tribuna se ha convertido en una emboscada no solo para las instituciones republicanas y libres de Colombia, sino también para la misma integridad y soberanía de la patria. Mas parece que os hablara desde la corniza dominadora del abismo que se va a tragar a la República.

Pero yo he venido protegido por la sombra vengadora de Cándido Leguízamo. He visto un folleto dedicado a la memoria del héroe huilense y allí aparece el mártir, lívido y convulso, frente al martirio acumulado en cada milímetro de su mortal y paciente envoltura, como la imagen yacente del heroismo.

Y al contemplarlo así, sereno y colosal, superior al dolor y a la muerte, entonces comprenderemos que en sus huesos triturados y en sus heridas cárdenas exala la adoración a Dios, y el amor a Colombia. A Dios, que se los dio y cuya suprema voluntad toleró que fuesen desastillados, y a la patria, porque crecieron bajo su sombra, porque se vigorizaron en el horizonte pueblerino en donde destaca el campanario su silueta de consolación y porque esa arcilla sangrante que desfallecía en el techo blanco era parte integrante de la arcilla sagrada de la misma patria.

Esa visión del soldado moribundo cuando la materia va dibujándose en una evanescencia inflamada de inmortalidad, cuando su corazón invencible y soberbio pide que se le erija sobre sus huesos rotos para morir de pies, tan solo nos sirve para airarnos ante la profanación de su tumba, ya que el Gobierno ha edificado la paz sobre la losa inerte del soldado que ascendió a la inmortalidad creyendo en la gloria de Colombia victoriosa y en el pendón inmaculado de la República que le entregó un último consuelo a su mirada turbia por la muerte. Pero, sobre esa tumba, sobre ese cadáver sagrado y magnífico, el Gobierno escribió la paz sacrílega, la paz mil veces sacrílega del Pacto de Ginebra.

Una paz a espaldas del Parlamento y a espaldas del pueblo, una paz, señores, que ni siquiera ha exigido la indemnización para monu-

mentar el reposo de las víctimas y para resarcir el sacrificio paciente de tantas familias, de tantos padres que dieron sus hijos a la patria y que, sin embargo, son hoy olvidados en su miseria y en su abandono. Por eso cuando miro las imágenes solemnes de nuestros héroes, de nuestros padres idos, se estremece mi corazón, porque es la primera vez que sus ojos nos miran espantados.

Como se ve, ni la paz de Ginebra ha garantizado una compensación para las familias de los muertos por la patria.

Se trata de la desorganización monstruosa con que se manejaron las actividades militares. El caso de Balbino Guzmán que interroga al Ministro sobre si su hijo está vivo o muerto, y el Ministro responde negativamente, para después publicar su nombre entre las bajas, es un caso nítido que demuestra cómo y hasta dónde estaba desorganizada la gerencia militar del conflicto.

El pleito personal con el Ministro de Relaciones Exteriores lo considero zanjado, ya que el Canciller rehuyó el debate, como me lo tenía imaginado y, por tanto, no haré ninguna referencia, ni buena ni mala, al pobre Canciller atemorizado. Es mi intención hacer una crítica de la forma como se gestionó la parte militar del conflicto o edificar una crítica constructiva, que sirva para evitar los errores en el futuro.

Si bien es cierto que el Gobierno de Olaya Herrera encontró el Ejército en malas condiciones, el programa de restauración y de actividad que tanto había anunciado, encerraba la obligación de mejorar las condiciones de nuestra institución armada, tanto más cuanto se prevía la posibilidad del conflicto con el Perú, desde la caída de Leguía, como muy bien lo había demostrado el maestro Valencia en su admirable respuesta a Maúrtua.

En relación a este punto doy algunos datos sobre la cuantía del armamento, datos públicos, conocidos del Coronel Zárate, cuando vino con su cargo diplomático. 22.575 fusiles con 400 tiros cada uno, había antes del conflicto, y una batería de cañones viejos, obsequiados por el Jockey Club. 5.200 soldados, y un total de reservas activas de treinta mil hombres; dos cañoneros, el Santa Marta y el Cartagena, y doce aviones de escuela; este era nuestro material de guerra antes del conflicto; pero si es cierto que era deficiente, ¿por qué no se preocupó oportunamente el Gobierno por llenar esas deficiencias?

En cuanto a la oficialidad, militares competentes, a quienes se les había dado de baja, por ser conservadores, ni siquiera estando en peligro la patria se les llamó al servicio activo. Y es que el liberalismo todavía guarda temores infundados, y es preciso que esos temores no continúen guiando su política, porque entre nosotros, y hay que decirlo muy claro y muy alto, se ha clausurado definitivamente la etapa de los golpes cuartelarios y de las revoluciones.

Nuestra democracia no torcerá su rumbo por esos vericuetos oscuros, porque hemos conquistado una cultura política que es necesario conservar a toda costa.

A pesar de no habérsele negado ninguna ley al Gobierno y como sabiendo de antemano la amenaza del Perú, por denuncio del Coronel Acevedo y por la nota que el Ministerio de Relaciones Exteriores había enviado al Ministerio de Guerra, en enero de 1932, sobre este peligro, no solo el Gobierno no procuró mejorar las condiciones de nuestro Ejército, sino que tampoco atendió a la región amazónica, la cual se apresuró a desguarnecer.

El Ministro de Relaciones Exteriores no tuvo ninguna respuesta a pesar de las diferentes fuentes de información que el Gobierno tuvo sobre la posibilidad de que Leticia fuera tomada por los peruanos. Este cargo no ha sido contestado, porque todos los funcionarios del Ejecutivo a quienes se les formula eluden la respuesta.

Se dice, que Leticia está a una gran distancia, y que por eso fue imposible defenderla convenientemente; entonces ¿por qué no se dejaron los soldados que tenía? Y se alega que por las dificultades de la naturaleza no se podían movilizar grandes contingentes de tropas; hay que tener en cuenta que en el mismo caso estaba el Perú, el cual sí logró colocar en Puerto Arturo cerca de cuatro mil hombres, como lo afirma el Teniente Lozano. Pero nosotros apenas teníamos mil setecientos.

El Representante Abello Salcedo dice que el Teniente Lozano y Lozano faltó a la verdad en este aserto.

El orador:

—Si el que estaba en el frente no estaba en lo cierto, menos tienen derecho para desmentirlo aquellos que dirigían la guerra desde la capital.

El Gobierno sí tenía conocimiento y datos suficientes para conocer la amenaza peruana y a este respecto hay declaraciones de un funcionario que estuvo en la Comisaría del Amazonas, en las cuales se demuestra cómo las autoridades colombianas tuvieron conocimiento, a mediados de agosto del año pasado, sobre los aprovisionamientos de municiones y armamentos que se estaban haciendo en la hacienda de La Victoria, y cómo no se procuró a prevenir la agresión ni a prepararnos para ella.

Esa imprevisión que tanto le ha costado al país, no ha sido castigada, cuando en otras ocasiones, como en el 8 de junio, se sancionaban tan inflexiblemente simples errores administrativos.

Ha pasado un año después del asalto y, sin embargo, la diplomacia torpe y ambigua de nuestro Gobierno tan solo ha servido para proporcionarle armas al Perú, cuyas ventajas diplomáticas continúan indefinidamente, hasta llegar a colocarnos ante el mundo en un pie de igualdad con la nación agresora, por medio del Pacto de Ginebra, que establece a manera de "compensación" la conferencia en Río de Janeiro, para tratar de dirimir el conflicto.

¿Serán estos hombres los autores de tantos desastres militares, diplomáticos y económicos los capaces para afrontar con perspectivas de éxito una crisis histórica?

El señor Olaya Herrera se ha mostrado como un hombre que sabe asumir responsabilidades políticas, pero no históricas. Internamente pone en jaque al partido liberal, nombra a Urueta contra la opinión de la prensa liberal, Ministro de Guerra; destituye a Lozano y Lozano, pero en los grandes acontecimientos históricos es débil y vacilante. ¿Una prueba? La Pedrera. ¿Otra prueba? Leticia.

Sin embargo, para el liberal, primero está el prestigio de un gobierno liberal que la patria misma, y su seguridad, y el doctor Olaya Herrera continúa siendo el primer estadista de América.

Yo quiero que la comisión encargada de investigar estos asuntos en el Ministerio de Guerra, tome nota de las siguientes preguntas que considero necesarias para establecer estos errores, que si no se pueden enmendar, no se deben volver a cometer.

¿Cuánto costó el vapor Boyacá y costó lo que valía?

Si costó lo que valía, ¿no resulta extremadamente caro con las reparaciones?

Porque el Boyacá sufrió reparaciones en todas las escalas, se reparó en Puerto Colombia, en Belén del Pará, en Manaos, al subir, y en Manaos al bajar, lo que prueba que era más bien un escarabajo que no resistía el empuje de las aguas agitadas del océano.

¿Eran barcos de guerra, como se ha hecho creer, el Mosquera, el Córdoba y el Boyacá, o eran barcos viejos, mercantes, sin blindaje alguno?

¿Cuánto costaron?

¿Están provistos de una artillería adecuada y cuánto costó esa artillería?

¿Cuánto costó el envío de ochocientos hombres desde Barranquilla hasta Tarapacá?

¿Con qué recursos salieron los soldados para el frente?

¿Fueron devueltas al Perú las dos lanchas que se le habían tomado, y al devolverlas se reconoció algún alquiler al país agresor?

Como el pueblo está tan orgulloso de los barcos comprados, es necesario dejar establecido si su compra fue un hecho ventajoso para el país o si, por el contrario, se demostró en este negociado una prueba más de la incapacidad y de la impericia de los gestores de la guerra, porque no hay que olvidar, que los barcos comprados estaban dotados de una velocidad diferente de tal manera que en un caso dado la mayor velocidad de los unos tenía que ser sacrificada a la demora de los otros. Error éste de gran magnitud puesto que se trataba de barcos comprados para un conflicto armado y por consiguiente debían tener una capacidad uniforme de marcha.

El Representante Emilio Jaramillo:

—Ese mismo caso sucedió a Inglaterra en la batalla de Jutlandia.

El orador:

—Es curioso que se pretenda imitar uno de los grandes errores cometidos por Inglaterra. Ya en ningún caso se justifica esa táctica averiada.

La devolución de las lanchas tomadas al Perú pagándole a la nación enemiga alquiler por su posesión es palmaria injusticia y nuestro Gobierno colocó en este incidente a la nación colombiana en una lamentable situación de inferioridad ya que la lancha "Huila", que estaba en Iquitos, aún no ha sido devuelta por el Perú.

La comisión investigadora nombrada por esta Cámara debe obtener la correspondencia en la cual el Estado Mayor dejaba constancia de sus opiniones sobre la gerencia militar del conflicto con el Perú.

Se ha dicho que nunca faltaron drogas a nuestras tropas en el frente y tal vez eso sea cierto. Y es cierto porque es un hecho público de todos conocido y afirmado rotundamente por todos los soldados que del frente han regresado, entre ellos el Teniente Lozano, que en vez de enviar las drogas necesarias y adecuadas, se mandó un nutrido cargamento de ovarina que haría pensar más en las necesidades de un ejército de mujeres que de tropas encargadas de reivindicar virilmente para la República nuestra soberanía ultrajada por el peruano invasor.

Varios Representantes liberales le interpelan en el sentido de que este cargo no ha sido confirmado.

El orador:

—Si la palabra del Teniente Lozano no tiene ningún valor para la mayoría liberal, yo con perdón de esa misma mayoría le concedo toda autoridad.

Entro a formular la crítica a la forma como fue conducida la guerra. A lo primero que atiende un gobierno al presentarse un conflicto armado con otra nación es a la movilización del ejército. Algunos técnicos conceptúan que la movilización del ejército es simplemente el paso del pie de paz al pie de guerra. Yo más bien creo, honorables Representantes, que es el tránsito de la potencia defensiva a la potencia ofensiva de una nación. Y bien, yo hago este cargo: el Gobierno no movilizó el Ejército de la República. Las cifras que nos muestran la ridícula pequeñez de nuestras tropas en el Putumayo, son un índice claro y nítido de ese inmenso vacío inicial que el Gobierno cometió. En cambio, recordemos el hecho de que cuando Sánchez Cerro cayó ajusticiado por los disparos del aprista vengador, efectuaba una revista en el hipódromo de "Santa Beatriz", a 20.000 voluntarios apercibidos para la marcha sobre nuestras fronteras; y el Gobierno Nacional, a pesar del aparato desplegado por los Ministros del Gabinete Ejecutivo y por el mismo Presidente de la República, aparato netamente verbal que exteriorizaba la intención firme de revalidar para nuestro patri-

monio los territorios usurpados, tan solo se pusieron en condiciones de lucha mínimas patrullas de soldados seleccionados en forma caprichosa.

Y ¿cuáles fueron las consecuencias de ese hecho? Que el país, a pesar del gran sentimiento patriótico que conmovió sus entrañas, presentó un fuerte sector de opinión que conservaba un gesto escéptico ante las actividades bélicas del gobierno esquivando el aporte de su capital al empréstito patriótico nacional. Era, honorables Representantes, que el Gobierno Nacional estaba demostrando con hechos que no quería la guerra, que le temía a la guerra y que no tomaba en serio el conflicto con el Perú.

He ahí la razón que tuvo el Teniente Lozano y Lozano para hablarnos de la guerra de los huitotos. Tenemos, pues, honorables Representantes, que a pesar de presentar el conflicto con el Perú todas las características de una guerra duradera, el Gobierno no movilizó ni una sola unidad completa de las reservas. Se nos habla de que el Perú nos llevaba la ventaja de poseer un centro de aprovisionamiento como Iquitos, base militar admirable para la campaña peruana. Iquitos, honorables Representantes, que si en la época de la industria cauchera era un centro de 60.000 habitantes, hoy es apenas un pobre ranchería sin significación, desconectado de la cadena económica del Perú, aislado, que apenas si tiene 10.000 habitantes. No creo, pues, que esa pobre cosa, incendiable y perecedera que es Iquitos, constituyera una ventaja de calibre sobre nuestra situación.

Si analizamos la curva que la gestión diplomática ha seguido, fácilmente nos daremos cuenta de que ella paralelamente con nuestras actividades militares ha tenido deficiencias que son muy notorias. Si en un principio iniciamos una política ofensiva tendiente a castigar a los invasores y a ocupar a Leticia por la fuerza de las armas, y cuando el General Amadeo Rodríguez se preparaba a tomar a Puerto Arturo vino en seguida una variación inexplicable en nuestra orientación, colocándonos más a la defensiva, tomando a Tarapacá para permanecer con los brazos cruzados sobre los laureles obtenidos; y, por último, honorables Representantes, el Gobierno nos dice que está resuelto a aplicar una política de sometimiento a las negociaciones diplomáticas y nos presenta un exiguo presupuesto de guerra en donde seis milloncejos le dicen al país que probablemente tendremos que aceptar todas las humillaciones que nos depara una diplomacia cobarde.

Recuérdese también el reportaje concedido por el aviador Hans Hoffman, publicado por algún diario de la Costa en que afirma que en el momento en que se disponía a bombardear el crucero Grau en su travesía por el Pacífico, recibió la orden prohibitiva del Gobierno.

Pero donde más se pone de presente el genio de nuestro "Napoleón criollo" es en la destinación y envío del destacamento del Amazonas. Entre un guerrero y un aventurero, existe la diferencia de que el guerrero no se separa de una base de operaciones estable y firme, en tanto que el aventurero se avanza intrépidamente por tierras desconocidas sin previsión ni cálculo alguno. El Gobierno envía el destacamento del

Amazonas sin base ninguna de operaciones. Lo envía a 3.000 leguas de distancia, es decir, lo envía al sacrificio. Si Napoleón el verdadero, fue derrotado a orillas del Beresina, quizá fue porque su centro de operaciones, su lugar de aprovisionamiento estaba muy lejano. Pero nuestro Napoleón de calcomanía no encuentra dificultad alguna en enviar a través de un país neutral y lejano un grupo de soldados aislados, sin conexión con la patria, sin base de operaciones. Y aquí cabe preguntar: ¿qué le hubiera ocurrido a la expedición amazónica si hubiéramos sido vencidos en Puerto Arturo y la conexión buscada entre las fuerzas que descendían del alto Putumayo y las fuerzas que ascendieron por el Amazonas no se efectúa? Yo estoy seguro, honorables Representantes, que los 700 hombres del Juanambú y toda la expedición amazónica habría sido exterminada. Yo quisiera que la comisión de la Cámara averiguara el concepto del Estado Mayor sobre este dislocamiento inexplicable en que se colocó al destacamento del Amazonas.

Para comprobar de manera tangible las intenciones del Gobierno sobre una política pacifista y desdorosa que contraría los sentimientos viriles del pueblo colombiano, tenemos a la vista el presupuesto de guerra. La minoría conservadora, el día en que se cumplió el lúgubre aniversario del asalto de Leticia, presentó una proposición en la cual se decía que bien podía el Gobierno incluir en el presupuesto de guerra las cantidades que creyera necesarias para incorporar nuevamente al dominio nacional los territorios invadidos: sin embargo, un periodista que se ha entregado desafortunadamente a todas las idioteces posibles, nos apedillaba traidores y desleales para con la patria, porque facilitábamos todos los caminos para su defensa. Y naturalmente ¿qué concepto tendrá el Perú de un país que en las circunstancias internacionales que atraviesa, presenta un presupuesto de seis millones para gastos militares?

No queremos obras públicas. No queremos carreteras ni ferrocarriles si apenas van a llegar estas vías a las riberas del Putumayo. No queremos presupuesto en el ramo de la educación pública, si al niño de las escuelas en la clase de geografía se le va a enseñar que los límites de la patria tocan al Norte con el mar Caribe y al Sur con la ribera del Putumayo. Pero sí queremos y exigimos que si es necesario invertir todas las entradas públicas en el renglón de guerra para que la Bandera de la República ostente con altivez su iris inmaculado, bien puede el Gobierno olvidar todos los demás gastos y todas las demás necesidades del pueblo colombiano.

Otra de las torpezas más voluminosas fue la de haber confundido la línea de comunicación; la resultante de esa equivocación fue sufrida por los cañoneros del alto Putumayo, los cuales servían de vehículos de transporte sometidos al fuego y a la hostilidad del enemigo; monstruoso disparate éste, egregio disparate que sintetiza admirablemente el genio militar que se aposenta en el Palacio de la Carrera.

Toda guerra exige un instrumento técnicamente responsable. Pero, sin embargo, nuestro Estado Mayor no era atendido en lo más mínimo.

¿Quién disponía si se atacaba o no? ¿Quién el autor de esos sandungueros melindrosos que engendraban la vacilación a nuestros sol-

dados? No teníamos una dirección técnica. Todo estaba sometido a un empirismo nebuloso que dirigía desde la altiplanicie el desarrollo de nuestras operaciones.

Pero todos estos errores, no pueden ser atribuidos en manera alguna al soldado colombiano, porque a pesar de todo este proyecto zigzagueante y lastimoso con que se han venido tratando los problemas internacionales de la República, el Ejército Nacional, depositario digno de la gloriosa leyenda que nos legó el pasado, pretende todavía colgarse como una gigantesca horquilla de la selva amazónica, para ir arrancando las cabelleras de los invasores, rabioso y terrible como el cóndor que se ostenta en nuestro escudo y que parece que hubiera perdido la corona que se le convirtió en collar al choque terrible de una contienda en la que quedó perdurablemente simbolizada la gloria de Colombia invencible.

Y es que, señores Representantes, en estas horas turbias en que veo languidecer el valor de nuestros hombres, recuerdo con melancolía las egregias siluetas de nuestra historia patria y aquellas que posteriormente simbolizaron la bizarría del soldado colombiano en un Uribe Uribe cuando en Peralonso precipitaba la arrogancia de su caballo blanco entre las filas atemorizadas del enemigo, o también aquel sacrificio de Carlos Albán, ahogado en el líquido zafiro, y cuyas pupilas ya serán azules en el fondo de las aguas.

Si la historia nos dice que a la primera ofensa del vecino traidor el león colombiano castigó su perfidia en el Portete de Tarqui llegó para nuestra patria el momento sombrío en que el estandarte de la República no fue acribillado a balazos en la orilla amazónica ni desgarrado por las bayonetas enemigas ni ennegrecido por el humo de los cañones, sino manoseado como un vil guiñapo y arrastrado por el lodo de todas las ignominias.

Y esa ofensa que todavía enciende la sangre en nuestros rostros, ese salibazo que todavía ostentamos en la mejilla, no ha sido vengado porque este pueblo de falderos muy bien se merece el gobierno que tenemos.

Pero la mayoría liberal sostiene que no se debe citar a los Ministros de Relaciones y de Guerra porque toda cuestión relacionada con el conflicto internacional debe ser tratada con la más estricta reserva. ¿Acaso nosotros íbamos a interrogar a los Ministros sobre las emergencias del futuro? No, señores Representantes, nosotros solamente queríamos establecer nítidamente las responsabilidades sobre los antecedentes y consecuencias del Pacto de Ginebra. La citación que presentamos hacía referencia a hechos pasados, cuya ventilación en nada podía afectar los resultados ulteriores del conflicto internacional.

Debido a la cobardía de nuestra diplomacia, a sus contradicciones y a todos los disparates cometidos en este campo, hemos perdido la ocasión única y favorable para zanjar en forma definitiva y vengadora nuestros altercados con la ingrata República del Perú. La admirable posición desde el punto de vista jurídico en que nos encontramos al

iniciarse el conflicto, ya que al ser violada por parte del Perú la fe pública de un tratado internacional, en la justicia de nuestra causa quedaban de hecho envueltos casi todos los países del mundo que tienen garantizadas sus fronteras por medio de tratados. A más de desperdiciar ese apoyo moral que nos estaba llegando de todas las naciones, fuimos perdiendo terreno en el campo jurídico hasta el punto de colocarnos en un pie de igualdad con el país transgresor, como lo establece el Pacto de Ginebra. Como muy probablemente el Perú no estará dispuesto a ceder el día de mañana cuando efectúe un nuevo atropello, a nuestra Legación en Lima, ya nadie vendrá en nuestro auxilio, puesto que a nadie le importa un hecho que no constituye un peligro para la estabilidad y garantía de los tratados públicos.

El conflicto fue planteado ante la Liga de las Naciones inválidamente por el Gobierno.

Cuando el Representante Silvio Villegas afirmó en El País que la paz de Ginebra era un pacto incompleto e injusto porque no contemplaba el caso de las reparaciones a Colombia, la prensa liberal, El Espectador y El Tiempo afirmaron que no se contemplaba el caso de reparaciones porque a la Liga no se le había llevado a este conocimiento. La destrucción de la Legación colombiana en Lima y el lucro cesante y daño emergente que el Perú ha ocasionado a Colombia no quedaron compensados en el Pacto de Ginebra, a pesar de que la Liga sí había tenido toda la documentación al respecto. (El orador lee párrafos pertinentes del boletín de la Liga de las Naciones).

El Pacto de Ginebra no solamente nos coloca en un pie de igualdad con el país agresor, sino que favorece a éste, ya que nos obligó a entregar a Güepí, cuya toma fue fruto del heroísmo colombiano, y en cambio, Leticia, que fue fruto de la rapiña traidora de un grupo de aventureros, ha quedado en poder de una entidad extraña a nuestra soberanía.

El convenio fue hecho a espaldas del doctor Alfonso López, ya que el jefe liberal tuvo conocimiento de la aceptación de este convenio por parte de Colombia, cuando estaba en Lima. El doctor López se extrañó grandemente de ese pacto y declaró que no era partidario de él. Si mis afirmaciones no son ciertas, bien puede llamarse al Ministerio de Relaciones Exteriores para que enseñe los cables a la Cámara.

Me satisface ampliamente la resolución de sesión permanente, porque considero que éste es el debate más trascendental que pueda abocar el Parlamento. La constancia conservadora del sábado reforzaba la posición del delegado Cano, ya que se puede esgrimir en contra suya su opinión revisionista consignada en el editorial de El Espectador de fecha 2 de septiembre. Por otra parte, dados sus antecedentes, la minoría conservadora tenía derecho a dejar constancia de sus temores, así como le inspiraba la más alta confianza la presencia de Valencia en la delegación, puesto que está convencida que el distinguido hombre público no aceptará por ningún motivo la revisión del Tratado Salomón-Lozano.

Tengo el honor de representar virtualmente a varios departamentos colombianos que me acogieron como su representante, pero formal-

mente solo ejercito la investidura que me confiriera el gran pueblo de Nariño; quería sentirme más patriota enlazándome por la gratitud trabajadora y palpitante de aquel fértil suelo distante que ni siquiera he visitado; soy nariñense ahora porque anhelaba también ser más colombiano compareciendo ante vosotros como escudero de aquel departamento olvidado; señores, quería también saberme más nacional y más vuestro, más hundido en vosotros y más respetado por vosotros, respaldado por el voto de los conterráneos de Juan Solarte Obando. Y es invocando su nombre y su sacrificio como quiero concluir*.

*** Para la Historia. El Conflicto con el Perú en el Parlamento, Bogotá, Casa Editorial Santafé, 1933.**

VI

LA ECONOMIA

ENFRENTAMIENTO CON ESTEBAN JARAMILLO
EN LA CAMARA DE REPRESENTANTES

(Versión de El Tiempo).

Julio de 1933.
(Sesión del 24 de julio).

En uso de la palabra el Representante Ramírez Moreno, quien situado cerca de la mesa de la Secretaría, inició su réplica al Ministro, dijo que como prólogo le sometía el siguiente cuestionario, que leyó, despacio, con entonación especial, con énfasis en las partes que creyó de mayor efecto y que al final entregó al Ministro poniéndole el pliego sobre su pupitre. Dice el cuestionario:

El cuestionario.

¿Por qué cuando los bonos de la defensa nacional estaban ya en manos de los usureros y los especuladores, se recibieron los bonos a la par, permitiendo así una especulación escandalosa?

¿Por qué se permitió que los depósitos de los deudores para compra de bonos y cédulas de deuda externa, los emplearan los bancos en su propio beneficio?

¿Concedía y negaba turnos, simultáneamente la Junta de Control para favorecer a unos y dañar a otros?

¿En la Junta de Control había cupo para los bancos cuando estos informaban a los deudores que no lo había?

¿Qué estudios hizo el Gobierno para conocer el verdadero valor adquisitivo de la moneda?

¿Qué beneficio ha recibido el Gobierno del Banco de la República a trueque de permitirle valorizar sus reservas de oro en un 10%?

¿Qué beneficio ha recibido el Gobierno del Banco de la República en cambio de permitirle que emita papel moneda; por autorizarle para rebajar su encaje para billetes y depósitos, y por prorrogarle su contrato diez años más?

¿Qué beneficio ha obtenido el Gobierno a cambio de permitir a los bancos hipotecarios no abonar intereses en los cupones vencidos de sus

cédulas externas, cuando al deudor se le cobran intereses completos hasta la fecha del pago?

¿Con qué personas ha negociado el Banco de la República, lista de ellas y monto de cada préstamo?

¿A qué personas se les han vendido divisas extranjeras, que no sean comerciantes que hayan presentado la documentación completa y auténtica de sus importaciones?

¿Cumple la Junta de Control el artículo 15 del Decreto 421, y por qué no ha querido suministrar a las Cámaras y Federaciones de Comercio la lista de los giros que vende?

¿A quiénes se ha otorgado permiso de comprar bonos y cédulas en turnos extraordinarios: lista y monto de cada compra?

¿A quiénes se les han registrado bonos y cédulas bancarias de deuda interna y externa y si en la lista funcionan altos empleados del Gobierno o parientes suyos?

¿Qué beneficio ha recibido el Gobierno a cambio de la autorización para emitir diez millones de pesos para entregarlos a los banqueros y fundar así el Banco Central Hipotecario?

¿A quiénes se han prestado sumas superiores a $ 20.000.00 en el Banco Central Hipotecario y regla que se ha establecido allí para los turnos?

¿Qué beneficio recibe el Gobierno del Banco Central Hipotecario a cambio de garantizar el capital e intereses de las cédulas de esta institución en la cual no tiene capital?

¿Qué beneficio ha recibido el Gobierno a cambio de autorizar a la Corporación Colombiana de Crédito para emitir bonos? O, ¿por qué no se le da a otras sociedades similares el mismo privilegio?

¿Por qué el Banco de la República ha dejado en Estados Unidos las reservas de oro, cuando fue oportunamente advertido por la Sociedad de Agricultores que ese país abandonaría el patrón de oro, y cuánto vale la pérdida por la baja del dólar ?

¿Siendo la Sociedad Nacional de Inversiones una institución anónima con solo $ 2.000.00 de capital, por qué la Superintendencia Bancaria ha permitido que se le hagan financiaciones que excedan su capital?

¿Por qué se permite por la Superintendencia Bancaria que los gerentes y miembros de las Juntas Directivas de los bancos hagan negocios con los bienes de los mismos bancos, así sea salvando astutamente las apariencias?

¿Por qué se ha permitido a los bancos efectuar remates despiadados, prohibidos por la Ley 37, y por qué se legisla por el Ejecutivo en bien de una sola clase de sociedades anónimas excluyendo a las demás?

¿Por qué permitió el Superintendente Bancario que el Banco Agrícola Hipotecario trocara los dineros de su Sección de Ahorros por cédulas de este banco a la par, cuando su cotización comercial era muy inferior?

¿Por qué no se ha cumplido el artículo 6º del Decreto 421 sobre publicación en el "Diario Oficial" de todos los giros vendidos?

¿Por qué el Banco de la República carga al Gobierno intereses sobre el saldo a su cargo y no los abona sobre el saldo a su favor?

¿Cuál ha sido el precio de costo a que el Banco Central Hipotecario ha adquirido bonos de deuda externa del Gobierno Nacional; cédulas externas del Banco Agrícola Hipotecario; cédulas externas de los Bancos Hipotecarios de Colombia y Bogotá, y los papeles de deuda interna de las mismas entidades? ¿Ha hecho efectivo los cupones vencidos y no pagados en estos papeles? ¿Cuál ha sido el precio a que el Banco Central Hipotecario ha entregado estos papeles a sus deudores?

¿Por qué a los deudores particulares no se les permitía cobrar más del 6% anual, cuando son simultáneamente acreedores, al tiempo que a los bancos se les permitía cobrar el 9% y, además, se les impedía a los primeros rematar propiedades cuando a los segundos se les permitía?

¿Por qué había en 31 de octubre de 1931 $ 11.550.000.00 en plata y níquel y hay ahora en esta moneda fraccionaria $ 13.551.000.00; cómo se ha verificado este aumento, y por qué se ha verificado esta emisión?

¿Por qué no se han expropiado a los bancos extranjeros sus acciones en el Banco de la República?

¿Es cierto que los bancos hipotecarios han venido cobrando el 15% de comisión a las compañías de seguros, y ese 15% no lo retornan a los clientes? ¿Por qué la Superintendencia ha tolerado esa utilidad ilícita?

¿Es cierto que el Banco Central Hipotecario cobra a sus clientes por el servicio de avalúo en la ciudad $ 20.00 y le paga al avaluador solo $ 8.00? ¿En el caso de ser verdad el hecho, ha tolerado la Superintendencia esta utilidad ilícita?

¿Considera el Gobierno que las facultades extraordinarias fueron suficientes para garantizar su libertad de acción y la eficacia de las medidas que estaba obligado a tomar para combatir la crisis?

¿Continuará sosteniendo el Gobierno con su simpatía y con su voto al actual Gerente del Banco de la República, al actual Gerente del Banco Central Hipotecario y al señor Superintendente Bancario?

Si el Gobierno sabe que gratuitamente ha entregado la facultad de emitir a un contado grupo de particulares, y que esta facultad vale una inmensa fortuna, ¿qué beneficios ha pedido como trueque?

¿En último acuerdo sobre deudores marca el punto final de la intervención del Gobierno en servicio de estos o es una etapa de los pequeños beneficios y de los grandes engaños de que han sido víctimas?

¿Piensa el Gobierno insistir en que los bancos se salven aun cuando la riqueza pública perezca, y podría explicar satisfactoriamente a la luz de la razón los privilegios de que los ha agobiado al tiempo que desguarnecía a quienes representan la verdadera riqueza nacional y esperanza de su economía?

¿Piensa el Gobierno en el pago de la deuda externa colmando así de favores a extranjeros indiferentes, mientras que los acreedores nacionales padecen? ¿Y si no declara la moratoria, cómo piensa conservar el patrón de oro? ¿Cuál es la justicia y cuál el beneficio de crear privilegios para ciertos acreedores y para ciertos deudores?

¿En qué forma ha pensado resolver el Gobierno la crisis?

Dijo luego que cumplía el deber patriótico de advertir que en esos momentos no participaba en su calidad de miembro del partido al cual estaba afiliado y que tampoco representaba ninguna otra calidad como la de acreedor o deudor, porque esos lujosos calificativos estaban vedados para los que carecen de medios de fortuna. Concurría, agregó, en su doble capacidad de colombiano y de observador y que la presencia de estos atributos y la ausencia de aquellos, caucionaban la pureza e imparcialidad de sus propósitos.

Aquí tenemos, agregó, el pujante lamento de nuestra señora la miseria. La fuerza gigantesca que desde hace tres años, famélica y dolorida, desde agosto de 1930, espera la ofrecida redención, asiste apenas a la fuga lamentable de la esperanza y yo desde este páramo de mi imparcialidad vengo a mostraros el camino pendiente de esa carrera vertiginosa que se realiza, entre un parpadeo de lágrimas que ven indiferentes los cuatro que prosperan y que apenas si tienen el pudor ladino de quejarse todavía sobre la mala situación de sus propios negocios.

Ese clan, ese grupo de los cuatro afortunados que viven y engordan a expensas de la miseria de todos, que todavía se lamentan porque no tienen gruesas ganancias, serán juzgados hoy por nosotros. El pago de la deuda externa que venía drenando con voracidad insaciable las reservas vitales del país, hasta el punto de que apenas si lo dejara con aliento de moribundo que tuviera el sonido de un melancólico suspirar de la patria mutilada. Este jadeo desesperado y torturante del pueblo mutilado en su economía. Esta crisis con diente de loba y que ha hecho la ruina inmisericorde de los grandes capitanes del trabajo en Colombia, todo eso, señores, ha sido papel negociable para favor y rendimiento de la rosca oprobiosa, sin imaginación, sin piedad y sin entrañas de los cuatro banqueros que estrangulan con su voracidad hasta nuestros últimos centavos.

La crisis no ha tenido sino un giro cuyo vuelo tajante es más cruel y escalofriante que la caída de la guillotina y que degüella al nacional en beneficio del usurero de ultramar.

Agregó que estas palabras suyas eran apenas el exordio de demostraciones exactas que se proponía hacer. Dijo que para que no se creyera que iba a plebeyar el debate con personalismo, no citaba nin-

guno de los nombres del clan que está causando la ruina del país. Dijo que ellos tenían sus aliados muy eficaces y desinteresados en los hombres de gobierno.

Hizo luego algunas referencias a la personalidad del Ministro, de quien dijo que era un veterano del Parlamento, un profesor de Hacienda Pública y también un veterano del Ministerio de Hacienda que había colaborado con Ospina, con Suárez, con Abadía y ahora con el doctor Olaya el estadista insigne, honra y prez del Continente.

Dijo que tenía que referirse a la exposición que el Ministro acababa de hacer, y que por tanto tenía que hacer un análisis de las causas generadoras de la crisis mundial. Criticó que el Ministro hubiera atribuido como única causa de la crisis la superproducción, desdeñado el factor esencialísimo y primordial del subconsumo. Definió lo que se entiende por una crisis, que según él es una perturbación en el fenómeno de la producción, cuyos síntomas se reflejan en que los productos se venden por debajo del costo de su producción y que trae por resultado la rebaja de los salarios.

El infraconsumo que olvidan tanto el doctor Jaramillo como el doctor Alejandro López, consiste en la insuficiencia de capacidad de compra. Por eso la crisis que comenzó con la guerra, cuando los países productores tuvieron que aumentar su producción para atender a los países que estaban combatiendo, haciendo que todos los que no estaban comprometidos, hicieran, además, cuanto podían para valerse por sí mismos, se acentuó cuando cesó esa guerra y los países de Europa se dieron a la reconstrucción financiera usando todo su utilaje en la industrialización para bastarse a sí mismos.

Entonces Estados Unidos cometió el grandísimo error, el absurdo, incalificable de no retardar su producción, como hubiera sido lo cuerdo y acertado, sino que intensificó la producción, en grande escala. La competencia de esa superproducción, unida a la política de los grandes empréstitos adelantada también por Estados Unidos para colocar todos los dineros ahorrados y la que seguían todos los pueblos de bastarse a sí mismos, con lo cual restringían su capacidad de compra o de mercados para absorber toda aquella enorme producción, dio por resultado que se produjera el fenómeno del dumping. Como dato comprobatorio relacionado con las deudas anotó que 53 naciones debían 22.000.000.000 de libras. Con esta política de los Estados Unidos, que tuvo su castigo natural en el dumping alemán que invadió todos los mercados haciéndole la competencia a los mercados que tenía antes dominados Estados Unidos, se produjo el fenómeno de la triple congelación de los dineros que respaldaban las empresas, de los dineros que formaban los activos de los bancos y que eran papeles de quiebra y de los productos que no se vendían porque había excesos de ellos.

Como resultado de tal política también se observan los siguientes resultados. En 1914 estaba gravada la décima parte de la propiedad hipotecariamente en Estados Unidos, en 1928 estaba gravada la quinta parte y en 1932 ese porcentaje alcanzó a la tercera parte y durante cinco años se remataron fincas que representan la quinta parte de la propiedad gravada. Se refirió luego al proceso de la elección de Roose-

velt y la caída de Hoover y los factores políticos que se mezclaron a los económicos para ese resultado.

Se refirió luego a la crisis en Colombia. Dijo que el General Ospina había encontrado aquí un pueblo de literatos, abogados, leguleyos y de ministros cesantes y aspirantes a empleos. El General Ospina despertó la sensibilidad económica del país cuando vio sus grandes posibilidades en este campo, pero al mismo tiempo que florecieron como orquídeas glaxas y fosfatinas, se llegó a la conclusión de que carecíamos de una conciencia y de una estructura económica y entonces se importó el elemento del exterior. Se trajo al señor Kemmerer. Conceptúa el orador que el señor Kemmerer no es un doctrinario sino simplemente un técnico, que enviado de Estados Unidos, al llegar a Colombia desempacaba su mecanismo, sabiendo que tal tornillo debía ir en tal parte, pero sin importarle que produjera o no sus resultados, desarrollando de paso una política favorable a los Estados Unidos, como lo prueba el hecho de que parte de las reservas metálicas del banco las localizaba en el banco de las reservas federales.

Cometió también el error fundamental de traernos el velocísimo ciclo económico de Estados Unidos, tan distinto del pasado ciclo de Colombia. En Estados Unidos los préstamos se hacen a 90 días porque se ha calculado que es el tiempo indispensable para el desarrollo de un negocio cuyas materias primas tuvieran que obtenerse importadas desde la China. Aquí, en cambio, los préstamos se hacen a conciencia de que el prestamista y el prestatario mutuamente se engañan, porque los noventa días se convierten en 180 más. Nos trajo, además, el señor Kemmerer el patrón de oro, el rey troglodita que llamara el Ministro de Hacienda, quien le ha demostrado siempre el que en materia de afectos ha demostrado en todo tiempo que es muy fiel, un amor cordialísimo, intenso, casi conyugal, motivo por el cual no se explica esos calificativos horripilantes para el bien amado. Habló luego de que aquí también se ha presentado el fenómeno del subconsumo, porque desaparecido el crédito en fuga que no ha podido evitar el Ministro de Hacienda, el país ha tenido también que bastarse a sí mismo y, por tanto, ha restringido su capacidad como mercado.

Habló luego el orador de que el patrón de oro ha sido abandonado en los Estados Unidos y que el dólar al quedar libre de ese yugo que lo hacía severo y respetable, pero cruel para el pueblo, ha tenido una mayor movilidad que le ha permitido al cojo admirable de los Estados Unidos, Roosevelt, criticado, sin embargo, por el doctor Esteban Jaramillo, que seguramente será llamado de técnico a esa nación para que conjure los males, resolver los más grandes problemas de esa monstruosa crisis con un concepto revolucionario. Advirtió que en forma tal era hoy el prestigio que tenía Roosevelt en Estados Unidos que los interesados para producir el pánico que les interesaba en la bolsa, hicieron correr la especie de que estaba enfermo de bronconeumonía, causando una alarma incalculable. Agregó que posiblemente si en Colombia se enfermaba el doctor Jaramillo, los banqueros favorecidos saldrían a gastar sus dineros alegremente, pero las pobres gentes víctimas de las especulaciones de este clan, a lo sumo se limitarían a rogar a Dios por el alma del Ministro.

Sostuvo luego el orador que él consideraba que el problema de Colombia era por sobre todo un problema de medio circulante, aunque esto le valiera al Representante Quevedo el calificativo de monomaníaco. Dijo que para sostener su tesis quería hacer una comparación en la cual ansiaba ser lo más suave que fuera posible.

Los viajeros que han estado en países extraños han visto en los parques umbrosos parejas de enamorados, tímida ella y poco audaz él. El se limita a suspirar y ella a evocar gratos recuerdos. Cuando más él se atrevería a soñar con una liga de la dama, pero jamás osará su pensamiento imaginar siquiera lo que fuera el yunque de terciopelo donde se forja la vida. El Ministro de Hacienda, no es tan tímido como aquél. El ha manoseado con mórbida delectación, las arandelas y encajes más íntimos de los problemas creados por la crisis. Hasta quizá se le encontrara en el chaleco algún botón del corsé de la dama antojadiza. Pero se mostró tímido, resueltamente tímido, en la hora suprema de llegar hasta la atrayente vorágine del encabritado corcel de la crin negra. Y por eso el problema de las deudas ha quedado como un favor hecho a los deudores, con grandes sacrificios para los heroicos patriotas banqueros del clan.

Se refiere luego el orador a la política del Banco de la República. Dijo que las tasas de los redescuentos estaban bien en 1923, cuando había una situación de prosperidad y de inflación, pero que en 1930, cuando ya el crédito estaba tuberculoso, estas tasas de resdescuento no hacían sino anemiar más y más el crédito hasta reducirlo a la fosa. Criticó los arreglos hechos que, dijo, no han tenido ni otro fin ni otro resultado que el muy inocente e ingenuo por parte del Ministro, de ligar la suerte de los banqueros a la suerte de los deudores, dejando a los primeros la oportunidad de comprar papeles en el momento en que por determinadas medidas estaban suficientemente depreciados, para luego imponer a los deudores la obligación de comprarlos para redimir sus obligaciones. Se refirió luego al capricho —conceptúa él— del Gobierno de sostener a todo trance una moneda fuerte, que solo conviene a los países acreedores. Y siendo Colombia un país deudor, ha debido siempre abogar y propugnar por una moneda débil, porque ella disminuye la carga de las deudas.

Agregó que todos los males se derivan de que el mismo banco de las reservas federales en Estados Unidos, había sido la creación de un judío doblemente traidor y que al traerlo el profesor Kemmerer lo había traído con los propios males de aquél. Hizo una invitación al doctor Jaramillo para que echara mano de sus reservas de antioqueño práctico y no creyera que la única industria nacional en Colombia es la industria bancaria.

En estos momentos, siendo las ocho y cuarto de la noche, el orador pidió a la Presidencia que levantara la sesión, dejándole con derecho a la palabra.

Se aprobó antes una moción en el sentido de que se continúe el debate durante toda la semana de las cinco de la tarde en adelante, y quedó con derecho a la palabra el Representante Ramírez Moreno,

quien fue felicitado por el Representante Libardo López y por los miembros de la minoría conservadora. Las barras se dividieron en vivas al Leopardo y vivas al Congreso liberal. Así terminó la primera parte de la temporada.

Sesión del 25 de julio.

La Presidencia concedió la palabra al Representante Ramírez Moreno.

Después de una corta ovación tributada al orador por sus adeptos de la juventud conservadora, el orador inició su exposición presentando un proyecto de ley, en asocio del Representante Quevedo y por medio de la cual, mientras perdure la difícil situación actual, se ordena suspender todos los cobros y remates a los deudores. Terminada la lectura del proyecto, hecha por el mismo Representante, dijo:

Imperiosamente necesitamos, en frente a este problema de las deudas, mostrar el divorcio absoluto que existe entre el criterio que inspira a los autores de este proyecto y el en que se inspiran los hombres del Gobierno que han querido presentarnos una solución que constituye un nuevo engaño, una hipocresía, un caramelo para los pobres deudores.

Ayer, mientras yo avanzaba sobre mi palabra dócil como una jaca hacia el anhelado final de mi discurso, me traicionó el cuerpo. Tuve en varios momentos un principio de desmayo que llegaron a constatar varios de mis colegas, creo que el doctor López uno de ellos. Y por eso me presento hoy en condiciones de inferioridad física que seguramente no permitirán llegar a la realidad del dibujo ambicioso que yo me había forjado de esta exposición mía. Sin embargo, señor Ministro, yo soy un hombre de honor y aquí me tiene que mientras conserve un destello de claridad mental libraré el combate reciamente y sin temores. Y como sé que el ilustre profesor, el veterano parlamentario, el sagaz Ministro responderá las glosas que se ha permitido audazmente hacerle este novato y esa respuesta, respaldada por el prestigio, los conocimientos que le han constituido en autoridad no solo internacional sino intermundial, será aplastante, anonadante para quien ha tenido la osadía de analizar sus actuaciones, yo quiero rogarle, implorarle que sea conmigo implacable, que no tenga ninguna clase de consideraciones, que emplee todos los recursos que le ofrezca su maravillosa astucia de viejo parlamentario, que a mí me bastará cuando llegue la hora de constatar la derrota aplastante que ya ha sido decretada por una mayoría liberal que ha hecho punto de honor rodear al Ministro de Hacienda y respaldarle en cuanto diga en torno a este debate, a mí me basta —digo— que se haya podido establecer que el señor Ministro pertenece a una escuela distinta a la en que yo milito. Que el señor Ministro, el incomparable hacendista, a fuerza de manejar la tabla de logaritmos y apretarla contra su corazón, ha llegado a no saber ya que ante los ojos de Dios pesa más que todas las frías razones de la matemática, una lágrima de arrepentimiento o un grito de ternura.

No vayáis a creer que yo espero salir triunfante. Hoy ya se ha dado la orden de que el Ministro ha de salir triunfante y claro está que lo saldrá. A mí me basta con la satisfacción de que mi voz no sale de la garganta sino que arranca del corazón y de la mente en el cumplimiento de reservas de la enorme misión que me he impuesto y a la cual le he puesto sistema nervioso para luchar con la conciencia altanera de mi posición. Este no es un debate político sino la lucha desesperada entre la miseria de un pueblo que languidece en medio de una angustia sin esperanza y el grupo de seis, ocho o diez banqueros que especulan y engordan a esta de la miseria general.

Pues bien: es preciso que quienes nos oyen se den cuenta de la divergencia fundamental que existe entre el criterio del Ejecutivo y nosotros. Yo he dicho y el Ministro ha aceptado que la crisis es de subconsumos. Es decir, que se ha restringido la capacidad del mercado de consumos. Pero yo acepto las consecuencias lógicas; la raíz del mal está en el mercado monetario. El Ministro se burla de ella y le dice monomaníaco a Quevedo Alvarez. Nosotros hemos dicho que no hay dinero y el Ministro nos anuncia que mediante medidas tomadas por razón del acuerdo reciente, el medio circulante podrá aumentarse en plazo de 8 meses en 1.000.000 de pesos. Pero, sin embargo, se burla de Quevedo Alvarez, que le habla de que otra faz del problema radica en la necesidad del trabajo y el Ministro anuncia un nuevo plan de obras públicas, pero, sin embargo, trata de loco a Quevedo Alvarez cuando sostiene su triple anunciado de moratoria, moneda y trabajo. ¿Dónde está la consecuencia?

El contrato de las salinas.

Ayer enuncié fundamentos que hoy tendré oportunidad de explicarles, en razón de los cuales afirmo enfáticamente que la política del gobierno es una política de la aristocracia de los banqueros dentro de la plutocracia de los bancos. Y hoy afirmo que es una política de los banqueros contra la ley. Dentro del espléndido contrato de las salinas, que tantos elogios le mereció al señor Ministro de Hacienda, ¿tendría él inconveniente en decirnos cuánto le cuesta en material la explotación de esas salinas?

El Ministro:

—No tengo a la mano ni lo sé de memoria ese dato.

El orador:

—¿Podría decir el señor Ministro cuánto cuesta el personal?

El Ministro:

—No es fácil tampoco suministrarle de memoria ese dato.

El orador:

—Me doy cuenta. El personal de la explotación de las salinas le costaba al Gobierno la suma de diez mil pesos al año. Y los gastos por

concepto de material le costaban anualmente $ 25.000. Total $ 35.000. Y resulta que dentro del espléndido negocio que nos ha querido pintar aquí el señor Ministro se le reconoce al banco sobre un producto de $ 2.500.000.00 el dos por ciento por la administración. Es decir, que la Nación gasta en total por la explotación de las salinas $ 35.000.00 al año, y al Banco se le reconoce la suma de $ 50.000.00. La Nación pierde $ 15.000.00 al año. Y esto ¿a cambio de qué? De que el Banco de la República le exige al Gobierno el tres por ciento de interés y por la pequeñísima concesión que representa la facultad de emitir billetes, función esencial e inherente de la soberanía nacional. Y se nos habla de que con ese contrato ha sido posible desarrollar un plan de carreteras y de trabajos públicos. Hubiera bastado con que el Gobierno, haciendo uso de esa facultad que ha traspasado gratuitamente el Banco, hubiera emitido unos cuantos billetes con los cuales hubiera acometido mil veces más obras públicas.

El orador insistió en que éste no es un debate político, porque el paso que dentro del partido conservador hay Representantes como Francisco de Paula Pérez, quien le ha manifestado estar en desacuerdo con muchos puntos de la tesis sostenida por el orador, dentro del partido liberal hay elementos como los dos financistas López que lo acompañan. Leyó luego un editorial de El Espectador en que se hace el análisis de la política del Banco de la República, para concluir que lo que allí se dice nunca lo ha dicho ningún miembro de la oposición, ya que ese editorial constituye una invitación a destruir el Banco de la República y continuó:

No es una campaña política; es una cruzada de energía y sin tregua que hemos emprendido contra esa vagabundería, contra ese clan de banqueros sin conciencia que tiene cómplices en el Poder Ejecutivo que nos gobierna y contra la cual venimos a reaccionar aquí en nombre de la miseria pública en que nos consumimos.

Analizó luego el orador dos reportajes publicados en la prensa de Bogotá, uno de ellos del Superintendente Bancario, para criticar que se haya conservado como respaldo mediante las reservas del Banco el setenta por ciento, mientras las gentes se están muriendo de hambre en las calles. Criticó el que en la Junta Directiva del Banco, en donde está ahora el monopolio del oro, solo tengan asiento los banqueros, siendo ellos los más interesados en ese negocio del monopolio del oro establecido por el control del cambio. Dice que el Banco de la República, no contento con las ganancias fabulosas y reales que obtiene por concepto del escandaloso tipo de redescuento que mantiene, echa mano de las ganancias ficticias y por eso llegó un momento en que ante sí resolvió duplicar el valor del edificio del Banco, con el objeto de hacer aumentar los dividendos y al precio de las acciones, en momento en que los interesados querían venderlas, para luego con una política de especulación y de bolsa, hacer bajar el precio de esas mismas acciones y así poderlas comprar de nuevo, realizando una gruesa ganancia neta.

Plantó ante el Ministro de Hacienda para que la resuelva la siguiente cuestión: cuando el dólar colombiano valía 100 centavos colombianos, se vendía a 116 centavos, y hoy que ese mismo dólar vale a

70 centavos, se está vendiendo a 116 centavos. ¿Qué explicación tiene el fenómeno? Agregó que la única explicación es que los bancos son acreedores y ellos necesitan siempre que la moneda colombiana sea cara para extrangular al deudor, que debe pagarlas en una moneda fuerte.

El Representante Uribe Cualla:

—A ese propósito le puedo informar a Su Señoría que la moneda colombiana se está cotizando con un gran deprecio actualmente en Panamá, en donde se compran 60 dólares con cien pesos colombianos.

La política de la Superintendencia.

Entró luego el orador a referirse extensamente a la política de la Superintendencia Bancaria, advirtiendo que tiene las mayores consideraciones por el doctor García Ramírez. Dijo que en todo esto pasaba que este Gobierno de patriarcas estaba gobernando con el concepto de que para ser buen empleado bastaba con ser ejemplar en buenas costumbres, aunque no se tuvieran otras cualidades. Leyó en seguida un memorial que luego dejó sobre la mesa de la Secretaría, para que se le dé curso reglamentario en que se hace una crítica de las actividades de la Superintendencia en los últimos tiempos, especialmente en relación con los tenedores de las cédulas de los bancos hipotecarios y agregó:

"Tenemos, pues, también hoy a la Superintendencia Bancaria como cómplice del robo hecho a los tenedores de cédulas hipotecarias. En esas cédulas se comprometían los bancos con su firma y su palabra de honor y el respaldo en leyes del Estado a pagar en oro amonedado cien pesos y ahora, al hacer la conversión, solamente se les reconoce sesenta pesos. Es necesario que el insigne señor Ministro explique este acto de mala fe, esta conducta inhonesta del Gobierno Nacional, tolerada por la Superintendencia Bancaria, para engañar a los tenedores de bonos".

Continuó la crítica sobre las actuaciones de la Superintendencia, que dijo cuando se trata de velar por los intereses de los deudores, de la generalidad de los hombres de trabajo, se muestra tímida y vacila ante el severo pórtico de la ley, y cuando se trata de complacer a los magnates está dispuesta a abrirle a los muros graníticos de la misma ley todos los boquetes y troneras, ya sea directamente violándola, ya buscando a mister Kemmerer para que le permita la violación. Explicó lo que ocurrió con la fusión de los Bancos Central y de Bogotá, que se hizo a espaldas y sin conocimiento de los pequeños tenedores de acciones de cada una de esas instituciones, halagándolos con una ganancia de $ 15.00 por acción, pero llevando a sus arcas una ganancia, los bancos, de $ 15.00 por cada acción, por concepto de esa operación. La Superintendencia Bancaria reprobó el hecho pero no castigó a los responsables.

El Representante López:

—Con la circunstancia de que esos fallos no son publicados, que es lo que constituye la verdadera sanción contra los infractores de la ley y de la ética bancaria.

El orador:

—Exactamente. Se puede ya ver cómo no es esto obra de la oposición, sino preocupación de unos cuantos Quijotes que le gastamos sistema nervioso a estos problemas, aun cuando se nos descalifique en los papeles públicos y se atribuya a perversas intenciones nuestro objetivo. Todo eso es mentira, pues ya puede darse cuenta el país cómo el hermano de Alfonso López y yo cambiamos hoy argollas nupciales con la miseria pública.

Dijo que un caso mucho más grave que el de la fusión de los bancos mencionados es el relacionado con la Caja de Ahorros del Banco Agrícola Hipotecario, en donde se llegaron a depositar tres millones de pesos que representaban grandes sacrificios de todos los colombianos. Esos ahorros fueron en un momento reemplazados por cédulas del Banco que estaban depreciadas, que se vendían con el 25% de descuento. La Superintendencia supo el hecho, pero no lo castigó. Se refirió luego a la fundación de la Caja Nacional de Ahorros a donde llevó los tres millones a que alcanzaban los ahorros del Banco Agrícola Hipotecario, pero en cédulas depreciadas, motivo por el cual la Caja no las quiso recibir a la par sino con el debido descuento y fue así como el Banco Agrícola Hipotecario perdió la suma de $ 750.000.00. A pesar de este enorme disparate el resultado fue que tanto el Gerente del Banco Agrícola Hipotecario como el Superintendente Bancario, fueran elegidos.

El Representante Rocha:

—Como se trata de un punto que afecta esencialmente una política bancaria que debe ser estudiada con toda severidad y serenidad, quisiera que Su Señoría nos dijera a cómo están las cédulas de que habla.

El orador:

—Mis relaciones con los corredores de comercio son muy lánguidas.

El Representante Rocha:

—Entonces, señor Presidente, pido permiso para dejar constancia en el acta la declaración de que la relación que se ha hecho aquí sobre la manera como se hicieron las operaciones para el traslado de los depósitos de ahorros del Banco Agrícola Hipotecario a la Caja Nacional de Ahorros, no tuvieron lugar en la forma descrita y que a su debido tiempo, si fuere necesario, haré una exposición sobre esta materia, como seguramente la hará también el señor Ministro de Hacienda.

El orador:

—Y yo dejo constancia también de que la relación la he hecho sobre documentos que constituyen el informe de la comisión de la Cámara que estudió el problema el año 31 para que al final se vea quién tiene la razón, si el exfuncionario público y actual Representante, el exagente del Banco Agrícola Hipotecario o la Cámara de 1931. Agregó

el orador que dentro de la actuación del Banco de la República hay todavía un caso más escandaloso, consistente en que el Fondo de Recompensas y Jubilaciones, creado por los estatutos y por la ley a favor de los pequeños empleados de la institución, fue un día rebanado para decretar un alza de los sueldos opulentos de los altos empleados. Ante esta irregularidad la Superintendencia llegó tarde a ponerle remedio, cuando ya los agraciados por ese aumento indecoroso e indecente se habían declarado satisfechos. Criticó así mismo el que la Superintendencia Bancaria hubiera permitido el sistema de emolumentos mixtos que tuvo el gerente en una época, de sueldo fijo y porcentaje sobre las utilidades del Banco, porque eso creaba el peligro de que el gerente quisiera aventurarse en negocios inmorales por pura codicia. También la Superintendencia en este caso llegó tarde.

Las fusiones.

Se refirió luego a las fusiones de los bancos para criticarlas como sistemas económicos que si tienen ventajas en cuanto disminuyen los gastos de administración de las entidades bancarias, en cambio crean gravísimos problemas, puesto que forman la organización vertical de los bancos que estime sumamente peligrosa, porque al venir una quiebra, al caer abarcan una extensa zona de devastación. Estima más aconsejable la organización horizontal de los bancos, porque así al caer cada institución solo afecta su propio terreno. Aquí si quiebra un banco quiebran todos.

La protección a las industrias.

En seguida entró el orador a analizar lo relativo a la protección de las industrias de acuerdo con la política oficial del régimen. Dijo que el Ministro había querido localizar todo el problema en el equilibrio presupuestal, cuando lo esencial en esto, dice, es lo relacionado con los impuestos. Y el doctor José Arturo Andrade en el Senado enumeró ayer 37 impuestos nuevos creados por el actual régimen. Hizo la historia de la ley de emergencia contra la cual vino una reacción en virtud de la política preconizada por Aquilino Villegas y que aprovechó el exabogado del National City Bank para celebrar tratados de comercio especiales con los países que nos compran nuestros productos. Esa reacción, dijo, se fue a los extremos y entonces se dio el caso de que el productor nacional se vio competido por el pequeño industrial extranjero, el polaco, el judío de Sajonia, todos los vendedores ambulantes que vinieron a especular a la sombra de esta tarifa aduanera, porque el Gobierno creyó que todo consistía en subir las tarifas de aduanas. Y para colmos, recargó a las industrias nacionales con impuestos terribles, no propiamente sobre las utilidades, como sería lo económico, sino sobre la producción, lo que es un absurdo en su concepto. La Compañía Colombiana de Tabaco, que por razón de esta política ha tenido que comprar muchas pequeñas industrias florecidas al amparo de la tarifa aduanera, preferiría, seguramente, que se le quintuplicara el impuesto sobre las ganancias líquidas, siempre que se le quitara el impuesto sobre la producción. Si esta política se aceptara, el Gobierno podría hacer

que esas industrias florecientes fueran a invadir mercados de Venezuela, Ecuador, Perú, dejándoles plena libertad de acción en el interior y precipitándose, para el impuesto sobre las ganancias que obtuvieran en los mercados externos.

A esto se agrega el que la Caja de Crédito que debiera ser una institución creadora de canales de irrigación para fertilizar las industrias, cayó también en la rosca de los banqueros y desarrolla una política de simpatía no prestando sino a los que tengan influencias o amistades con sus directores. Anotó que la sola Junta Directiva de la Caja de Crédito Agrario cuesta anualmente $ 19.235.00 y que el tren burocrático cuesta $ 127.201.40, por lo que se puede imaginar cuál será el costo del Banco de la República. El costo de la Caja Agraria representa el 7% del monto total de los préstamos, que apenas alcanzan a $ 2.200.000.

Dijo que para acabar con el sistema de los privilegios propondría la formación de un sindicato oficial de contadores con cuya firma puesta al pie de un balance particular, cualquiera pudiera obtener de los bancos el dinero que le fuera indispensable, sin que militaran las consideraciones de amistad o de simpatía.

El Banco Central Hipotecario.

Se refirió a continuación al funcionamiento del Banco Central Hipotecario que criticó por su política que considera inadecuada e ineficaz. Dicho Banco tenía un problema de $ 99.000.000.00 y apenas ha llegado a resolverlo en el 10%, lo que se debe, agrega, a que se puso a un caballero de buenas costumbres, pero que no sabe que mil pesos son algo distinto de un uno delante de tres ceros.

Dijo que respecto de todos estos interrogantes esperaba la respuesta del Ministro sin afán, porque consideraba que todos estos males tenían un plazo fijo que se vence en una fecha conocida de agosto del año entrante, cuando el hombre que recoge toda la adhesión de la mayoría de la Cámara y que tiene un infinito desprecio por todos esos hombres que explotan al pueblo, que es audaz, arrogante y que se juega todos los caudales de su prestigio, haya de encarnar la verdadera redención de los que hoy desesperan de una esperanza en fuga. Agregó que la mayoría liberal se encuentra hoy frente a un caso de conciencia, debido quizá a la excesiva adhesión que le tienen al candidato y que les lleva muchas veces hasta continuar presentando sus sahumerios reverentes al magno estadista de hoy que, según lo declara El Tiempo de esta ciudad en sus columnas editoriales, lo es el doctor Esteban Jaramillo, en quien encarna todo el Gobierno, razón por la cual me dirijo a él.

Agregó que la mayoría liberal de la Cámara no debería temer nada contra el candidato y se refirió, para explicar la situación política y electoral de esa mayoría, a la película "Svengali", que dijo había visto la noche anterior en el Teatro Real.

Se trata de un hipnotizador que consiguió casarse con una mujer muy bella y de grandes atractivos y encantos, pero de la que nunca obtuvo que le declarara su amor, sino cuando estaba sometida al influjo

del hipnotismo, cuando se transmitía el imperio de su voluntad, pero que luego, cuando despertaba a la vida de los sentidos, se negaba a repetirle la amable declaración, diciéndole que tan solo le tenía respeto, porque su pensamiento amoroso estaba consagrado a un pintor irlandés de pupilas tan cándidas como el cándido paisaje que recogía su pincel. El hipnotizador, desesperado, se decía: ¿qué hago yo con esta mujer que solo me dice "te amo" cuando está bajo el dominio de mi propia voluntad? ¿Qué hacemos, concluyó el orador, con estas muchedumbres que luchan impotentes con su propio deseo de redención y que subyugadas por una idea política ven que se abren ante sus ojos los horizontes interminables del infinito? Pero domina en vosotros un ambiente de temor que os lleva a resolver que hay que acompañar hasta lo último al magno estadista. No, señores liberales, agregó. Sois una mayoría aplastante, sois omnipotentes y al brillo claro de vuestro talento agregáis condiciones insignes de carácter y vuestro jefe, lo sabéis, es enemigo integral de todo este aparato económico en que nos aniquilamos. Ahí está Eduardo López, cruzado valeroso de esta gran batalla en favor de los pobres deudores. Esta no es una campaña de oposición. Oid a los universitarios cómo aplauden. Oid al pueblo, cómo no grita vivas a la oposición sino al partido liberal. Ayudadnos a derribar de un potente papirotazo el edificio ignominioso de esta miseria que hoy representa toda la política del magno estadista.

(Se oyen en la barra vivas al Gobierno Nacional. Vivas al partido liberal. Vivas a Alfonso López. Vivas a Olaya Herrera).

El orador:

—Ahí tenéis la demostración clara de lo que os vengo diciendo. Los vivas al partido liberal son el ciento por ciento de las gargantas del público. Los vivas al Gobierno apenas representan el ochenta por ciento de la opinión sana de esos ilustres camaradas.

(Nuevo escándalo en las barras. Se oyen con insistencia vivas a Olaya Herrera. Vivas al partido liberal).

El orador:

—A mí no me disgusta que se lancen vivas al Gobierno Nacional. Pero yo quiero preguntar: ¿Hay alquien que se atreva a lanzar un viva al Banco Central Hipotecario?

(Una carcajada acoge la pregunta).

Continuó luego su exposición en torno al Banco Central Hipotecario. Dijo que le insinuaba al Ministro que se convirtiera el crédito hipotecario en una función del Estado, haciendo una conversión de todas las cédulas mediante un alargamiento de todos los plazos de ellas a veinte años más. Se quejó del trato que reciben los clientes en el Banco, en donde todos son asimilados a rufianes, trato consignado en los mismos estatutos de la entidad. Se quejó también del papeleo a que se somete a los clientes.

El arreglo de las deudas.

A continuación empezó a referirse al problema de las deudas. Pidió de nuevo al Ministro que explicara esos rumores que llenaban la calle de que ciertos empleados públicos se habían aprovechado del momento en que las cédulas habían subido para hacer que se expidiera el decreto. Luego criticó el que el Gobierno se hubiera empeñado y continuara empeñado en pagar a todo trance la deuda externa, cuando todos los países le habían sacado el bulto a esos pagos y esto combinado en el magín del magno estadista con la voluntad de mantener el patrón de oro a toda costa.

Les dijo a los liberales que confidencialmente les contaba que el arreglo estaba hecho por cuatro años, de suerte que se quería desprestigiar por anticipado a cierta administración venidera, dejándole este grillete. Dijo que constituía una ignominia que mientras los tenedores de bonos en el extranjero sabían que un bono de cien pesos apenas representa hoy un valor de 30, nosotros, en cambio, estamos pagándole intereses como si el bono valiera ciertamente los cien pesos, y esto a costa de la miseria del pueblo, a pesar de lo cual el pueblo, esta raza cobarde, continuaba vivando al Gobierno y vivando al magno estadista Esteban Jaramillo.

Dijo que tenía que insistir en que el problema era esencialmente monetario, porque si no existiera el problema monetario, la gente tendría con qué pagar y no existiera el problema de las deudas.

Habló sobre el problema de las deudas privadas. Dijo que la propiedad privada venía produciendo el cinco por ciento de su valor y como fue gravada hipotecariamente con el diez, vino la crisis. De esta suerte la rebaja del cincuenta por ciento decretada sobre las deudas, de nada sirve, porque la finca que antes producía $ 150.00 hoy solo produce $ 50.00. Agregó que en esta materia el arreglo del Gobierno fue un engaño, pues nada se hizo distinto de lo que se estaba practicando antes de ese arreglo.

Todo esto, agrega, proviene del régimen de privilegio establecido a favor de los bancos. A tiempo que a un acreedor particular se le obliga a recibir la mitad de la acreencia en cédulas depreciadas, el Banco tiene derecho a rematar. Y la facilidad de pagar en cédulas es solo una ventaja a favor de los deudores ricos que pueden comprar esos papeles, Y así fue como los bancos que estuvieron a punto de quebrarse se salvaron a costa del infeliz deudor.

Dijo que hace algunos años se inauguró en Colombia una nueva fórmula de literatura política, cuando un viajero de Checoslovaquia vino a decirnos que había visto una gran democracia en donde el portero de una oficina podía aspirar a la gerencia de la misma y a la presidencia de la república. Y que ese político prometió entonces hacer una política de acuerdo con aquella que tanto le admiraba. Hoy es el caso de preguntarle al pueblo. ¿En cuánto han engrosado sus riquezas? ¿Cuántos pueden compararse hoy con Mellon, Ford o Morgan? ¿Se ha visto algo distinto de que la gestión administrativa se haga siempre

con las mismas personas, pertenecientes al mismo club, hasta llegar a que la concentración de las finanzas se hagan en unas mismas manos?

Antes de entrar a referirse al acuerdo sobre deudas hizo una rectificación al relator parlamentario de este diario por haber dado cuenta, al anunciar el debate actual, que en él aprovecharían para definir su actuación política los dos Leopardos. Dijo que esa política estaba definida, pues ellos pertenecían a un grupo político de actuaciones claras y conocidas. Y el actual debate interesaba a todos los colombianos. No se trata de juegos oratorios, porque hoy no se puede malgastar el tiempo en riñas de carácter político. Por eso invita a los liberales a hacer patria con los conservadores, sin temores electorales, que serían infundados, pero que en el caso de que quieran rehuir los liberales esta invitación continuarán solos haciéndola.

El Representante Prieto:

—Me permito manifestar al orador que la actitud de silencio que ha guardado la mayoría liberal representa únicamente el deseo que todos los que a ella pertenecemos tenemos que oír a Su Señoría para saber cuál es la orientación que presenta. Pero en manera alguna puede interpretarse como que el liberalismo no tenga una orientación sobre estos problemas. Momento llegará en que los voceros del partido liberal en la Cámara expondrán sus puntos de vista y entonces se verá que el liberalismo sí tiene una política para desarrollar en beneficio de la Nación y para entonces, aprovechando el ofrecimiento de Su Señoría, tenemos la confianza de que militará como soldado en la empresa que nos proponemos.

El orador:

—Qué bien suena esta palabra en boca de quien ha sido soldado de todas las causas, de quien fue como soldado del comunismo a un congreso comunista en Montevideo. ¿Qué razón hay para que se nos injurie, llamándonos soldados, cuando tenemos el mejor equipo de comunistas de la República?

Se refiere luego el orador al tipo de redescuento establecido por el acuerdo del Banco. Dijo que era una tasa ladrona, porque el cuatro por ciento representa hoy el ocho por ciento que a lo sumo debe ser el dos y cuarto por ciento que representa un seis con seis décimos por ciento. Así como considera también que el tipo de interés del tres por ciento para la Caja Agraria no debe ser del tres por ciento, sino del uno y medio a lo sumo. El acuerdo lo calificó de nueva vagabundería, de táctica hipócrita, de estafa del Gobierno a los deudores y al pueblo.

Se mostró quejoso de que se hubiera dicho en columnas editoriales de El Tiempo que ellos no podían hablar a nombre del pueblo y dijo que estaban abogando por una causa en que son los más perjudicados hasta ahora los liberales y en que los acreedores en su mayoría son conservadores.

Hizo finalmente un canto lírico en torno a la miseria con todo el cortejo de sus males, mostrando las tragedias que se desarrollan por

ella en los hogares, entre el padre cesante, el obrero sin trabajo, el niño descalzo y sin escuela, la muchacha inocente que corre todos los peligros de la tentación, para decir finalmente que el Poder Público ha querido combatirla con métodos aplicados en otros países que tienen otros problemas, y terminó anunciando que todo esto tiene que tener un remedio radical muy pronto.

El público lo aplaudió largamente al final de su arrebato de elocuencia y la Presidencia levantó la sesión. Eran las ocho y media de la noche*.

INTERVENCIONES EN LA CAMARA DE REPRESENTANTES, SOBRE LA CONGELACION DE LOS PRECIOS DEL CAFE EN LOS ESTADOS UNIDOS. AGOSTO DE 1945

El honorable Representante Augusto Ramírez Moreno, dijo:

Me parece que después de las observaciones que hizo nuestro colega el doctor Arias Ramírez acerca de alguna táctica hipócrita que él ha visto a través de mis intervenciones en los debates sobre el déficit y en este del café, debe, no solamente desarmar el espíritu de nuestro prestigioso compañero, mas también, atestiguar a todos los miembros de la Cámara y al Gobierno (en esta sesión representado por el distinguido Ministro de la Economía Nacional don Luis Tamayo), y a todo el gremio de cafeteros de Colombia, y a la opinión pública, del interés patriótico que he tenido en la agitación de estos problemas, y que para éste en particular había pensado representar como desenlace del debate la proposición que me veo en el caso forzoso de leer en esta sesión, cuyo texto es el siguiente:

"...(lee)...".

Al tratar, caballeros, el problema del café en Colombia no en los tiempos de preguerra sino en los años que le sucedieron, se hace forzoso declarar que la cuestión ha cambiado de centro de gravedad, puesto que el pacto de cuotas ya no tiene interés ninguno en el estudio, y que el único tema que importa a la producción cafetera de Colombia al presente, es el relacionado con los precios del grano.

El pacto de cuotas tuvo su razón de ser a comienzos de la guerra por razones y causas de todos conocidas. Su causa principalísima fue la de que los consumos eran inferiores a la producción. Por aquel entonces, los Estados Unidos iniciaron su gigantesco esfuerzo en servicio de la libertad en el mundo. Y a nosotros, por mandamiento explícito de la solidaridad americana, como a otros países latinoamericanos productores del fruto se nos pidió organizar la exportación cafetera. El entonces Presidente de la República, doctor Eduardo Santos y su Ministro de Hacienda, el doctor Carlos Lleras Restrepo, pactaron la cuota de tres millones ciento cincuenta mil sacos.

---

* **El Tiempo,** junio 25 y 26 de 1933.

Para mi intervención en este debate he llegado a este sitio acompañado de cifras oficiales, a objeto de que si alguno de los señores Representantes duda de la exactitud histórica de ellas, podamos rectificarlas sobre el campo. Hecho este paréntesis y, volviendo al tema del pacto de cuotas, cuando éstas empezaron a encarnarse en realidad, resultaron insuficientes, razón por la cual se han venido haciendo progresivas en su aumento, como que ya la correspondiente al año de 1945 es de seis millones de sacos de sesenta kilos, que copa totalmente nuestra producción que apenas llega a cinco y medio millones de sacos.

El consumo mundial es de algo más de veinte millones de sacos...

Un honorable Representante de la minoría:

—Excúseme que le interrumpa, pero debo advertirle a Su Señoría que el consumo de los Estados Unidos es de veinte millones de sacos La suma citada no corresponde, pues, al consumo mundial.

El orador:

—Los datos que estoy dando son oficiales, pero es muy interesante hacer estas rectificaciones, precisamente para llegar a la solución adecuada que todos deseamos. Esta es la manera, señor Representante, de asociar todos los esfuerzos a ver de lograr que tanto las actividades de los productores del café colombiano, como las de la Cámara y las del Gobierno logren obtener el alza de precios que se impone para la salvación de la industria.

El mismo interpelante:

—La interpelación que le he hecho es, como muy bien lo anota Su Señoría en refuerzo de la tesis que está sosteniendo.

El orador:

—Exactamente.

La interventoría de precios de los Estados Unidos desde el implantamiento del "pacto de cuotas" congeló los precios del café a un nivel que se ha mantenido angustiosamente el mismo, lo cual ha venido constituyendo una suprema injusticia para los países productores, no solamente por los factores de encarecimiento de la vida que ha traído consigo la conflagración mundial, sino porque el cafetero ha recibido en pago de su artículo una moneda devaluada, puesto que en los Estados Unidos se ha aumentado el numerario para adquirir las cosas. Y con esa misma moneda devaluada les estamos comprando maquinaria, mercancía, etc., a precios más altos.

Ha constituido, pues, caballeros de la Cámara, el más grande problema para los cafeteros de Colombia la congelación de precios iniciada en el año de 1941, situación que no es posible soportar por más tiempo porque amenaza de colapso definitivo nuestra principal industria, porque mientras todo aumenta de valor y todo crece no es posible

que se siga manteniendo el precio del café en el estado de inmovilidad en que hoy se encuentra.

El objeto principal de este debate es llevar al ánimo de los cafeteros de Colombia una voz de aliento, que vaya a decirles del empeño decidido que tiene el Congreso para lograr la nivelación de precios que en justicia les corresponde. Nosotros hemos visto con amplia simpatía el sacrificio inmenso de los Estados Unidos en todos los órdenes de su existencia por consolidar el clima de libertad que hoy se respira en el mundo. Pero no sobra decir en este debate, que todo lo que a nosotros fue pedido en oportunidad lo dimos. Fue poco. Pero era mucho para un país pobre como es el nuestro. El standard de vida de los cafeteros —de los trabajadores del campo, hombres, mujeres y niños— es el único que ha permanecido postrado, realizándose con eso una grave lesión para los propios intereses de la República. Aquella es una injusticia que queremos exponer cordial pero clamorosamente ante la opinión de los otros países.

Ya sé, señor Presidente, que no es esta la primera intentona. Por el contrario, es mucho lo que la Federación y el Gobierno de Colombia han trabajado en este sentido y de ello hago elogio vivaz, pero es necesario reincidir por la centésima vez en un pedimento cuyo aplazamiento cada vez es más grave para nuestra economía, porque el grillete de la esclavitud económica sigue su canto en los tobillos del pueblo colombiano.

A los Estados Unidos se les ha dicho que disponemos de enormes saldos en nuestra balanza del cambio exterior. Evidentemente ello es así, pero no es porque nos hayan pagado bien el café, sino que esos saldos han ido creciendo por privación que se le ha hecho al pueblo colombiano de los repuestos necesarios para su maquinaria agrícola, etc. Naturalmente todas estas cosas se las han hecho saber allá, y, si yo traigo aquí asuntos tan trasegados es con el solo propósito de que la opinión pública tenga la certidumbre de que la honorable Cámara de Representantes cumple con su deber.

Es muy grato para mí contar en este debate como interlocutor al señor Ministro de la Economía Nacional, don Luis Tamayo, con quien coincidí en una fiesta diplomática en la gran República del Norte, y allí le oí con qué franqueza y entereza patriótica hablaba sobre la injusticia que la congelación de precios del café representaba para los trabajadores de los países productores del café. Y no solamente hacía referencia a esta casta de hombres, sino que se refirió a todos los trabajadores en general cuando en su erudita conversación explicaba el caso de los sombreros jipas. No es posible, le decía a su auditorio don Luis Tamayo, ¡que por estos sombreros de paja ustedes paguen setenta centavos en moneda infeliz, y aquí a quienes los arman les reconocen tres dólares por hora!

El honorable Representante Múnera:

—Y ese sombrero de paja nuestro que usan ellos, no se llama sombrero de Colombia, sino que los denominan "Panama-hats".

El honorable Representante Ramírez Moreno:

—Mil gracias. En lo que se relaciona con precios, tengo que informarle que se han podido colocar en Suecia unos treinta mil sacos vendidos a razón de US$ 24.90, en vez del precio congelado de 1944 que es de US$ 23.31. La convicción entre quienes conocen de estos problemas, es la de que si se le deja libre curso a los precios, obtendríamos no menos del doble por lo que estamos produciendo.

Y al llegar a la nota del señor Groove, Subsecretario de Estado, en respuesta a nuestros Cancilleres, explicaré que en relación con su volumen, nada le representa a las finanzas americanas aquel aumento de precios.

Con relación a la Resolución 15 de la Conferencia de Chapultepec, la Comisión 52 —que fue la que presentó esta proposición— dice lo siguiente (lee). Este es el punto más importante de la resolución que está para el estudio de los Representantes, y con base en ella se originó la solicitud al Departamento de Estado por parte de los Cancilleres de los países productores de café que participaron en la Conferencia de México, en relación con el aumento de los precios máximos (lee).

Ante esta nota, no discutimos los precios de 1941. Altos o bajos, ellos obedecían a circunstancias especiales. Accedimos a ellos por el espíritu de cooperación de aceptar cualquier precio que nos imponía la batalla en que vuestra gran república estaba empeñada. ¿Pero en 1944, no será justo y lógico, no será sensato y real, no será lo único inspirado en la buena finanza, el hecho de que se haga esta revisión de los precios máximos? Entonces el Secretario de Estado nos responde en la siguiente forma (lee).

Pues bien: yo me he tomado el cuidado de hacer unos números bien sencillos a efecto de que no quede sin réplica bastante el punto de vista de la Secretaría de Estado de los Estados Unidos. Los Estados Unidos, según los datos de la Federación de Cafeteros, consumen 17 millones de sacos de café.

Un honorable Representante:

—El consumo civil es de diecisiete millones. El consumo de las Fuerzas Armadas es de tres millones y pico. De manera que vienen a ser unos veinte millones.

El orador:

—Exactamente. Supongamos que los Estados Unidos aumentan en diez dólares el precio del saco de sesenta kilos. Tendríamos que serían 170 millones de dólares. Si lo aumentan en 20 serían 340 millones de dólares. Ahora bien, es el caso preguntarle a la Secretaría de Estado, al Board of Trade o Ministerio de Comercio de los Estados Unidos: ¿340 millones de dólares desbordan de tal manera los impuestos monetarios y la estrategia financiera de aquel poderoso y robustísimo país como para que no puedan ayudar a que salgan de la esclavitud económica en que hoy se encuentran, países como Colombia que dependen de ese

café? Y desde el punto de vista de Colombia, si nos toman cuatro millones de sacos y nos aumentan veinte dólares por saco, serían ochenta millones de dólares. ¿Qué representa a los Estados Unidos aquella cifra total, o esta cifra parcial, que de tal manera se empeñan en mantener una situación que por lo menos sorprende y desconcierta a todos los que hemos venido siendo paladines de un entendimiento perpetuo, cándido y entusiasta con la gran democracia norteamericana? Vuelvo a preguntar, sin ánimo de aplicarle especial dramatismo a mi exposición: ¿podríamos creer que realmente se interesan por nosotros, si al tiempo que allá se llenan de museos, de catedrales, de ciudades espléndidas, aquí el hombre desflaquece comido por las enfermedades, sometido a un régimen alimenticio que no satisfaría ni el apetito de un gorgojo?, está probando con hechos tácitamente todos los días que hay una fatal, una funesta disonancia, una diferencia entre el standard de vida de aquel gran país privilegiado que bien merece su privilegio por las hazañas realizadas en servicio de la humanidad, y nosotros que hemos hecho cuanto hemos podido, pero que carentes de la fuerza económica, inexpertos en la metódica acumulación de capitales, sin equipos de maquinaria, sin técnicos bastantes, continuamos en una situación que podría haberse mejorado inmensamente y cuanto hemos progresado durante las circunstancias de guerra, es mucho menos de lo que nos es debido, si simultáneamente con la época que facilitó y estimuló al industrial colombiano el cafetero recibe desde los Estados Unidos lo que en justicia se le debía por su esfuerzo, la situación sería inconmensurablemente mejor.

Y el problema de la inflación, yo declaro que no me asusta. Sabéis bien que la moneda, entre otras misiones, tiene la de representar el valor de cosas que suben o bajan en su cotización, pero que mantienen un valor permanente. Y al paso a que van nuestras industrias, vamos creando más y más y más cosas todos los días, y muy pronto el medio circulante que tenemos, si suponemos que permanece estático por cuatro o cinco años, se habría valorizado por el solo fenómeno de la producción acrecida de la industria colombiana. Pero, ¿cómo es posible que al cafetero se le haga competencia por parte del jornalero?

El señor Ministro de Economía sabe bien que una de las razones por las cuales el cultivo del café entró en barrena en el Brasil, fue la de que las industrias, las de guerra y otras, empezaron a proponerle al trabajador campesino del cafetal salirse del campo y, naturalmente, el hombre del cafeto qué iba a poder competir con los industriales que estaban haciendo su agosto.

La producción de café en el Brasil literalmente cayó de manera vertical por la competencia que le hacían las otras industrias. Aquí apenas —y eso lo saben todos— ha habido manera de sostener lo existente.

Pero la situación no puede prolongarse con el precio de US$ 23.35 por saco, y los Estados Unidos tienen que darse cuenta de que nuestra Nación y el trabajo de nuestros hombres fomenta enormes riquezas y muchos salarios y muchas comodidades e higiene para los magnates de sus finanzas, para los obreros de sus industrias, y que en torno del

café colombiano y de los otros países de la América Latina hay vastos intereses económicos que serían heridos sustancialmente con detrimento para la total organización financiera de los Estados Unidos, en el caso de que no se acudiera a nuestra industria del café con el solo gesto —no digo misericordioso ni siquiera justiciero— sino simplemente de buen negocio de aumentar nuestra capacidad compradora para ofrecerle un mayor mercado a esas industrias de los Estados Unidos, que van a tener que desbordarse con el objeto de darle trabajo a la enorme cantidad de soldados que regresan de la guerra a reanudar sus faenas civiles, que no quieren vivir de la pensión del Estado, que necesitan aumentar su propio confort y que quieren deber a su iniciativa personal, a su inventiva y a su esfuerzo que tiene mayor cantidad de entradas mensuales. Esos productos no vamos a poder comprárselos, porque nosotros no podemos comprar divisas extranjeras sino en la medida en que nos paguen nuestro café.

De modo que lo que les estamos pidiendo no es ni siquiera justicia, con la autoridad que por lo menos al señor Ministro y a mí nos presta el antecedente visible, metódico y antiguo de una propaganda entusiasta y desinteresada porque se cultiven buenas relaciones entre Colombia y los Estados Unidos, con esa autoridad, decimos, que no pedimos misericordia, que no pedimos justicia, sino que les damos el consejo de que hagan un buen negocio que va a redimir a la más importante de las clases económicas de una situación que no puede prorrogarse sin que nos hayamos postrado durante mucho tiempo en una situación de miseria que nos colocaría al margen de la civilización americana. Todos los países progresan extraordinariamente.

La situación de monocultivo a que ha sido sometida por circunstancias especiales que todos sabéis la economía colombiana, nos pone en situación de miseria para el caso de que nuestros cafeteros aburridos de esperar, decidan no continuar sosteniendo las plantaciones que hoy mantiene a pesar —como os explicaba— del rudo contraste que presenta el standard de vida de la población cafetera del país y el resto de quienes habitamos esta Nación.

El honorable Representante:

—Y debemos tener en cuenta lo siguiente: el precio de 16 centavos que nos pagan hoy, son 16 centavos del dólar depreciado en un 50%. De modo que no son sino ocho centavos.

El orador:

—Aquí tenía precisamente la observación, refiriéndome a una cuestión del señor Carlos Echeverri Cortés, quien decía que el mejor negocio del mundo era comprar pesos colombianos a cincuenta centavos, que es lo que están haciendo. En una moneda depreciada, estos millones de que hablé hace un momento, vienen a ser apenas la tercera parte de lo que eran en 1939. Aquí está, caballeros, para que podáis ver todas las acrobacias de esta linda estadística. Se encuentra la peor época de depresión. Y aquí está la libra americana en centavos de dólar.

Treinta y dos centavos es el punto más alto logrado por nosotros en 1923. Ahora nos hemos detenido en 14 centavos que es todo el precio obtenido durante el régimen de cuotas.

El honorable Representante:

—Treinta y dos centavos en ese tiempo eran treinta y dos centavos de dólar, y los 16 centavos actuales son de dólar depreciado.

El orador:

—Este debate, bien ve el señor Ministro que se dirige a reforzar la posición del Gobierno. Yo sé que Su Señoría tal vez tomó con otros de sus colegas de la Conferencia de Caracas, alguna iniciativa a este propósito. Pero en un gran país democrático como es Estados Unidos, que cree en la eficacia de estas corporaciones, el hecho de que nosotros aprobemos una proposición como la que sustento tan desmayadamente, les sirve de nuevo título moral, de nuevo respaldo político para que se presenten allá a decir que la Cámara de Representantes de Colombia no acepta la política de los Estados Unidos en esa materia, que la considera susceptible de revisión consultando altos intereses políticos, los de la solidaridad americana, y consultando intereses económicos, inclusive de los Estados Unidos.

Naturalmente, se dice que es peligroso para nuestra industria el aumento en los precios del café, porque la competencia se hace más vivaz, se exaspera, por así decirlo. Pues bien, estamos resueltos a correr el riesgo. Es preocupación para nosotros, que la competencia venga, nuestro grano es noble, es el más noble que se cultiva. Sobre la nobleza de nuestro grano, estamos dispuesto a librar la batalla.

Quiero llamar la atención hacia un problema interno que se está presentando: es el de que algunos de los glosadores enemigos, piensan que existe un antagonismo entre los exportadores y los productores de café. Es preciso que aquel supuesto letal sea borrado en las relaciones entre quienes producen el café y quienes lo compran. La misión de la Federación de Cafeteros se cumple cabalmente haciendo la policía de los precios —por así decirlo—, impidiendo que los compradores, que los exportadores, envilezcan los precios del café, y el día en que el exportador quiera alimentarse de la sangre del productor, la Federación emplea sus recursos comprando, alzando los precios. Pero la situación actual es más bien de competencia, porque aun cuando los exportadores estén comprando a un precio menor del de la Federación y muchas veces a precios superiores, siempre se mantiene un latente estado de fricción y choques entre unos y otros. Tanto la Federación Nacional de Cafeteros como la Asociación de Exportadores, deben comprender que la industria cafetera va desde cuando el grano está en la mata hasta el momento en que en un restaurante de Nueva York o de cualquier otro país se sirve la taza. Todos están vinculados por el mismo interés económico. Cualquier cosa que sea avivar una pugna que no se compadece ni con la realidad, ni con la lógica, ni con los intereses del país ni con el interés de los cafeteros, debe ser decididamente rechazada por el Ministerio de la Economía.

Sabemos bien que hay unos cien millones de pesos en manos de la Federación de Cafeteros. La Federación hizo un gran negocio: compró una enorme cantidad de sacos de café a un precio, después vio que el precio subía, hizo una inversión de 76 millones de pesos y eso hoy se le ha aumentado considerablemente; y parece que algunos sustentan la opinión de que ese dinero de la cuota de retención pertenece al Gobierno. Se llama cuota de retención —como lo sabe la Cámara— porque en previsión de que se presentara una alergia en los mercados consumidores para observar nuestro fruto, se le impuso gravamen al productor colombiano para que dotara a la Federación de fuerzas económicas bastantes para acumular café a efecto de que los precios no se envilezcan en el interior del país. Aquella enorme cantidad, me parece importante que la Cámara decida —no por una ley, sino por una declaración como que sustento— que le pertenece a quien dio el dinero. Sería una grave injusticia que al cafetero que se deshizo de dos pesos por siquiera poder defenderse en mala época previsible que por fortuna no se presentó, le vaya ahora a tomar el Estado aquello que es fruto de su trabajo y de su esfuerzo.

Pero, además, no es menos importante el que la Cámara emita su concepto sobre la importancia de que esos cien millones no se vayan a malbaratar. Por eso es por lo que mi proposición sugiere que se den en préstamo a los municipios y a los departamentos cafeteros a un tipo muy bajo de interés, como es el del 4%. Sería un rédito de cuatro millones de pesos anuales y con esos cuatro millones de pesos anuales, ¿cuántas cosas excelentes pudieran hacerse? Es claro que mantendríamos una especie de estado dentro del Estado, en el caso de que esta sugestión fuera aceptada, porque todos sabemos que el Gerente de la Federación de Cafeteros puede girar hoy en día un cheque que ningún otro colombiano, ni el Ministerio de Hacienda, ni el Gerente del Banco de la República puede girar, un cheque como el de don Manuel Mejía que es el depositario de esta suma.

Pero después de haber pensado mucho, he visto que es mucho mejor el que aquellos dineros reposen en manos de la Federación; pulcramente administrada, si se entregan a los departamentos y a los municipos para fomentar centrales hidroeléctricas, si la Federación misma se encarga de la sanidad rural, de mejorar las calidades del grano, de fomentar el café y la marina mercante conforme al excelente proyecto del Senador Ocampo, podemos esperar que aquella renta de cuatro millones de pesos venga a contribuir todos los años, no solo al mejoramiento de la clase de producto que estamos enviando al exterior, no solo para fomentar la sanidad rural que es uno de los grandes temas del cultivo del café en Colombia y uno de los grandes temas nacionales, sino que venga a fomentar nuevas formas de industria, de protección y de riqueza dando en préstamo, como mi proposición lo sugiere, para la construcción de centrales hidroeléctricas.

Pensad que la vida de nuestros municipios es bastante infeliz. Es colateral la reflexión, pero me importa que la Cámara, que cada uno de los individuos de la Cámara, reviva lo que es la vida en nuestros municipios. ¿Sabéis que ya ni siquiera se están celebrando fiestas nacio-

nales en muchos de nuestros municipios, porque no hay manera de celebrar la fiesta nacional, y que la única forma, como saben las gentes que es 20 de julio no es ni siquiera por el estallido de un cohete, sino porque un pobre viejo pabellón desteñido se asoma a la plaza solitaria donde un boliche le grita viva a los próceres, sin que una sola fiesta cívica le haya hecho recordar al pueblo que se trata del gran día del nacimiento de Colombia? Municipios en donde no hay manera de comprar ni siquiera una escoba, pues si se necesita comprar una escoba el presupuesto no lo consiente. La gran pobreza de nuestros municipios la olvidamos quienes vivimos en las ciudades espléndidas. Y Colombia no es un país de ciudades grandes. Es un país de pequeñas aldeas, de veredas, de caminos rurales, de personas que viven de salarios misérrimos gastando un vestido de dril al año, comiendo arracacha o yuca o papa o cualquiera de esas formas de alimentación que no garantizan nada que permita el optimismo para el porvenir de la raza. Esos hombres que no reciben sino muy escasamente migajas de cultura, que casi que no reciben nada en materia de higiene, que no reciben ningún estímulo para amar a su Colombia, a su República, a su democracia, esas gentes tienen que recibir en alguna forma el premio, la reciprocidad por el enorme esfuerzo agotador con que durante generaciones vienen creando la riqueza y la grandeza del país.

Agricultores muchos de ellos siguen pacientes y resignados, porque han visto bien que cuando rompen la tierra con el arado o con el azadón la semilla no brota al día siguiente. El lento discurrir de los días les va haciendo más resignados, pero más miserablemente resignados, y no queremos para ellos esa forma inhumana de resignación.

¿Cómo fomentar empresas de aliento en los municipios paupérrimos? ¿Cómo lograr que esas gentes no crean que la solidaridad es un grito sordo que les viene del caos, sino una grande inspiración de la patria ocupándose de ellos? Y si hay una rica institución nacional cariñosa con quienes la fomentan, como es el caso de la Federación Nacional de Cafeteros, preocupada por la higiene y por la educación de quienes trabajan en forma de actividad nacional, me parece justo que la invitemos a que contribuya con los Poderes Públicos a hacer el pueblo más sano y más culto, es decir, más patriota y más libre.

Este debate, señor Ministro, lo sabe bien Su Señoría, tenemos que adelantarlo sin timidez. En los Estados Unidos hay dos cosas que aman sobre todas las otras: el espíritu de franqueza y la disparada voluntad de servir a la patria. Sabe Su Señoría que ni el gobierno ni la Cámara se hacen ingratos a la gran nación amiga, porque empleemos este lenguaje descarnado y porque revelemos nuestra querella ni porque hagamos pública y solemne manifestación de nuestros deseos de adelantar, de escudar con voluntad férrea los intereses del pueblo colombiano.

Este país podría tener como único escudo de armas, o la mata de café o el hombrecito moreno de apariencia inerte que supo siempre ser un hércules en erupción al solo contacto de la lanza, o el cafeto que nos ha nutrido, que permite los viajes a Europa, que permite los presupuestos de importación de maquinaria, y a quienes lo cultivan

humildemente en climas imposibles, sin tener armadura distinta ante la enfermedad que su voluntad tesonera de hacer inconscientemente patria, pero de hacer patria al fin.

Yo espero que el Gobierno recibirá la iniciativa de un personero humilde del pueblo, con el mismo espíritu con que yo he iniciado el debate: la salud de Colombia*.

* Archivo de la familia Ramírez Ocampo.

VII
OPOSICION AL GOBIERNO DE OLAYA HERRERA

EL LEON ESPUREO

Para que al trote de la máquina y en una sola jornada puedan recorrerse los veinte meses de gobierno de Su Excelencia el Presidente Olaya hay que hacerlo en línea recta, atreviéndose y por la ruta aérea que da la emoción noble de la altura.

Su Excelencia se presentó al país mecido en el columpio que formaban todas nuestras banderas políticas, conservadores renegados y renegados socialistas se anudaron al liberalismo desbordado para barrer las urnas. Pero de esa concentración no queda sino un gusto amargo de heces. El pálido réprobo que buscó simultáneamente el amparo de motín y la ayuda del orden, la protección de Dios y los buenos oficios del demonio, el amor de la anarquía y los besos duros de la autoridad, este gobierno lívido, paga su crimen contra la inteligencia porque ahora lo detestan por igual los liberales, los socialistas y los conservadores.

Como todos los electicismos que se atreven con la doctrina pura o con la filosofía, la concentración patriótica se ha evaporado al contacto del fuego. El jarabe concentracionista es buen régimen alimenticio para inteligencias palúdicas, pero no para los liberales y los conservadores de Colombia que se degüellan por ideas. La concentración patriótica es enemiga de la nacionalidad, desgonza los resortes del espíritu, hasta borrarlas puliría las aristas de nuestra personalidad y quiebra la carrera épica de nuestra historia. Los gallardetes, las banderas y oriflamas de columpio en que viajaba la poderosa estatura de Su Excelencia, tienen hoy color, tamaño y consistencia de espartos.

Dijo Su Excelencia que su gobierno sería régimen de economía y de técnica. Acaso por economía se llenó los bolsillos de elegantes secretarios, aumentó perdidamente, como en amoroso frenesí, la burocracia palaciega y se puso de cabecera un abogado, el abogado de Palacio. Por economía —acaso— al Cónsul General de Colombia en Londres, mi ilustre amigo Alejandro López, se le puso un sueldo de mil y más pesos; pero no fue ciertamente por economía sino por miedo por lo que allí mismo, en Londres, devenga Alfonso López sueldo de ministro, cuando el país tiene bastante con López Primero y cuando la República no tiene con qué pagar los temores que Su Excelencia tenga

de López Segundo. Y cuando apenas tenemos para lo indispensable —¡qué digo!— cuando no tenemos para lo indispensable, el gobierno de Su Excelencia premia el lustrabotismo con granjerías diplomáticas.

El régimen de la economía puede decretar para el presidente un sueldo de $ 600.00 y para los ministros y congresales salarios de $ 300.00, únicos que se encuentran al nivel de los tiempos; pero el económico funcionario prefiere ahorrar el margen que dejan mermas sucesivas. Así no se resuelven los problemas de la crisis. El distinguido homeópata debe improvisarse cirujano.

Y en cuanto a la técnica basta recordar el primer Ministerio de Su Excelencia. El doctor Fabio Lozano habría sido un egregio Ministro de Relaciones Exteriores y se le nombra en las Obras Públicas. Para constituir el Consejo Administrativo de Ferrocarriles no hubo criterio, sino simpatías o afinidades de familia. Es fortuna que Su Excelencia no tenga parentela; pero a nepotismo equivale ese egoísmo de clase que consiste en buscar para los cargos de importante gentuza de esa con copete que se llama nuestra aristrocracia. Aquí no hay aristocracia; pero nunca se había visto honrada la nómina de empleados con tan grandes apellidos. La técnica de Su Execelencia es ciega y no obra sino por el testimonio de su sentido del tacto.

No puede discutirse que Su Excelencia es un arrojado manejador de hombres y un diplomático con filo. Su temperamento y su experiencia lo llevan a magnificar el sentido de cuanto dicen sus interlocutores. Hablando con el señor Mellon entendió que si complacía a mister Folson "el país estaba salvado", y tuvo que desmentirse humildemente. Fue traicionado por su incuestionable habilidad de diplomático, porque cuando Su Excelencia veía en mister Mellon al Ministro del Tesoro de los Estados Unidos, éste hablaba como un contratista sin rodeos.

Mister Parrish también usa unos dientes postizos de tiburón, cuando trata o contrata con Su Excelencia y las Bocas de Ceniza son el único rasgo en la historia de este país que puede figurar decorosamente al lado del palmo de narices del Catatumbo.

Pero esa deplorable diplomacia de Su Excelencia, que lo entrega atado a la maniobra cauta de los contratistas, es algo peor que una fuente, ya irrestañable, de engaño. Esa diplomacia es un sistema político en que no hay sitio para la bandera de la patria, y las únicas estrellas en el firmamento de esa política, son las que brillan en el cubilete del Tío Sam.

Mister Rublee, mister Roddy, mister Kemmerer, mister Jefferson, mister Urdaneta Arbeláez, abogado del National, son los ministros del régimen. Y en esa galería de notabilidades forasteras su excelencia es un rey de burlas coronado.

Si se han podrido algunas conciencias, si bajo la majestuosa rectoría de Su Excelencia la política ha abierto más sepulcros que una

guerra, si este régimen pasará a la historia con el seudónimo transparente de régimen del disparate, si la Constitución jurada parece más vil en esas manos que una carta de poker, si las autorizaciones para obrar se tornaron en almohada para vacilar, si los banqueros dan órdenes arrogantes al presidente y hasta el propio congreso hacen llegar la expresión indiscreta de su deseo desnudo; si esas ignominias ocurren, acaso se olvidarían si nuestra gran miseria, si nuestra desdicha económica fueran aliviadas.

Pero ahí está la carrera de su política contradictoria en lo que toca a nuestra hacienda y a nuestra economía. Se reafirmaba en una política para negarla al día siguiente. Con la inclemencia de un soldado enemigo destruye a fuerza de impuestos la producción nacional. De las tarifas aduaneras hizo una cuerda floja y se puso a bailar una danza cuyo secreto consistía en que los daños los pagaba el comercio. Un día asustaba a los acreedores y a la semana se ponía un disfraz que espanta a los deudores. El Banco de la República hay mañanas en que amanece como invadido y sin autonomía y por la tarde ya es de nuevo órgano de la usura nacional y extranjera. La moratoria es amada una noche con tímido ardor y al alba se la abandona con indelicado estrépito. Es una mezcla que no halla su equilibrio, en agitación perenne que desacredita, hostiga y daña. Las afirmaciones dogmáticas se tejen con las dóciles consultas y la callada intrepidez con la pasiva entrega. Su Excelencia es un león con ijares de cordero*.

EL JARDIN DE INVIERNO

En la reconstrucción que hizo El País de mi discurso en el **Jardín de Invierno** (Winter Garden), aparece la siguiente afirmación ejemplar: "El partido conservador no tiene hoy ni dinero, ni propaganda, ni estrategia, ni táctica". El Tiempo exclama: Un partido así es una tribu indigente. Verdad, no tenemos el Tesoro de la República, no tenemos el presupuesto para pagar traidores, para sobornar enemigos, para sembrar de espiones el campo adverso. Somos una tropa indigente, porque cuando fuimos gobierno, nuestros presidentes ni vendían la República, ni tampoco la regalaban por sí ni por medio de terceros. Somos gente pobre, porque entre la indignidad y la miseria, preferimos la última. ¿Qué culpa tiene el Directorio Nacional del partido de que su gran pueblo político esté compuesto por altaneros mendigos; tan pobres y tan fieros como cierto tribuno, que prefieren tender el pie a tender la mano?

Y si no hay dinero, no hay propaganda. ¿Qué culpa tiene el Directorio Nacional de que la propaganda cueste?

Y no hay estrategia, ni tampoco hay táctica. ¿Qué culpa tiene el Directorio Nacional de que haya hombres que se venden y hombres

---

* **El País**, febrero 27 de 1932.

que se compran? ¿Qué culpa tiene de las deserciones individuales? ¿Qué culpa tiene en la partija descarada de alamares ultramarinos y de jubones diplomáticos y de ínsulas que se dan y de intencionados nombramientos que se hacen? ¿Cómo puede el directorio atajar la frenética fuga de ciertas gacelas políticas, ni cortarle el jarrete al galope oportunista de los gamos de engorde? Y la fuga, la deserción, el miedo de quienes por lamentable mandato de la democracia encuéntranse en lugares de comando o en situaciones en que la traición vale en auténticos doblones porque es un voto en el parlamento o es una delación de las juntas privadas, ese miedo, esa deserción, esa fuga, ese pago esquivo pero que siempre llega permitirán esbozar la estrategia y cumplir las minuciosidades azarosas de una táctica de reconquista, de oposición, de choque y de renunciamiento? ¿Qué culpa tiene el Directorio Nacional de que don nadie exista y de que su felonía tenga clientes, postores y alcahuetes?

Pero está bien. ¿Somos un grupo inválido? No tenemos ni dinero, ni propaganda, ni estrategia, ni táctica; ¿somos por eso un partido indigente? El día en que el partido liberal carezca del dinero oficial para pagar traidores, el día en que yugule el pestilente flujo de su propaganda, el día en que sus estrategistas se quiebren y en que falle su táctica, ese día el partido liberal sería un partido indigente; pero el partido conservador tiene principios de gobierno, tiene muchedumbres combativas, tiene en la historia de este país un nicho de santo, tiene la experiencia del gobierno, tiene estadistas, tiene un espléndido equipo administrativo educado en cuarenta y cinco años; el partido conservador le regaló a Colombia un Ejército Nacional, le dejó como herencia a nuestra democracia la alternabilidad política de los partidos en el mando; el conservatismo desbarbarizó a Colombia económicamente, la cruzó de espléndidas cuchillas por cuyo cauce vuelan mercancías y pasajeros, el partido conservador cuenta con las más altas inteligencias de la universidad y es la última esperanza de salud para la patria y por eso el conservatismo sin dinero, sin propaganda, sin estrategia, sin táctica, perseguido, desconocido, acechado, vilipendiado, calumniado, es todavía el gran partido conservador, el eje constitucional de la República, el supremo ordenador de la democracia, el escudo de la Iglesia, el soplo de la cultura, el terror de los filisteos, el insomne vigía de la nacionalidad y el fantasma que renueva aterradoramente el aire en el Palacio de la Carrera.

Los liberales, el partido liberal, sí tiene una estrategia, un objetivo para sus despliegues: El Presupuesto. Y también tiene una táctica: La abyecta adulación al mandatario, la complicidad con el mandatario. El partido conservador desprecia esa táctica y no se envilece con aquella estrategia. Nuestra táctica es una legión desatada de héroes, de mujeres y patricios que quieren atajar el torrente que nos disuelve derrumbándole encima el gobierno. Nuestra táctica es un despliegue de tropas bajo la amenaza del suplicio. Y nuestra estrategia es un afán perfectivo, un anhelo de purificación administrativa, la traducción exacta de las congojas económicas de nuestro pueblo torturado por los misteres de adentro y por los judíos de afuera; nuestra estrategia es una campaña de previsión contra el exterminio seguro de la patria.

Hay dos jardines de invierno. En el desconsuelo de nuestro injusto vencimiento, fusilados o coaccionados en muchas secciones del país, cuando los traidores son ensalzados y cuando los fieles son ultrajados, cuando el enigma de la política del Gobierno tortura por igual a los conservadores de Antioquia y a los liberales del Atlántico, se abre un sábado el **Jardín de Invierno** para que la muchedumbre se alce como una montaña que se entrega al dardo del tribuno, pálido como un rayo. Y hay otro jardín de invierno: El que cínicamente hace un aspaviento de corolas mientras en el silencio y en el frío se va hilando el sudario de Colombia. En el gran invierno gélido que trae tiritando y lívida a la República, el liberalismo hace del Palacio de la Carrera una hostería donde el vermellón del frasco juega con la sucia copla para irritar el desamparo de los que vivimos fuera. Colombia sufre, mientras el partido liberal espera sobre Olaya como sobre el suspiro de un agonizante.

Colombia sufre y en la mortal atmósfera de su angustia se alza como una blasfemia el festín de las partijas anticipadas y es allí donde florece, como un jardín sacrílego bajo la inclemencia del invierno, aquella despreocupada noción del presente y del futuro, fruto del egoísmo mortecino de quien no padece porque su vecino agoniza y de quien sonríe al olor suculento de las viandas, mientras su país se muere de hambre, de ineptitud y de fanfarronería. El pueblo ya adivina, el pueblo ya sabe que al liberalismo no le importa su suerte ni la suerte de Colombia, ya sabe que al partido liberal no le importa sino el triunfo y por eso la repugnancia con que en Colombia se mira una posible victoria del partido liberal.

En nuestro jardín de invierno palpita el nido en que trina la esperanza; el otro es una fiesta para que se harten los logreros mientras el pueblo ayuna*.

EL ESQUELETO PERFUMADO

Los grandes reclamos sobre el orden público triturado, fueron hechos en el Congreso por Laureano Gómez, por mí, por muchos otros, en debates contemporáneos de las matanzas y los fraudes. Ahora los comentaristas de nuestra democracia apuntan el descenso de la alta marea, cárdena y brutal, que anegaba al partido conservador. En 1934 en todas las asambleas —excepción hecha de la de Pasto— la norma de conducta fue el reclamo privado de las minorías. Mi experiencia personal se refiere a la de Cundinamarca y el Tolima. En este último departamento la situación de los conservadores es mejor que en Cundinamarca si se exceptúan Rovira, el Fresno y el Líbano, y la minoría de la Asamblea se decidió, como aquí, por conversaciones entre el gobernador y los diputados. En la de Cundinamarca el jefe natural del grupo conservador hizo reclamos privados y observaciones que, en lo general, se atienden con el mismo espíritu mostrado por el gobierno

* **El País**, abril 20 de 1932.

de Ibagué. Debo advertir que en la notoria mejoría de la situación para los copartidarios tolimenses, muchos descubren el influjo de los ruidosos debates promovidos en el congreso oportunamente y de las publicaciones sobre los crímentes del Líbano, Ataco, Fresno, Suárez, Santa Isabel y otros municipios.

Para los hombres responsables de la política de oposición es excepcionalmente agradable que se presente una circunstancia como la actual, porque así demostramos al régimen que fácil como es pronunciar grandes discursos que halaguen al conservatismo, desistimos de ellos cuando las conversaciones amistosas dan resultado. Pero esta circunstancia propicia al sosiego no es obra del presidente Olaya Herrera: se debe a dos causas que la explican por completo. Las declaraciones del señor Alfonso López contra la brutalidad y contra el fraude han ejercido la más benéfica influencia en la exaltación delincuente de los funcionarios olayistas; pero la furia del liberalismo, de las autoridades y de unos pocos exconservadores en el Departamento de Nariño, demuestra que el sosiego en creciente obedece a que sería una excesiva crueldad inútil asesinarnos hoy en los Santanderes, en Boyacá o en el Tolima. ¿Para qué? Ya el liberalismo se sabe dueño y cree inmortal su dominio. Pero queda Nariño, hasta ayer inmune e indemne.

EL DISCURSO DE HONDA

Entre las manifestaciones públicas del presidente electo hay una que, a mi entender, excede a las otras por el nivel dramático, es decir, por la histórica personalidad que adquiere, cuando se piensa en el momento escogido para hacerla. Nadie en el seno del partido liberal había dicho en tres años feroces de repliegue conservador bajo los disparos y las bayonetas, nadie en tres años había dicho nada que representara el reconocimiento de los atropellos de que se nos hacía víctimas y mucho menos hubo dentro del liberalismo o del gobierno quien manifestara la voluntad positiva de ponerle fin a la estupenda infamia, que prácticamente nos convertía en extranjeros perniciosos sobre la tierra de nuestros padres. El mismo presidente electo, temió acaso comprometer el resultado electoral, si antes de consolidarse su candidatura solitaria condenaba a los réprobos. Pero en Honda hizo una amenaza terrible y salubre. Le prometió a Colombia que defendería, por la fuerza, si fuere necesario, el derecho electoral de los conservadores. Esta notificación contra las autoridades y contra los directorios y masas liberales, simultáneamente reconocía la verdadera causa de nuestro retraimiento de las urnas y era el acto positivo de voluntad que el orden público abolido estaba exigiendo desde la tumba. Y esto tenía un soberbio acento de mando, si se tiene en cuenta que el ministro de gobierno de este régimen había dicho en un banquete la monstruosidad cristiana o la delicia turca de que era cobarde la abstención, sin explicarle a su público que la nuestra era la abstención del que simplemente va a votar, frente al que simplemente va a asesinar bajo la protección de las autoridades.

GRATITUD PRESIDENCIAL

El liberalismo permanentemente reprochó al partido de gobierno —cuando mandábamos— los fraudes electorales; pero el partido liberal nunca llegó a demandarnos ante la posteridad por el asesinato en grande escala y metódico, empleado como instrumento de sufragio. La historia de Colombia muestra excesos en las guerras civiles; pero cancelado el último de nuestros episodios fratricidas, no hay en ella constancia de ninguna demanda contra el conservatismo por haber convertido la violencia en última palabra de la elegancia electoral. Si esa constancia existe, que se me muestre. Por contraste, nosotros reprochamos al régimen de Su Excelencia Olaya, antes que el fraude apocalíptico, los seis mil ataúdes, negra colina que aplasta con su sombra la pálida estatura del presidente. El discurso de Honda representa para el partido conservador la promesa solemne de que las manos del gobierno, de que las manos que estrangulan permanecerán inertes; mejor aún: el discurso de Honda ofrece que las manos del gobierno, que las manos armadas, serán escudo beligerante de la concordia electoral, del orden y el derecho. Por eso la ciudad tolimense a nuestros ojos, fatigados por la contemplación de la sangre, espejea con el brillo sobrio de una reliquia milagrosa, ya probada en el contacto victorioso con la incurable herida.

Pero elegido el señor Alfonso López para la magistratura en un certamen escandaloso de urnas abotagadas, eruptantes y ahítas, comprendió que la fuerzas desviadas por él de la violencia, se dedicaban a la bestialidad ignominiosa de un fraude auténtico, sin justificaciones, sin paliativos y sin antecedentes. Agradecido con la democracia que lo coronaba joven y prácticamente sin ejecutorias logradas al servicio del Estado, su gratitud de presidente fue un gesto de asco, actitud de suprema elegancia que amplificaba saludablemente la amenaza de Honda y que imprimió un rumbo distinto a la política oficial y extraoficial de su partido, al tiempo que modificaba la actitud mental y moral del conservatismo frente a los problemas políticos del porvenir. La huelga electoral no era protesta contra mil pequeñas felonías del señor Olaya Herrera, ni contra el denuedo que para corromper a los más débiles o a los más corruptibles desplegó, en el tonto afán de que creyeran sus contemporáneos y la América que un corruptor de tan poderoso instinto por fuerza tenía que ser un grande estadista, ni muchísimo menos nuestra histórica huelga era protesta porque los conservadores fueron desalojados del Presupuesto que la oposición desprecia; nuestra huelga electoral triunfante era un supremo recurso democrático contra el asesinato electoral y contra la mentira electoral; no era el desconocimiento de la ley sino el amargo enojo contra autoridades indignas de su título y de su librea. El señor Alfonso López condenó la violencia y el fraude, justificando simultáneamente la huelga conservadora y amenazando a la burocracia de su propio partido con las torturas de la cesantía y aun de la fuerza, si en cualquier forma perturbaban a los conservadores en el ejercicio de un gran derecho que el presidente electo mira con gratitud, porque el sufragio le ha conferido un título insigne.

CONTRASTE

Antes de ver cómo el espíritu conciliador del presidente electo tiene una excepción deplorable en el Departamento de Nariño, para el cual indicó sin causa ninguna un desastroso gobernante liberal, es necesario recordar alguno o algunos de los sistemas inolvidables del Presidente en ejercicio. Pero más vigoroso que el contraste que hacen los dos hombres que mutuamente se detestan, y más rudo que el cambio de escena y de color entre los procedimientos que uno y otro de los presidentes ama, es el contraste entre mi disposición invariablemente benévola con la decadencia, y la intensidad casi acerba de este comentario sobre un presidente cuyo período claudica, cuyas faltas son aceptadas como evidentes por los que no se han aprovechado de su gobierno, esto es, por los que no tenemos interés en mentir, y cuya agudeza luciferina de negociador de conciencias y de ajedrecista electoral, hállase providencialmente compensada por una ignorancia sólida e imponente, llena de majestad y de palabras imperiales. Real sensación de inelegancia me domina cuando escribo sobre el distinguido Presidente Olaya, aproximación al cadáver, quien cada hora se acerca más al billete entero del supremo decaimiento y de un desprestigio que no le permitirá jamás volver al mando, porque al partido conservador le bastará un sencillo movimiento del índice, para que Colombia retroceda entre el horror numeroso de las deformes cicatrices que el primer estadista de América deja como rastro en el cuerpo de esta patria deshonrada, desfigurada, triste y demasiado pequeña para que el genio y el ingenio de Su Excelencia puedan trabajar con provecho. Como Rey de Inglaterra o como Presidente de los Estados Unidos el magno estadista hubiera dado toda la altura y el calor de su llama; pero en esta pequeña nación atrasada y sin medios de transporte, rica solo para producir políticos que dicen la verdad, siempre la verdad, y solo la verdad, como si la mentira, la felonía y el grasiento engaño no fueran la única actividad posible del político, en este país de burócratas donde es estúpido no vivir de un sueldo, como lo demuestra la gran carrera del doctor Olaya, dócil como un guante bajo el gobierno de los conservadores, en esta pequeña nación atrasada, el primer estadista de América solo nos ha dado la ceniza del horno frío que es su alma. Yo no desearía escribir nada que pudiera desagradarle en esta edad avanzadísima de su período legal y por esto hay un contraste abominable entre mi inclinación a callar, conocida por Laureano Gómez, entre otros, y absolutamente sincera, y el tenor despectivo de este comentario al cual nada mitiga.

LA COOPERACION

El señor Alfonso López tiene de la cooperación el más confuso y arrevesado de los conceptos: Quiere que este fenómeno político se presente, al tiempo que pide toda e íntegra la responsabilidad de los actos de su gobierno para el liberalismo. Los términos de su pensamiento político son incompatibles, porque el que coopera participa y porque el partido conservador no es un hacinamiento de cretinos, y no se ve cómo un partido inteligente colabora o coopera en el gobierno implan-

tado por su adversario, sin asumir una parte de las responsabilidades morales, intelectuales, sociales e históricas del poder. Si quiere para su partido el señor López toda la responsabilidad, debe aplicarle a la cooperación el criterio del Presidente Olaya, protagonista único de estos cuatro años atroces. El actual mandatario fomentaba las ambiciones desajustadas de politicastros sin ninguna grandeza, hacía el estudio de las resistencias morales de sus interlocutores y si llegaba al resultado de que lo traicionarían todo por devengar y exhibirse, si concluía que solo arrojados a puntapiés abandonarían su servicio, solo entonces, cuando le hacían entrega absoluta de sus capacidades, de su reputación y de su alma, decidía llamarlos a su lado. Si exagero, yo pido que se me dé un solo nombre de conservador que voluntariamente haya tomado la iniciativa de renunciar para retirarse del Presupuesto. Pido un solo nombre, uno solo, para rectificar estas afirmaciones. Los nombres de mi noble colega Abel Carbonell y el de Francisco de Paula Pérez, por ejemplo, pertenecen a esa época en que las mayorías conservadoras de las dos cámaras mantenían al presidente electorero en vacilación permanente.

LA IMPUNIDAD

Pero la violencia liberal halló de un lado la complicidad inmediata de las autoridades políticas y, del otro, la ineficacia de nuestro dispendioso procedimiento judicial, conjugada en algunos casos a la timidez de los jueces. Bajo el hierro y el juego ganamos las primeras elecciones de asambleas y congreso, posteriores a la elección presidencial; pero como los desmanes cometidos entonces por las autoridades y por el liberalismo no hallaron castigo, fue imposible alentar a las masas conservadoras para que volvieran a sacrificarse. A esto se añadió que esas mayorías nuestras que no pudieron ser desconocidas, fueron traicionadas.

UNA CONTABILIDAD METAFISICA

Para hacer el índice de las faltas, de las equivocaciones, de las violaciones de la ley, de los abandonos de la decencia, de las culpas internacionales, de los yerros económicos de dudosa ortografía, es decir, de claro favoritismo, en que ha incurrido Olaya Herrera, se necesita una contabilidad superior a todas las conocidas, que absorba y clasifique infinitos guarismos, que contenga antecedentes y diseque aritméticamente las intenciones. Solo una contabilidad metafísica, un tratado sobre el país, un acto de fe en el desdén que merece nuestra infeliz opinión pública y una enciclopedia en que desde la A de Antioquia y el Decreto 604 hasta la letra ceseante y adulona con que se escribe zalamero, pasando por la C de Catatumbo, curvamente dispuesta como una acechanza, solo esas cosas juntas podrían catalogar el régimen, su actividad y la vergonzosa omnipotencia de que ha disfrutado. Y ese Atlas del gobierno de Su Excelencia Olaya tendría como meridiano el soborno, la hipocresía, la petulancia, la imprevisión, el nepotismo,

el despilfarro, el fraude, el asesinato y el miedo. El señor Alfonso López dice que defenderá por la fuerza, si fuere necesario, el derecho de sufragio de los conservadores y de él sería grato escuchar no solo que rehusaría por medio de las armas hacerse cómplice de los grandes crímenes abominables que manchan el cuatrenio diabólico, sino que el total de ese espantable novenario apuntado arriba es constante inspiración de lo que será su gobierno.

EL PROBLEMA AMAZONICO

La esperanza honorable, desinteresada y pulquérrima con que el partido conservador espera el 7 de agosto como la clausura de una época delictuosa, deshonrosa y desastrosa, tiene como condición implícita que no prescribe sino que domina con fuste y resplandor de rayo la totalidad de nuestros problemas, el rescate incondicional y permanente de Leticia. El doctor Olaya Herrera es el responsable de la victoria de Oscar Ordóñez, esto es, de la invasión del territorio y de la Conferencia de Río de Janeiro, objetivos últimos del histórico filibustero. En lo que el público sabe de las relaciones taciturnas y a la defensiva entre el empleado que prepara su asueto indefinido y el ciudadano que entrará a reemplazarlo, solo parece clara la identidad de ambos en lo tocante a la política extranjera y en forma concreta, lo que se refiere al problema vital que nos enfrenta al Perú. Ahora bien: El partido conservador, irrevocablemente es anti-revisionista y propugna la necesidad de una política amazónica de agarre, sin transacciones, sin debilidades, sin solución de continuidad impertérrita bajo los gobiernos, entre los azares del incierto futuro y al través de todos los tiempos. Claro que en este pueblo de falderos el responsable, señor Olaya Herrera, no se ha castigado por su imprevisión; pero la canina humildad de los colombianos que han tolerado con gozo el gobierno imposible de Su Excelencia Olaya, tiene su límite, y el Excelentísimo señor Alfonso López debe aprovechar cualquiera oportunidad próxima o remota, en que sin perjuicio para los graves y necesarios intereses que defendemos explique sus coincidencias y sus divergencias con el inefable Enrique. Augurio de una explicación satisfactoria es el divorcio sustancial de los criterios por lo que hace a la abyecta política económica de Su Excelencia Olaya ante los forasteros.

El señor López ha dicho en repetidas ocasiones lo que este pueblo quiere y desea: un nacionalismo económico, inteligente, sin privilegios irritantes para uso, abuso y mimo de potentados, sin lazos con el país distintos de los que alarga para enredarnos, la insaciable usura.

La suerte asombrosa del doctor Olaya Herrera le evitará posiblemente que bajo su gobierno se remate la epopeya de que es autor como General en Jefe de las tropas que hizo retirar en Leticia y que contuvo cuando se deslizaban sobre Puerto Arturo; pero el señor Alfonso López, a pesar de su escepticismo y de la confianza que tiene en sus fuerzas, debe saber que el presidente que permita el despojo, irremediablemente se cae; al tiempo que es verdad también que el presidente que ins-

taure el fuego de nuestro eclipsado decoro y asuma las contingencias bélicas de sostener íntegro nuestro patriotismo, será aclamado sin distingos por los contemporáneos y esculpido por la posteridad.

Puede fallar en todo el señor Alfonso López, puede sostener la barbarie de Chiquinquirá y Saboyá, por ejemplo, puede continuar imponiéndole a Antioquia, a Nariño, al Huila y a Caldas gobernadores de opinión política adversa a la de sus mayorías legislativas, puede permitir los contratos voraces y la burocracia insaciable, puede sonreír como Olaya cuando nuestra queja aletea moribunda porque nos frustran, nos calumnian, nos estafan, nos proscriben y nos asesinan, puede consentir que la Policía Nacional tenga banda de ratas en vez de banda de músicos, como ahora se ha visto, tolere él que imperturbablemente las tiránicas policías de todos los uniformes y pelambres le imponen su ley y su garrote a los conservadores de esta desdichada nación, premie a los funcionarios que más se distingan por su facilidad para acceder a la violencia y para hacer cómplices de las atrocidades y nombre a los débiles, a los borrachos, a los de vida impura, a los de moral sombría, a los de alma cobarde para empleos en todos los ramos, haga todo eso, y todavía lo respetaremos, si es el hombre que le dice NO al Perú porque Colombia tiene que ser amazónica hasta la consumación de los minutos.

DESORDEN PUBLICO

No solo se quiebra el orden cuando la fuerza trota libre, atropellando, aplastando y desgarrando sin sujeción a medida ninguna ni a normas de justicia, cosa ésta que hemos visto reproducirse impasiblemente bajo el gobierno éste que el calendario ha marchitado; también las categorías morales se resienten cuando, valiéndose el Mandatario de los honores y sueldos de que dispone, los usa para vencer obstáculos personales y dificultades políticas o cuando trata de imponer a los pueblos mandatarios indeseables que perturban la sociedad y la administración. El señor Alfonso López en un telegrama que puso desde Guayaquil al ministro de gobierno, le indicaba, entre otros candidatos liberales para la gobernación de un pueblo conservador, al actual mandatario de Nariño. El liberalismo necesitaba liberalizar ese remoto suelo de héroes y no ha retrocedido ante nada. Las declaraciones republicanas y amenazantes de don Alfonso López llegan tarde para los departamentos que absorbieron toda la violencia que humana y políticamente podían absorber. Hubo un fenómeno de saturación. Las declaraciones del señor López contra la violencia y contra el romanismo, queremos verlas trabajando en Nariño, cuando acceda al solio.

LA VENGANZA

El escándalo de la Policía es uno de los admirables acontecimientos del régimen. A los directivos y a los uniformados se les adiestró como a **Leoncico** el de Balboa, para espiar y destruir conservadores. A

base de Policía Nacional se obtuvieron las mayorías liberales, sangrientas y espurias, de Cucutilla, de Arboledas, de García Rovira, del Occidente de Boyacá. El crimen era una ejecutoria para ser enrolado en las filas de los custodios del orden. Por eso la Prefectura del Detectivismo se convirtió en una asociación como la de Alí Babá y sus cuarenta ladrones. Vivimos en pleno cuento de Callejas. Y para paliar las raterías, se alimentaba sin descanso el fuego sagrado hablando de las conspiraciones del partido conservador y de las compras de armamento que hacían sus dirigentes. Satisfecha la condición de odiar y de perjudicar a los conservadores, ya podía disponerse para personal uso o provecho de lo que naturalmente debía permanecer en los depósitos oficiales. El cuerpo de detectivismo fue destituido en masa, la sociedad supo que este gobierno había fomentado en tres años la delincuencia oficial al policía ladrón, tipo clásico de pulcritud y señal castiza de que el ámbito moral del régimen es puro, respirable y salubre. Como remate, el director de la policía es premiado por su cebo y por su conocimiento sorprendente de los hombres con una misión aérea a Chile. Yo no tengo nada qué afirmar contra el honor del Capitán Gustavo Gómez, pero yo no lo habría premiado con una misión honrosa y menos lo habría dejado ausentarse de Colombia, sin haberse explicado.

Estos hechos descabelladamente vergonzosos, estaban reservados al estadista del Norte de América, extraviado entre nosotros. La providencia se venga del gendarme asesino, haciéndolo ratero, y el doctor Olaya se venga de su inmediato subalterno Gustavo Gómez, responsable por lo menos de una absurda y dañina displicencia, confiándole un encargo tan honroso y opulento que parece un premio. La venganza de Dios contra la Policía se explica; pero la venganza del presidente contra el funcionario que tan gravemente ha perjudicado el crédito del gobierno, es inconcebible, a menos que el doctor Olaya Herrera tenga miedo de que el Capitán Gómez posea secretos indiscretos. ¿Por qué no fue destituido el señor Capitán Gómez? ¿Por qué se le invita al viaje? ¿Por qué se le paga la fuga? ¿Por qué teme el doctor Olaya Herrera al Capitán Gómez? Estas preguntas son la venganza del pueblo contra este oprobioso accidente de la moral pública.

EL INSIDIOSO PERFUME

Hay un empleado en el Ministerio de Gobierno que cuando se impuso contra toda regla de buena política un gobernante liberal en Pasto, y no así como se quiera, sino un gobernante deplorable, habló con algunos conservadores nariñenses residentes aquí. El doctor Sarasty fue objeto de algunas entrevistas y el que ha confiado las zalemas, la urbanidad melíflua, las ofertas vagarosas que el empleado, alto por cierto, le hizo cuando le hablaba, por ejemplo, de la voluntad del gobierno de llamar a cooperar a los jóvenes conservadores de Nariño para que se amaestraran en los negocios del Estado. El altivo joven fue sometido a una embriaguez de aromas, a una brida de seda con la cual quería llevársele al empadronamiento a que dos traidores se sometieron, en las huestes alvaristas o gobiernistas de Nariño, es decir, en el

olayismo fragante y corrompido. El acucioso cortesano interrogó a Sarasty sobre su posible norma de conducta en la asamblea, llenólo de oficiosos consejos y como para armarlo caballero gobiernista dotólo de cartas de recomendación a efecto de que los funcionarios del tránsito le facilitaran el viaje. Esto vale decir, que un alto empleado del Ministerio de Gobierno, siguiendo el ejemplo del Presidente Olaya, realiza por su cuenta o para ajeno provecho una campaña de corrupción. Prevenido el pobre Alvarez de las posibles buenas intenciones de Sarasty, voló a visitarlo y como no hallara al recién llegado, repitió inútilmente varias veces el viaje entre el Palacio de la Gobernación y el hotel, hasta cuando por fatiga o por un tardío sobresalto de dignidad dejóle recado de que se trasladara a la Casa de Gobierno porque urgentemente debía hablarle. Ya en presencia del gobernante se interroga a Sarasty sobre la manera como votaría cierto proyecto y al informar el diputado que favorable será el voto, el gobernador le pide que niegue el asunto o que se retire de la asamblea en el momento de la votación, sembrando el acento de este diálogo con sugestiones de toda categoría, que puntualmente se realizan en el sentido de la amenaza, porque en Bedoya, sublime en la intriga y de rótulo azul, ayuda al citado Alvarez, logrando que el principal de Sarasty abandone la judicatura y comparezca en la asamblea inopinadamente a sumarse con otro maquiavelo conservador que venía traicionando a sus colegas y a su partido. Lo que falta saber es lo que Bedoya haya ofrecido por él o por Alvarez o por el Ministerio de Gobierno al principal que perdió su honorable cargo de juez, para deshonrarse con humildad conmovedoramente franciscana. El acontecimiento dirá si estas conjeturas de los conservadores de Nariño sobre las gracias que derramara Bedoya en su paniaguado son perfidia o justicia.

FILOSOFIA Y BELLAS ARTES

Si el señor Presidente Olaya suprimiera una resistencia política o aumentara el coro acesante de sus adoradores pagando dinero de su bolsillo, nadie dudaría de que se trata de un soborno; pero como es con dineros públicos, aportados dolorosamente por todos los colombianos, el acto no es soborno sino prueba de inmortal destreza. Recuerde el pueblo que el Presidente Olaya hacía cambiar las opiniones sobre contratos como el del Catatumbo arrimando propinas a los tornadizos. Que el público recuerde lo que fue la Gobernación de Boyacá inmediatamente anterior a la del señor Aulí y cómo a un joven débil, despilfarrador y frívolo se le dispensó el honor asombroso de hacerlo gobernante siempre que se dejara imponer a determinado secretario, verdadera celebridad nacional, como catador de aguardientes, quien no aportaba título distinto a su testarudez para votar por el gobierno y con el gobierno y los ultrajes que hacía, completamente ebrio, en plena cámara, a la decencia y a los hombres decentes. La indignación por semejantes escándalos, no ha pasado todavía. El presidente estaba pagando con fondos públicos y con una púdica dignidad servicios de humildad atroz.

Sería menos grave que de su propio bolsillo hubiera comprado los desertores, porque quienes quieren servirse de sus métodos de soborno, encontrarían la valla de que el dinero de los contribuyentes no es para comprar conciencias, ni votos, ni adulaciones. Pero el alto empleado del ministerio de gobierno y el atolondrado Alvarez, sabían que los procedimientos de corrupción, con dineros escandalosamente extraídos del erario y con nombramientos honoríficos, habían sido empleados personal y sistemáticamente por el propio Olaya Herrera, a quien el mundo entero saludaba como el primer estadista de América. Los intentos de corrupción contra el diputado Sarasty y contra otros, descuelgan una torva lumbre sobre el iniciador y gestor del soborno, como habilidad compatible con el cargo de Presidente de la República de Colombia. No es lícito en absoluto usar los dineros de la Tesorería General para pago de servicios parlamentarios, electorales o de cualquier otra índole; ni pueden ofrecerse sueldos o contratos a cambio de un voto que repugna a la conciencia, ni las condecoraciones, premios y honores de esta nación pueden darse a cambio de servicios estrictamente políticos, porque esto es peor que pagar con fondos personales la claudicación y entrega de la conciencia y del alma.

Cuando escribí arriba sobre la impunidad, representaba en ello tan solo que no hay en las cárceles delincuentes responsables de haber asesinado conservadores y si digo mentira que se me dé la estadística, la simple lista de los asesinos liberales que paguen con su libertad el delito. Si éste no es un régimen que favorece la impunidad, que la Sección de Justicia del Ministerio de Gobierno diga cuántos sumarios se han perfeccionado y cuántos criminales se encuentran detenidos y así retiraré la afirmación enfática de que el gobierno de Su Excelencia Olaya ha favorecido el asesinato como instrumento de sufragio. Pero cuando hablé de impunidad no comprendía esta repugnante en que se hallan los prevaricadores, los que violaron un apremiante juramento y los que mediante el soborno consiguieron los prevaricatos. Porque esta impunidad no se explica como la otra por las necesidades electorales del liberalismo, sino por ceguera moral de los protagonistas y por la estupidez inmoral de nuestra opinión pública, detestable, loca, para la cual el cohecho es una de las bellas artes.

Semejante deformación del criterio para juzgar los fenómenos del mundo moral, se explica por la incierta composición filosófica del régimen. Del eclecticismo, de la pereza y de la indiferencia mentales, de la dispepsia doctrinaria hizo el canon supremo. ¿Es conservador? No, porque persigue como un jacobino, porque el capricho, el rencor y la complicidad desacreditan el principio de la jerarquía. ¿Es demagógico? No, porque se opone con furia a las modificaciones de la Constitución ortodoxa. ¿Es socialista? No, porque odia al pueblo y porque desde el principio cayó voluptuosamente en brazos de la glotonería capitalista. ¿Es plutócrata, está en manos de una aristocracia? No, porque simplemente selecciona un clan de copetones arruinados y de parientes ricos, y porque la categoría de renacuajo no es obstáculo para subir que se pruebe tener alma de subperro. La filosofía del régimen explica el sistema de bellas artes que profesa el doctor Olaya Herrera. Por fortuna, el almanaque va momificando aceleradamente al presidente pálido y el aroma de sus prácticas corrompidas ya huele a rincón y a moho.

EL ESQUELETO PERFUMADO

En Escocia dieron cuenta algunos ciudadanos de haber divisado, en tierra unas veces y otras sobre las aguas de un lago que comunica con el mar (en Loch Ness), cierto monstruo inmenso y deforme. Algunas semanas después los incrédulos tuvieron confirmada la extravagante nueva, porque sobre una playa de Francia (en Querqueville), apareció muerta la bestia inclasificada y formidable. El monstruo de Loch Ness, no era un escualo, ni anfibio, ni cetáceo, ni pez, ni mamífero. Tenía aplastada y pequeña cabeza de víbora, con ojillos claros, reidores y alegres. La garganta parecía noble y musical como la del cisne. Pero el resto del cuerpo era inclasificable. ¿Macho? ¿Hembra? Sesenta metros de gelatina, pletóricos, viscosos, trémula cárcel de las turbias entrañas, monumental tonelaje de materia almizclosa, han desconcertado a los sabios. Unicamente dicen que de esa frigorífica que es el Norte de América, impulsado por oscura ambición de su instinto emigró al Sur, donde su clase —tremendo residuo de la prehistoria—, no hallaba alimento y murió sin grandeza, sin dignidad que remedara su tamaño, de pura hambre sarnosa.

Pero lo satánico de esta verídica historia es que la baja marea deposita la corrompida gelatina en la playa y la alta marea arrebata de nuevo esa pestilente carroña, que navega como en vida, descollante sobre las aguas la cabeza de áspid, ondulante el melodioso cuello; pero podrido se mece en el columpio de las aguas todo el cuerpo innominado. Desde hace cuatro meses se descompone el histórico mortecino y todas las noches el espumante océano lo arrebata, exhibe la podredumbre lívida que infesta hasta el último horizonte distante, para asco y terror de los que por allí navegan. No hay piedad para la carroña, no hay piedad para los vivos, la pestilencia fantasmal, putrefacta y formidable se riega sin término y el propio océano asqueado la vomita en la playa. Aquel cadáver inmundo no acaba de corromperse, no se sabe cuándo terminará el suplicio y quienes alguna vez percibieron el nauseabundo hálito están meses enteros reviviendo en su olfato la fragancia espesa, aborrecible y dominante.

El gobierno de Su Excelencia Enrique Olaya Herrera quedará depositado en las playas de la Historia Política de este país como el monstruo de Loch Ness, gelatina egregia, pletórica y hambrienta majestad, terror de los pequeños e inquietud de los sabios. La carroña del régimen se podrirá e infestará inacabablemente, y si en un futuro distante la cólera del pueblo en una de sus plenarias quiere alguna atrocidad lívida y fantasmagórica, corrompida y sin gracias, como término último de comparación con alguna viscosa ignominia contemporánea de vuestras nietas, esa cólera bramante y desbordada vendría a este sitio infortunado del tiempo en que ahora nos hallamos, para arrebatar el esqueleto meciendo en la noche turbia su fetidez inviolable*.

---

* **El País,** mayo 4 de 1934.

ENFRENTAMIENTO CON OLAYA HERRERA EN LA CAMARA DE REPRESENTANTES

(Versión de El País), febrero 6 de 1935.

El Representante Ramírez Moreno manifiesta que se halla de acuerdo en algunos de los conceptos expuestos por el Representante Gerardo Molina, pero que considera fatal para el país el que se facilite el acceso a las universidades contribuyendo en esta forma al aumento del proletariado profesional existente, ya demasiado numeroso, el cual constituye un serio problema para el país. La universidad debía cerrarse por diez años a fin de arrebatar a la opinión de provincia el concepto de que solo dentro de las carreras profesionales se obtiene el éxito, y haciéndole ver que mejor se sirve a la prosperidad nacional con el arado fomentando la producción que ingresando a una universidad mala que lo que hace es descentrar al individuo ante la vida y hacer de un trabajador un candidato a la burocracia.

LA CLAUSURA SUBITANEA

En estos momentos, ocho menos diez minutos de la noche, se presenta nuevamente el señor Ministro de Gobierno, doctor Darío Echandía, quien venía del Senado y entrega a la Secretaría el comunicado del gobierno que acompaña el decreto sobre clausura del congreso.

El Secretario lee el mensaje del Ejecutivo en el cual se dice que el señor Ministro de Gobierno, a nombre del mismo, declarará clausuradas las sesiones extraordinarias de 1935. Leído el respectivo decreto, el Representante Ramírez Moreno solicita se le deje concluir su exposición.

LLEGA OLAYA HERRERA

En estos momentos entraba en el recinto de la Cámara el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Olaya Herrera. Las barras se vieron colmadas de la acostumbrada chusma de manzanillos que le hace la claque. Los manzanillos penetraron dando sus acostumbrados gritos y la sesión hubo de suspenderse prácticamente por breves minutos.

RAMIREZ MORENO CONTINUA

El Representante Ramírez Moreno, restablecida la calma, continúa imperturbable su exposición sobre el tema educacionista. Habla el orador de nuestro problema sobre higiene, de la lucha contra la lepra y dice que después de esta capital cuestión continúa en su orden el problema de la cultura.

LA COACCION DE LAS BARRAS

Los manzanillos de las barras intentan, por medio de vociferaciones acallar al orador. El Presidente Prieto agita débilmente la campanilla sin dar muestras de hacer respetar al orador.

Entonces el Leopardo se sitúa ya en el terreno político y pide al "respetable público" que cese de aclamar a su héroe y reserve sus gritos para la salida, porque tiene por el momento algunas cosas que necesariamente tiene que decir al señor Olaya Herrera...

Las barras estallan en vociferaciones, tratando de impedir que el orador continúe.

EL LEOPARDO CONTINUA

No veo ninguna dificultad en que estando presente el Gabinete Ejecutivo me permita en estos momentos rendir mi saludo a cada uno de sus miembros. Está en primer lugar el señor doctor Echandía, quien ha venido luchando con valiente tesón por la cédula electoral, por la purificación de nuestras costumbres comiciales y por dotar al país de un estatuto eficaz en la materia. Ha librado campañas en que las líneas de su estatura intelectual han dejado clara huella entre nosotros, por su amor a la República, por su fervor democrático, estoy seguro que continuará laborando en forma que podamos saludarlo en el próximo Congreso con la misma complacencia.

El señor Ministro de Hacienda, doctor Soto del Corral, a pesar de su inocente apariencia, adquirió en poco tiempo las características de un movimiento sísmico para la economía nacional y para los tranquilos burgueses que veían en él a un hijo mimado. Estos decretos-leyes, que no fueron presentados a la consideración del Congreso como un día se ofreció, han sido suficientes para iniciar hondos trastornos en la vida económica del país y su establecimiento a espaldas del Congreso, de la voluntad soberana de la nación que debiera decidir sobre ellos, patentiza el incumplimiento de la palabra del Presidente López, que se presentó como el primer demócrata de la República y que en virtud de estos actos inconsecuentes y dislocados da la sensación de tomar la gestión gubernativa como cosa de poco momento. Parece, pues, que no haya un hombre serio en el Palacio de la Carrera.

Reconozco en el señor Ministro de Educación la buena fe que acompaña sus proyectos, pero le llamo la atención para que el juego de su imaginación romántica no lo descarríe de la realidad nacional, ni que la estructuración de su libre pensamiento le juegue una añagaza, al dejarse influenciar de los elementos anticlericales que le pretenden acompañar, para que se conserve la tranquilidad de las conciencias y la paz religiosa del país. Así, pues, espero también que lo saludemos más tarde con igual gusto.

El señor Ministro de Industrias, a quien no conozco personalmente, pero que por sus actuaciones en el Norte de Santander me da la impre-

sión de un temperamento ecuánime, encontrará en su Ministerio serios problemas a resolver; un estado de agitación obrera bastante delicado, pero confío también en que sabrá conservar las modalidades republicanas de su carácter.

¡LLEGO EL QUE ESPERABAMOS!

Por último, está presente el funcionario de reciente nombramiento, a quien por tanto tiempo hemos esperado, al que queríamos ver sentado en estos sillones, oyendo nuestras justas acusaciones...

En este momento las barras estallan en una tempestad de vociferaciones. Se oyen gritos: "No lo dejemos hablar, no lo dejemos hablar". La interrupción dura algunos minutos. Al orador lo insultan. La Presidencia es una cosa pasiva, inerte, la campanilla se desmadeja sin voz.

El Representante Montalvo, en tono enérgico, pide garantías para el orador y amenaza con pedir sesión secreta.

EL ICONO SE DESMORONA

Restablecido el silencio, el Leopardo imperturbable continúa su admirable improvisación:

No imaginéis que voy a representar en estos momentos la comedia de David y Goliat. Ofrezco no decir nada desagradable ni detonante al señor Olaya Herrera. Comprendo la colérica sorpresa de un público que esperaba que con la presencia de su ídolo, acaso nos escondiéramos bajo las curules...

En la barra: sí, sí, sí...

El orador: Pues bien, para mí no tiene emoción, a mí no me inmuta la presencia del joven expresidente, porque lo que para muchos es objeto de primitiva veneración, para mí sí es apenas una cosa que se puede manosear todas las veces que se quiera.

La claque manzanilla interrumpe nuevamente al orador y el bochorno de sus gritos se cierne sobre el hemiciclo por varios minutos.

El Presidente Prieto:

—En la forma respetuosa, más rendida, suplico a las barras hagan un poco de silencio.

El Leopardo prosigue:

Todavía creo que este pueblo no es del todo insensible al llamamiento del honor. Pues bien, en nombre del honor de un partido político per-

seguido, cuya personería represento en estos momentos, en nombre de mi propio personal honor y de mi orgullo de parlamentario, pido se me deje decir lo que he repetido durante cuatro años al Presidente Olaya Herrera, ya que tengo la fortuna de tenerlo a mi alcance.

EL CUARTO DE HORA TERRIBLE

Las barras nuevamente interrumpen al orador. La Presidencia interviene en tono más decidido y para que no lo consideren un muñeco, según sus propias palabras, pero notifica al orador que le aplicará el cuarto de hora.

El Representante Palau protesta, hace leer el artículo 147 del Reglamento sobre las sanciones a la barra y dice al presidente que el Reglamento no se puede aplicar unilateralmente.

La Presidencia notifica por fin a las barras que al próximo disturbio las hará despejar.

El Leopardo:

—Sí, es en nombre del honor de mi partido y de mi propio honor, en nombre de la dialéctica fatal de mis anteriores acusaciones, en nombre de todos los patriotas que nos hemos sentido disminuidos y humillados por obra y gracia del señor (indica a Olaya Herrera), en nombre de la nación, es que quiero repetir brevemente, en síntesis mortal, aquellos interrogantes sobre los cuales ha guardado tembloroso silencio el señor Olaya Herrera.

Por lo demás, era natural que este público que vivaba al Perú, que vivó la entrega del Catatumbo, que aclama al desguarnecedor de Leticia, es apenas natural, repito, que este público se imaginara que corríamos como liebres cuando se presentara el presidente amigo de mister Mellon.

Pero cómo es posible que yo oculte mi admiración sorprendida ante la presencia de tan maravilloso señor que tantos beneficios trajo al país. Cómo no voy a admirar, por ejemplo, al hombre maravilloso que con el programa de la concentración nacional, con ese jarabe tóxico lograra que el partido liberal que siguió un día las huellas románticas de Rafael Uribe Uribe, al brioso partido liberal que supo dejar en la arena ensangrentada de la lucha civil el recuerdo de su heroísmo, de ese gran partido en donde militó el negro Marín, ese gran caudillo, ese gran señor de las llanuras del Tolima, que nunca quiso claudicar; cómo no me ha de sorprender que ese gran partido liberal, siguiera sumiso, olvidado de sus héroes espejeantes, la huella de quien supo esconder su juventud bajo el amparo muelle y remunerado de la hegemonía conservadora, para lograr lanzar un programa político anodino en el cual se mecía como un auténtico gorila, proclamando la concentración nacional.

Cómo no sentir admiración ante este ciudadano, otrora modesto y acucioso colaborador del conservatismo, que logra sentarse en la misma mesa con mister Mellon, tratar sobre los problemas del país, con el desprecio olímpico de quien habla de una infeliz republiquilla, porque este ciudadano parece haber nacido para gobernar el Imperio Británico y allí preparar la entrega del Catatumbo y venir sobre esa base a ofrecer al país una mentirosa redención que nunca llegó. ¿Cómo no admirarlo?

EL COLOSO DEL LUGAR COMUN

Cómo no admirar a este coloso del lugar común que desguarneció a Leticia, que tuvo siempre el gesto humillado y complaciente ante el rubio yanqui a quien entregó todo lo que pudo, que se convirtió en una culebrina contra la Constitución del 86...

Las barras protestan.

El orador aclara: Culebrina no es una mala palabra, es un cañón anticuado.

Este ciudadano, que durante cuatro años fue el defensor de los banqueros y de los capitalistas, fue quien recargó al pueblo abrumado, de nuevos y pesadísimos tributos, quien aumentó la deuda pública en tantos millones, quien después de ofrecer salvar y redimir a las clases desvalidas solo supo ser el favorecedor de las clases prepotentes, de todos aquellos que lograron a su amparo improvisar capitales en un día y por último abrir un boquete en la frontera patria para que entrase el pirata que espiaba más allá del Río Mar. ¿Cómo no admirarlo?

Las barras promueven nuevamente un formidable escándalo.

El Representante Peñaranda Arenas:

—Como no estaba en disposición la Cámara para semejante discurso del Representante Ramírez Moreno, dejémosle hablar, que el doctor Olaya Herrera sabrá si lo castiga con su palabra o con su silencio.

El Leopardo continúa desafiante:

—Por fortuna llegó, aunque tardíamente, el sujeto que jugó con el patriotismo nacional, haciendo la farsa sangrienta de la guerra con el Perú, el que corrompió las costumbres políticas porque hubo un día, señores liberales, en que un traidor del partido conservador no se compraba con todo el oro del mundo, pero la crisis rebajó los valores, el señor Olaya Herrera lo supo y se apresuró a comprarlos, pero no con su propio dinero, sino con el de la nación, con el de todos, con los cargos públicos que distribuyó como premio y paga a la deslealtad y a la felonía. El señor Olaya Herrera es un hombre muy importante de Boyacá, como decía Umaña Bernal, pero vosotros (se dirige a la barra) vosotros le habéis dicho que es el primer estadista de América, y él, cándido, se miró en el espejo, contempló su estatura y así lo creyó, pero

aún no sabe quizás que la historia recogerá su silueta para arrojarla de sombras, y que las generaciones futuras, despejada esta noche de cuatro años en donde solo nos alumbró el brillo de nuestras lágrimas, sabrán condenar su memoria con inflexible anatema.

Pero se necesitarían cuatro años para lograr analizar todos los actos de este sujeto.

El Presidente Prieto:

—Le quedan dos minutos, honorable Representante.

El orador:

—Así, pues, solo hago una síntesis suprema de ese boquerón oscuro que fue la administración Olaya Herrera, jalonando los hechos principales por los cuales no quiso responder. Lo demás lo harán la historia y las generaciones del porvenir, ya que la presente generación supo aprovecharse del instinto esclavo que le supo infundir, quien recibió una nación libre, un pueblo erguido y nos entrega esa cosa amorfa que sabe vivar al enemigo de la patria. ¿Quién es el responsable de todo esto? ¡Vedlo ahí! (Señala al señor Olaya Herrera).

HABLA OLAYA HERRERA

En seguida toma la palabra el señor Olaya Herrera.

Dice, en primer término, que sobre ningún hombre del país se habían desatado tal cantidad de calumnias y de diatribas, pero que todas esas diatribas se han amellado contra la coraza de su pecho. Que cuando los políticos lo abandonaban, tenía de su lado al pueblo generoso que lo acompaña.

UN ENEMIGO RESPETABLE

Se refiere en seguida al Representante Ramírez Moreno y declara que es un enemigo que le merece respeto, porque jamás pisó las antesalas de su Administración; porque cuando un día, seducido por su talento y por sus grandes cualidades quiso atraerlo para que colaborara en su gobierno, el Representante Ramírez Moreno lo que hizo fue alejarse de él, por eso es digno de respeto y puede presentarse como ejemplo a la juventud colombiana.

Después de referir una anécdota del General Yackson, dice que ante los ataques de que ha sido víctima por parte del conservatismo, destaca la ingratitud de ese partido, porque desde 1930, cuando el movimiento nunca visto que lo llevó a la Presidencia, procuró detener la reacción de los antes vencidos y hoy vencedores para que no aniquilaran al partido conservador. Presenta como ejemplo el caso de los Santanderes. Agrega que llamó a colaborar al partido conservador.

El Representante Ramírez Moreno le pide el favor de una interpelación.

El señor Olaya Herrera la niega.

El Representante Ramírez Moreno:

—Era para preguntarle sobre la desguarnición de Leticia.

El señor Olaya Herrera dice que ese es un hecho aislado, que no fue la causa verdadera, puesto que la culpa recae sobre el partido conservador que no armó ni preparó la República para esas posibles emergencias. Dice que hoy está armada y que a pesar del error cometido por el difunto Senado que no quiso aprobar el protocolo creándole una grave situación internacional al país, la República está armada y los hombres del gobierno sabrán afrontar todas las emergencias.

LA CONSTITUCION HA MUERTO

En seguida dice que el momento presente es tan solemne en la vida política del país como aquel otro cuando el doctor Núñez declaró que la Constitución de 1863 había muerto y que solo existiría el patíbulo para Gaitán Obeso, la prisión y el exterminio para los jefes del radicalismo, la prensa amordazada y el Parlamento clausurado.

Luego dice que el liberalismo no tiene la culpa de los errores cometidos por el partido conservador y por sus dirigentes y acusa al conservatismo de haber convertido al clero en instrumento de sus apetitos electorales.

Por último declara que el proceso histórico sobre su Administración se encuentra abierto y que sabrá venir a defenderse llegado el caso, no con la serenidad y la prudencia de que ha hecho uso, sino con energía y con cólera, si fuera necesario.

En seguida la Cámara aprueba el acta de la sesión.

El Presidente de la Cámara declara clausuradas las sesiones extraordinarias de 1935.

Eran las nueve y diez minutos de la noche*.

---

* **El País**, 7 de febrero de 1935.

VIII
DISENTIMIENTO DE LA POLITICA DE LAUREANO GOMEZ

EL BARCO

CARTA POLITICA A LAUREANO GOMEZ

Manizales, diciembre 18 de 1936.

Señor doctor don Laureano Gómez

Bogotá.

Estimado amigo:

Contra todo lo que pudiera preverse entiendo que ha llegado el caso de que el Directorio Nacional, próximo a extinguirse o de que usted como jefe permanente del partido, hablen públicamente a propósito del diálogo cordial entre Aquilino Villegas, a quien todos respetamos, amamos y admiramos y Silvio Villegas, a quien yo amo, respeto y admiro.

Muy distinguidos caballeros de Cartago, encabezados por el importante copartidario doctor Luis Alfonso Delgado, cuando pasé por esa ciudad, acudieron a mí, dizque en busca de orientación, porque se hallaban oscilantes por el carteo entre los Villegas. Tuve entonces la idea de que si para algo sirven las directivas y los jefes, deben probarlo cuando su gente pide rumbos o confunde las metas. Y es tanta mi sensibilidad al dictado de esta obligación, que de una vez comprometo fríamente mi concepto, aun cuando no ignoro que la única manera de no equivocarse, es permaneciendo mudo, ciego, sordo e inerte como una bella estatua. Si nuestras juventudes quieren saber cómo pensamos, y si nuestras masas necesitan saberlo, si una convención muy próxima tienen el derecho de obligarnos a hablar; creo que es preferible arrojarse de una vez a definir con claridad plenaria el concepto del Directorio sobre este problema impertinente; y como no quiero eludir en forma alguna el cumplimiento de lo que será mi último deber como jefe eventual, me apresuro a comprometerme, para que la convención, la juventud y el pueblo, sepan cómo piensa su obediente fideicomisario.

El problema doctrinario que consiste en saber si el partido es o no defensor de la democracia, es una absurda abstracción, porque esencialmente y por el estatuto ideológico que le dieron sus fundadores, corro-

borado siempre por sus jefes, el conservatismo es demócrata. Preguntar si el partido es doctrinariamente defensor de la dictadura, equivale a interrogar al comunista sobre si defiende la propiedad individual. Pero el conservador puede apoyar un poder absoluto como remedio contra el caos demagógico sin que su apoyo represente apostasía.

Es preciso tener en cuenta para juzgar el negocio, que los hechos superan a las teorías, les imponen su gobierno de hierro y de ahí que yo considere que la fuerza del diálogo entre los dos Villegas, queda nulificada absolutamente por la mecánica aplastante de la vida, que desprecia el divorcio glacial de las ideas y exige unidad táctica ante una fiera atacada de epilepsia.

Pero si se ve solo un fragmento de nuestro mundo político, se desenfocan las realidades ideológicas por ver solo las realidades físicas y viceversa. Entonces es seguro matemáticamente equivocarse. No se puede mirar solo a las **constantes** de la inteligencia ignorando los **movimientos cíclicos** de la vida. Tal apedazamiento de nuestras circunstancias ha hecho surgir el problema impertinente de saber si somos o no demócratas. ¿Alguien lo duda? Que mire a los programas del partido, a la tradición del partido y al honor inmarcesible del partido. Ahora bien: La cuestión es puramente académica, carece de importancia práctica, porque no somos gobierno y porque como oposición se nos trata a la manera de feroces enemigos extranjeros.

Para que se vea cómo no exagero al desvestir completamente de importancia inmediata la polémica, basta crear esta hipótesis: Hemos caído todos en el acuerdo de que en lo sucesivo el conservatismo será antidemócrata. ¿Qué ha pasado? ¿Qué se ha modificado? Nada. El país continuará lo mismo, porque no tenemos en la mano ninguna de las palancas de comando: el presupuesto y el ejército se hallan en las ajenas manos malditas y la opinión pública es una infecta perra postrada y hambrienta. ¿Las tres palancas de comando? Ausentes de nuestro puño.

Entonces debemos concluir que la inteligencia nos ha tendido ahora una emboscada, mostrando lo que separa, en vez de señalar toda la sangre que nos une y todo el dolor que nos enlaza y la espléndida esperanza, que por igual nos ilumina a todos los que estamos amenazados por la epilepsia de la fiera.

La situación que han creado nuestros dos eminentes compañeros de lucha, puedo resumirla así: Cuando Aquilino Villegas contrapone los términos fascismo y conservatismo, tiene razón intelectualmente, y Silvio Villegas tiene razón tácticamente. De manera que el punto por decidir me parece que es el siguiente: ¿Cuál es el criterio que debe gobernar la materia de nuestras relaciones con supuestos grupos antidemocráticos enemigos, como nosotros, de la Nueva Iniquidad? ¿Ha de ser un criterio doctrinario o un criterio táctico?

Antes de responder con el dogmatismo contundente y gascón que tanto daño me hace, adelanto que yo no soy ni un moralista, ni un intelectual: Yo soy un político, soy un soldado al cual disparan y que a su turno trata de hacer tiros. ¿Qué opinarían de mí los jóvenes fas-

cistas y el señor doctor Aquilino Villegas, si mientras balas van y vienen balas y mientras mis hombres caen o avanzan entre un aguacero horizontal de plomo yo me pusiera a discutir con ellos los progresos tácticos realizados desde Epaminondas hasta Hindenburg? Tengo la seguridad de que verían en mí un demente capitán que no merece conducir soldados; porque más le preocupa la ridiculez glacial de la Academia que la solemnidad caliente de la vida. Así, pues, en la situación en que nos hallamos, no hay duda para mí. El criterio táctico impera, manda, es subordinante de los otros.

Pero da la feliz circunstancia de que hay un fácil terreno de entendimiento entre el señor doctor Villegas y nuestros fascistas bogotanos, primero, porque ambos coinciden en declarar que hay enemigo a la derecha. El doctor Villegas dice que ese enemigo son los fascistas y éstos manifiestan que el enemigo a la derecha es el partido conservador al cual desacreditan y atacan con el mismo brío integérrimo que despliegan para combatir al partido liberal, y, segundo, porque suponiendo que la convicción antidemocrática de algunos jóvenes conservadores esté llamada a larga vida, hay un campo de alianza intelectual por el tiempo que dure esta batalla: Ellos no creen en la democracia como forma de gobierno y nosotros no creemos que hoy exista la democracia en Colombia. Ellos serían unos desilusionados de la democracia y nosotros somos unos desesperados de la democracia, que es exactamente lo mismo mientras estamos en la oposición bajo la Nueva Iniquidad.

Yo explico por la postrada situación de la República y por la ausencia del sufragio, justifico por los crímenes políticos interminables y por la persecución que no se fatiga, el desencanto que hoy cultivan los jóvenes por la democracia, al tiempo, que nos ven usando métodos de combate inadecuados contra los bárbaros violentos que han trocado a Colombia en una perrera resonante. Cuando debíamos reunirnos entre un silencio nudoso de guayacanes contundentes, lo hacemos entre un ruido elocuente de discursos inermes. El día en que una táctica —nueva totalmente— encuadre los movimientos del partido, no habrá conflictos intelectuales. Reconquistado el mando, entre el humo de los habanos costosos y en el ambiente académico del Palacio de la Carrera, discutiremos corporativismo, democracia, regionalismo, totalitarismo, socialismo, etc., con quienes formen parte del gobierno. Por ahora, y con la soga del verdugo al cuello como único estimulante de la lengua, tratar de batirnos locamente por la dictadura o por la democracia, por Einstein o por Hitler, en vez de entendernos aun cuando sea por señas sobre un sistema adecuado de escape y de revancha, es lo pluscuamperfecto en materia de suicidio por declamación.

Somos, estimado amigo, los encargados de conducir un barco que se incendia. Algunos jóvenes tripulantes apasionadamente insultan a la brújula y quieren quebrarla. El Directorio Nacional ha sido sordo a sus gritos y continuará siéndolo. Ellos pueden exclamar que no son tripulantes de este barco, ellos pueden continuar odiando nuestra brújula, pueden ellos maldecirnos y denigrarnos sin que ocurra novedad en nuestros corazones, porque nosotros sabemos que si tripulan nuestra propia nave que nuestro deber es salvarlos y que en el momento de

prestar un servicio positivo, religioso e insigne, entre los aparentes enemigos internos es posible que hallemos resueltos voluntarios.

No hay enemigo a la derecha, estimado doctor. A los jóvenes que se proclaman enemigos del partido conservador, debemos tener la fácil magnanimidad de tratarlos como a nuestra propia gente. Así, veo yo el deber primero y vital de un jefe capaz de llevarnos a la victoria, no solo por su coraje ante la censura y la muerte, sino también por su genial oportunismo táctico.

Creo que mis puntos de vista son exactamente los suyos y los de nuestros eminentes colegas Ospina Pérez y Carreño.

Devotamente suyo...*.

PROCLAMA AL CONSERVATISMO, DEL 8 DE FEBRERO DE 1939 Y CARTA DE LA MISMA FECHA AL MINISTRO DE GOBIERNO

Con motivo del reingreso del doctor Augusto Ramírez Moreno a las actividades de su partido, el distinguido político conservador ha lanzado la siguiente proclama:

"A LOS CONSERVADORES

Tengo quejas, pero no rencores; no vengo a rescatar ultrajes porque siempre he perdonado.

No necesito hacer profesiones de fe, porque mis antecedentes declaman mi doctrina.

El conservatismo está didivido, se me llama, yo atiendo y vengo a predicarle unión.

Mi apostolado no alcanzará a los dirigentes; pero tengo la certidumbre iluminada de que el pueblo me escucha.

No soy **campanero de la unión,** sino su siervo. Ni quiero buscar a los responsables de nuestra desdicha porque esto agriaría las disputas; prefiero buscar al pueblo que las odia. El contagio de los dirigentes no ha llegado a las masas, que son solidarias; la afanosa discordia no la entienden quienes viven unidos por idénticos martirios y por las mismas esperanzas.

Evitaré absolutamente censurar la conducta de cualquiera persona. Es invariable mi propósito, en especial si se trata de conservadores; ello sería contrario a la dignidad de mi espíritu y a la excelsitud de la misión que me he impuesto.

---

* **La Patria,** diciembre 19 de 1936.

Si se me injuria por los propios, permaneceré mudo: **doctrina y unión** son los postulados de mi alma y el anhelo de nuestra raza política. Mi ejemplo será tan alto como el corazón de la juventud y como la inteligencia del pueblo.

No represento la violencia ni represento la entrega: soy la acción.

No ofrezco ortigas ni tiendo a nadie la rama de oliva porque nací para el laurel.

El domingo 19 de febrero hablaré en Gachetá sobre la muerte, la fidelidad y el porvenir.

¡Arriba la unión!

¡Abajo los resentimientos personales!

¡Viva Colombia!

Augusto Ramírez Moreno".

EL MEMORIAL DE RAMIREZ

El texto del memorial dirigido por el doctor Ramírez Moreno al señor Ministro de Gobierno, el día de ayer, es el siguiente:

"Febrero 8 de 1939.

Señor Ministro de Gobierno.
Su escritorio.

Señor Ministro:

En el partido a que pertenezco hay quienes opinan que debe conversarse desde Bogotá sobre las elecciones del Guavio, a pesar de la sangre. Yo creo que el conservatismo debe ganar las elecciones del Guavio a pesar de la sangre.

Considero que debe restablecerse el frente de lucha y que el deber de un hombre político consiste en lograrlo. Los conservadores de esa notable provincia, son ciudadanos bien calificados, y tengo la resolución de hablar en Gachetá el próximo 19 de febrero a las once de la mañana, en honor de nuestros muertos fieles.

Se afirma que hoy hay libertad de palabra en Colombia y yo creo que el gobierno controla plenamente la situación de la martirizada villa. Quiero someter a la prueba de los hechos esa afirmación y mi creencia. Iré inerme, acompañado de mi esposa y de tres o cuatro amigos. No creo que ocurrirá nada; pero si algo ocurre no me escondo: mis amigos y yo estamos resueltos a morir en la tribuna.

Si el gobierno me prohibe hablar, se evidenciaría la bancarrota de la Constitución o la deficiencia del Estado. Si hablo y nada ocurre, restauraríamos allí la dulzura de un clima político que todos amamos y los conservadores del Guavio sabrían que su tierra no está perseguida.

No hablaré como jefe; soy un patriota y un jornalero de la unión desamparada.

Esta carta sirve de solicitud de permiso para la manifestación pública que intento; pero no invita a mis copartidarios en duelo a salir a una plaza cuyo terreno fulge todavía con un ardiente brillo cárdeno.

Señor Ministro,

Augusto Ramírez Moreno".

AL INICIAR LA MARCHA

Discurso pronunciado en Gachetá el 19 de febrero de 1939.

LA MUERTE

La muerte brotó en el Paraíso; y como es el castigo del pecado —áspid de oro— imagino que la primera idea que de ella tuvieron los hombres debía mostrarla bajo la forma terrible de una lengua de víbora chorreando veneno.

La muerte no clausura el Edén, sino que se arrastra con sigilo voraz sobre el rastro de los primeros pasos que marcaron las rutas oscuras de la tierra. Cuando las primeras generaciones se tronchan al roce de su implacable labio, debía ser repulsiva porque los niños la entendían oculta bajo su almohada de piedra o tras el árbol que guiaba sus piececitos vacilantes, porque las mujeres no sabían rezar y porque los hombres no tenían nada por lo cual morir: todos agonizaban sin esperanza. Se moría agobiado por la vida, luchando tristemente por ella y la muerte carece de belleza: es una parda fiera.

Súbito, la flaqueza humana recibe un primer blindaje de hierro, cuando el hombre cae defendiendo el recinto de hojas que guarda a su familia. Entonces, el corazón vence al espanto y el sollozo de los sobrevivientes, viste con trémulo pulmón la nocturna pelambre de aquella bestia trágica.

La lucha del espíritu humano contra el terror de la muerte, da un paso formidable cuando las tribus se organizan y los clanes adversos cruzan el aire con alaridos de reto y lanzas vegetales. Como una lengua de fuego desciende el ideal sobre los más intrépidos y —del polvo de la riña— brota, nervudo, el paladín. Innumerables voces repiten las hazañas y el nombre de los muertos gloriosos queda como tallado, por las lenguas fieles en la piedra constante de la tradición. La gratitud y la fama se hacen tradicionalistas, son conservadoras desde el día en que las razas enemigas se golpean.

Por último, la noción de patria hunde sus raíces en la conciencia de la especie. Por servirla, cae el miedo rendido bajo el talón del coraje y ya no mira la muerte con ojos de áspid, ni con ojos de fiera, ni con ojos de llanto, sino que adquiere la marmórea ceguera de la estatua.

Sin la muerte no habría escultores; el purpúreo granito se hace rosa cuando el cincel lo hiere para copiar el rasgo duro de los capitanes y rubios monumentos de piedra despejan sus naves para recibir el labrado cuerpo de los inmóviles, que no parecen, erguidos sobre la constancia de su abnegación y sus victorias.

Pero todavía el hombre no ha vencido a la muerte. Para dominarla se necesita la presencia de Dios en la tierra, y cuando la sangre del costado vierte la última gota sobre el árido suelo del Monte Calvario, quedan garantizadas para siempre la resurrección y la esperanza. Primero se moría con terror, después con resignación, más tarde con orgullo y, ahora, se muere con fe.

Ahí tenéis la muerte de los sacrificados del ocho de enero. Ellos le sonrieron a la mañana con un gesto augural. Cumplían el deber ciudadano de ostentar sus ideales y de recibir a sus jefes. Los animaba la certidumbre honda de que eran entraña de la patria e hijos de la sagrada religión. ¿Cómo vieron la muerte? como un tributo a la causa esbeltísima de Arboleda y de Caro, de Suárez y de los Ospinas; la miraron como el primer paso a la verdadera redención. Entre tanta sangre como la barbarie política ha vertido últimamente entre nosotros, ninguna tan feraz en bienes. Todos habéis conocido el viejo rosal que prestó adornos a las abuelas y aromó a las madres cuando tenían el cabello raudo de las novias. A fuerza de regalar fragancias, colores, terciopelos, empobrecido, comenzó a mustiarse: era el pordiosero del jardín. Un día lo azota con su foete el salvaje hortelano, pensando destruirlo y consumar su ruina. Los niños revolucionarios lo creían muerto y ensayaron la mano irreverente contra la decadencia de las viejas espinas. Una madrugada el jardín entero parecía un milagro, porque el rosal antiguo amaneció vestido cual un Dios, con la egregia juventud de los capullos. Todo lo caduco había desaparecido, los colores nobles esparcían su delicia sobre el terciopelo de los pétalos, serenas y ardientes fulgían al sol aquellas nuevas rosas y las espinas pulidas se hicieron peligrosas para el hortelano salvaje.

El partido conservador, ¡oh!, sacrificados del ocho de enero, es un viejo rosal y hay que azotarlo para que produzca flores.

LA FIDELIDAD

Sin la muerte de los católicos, sin la muerte entendida como esperanza, no habría Fidelidad. Solo por ella vencemos el estrago de los días, el hormiguero de los minutos voraces. Las excelencias de esa virtud patricia hallaron una tarde su símobolo en el firmamento; cuando Melchor, Gaspar y Baltasar hendieron la arena del desierto para enlazar sus camellos, alzaron los ojos al cielo y una estrella, con filos de custodia, rasgó la oscura comba azul. A horcajadas sobre las oscilantes jorobas, siguieron el reguero impalpable que dejaba en los aires aquel signo de lumbre. Al descender, un niño príncipe, sonreía entre el tamo, bajo la quieta mirada inmaculada de la Virgen María. Los Reyes Magos

fueron los primeros fieles y la fidelidad es desde entonces una Belén de constancias, resplandor celeste sobre la escoria de la vida porque descendió a nosotros en la forma inefable de una estrella.

La especie aprende a ser fiel cuando Cristo nace, cuando un niño llora, cuando una virgen mira; por la fidelidad hay hombres inmortales y gracias a ella, nuestros muertos edifican y aleccionan; por ella los cementerios son eslabones irrompibles de la tradición, cuarteles para los ángeles guardianes de la nacionalidad. Cada una de las cruces sembradas el ocho de enero por las aleves armas deshonradas, son monumentos a la fidelidad y los incorruptibles maderos se cruzan para jurarnos que mientras haya estrellas y azul sobre el territorio de Colombia no es posible desesperar de la victoria.

El hombre fiel persiste en sus ideas cuando la adversidad alza su cuerno. Olvidado y aun ultrajado por los propios, no se inmuta. A pesar de las calumnias y de las envidias y de los infundados temores, acude al lado de los suyos con gentil talante en las horas supremas, sin reclamar autorizaciones ni prebendas. No rectifica sus convicciones honradas ni bajo la amenaza ni por el halago y vive dispuesto a morirse al pie de sus palabras como si fueran banderas.

Creo haberme descrito. Porque he venido hasta vosotros, caballeros del partido en el Guavio, la habilidad de unos pocos quiere señalarme como cómplice de los liberales; por fortuna el pueblo me conoce y ni los propios calumniadores creen en su conjetura infame. No es acto de heroísmo realizar este viaje, a pesar del cárdeno augurio del ocho de enero y lo que sorprende es que los responsables del frente de lucha no hayan querido restablecerlo viniendo a demostrar que a los fieles que cumplan con la causa no les ocurrirá maleficio ninguno.

He sido tan fiel a los otros, como lo soy conmigo mismo; hostil personalmente a las directivas, aplaudí su política de convivencia porque soy equitativo y justiciero. Traicionarse a sí propio es una falta que se paga. Hoy quiero practicar como político conservador lo que antes aplaudí en mis perseguidores como ciudadano conservador, mitigando sí las exageraciones amorosas que tuvo en su lenguaje la convivencia y haciéndola más previsora y eficaz en la defensa de los conservadores.

Cuando la Iglesia Romana define temas de moral, créome obligado a rendirme sin discusión a su enseñanza, porque soy fiel a mis convicciones religiosas; y si el Primado de Colombia condena el atentado personal, yo tengo que rechazarlo, al tiempo que miro con tristeza cómo algunos católicos no atienden esa ley, esa definición de la Maestra indiscutible y única. No fue nunca el conservatismo chusma de asesinos. Presentarlo como tal e incorporarle como táctica una grave apostasía, es traicionarlo.

Mas, la fidelidad es virtud tan ilustre que rescata los peores yerros; y así, es con emoción arrebatada como rindo el tributo de mi respeto al jefe único del partido, señor Jorge Vélez y a los notables miembros del Directorio de Cundinamarca, porque continúan resueltos a

desafiar a la Iglesia y a ejecutar por su mano las sentencias de muerte. Intrépida acción la de esos capitanes, porque en vez de usar como instrumentos a quienes les obedecen, se ofrecen a cumplir los juramentos y a sobrellevar los castigos. He sido fiel y continuaré siéndolo. Mis amigos y mis adversarios conocen que sobre mi tumba puede labrarse con oro y hierro la palabra **fidelidad.** Ninguno de mis contemporáneos es fiel si se compara conmigo. La ruta de mi alma es la fidelidad; pero sin los muertos del ocho de enero acaso no había tenido fuerzas para olvidarme del pasado; a ellos les debo la curación viril que le hice a mi herido amor propio un mes después, el ocho de febrero, cuando reaparecía en la arena. Vuestra sangre —¡oh sacrificados!— es la túnica de mi demencia.

Para representación adecuada de la fidelidad, los hombres han buscado símbolos absolutos: el conciso anillo de los esponsales, cerrado como un teorema, el sol que condecora de luces el vasto pecho de la tierra, el suspiro que es la respiración del alma, una mujer implorante y muda que supera en carne todas las palabras de Esquilo, y el ara del sacrificio, el bronce de las estatuas impávidas, los dos leños cruzados que nos esperan al final de la marcha, ahí tenéis el pueblo de símbolos con que honramos la fidelidad, creadora de inmortales y viático de los que nos hundimos sin nombre, para abonar la ambición gentil de los héroes y para robustecer el subsuelo de la historia, que se adelgaza en las épocas viles.

De tal manera está preparado el hombre para rendir homenaje a la fidelidad, que los tránsfugas, los perjuros, los oportunistas, los que abandonan sus ideas, sus amigos o sus juramentos, son estigmatizados por el desprecio y solo cuando se arraiga en la especie el gusto de la esclavitud, las naciones entregan el cetro a los trapisondistas coronados.

El partido conservador de Colombia es una asociación de libres —y por ello— los muertos fieles del ocho de enero, prosperan en nuestro recuerdo con el desembarazo de los capitanes. Eran oscuros antes del drama y ahora, tocados por la estrella de la fidelidad se bañaron de luz y hacia ellos marchamos, como los Magos hacia la estrella de Belén. Cuando la sorda herramienta de los sepultureros rompía los negros aros de tierra que ciñen la sagrada cintura de los cementerios, sentíamos todos que el enterrador manejaba la azada con el atlético respeto del artista que no perfora una sepultura sino que pule un relicario.

EL PORVENIR

El porvenir brota de la fidelidad. En su brega contra el futuro cargado de ágiles sorpresas, necesita el hombre supuestos mentales y supuestos sentimentales que le sirvan al alma de cuartel general. Son más hondas y más fuertes las raíces del corazón que las de la inteligencia. Y la fidelidad es para el corazón un yelmo, el escudo y la lanza. La ingratitud es la ley de las razas vencidas. No es propicio para nosotros el porvenir si juzgamos por el horóscopo escarlata del ocho de

enero; pero esto nos obliga a correr sobre él a tratarlo con violencia de enemigo, a inundarlo, a avasallarlo, a hacerlo esclavo nuestro por la intensidad de nuestra alma y por nuestro limpio clamor. Ninguno de los colombianos es enemigo nuestro, todos estamos obligados a sufrir y a gozar y a trabajar sobre este suelo rico en camposantos, en despojos sagrados de generaciones, en antiguos silencios que nos gritan: por la muerte a la fidelidad y por la fidelidad al porvenir.

Mas yo estaba engañado. Para luchar contra el porvenir hay agüeros propicios encarnados en el alto nombre de nuestros próceres actuales: Valencia, Berrío y Laureano Gómez y Alfredo Vásquez Cobo, Mariano Ospina Pérez, Emilio Ferrero, Abel Carbonell y Jorge Vélez, Pedro María Carreño, Eliseo Arango, el señor General Salazar y el doctor Alejandro Cabal Pombo, Fernando Gómez Martínez, Miguel Jiménez López, José Agustín Noriega, José Arturo Andrade, Amadeo Rodríguez y José de la Vega, forman tal muralla de escudos y de lanzas y admoniciones y glorias y honorables derrotas y hechos insignes y lucentísimas virtudes, que a todos los aclamamos como jefes; sobre mis manos no hay bastón de mando ni en mis hombros presillas; en mis manos solo hay campo para la bandera y en mis hombros no hay constelación de estrellas sino la sombra de la bandera.

Aquí debo lamentar el grave, el hondo vacío que se observa en nuestros cuadros con la ausencia de Silvio Villegas, de Fernando Londoño y Londoño, de Joaquín Estrada, de Gilberto Alzate, de Antonio Alvarez Restrepo, de Arturo Arango Uribe y de sus compañeros. El odio de los propios, su impaciencia, el orgullo de todos, nos rompieron esos fuertes soportes, nos cercenaron el alma, ahora cuando se abre frente a nosotros la gran llanura del porvenir, y en ella, el ancho camino de la historia rumoroso de gloria y de dolor. Por fortuna ese camino se puebla de nuevo con la presencia de nuestras duras y puras gentes conservadoras; levadura y fibra y esencia y sustancia de la patria, raza fidelísima que vive siempre pegada al Destino eterno de Colombia "como un pájaro al cielo". Y me tenéis ante vosotros porque es llegada la hora de la línea recta, de la intemperie bajo las estrellas, del coraje andariego, del acento poético, de la vigilia ardiente. Porque pasó el tiempo de los galanteos oratorios en recinto cerrado y sin peligro me tenéis en esta plaza, límite púrpura de la batalla y a la cual unjo con el grado de frontera del porvenir. ¡Gachetá! ¡Trinchera de la muerte, rostro de la fidelidad, estribo del porvenir!

Aquí en este cielo valerosamente azul, en medio de la luz sincera, levanta un hombre ante vosotros sus manos puras y en sus manos la bandera y alza su voz que quiere ser la columna de fuego que marche por el desierto delante de su pueblo. Y este hombre os invita a marchar hacia los días, que vendrán con la serenidad y la seguridad de quienes combaten por la justicia, heroico el paso como quien avanza al encuentro del tremendo destino bajo la pupila de Dios, bajo la mirada de los muertos del ocho de enero que nos vigilan de pies como los arcángeles y como ellos invisibles.

No vengo a adular al pueblo, no vengo a ofrecer paraísos, no vengo con las palabras colmadas de baratijas y promesas. No faltarán quienes

a cambio de vuestros votos os ofrezcan trocar mágicamente en viandas todos los sueños de un pueblo que sufre y espera. Es inmoral, cobarde y deshonesto que se engañe al pueblo con ciertas promesas que se olvidan al día siguiente de las elecciones, en tanto que se debaten sin paz los eternos ideales de verdad y de verdad y de justicia.

Soy el predicador de la gloria difícil, de la difícil tarea. Creo que a nuestras gentes las están corrompiendo y envileciendo los demagogos preeleccionarios que usan silbantes palabras de seda para prometer todos los derechos y libertades, todas las satisfacciones caseras y los pacíficos deleites grasientos. Nuestras gentes descienden de quienes modelaron a balazos el perfil solemne de la Gran Colombia. Nuestras gentes llevan los mismos nombres empapados de gloria de quienes vivieron por cien años a la sombra de las espadas. La vida será siempre milicia y alerta, combate, avance, pausa y agonía. ¿Quién ha dicho que las patrias gloriosas se construyen con mediocres virtudes?

¿Quién supone que los trabajos de estatura histórica se realizan sin padecer y desangrarse? Ahí tenéis al partido conservador, espléndido animal de combate, desangrado y raído, en su momento de pausa. La quietud mediterránea que ahora vive nos permite contar sus innumerables cicatrices, tatuajes que le dejó la gloria. La República de Colombia, delegó al Presidente Santos para decretar la Convivencia entre los colombianos y el partido conservador la acepta como etapa indispensable para nuevas alertas, nuevas agonías y prodigiosos avances, porque soñamos con que la historia de Colombia vuelva a ser la historia de América. Desde ahora queremos y desde hoy exigimos, en este instante bien aventurado de cordura, una rectificación del espíritu colombiano, para que se alce una patria joven, anhelante, radiante y poderosamente armada sobre el cimiento impávido de las grandes virtudes creadoras: La fe católica, la obediencia al espíritu, el trabajo bien pagado, el capital seguro, el orden que obliga primordialmente a asistir copiosamente a los desamparados. Una patria mejor y más justa para el obrero y el campesino porque son ellos el pulso de la nación, el subsuelo de la historia. Y aquí, algo que viene exactamente, unas palabras claras del gran profeta, poeta, héroe y mártir del Imperio: "Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre. Porque solo se respeta la libertad profunda del hombre cuando se le estima, como nosotros lo estimamos, portador de valores eternos; cuando se le estima envoltura corporal de un alma que es capaz de salvarse y de condenarse. Solo cuando al hombre se le considera así, se puede decir que se espera de veras su libertad y más todavía si esa libertad se conjuga, como nosotros pretendemos, con un sistema de autoridad, de jerarquía y de orden".

Ahí tenéis la base de la Colombia que hemos de construir con fuerza y esfuerzo, con afán y con angustia, con amor y con canto y con muerte si es preciso. Y coronando la armoniosa tarea nacional, la fe religiosa, así como las torres y las campanas coronan de plegaria y aspiración nuestras ciudades.

No sé por qué he tenido de pronto la intuición reveladora, la repentina corazonada de que hablo a todos los hombres de mi patria

desde esta tribuna alzada sobre los hombres heroicos de la muerte, la fidelidad y el porvenir; colombianos de Santander, donde la sangre embriaga como un épico alcohol, colombianos del Tolima, amados y pálidos bajo la implacable lluvia del sol, huilenses de corazón tan claro como la luz sobre las flautas del guadual, compatriotas de los Llanos y de las sabanas a caballo sobre la vida bajo un cielo borracho de luceros, colombianos de Popayán —esa tierra tan suave y tan fuerte como una flor de hierro—, colombianos de Nariño inclinados en actitud de amantes sobre la tierra dulce, monumental y amarga, colombianos del Valle soñando y laborando a la sombra de dos tremendas cordilleras, colombianos de Antioquia, en quienes reside el tuétano leonino de la raza, colombianos de Caldas donde el día se levanta como un palio que sostienen las voces de las mujeres y el trino de las aves, colombianos de Bolívar, del Atlántico y del Magdalena con el pensamiento tempestuoso y generoso a fuerza de mirar el océano y el cuerpo ágil de contactos azules y salinos, colombianos de Boyacá sumergidos en la niebla o en la ternura vegetal de su paisaje; colombianos de Cundinamarca con cuyo contacto fervoroso aquí en Gachetá siento como si una desconocida savia azul me madurara el corazón; quiero clamar frente a la tierra aureolada de martirio; tenemos una cita con la historia de Colombia; que esta cita sea amorosa y fecunda para que la patria que entreguemos a los hijos y los nietos sea digna de la patria rampante de los abuelos.

Miradme, conservadores y desconfiad de la envidia, de las ambiciones personales y de los resentimientos mezquinos, aun cuando se disfracen con la careta solemne de la autoridad. Cuando el abanderado Cristóbal Rilke marchaba al combate, entre la atmósfera electrizante del mito y rodeado de pendones y clarines y lanzas que parecían enarbolar el sol de la mañana escribía a su madre en lejano país brumoso: "Estad sin cuidado, llevo la bandera". Yo os repito con perfecta modestia: "Estad sin cuidado, llevo la bandera". Soy vuestro subalterno, pero exijo que me saludéis con respeto, ¡oh capitanes!*.

"DISCIPLINA PARA PERROS"

Bogotá, agosto 17 de 1940.

Colombiano

Medellín.

Me informan que hoy Gómez excomulga en su diario a quienes nos morimos de risa de su elocuente hipocresía. Quiere contrarrestar la nota publicada ayer por ustedes, invitando él a las masas conservado-

* El Libro de las Arengas, op. cit., páginas 9 a 23.

ras a que expulsen del partido a Noriega, a Ortiz, a Miguel Calle, amigos de Berrío, quien los respalda como está probado. Considero indispensable informar al partido desde ese periódico que no buscamos la unión por la tiranía ni imponiendo el miedo, que nuestra pugna no es con copartidario ninguno, sino con el deprimente sistema personalista implantado por Gómez, quien ha sustituido el razonamiento por una disciplina para perros. El conservatismo no es ya un partido político, sino un partido de profesionales de las dietas parlamentarias, accesibles solo a los servidores ciegos, porque no se consienten los iguales, es decir, los amigos. La única regla es el capricho. Durante tres meses gritó Gómez que el Gobierno estaba entregando la soberanía de Colombia y sin recato coronó de flores al gran Canciller López de Mesa, precisamente por la política extranjera que había calumniado. Las contradicciones más ridículas y deshonestas del glorioso farsante son adoradas por él mismo como obra de Jehová. Sus delirantes espectáculos morales y su pesado cretinismo político le han resuelto al adversario el tema de su unidad interna que ya nuestro jefe está logrando nuevamente en torno a la candidatura del doctor Alfonso López. Queremos la unión del partido sin amarguras, sin reproches, sin excomuniones comerciales como la que suscribió Gómez contra El Colombiano, aventajando así su propio periódico, y sin expulsiones políticas como la risible con que amenaza a Berrío y a sus amigos. Personalmente declaro que estoy resuelto a no ser nada jamás ni en el partido ni en Colombia, antes que renunciar a mi gentil desprecio por la fusta de ese gigante parlamentario cuyo corazón es grande como un piojo. Mi política ante Santos es la que pondría en marcha Carlos Holguín, la de Uribe Uribe ante Concha, la que aconsejan el sentido común y el patriotismo. Sabemos que el partido prefiere las dietas a la política y dejamos que coma, sin esperanza de que agradezca nuestra inapetencia pero contentos de verlo como renquea y engorda*.

CARTA POLITICA A FERNANDO GOMEZ MARTINEZ

"Bogotá, y mayo de 1942.
Señor doctor don
Fernando Gómez Martínez.
Medellín.

Mi compañero, mi amigo:

De nuevo acudo al gran periódico doctrinario que usted dirige para hacerme leer.

Contribuí en todas las formas posibles a la campaña presidencial del esclarecido ciudadano doctor Carlos Arango Vélez, aun cuando su triunfo representaba una pesada victoria de la política personalista

* **El Colombiano**, agosto 18 de 1940.

e indoctrinaria que he combatido dentro del conservatismo. En carta dirigida a usted y en discurso que pronuncié en el Hotel Regina expliqué mis opiniones claramente. Usted sabe que deseábamos el éxito de la coalición y por él hicimos cuanto estuvo en nuestras manos, ajenos a cuanto fuera extraño al interés del partido. Predecíamos el desastre pero deseábamos ardientemente el buen suceso.

No creo que sea ni elegante ni político un debate de responsabilidades. Es un momento de celeste transparencia tras de la noche larga. Parecería humano que yo cobrara hoy los errores o siquiera los desdenes y el rencor que quisieron golpearnos. No debo hacerlo cuando en torno nuestro crece de nuevo la esperanza. El doctor Laureano Gómez sabe que su cólera me ha dejado siempre sonreído o impávido, y por ello, me permito el cumplimiento de un deber: el deber de no injuriarlo. Está vencido y un hombre como yo ofrece —entonces— su respeto. De cuanto dije o escribí no borro nada; pero soy un caballero que solo recuerda ahora la admiración cándida que le ha rendido siempre al parlamentario colosal.

Debemos aplicarnos a una brega tan difícil como larga: curar de personalismo envilecedor a los nuestros para revivir el conservatismo doctrinario. Hay que destruir los torpes hábitos mentales y las propensiones hacia el inmoral oportunismo. Debemos olvidar las amarguras del pasado reciente y perdonarles a nuestros enemigos el mal que nos hicieron condenando nuestra juventud a un pálido limbo, si queremos reaccionar autorizadamente contra las tácticas inspiradas por el odio animal a los extraños y a los propios y si aspiramos a recrear la armadura perdida y podrida del partido de Julio Arboleda, heroico; de Carlos Holguín, múltiple y flexible; de Núñez, creador fenomenal; de Pedro Nel Ospina, magnánimo. No importe que cuando otros dispusieron de todo fueran incapaces de galardonar la virtud o de transigir con el carácter y solo sonrieron a los hipócritas, a los conversos, a los que se arrastraran. Precisamente personificamos los métodos contrarios y nuestra amistad será para todos, sin exclusiones, porque realmente aspiramos a alzar del basurero la unión conservadora, que da primas al carácter y facilita la faena de las inteligencias en un honesto ámbito de libertad.

Entre los muchos antecedentes, públicos todos, en que consta que anunciamos el triunfo del doctor López si continuaba la política del conservatismo, solo quiero referirme a la carta que escribí hace un año a los doctores Silvio Villegas, Francisco José Ocampo, Fernando Londoño y Joaquín Estrada Monsalve. Dije allí:

"Si el partido liberal va unido a las urnas, la culpa será íntegra de quienes no quieren aliarse cándida y francamente con el gobierno y de quienes atacan a López en forma que pone en juego el honor del partido liberal. Es decir: la culpa sería de todos ustedes con su política asombrosa. Si el liberalismo va dividido, con López de un lado y el resto con otro candidato, no sería posible hacer una coalición formal mediante compromisos, porque esto debilitaría al candidato favorecido por nosotros en forma que ustedes no alcanzan a imaginar. De suerte

que habría una coalición sin compromisos formales". Así, pues, que no era difícil profetizar lo que hoy vemos, puesto que un ciego como yo podía hacerlo con la exactitud geométrica que aparece en esta transcripción.

Para reconquistar el poder, hay que transitar la etapa previa de la colaboración con el gobierno, porque sin ella la transición sería demasiado brusca para que el partido liberal la tolere. El supuesto fijo de cualquiera política conservadora es el que hemos preconizado: La conciliación con el régimen, ya que el partido no es capaz de sistemas de fuerza por la ineptitud de sus conductores para exponerse a peligros en la plaza. Un estado de guerra civil con palabras y sin hechos, impide que se relajen las defensas psicológicas del partido liberal, cualesquiera que sea la brecha que hagan en sus defensas disciplinarias hombres ilustres e inconformes del propio liberalismo. Esa odiosa mentalidad de guerra civil no logra meter miedo a los que mandan, de suerte que tenemos todas las desventajas de estar por debajo de un adversario combativo y colérico y ninguna fuerza para quitárnoslo de encima, porque la única forma de luchar que conoce el partido es la retórica. Nadie organiza cuadros de choque para sostener una psicología fratricida en el conservatismo; debemos, pues, darle una psicología fraternal. La única manera de combatir al régimen, es conciliándonos con él.

Si para capturar el mando hay que exponer diez vidas, cien vidas, mil vidas, el hombre político debe exponerlas: Un partido es una asociación de varones resueltos y no un rebaño de corderillos expósitos. Pero el poder no se reconquista sentándonos a llorar sobre esas sepulturas, ni pidiendo venganza con altas voces criminales. Los muertos caen para facilitarnos la faena y nuestra misión como hombres políticos no es vengar a los muertos sino llevar al poder a los vivos.

Fue una imbecilidad negarle nuestra alianza al doctor Olaya Herrera en su pugna con el doctor Alfonso López. Fue equivocada nuestra política ante el Presidente López porque cuando decretamos la abstención debimos dar un golpe de cuartel. Fue un yerro delincuente la posición del partido ante la candidatura López, porque no solo se la calumnió, sino que, inclusive, la tranquilidad de su hogar fue amenazada. A la tesis anticatólica del atentado personal debe su presidencia el doctor Alfonso López. O ¿habrá algún conservador que escuche la orden y asesine al jefe liberal, al presidente de Colombia? Sé que no hay caballero conservador que no monte guardia en torno de un adversario a quien se amenaza con el asesinato y a quien su partido exalta y a quien Colombia solo podría hacerle el reproche de sus ideas. La vida del doctor Alfonso López es respetable para todos y sagrada para quien fue su compañero y su panegirista, para quien por amor lo hizo Presidente y para quien por odio le ha obtenido la honra fabulosa de la reelección.

¿No será posible que el doctor Gómez retire su orden de asesinato? Yo prefiero que esos adversarios se reconcilien y yo defendería y respaldaría la política que brotara de esa reconciliación. Si Laureano Gómez, por servir a Colombia y por amor a su partido, plantea una cola-

boración patriótica con el Gobierno de Alfonso López, yo apoyaría a Gómez en esa política, como simple hombre de tropa, con toda la fuerza de mi carácter. Si esto no ocurriere, ha cesado entonces la unión conservadora de emergencia que se logró con un engaño: La recaptura del poder.

Ahora y siempre,

Augusto Ramírez Moreno*.

CONTRA LAUREANO GOMEZ Y SU POLITICA, PRONUNCIADO POR LA EMISORA NUEVA GRANADA EL 10 DE FEBRERO DE 1943, AL ABRIR SU CAMPAÑA ELECTORAL

Señoras, caballeros:

Al pueblo conservador le tengo fe. Estoicamente ha resistido la tormenta. Nuestras muchedumbres egregias, heroicas con su sangre, generosas con su amistad, incautas con su confianza, se alzan a mi paso con la estatura del porvenir. Yo tengo un solo compromiso con el partido: Devolverle las coces que me ha dado. Pero yo no cumplo y no cumpliría jamás ese compromiso. Quiero la unión de todos. Si mi política se acepta les serviré a todos, empezando por el señor Gómez. No hay vallas de amor propio que marchiten mi ternura invencible por nuestras huestes, que mal gobernadas, postradas, perseguidas, explotadas, engañadas, son como yo, tercamente fieles al nombre y a la bandera que recibimos de la mano sarmentosa de nuestros padres. Si predico entre injurias la conciliación con el régimen, con razón tanto mayor, deseo y afirmo la unión conservadora, la unión de los propios, buscando en un acuerdo político y no sobre repartición de dietas, la unidad de las fuerzas morales que yo sirvo y de las fuerzas electorales que tiene Gómez en el puño. Si predico entre denuestos la conciliación con el régimen, seguiré propugnando la unión conservadora entre desdenes, escupido —por amarla— ¡como si fuera Judas! Y un día habrá conciliación con el régimen; y un día habrá unión conservadora. Mientras eso no ocurra, seguiré insobornable e incansable, golpeando solo donde quiero golpear, porque no quiero crearme resentimiento que dificulten la futura brega.

EL DOCTRINARISMO Y LA UNION CONSERVADORA

Al grupo doctrinario le he aportado solamente la alta moral y la elegancia de mi vida pública. Quienes me acompañan, ponen, además de ello, su actividad, su inteligencia, sus servicios probados al partido y a la patria, su conocimiento de los problemas políticos y de los temas

---

* **El Colombiano**, mayo 8 de 1942.

públicos. Todos ellos desean la unión en las condiciones más honrosas, sin solicitar para nosotros nada, mediante un cambio en el mecanismo interno del partido y mediante otro cambio en la posición del gomismo, frente al partido liberal y a los valores implicados en la guerra mundial y comprometidos en ella.

EL ODIO SOLO DA COSECHAS ESTERILES

Definitivamente declaro que el liberalismo no es un partido de asesinos, sino un partido de compatriotas que merecen tanto respeto como el que reclamamos para nosotros mismos. Categóricamente declaro en nombre de las masas conservadoras, campesinas y urbanas, que el odio solo prolifica en cosechas estériles. Y desde ahora avanzo que si soy elegido miembro del Congreso, estoy dispuesto a promover el surgimiento de una plataforma concreta que permita buscar un acuerdo político grande con el Gobierno.

EL GOMISMO, LEPRA GALOPANTE QUE AMENAZA DE MUERTE AL PARTIDO

Nadie ignora la lucha desigual en que estoy comprometido desde el año de 1937, cuando sacrifiqué todo en aras de mis opiniones honradas, cuando resolví no ser nada jamás ni en el partido ni en Colombia antes que deshacerme de mi gentil desprecio por la fusta de cierto gigante parlamentario cuyo corazón es grande como un piojo. Solo unas veces, acompañado de otras, mi sacrificio estableció el hecho noble de que no personificamos ahora una disidencia electoral, ni una mezquina pasión personalista, sino un movimiento político de perspectivas monumentales que supera las elecciones pero que aprovecha su agitación, de donde emana una atmósfera de grande acústica en que el eco de nuestra palabra perfora distancias psicológicas inmensas. Declaro clausurada la vieja política, la del gomismo, la que enseña el odio como actividad patriótica, la del gomismo romanista que enseña cómo la política no es un medio de servir, sino un medio de subsistir, la del gomismo clerófobo y antipapista, la del gomismo enemigo de la República y traidor a la democracia, la del gomismo, lepra galopante que casi mata al partido conservador. Hagamos su resumen veloz, pero histórico.

PREDICAR LA VIOLENCIA Y REHUIR SUS EFECTOS

Un partido tiene el doble problema de su organización interna y de sus relaciones con el mundo exterior. (Partidos adversos y naciones).

Siguen practicándose, empeorados, los sistemas que nos tumbaron cuando disponíamos del presupuesto y de las armas. Los copetones sabaneros graznan como buitres sobre las provincias que son descono-

cidas y explotadas. De antemano se declara que nuestras muchedumbres serán asesinadas y el jefe que hace el vaticinio descansa de su esfuerzo quedándose en Fontibón, tranquilo y bien guardado. Si el jefe cree en esa violencia o bien ordena la abstención o bien se pone al frente de su pueblo, como lo hice yo cuando había violencia, como lo hice yo presentándome en los sitios de mayor peligro. Es imperdonable mandar a los amigos al matadero, mientras quien los sacrifica se queda en casa preparando los discursos vengadores del Senado. Antes de 1930 el partido sabía cosa distinta a la de insultar y quejarse. Antes de 1930 la juventud era tratada, es cierto, con intolerancia y temor; mas ahora se la corrompe con honorcillos y con sueldos y se le atemoriza con excomuniones y con gritos. Antes de 1930 la disciplina era para ladrillos encargados de transmitir al de abajo la presión del ladrillo que estaba encima; hoy la disciplina es para perros. Antes de 1930 los dirigentes no visitaban jamás las veredas, las plazas, los departamentos; hoy el jefe no los visita pero los explota por medio de El Siglo y bajo la especie de sufragios que aseguran seis mil pesos ($ 6.000.00) anuales a sus aduladores. Antes el partido era católico y ahora es cismático. Antes peleaba y ahora corre porque el responsable de nuestra política no se pone al frente de las masas. Antes era posible tener una garganta, una pluma; un corazón incorruptible; hoy a quienes fueron calificados de traidores se les exalta por su coraje y por la fuerza de su espíritu. Y a tal extremo hemos llegado, que los directorios son motivo de befa porque nadie ignora que su encargo consiste en ejecutar las órdenes y en interpretar los deseos de un amo que rehusa asumir la responsabilidad de sus mandatos. Antes el partido estaba en una oligarquía caduca. Hoy solo donde está Gómez está el partido, lo demás es gleba inerte, sin impulso vital.

HAY QUE REEMPLAZAR CON DOCTRINAS EL CAPRICHO

Quiero que eso cambie. Quiero estatutos para que normas escritas reemplacen el vaivén apasionado del capricho. Quiero magnificar al individuo, de suerte que donde hay conservador, allí esté el partido entero. Hay que interesar a cada sujeto de nuestro pueblo político de tal manera que todos rindan el máximo esfuerzo.

FRACASO DE LAS TACTICAS GOMISTAS

Las concepciones estratégicas, los métodos tácticos del gomismo han fracasado. ¿A qué hablar de la coalición? En mi discurso del Hotel Regina al adherir a ella, pronostiqué su fracaso. La única persona que no podía buscar coalición con los liberales, con el ilustre patriota que había sido Ministro de Guerra del inmortal Olaya, era el señor Gómez, que así demostraba que su sola política es el odio, que lo único sincero en sus campañas del pasado era el oportunismo. La contradicción esencial, la desvergüenza del método, lo herían de muerte.

INESTABILIDAD DE OPINION Y OPORTUNISMO

La política internacional del señor Gómez ha sido deshonrosa para él y para su grupo y perjudicial para el país. Nadie olvida las acrobacias a que se ha sometido para ser antitotalitario cuando surgía la juventud de derechas y anunciaba la caída de Mussolini a causa de la guerra de Etiopía. Al romperse los fuegos de esta guerra mundial el éxito de las tiranías lo llevó al lado nazi. Con las necesidades comerciales de El Siglo y con los primeros descalabros se puso a darles fiestas a los funcionarios de los Estados Unidos y a adular en sus editoriales, abyectamente, a la Embajada Americana. El Concordato le sirvió para dar rienda a la opaca vena anticlerical y heterodoxa que discurre por su vida entera.

PERDIDO EN EL CAMPO DE LAS IDEAS

El itinerario de sus fracasos estratégicos y tácticos lo ha llevado a extraviarse por un terreno que le es ajeno, desconocido y extraño. El de las ideas. La libertad, la igualdad y la fraternidad, predicadas por la Revolución Francesa; en vez de decir que son cristianas, pero que su interpretación clásica resulta incompleta a la lumbre de los hechos modernos, las declara imbéciles, lo cual equivale a que no quiere libertad, ni igualdad, ni fraternidad, lo cual vale decir que no es cristiano y prefiere el paganismo político y social mezclado de religión, propio de la época anterior al 89.

MAYORIA Y MINORIAS ¿DONDE RESIDE LA VERDAD Y LA RAZON?

Y ha desbordado su majadería sobre el tema de la mitad más uno, en la forma extravagante de que el país ha sido testigo sin darse cuenta de que las mayorías, la mitad más uno, son un criterio político y no moral, no resuelven nada respecto de la verdad sino respecto del poder. Políticamente es la única salida para el mando. Ideológicamente es absurdo implicar que la mitad menos uno está siempre en lo cierto. Nadie niega que la mitad más uno puede equivocarse; lo que se afirma es que las mayorías resuelven quién impone su yerro o su verdad. Suprímase ese criterio y sería el caos. ¿Quién obraría entonces? Las mayorías persuadidas de que el error es más atrayente para el hombre que la verdad (negando así su origen divino), ¿entregarían el poder a las minorías? La manera de conquistar las insignias de la soberanía nacional es, entonces, hacer campaña para que los adherentes sean en el menor número posible. Y cuando solo puedan obrar las minorías, que nunca se han resignado, ¿cómo pedirle resignación a las mayorías? Como la injusticia y el error son inherentes a la mitad más uno, según Gómez, la aspiración unánime sería la de buscar ser minoría; y entre varias minorías contradictorias frente a una mayoría, ¿cuál de las minorías puede suponerse depositaria de la verdad revelada? ¿La que

menos votos tenga? Entonces la forma de lograr el menor número de caudatarios sería comparecer ante el pueblo diciendo: Yo soy la calumnia, el frenesí, el arrivismo moral, la comedia sacrílega, puesto que me declaro Cristo al menor contratiempo; soy el disparate político coronado porque continúa mandando con más rabia y entre mayor número de esclavos a cada nuevo desastre a que mi mentecatería me conduce. En esta forma se es minoría y, por tanto, agente de la justicia y la verdad. Y las mayorías para formarse, razonarían así: "Somos el ímpetu de servicio generoso, la voluntad del trabajo en equipo, amamos la verdad y buscamos la justicia", solo modo de lograr adherentes en vez de apartarlos y una vez polarizadas las fuerzas sufragantes en torno de tan nobles divisas, por el hecho de ser la mitad más uno, se despojarían del poder diciendo: Somos la calumnia, porque somos mayoría, somos el odio, porque somos mayoría, luego entregamos el poder a la verdad y a la justicia encarnadas en la mitad menos uno que luchó contra ellas.

Realmente Laureano Gómez es un filósofo, un letrado, un humanista, un genio que anhela que una presunción adecuada como hipótesis razonable para trabajar democráticamente sobre ella, sea atropellada, destituida y sustituida por una idiotez: la de que los menos tienen siempre la verdad en depósito y que los pueblos deben ser gobernados por la minoría. En mi condición de minoritario frente al gomismo, es tentador formularle al señor Gómez el argumento de que como dispone de la mitad más uno dentro del partido es un detentador malicioso y escandaloso, que debe poner en mi mano la llave del salón azul de El Siglo, que para sus herejes idólatras reemplaza a la silla de Pedro.

UNA ESTATUA PARA EL GORILA ESCULTORICO

Al pueblo conservador queremos demostrarle los disparates ciclópeos de un hombre que tendrá estatua por la huella estupenda que dejó entre sus contemporáneos. Posiblemente yo pronunciaré el discurso que la proponga a las contemplaciones de la patria recordando las muchas cualidades insignes de tan formidable gladiador, pero mientras esté vivo y mandante y delirante e intolerante, solo me compete destacar al mentecato huracanado, al gorila escultórico, que bajo cada uno de mis papirotazos se pandea.

¿EL DISCIPULO AMADO O EL DISCIPULO TRAIDOR? ¿SAN JUAN O JUDAS?

No queremos que los liberales sigan matando a los conservadores, ni queremos que los conservadores odien a los liberales. El gomismo quiere que los liberales sigan matando a los conservadores para que los conservadores sigan odiando a los liberales y este bárbaro programa es la forma exclusiva de solidaridad con los copartidarios y de fideli-

dad a las ideas. El supuesto de que nuestro regreso al poder es la tranquilidad, y yo quiero esa tranquilidad, para que el poderoso volumen de nuestros votos se produzca íntegro, en calma, reavivando la nobleza de las justas políticas en Colombia, sin que el liberalismo se inquiete por nuestros progresos, que no le representan amenazas sino un estímulo para que acierte en la delicada y ruda faena de mandar.

Esa fue la política de Uribe Uribe ante Concha, la de Carlos Holguín ante Núñez. Esa es mi política; y porque la propongo se me llama Judas. Pero la asociación de recuerdos necesita un Nazareno, y Gómez asume el papel de Divino Maestro con severidad sacrílega. Sus más íntimos menesteres personales son atendidos por Jehová y al corderillo pulquérrimo que arrastra por doquier atado a un bronco lazo, impíamente lo llama Jesús. Veta a los arzobispos, vitupendia al agente romano de la Trinidad inmóvil; al Pontífice Supremo. ¿Por qué no se resigna a ser siquiera el discípulo preferido, San Juan Evangelista? Nada tan congruente con sus milagros y su vida. El ósculo de "La Unidad" al Arzobispo Herrera, de sagrada memoria, sería el ósculo del Evangelista y no el de Judas. Sus denuestos, sus abyectas solicitudes de perdón y sus nuevos denuestros al señor Suárez, serian ósculos del Evangelista. Sus salidas políticas contra el partido conservador, asociado al General Herrera, a Olaya Herrera, a Alfonso López, a Eduardo Santos, fueron para el conservatismo ósculo de Evangelistas; sus injurias a derechistas y nacionalistas, fueron ósculos del Evangelista. Alfonso López, quien le dio empleo cuando andaba varado, conoce la miel de los ósculos del Evangelista. Olaya Herrera, que alimentó su redondez taurina, conoció ese beso. Sus coqueteos alternativos con los totalitarios y con los Estados Unidos, ¿qué son? Osculos del Evagelista. Antioquia ha sentido en la mejilla el contacto de esa boca dulcérrima. La orden de elegir al doctor Romero Aguirre para fiscal de los funcionarios nacionales, ¿cómo la recibió, agradecida la masonería? Como el ósculo del Evangelista. Cuando disfrazó no ya de contralor a un masón, sino su propia hermosísima cabeza de mitra, y alzó el báculo para golpear con él al sucesor de Pedro, ¿cómo recibió Roma las caricias de la religión disfrazada? Cómo el beso del Evangelista. En cambio, mis puntapies inocentes se comparan al ósculo de Judas. ¿A quién prefiere el partido? ¿A San Juan Gómez Castro o a Judas Ramírez Moreno? Recuerde el partido mis traiciones, mis debilidades, mis tácticas solapadas, mis estrategias proclives, las riquezas que he acumulado como Ministro diplomático del régimen, como director y accionista de El Siglo. Que recuerden mi política internacional enemiga del genio de Colombia y cómplice artera de los totalitarios.

Que recuerde que siempre me he quedado en Fontibón, que recuerda que no conozco a Soatá, ni Gachetá ni a Manta, que recuerde que nunca expuse la vida al lado de los conservadores, que memore cómo me desmayé y casi me muero frente a Olaya Herrera mientras éste reconocía que Gómez era el más puro de los colombianos. Y que recuerde a Suárez, quien dijo refiriéndose a Gómez y a su escuela de romanistas disfrazados de Bautistas espurios, de Iscariotes reincidentes, reconocidos, retratados; que el partido —sí— recuerde a Suárez.

Pero no se atreverá a recordarlo porque a Gómez ese nombre lo repele, a él no se acerca, es para su remordimiento como la playa de un país desierto, sordo y hechizado, cuya voz única es el reproche elocuente de un blanco y santo fantasma que jamás se apacigua y que desde su hondo recinto de olvido, maldice aún a este hombre que fue su verdugo. Cuando el gran Suárez anda de brazo del silencio, cuando su virtud y su nombre son los rotos bordones de nuestra memoria, su polizonte es el nuevo déspota y los mercenarios son premiados en juegos florales cuyo tema es el honor. Suárez había hecho su canto al ingeniero o matemático que ha secuestrado al partido en provecho de su faltriquera, de su periódico que es un lodazal retórico coronado —como de blanca espuma— por el nombre conservador, que es mío, porque ese nombre en los labios del colosal orador que fue mi padre, cobraba resonancias de bronce y en su pluma que heredé y que es la misma que agarran con amor y con dolor mis manos, la palabra que sirve para llamar a mi doctrina, tiene un temblor heroico de salmo.

En nombre del partido conservador, oye, ¡Judas!, aun cuando no lo quieras, lo que cantó desgarradoramente Suárez con voz robusta de profeta sobre ti y tu falsa; "Si el partido conservador permanece en el camino de su deber, de sus tradiciones y de sus principios, las euménides no prevalecerán. Si las Euménides prevalecen del partido conservador perecerán hasta las ruinas"*.

CARTA A EDUARDO SANTOS CON OCASION DEL GOLPE MILITAR DEL 10 DE JULIO DE 1944

En las horas de la tarde de ayer, el señor Augusto Ramírez Moreno, altivo dirigente conservador y profesional y político de resonante prestigio, expuso su opinión en torno de los sucesos de la semana anterior, en la interesante carta política cuyo texto publicamos en seguida:

"Bogotá, julio 20 de 1944.

Señor doctor don
Eduardo Santos,
Presidente de la Dirección Nacional Liberal.
S. M.

Respetado y querido amigo:

No cometeré la falta de imaginación y de elegancia de fijar mi sitio en esta crítica emergencia. Cuando los gobiernos liberales fomentaban por todos los medios la política oficial del conservatismo, mis amigos la combatían, y cuando la solemne divisa del régimen era la de no fomentar las disidencias patrióticas en el seno del partido conser-

* **El Colombiano**, febrero 12 de 1943.

vador, mis amigos avanzaban impertérritos bajo la lluvia del estúpido desprecio. No son mis amigos, pues, sino los jefes y el gobierno liberales, los que han tenido que cambiar de sitio y los que estaban obligados a fijar su posición.

Bien: yo estoy conforme con esa definición nueva, que necesitó un golpe de cuartel para producirse. Yo estoy de acuerdo en que quienes apresaron al Presidente son los responsables de las medidas del Gobierno, obligado a defenderse. No las conozco todas, pero estoy patrióticamente satisfecho con la presunción de que el Presidente y el Ejército —¡al fin!— se ha sintonizado, y me halaga la certidumbre de que no habrá persecuciones ni destierros que rehacerían lo que está deshecho.

La victoria, amigo mío, tiene dos vástagos: la venganza, que es su hija natural, y la magnanimidad, que es su hija legítima. El honor imperecedero del partido liberal está en negarse a cambiar argollas nupciales con la bastarda de hielo.

Mis amigos en vez de insistir en la veracidad estupenda de sus profecías o en el triunfo soberano que cosechan con que los jefes y el Gobierno liberales rectifiquen su antipatriótica conducta ante los disidentes conservadores, dan el más noble ejemplo, olvidándose de sí propios y pensando en que el interés de Colombia está en minimizar ante el extranjero la aventura del inocuo y pesado bromista que apresó al doctor López en piyama, no para fusilarlo, sino para aclamarlo Presidente ya vestido. Pero si el liberalismo cree que el interés nacional exige que nosotros digamos que aquí hubo una revolución del Ejército contra el Jefe de Colombia, preferimos mantenernos callados, porque nuestra elegancia exige que no mintamos por humildad, ni que mintamos por espíritu de adulación, ni que digamos la verdad para cobrar en gente caída e inerme —aun cuando culpable— la magistral penetración de nuestra vieja política.

Cuando se quiso irrogar violento ultraje a la Constitución en una época de prosperidad económica que desaconsejaba a más no poder el atentado, el pueblo entero, los liberales y los conservadores, proclamaron su censura viril contra un intento de salto hacia atrás de cuarenta años. Lo que estamos dispuestos a decir, sin humildad y sin lisonja y sin reproche, es que la República ha salido engrandecida de este episodio oscuro y que es deber de todos acabar con los exclusivismos repelentes. Ni los puestos electorales del partido conservador son patrimonio de un clan, ni el presupuesto y los honores de la nación son un botín de guerra. Todos hemos recibido una lección saludable. Las doctrinas clásicas de un gran partido no pueden ser eclipsadas por ningún prestigo; la patria no es de unos pocos; el único despotismo que ama el país es el despotismo de la ley.

Al dirigirme a usted, respetado y querido amigo, quiero solo repetir en nombre de mis amigos, cuál es nuestra política: el partido conservador es un partido constitucional; el partido conservador es enemigo de la violencia y de la dictadura; el partido conservador acata a las autoridades eclesiásticas; el partido conservador es fiel a la política de amistad con los Estados Unidos; el partido conservador es hoy la opo-

sición y debe ejercerla con un criterio de conciliación, de suerte que los errores del Poder Ejecutivo no se proclamen como victorias campales de la violencia verbal, sino que sirvan de campo de colaboración para que todos ayudemos a rectificarlos en bien del pueblo y por amor a la historia. Nuestra oposición no odia a los liberales, sino que los ama; no los califica de taifa de bandoleros, sino de compatriotas que de buena fe buscan la grandeza común por el camino que alumbran sus ideas.

Los hombres de estatura histórica —y usted pertenece a esa raza— no trabajan para el sectarismo de los propios sino para la patria toda. Sé que el republicanismo iluminado del Gobierno exige claridad, sinceridad y sencillez de parte de la oposición. Sé que el Gobierno le dará la espalda a los dictados del fanatismo y trabajará por la consolidación de nuestros enormes progresos políticos, aplicando solo una justicia que prefiera el reproche de mostrarse blanda al reproche de ser cruel. Sé que ni mis amigos ni yo tendremos que apelar a las heroicas reservas de nuestro carácter para enfrentarnos a la venganza. Y sé que mis amigos y yo no vacilaremos en aplaudir la forma como el partido liberal muestra el doble ejemplo de su patriotismo y de su energía, de su política y de su justicia, de sus responsabilidades como guardián de la Constitución y de sus compromisos como mayordomo de Colombia.

Su devoto,

Augusto Ramírez Moreno"*.

---

* **El Tiempo**, julio 21 de 1944.

IX

TRES ENTREVISTAS DEL LEOPARDO Y DOS ENSAYOS SOBRE EL

RAMIREZ MORENO, POR JORGE PADILLA

La nota esencial de la personalidad de Augusto Ramírez Moreno es precisamente esa armonía perfecta que existe entre su estampa exterior y su interior envergadura de capitán de nervios. Pocas veces la humana figura se ajusta tan cabalmente a la perspectiva del ánima; el contorno al dintorno; el varón de ademanes al hombre íntimo. Todo en él nos lleva a considerar esa equivalencia de valores; sus corbatas y sus adjetivos; su andar anguloso y fanfarrón y la nobleza de nervios que gobierna su vida; sus trajes oscuros y sus cláusulas claras; sus camisas —entre las cuales ocupa lugar eminente aquella cuyo color oscila entre el himeneo y el asesinato— y su voz metálica de campanas rotas, de espadas que se parten las chispas del mandoble.

Ramírez Moreno es ante todo una personalidad clamorosa que contradice con su gesto vial el ritmo de esta vida en gris mayor que va desenvolviendo sus músicas de humo a 2.635 metros sobre el agua del mar y a cuatrocientos años de distancia de los caba, los de Quesada. Y es así como este líder del más conservador de los partidos —el partido conservador— goza, para holganza de sus biógrafos, de una de las estampas más revolucionarias que haya tenido jamás político alguno en estas latitudes.

¿Por qué su solo nombre suscita en la imaginación de las gentes sin imaginación el recuerdo de Portugal, hace tornar los ojos a la dulce villa de Lisboa y nos lleva de la mano por los campos que tiemblan en la historia de doña Inés de Castro y de los hermanos Medranhos? ¿Y por qué hubimos de albergar siempre al joven tribuno de la derecha en aquella tierra que corre con la gracia de su vida por las páginas levemente irónicas en que de Queiroz alojó a Fradique Mendes, a Teodorico Raposo, a Jacinto y a Pacheco? Su gesto y su sintaxis parecen autorizar a las personas superficiales —que son la democracia— para semejante empresa de ubicación literaria. Y no falta quien olvidándose de sus fueros de católico y gracias a la soberbia de sus gestos se atreva a colocarlo por obra de la misma fantasía en aquel salón finisecular donde seis nietos ateos de los lusíadas (¿faltaría J. Teixeira d'Azebedo?) vieron a Antero de Quental durante una noche de tormenta retar a Dios, reloj en mano, a que lo fulminara, si era cierto que existía, en el breve término de siete minutos.

Mas la verdad es que Ramírez Moreno tiene ganados fieros títulos dentro de la política colombiana. Su figura es acaso la más perfilada de su generación. El diagrama de su carrera es por demás interesante. Hace apenas tres años era el más desconocido de su grupo y el que menos posiciones tenía. Hoy comparte —veloz paso del tiempo bajo sus zapatos ingleses—, hoy comparte con Laureano Gómez la jefatura del partido conservardor. Fue siempre, acaso desde la más tierna infancia, un hombre público. Solo que durante muchos años apenas él lo supo. El estilo peculiar de su espíritu, su imaginación, su temperamento afirmativo, la petulancia de sus frases y de sus ojos, sus bigotes y su carácter de hombre de cuerpo entero, le cerraron durante mucho tiempo las puertas duras de la política que giraban tan fácilmente sobre el gozne de una lisonja.

Supo entonces donosamente hacer el elogio de la derrota.

Cuando la democracia entraba en la estación de las elecciones y el árbol de la República soltaba sobre las urnas como un almendro, sus flores blancas, Augusto Ramírez se sentaba a la orilla de su derrota, veía pasar a sus compañeros por cabildos, asambleas y cámaras, con la honda boca frucida, las aletas de la nariz vibrando por el olor de la lucha, asistía, desde las tribunas de la prensa, a los discursos de sus amigos. Estaba seguro entonces de que tendría que comenzar su carrera por la Presidencia de la República. Todos los días eran sus ejercicios espirituales, admiraba dos largas horas la vida egregia de Lord Beaconsfield, y profesaba para la inquietud de propios y regocijo de contrarios que al caballero le está permitido suicidarse para fastidiar a sus acreedores.

Sin embargo, el hombre se va madurando. Va venciendo valerosamente las resistencias. Ideas que son un lastre para el partido. Hombres sin actualidad que rigen los comités y los directorios, intereses que no toleran la rebeldía. El mozo se ha abierto camino, ancho camino, por entre la muchedumbre. Ahora es más pálido y más nervioso. Ha perdido los mostachos de ayer bajo el filo de las tijeras, pero conserva el carácter intacto como una lanza de metal nuevo. Tiene, además, una fuerza: es orador. Sus resortes interiores están acondicionados especialmente para el discurso. Cuando habla, mientras la idea empieza a tomar cuerpo en la nébula de la azorada cabeza, ya la mano se mueve, ya la mano dibuja en el aire quieto el movimiento del cerebro, agarra ágilmente con los dedos la sustancia de la emoción.

Su camino corre luego entre todas las plazas de la República. Se rebela contra los directorios. El conservatismo se tambalea porque tiene como ciertos políticos las pasiones henchidas y adiposas las nalgas. El Leopardo —él es uno de los cuatro Leopardos que se desvelan con la República financiera— brinca entonces de balcón en balcón y desbanda bajo sus voces, sobre el viento de las palabras los extraños pájaros del aplauso.

En la suerte de la República van imprimiéndose modificaciones importantes. Parece, al menos todo lo hace creer así, que la historia va a dar un viraje, uno de esos virajes bruscos que encontramos de golpe

en las revueltas de la cronología. Acaba de pasar el ocho de junio. La cabeza de Abadía Méndez —hegemonía conservadora— podría ser derribada por el suspiro de una lechera enamorada. Al amparo de la flaqueza del Gobierno se va encendiendo la política interior. El conservatismo antes de caerse se divide. Viene la concentración nacional Olaya Herrera. La oposición. La guerra. El orador de plaza es candidato a la Cámara. Por varios departamentos sale elegido. Desde el primer instante domina la atención parlamentaria. Sin embargo, no creen todavía en él. Sigue siendo el tribuno de la guerra que desplegaba cláusulas y banderas sobre un panorama de cabezas atentas.

Una noche en la Plaza de Bolívar la lluvia llega a la mitad de la oración. Raya la sombra y quiebra la voz del orador. El discurso —navegan barcos de guerra sobre las cláusulas y los ríos abren inciertas líneas azules en las imágenes—, el discurso continúa mientras sobre la muchedumbre van floreciendo los hongos negros de los paraguas.

Ramírez Moreno es, esencialmente, eso: el orador. El giro demasiado audaz de su imaginación, el valor de ciertas palabras, la complicada urdimbre de ciertos conceptos que tienen un marcado sabor gongorino, disgusta a los intelectuales del Parlamento. No es esta, dicen, la oratoria severa, ceñida, estructurada, que requiere el Legislativo. La plaza se ha metido a la Cámara. Hay a veces, en realidad, mal gusto literario en ciertos pasajes. Otras frases hacen carrera. No varía el estilo ni ante el grave tema de las finanzas. El crédito, dice en un discurso frente al Ministro de Hacienda, está exangüe, como una María Barkilsbef. La agilidad en la respuesta es sorprendente. Para Ramírez Moreno una interpretación es su estribo. Cabalga el párrafo como pocos. Alguien le pregunta por las cotizaciones del día en una polémica. Mis relaciones con los corredores de bolsa, responde, son muy lánguidas. No es una razón. Pero es una réplica. Y en oratoria el aplauso vale tanto como la lógica. Por eso la Cámara no ha podido defenderse de la plaza.

El orador, y eso no se puede perder de vista sin caer en graves errores de apreciación, es un tipo mental muy distinto del escritor. Casi siempre por esa circunstancia es blanco de reparos para el intelectual. El valor predominante del escritor es la razón fría. La imaginación pura es, por el contrario, el signo que domina la órbita del orador. La oratoria tiene ingredientes indispensables: soltura verbal, voz, ademán; pero sobre todo, esto, que es lo que constituye la medula del temperamento oratorio y que Ramírez Moreno posee en dosis espléndidas: la capacidad de iluminarse con las ideas y de encenderse con las palabras. El orador se oye. Navega a la deriva de su propia música. El orador no tiene por eso tiempo para juzgar muchos valores, y ha de aceptar forzosamente modalidades que en su fuero íntimo rechaza el intelectual. La estética de la oratoria viene así a ser distinta de la estética de la inteligencia que juega sobre el papel. Hay sobre todo entre las dos una diferencia fácil de advertir: la presencia o la ausencia de la autocrítica que es una dimensión temporal y consciente que se ejercita sin dificultad al escribir y que es punto menos que impracticable al hablar. Ramírez Moreno tiene su estética personal de orador. Corta los párrafos en una forma exacta y precisa. Maneja

la imagen. Gobierna el ademán de los brazos y de las manos. Sabe mover el cuerpo. Es un actor. En la Cámara dice siempre: "Señores del público". Varias veces lo hemos visto aplaudir de las galerías su paseo felino con el labio inferior saliente y los espejantes ojos, cuando tan solo su silencio mostraba estar en la cinta de graves párrafos*.

RAMIREZ MORENO

por Jorge Padilla.

II

No hay, y eso es lo que no quieren entender los enemigos titulares de la oratoria de Ramírez, no hay normas absolutas, cánones estrictos de oratoria. Se ha observado ya que Mirabeau, padre de la elocuencia moderna, contradijo abiertamente el arquetipo de orador que en su tiempo se tenía. Un buen orador nunca es igual a otro. ¿Por qué razón? Justamente porque oratoria quiere decir viril ejercicio de las potencias personales, juego de estilo propio, apasionada esgrima contra nosotros mismos. Entre nosotros una perspectiva juiciosa podría mostrarnos lo que va de Guillermo Valencia a Antonio José Restrepo, de Carlos Arango Vélez a Laureano Gómez, de Olaya Herrera a Ramírez Moreno, de Jorge Eliécer Gaitán a Silvio Villegas.

En cada orador hay categorías de primer plano y valores de segundo término. Un análisis detenido de ellos podría llevarnos a una filiación minuciosa. Jamás a establecer una jerarquía porque toda jerarquización supone una unidad de medida y en oratoria no la hay, no puede haberla, tan varia es la gama de los estilos y la trabazón de las reacciones del hombre medio ante cada forma verbal. A Ramírez, por ejemplo, se le tizna de extravagante, de payaso. Se olvida que la oratoria es eso. El orador es siempre un ente ridículo. Todo hombre que se levanta a hablar en una plaza, decía Pío Baroja, es un títere.

Ocurre cuando se piensa un poco sobre una figura tan personal como la de Ramírez Moreno una pregunta cuyo enunciado es más o menos el siguiente: ¿Hasta qué punto el destino de este hombre estaba marcado por sus categorías humanas y cómo las circunstancias exteriores han podido desvirtuar ese destino o contribuir, por el contrario, a acentuarlo y cumplirlo? He aquí una grave cuestión. En todo caso parece indudable que el político que hoy mueve un sector más o menos dilatado de las masas de su partido, no hubiera sido lo que hoy es, si de la vida colombiana se quitara el trozo de historia que corre entre 1926 y 1934. Ramírez Moreno es un hombre a quien la caída del partido conservador puso un bello juego de triunfos en la mano. ¿Por qué? No parece aventurado afirmarlo. Se trata ante todo de una fiera de combate. Y en el clima de la hegemonía no era fácil que prosperara la

* **El Tiempo**, 22 de abril de 1934.

zoología con garras. Es curioso pensar, por ejemplo, en la trayectoria individual de cada uno de los cuatro mozalbetes que enfilaron en el grupo de Los Leopardos de no haberse sucedido, en el país la transformación política del 9 de febrero de 1930.

Con el conservatismo en el poder. Ramírez Moreno sería una figura desajustada dentro de su partido, un alfil sin carrera en el ajedrez de la política. Nadie lo hubiera tomado en serio. No podían tomarlo los hombres de un partido de gobierno que produjo presidentes ocupados y preocupados de escribir tratados de ortografía a la sombra de la encina clásica. Eliseo Arango, en cambio, hubiera regido los destinos del país. Su mesura, su habitual equilibrio, su vocación de estudioso, estaban más acordes con el ejercicio del poder dentro de la república conservadora que las condiciones aguerridas de Ramírez Moreno que es, ante todo, un mecanismo de oposición y una capacidad para el aspaviento como es difícil hallar otra en la vida nacional.

Mas lo que pudo ser no fue. El partido vencido se doblegó bajo el grave peso de un justificado complejo de inferioridad. Las posiciones del Estado que para unos pocos eran baluartes de doctrina y para los más reductos de impertinente burocracia se perdieron de golpe para aquellas gentes bajo el tajo de los comicios. El conservatismo se vio en el doloroso trance del que no manda pero tampoco se resigna a dejar de mandar. Perdidas en un ayer dorado las palancas del Estado y las casillas del presupuesto, el conservatismo, dentro de su complejo de inferioridad, necesitaba un aliento interior. Una voz que le dijera que no solo tenía aún derecho a vivir sobre sus ruinas, lo que podían decirle sus hombres mesurados, sus conductores de un cuarto de siglo, sino que afirmara con violencia metálica la excelencia de la propia doctrina. La guerra santa contra los principios y las prácticas liberales, una mano que mostrara por último con ademán nervioso, corriendo las cortinas del tiempo, la tierra prometida: la reconquista del poder. Esa voz y esa mano las tuvo Augusto Ramírez Moreno que fue para usar una expresión autobiográfica y certera, un generoso anfitrión de sistema nervioso para el conservatismo.

En sus discursos de este tiempo abundan las imágenes militares, se habla con una insistencia abominable de la estrategia y de la táctica. Ramírez Moreno resucitó para los dormidos caballeros de la derrota el cadáver de Carlos Albán y la literatura bélica. Eso significaba para el partido que se desbanda y se desmoraliza ni más ni menos que la ofensiva dentro de la defensiva. El caudillo de la pasión encendida y de la tenaz palabra que yunque y de martillo era la expresión de una necesidad orgánica del conservatismo. Por eso instintivamente las masas de la derecha buscaron para poner a la vanguardia no a sus mejores hombres de gabinete, no a sus más claras cabezas de estudio, no a sus más equilibrados temperamentos, sino a los dos personajes que mejor encarnaban la fuerza combativa, a las dos figuras que ocultaban mejor con sus duras siluetas el paisaje desolado del vencimiento: Ramírez Moreno y Laureano Gómez.

De otro lado estas consideraciones nos ayudan a comprender la parábola de la carrera pública de Ramírez, que tiene ya de por sí bas-

tante originalidad. En Colombia, más que en otras partes, la política que es manejo de hombres y de cifras humanas, suele hacerse a base de conciliación de intereses. Nuestro hombre político acostumbra buscar la línea de menor resistencia y se incrusta en la vida pública aprovechando, según una ley mecánica, el punto de menor rozamiento, el girar suave, evitando, en fin, en lo posible el choque violento con los conceptos, con las cosas y con los hombres. El republicanismo que, no puede negarse, es un estilo que corresponde en gran parte a los vicios nacionales, muestra claramente hasta dónde es válida aquella afirmación. Pues bien, Ramírez Moreno ha hecho una carrera con estilo opuesto. Su política fue durante mucho tiempo nadar contra la corriente, que es una aventura tan difícil como melancólica. Nunca sintió temor de indisponerse con los hombres. No concilió jamás hechos contrarios con el aceite suave de las palabras. Fue siempre un engranaje sin lubricar, en perenne conflicto con sus vecinos. Y no solo por su deliberada actitud. La agresiva individualidad que posee basta por sí misma para despertar resistencias. Su disraelismo, que es innegable, más que una pose, constituye una filosofía y una actitud ante la vida. Ramírez, como el dandy de Baudelaire, aspira a ser sublime sin interrupción y quisiera vivir y dormir ante un espejo. Para él más que para otro alguno es exacto aquello tan sencillo y tan profundo de que aparecerá es ser. Y a pesar de todo el jefe del conservatismo de hoy, que tiene a veces ambiciosos visajes de estadista, es el mismo que escribió una vez el "Manual de Oro del Caballero".

Hay precisamente en ello una victoria del hombre sobre el ambiente. Ramírez Moreno ha logrado imponer su personalidad íntegra, sin recortarle ninguno de sus contornos esenciales. Esa mezcla extraña de humorismo y de ética, de temperamento feudal y de capacidad para embrujar muchedumbres, de imaginación desbocada y de sentido trágico de la existencia, esa vitalidad rampante al servicio de una ideología opaca, de una doctrina muerta, sin incitaciones para un hombre nuevo, ese contraste sarcástico entre un alma rebelde y ferozmente personal y un partido que vertebran la tradición, la autoridad y el orden, hacen del joven político de la derecha uno de los fenómenos más sorprendentes de la escena política y uno de los espectáculos más insólitos de ella. Otro hombre de menor formato con esas contradicciones, esos adjetivos y esas corbatas hubiera navegado a toda vela por el ridículo. Ramírez se ha salvado de semejante travesía por su carácter, acaso porque conoce el sentido de aquella frase de Cocteau: lo que el público te reprocha, cultívalo: eres tú.

Alguien, un aficionado a la filosofía del lenguaje, hizo de "Los Leopardos" una clasificación gramatical. Según ella Eliseo Arango era el sustantivo; Silvio Villegas el adjetivo; Camacho Carreño el verbo, y Augusto Ramírez la interjección.

¡Y cómo suena de bien este diagnóstico! Si Ramírez Moreno es de veras en toda su persona el signo erguido de la interpección. Eso es su oratoria y eso es su carrera. Y eso es su figura, la magra figura nerviosa de este fradique de la política que ya todos nos vamos acostumbrando a ver en la calle y en la vida, que las propias gentes vulgares miran

ya sin pasmo ni recelo, cual si hubiera salido así como un peregrino antecesor, con su gabán a cuadros y afeitado del seno vivo de la naturaleza.

Jorge Padilla.

Bogotá, abril de 1934*.

AUGUSTO RAMIREZ MORENO
por Felipe Antonio Molina.

"Nearer we hold of God. We gives, than of his tribes that takes, I must believe".

R. Browing.

Andábame yo pensando, estos días pasados, en la lucha larga y el penoso proceso que implica la concepción del hombre sencillo, y más cuando este hombre anda escondido detrás de las flojas vueltas y colores de una corbata "Tremblet". Es singular el hecho; pero la parte más abscóndita e inasible de nuestra personalidad es aquella que fulge con mayor relieve ante los ojos humanos, es la línea de más fuerte importancia a los sentidos del prójimo y, sin embargo, la lejana densidad de la luz cenital parece que no la golpea y que un sembrajo de años y complicaciones la suma en la obscuridad perfecta.

Dicen que Augusto Ramírez Moreno vino a la vida de las letras y a la virtud de los hechos políticos con un manual de cocina japonesa y un paraguas de Londres. Era ya esbelto un poco niño; quizás sentimental y no sonreía sobre las horas del tiempo, porque Ramírez Moreno es uno de esos individuos que parecen haber perdido un gran caudal de minutos en los espacios de inexistencia que precedieron a su gestación y nacimiento. Allí comienza su semejanza con Benjamín Disraeli. Unos hombres participan de los flujos y reflujos de la vida pública por el azar de un incidente, otros por la fuerza de una constancia: sobre los menos parece actual un como religioso determinismo y son a manera de líneas geométricas, cuyo punto de arranque parece andar por la nebulosa del infinito. El que de niño tuvo la estampa fea y flaca, móvil el mentón y unos viejos ojos característicos, agazapados entre cejas sin infancia, sospechó inmensidad en sí y túvose amor de Narciso al espíritu. Creo que Augusto no se amó, como tantos, frente a un espejo, sino en la acústica resonante de una habitación solicitaria de su casa.

Le he conocido tres veces: dos, distintas leyendo "Episodios" y "El Político", otra más entre los muebles y papeles de su oficina. Pareció-

* **El Tiempo**, 23 de abril de 1934.

me siempre uno distinto, proteiforme y feraz. En "Episodios" galopaba su estilo; en "El Político" aulla su corazón; personalmente, a 6 pisos sobre el nivel de la calle, bañado en líneas netas por la actuante contribución de las manos. Tres caminos me condujeron a él y uno era rico de matices y aguas, híspido el segundo —fabricado por el atavismo de la violencia— y el tercero síntesis de esfinge de Prometeo encadenado de hombre triste por la mucha sabiduría en abandonos, en derrotas y en éxitos. Desde un principio caí en la cuenta de que me acercaba a un personaje con ritmo.

Tanto y más que el mecanógrafo o al que maneja un peligroso mecanismo de volantes, le es necesario el ritmo al hombre de quien puede decirse que no nació para las masas sino que hizo eclosión de entre las muchedumbres. La real concepción estética de Ramírez Moreno hunde su pedestal en ese ritmo, que en todas las partes de su armonía parece soldado con fuego, encadenado, urdido por la eterna imaginación del Gran Todo. Aún el silencio de Augusto, creemos que habla. Hay gentes que se proyectan hacia adelante, que, sin hacer nada, parecen actuar en el futuro de muchos años; cuyo porvenir de palabras no puede presentirse. De allí su semblanza con la cadena; el último eslabón nunca da la sensación del fin, sino que parece suspender en el aire algo como el alma de otros eslabones más, infinitos e inconcretos. Ramírez Moreno es un presentimiento que se va cuajando en medidas de minutos, como la tela sutil de las arañas.

De los tres conocimientos, a que aludí antes, quiero hacer un extracto y síntesis. El estilo, el corazón y el hombre son pilares que sostienen, de igual modo, una realidad y una apariencia. Importa mucho pescar el hombre vivo agitado por tempestades actuales, hecho nébula y espuma por el reactivo de la hora. También es particular el hecho de que el hombre muerto, es decir yacente, muestre una mayor estatura que cuando andaba soportando sobre los hombros la gravitación del espacio y de las perspectivas genéticas. Yo lo he visto. El cadáver de aquel pobrecito estudio, que vivió vida de pequeñez de cerrazón e indigencia, cuando ya estuvo extendido sobre el lecho para el último sueño, pareció ser más largo. Mientras estuvo entre nosotros, era una pequeña bola humana, miserable, arrinconada en los quicios de las puertas, viendo crecer sobre su cabeza el globo de las noches negras o la diáfana dimensión de los meridianos. Muerto se purificó por el decúbito y el silencio, alargando sus límites corpóreos. Ello es fácil; lo difícil es parecer grande en plena existencia, sin emocionarse como decía Tenysson: "through craven fears ob beeing great".

La tribuna es la segunda parte de la estatura de Augusto, que parece arrastrarse en su seguimiento, como un perro fiel en la querencia del amo.

"Episodios" es la campanada de estilo de un personaje que, sin haber nacido para la morosa pulimentación de libros, necesitaba mostrar a los demás que sabía "de eso". Y lo logró. "Episodios" es un noble esfuerzo de temperamento, un grito lírico, una razón pura. Es inferior a quien lo hizo porque delata incongruencia e insinceridad; pero marca una época de cilicios estéticos y la define y comienza en 1930. Nuestra

generación le debe al "Leopardo" la personería jurídica del criterio en este país intelectualmente simiesco. Ramírez Moreno, a despecho de alquimistas, humoristas y estetas, no ha importado nada, no ha violado la carne venusina de las aduanas. Nos trajo de fuera su personalidad acerba y mórbida, curándose a zancadas de sus fantasías juveniles; pero esa personalidad, detrás de la corbata "Tremblet", entre abrigos coruscantes, tenía una definición. Próvido, a fuer de sencillo, Augusto termina por embozarse en un melodioso manteo de símbolos cuya belleza no corre parejas con su exactitud y acierto; mas advierto claridad y pureza en el esqueleto, en la osatura, íntima del libro. Así queda planteado mi análisis: Ramírez Moreno, en "Episodios", es un personaje sencillo y noble, mimetizado por una absorción de adjetivos que no son los suyos y que se salva por los asertos.

Veamos ahora cómo "El Político" define al escritor. Pocas veces fuera escrita una página de más alto valor y trascendencia con motivos tan vagos y simples al parecer, y movilidad más escasa en el tema. Augusto escribió "El Político" por razones personales y en su fondo se ve como el trasluz de una derrota reciente, incapaz de entretenerse con la imaginación de novelas para crear el sentimiento del individuo. "El Político" es una reacción contra la insidia y es natural que eluda el símbolo. La voz del que habla permanece allí en un mismo tono, sin elevarse para las aseveraciones, ni descender en la soslayada diatriba.

El Leopardo vertió allí toda la angustia del que se sabe listo y hábil para el mando y se ve reducido a la obediencia, en la retaguardia de opulentos caciques. Más que al héroe, Augusto sorprende en fluida página los haraposos atributos de la derrota y los ilumina con sensibilidad inaudita; los embellece, los perfuma y deja ver cómo debajo de aquellos ropajes míseros fulge una carne humana noble, sonrosada y jubilosa, que es la esperanza hecha músculo. La derrota de una adelantada caricia del porvenir, como que solo al golpe de los troqueles puede saltar al mundo la moneda de oro limpio, concentrada en valor intrínseco. El alma hay que forjarla entre injusticias para que nazca a la virilidad de la venganza.

Esto lo supo Ramírez Moreno cuando lo iban dejando a la zaga unos hombres que se movían en la pecera de días pequeñitos, días tristes de ambición desgreñada y aplastante, en los que el crepúsculo se teñía con sangre de ajeno martirio. Desde allí el paraguas de Londres y el manual de cocina japonesa empiezan a ser motivos ornamentales, permanencias suntuarias en su vida, que no constituyen trampolín de la personalidad. "El Político" es el grito de congoja que salva al hombre de su sueño de pesadilla.

Augusto Ramírez Moreno aparece, entonces, como el eco aquel que le placía oír en las alejadas habitaciones de la casa de la Exponsión agrandado por la distancia de muchos años. Si los arrieros que por cerca de aquélla pasaron, pudieron olvidarse de los cantos aprendidos en el pico de las aves montañeras, y si los bueyes de gran pezuña desaparecieron de los caminos frescos de su memoria, no acaeció lo mismo al espíritu del muchacho que, nutrido por las lejanías se apegó a aquellos recuerdos y de ahí sacó la fuente prodigiosa de una palabra, de un ca-

rácter y de una idea política que no se alimenta con manjares retóricos. En su aparición no parecen haber intervenido truenos ni relámpagos. Estos elementos no son sino los contrastes oratorios de quien vive en paz de la mente y espiritual sosiego, ponderando las virtudes místicas de su verbo. Yo siempre he creído que la paz, la verdadera paz del espíritu, no existe más que en el niño o en el idiota; aún en el hombre de la Tebaida la tranquilidad es una tormenta. Pero esta vez aludo a un sosiego que es plástico, como la tierra que lo ha parido. Ramírez Moreno es de las pocas individualidades que ha caído en la cuenta de que los árboles genealógicos no prenden en las nubes, sino que enraizan en los negros terrones nativos y de allí chupan la savia y mueren sobre los terrones para dar vida a nuevas existencias.

Llegamos, pues, por merced de simple educación y análisis, al tropiezo del hombre, aquel que se vestía y perfilaba a sí mismo con el gesto de las manos y pareció en todo momento ser una llama encendida en la noche: para su luz siempre hay horizontes vastos y obscuros, mudas hondonadas en donde clavar la anchura de sus reflejos acústicos.

Anotaba yo antes que causalidad y determinismo suelen acuciar el nacimiento del jefe de muchedumbres. Augusto pertenece, en todo caso, a una catalogación distinta; es el hombre que se venga, con venganza aquilatado y noble, que bien parece largo y evolutivo proceso de química señorial. De ahí, quizás, su amor sabiamente repartido al militar, al caballero y al héroe, conceptos psicológicamente traducibles en pundonor, en elegancia y en violencia. Las almas de buena raza pulen y adelgazan sus primordiales etiquetas, procrean en el inconsciente una personalidad ecléctica y hacen de todo ello un mecanismo de ritmos que es material de estética.

El doctor Núñez, por ejemplo, tuvo en su evolución política algo más que los villanos intereses de un arribismo; algo hizo fructificar en él la madurez, que se arrodillaba frente a la belleza de una escultura y reducía al silencio una constitución. El tiempo, que para todos nosotros es mero incidente de vida, es para algunos escogidos material de pensamiento.

Augusto tiene la excelencia de ser hombre de poco pensar, sin embargo, si por pensador se tiene al sujeto de Rodin, concentrado, en nudos de músculos, verificando una gravedad infinitesimal en cada una de sus células movibles para dar a luz, con dolor pavoroso, el animalucho de una idea. Orador, por sobre otra cosa, el Leopardo vive la rapidez del símbolo y con el símbolo reacciona torrencialmente en el despliegue ideológico. Y la casta de los símbolos suyos, los habréis advertido, es de un criollo refinamiento, un reemplazo de las grandes masas plásticas que hicieron su infancia.

Ramírez es un raudo historiador del paisaje, un pintor melódico, que se alegra y sufre con el recuerdo de aquel canto de pájaro oído en el amanecer cristalino de las tierras de Caldas, o del Tolima, o de Antioquia; con aquel vuelo del sol de la tarde sobre los caminos angostos y cansados; con el humo campesino —de azul transparencia— a cuyo través semejaban temblar las lejanías suaves. Todo eso, en su apresu-

rada carrera pública, se ha ido convirtiendo, a golpes de circunstancias, en la imagen de la patria; en el icono del hombre de los campos, caído bocabajo en los yermos severos, asesinado por la injusticia; en el episodio económico; en el prurito de haciendas y fiscalías. Ved cómo es bello saber que ese árbol, recien nacido y fuerte, es tan nuestro, es tan de las multitudes, porque bebió su exaltación en el humos sagrado, en la religiosa providez de la tierra.

La diferencia de Ramírez Moreno con Benjamín Disraeli, el señor de Benconsfield, es mucha y grande. No solo por la diversidad de recorrido en la trayectoria de su parábola, sino también por razones de ancestro y de alma. Disraeli es un Byron en prosa, sin amor (Mary-Ann es un incidente de egoísmo) y sin amigos; para el Lord Cojo. Hobhouse y el terranova "Boatswan", repletaron la hueca aridez de una vida sin ternura; para Beaconsfield la vida se redujo a la emoción de un odio de casta, ponderado por la sensibilidad política; algo así como un rico brocado que cubriése una lepra. Muchas veces he temido que la excesiva capacidad de lealtad y ternura, que define a Augusto, lo inhabilite en un momento dado para quebrar lanzas, sin reato, en un pecho afecto, reduciendo así el sonoro espasmo de sus alas. Pero no es hombre cabal, en mi creencia, el que vive según los otros, aferrado a un viejo "standard" de actos y de sistemas. Mejor ser el creador de una nueva táctica, emocionada en la sencillez familiar de cariñosos métodos, y, al mismo tiempo, viva, resuelta, compleja y autoritaria. En "El Político" se puntúa el esquema flagrante, se hace exégesis precisa de una hora y de una generación cuyas fronteras no son tendidas por los años sino por el corazón y la conciencia.

La política es una simultaneidad de esfuerzos, especie de ametralladora que ofende al mismo tiempo infinitos puntos de relación óptica. En consecuencia el político debe ser un acumulador de nervios, maquinaria epiléptica, que mantenga el cerebro en tensión de guerrilla y dinamismo de combate. Entonces —da miedo decirlo—, asoma la pareja necesidad del amor y la mujer en su existencia. Cuando Ramírez Moreno no hace nada siente la premiosa y obsedante obligación de saberse ocupado, con un cúmulo de problemas por resolver, entre una metodización sajona del reloj, formidable enemigo suyo que, con golpecitos de segundos, le asedia y desbasta. Ignoro hasta qué punto intervenga la mujer en la vida del Leopardo. Pero me atrevo a afirmar, en términos generales, que el político no ha nacido para amar, pues quien vive de quintaesencias no place de los extractos. La mujer para el político —recuérdese a Disraeli— es una almohada y un ambiente, cosas ambas propicias para aquella clase de descanso que cierra los ojos a medias y se sume en una plácida blandura de abismo. La fémina, indócil por naturaleza, errátil, eterna en sus frivolidades esguinces, no puede perdurar en el plano resbaladizo de la vida política. El hombre de acción ama y odia en bloque; tiene alma de cristal pulido.

Hago este deliberado rodeo para volver sobre la intensidad de vida ideal en que se agita Augusto, su desemejanza con Beaconsfield y su obra de proverbial portuguesismo. Y es aquí donde se suma y mejor se compara su existencia, en las probetas de los hechos. El mismo lo con-

fiesa: "¡Yo no soy portugués, sino gascón!"; y tal es la realidad chisporroteante. Ramírez Moreno es un hombre terco, conservador por esencia, que no ha tenido voluntad sino pasiones nobles que le han movilizado a los puestos de combate. Cuando en un grande hombre se elogia la voluntad, pienso que se está haciendo el ditirambo de sus deseos, de sus ambiciones, de sus apetitos. Falta saber hasta qué punto es concreto ese deseo, plausible esa ambición y elegante el apeto. Pero en el Leopardo la pura atracción de ser —en la acepción más amplia del infinito—, supera a la manuable pequeñez que así se expresa: "Quiero ser grande hombre". —"Quiero ser ministro"—. "Quiero ser presidente". El desea ser, más que en la fórmula cartesiana, en la sutil respuesta de Nuestro Señor Jesucristo.

Hay fuerzas misteriosas en la naturaleza de los hombres, fuerzas latentes, cuya ebullición pide treguas, coactividad de una acción interna —en contacto con el desarrollo formal de la vida— que exige válvulas de escape para su hervor formidable. Augusto no es solo, para mí, un aspecto de oposición. De ser así tendríamos que descender hasta considerarlo como personalidad mediocre, unilateral y falsa. La oposición ha sido para él el hilo de Ariadna que de los laberintos y choques a que se ve sometido un natural talento, lo trajo a la acción de masas, a las tribunas de un partido, el juego renovador y fértil de la palabra. Y estaba escrito que el verbo había de ser en Ramírez Moreno vehículo de la obra, y la obra fue la sucesión de su mocedad y sensibilidad, la exteriorización de todos sus complejos psíquicos en un vuelo de frases perfectas, de luminosos períodos, de incendios de alma traducidos por la voz en estatuas de bronce. Rara vez como esta, la oposición se presta a la constitución de rígidas estructuras de doctrina.

Como orador oposicionista Ramírez Moreno ofrece fases y características que no son de la oposición precisamente. Verdad que hay en él aciertos combativos, acerados filos de espada, clamores de arenga; pero este es el polvo del camino que tuvo que andar para llegar al extendido valle multitudinario. El Leopardo es un hijo putativo de la oposición, no un mayorazgo de ella. Además, Augusto, por culpa de esas pequeñas miserias que en otros días formaban la vida íntima del partido, anduvo mucho por los desfiladeros del ostracismo, saboreó las amarguras del destierro político, supo de las esperas interminables a la puerta de cámaras y asambleas, guardadas por el rito constitucional. Si en la vida anímica humana son los primeros dolores y alegrías, angustias y júbilos, lo que forma el pedestal complejo del espíritu, ¿qué no acontecerá en la existencia política, donde son mayores y más hondas las tragedias y los goces?

Pero Augusto no es, como dije arriba, la sola bestia de oposición. En él se madura, como en los canales del Ceylán, una continua corteza de estadista moderno, se petrifica una estructura de mandatario nuevo. Poseedor de una sensibilidad espiritual semibárbara, bizarra, medioeval o caballeresca, creo que los pomposos ropajes de la dictadura no le vendrían mal a este cuerpo de tal falsa endeblez. Porque Ramírez Moreno es un peligroso animal de ímpetus, una serpiente elástica que se ondula para el ataque, una suave piel que roza para la descarga

eléctrica, como los "gimnotos de los ríos tropicales. Detrás de su silencio —esquina de la media noche— nunca se sabe qué esperar, si la meliflua palabra o el grito congestionado, velado apenas por la sintaxis ilustre.

Hoy solo sé que Augusto tiene la hondura de una concepción estética racial que es el fruto de una vieja índole nuestra, síntesis de un pasado de ideas que en él se funde y hace carne. De los méritos doctrinarios de Ramírez apenas sabemos los que nos hemos acercado a su olímpico orgullo, a su duro y sobrio concepto de la existencia, que él ama tanto como la palidez de su rostro, su garganta y sus enfermedades ciclotímicas. El Leopardo ha aportado al horizonte nacional una cosa desconocida, francamente desconocida entre nosotros: el amor y la fe en la política. Con estos elementos ha amasado una mística personal que cubre todas sus palabras, en la tribuna y el periódico, mediante un proceso desconcertante por lo raudo. Ya lo advertí al principio: las arañas segregan un líquido que, al ponerse en contacto con el ambiente, forma el hilo sedoso que eleva al animal hasta increíbles alturas, allí donde forma la trama complicada y perversa de su reino. Este hilo es el verbo.

Recuerdo que los campesinos de Santander, cuando van a enfrentarse con una áspera colina, marchan inclinados, curvados sobre sí mismos, para no sentir el duro tramonto ni darse cuenta de cuándo coronan la cúspide. De igual modo camina Augusto Ramírez Moreno.

Bogotá, mayo y primavera de 1934*.

Políticos en la intimidad.

AUGUSTO RAMIREZ MORENO
por Alejandro Vallejo.

Para Acción Liberal.

"If the fool would persist in his folly
he would become wise".

William Blake.

Vamos a entrar en un reino de artificio. Veremos gentes muy heterogéneas, tocadas con la divisa del despropósito. Oiremos frases inolvidables por su extravagancia y admiraremos actitudes tan faltas de cordura, que nos helarán de espanto si no llevamos abundante provisión de carcajadas. Gasconés, mosqueteros, princesas, petimetres presumiendo de filósofos y filósofos metidos a estadistas.

Por el camino habremos de unirnos a una compañía de faranduleros. Una fauna variada alegrará el camino; pájaros de bengala, cisnes

---

* **La Crónica Literaria** (suplemento de **El País**), junio 8 de 1934.

azules, mariposas blancas, pavos reales, dromedarios y elefantes cubiertos de gualdrapas multicolores. Al final del viaje nos hallaremos exhaustos, empalagados y sedientos.

Pero habremos aprendido algunas piruetas de circo o acaso una alta lección de política: esto depende de que en nosotros predomine el humor o el heroísmo.

* * *

Augusto Ramírez lleva varios lustros de ser como si dijéramos **el héroe en busca de su pintor.** Nadie en esta República de campesinos, ha trabajado como este Leopardo, tan cuidadosamente, su biografía; todos sus gestos, todas sus actitudes, todas sus palabras, todos los actos de su vida, están dirigidos a la biografía. Con sus amigos ha sostenido una nutrida correspondencia, en la cual ha ido acumulando una ingente cantidad de material biográfico. Todos los eslabones de su artificiosa vida. En los álbumes de recortes en donde con solícito cuidado ha coleccionado sus artículos y sus discursos, encuéntrase al margen de los manifiestos conservadores, anotaciones como éstas que son puestas evidentemente por el miedo a morir sin revelar el gran secreto; anotaciones que parecen gritos de ultratumba: "Este manifiesto es mío". "Este manifiesto es íntegramente mío". "En este manifiesto no hay ni una coma de Laureano". "Este es mío". "¡Mío!" "¡Mío!" "¡Mío!". "Lo escribió Augusto Ramírez Moreno". "¡Mío!".

—Cuénteme algo de su vida íntima.

Augusto Ramírez me mira indignado.

—Notifico a usted que yo no tengo intimidad. En mi vida no hay campo para esa grosera circunstancia. Yo soy en todo un hombre público. Nunca, nadie ha sorprendido en mí una sola actitud que no sea cuidadosamente preparada, arreglada y perfilada. Soy un caballero arrogante, aun en la circunstancia de abrocharme los pantalones.

Augusto Ramírez fue, sin duda alguna, el estudiante más impertinente. Gozaba entre sus condiscípulos de una antipatía cordial y profunda. Nadie mereciόla con mayores títulos. Era un ser odioso. Después de tanto tiempo como lo hemos sufrido, hay mucha gente que se ha acostumbrado al espectáculo de este portentoso pedante, y aun entre la gente refinada, hay quienes lo saborean como un licor fuerte y caro. Pero hay que pensar en lo que era el mozalbete a los 18 años, para los indefensos e ingenuos escolares de San Bartolomé.

Usaba unos trajes que habían pertenecido a su hermano Bernardo, quien a su turno los había heredado de su hermano Noel y este Noel de su padre el doctor Enrique. Así, cuando aquello llegaba a cubrir el desmedrado cuerpo de Augusto, la prenda no estaba ya como para presumir. Y, sin embargo, presumía Augusto. Presumía porque para su sentido de la elegancia, lo de menos ha sido el traje. Ni tampoco la figura. La elegancia en Ramírez es una virtud escondida, una fuerza, algo subjetivo que se elabora en su voluntad y le da ese **allure**, eso que hace del descuajaringado y del enteco, el personaje inefablemente arrogante y baladrón.

Hay que pensar en lo que era este sujeto desmirriado y consumido de paludismo, envuelto en las vestimentas que habían arropado a todos los varones de la familia, presumiendo de Adonis y de Brumel. Y casi que los alcanzaba por arte de su orgullo. Pero eso no era nada, lo realmente exasperante para los mocosos a quienes cupo la desventura de ser condiscípulos de Augusto Ramírez, era la preeminencia intelectual que reclamaba a todo momento, preeminencia para su mente, para su elocuencia, para su sabiduría, sin que alegara otros argumentos en favor que el grito y el alarido.

En aquella época Augusto Ramírez carecía completamente de raciocinio.

Era el instinto primario convertido en estudiante de literatura. No es que después haya adquirido esa facultad tan rara entre nosotros, pero al menos ahora simula. En aquellos días ni eso. Las cosas debían ser de esta o de la otra forma, como él las decía, por la única razón de que él las decía y las quería como las decía y las quería. Y el único apoyo que traía era gritar con su garganta que se había hecho tan sonora en los desfiladeros de las montañas antioqueñas, quizá oyendo el canto de los gallos y las maldiciones de los arrieros en ese viaje maravilloso que relata en uno de sus libros. Y si alguno se empeñaba en contradecirle, surgía la disputa. Augusto gritaba, berreaba, ladraba, bufaba y repartía arañazos hasta que reducía al contrario a no decir oxte ni moxte.

Como resultado de tan emocionantes disciplinas, hacia el final del bachillerato Augusto Ramírez no tenía un solo amigo entre sus condiscípulos. Todos lo miraban como una alimaña venenosa, cerca de la cual era peligroso pasar. Todos lo aborrecían y lo odiaban con esa sinceridad y esa rabia que solo se tiene en la adolescencia. Pero Augusto Ramírez, como si tal cosa. Era tan soberbio que para sus condiscípulos no tenía siquiera la limosna del desprecio. Despreciar implica, por lo menos saber que el despreciado existe. Augusto ignoraba literalmente a sus condiscípulos. Durante las horas de recreo, se paseaba por el patio del colegio, como por un desierto, a grandes zancadas, soñando, soñando en su grandeza.

Su primer contacto con los que iban a ser sus compañeros en la cofradía de "Los Leopardos" fue de franca hostilidad. Los otros hablaban a todas horas de libros. Eran jóvenes roídos de literatura. Ramírez, por el contrario, mostraba un desdén absoluto por la literatura.

Me decía una vez:

—Lo único fuerte es el instinto. Lo único grande es la creación divina. A mí los libros me producen sueño. Y ¿qué puede enseñarme a mí un libro? Cuando pienso en los libros, me asombro de que la "Enciclopedia Británica" y "Así hablaba Zarathustra", por ejemplo, no me sigan por la calle como gozquecillos hambrientos, esperando los mendrugos que yo quiera arrojarles".

—¿Pero, entonces, usted no lee?— le pregunto.

—¡Nunca! Nadie puede decir que me haya sorprendido en ese vicio solitario. Soy esencialmente creador; en mi mente se han dado cita

todos los elementos de la creación, vivo en trance de creación. No tengo memoria, no la necesito y si la tengo debe de ser como un cedazo; todo lo que ahí cae se filtra al instante. Por ejemplo, yo vivo de hacer contratos y demandas; pues bien, nunca recuerdo el procedimiento; cada vez que tengo que hacer uno, tengo necesidad de inventarlo. Así he creado todo el derecho. Y cuando quiero leer un bello libro, ¡lo escribo!

Un poco después se olvida de estos alardes y me confiesa que ha leído algunos libros, especialmente libros de caballería. A poco resulta un lector asiduo de "Los Tres Mosqueteros" de Alejandro Dumas y de las "Memorias del Marqués de Brandomín".

En el apartamento de sus amigos, Arango, Villegas y Fidalgo, paseándose a grandes zancadas y echando de menos una espada y una capa, recitaba frases enteras del libro de Dumas o de un voluminoso novelón llamado "Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera". Un día llevó a sus amigos a una asamblea de estudiantes en donde dirigiólos Ramírez, los hizo enfrentar a Turbay y a Hernando de la Calle. Allí tuvieron la oportunidad de lucir en público la tan ensayada elocuencia. Ramírez les dijo esa noche:

"Mis hijitos, ustedes se tienen que bautizar. Deben adoptar un nombre de guerra, algo que dé la sensación de agilidad, de fiereza, algo carnicero como 'Los Leopardos' ".

De allí a poco Germán Arciniegas escribió una crónica que se llamaba "La Cueva de los Leopardos" y así se quedaron.

"Carreta de Titiriteros —decía Jaime Barrera Parra—. Jugaban con aros de hierro, con cubos de madera, con espadas de lata. Después se supo que todos esos utensilios brillantes eran ideas".

* * *

Un día vio fijado un cartel invitando a los conservadores a una reunión. Augusto concurrió. Vióse en el sanedrín de los godos. Estaban cerca de ochocientos entre ellos algunos de los más venerables patriarcas: Bonifacio Vélez, Ismael Enrique Arciniegas, José Jesús García, Aristóbulo Archila, José Ulises Osorio. Estos nombres, ¿qué nos dicen hoy? Nada. Son sombras vagas que no dejaron ninguna huella histórica de su paso por la vida política de la Nación. Pero en ese momento eran los jefes. Tenían la prensa, mandaban en las provincias, disponían de los votos, influían poderosamente en el gobierno. Se trataba de formar una agrupación o club de carácter permanente con el objeto de escoger candidatos para todas las elecciones que se presentaran. Tenían acordada ya una lista para la directiva del club, Ramírez empezó a protestar. Pero ¡quién iba a oírlo! Los que estaban a su alrededor lo observaron un momento con curiosidad y empezaron las risas y los cuchicheos. ¿Quién era el que así se mostraba? Los que estaban más adentro, pedían a gritos que el importuno fuera arrojado del local. Esto encendió más el ánimo del futuro director del partido, y se metió por las gentes abriéndose paso a codazos y empellones. Subido a una silla siguió protestando, dando alaridos y bufidos y anunciando que habían de oírle, aunque maldito el caso que le hacían, hasta que dio el salto, su

primer salto de leopardo, hasta la mesa donde presidían los hierofantes. Y frente a aquella mesa, paseándose como un cachorro de león en la jaula de un jardín zoológico ante el regocijo de los paseantes, pero que no por eso pierde un momento la sensación exacta de ser un leoncito, Ramírez pronunció un discurso terrible contra las listas que allí se les quería imponer a los ochocientos convencionistas por una minoría, y contra la forma de organización que se le quería dar a ese club. Produjo el descontento, el desconcierto y el alboroto. Trató a los personajes más empingorotados de animales, de piratas y de vejestorios. Fulminó a todo el que osó enfrentarse, hizo alguna de esas frases suyas como pañuelos de rabo de gallo que luego le han traído tanta fama; y acabó por desatar una ovación estruendosa.

Con ese escándalo entró Augusto en la política nacional, y ahí sigue, siempre en su ley.

Esa noche se fue a su casa, se puso frente a un largo espejo y se dirigió a sí mismo el más elocuente de sus discursos.

* * *

De pronto lo nombraron Secretario de la Legación de Colombia en París. Y allá se fue. Este muchacho que hasta entonces había tenido adormecida la carne, que había vivido consagrado al oscuro disfrute del instinto, de su salvaje instinto de lucha, sintió al contacto de la tierra de París, al sabor de los vinos de Francia y a la vista de aquellas mujeres, que en su organismo había un infinito caudal de energía para derrochar en el placer. Sintióse hambreado como un emperador romano; y se entregó a la orgía de aquella ciudad. A su manera especialísima hizo una vida de galantería de la cual hay recuerdos grandiosos en los anales diplomáticos.

* * *

En Europa el caballero tiene muchas defensas. Por ejemplo, Augusto Ramírez en París tenía su estación meteorológica, como tenía su sastre, su camisero y su florista. Su estación meteorológica que estaba encargada de suministrarle todas las mañanas el tono del día.

Por la mañana, entraba Dimitri, su fiel criado, a preguntarle con mucha seriedad:

—¿Qué traje llevará hoy Su Excelencia?

—¿Qué día hace?— le preguntaba Ramírez, todavía untado de sueño.

—Nieva —decía Dimitri.

Ramírez se sacudía, saltaba hasta la ventana envuelto en su pijama adornada con dragones, corría las cortinas, miraba los árboles del barrio de Passy, desnudos y ateridos de frío, volvíase a Dimitri y le preguntaba:

—Y con este día, ¿qué traje me irá bien?

Dimitri contemplaba un momento el paisaje, volvía la mirada sobre la figura de su amo, y contestaba al cabo de un rato de atento examen:

—Me permito indicarle al señor el gris plomo, de "Peackover".

Era el tono perfecto para el contraste de la nieve con el paludismo.

—Y corbata, ¿mi buen Dimitri?

—Depende de la compañera de Su Excelencia. Si Su Excelencia sale con la princesa Olga, le aconsejaría una, pero si sale con la condesa Borodina, le aconsejaría otra completamente distinta. Los ojos de la condesa son azules, los de la princesa...

—¡Pardos! —exclamaba Augusto, poniendo los suyos en blanco y su diestra sobre el corazón.

—Si Su Excelencia sale con la condesa Borodina, le iría bien la corbata azul, de azul de ala de mosca, que Su Excelencia encargó a "Tremblet" inspirado en el poema de aquel poeta brasilero. Pero si, por el contrario, su Excelencia sale con la princesa, le iría bien la corbata solferina, que Su Excelencia ordenó después de su excursión a las rocas de Caprea, ruborizadas para siempre desde que presenciaron los amores de la señora Hamilton en el heroico almirante de Abukir y Trafalgar.

—Y sombrero, ¿Dimitri?

—Eso depende, señor, del coche que Su Excelencia vaya a llevar; si lleva el "Rolls Royce", le aconsejaría uno de "Locke", pero si, por el contrario, prefiere el "Hispano", debería llevar uno de "Pool".

De esta manera el caballero Augusto Ramírez Moreno, Secretario de Legación, amigo de princesas Olgas y de condesas Borodinas, a cuyo servicio estaba un oficial de la guardia imperial rusa, noble, discreto y erudito en marcas de automóviles, de corbatas y de sombreros, tenía que para sus paseos por París, su traje y su corbata iban de acuerdo con la temperatura del día, con la forma del automóvil y con el color de los ojos de su amada.

* * *

—¿Cómo perdió usted ese dedo?, le preguntó una noche la condesa de Noailles.

Augusto, que conocía de memoria las cuarenta y dos maneras de perder su brazo del Marqués de Bradomín, le dijo:

—Oh, condesa, fue en mi jardín tropical. Un día me vi obligado a castigar a mi león preferido, porque se había permitido el desacato de sacudir su cola sobre la cara de mi amada, reclinada sobre mi pecho. Mi león preferido enfurecióse... (aquí Augusto relata una escena terrible). La condesa se espanta. Cuando la emoción es más fuerte en la condesa, Augusto se inclina sobre ella y le dice al oído:

—Y así perdí yo mi brazo, divina condesa.

—Pero cómo es eso, Augusto mío, si usted apenas ha perdido un dedo y ni siquiera eso, una falange.

Augusto se mira la falange con tristeza, la misma falange con que de chiquito se hurgaba las narices y dice calmadamente:

—Oh, deliciosa condesa, cómo es verdad que la función engendra el órgano. Ante la necesidad de escribir epístolas de amor y de esgrimir mi espada en duelos galantes, ejercicios estos sin los cuales mi vida no tendría finalidad ni objeto, mi diestra ha retoñado...

* * *

Sin embargo, hay quien asegura que todo esto es fantasía de Ramírez, y que su vida en París fue tan austera y casta como la de un cenobita.

* * *

Un día ancló en Buenaventura el "Ucayali" o el "Urubamba", uno de esos barcos que allí hacen escala. Del muelle se desprendió la lancha de sanidad, pero además del médico y del capitán del puerto, iban en la lancha un sacerdote, el doctor Ramírez Moreno y sus padrinos. El doctor Ramírez Moreno iba a casarse en secreto. El padre de la novia se oponía. En el puerto había dejado preparada una fantástica provisión de gasolina para ponerle fuego a Buenaventura y a todos los barcos allí surtos, para el caso de que alguna circunstancia se opusiera al cumplimiento de su propósito. Porque al despedirse de sus amigos les había dicho:

—Me voy a casar a bordo del barco en que llegue mi novia a Buenaventura, y, una de dos, o vengo casado o me traen embalsamado.

En una de las cubiertas inferiores del barco, frente al mar, frente a los veleros, entre el revoloteo de las gaviotas y los alcatraces, a un lado del cabrestante, sobre los enrollados cables y ante la mirada benévola de unos marinos escandinavos que succionaban sus pipas con delicia, se efectuó el matrimonio de este original caballero, con la altísima dama que es hoy su compañera.

Y de esta manera se salvó Buenaventura.

* * *

Tantas veces ha repetido Augusto Ramírez que es un héroe, que es un político y que es un Don Juan, que él mismo ha acabado por creerlo. Y quizá lo sea. En todo caso nadie ha despertado admiraciones tan encendidas. Entre sus jóvenes copartidarios, Ramírez es motivo de un culto encendido.

Hablando de él ha dicho uno de sus fantásticos admiradores:

"Allá va el mismo Hamlet, solo le falta la calavera en la mano".

Otro le alaba en estos términos:

"Sus manos, como las de Ana Pawlova, o las de Isadora Duncan".

Otro le dice:

"Vorágine de palabras... Jinete de fuego... Zeus".

Otro comenta:

"Al acabar de oírlo, sentí que sobre mí habían pasado los cuatro jinetes del Apocalípsis".

Y una de sus admiradoras, después de oírlo declamar uno de sus discursos, exclama:

"¡Es Bertha Singerman!".

Un hombre que despierta estas admiraciones ciegas, tiene para crear una mística en las multitudes. Sus frases sostenidas por una palabra sonora, por un gesto imperioso, e inspiradas en esa fuerza del instinto, lo han hecho la figura indicada para una revolución religiosa, para una revuelta mística, para una cruzada. Con razón reclamó él un día en el seno de la convención conservadora su derecho a dirigir la colectividad con el estandarte de la locura.

* * *

En el año de 1932, Ramírez fue elegido miembro principal de la dirección suprema del partido. Al año siguiente, al reunirse la convención conservadora, los señores Jiménez López, Berrío y Carbonell hablaron de que el conservatismo debería orientarse por la cordura y por la sensatez, y recordaron que era un partido de orden y de disciplina. Avanza entonces el señor Ramírez más pálido que nunca y grita:

—Protesto contra ese anacrónico concepto. Ha pasado el tiempo de la sensatez. Los hombres cuerdos y sensatos han debido estar dirigiendo el partido cuando se trataba de gobernar y de sostenerlo en el Poder. Hoy el partido necesita hombres desprovistos de miedo y de preceptos académicos, capaces de atropellar las buenas maneras; en una palabra, hombres audaces. Por mi parte, declaro enfáticamente que mi único título para director de este partido en derrota es el de calavera. Y si esta asamblea renueva mi mandato, debe saber que lo hace por esa calidad, por mi calidad de truhán de la política.

En seguida se procedió a la elección de directores y se obtuvo este resultado:

Cómputo de votos en la elección del Directorio Nacional.

Augusto Ramírez Moreno	52
General Pedro J. Berrío	51
Doctor Laureano Gómez	50
Doctor Abel Carbonell	36
Doctor Jorge Vélez	28

Doctor Jesús Perilla	21
Doctor Aquilino Villegas	3
Doctor Alfonso Palau	2
Doctor Alberto Portocarrero	2
Doctor José A. Montalvo	1
General Pompilio Gutiérrez	1
Doctor Guillermo Valencia	1

Fueron elegidos los doctores Augusto Ramírez Moreno, Laureano Gómez, el General Pedro J. Berrío, el doctor Jorge Vélez y el doctor Abel Carbonell, en su orden.

El doctor Augusto Ramírez Moreno fue elegido por unanimidad.

Bogotá, octubre 3 de 1933.

* * *

Nadie le gana en petulancia. Ni siquiera Jorge Zalamea. Pero en Ramírez hay un elemento sublime: su formidable y soterrado sentido del humor, que junto con su fuerte instinto de la poesía le impide caer en lo grotesco. Pero entonces, ¿por qué esos grandes gestos, por qué esas actitudes teatrales, por qué esas frases grandílocuas, a qué esa **mis en scene** alrededor de todos sus pasos?

Ramírez, que acaso en el fondo es un malicioso realista, sabe que las multitudes conservadoras aman eso.

Pero cuando sus actitudes teatrales y sus frases rimbombantes enardecen a la multitud hasta el delirio, podríamos ver con un cristal de aumento detrás del monigote al verdadero Augusto Ramírez observando aquello como un espectador frío y algo irónico. Detrás de su careta, este formidable pasayo, se está burlando siempre de sus piruetas.

Porque, aunque aparezca contradictorio, Augusto Ramírez es un hombre serio.

No hay duda que tiene una opinión desmesurada de su propio valer. Esto es lo que le da esa insolvencia, ese infinito desdén, ese orgullo magnífico, esa fuerza admirable, ese desprecio por todo halago, esa fiera actitud ante la vida, eso que le ha impedido siempre caer en la más leve vulgaridad, en la más pequeña sordidez. Por este aspecto, Ramírez es un prócer, un ciudadano benemérito de la República. Y también un caballero andante.

* * *

Miembro de una directiva política que ha decretado el ayuno del presupuesto, es, entre todos los jefes del partido, el único a quien por esta circunstancia hay que abonarle alguna voluntad de sacrificio. Laureano Gómez, Ospina Pérez, Restrepo Jaramillo, Carbonell, Carre-

ño, Jorge Vélez, de la Vega, son ciudadanos poderosamente ricos en este país de indigentes. Para ellos el sacrificio sería abandonar sus cuantiosos intereses para prestarle algún modesto servicio a la República. Otros tienen haberes menos considerables, pero que en todo caso representan entradas seguras. Entre todos los grandes directores del partido conservador, ninguno otro ha tenido que hacer el sacrificio de su propio bienestar. Lo que para los otros ha sido fácil porque es muy fácil sacrificarse en los porteros y en los pequeños empleados, desde las mesas de las gerencias y de las grandes empresas, para Ramírez ha sido el holocausto de su propia tranquilidad, quizás algunos días del pan mismo de su hogar.

Porque este Leopardo es pobre como una rata. Graduado en el colegio de las escaseces y licenciado en la universidad de la pobreza, los más de sus días los comienza sin saber cómo va a obtener el sustento. Y de esa suerte pasa su vida batalladora, su vida orgullosa. Esta milicia es la que ha templado su alma y acendrado su carácter.

—No quiero dejar de ser pobre —dice—; a mi pobreza le debo mi gloria.

A la máxima de Julio Palacio: "Procura no indisponerte con el poderoso", Ramírez contesta con "El Político", un libro cuya esencia podría resumirse en esta otra máxima que su autor debió encontrar, lo mismo que el epígrafe de este artículo, en sus lecturas inglesas: "La felicidad debilita, la adversidad tonifica"; y que bien podría servir de enseña a un partido que aspira a purificarse.

Para esa purificación ningún apóstol más auténtico que Ramírez, pero no en la compañía en que ahora lo vemos, de burgueses ahítos.

* * *

—¿Qué es lo que usted más ama? —le he preguntado a Ramírez, temiendo que me contestara: "El espejo"; pero me ha dicho esto:

—Solo hay dos cosas que me interesan fuertemente en la vida: la política y el placer; pero he invertido los términos: en política soy un Don Juan, y con las mujeres soy un hombre de Estado*.

AUGUSTO RAMIREZ MORENO
por Juan Lozano y Lozano.

Viene de cuando en cuando a mi memoria, y me llena de emoción a la vez dulce, grotesca y melancólica, el recuerdo de mi primera noche en París, hace veinte años. Mi único amigo allí era Augusto Ramírez, compañero de mi primera infancia y de mi primera adolescencia. El había llegado tres o cuatro meses antes que yo; se sentía dueño y señor de la cosmópolis; había salido a recibirme a la estación, y me hacía,

---

* Alejandro Vallejo, **Políticos en la Intimidad,** Bogotá, Editorial Antena, 1936.

entre afectuoso e importante, la presentación de sus dominios. Andando en taxi hacia el hotelucho en donde él vivía y en donde me había separado habitación me dijo: "¿Sabes tú cuál es el secreto del frac?". Yo le contesté que comprarlo, y Augusto contrarreplicó: "No, no basta comprarlo, y de ello vas a convencerte. El secreto del frac consiste en que cuatro dedos del chaleco sobresalgan de las aletas de la chaqueta, de los cuadriles hacia el centro, y que esas fajas blancas terminen en ángulo agudo, y se encuentren debajo del ombligo".

Ya en el hotel me mostró sus vestidos; tenía varios de diversos cortes y colores, cada uno con su secreto para ser bien llevado. Yo había dejado de ver a Augusto en Bogotá con unos amplios pantalones de fantasía que habían pertenecido por riguroso turno a sus hermanos mayores; y todavía con el saco corto y estrecho que una vez casó con su antiguo vestido de pantalón corto; y esta transformación me llenaba a la par de estupor y de respeto. Más tarde salimos al Café Selec, y allí a una mesa vecina se sentaba una de las mujeres más extraordinarias que he visto en mi vida. Parecía una carátula de "La Vie Parisienne", con gran sombrero de plumas, sus hondas ojeras, sus fastuosas pieles, el modo de cruzar y descruzar las largas piernas finas. Hice mi composición de lugar y resolví que sería una gran duquesa rusa, desterrada por los bolcheviques; y me felicité interiormente de que la vida me hubiese dado la oportunidad única y feliz de ver a tan corta distancia, tanta y tan inaccesible maravilla; y por primera y única vez, también, la figura áspera de Lenin me inspiró recóndita ternura.

Como viera Augusto que yo no quitaba los ojos de semejante aparición, me dijo: "¿Te gusta esa mujer? Pues invítala a tomar el aperitivo". Yo miré a Augusto, a quien conocía por estrambótico; eché una mirada a mi figura de estudiante tropical recién desenfardado; y no dije nada, sino que me quedé pensativo ante la disparidad de los destinos humanos. Augusto entonces me arrastró del brazo hasta la mesa de la gran duquesa, me presentó a mí, luego se presentó él mismo, pidió los aperitivos, y recibió una estimulante acogida para él y para su compañero de trópico. Acogida tan amable, que a poco tiempo la gran duquesa nos pidió que la acompañáramos a su hotel (particular); y solo exigió de sus ultramarinos admiradores el cadexu por anticipado.

Gran decepción constituyó para mi espíritu romántico aprender de Augusto que no se trataba de una gran duquesa, sino de una mecanógrafa marsellesa, la autoapreciación de cuyo encanto, aun frente a ciudadanos latinoamericanos, apareció excesiva a mi amigo; razón por la cual, con dolor del alma, hube de consentir en que no la acompañáramos.

En todo caso, Augusto Ramírez crecía ante mis ojos momento por momento, por sus condiciones de hombre de gran mundo, que no se asusta con nada y no se deja coger corto por nadie. Más tarde, reflexionando sobre este incidente inolvidable —¡primera noche en París!— y reflexionando sobre Augusto Ramírez, he llegado a pensar que el carácter de este extraño político no es tan extraño como parece. Lo que sucede es que Ramírez Moreno sabe generalmente cosas que otras personas no saben, y por ello aparece original. En un mundo político y

social lleno de compromisos, de situaciones creadas, de ficciones, de restricciones mentales, de convenciones de todo género, Ramírez Moreno simplemente es como es; y como los demás serían, si las casas no les ocultaran la ciudad.

Contrariamente a lo que las gentes piensan de Augusto Ramírez Moreno, él representa entre nosotros un llamamiento al sentido común, a la realidad evidente, a la practicidad, a la sinceridad, a la vida simple y serena. El mismo es un modelo de ciudadanos en la vida privada, y lleva una existencia ajustada a las más austeras normas. Modelo de hijos, modelo de esposos, modelo de padres de numerosa prole, modelo de amigos, la genialidad que universalmente se reconoce a Augusto Ramírez Moreno no ha estimado él jamás que lo coloque por encima de las leyes morales. Abogado en ejercicio, ha derivado su sustento de gestionar pleitos, y acercarse a los juzgados, y escribir alegatos, y hablar en estrados, como cualquiera otro profesional laborioso. Con las dificultades inherentes a la división de atención y tiempo entre la profesión y la política, Augusto Ramírez, después de haber pasado días y años de angustia económica, ha logrado en los últimos tiempos normalizar el trabajo de su oficina y vivir decorosamente de su actividad liberal. Es de anotar que en los tiempos en que un empleo público habría sido para él la resolución de muchos problemas, Ramírez Moreno fue un feroz anticooperacionista con los regímenes liberales y un adalid de la abstención parlamentaria; y que la modificación de su criterio político se ha operado en épocas en que su situación profesional le impediría aceptar cualquier alto empleo, en caso de que le fuese ofrecido.

El solo enemigo que ha tenido Ramírez Moreno ha sido su retórica. El ama la paradoja, la cual es una verdad todavía no aceptada o todavía no afrontada. Una manera peculiar, estrambótica, enrevesada, sorprendente, de decir las cosas más puestas en razón, ha hecho creer a las gentes que este político, colocado en una posición directiva, sería, como el general Mosquera, "un mico en un pesebre". De aquí que todos los caminos de la oportunidad política se hayan cerrado a su paso. Sería bueno llevar a Ramírez Moreno al directorio conservador, dicen sus copartidarios, quienes le reconocen altos méritos y servicios; sería bueno ensayar a Ramírez Moreno en un elevado empleo público, se han dicho a sí mismos algunos gobernantes. Sería bueno, pero, ¿quién lo aguanta? Es esta la idea errada, pero explicable, que se tiene de Augusto Ramírez Moreno. Las gentes se fían de la más engañosa de las apariencias; y Augusto Ramírez expía el delito de su estilo literario. Algo semejante sucede en Colombia con el maestro López de Mesa, el más realista de los colombianos, a quien su lenguaje peculiar ha elevado a la estratosfera.

Es el nuestro el más conservador, tradicionalista, formalista rutinario, de los países. En la severa y protocolaria Inglaterra, en donde el sentido de la **property** impregna la vida social, hombres de extraño temperamento y de extrañas maneras, como Byron, como Disraeli, como Shaw, han podido recorrer el camino de la resistencia a la consagración. Entre nosotros, a hombres tan severamente normales como

López de Mesa y Ramírez Moreno se les tiene una invencible difidencia. Ellos rompen con una originalidad no buscada, y circunscrita a lo incidental y externo, el pozo muerto de la uniformidad mediocre; de la usualidad burguesa; y las gentes insurgen contra toda alteración de la rutina sentimental.

Augusto Ramírez tiene el privilegio de tener la conciencia recta y las ideas claras; y de ver más allá de donde ven ordinariamente sus copartidarios y sus compatriotas. Sabe por ello, en un momento dado, muchas cosas que los demás todavía no saben, y de aquí que produzca sensaciones de desconcierto, de fantasía, de inverosimilitud, de resistencia a lo que se imaginan las gentes que es una tomadura de pelo. Coloquemos a Ramírez Moreno en el comienzo de su carrera pública. Años antes de la caída del partido conservador, había una sensación general de que las cosas marchaban mal para la cansada y decadente hegemonía; y esa sensación la tenían más viva aun los conservadores que los liberales. Dos impulsos, drásticos, había tenido el conservatismo en el Poder: el revolucionario que le dio vida hacia 1886, y el reformista a que dieron origen la guerra, la dictadura y la unión republicana. Establecida la normalidad en 1910, el conservatismo se vio gradualmente atacado por los males inherentes a las consolidaciones; la rutina, el desegreño, la corruptela, el usufructo, la despreocupación. Pero los grandes jefes conservadores, amodorrados, no veían el abismo al cual marchaban; tal como está sucediendo ahora dentro del partido liberal.

Entonces un grupo de cinco muchachos, entre los cuales Augusto Ramírez fue uno de los más fervorosos, quiso reaccionar contra ese letal estado de cosas, infundir nuevos propósitos, nuevos bríos, nueva savia a un régimen carcomido por la inercia y la irresponsabilidad; crear una mística; promover un sacudimiento que devolviera a la colectividad su sentido del deber ideológico y patriótico. El grupo de "Los Leopardos" tuvo ese significado y esa justificación; pero los grandes jefes, aletargados, no vieron nada, sino que ordenaron la persecución de los disidentes; y el conservatismo fosilizado se cayó en breve por su propio peso. Esta fue la primera aventura política de Ramírez Moreno.

Vino el régimen liberal, el cual, para imponerse, en ciertos sectores de resistencia, hubo de apelar a la violencia delegada. Entonces Augusto Ramírez insurgió en el Congreso, en la tribuna, en la prensa, contra el atropello; y de su actitud feroz no pudo disuadirlo ni la amenaza de turbas enfurecidas, ni la sagacidad conciliadora del Presidente Olaya Herrera. Desde su punto de vista de conservador, Ramírez Moreno enfocaba la política por donde correspondía a un partido en desgracia. Se necesitaba no englobarse en la discusión de principios, sino mantener un espíritu de rebelión y de martirio; una insumisión férvida al nuevo orden de cosas; un espíritu de resistencia a la opresión. No fue partidario Ramírez Moreno de la política conservadora de esperanza y de fe en la candidatura y en el gobierno de López, sino de la agresión a todo trance contra el régimen, cuando ese régimen no tenía aún la raigambre de intereses creados, de posiciones adquiridas, de mentalidad pública habituada, que ahora tiene; cuando era todavía

fácil volcarlo con un gran movimiento de inconformidad. No triunfó la política de Ramírez Moreno, y el régimen se consolidó con el beneplácito conservador, y fue tardío, inútil y menesteroso el llamamiento a "engaño". Esta fue la segunda aventura política de Ramírez Moreno.

Se consolidó, pues, el régimen liberal con el beneplácito conservador. Partido este último que volvió a depositar su fe y a colocar su confianza en que el Gobierno de Santos representaría una radical reacción contra el anterior en materia de relaciones con la oposición. Y una vez que el liberalismo estaba enraizado en la Nación, y que ya no era posible derribarlo, empezaron los altos jerarcas del conservatismo a ensayar de nuevo la táctica que habían abandonado en circunstancias más propicias. Ramírez Moreno, siempre desde el punto de vista de conservador interesado en la permanencia o en el regreso de su partido, vio que la política de la abstención y la de la acción intrépida eran inoperantes, y se amoldó a la nueva realidad. Para influir en la cosa pública, dada la nueva situación creada, era preciso incrustarse dentro del régimen, y preparar desde adentro el regreso. Esta tentativa de aceptación o de propuesta, de la cooperación, ha sido la tercera aventura y ha sido también la tercera derrota de Ramírez Moreno.

Aventuras para él, quien ha sufrido abnegada y fieramente las consecuencias pertinentes; pero derrotas, ¿para quién? Para el partido conservador, al cual tanto el disidente Ramírez Moreno como los jerarcas oficiales están naturalmente interesados en servir. Ha habido error en el conservatismo en tres ocasiones estelares, y la razón ha estado de parte de Ramírez Moreno en esas mismas tres oportunidades. El ha visto más lejos, él ha representado las situaciones antes que los otros, él ha sabido con anticipación, y ha dicho lo que sabía, y por ello ha parecido a los conservadores tan estrambótico como a mí me pareció aquella inolvidable noche primera en el París desconocido y fantástico.

En conversaciones con Augusto Ramírez Moreno le pregunto si él cree en el regreso más o menos próximo del conservatismo al poder. Dice Ramírez Moreno:

"Sí, siempre que no se haga una política rabiosa en un país de moderados: en Colombia la pugnacidad excesiva y sistemática, se toma por una forma mitigada de la locura furiosa. Sí, siempre que el conservatismo esté unido. Sí, siempre que mostremos un programa. Sí, siempre que ocurra alguno de estos tres supuestos; un gran crimen del régimen contra la nación, hipótesis que bastaría sola para entregarnos el mando, pero que descarto con horror de antemano como patriota; una gran catástrofe económica nacional; o un terremoto disciplinario del liberalismo. Cualquiera de estos dos últimos supuestos nos llevaría al poder; siempre que el partido conservador recorra la etapa previa de los ministerios mixtos, porque sin éstos, la transición sería demasiado brusca y el partido liberal nos entregaría el Gobierno —pasaría del solio al desierto— pero solo mediante una guerra civil. La cooperación en el gabinete ofrece el gravísimo peligro de anemiar a nuestro partido, pudriéndole su resorte combativo en la lucha interna, lucha por ver quiénes llegan primero al presupuesto, que es elíxir de juventud y de vitalidad renovada para los que mandan, pero que es la morfina de la

oposición. El conservatismo tiene que correr ese riesgo si está seguro de la alta moralidad de sus dirigentes, y debe ponerse en acecho del minuto estelar, en el clima del etéreo que es la burocracia para la oposición. O nos exponemos los conservadores a llenarnos de bubas, o hacemos rogativas para que el liberalismo cometa un horrible crimen contra Colombia. Yo prefiero fríamente las bubas para nosotros a la deshonra para el partido liberal.

Esa alternativa es el secreto de la diferencia táctica profunda que separa al conservatismo doctrinario del conservatismo personalista, ya que éste quiere con todas las veras de su alma que el liberalismo sea una taifa que no es, creyendo que la calumnia exorciza la realidad y la trueca en semblanza de nuestras pasiones desesperadas".

Habría que averiguar, de los propios labios del gran disidente, cuál es su posición dentro de la política conservadora. Responde Ramírez:

"En política conservadora, mi deseo es de unión. Quiero que el partido restaure su estrategia, que renueve su táctica, que revise y barnice y reviva el cuadro de sus viejas y grandes orientaciones en materia de política internacional y de política interna, traicionadas todas ellas.

"Con ningún conservador tengo diferencias personales; pero con la mayoría del partido tengo diferencias políticas. Yo regresé del cafre y ellos continúan en la zona negra de la política. No quiero la guerra civil de las almas, porque esto es lo peor para Colombia y porque la sola ventaja que el partido conservador ha derivado de ella es prescindir de Abel Carbonell, de Roberto Urdaneta, de Eliseo Arango, de Rafael Escallón, de García Cadena, de Gilberto Alzate, de Trujillo Gómez, de Martínez Capella, de Francisco de Paula Pérez, de Berrío, de Fernando Gómez Martínez, que me parece el jefe más autorizado de nuestra política. Prescindir de ellos y de mí, es una ganancia tan pequeña, que no vale la pena de haber sacrificado nuestras posibilidades y de haber roto la bandera y de haberle prendido fuego al clero y de haberse hecho cómplices de los nazis —cuando su victoria parecía cierta— a cambio de aquella ventaja pequeñita, aun cuando permanente, a juzgar por los caracteres de eternidad en la segunda juventud a que ha llegado nuestra proscripción.

"Nuestra diferencia fundamental con la escuela que se ha adueñado del partido es la de que ella cree que la catástrofe aprovecha a los nuestros, al tiempo que nosotros profesamos que ella es perjudicial para todos".

El liberalismo ha venido sosteniendo que si los conservadores hubiesen hecho "oposición constructiva", es decir, que si se hubiesen mostrado justos y diferentes con el Gobierno, es decir, que si hubiesen cooperado, no se hallarían en la presente situación de postración a que, dicen, ha llevado el señor Laureano Gómez a su partido. En ello coinciden con la apreciación que Ramírez Moreno hace de la política conservadora. A mí, desde el campo de la conveniencia liberal, me ha parecido insensato el estímulo, afortunadamente frustrado, que los gobiernos liberales han dado ostensible o solapadamente, a cualquier disidencia de la política de ataque cerrado al liberalismo. Si la oposi-

ción comedida y un tanto gobiernista ha de traducirse en la ejecución de los designios quintacolumnistas de Ramírez Moreno, mejor es que no variemos. Tanto más cuanto los disidentes, en materias ideológicas, están más cerca del llamado nuevo liberalismo que nosotros, los liberales clásicos; y sería demasiado fácil para esos conservadores cooperacionistas manejar, desde su incrustación, la política del Gobierno en el sentido de la conveniencia conservadora. Porque una cosa es la ideología, y otra es la tenencia del poder por un partido. Sobre las barreras conceptuales entre los partidos históricos, opina Ramírez Moreno:

"Las fronteras de los partidos tradicionales en Colombia no se han borrado, pero se han acercado. La inspiración del liberalismo clásico era el concepto de libertad, que es el más necesario entre los que atañen al individuo. La inspiración del conservatismo doctrinario es el concepto de orden, que es el más necesario entre los que atañen a la sociedad. El liberalismo se ha convertido fervorosamente al intervencionismo de Estado y esto lo obliga a buscar también su inspiración en el concepto de orden, aproximándose a nosotros, sin que nosotros nos hayamos movido. El divorcio surge cuando se trata de saber cuál es ese orden. Para el liberalismo es el que impone el Gobierno, cualquiera que sea su rumbo —progresista o retardatario— pero confunde interesadamente la moral con la ley, el mandato con la legitimidad; cada decreto suyo es un bien. Para nosotros, dentro del orden solo cabe la idea de ordenamiento de la razón para el bien común por quien tiene el cuidado de la comunidad, sin que nos importe, tampoco, que ese ordenamiento sea retardatario o progresista, ya que estas fuerzas alternan su ritmo, y, si actúan oportunamente, son propicias y benéficas. La libertad es esencial al individuo, que debe hacerse matar por ella; pero el orden es esencial para la sociedad, que debe matar en su defensa".

Esta es la guerra permanente, y guerra a muerte, entre el individuo y el Estado. Pero volvamos a la "conciliación con el régimen". La política que Ramírez Moreno ha venido predicando, ante el hecho cumplido del afianzamiento del liberalismo en el poder, ¿en qué realidad se encuentra ahora o qué porvenir tiene? Todos estos acontecimientos últimos de reanudaciones de amistades personales, de manos tendidas, de climas de comprensión, de puntos de estudio, ¿qué significado práctico revisten? Habla Ramírez Moreno:

"Creo indispensable observar que mi política está triunfando en toda la línea. Recuerdo que cuando yo defendía la política internacional del régimen (que el enorme orador Londoño califica de 'política internacional de entrega que lleva a la esclavitud'), hice una campaña solitaria y resonante contra el nazismo evidente y metódico de El Siglo y de todos sus seguidores. Hoy, en la escuela personalista que censuró la política extranjera del régimen, no se escucha sino un coro de voces conformes con lo que ocurre en ese terreno; y el propio doctor Londoño, en uno de sus últimos discursos admirables, dijo que en materia de política el pueblo colombiano era unánime.

"Predije no solo que por una razón o por otra el conservatismo acabaría siguiendo mis indicaciones en materia de política extranjera,

mas también que un nuevo clima brotaría en el país cuando los señores López y Gómez se reconciliaran. La loca predicción fue motivo de risa. Pero ya los augustos personajes se han reconciliado y el nuevo clima se inicia con lentitud, pero con eficacia, que hará cesar la violencia caribe de nuestras luchas.

"En todo caso, a la política de conciliación no le he sacado ningún beneficio de ningún orden, entre otras cosas porque los presidentes liberales temen que si propugnada por mí la acogen y ajonjean, el doctor Gómez puede irritarse; y el fenómeno más caracterizado del liberalismo es el miedo tan vigoroso, activo y entusiasta que cada liberal —con la excepción de Aníbal Badel— siente por aquel eminente ciudadano. Personalmente estoy muy satisfecho, entre otras cosas, porque he probado que no necesito de la política para nada; y porque la política que defiendo, cuya indispensable condición de éxito es la paciencia, ya demostrando que ningún camino, por largo y árido que se le suponga, desanima su marcha.

"Ignoro si con los hombres adecuados y en forma explícita se impondrá la política de conciliación con el régimen; pero si falla, estaré todavía más contento de lo que estoy ahora cuando la miro cerca de la meta, porque habré demostrado que soy capaz de consagrarme sin oportunismo a una causa buena, sin que me preocupe la manera como los partidos responden a mi empeño. 'Yo voy tocando mi vihuela', como en el verso de León de Greiff; y la toco, no por quienes puedan oírla, sino porque el sortilegio de su melodía embelesa mi conciencia de ciudadano".

Supongamos que, por agencia de la política de conciliación, y de incrustación, y de carcoma interna, el partido conservador logre la totalidad del mando en el curso de unos pocos años. ¿Cómo vería Ramírez Moreno, dentro de la alta posición que su calidad de precursor le aseguraría en el gobierno? ¿Cómo vería él el problema social? ¿Qué puntos de contacto hay entre el socialismo izquierdista y el socialismo cristiano? ¿Cuáles son las actuales tesis concretas del conservatismo en materia de relaciones entre el capital y el trabajo? ¿Cómo podría conciliarse la mentalidad dogmática, autoridad jerárquica del conservatismo, su natural difidencia de los anhelos tumultuarios del pueblo ignorante, con esas plataformas que de cuando en cuando presentan los conservadores, las cuales, en materia de "reivindicaciones", dejan en pañales las propuestas de las izquierdas marxistas? Responde Ramírez Moreno:

"Lo único trascendental es lo elemental y, por ello, mis ideas son elementales, y se resumen en una institución: la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Todo lo que cabe dentro de la Iglesia, cabe —simultánea o alternativamente— dentro de mis ideas. Convertir en dogma la pasión del instante, es una traición a la inteligencia y una forma solapada de la herejía. Mi convicción religiosa, al crecer, devoró todas mis otras convicciones y de ahí que sea el más creyente de los católicos y el más incrédulo de los hombres. El político realmente católico es el flexible y el más noblemente oportunista de los políticos. Los que alardean de sus principios religiosos para justificar su intolerancia en

materia contingente y discutible, me parece que practican una forma aguda de ateísmo, porque ponen a Dios al servicio de su vanidad intelectual. Por eso, creo que una plataforma elemental y trascendental, es el mejor programa de gobierno.

"En lo social opino que debe establecerse el salario familiar, de suerte que cada obrero pueda casarse, enfermar, tener prole numerosa, educarla y medicinarla, rindiéndole así a la patria el doble tributo de su esfuerzo económico y de una paternidad prolífera y sana. Poblar a Colombia es la mejor manera de servirla, porque nuestra nación es un vasto desierto maravilloso. Opino que el obrero debe participar en las ganancias del patrón. Si se obtienen esas dos cosas, opino que automáticamente debe abolirse el derecho de huelga, que es el instrumento jurídico en la lucha de los de abajo por lograr de los de arriba un progreso económico durable y congruente con las circunstancias de cada momento. Si no se obtiene un generoso, humano y equitativo nivel de los salarios, hay que defender —entonces— la persistencia del derecho de huelga; pero si lo que éste busca se logra mediante una organización competente, el derecho de huelga tiene que desaparecer, porque sería injusto contra el patrono y subversivo del orden social. (Claro que parto del principio de que el patrono respete las reglas de la moral y de la cortesía en su trato con quienes cooperan con él en el esfuerzo por crear riqueza pública). En el fondo, quienes más aman la propiedad, son los que no tienen ninguna y, por ello, en el fondo, los conflictos de trabajo no son conflictos doctrinales sino deficiencias técnicas de la organización industrial.

"El Estado debe acudir por el ministerio de leyes precisas y sencillas, en favor del enfermo desvalido, del viejo desamparado, del que no tiene empleo, del que produce arriesgando su fortuna y su tranquilidad, del que en la imaginación creadora tiene un patrimonio sagrado. Si el Estado no interviene, se convierte en cómplice del más poderoso, que una vez sería el capital y otras veces sería el motín. Los crueles, los perezosos audaces, los amotinados sin justicia, deben sentir la garra del Estado sobre el cuello".

Augusto Ramírez Moreno, a quien, por circunstancias de diverso orden, nadie ha preguntado nada en los últimos tiempos en materia de gobernar el país, se siente estimulado por mi interesamiento en sus ideas, y habla en tono de programa presidencial, tal como lo hacía hace veinticinco años, en nuestras sociedades literarias, en medio de Germán Arciniegas, de Bernal Jiménez, de Nicolás Llinás, de Primitivo Crespo, de los Lozano, y de tantos otros próceres a la conquista del mundo. Recuerdo por cierto que en aquellas sociedades de las inmediaciones de 1918 no eran Camacho Carreño, ni Carlos Lozano, ni Hernando de la Calle, ni Gaitán, ni Augusto Ramírez quienes nos apabullaban a los demás con su elocuencia y su sabiduría; sino que quien mangoneaba allí y tronaba, y nos llevaba a todos como de una nariguera a donde quería llevarnos; sino que quien nosotros todos teníamos fichado para primer Presidente de nuestra generación era nuestro amigo Humberto Soto. Ramírez Moreno hace una profesión de fe internacional, económica, administrativa y finalmente filosófica, acerca de la teoría de los héroes:

"En materia de organización administrativa de la República, soy partidario de la creación de ocho, diez o veinte departamentos nuevos. El regionalismo ha sido apasionado arquitecto de nuestro progreso y deben fomentarse regionalismos nuevos que estimulen para nuevas hazañas los regionalismos ya existentes. Por otra parte, el cuadro de los catorce departamentos es viejo, después de dos guerras mundiales, cuando nuestra economía se complica y nuestro papel internacional se agranda.

"Soy partidario de un Senado técnico; y de que se truequen en corporaciones administrativas las asambleas departamentales.

"Al capital que tantea y al que fabrica no debe gravársele; debe gravarse solo al capital que regrese de la calle con su ganancia al hombro. Somos demasiado jóvenes y débiles; nuestros problemas de seguridad y de higiene son desanimadores en grado sumo de la iniciativa privada y no podemos enervar o desanimar a los capitalistas audaces que exponen recursos, buscando crearles estribaduras nuevas y más fuertes a nuestra destartalada economía. Hay que suprimir impuestos, haciendo más duros los que sobrevivan a una revisión que consulte la necesidad imperiosa en que estamos de no gravar los artículos que están en la vitrina para la venta, sino los que ya fueron vendidos y aportan una ganancia al industrial. Menos impuestos pero más eficaces, es la divisa de una reforma tributaria que mejore la actual.

"Soy partidario de que se cree una burocracia de primer orden, de suerte que el Estado sea la mejor servida de las empresas, por la aristocracia de la probidad y por el linaje de las inteligencias que se le consagren.

"Creo en la necesidad e importancia de un ejército numeroso y bien armado.

"Creo en el panamericanismo, en Latinoamérica, en la solidaridad de los países bolivarianos y en los nexos de la Gran Colombia.

"Creo en que los hechos superan a las teorías y en que los hombres superan a los hechos. Creo en que la historia es una biografía multiforme; en que es ella una excreencia de los héroes; en que es la obra de las personalidades egregias. Nuestra independencia se explica por Bolívar; sin Hitler, el nazismo carecería de explicación, y sin el cigarro de Churchill y sin la 'boquilla' de Roosevelt y sin la señora Chang-Kai-Shek, estaríamos aprendiendo todos japonés y alemán".

Con el discurso de Uribe Echeverri en el Teatro Consota y con el de Lleras Restrepo ante el busto de Olaya, quedé experimentado en materia de programas de gobierno. Por temor de que la cosa siga, porque los programas de gobierno son múltiples, variados y complejos, divierto la atención de Ramírez Moreno al herirlo en el punto sensible de la elocuencia, y le pregunto a él, que es un grande orador, sobre los otros oradores. Dice Ramírez Moreno:

"Frecuentemente se me pide opinión sobre los tribunos en boga: Fernando Londoño y Laureano Gómez, Silvio Villegas y Arango Vélez. De una vez por todas quiero explicar que se trata de cantidades heterogéneas, que no pueden compararse. Hay tres elocuencias: la melódica, que va desde el canario hasta el gallo de riña, pasando por el sinsonte y el turpial. Es la forma auténtica de la oratoria y en su subsuelo descubriremos siempre la gran cultura o el certero instinto literario. Allí caben Londoño, Rafael Maya, Eduardo Santos, Carlos Lozano, Forero Benavides, Silvio Villegas, José Umaña Bernal, Manuel Serrano Blanco, Guillermo León Valencia, Estrada Monsalve, César Tulio Delgado, y uno de sus más grandes maestros: Carlos Echeverri Herrera.

"Está la elocuencia del graznido, que va del azor al cóndor, pasando por el gavilán, el águila y el buitre; allí es Laureano Gómez un emperador, y monarcas de garra y pico Arango Vélez, Gaitán, Turbay, Alfonso Araújo, Eliseo Arango.

"Y está la elocuencia leonista, la del rugido, la de Rojas Garrido, Caro y Concha, que obra por zarpazos, vagabundos y enormes como los cometas. Cuando uno de esos hombres habla, hay un terremoto moral en el auditorio, su impacto 'en el alma líquida de las muchedumbres', parece un cataclismo de la historia.

"Cuando ocurre un mestizaje en los géneros descritos, cuando el león se injerta monstruosamente en la mirla, nos hallamos entonces ante Guillermo Valencia; y de aquí que sus discursos —en la frescura de su inmortalidad que todos los días nace— parezcan serafines ebrios, de una belleza delirante.

"Darío Echandía, Carlos Lleras Restrepo, Gonzalo Restrepo, Gilberto Alzate Avendaño, Londoño Palacio, pertenecen al mundo verbal de Waldeck-Rousseau, en que la palabra no es música, ni grito, ni rugido, sino dialéctica pura".

La conversación deriva ahora a otros temas. Hablamos de su vida y de mi vida, de nuestros recuerdos comunes, de nuestras luchas, de nuestras derrotas, de nuestra soledad vasta y premonitora, pero no medrosa. Generalmente los grandes hombres de negocios arruinados se reúnen en los cafés para discutir tremendos planes financieros, y resolver los problemas atañederos a la economía nacional. Ellos hacen sus cuentas de nuevos y espléndidos negocios sobre arrugados sobres de cartas; y todos los cálculos les resultan perfectos. Lo único en que no pueden ponerse de acuerdo es en quién paga el tinto, mientras el camarero espera con cierta cortés insolencia. Augusto Ramírez y yo, venidos de los polos opuestos de las ideas, y ligados personalmente por todo cuanto sea noble y hondo y antiguo en la amistad, hemos pasado otra nueva tarde de la vida en dilucidar y arreglar, sin la angustia de multitudes que nos apremien por una solución, la vida colombiana. Hemos dedicado, pues, demasiada atención a la nación, sin cuidarnos de que vivimos en medio de una gran catástrofe internacional. No sería justo que nos separáramos sin dedicar algún pensamiento a la organización moral del mundo de la postguerra. Augusto Ramírez habla de la influencia de Rusia en la vida futura de las naciones:

"La gran lección de la época moderna es que la concepción cristiana del individuo, de la familia y del Estado, encuentra a su servicio hasta a los comunistas. Adolfo e Hiro Hito tienen que ser derrotados. Si entre sus vencedores hay algún país que quiera un individuo, una familia o un Estado paganos, sufrirá la misma suerte. Rusia debe ser aplaudida y ensalzada sin reservas por su contribución decisiva a la victoria. Si lograda ésta, se encachorra y trata de volver a la repugnante política del pasado, Inglaterra y los Estados Unidos, con todo el resto de América y con los inmensos dominios británicos, y con los pueblos latinos de Europa, harán otra salida en defensa de las ideas que brotan como madejas de luz de la sangre del Crucificado. Cristo manda. Cristo vence, Cristo impera. Y si a garrote hay que convencer a fascistas, nazistas, anarquistas o comunistas de que un hilo de la barba marchita del Nazareno agobia con su esplendor la lumbre de todas las potencias celestiales, se emplearán con ellos los métodos que han demostrado su eficacia en el caso ejemplarísimo de Adolfo. Soy partidario, pues, de las relaciones con Rusia y de que se le aclame como la campeona de la nueva era cristiana: si traiciona este título, sufrirá entierro de perra"*.

ENTREVISTA CON JUAN LOZANO Y LOZANO, EN ABRIL DE 1961

Desalojado del Capitolio para dar campo a más dependencias del Congreso —me imagino que la Oficina de Turismo, entre otras— el Ministerio de Gobierno ha ganado en vistosidad y modernidad, si no en prestancia. Ocupa desde hace algunas semanas, los últimos pisos de uno de los más nuevos y grandes edificios de la afrentosa arteria fenicia que se llamó antes la Calle Real. Es asi cómo detrás de un escritorio semicircular y en un escenario tórrido y hórrido de muebles Artecto y matas que nacen en un hueco de la alfombra, encuentro a mi más antiguo amigo, Augusto Ramírez Moreno, conectándose alternativamente con las demás oficinas, con la ciudad, con el país, por intermedio de una docena de teléfonos. Entre una llamada y otra, mi conversación con el Ministro de Gobierno dura más de tres horas. Una expertísima secretaria transcribe el diálogo.

Aquí está Augusto Ramírez Moreno de Ministro de Gobierno, oficio que han llenado en ocasiones personajes de los más pedestres y rutinarios de la política; pero que para él significa el más grande triunfo de su vida. De Augusto se ha creído siempre que es loco, cosa que nunca ha sido, aun cuando sí lo ha pretendido. Borrar con el codo esa celebridad ruinosa que él mismo ayudó a crearse con su retórica, ha sido

* **Sábado,** 11 de septiembre de 1943. Incluido en el libro **Mis Contemporáneos,** editado en 1944 y reeditado, en volumen que incorpora también **Ensayos Críticos**, del mismo autor, Juan Lozano y Lozano, por el Instituto Colombiano de Cultura, Colección de Autores Nacionales, en 1978.

largo y paciente trabajo, todavía no concluido. El ha visto en la tarde de sus años, que ser tomado en serio es cosa agradable y actualmente se aplica a superelaborar su nueva etapa de funcionario sensato y precavido, de los que saben las cosas y nos las cuentan. En las Cámaras, su continente verbal está causando sensación; y cuando ha hablado, por especial condescendencia, su parsimonia no solo ha sido digna de cualquier experimentado Ministro sino que lo ha colocado en el ambicionado nivel de opacidad frentenacionalista de los jóvenes Ministros del régimen. Nadie podrá decir que Augusto Ramírez no ha correspondido a la confianza que, en un momento de desesperación, colocó en él el señor Presidente de la República.

Mientras Ramírez Moreno trabaja con su juego de teléfonos, yo, lo miro, muy parecido de fisonomía y expresión a como ha sido siempre, y reconstruyo el variado escenario de nuestras vidas, vivido en común desde la infancia. Los padres de Augusto y mis padres tuvieron estrecha amistad, que duró cuanto sus vidas, y los dos somos coetáneos. A los siete y ocho años jugábamos trompo y bolas en la calle de Girardot (arriba del actual Espectador) en donde habitaba la familia Ramírez Moreno. Por entonces Noel —el liberal de la familia— era un mozo, grande orador como su padre, el "Chunco" Ramírez, era de los jóvenes a quienes el General Uribe tenía en más estima entre sus catecúmenos, y parecía que iba a desempeñar gran papel en la vida política. De los diecisiete a los veinte años, mi hermano Carlos, Augusto y yo formábamos parte de todas las sociedades literarias y de debates que, por entonces, constituían la fiebre de la juventud; algo así como el "Cream Helado" de ahora. Allí nos encontrábamos con Germán Arciniegas, con Bernal Jiménez, con Luis María Murillo (que después ha sido tan insigne sabio), con José Gnecco Mozo (un hombre de superior capacidad, frustrado), con Nicolás Llinás, con Hernando de la Calle, con prácticamente todos los de nuestra generación.

Allí se hablaba, se leía, se recitaba, se organizaban grandes debates. Después, cuando frecuentaba la Universidad de Cambridge, vi cómo aquello era una adivinación de las sociedades de debates que allí y en las demás universidades inglesas, han existido tradicionalmente, y que son el campo de entrenamiento de los políticos británicos.

Hacia 1920 llegó a Bogotá y se albergó en un pequeño departamento del edificio Liévano, en la Plaza de Bolívar, un hombre excepcional, el joven poeta Carlos Pellicer, que venía con modestísimo cargo de Agregado de la Embajada de México. Pellicer fue la revelación de mundos maravillosos, para todos nosotros. Era el hombre que tenía fotografías a él dedicadas por Tórtola Valencia, que hablaba de Sófocles y de Eurípides a tiempo que de Wilde y de Lorrain, que usaba al dedo un anillo de amatista más grande que el del Arzobispo, que tenía una enorme reproducción de la Victoria de Samotracia y fotografías de los templos aztecas y mayas. El revolucionó todas nuestras ideas que sobre las letras y la vida nos infundía entonces el profesor de retórica del Rosario, doctor Antonio Otero Herrera. El, que después ha sido el pri-

mer poeta y el primer arqueólogo de México, y tiene celebridad continental, nos congregó, nos deslumbró y nos desasnó a todos. En su minúsculo departamento nos la pasábamos todos los de nuestra generación; León de Greiff, Rafael Maya, Germán Pardo García, Luis Vidales, Rafael Vásquez, José Ignacio Santos, Octavio Amórtegui, los Umaña Bernal, Javier Arango Ferrer, Temístocles Vargas, Bernal Jiménez, Germán Arciniegas, Luis Alberto Sarmiento... y desde luego Augusto Ramírez, Carlos Lozano y yo.

Esta evocación de una época y este recuerdo del hombre que hizo más por nosotros, tiene especial interés con relación al actual Ministro de Gobierno; porque Augusto tenía especial predisposición para la extravagancia, y yo creo que aquel ambiente que Pellicer creaba, y crea, alrededor suyo, fue el que lo "remató". Después Pellicer se hizo ascenta y Augusto se hizo dandy; pero aún hoy, detrás de ambos, hace visos la enorme corbata tornasol del Pellicer juvenil, cogida con un encendido granate mexicano.

Sigue mi cinemascopio con Augusto Ramírez. 1923. París. El París de que hablábamos en la pieza de Pellicer. Una pieza común en el Hotel Marceau, rue Bassano, cerca del Consulado de Colombia, en donde Augusto tenía un pequeño puesto. Yo venía de Inglaterra en donde estudiaba. Veintiún años soñadores y ardientes y fantasmagóricos. Augusto. París. La conquista del mundo. Por años nos vimos todos los años en París. Y después siguió la vida. 1933. Asamblea de Cundinamarca. Aquella Asamblea fue más memorable que un senado. Asistían Laureano Gómez, Gaitán, Carlos Lleras Restrepo, casi niño, el profesor Franco, José Camacho Carreño, Julio Holguín, Julio H. Palacio, Francisco Samper Madrid... Yo era el Presidente y el Vicepresidente era Laureano Gómez; yo, desde entonces, siempre me he sentido incómodo con el doctor Gómez, como es más que natural. Y después siguió la vida. Cámaras. Senado. Y después el golpe de Estado y la violencia oficial y la patria perdida.

Augusto Ramírez actuó constantemente en la política como hombre excepcional. Fue independiente y altanero y apasionado e intemperante y estrambótico como su manera de expresarse. Hizo con los demás Leopardos y después con Laureano Gómez, violenta oposición a los Gobiernos liberales de Olaya Herrera y López y con sus correrías y discursos promovió numerosos disturbios que en ocasiones terminaron en tragedias. Después, durante el Gobierno del doctor Santos, sufrió un acceso de convivencia y declaró que había regresado del cafre. Pero fue entonces un regreso de visita. Cuando se trató de que no había nada legal ni moral que hacer con la mayoría liberal, que seguía manifestándose bajo la presión gubernamental conservadora, y los jerarcas conservadores decidieron echar por la calle de en medio a fin de elegir con una minoría fraudulenta al doctor Laureano Gómez, el actual Ministro de Gobierno fue de los más entusiásticos partidarios de la nueva ola. En premio de sus servicios fue enviado de Embajador a París, y allí fue sostenido por todos los Gobiernos conservadores, inclusive por el del doctor Gómez, que lo ha tratado siempre de loco y de payaso.

EL DIALOGO

Se entiende generalmente que el político es el individuo que aprecia con exactitud los elementos característicos de las situaciones, saca las consecuencias, procede de conformidad. Usted a más de político, es Ministro de Gobierno, y tiene la obligación de haberse formado un juicio por lo menos aproximado acerca del modo como va a desenlazarse la presente situación política. En términos más concretos, ¿quién va a ser el próximo Presidente de la República? Por lo menos, ¿a qué partido o gremio va a pertenecer?

—La actual situación política tendrá forzosamente el desenlace constitucional de la alternación, no solo porque es canon constitucional en un país que ha producido los mejores animales jurídicos de América Latina, mas, también, porque esa vocación legalista tiene el respaldo de todos los conductores importantes del país, a saber: Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo, Mariano Ospina Pérez y Laureano Gómez, sino también el respaldo moral que le da el respetable y prestigioso clero de Colombia y el prestigioso y respetable respaldo del Ejército Nacional que está al servicio de la Constitución y de las autoridades legítimas.

—Es de esperarse que usted piense, como los demás mortales, que este sistema del Frente Nacional es bien difícil de aplicar y desarrollar. ¿Cree usted, que habría alguna posibilidad legal o política de hacerle algunas modificaciones? O, ¿cree usted, por el contrario, que todo está resultando para lo mejor en el mejor de los mundos posibles? O, ¿cree usted que nos debemos dejar comer del tigre?

—El Frente Nacional es un ensayo que va en contra de la pedagogía del odio en que fuimos educados. Esta es la patria americana que ha tenido mayor número de guerras civiles, aparentemente justificadas por ideales políticos sin mancha, de suerte que odiar al adversario era una forma de virtud patriótica y este régimen cree que el odio no es una virtud sino un crimen republicano. Este ensayo del Frente Nacional tiene todas las dificultades de las cosas nuevas y principalmente ofrece el obstáculo de reaccionar contra fuerzas ancestrales que considerábamos sagradas y que consideramos ahora que son pura basura. No podemos seguir sometiendo nuestras almas al yugo de la hostilidad por los tradicionales adversarios políticos. Estamos sacudiendo ese yugo y algunos nos hemos librado de él; pero comprendemos que haya services menos robustas que las nuestras. Usted pregunta si nos va a comer el tigre y realmente como yo no soy las fauces del tigre no sé qué le pasará a su apetito. Cualquiera modificación al Estado constitucional de las cosas, que es el fruto y la flor de cuatro millones de sufragios, no puede hacerse dentro de este gobierno, sino por las vías legales. Este es un Gobierno de derecho, es un Gobierno que se ampara y se apoya en las leyes y no consentiremos, enérgicamente, que las leyes sean violadas con nuestra complicidad. Si el pueblo cree que es superior a las leyes, está equivocado y el Gobierno hará respetar las leyes apelando a todos los recursos de que la Constitución lo ha investido. Por lo demás, un pueblo que cree poder altivarse contra las leyes que el

mismo se ha dado, es algo peor que un pueblo de bárbaros, es un pueblo de esclavos. Nuestro escudo y el escudo del pueblo son las leyes. Vivimos un Estado de derecho y estamos dispuestos a sufrir todos los suplicios y las dificultades que comporta el sometimiento a la ley. Yo invito a cualquier colombiano a que diga en qué momento este Gobierno cándido y vigoroso y confiado y puro ha tolerado alguna violación de la ley.

LLERAS... Y PUNTO

—Parece que políticamente hay tres propuestas de solución al problema actual. Está la del doctor López Michelsen, de una candidatura liberal que se conforme, por encima del orden jurídico, con la realidad de la distribución y fuerza de las corrientes políticas. Está la del doctor Gómez, que consiste en no tener en cuenta sino la letra de ley, que otorga al conservatismo el próximo turno presidencial en forma de que un conservador, con cualquier número de votos que obtenga —digamos trescientos o cuatrocientos mil —pueda hacer la gracia, que ha resultado tan cuesta arriba al doctor Alberto Lleras, de gobernar fructuosamente o, por lo menos, prácticamente. Está la del doctor Carlos Lleras, que consiste en tratar de adecuar el hecho político al hecho legal, y ver de que algún conservador se lance a la conquista de las simpatías de las grandes mayorías nacionales.

¿Cuál de estas propuestas cree usted la mejor, o, por lo menos, la menos peor, dentro de las dificultades y limitaciones del Frente Nacional? ¿O tiene usted para sugerir alguna nueva fórmula sobre sucesión presidencial?

—La única propuesta es la del doctor Carlos Lleras Restrepo. **Punto.**

EL SABRA...

—¿El gobierno —y principalmente usted como ministro de gobierno— estaría dispuesto a reprimir con la fuerza cualquier descarado atentado contra la Constitución Nacional? ¿Cómo sería la votación por candidatos flagrantemente inelegibles? ¿Si no estuviera dispuesto a ello, por reconocer cierto fondo de razón y justicia superiores, a quienes claman porque prime la regla democrática de las mayorías, ¿qué haría usted en caso del triunfo de dicho candidato inconstitucional?

—El Presidente de la República es quien decide este problema y sé que lo decidirá de acuerdo con la Constitución y las leyes.

SIEMPRE LA LEY

—¿Ve usted alguna posibilidad de que, en vísperas de una grande y azarosa dificultad colectiva, las fuerzas políticas reacias vuelvan en sí, y se logre llegar a algún acuerdo satisfactorio, que por lo menos, resuelva el problema provisionalmente?

—No veo posibilidades para un republicano como usted y para usted que por atavismo y por su historia es uno de los arcángeles guardianes de la nacionalidad, distinta de la Constitución. ¿Cómo es posible que el supuesto de trabajo de un civilizado y de un patriota sea el desconocimiento de la Constitución? ¿A quién se le ocurre, en sus cabales, en este país de héroes legalistas, que es posible que la Carta Fundamental se convierta en un girón?..., ¿en un trozo de papel desgarrado, en un rey de burlas? ¿Cree usted que quienes juramos el respeto a las leyes podamos consentir en que el supuesto de trabajo para la próxima faena electoral, sea la Constitución destrozada y las leyes en ruinas y las tradiciones del país sepultadas de manera que como la Constitución no es un rey de burlas no hay arreglo posible fuera de la voluntad del Congreso que ejerce el principado de nuestra democracia? Ocasionalmente estoy en el Ministerio de Gobierno y no sé hasta dónde tolere mi presencia la generosidad del Presidente de Colombia. Pero mientras él sea Presidente y yo Ministro de Gobierno aplicaremos la Constitución y las leyes y no entendemos que haya acuerdo o fórmula dignos de nuestro deber y dignos de recibir el apodo de fórmula o acuerdo jurídicos rasgando la Constitución y las leyes. ¿Cree usted, mi querido Juan, que un acuerdo señorero entre los jefes políticos bajo el imperio de la amenaza, puede reemplazar la Constitución y las leyes? ¿Cree usted, mi fraterno Juan, que en el país de Fabio Lozano y de Enrique Ramírez Gómez, que se amaron y se respetaron, tan fraternalmente como usted y yo, sea posible modificar la Carta con acuerdos de salón o con entrevistas del bar o de la esquina? La tradición y la gloria de esta patria famosa, radican en que sus patricios han dicho siempre: primero la ley, después la ley y por último la ley.

LA HERMOSA EDAD

—Pasando a asuntos más personales, usted se está exhibiendo como un ministro de gobierno lleno de sensatez, aplomo, prudencia, reserva y lejanía; como una especie de Jorge Vélez, Abadía Méndez o Alberto Pumarejo o Absalón Fernández. Ello contradice todos sus antecedentes de persona extravagante, imprudente y sorprendente. ¿Obedece ello a algún acuerdo expreso o tácito con ese modelo de personas serias y bien pensantes, que es el señor Presidente de la República? ¿O es que usted se ha regenerado o se ha entontecido o se ha cansado?

—Nada de eso mi querido Juan. Es que estoy en la más hermosa edad del hombre, es la vejez con su cansancio generoso, con sus preocupaciones metafísicas, y con su ilustre indiferencia hasta cuya altura no llegan los ultrajes.

FUIMOS CAVERNICOLAS

—Usted, durante su carrera política, ha sido alternativamente rabioso, sectario y magnánimo conviviente. ¿Habría algún peligro de que usted volviera a la caverna bajo una nueva administración conser-

vadora o con ocasión de la vuelta a la caverna de alguna otra influyente fricción política adversa?

—Esta pregunta me permite decirle que todos los errores de mi vida los compartió con entusiasmo el partido liberal y que usted y yo y todos los grandes de Colombia (usted es uno de los grandes y yo soy un mínimo) tuvieron su edad cavernícola; pero yo ahora solo aspiro a morir bien.

CONTRICION SIN RUBOR

—Durante diez años este país vivió o agonizó bajo circunstancias las más antidemocráticas y aflictivas que puedan pensarse. Aquí estuvieron sistemáticamente abolidos todos los derechos del hombre y del ciudadano. La prensa estuvo amordazada, el parlamento clausurado, la reunión pública prohibida, etc. No hablo de la peculiar manera administrativa como procedió el Gobierno con la oposición, sino del simple hecho legal, completamente dictatorial que se abatió sobre el país. Los admiradores de usted, creímos siempre que usted era uno de los pocos conservadores llamados a insurgir contra ese estado de cosas. Pero usted sirvió silenciosamente en todos los gobiernos absolutos que tuvimos, aun en aquellos presididos por personas que, en tiempo de la democracia habían merecido la cruel diatriba de usted. ¿Cómo explica usted al país ese pasaje de su vida?

—Realmente, hermano Juan, tengo mucho de qué arrepentirme; pero los liberales que decidieron derrumbarnos a tiros del Gobierno y quienes durante tanto tiempo nos crearon dificultades aun para los más sencillos ejercicio de la vida civil, negándonos la cédula electoral o tratando a tiros nuestras manifestaciones, ¿no tienen de qué arrepentirse? Lo que ocurre es que bajo el régimen del Frente Nacional hemos decidido compartir valientemente la responsabilidad de nuestros errores y por eso usted no se ruboriza con su pregunta ni yo contestándola.

LA GRANDEZA ES DIFICIL

—A los lectores de este periódico les interesaría grandemente oír un corto resumen de sus ideas políticas actuales; de sus planes administrativos en el Ministerio de Gobierno; de la apreciación que usted hace de su propio porvenir político. ¿Sería usted tan gentil de hacerlo?

—Mis ideas políticas tienen su mejor síntesis en el régimen del Frente Nacional porque viví la barbarie de las luchas hegemónicas. Creo que se necesita una reforma a fondo de la administración para volver al dueto república municipio aboliendo los departamentos que nos cuestan una enorme y estéril cantidad de dinero o para sostener lo presente sin asambleas departamentales, y sin la burocracia que comporta el equipo burocrático de esas arbitrarias divisiones. El ahorro para el país sería enorme y proficuo para las clases menesterosas. Hay muchos municipios en Colombia que el 20 de julio no pueden izar el

tricolor de la patria porque no lo tienen. Me gustaría que Colombia tuviera municipios más ricos e hijos más convivientes que no luchen a tarascadas por sus ideas políticas. Considero indispensable una reforma tributaria en que se estimule al trabajador y en que no se halague al zángano. Yo tengo unos ochavos como patrimonio personal y si pudiera convertirlos en bonos de fomento económico o en cédulas del Banco Central Hipotecario que no tienen impuesto sobre la renta, ni impuesto de exceso de utilidades, ni impuesto de patrimonio, mi riqueza sería mucho más provechosa para mi familia. Todos los textos de economía enseñan que el trabajo merece estímulo y que el parasitismo económico merece castigo; pero aquí estamos viviendo a la invessa. Usted me preguntará por qué profesando yo estas ideas continúo formando parte del gobierno y yo le explico que, constitucionalmente, el Gobierno es el Presidente y el Ministro del Ramo. Naturalmente el ámbito de confianza y de pureza en que se mueven el Presidente Lleras y el equipo monolítico que formamos sus obsecuentes y apasionados servidores, impide que estas ideas políticas yo les haga un planteamiento crítico.

Me parece que en los problemas múltiples de impunidad y delincuencia, la sociedad y el Estado son accionistas privilegiados. Aquí, las gentes se nos mueren de hambre y los niños raposos brotan de las calles centrales como ratas en una ciudad apestada y como gusanos en un cuerpo podrido. Quienes hemos visto a los hambrientos, a las mujeres sin amor y sin dueño y sin compañero; a las madres vestidas de girones, quienes hemos visto a los delincuentes que llegaron al crimen porque el hambre los tuvo siempre del cuello, sabemos bien hasta qué punto es insatisfactoria la manera como el hombre colombiano se inserta en la sociedad y en el Estado.

Si usted me pregunta sobre mis ideas políticas acerca de los problemas de la nación, podría decirle con perfecta modestia que los he contemplado todos y que siempre tendremos problemas como le pasa a una gran nación, porque el destino marca con dificultades la grandeza.

"PASIONES ALTRUISTAS"

—¿Está usted haciendo un programa presidencial? ¿Es cierto el rumor de que usted aspira a la candidatura o que sus amigos aspiran a que usted sea candidato?

—Desde el principio le dije al Presidente Lleras que yo estaba en el ministerio por pasiones altruistas: mi afecto por él, mi gratitud por él, la certidumbre de que habiéndome liberado de toda pasión sectaria me hacía digno del Ministerio de Gobierno y de que me inutilizaría como director político del Gabinete —según su propia definición en un documento oficial— y, además, porque estoy curado de ambiciones, hacían que yo no pensara en aceptar la confianza patriótica que en mí depositaba el Presidente, como estímulo de intereses que no tengo. Yo no acepto en ninguna circunstancia y por ningún motivo la posibilidad abominable de recorrer ese calvario. Yo prefiero —le dije al Presiden-

te— ser su Ministro de Gobierno en las próximas elecciones a ser candidato a la Presidencia de la República, porque desde ahora rechazo, de una vez por todas, la posibilidad de ascender a un empleo tan honroso como repugnante y que requiere condiciones de ilustración, de inteligencia, de habilidad, de juventud y de ambición de que yo carezco. Los crucificados, los inocentes serán otros.

—¿Qué me puede decir de su vida, de su experiencia, de su porvenir?

—Mi vida, mi experiencia y mi porvenir están radicados en la amistad y en el recuerdo de mis padres, en la elección que hice de una esposa ejemplar y de unos hijos y de unos nietos que nunca me recordarán como un gendarme sino como un amigo cariñoso*.

---

* **Política y Algo Más,** abril 8 de 1961.

X

LOS PROCERES

DEMOCRACIA Y DICTADURA

Discurso pronunciado en la ciudad de Cúcuta en el centenario de la muerte del General Francisco de Paula Santander.

"No puede estar escondida una ciudad situada sobre un monte". **San Mateo.**

"La Historia no abdica". Su cetro es la vida y su corona el tiempo. La mentira no prevalecerá sobre ella: Jesús es Hijo de Dios y transita sobre un collar de milagros aun cuando se retuerzan los agnósticos. La mentira es el polvillo del instante y ligeramente corre y desaparece arrastrada por él. La Historia es "una ciudad situada sobre un monte".

Francisco de Paula Santander, "el héroe de la Administración Americana", como lo llamara Bolívar en su lengua deslumbradora y única, es Historia de Colombia que no puede esconderse porque es basílica de estadistas, criba de renegados, ciudad de hechos gigantes, población de sonosos campanarios, plomo de las balas y tenor de las leyes.

¿Qué hizo este hombre, cuándo lo hizo y dónde? La posteridad ha dado respuesta a esas preguntas con palabras transmutadas en bronce, que envuelven a Santander como una mortaja donde la vida no se apaga sino que tiene crepitación de hoguera. Ese nombre es desde hace cien años alado dardo de metal que horada el tiempo con la rigidez fulgidora de un cometa; y cuando nuestras cabezas hundidas en el polvo rían su frenética y silenciosa carcajada sobre el anónimo esqueleto, Francisco de Paula Santander continuará lleno de luz, alzado —como las estrellas— en el aire.

Donde no era posible hacer el orden, Santander lo instaura; donde la Administración habría sido solo un nombre entre la anarquía espontánea, Santander esculpió un método gobernado por los funcionarios. Los mandatos, las exigencias y las previsiones, marchaban a lomo de bestia, por escarpados caminos, sobre distancias irrevocables y si una orden telegráfica llegada a tiempo y por lo menudo explicada, ocasiona yerros de interpretación y cóleras y desastres, cuánta paciencia y pre-

visión y magnanimidad serían precisas al "Héroe de la Administración Americana" para que las cosas marcharan y para que los hombres cumplieran. Si con personal versado y culto las equivocaciones no se evitan, qué decir del funcionarismo impreparado de los días granadinos y del rigor, la claridad, la constancia y el orden que eran precisos en ese Comodoro de nuestra burocracia que estaba a su cabeza, porque era el más apto y el más puro, y porque Bolívar lo quiso. Levantar dineros, reunirlos y enviarlos, sostener guerras gloriosas y remotísimas, cuando el pueblo estaba exhausto y cuando no existían ni sistemas de trabajo, ni vías, ni contabilistas como mastines y casi ni las seguridades físicas indispensables para que los recaudos no huyeran, son proezas que alzan a su autor a un grado de perfección civil tan alto y fulgurante como raro.

El señor General Santander tuvo osatura de Procónsul. Su tamaño era colosal para su medio. Tenía flotante la oscura melena de hilos largos, esteparia la frente, los parietales catedralicios, la ceja perfecta, sombrío el soberbio ojo impávido, la nariz bruñida, elevada y blanca; fuertes y generosos labios, y era el mentón sublimemente curvo: ¡la cabeza toda era como un ancla lanzada por la Historia sobre el peñasco de los hombros! La toga fue en su flanco vaina para el estoque, lo cual quiere decir que la jurisprudencia era claustro donde hizo penitencia por tanto brillo mundanal su espada. Sus botas militares transitaron por el Mando con un apagado rumor de terciopelo. Sus fusilamientos no fueron gritos del alma sino exigencia de la soberanía débil y oscilante. En Casanare mata la anarquía, reúne, marcha y contramarcha, desespera a Barreiro y es de Bolívar la esperanza. En Paya libra descomunal batalla; toma su vanguardia, unos centenares de hombres, para escalar y atravesar la abrupta garganta inaccesible casi al peón y a la bestia, ¡cuanto más para un ejército! A las naturales defensas, agréganse las fuertes avanzadas de un adversario irrompible, digno de llamarse español. El rechazo en Paya, tan fácil que el enemigo habría podido vencer a seis mil hombres, sería para los patriotas el regreso al Llano, inundado y poco hospitalario, aborrecido por aquellas gentes enfermas. Era indispensable desalojar al adversario de aquella posición tremenda... y desalojarlo parecía imposible. Mas, Francisco de Paula Santander es en aquel momento ejecutor del Destino. La independencia de su patria llénalo de claridad interior, de certidumbres inexhaustas, de ímpetu felino, de imperiosas palabras. El corazón arrebátalo hacia la mortífera garganta, y su voz, cual si fuera vino, incita al heroísmo. De las rotas arrugas peñascosas brotan hombres cuya piel no perpetúan los metales de medallas y estatuas, porque la inmortalidad parece pequeño galardón para su hazaña. ¡Qué soldados aquellos! Sus ojos latinos, aguzados por la fiebre, vibran como llamas; la frente es lapidaria como las arengas, y de sus flacos y velludos esternones dijérase que son fieras con plumas! La estatura prodigiosa de Santander avanza: en medio a la furiosa vida vegetal, dijérase un árbol de milagro coronado por el divino resplandor del coraje. Su paso aplasta la muerte y horada el ojo frío la meta y a la atmósfera su espada le arranca resonancias de gesta, solemnes tañidos libertarios! Las Termópilas de Paya son una ilustre y decisiva página heroica de la Nueva Granada.

Después vienen el yerto páramo, los Corrales de Bonza, el Pantano de Vargas, el Puente de Boyacá. Si en Casanare, aun cuando pese al mínimo escenario, obra Santander como un estadista de gran estirpe, creando, armonizando, compactando, previendo y multiplicando; si en Paya transita el guerrero con un rutilar de meteoro; en Boyacá su relieve de táctico, sus condiciones de militar, se hacen mayestáticas. Ni el arroyuelo, ni el puente, ni la colina, ni los hombres recibieron presagios el 7 de agosto sobre la enorme catarata inagotable que manaría su gloria para todo el Hemisferio desde la ceja azul de aquel horizonte campesino. El pecho tornasol de América se desgonzaba heroicamente —cual una charretera— sobre el hombro de Bolívar y su corazón de paloma dormida despertóse cantando en la mano de Anzoátegui, para posarse luego en el puño de Soublette. La libertad, en tanto urgía con su atlético grito —¡hacia adelante!—. La hermosa cabeza con alas de Francisco de Paula Santander. Al fin de la pelea, la tierra toda se embanderaba con aquel ejército, y la Bandera de Colombia, fingía sol recién nacido, uniforme de parada del cielo, corazón de la historia, estrella de sangre en reposo azul sobre un peto de oro.

Una de las querellas más antiguas y más íntimas es la que tengo contra los difamadores de quienes hicieron patria. Yo imagino a un destructor de la nacionalidad mostrando a Córdoba patológico, a Nariño leguleyo, a Caldas plagiario, anodino a Torres o mezquino a Francisco de Paula Santander. No cito luchas estériles contra el fantasma divino de Bolívar, porque son locas y merecen compasión. Armarse de un martillo y trepar hasta la rodilla del Emperador de los Andes para romperla, cuando la América entera finge liviana gargantilla pendiente de su tobillo pálido, es apenas el acto de maromeros delirantes. Pero atacar a Santander es ingratitud lesa y antipatria supina. "El error más odioso es pensar que se le sirve a la patria infamando a quienes la fundaron. Todos los siglos para una nación, son hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son los que tienen por punto de partida un respeto profundo del pasado".

No puede tolerarse la mortal paradoja de quienes comparecen como arquitectos del edificio nacional, pero se arrojan en el fondo de nuestro pretérito y buscan a Santander en la raíz de dolores y sangre para golpearlo con su cuchillo aleve. Debemos someternos al hecho histórico de que Venezuela fue favorita de la epopeya; pero la máxima gloria de Colombia durante la Independencia responde al nombre de Francisco de Paula Santander. Lo más extraño en la frustrada hazaña es que la patente de corzo de los iconoclastas, se dice que está firmada unas veces por Bolívar y otras por el partido conservador.

Que se estudie la correspondencia de Bolívar cuando su criterio no estaba ofuscado por la discordia política, y allí se encontrarán elogios de Santander tan encendidos, tan elocuentes y espontáneos, como hasta hoy nadie los hizo.

A unos oficiales suyos que venían para la Nueva Granada, les escribe —mucho antes de los momentos decisivos— que deben buscar a Santander por su inteligencia, su abnegación y su fe. Sin desmayos y por años consecutivos guarda fidelidad a ese concepto. Cuando la di-

fícil campaña del Perú, el Libertador con su mano, en cien documentos, hace Historia de Colombia, la que debe valer a nuestros ojos de bolivarianos y de patriotas, afirmando siempre que sin la diligencia tremenda del prócer granadino y sin las previsiones de su experiencia de la guerra, tan completa y precoz, las fuerzas que libertaron al Perú no habrían podido abastecerse y triunfar.

Más adelante, las querellas internas de un pueblo victorioso, consolidado, lleno de vitalidad y de gloria, con las mañas de la marcialidad, tan útiles ante el forastero hostil y tan perjudiciales cuando se trata de darle fisonomía y talante a la política interna de un país de moderados juristas y de poetas exaltados, cuando la discordia brotó espinas, al roce de su chismosa punta, el Libertador hizo dibujillos de Santander que no correspondían a la convicción impasible del pasado, sino a la cólera de una época estéril para la mansedumbre crítica y solo propicia a la parcial censura. Los conceptos de Bolívar adversos a nuestro prócer no son fruto de su certidumbre, sino obra de turbulencias civiles lamentables, mentirosas y ciegas, y obra también de la vieja lucha entre dos sistemas antiguos: democracia y dictadura. La democracia que es la libertad dándole reglas a la autoridad, es el sistema político propio para la paz; la dictadura, que es la autoridad dándole reglas a la libertad, es el sistema político propio para la guerra. El enemigo de la democracia no es la dictadura sino la demagogia; al tiempo que el adversario de la dictadura no es la democracia sino la tiranía. Ciertamente el caraqueño no ha dado patente de corso a los extravagantes enemigos de Santander.

Y el partido conservador tampoco. El señor General amó el orden y la autoridad y al catolicismo también. ¡Fue católico, y el nudo del cordón franciscano selló su cadáver como un juramento de fidelidad ortodoxa! Desde el punto de vista religioso, Santander estuvo más cerca del partido conservador que otros emancipadores gloriosos. Si fue conspirador, sus gritos jurídicos contra lo que él llamaba tiranía, los profirieron en Colombia todos los vencidos cuando el Gobierno se equivoca y trata de acantilar con hierro los derrumbes que produce la mecánica de sus errores. Si todo el que conspira contra la autoridad en épocas desapacibles y turbias no fuera conservador, nos quedaríamos sin cierto Julio cuyo bigote cuajado en mármol tiene todavía procelosa complexión de centella.

Entiendo que estoy solo al decir que nuestros partidos políticos nacieron hacia 1840 y que solo adquieren conciencia de sí propios de la elección de José Hilario López en adelante. La erosión incoercible de los años fue llenando el abismo y hoy solo persisten diferencias escasas; uno de los partidos ama el fraude a escondidas y el otro ama el fraude con violencias; uno de los partidos sostiene integralmente la Constitución de 1936 y el otro quiere modificaciones tan razonables que algunos liberales de centro adherirían a ellas. Si del plano mental suprimimos aquella discordia de temperamento y este breve divorcio doctrinario y si tomamos en sentido corriente y no filosófico el término liberalismo, es decir, como amor por la libertad, respeto al derecho, garantía para las lenguas y las plumas, tenemos que González Valencia, Restrepo,

Concha, Suárez, Ospina y Abadía Méndez, realizaron el liberalismo en el poder y que el país, por tanto, cabe en dos síntesis: el colombiano es católico y liberal; el partido que gobierne dentro de estas dos condiciones, cualquiera que sea su nombre, es siempre mayoría en Colombia. Considero, pues, que es un abuso personal y filosófico ponerles diadema de precursores de nuestras grandezas y bajezas actuales a Bolívar y a Santander; ellos fueron antecesores inmediatos, pero no fueron precursores directos.

El tipo de Bolívar, no se repite, no corresponde a ningún pueblo ni a ninguna raza; forma pequeña familia aparte de media veintena de personas que se encargan de atestiguar con sus hechos que hay un Dios, porque es tan desmesurada su grandeza, que no la explica el solo acoplamiento de un hombre y de una mujer; esos hombres son como los dedos que nos hacen presentir las manos del Creador. En cambio, Santander es el arquetipo del gran colombiano de todas las épocas: Rafael Uribe Uribe, José Vicente Concha, Pedro Nel Ospina, Eduardo Santos. Era sagaz en política, fue amoroso de su país, siervo del pueblo que lo ungió con los ardientes óleos de su confianza insegura, cauto en la ambición, escritor preciso de poderosa inteligencia, internacionalista respetable y altivo, amigo de la paz y optimista antes de las elecciones. Santander todos los días renace entre nosotros y gracias a ello somos el honesto principio de civilización política de que se ufana Indo-América.

El partido conservador, que es nacionalista aun cuando pese el personalismo canceroso de estos días, no puede postrar y deprimir ni odiar lo que es tan colombiano, tan nuestro, tan actual y tan histórico y tan lleno de gérmenes de porvenir. Santander amaba el reglamento y el inciso, parecíale la ley invariable expresión del Derecho, veía la realidad al través de la jurisprudencia y supuso que los hechos se equivocaban si eran contrarios a la doctrina. En una situación de emergencia, esas condiciones pueden ocasionar males y parecer defectos, mas en días propicios a la anarquía despótica, son ellas un remedio y en jornadas de tregua, cuando el trigo crece intacto en las eras y no hay fogatas de vivac bajo el azul del viejo firmamento, apelaremos siempre al espíritu santanderista, moderado, trabajador, magnánimo, sagaz, honestísimo, invicto ante las implacables exigencias del detalle oscuro, terco y numeroso.

La tesis incipiente de que el héroe venezolano y el patricio granadino fundaron nuestros partidos, obedece al atraso del pueblo, entonces harto más inculto que ahora y con vigor mental apenas para acceder a las pugnas personalistas, sin tocar nunca la alta orilla de las ideas. El notable republicano frente al Genio, fue el criterio para clasificar los bandos; mas los copartidarios de Santander solo debemos buscarlos entre los contemporáneos: Mariano Ospina, Rufino Cuervo, José Ignacio de Márquez, porque herederos suyos somos todos aquí en esta nación libre y pensativa, que prefiere sublevarse ante el despotismo a besar de rodillas el filo duro de las espadas triunfadoras.

"No puede estar escondida una ciudad situada sobre un monte". Francisco de Paula Santander está situado sobre la montaña olímpica

de nuestra Historia. Apedrearlo desde cien años abajo, es una actitud inútil, porque nuestros guijarros están hechos de postiza dureza y la ciudad álzase sobre materiales que no se deslustran ni fenecen; hazañas administrativas incomparables que solo él, por vocación especial, pudo cumplir, proezas marciales de clásico timbre, preclara adhesión de hombres perspicaces y limpios que contribuyeron a emanciparnos y a formarnos, votos entusiastas de los contemporáneos, amargura de exilio, miel de los honores, liviandad rutilante de sonoros laureles, pesadumbre de adversidades feroces, hez de calumnias que la posteridad desdeñosa y aun la bochornosa ingratitud, bruñen los muros de la ciudad, que blanca como es y a la distancia, a fuerza de golpes, de cortaduras, de maceraciones crueles, parece ya un titánico vaso de alabastro que no puede estar escondido, relampagueando —como se halla— sobre un monte! Lo exacto es que las peores épocas de Colombia coinciden con el abajamiento de la vida jurídica, con la impunidad de los criminales, con el olvido de las leyes, con el personalismo indelicado, con las estrategias de peor clase contra el periodismo libre, con el imperio de clanes groseros, con la postergación, en fin, del espíritu santanderista.

Los extremos políticos salvan en lan grandes crisis; mas el ritmo de los pueblos no es la crisis sino la normalidad. Yo no creo que la sombra del hombre a quien honramos asista como una bendición sino como un reproche a ciertas maniobras de sospechosa catadura; cuando sea corromper el Congreso o despreciarlo; prostituir la autoridad política excomulgando en nombre de ella un periódico que le hace competencia al propio; arrojar la Constitución al cesto de los papeles inútiles; luchar aparentemente contra la enseñanza de los tiranos para ejercer un mezquino y vanidoso despotismo sobre lisos acróbatas que pasan de la diatriba a la adulación y que cambiarían su alma por una curul; entregar a glotonas fauces la riqueza nacional o preferir al extranjero sobre el paisano trocar la doctrina en una farsa y las peores pasiones en doctrina; obtener con la oferta del holocausto personal que los amigos juren solemnemente la violencia y abandonarlos convirtiendo el heroísmo en turismo, el honor en un trapo y la fisonomía de las arengas en antifaz del ridículo; solicitar que el Congreso enjuicie a un Presidente integérrimo y disponer el Capitolio solo para los entenados, cualquiera que sea su reputación; hacer del poderío financiero opresor instrumento o intranquilizar y aniquilar los capitales por impuro espíritu demagógico; herir las creencias religiosas del pueblo o proceder sin miramiento ante las autoridades eclesiásticas; hacerse indigno de la victoria manchándola con las persecuciones del rencor o destruir la hermosura de la derrota con el pedigüeño oportunismo; gobernar solo en nombre de unos para humillar a los otros; convertir en bajonazos contra el régimen las dificultades nacionales; roer con leyes antieconómicas los fueros de la propiedad o negarle a ésta sus funciones cristianas; desempeñar a la perfección el cargo de chacal amaestrado de la virtud y convivir alegremente con quienes fueron difamados, todo ello traiciona las lecciones que dejara Francisco de Paula Santander.

Invocarlo como antepasado o como socio para esos afanes, sería profanación y abuso torvo. Para defender los sistemas opuestos a aquellos, cualquiera que sea el partido desde el cual se ejerciten, hay y habrá

siempre en Colombia hombres de todos los campos, aun cuando a veces el cinismo y la complicidad política impidan que las lenguas resuenen a tiempo y que las plumas golpeen sin torcerse.

El señor General Santander no está muerto ni dormido tampoco, ni es tiesa y estéril la losa funeral ennoblecida con su inmarcesible nombre. "No puede estar escondida una ciudad situada sobre un monte". Santander campea en la cima de nuestra historia, ¡es un faro que se traga la sombra en la nave nocturnal de los años! La toga, su toga de "Padre de la República", tapa la espada del General y sobre ella se abomba como una campana cuyo tañido estremecerá por siempre las inteligencias y el aire.

A Bolívar lo inspiraban los hechos y a Santander las normas. En las épocas trémulas, cuando Dios parece olvidarse de la especie y cuando la caridad se fuga y cuando el itinerario se labra entre peñascos, hay quienes afilan el sable para degollar a la muerte, al tiempo que otros prefieren el desastre a pagar su salvación con los terrenos de la libertad. Las jornadas procelosas explican que el criterio vacila entre las dos escuelas; mas en Colombia es hoy sereno el viaje y una sola escuela gobierna los pensamientos: ¡Santander! Su nombre es la insignia feliz de nuestra patria y ante la losa funesta que cubre el egregio montoncillo de lodo, caemos de rodillas como ante ágil bandera y son sus palabras los radicales de nuestra acción política y sus hechos son nuestro ejemplo, y el cuartel general de nuestros partidos políticos tiene su apellido y el ave gigantesca de América recoge con el pico en nuestro escudo las dos palabras que son el zumo de todos sus pensamientos, y mientras no se pandee la brisa bajo los tambores ni la rompa el clarín. Colombia aclamará siempre al Cíclope Legalista, al Héroe de la Administración, al "Organizador civil de la República", a Francisco de Paula Santander.

Escuelas, avenidas, parques, edificios rotundos, puentes, departamentos y ciudades, orquestan tu nombre hazañoso, ¡oh, Santander! Los instrumentos solemnes e inefables de tu cortejo, son oraciones, himnos, monumentos, voz de niños, trueno de los cañones, graves palabras magistrales y gorjeo de pájaros; cemento y hojas; oro de los caminos, verde charolado de las eras y flores escarlatas, amarillas y azules; agua emplumada de los surtidores con pulmón melódico de aves y cristal destrenzado de los ríos cuya sangre es la espuma; metales plásticos e inmaculadas piedras; corteza sin cesar naciente de los vegetales y poemas arquitectónicos cuyas estrofas son columnas de granito que paralizan el tiempo clavándolo sobre las constelaciones para que desde allí palpite siempre, fúlgida e inmóvil, la gloria imperecedera de su nombre paternal!

Por honrar tu cuna, Colombia se ha vertido hacia este bronco y soberbio país de tus antepasados y tu infancia. Hace un siglo se apagó tu ojo pardo y fue tu melena como negra llama cuyo combustible era la frente de generosa curva, tan dura y ancha que parecía una cordillera de pensamientos; el labio conciso y largo como un arco, entreabrióse pugnando por decir aquellas palabras de oro cálido que caían

sobre Colombia como chorros de lava; la adelgazada estatura del procónsul tendióse en el reposo de una cuerda musical de donde brota la sonoridad ascendente de la historia, marea espumante de huesos inmortales; inmóvil permanece el gentil corazón, pilar purpúreo de la patria feliz y las manos se entrecruzaron con fuerza como para impedir que el alma se fugara. Y cien años después, nos despedimos todavía de nuestro muerto inmortal; con nuestro respeto te hacemos una mortaja de terciopelo opulento y silencioso; del duro fondo del féretro logramos con nuestro amor algo más muelle que la carne de la amada para que sin pena repose allí el polvo de tu cuerpo. El sitio infausto que te guarda, resplandece cual un sagrado monte al fresco brillo de las coronas ofrecidas y porque sobre él los juramentos resuenan como espadas. Tu distante fosa es visible de todos los puntos cardinales, se agita en todos los horizontes cual antorcha de fuego inextinguible y tu nombre es hercúleo monograma sobre el pecho de un pueblo que te aclama como un héroe y que te rinde una lisonja inmortal*.

EL HOMBRE CONTINENTAL

Discurso en honor del General San Martín, pronunciado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, el día 9 de julio de 1940.

Señoras, caballeros:

Al evocar ante un auditorio de diplomáticos americanos el nombre, los rasgos y los hechos del General San Martín, el mundo de 1939 se ha hundido y la nueva era es apenas un presentemiento, un turbio gas escarlata flotante sobre el orbe. Desde la vaporosa lejanía del futuro, la posteridad tiende hacia nosotros su índice, para señalarnos como los espectadores privilegiados del gran nacimiento y pide nuestro testimonio personal sobre esta larga sucesión de prodigios. Las divisiones mismas de la historia, los clásicos mojones carecerán de sentido. La edad que acaba de tragarse el sepulcro, acaso se denomine económica y la que brota sobre el llanto temo que sea arquetipo durable de fuerza y arterias y que se conozca como la era política y guerrera de la especie. Para defender zonas de influjo los productos se venderán por su precio de costo y aun con pérdida. La riqueza valdrá menos que el prestigio. Por hacer cañones los hombres conocerán el ayuno, las leyes sociales tendrán un eclipse, la comodidad de los capitalistas y la de los obreros no valdrá nada ante la comodidad de las bayonetas. Los acontecimientos se multiplican, su tamaño es disforme, su rapidez enceguece y solo cabrían en términos genéricos su sencillez trascendental, porque diferenciándolos en especies se agotan las reservas del idioma. En el vaivén hercúleo de los tiempos, solo permanece entre oraciones, entre risas y lágrimas, sobre la espuma y la sangre, el árbol de la Cruz, cuya raíz es el dolor y en cuya copa anidan "las raudas potencias celestiales".

---

* **El Libro de las Arengas**, op. cit., páginas 59 a 75.

Históricamente, en su lucha por la piedad, por el derecho o por la gloria, pueden distinguirse tres momentos del civilizado: El hombre continental, el hombre nacionalista y el hombre individualista. Hay épocas en que se cree que el progreso, la lucha y la victoria son atributo exclusivo de los más dispuestos. En América, después del hombre continental de la emancipación, aparece el hombre individualista, de escaso poder como creador de tradiciones feraces, pero de fuerte agarre sobre el medio y subordinado completamente a la noción de espacio. Coincide fatalmente con el cacique, recio tipo de varón que estaba aislado dentro de su patria, en una inmensa llanura venezolana o argentina o en una enredada montaña del Perú o de Colombia, desamparado por las autoridades remotas y tardígradas, con ímpetu de predominio dentro de las rayas de su horizonte visible que al propio tiempo era para él cuna, sepultura, mercado, lisonja, vanidad, escarcela, patria y mundo. La noción de espacio era su fuerza y su debilidad. Trasladado el cacique a otro ámbito, era tímido y zurdo. El cacique fue un fundador de familias.

Las guerras civiles serán siempre la última etapa, el clímax del hombre individualista. Desaparecida su eminencia, es claro que el hombre continental y el hombre nacionalista se alían siempre al individualista, pero la noción escueta de espacio se subordina a la noción mística del tiempo y brotan los forjadores de pueblos, creyentes del futuro y sacerdotes del pasado.

El hombre nacionalista se presenta en América como una consecuencia de la mezcla entre hombres de distintas regiones, como un remordimiento por las energías dilapidadas en las contiendas fraticidas, como una orden atlética de la epopeya libertadora y como un mandato de las velocidades nuevas —que se aumentan por coordinación o por invento—, atenuantes de la noción de espacio que había tiranizado el alma de los hombres.

En Europa un nitzcheano, es decir, un individualista superlativo, hijo frenético de la noción de espacio, aplasta hoy al viejo Continente con los codos. Los años posteriores a Napoleón marcan el movimiento ascendente de los nacionalismos, del propio modo que el período siguiente a la guerra actual servirá de hito a su transitoria decadencia y de nuevo impulso al continentalismo europeo o al canibalismo individualista.

Con motivo de la fecha solemne en que Colombia celebró el Centenario de Francisco de Paula Santander, me parece haber creado los elementos para que cese la pugna entre los conceptos de dictadura y democracia, cuyo predominio no es una tesis académica porque depende de las circunstancias de paz o de guerra dominantes en un país y momento determinados. Frente a un itinerario benigno, en un pueblo de espíritu social, con el gusto del esfuerzo colectivo y de la moderación y de la ley, sin vecinos glotones e imperiales, la dictadura es un yerro intelectual, moral y político; pero ante la marcha de una invasión extranjera y cuando los aviones bombardean nocturnamente las ciudades, no puede tolerarse que nadie encienda en su casa luces guiadoras del enemigo. La vida tiene razones más poderosas que la

libertad. Cuando nos declaramos defensores de la democracia, implicamos nuestra resolución de defender las circunstancias que la hacen posible; pero no nos comprometemos a desistir de mejorar el sistema, haciéndolo más orgánico y flexible, ni nos comprometemos a aplicarlo en momentos adversos que lo anulan y lo hacen contraproducente. La dictadura es un error académico y una experiencia odiosa; pero es la droga del pueblo ante el peligro. Nadie la ama pero ha sido puesta en práctica por todos.

Aquel criterio objetivo se aplica en mayor escala al hombre nacionalista y al hombre continental. Europa vivió plenamente al hombre continental durante las cruzadas. Durante la epopeya, América fue continentalista. Los padres de estas repúblicas, apenas subsidiariamente fueron nacionalistas. San Martín pasa a Chile y al Perú como si recorriera palmos de su propio territorio paternal. El hombre continental y el hombre nacionalista son momentos de la especie, cuando gime rasgadas sus entrañas por el alumbramiento de la historia. Sus movimientos cíclicos, porque su vida es un aparente fenecer y un fiel recomenzar.

Los emancipadores fueron hombres continentales. Comprendieron —como ahora nosotros— que el océano era insuficiente valla entre Europa y las patrias criollas. Independizar solo una equivalía a mantenerla amenazada por la esclavitud de las otras.

Hoy renace en América el hombre continental lleno de pujante albedrío. Los estadistas y los partidos políticos o piensan continentalmente o retroceden en el aprecio de sus compatriotas. Yo como individuo de un partido que cuenta entre su patrimonio la inspiración americanista de Suárez, me creo obligado a plantear explicaciones para los problemas comunes y el deber de todos consiste en buscarles solución con buena fe incisiva y ardiente. Quiero dirigirme principalmente a los partidos de oposición en América. No ignoro que el objetivo de los partidos políticos es el poder; pero les recuerdo que el supuesto espiritual para lograrlo es el sentido y el gusto de la dignidad nacional. La oposición que cuente para su triunfo con la simpatía de poderosos forasteros o con la victoria de un país extranjero sobre otro país extranjero, comete una claudicación desdorosa, una abdicación de soberanía que moralmente la inhibe para asumir el mando. La política indigna aun cuando se formule con el aparato de los recuerdos patrióticos y de las palabras orgullosas, no facilita la recaptura del poder sino que la aleja indefinidamente. Pensar solo en el cambio de regímenes locales cuando la angustia estrangula naciones y continentes, es una forma tan eficaz de mostrarse mezquino, que no se logrará cambio ninguno.

El Continente no se halla en la alternativa de ser colonia de una o de otra potencia, próxima o remota. El Continente se halla ante la alternativa de seguir las inspiraciones de su genio y la corriente de su tradición o de permitir que tradición y genio sean secuestrados por impetuosas novedades forasteras. Unos quieren para el Continente la neutralidad de Dinamarca, y otros creen que en un año habrá gobernadores más o menos extranjeros en los pueblos débiles del Continente,

y otros suspiran por una neutralidad sin contactos, como la desastrosa de los Países Bajos. Yo espero que no habrá partidos de oposición que sostengan una política propicia a tan extraños presagios. Yo no estoy de acuerdo con ninguna de estas formas de la traición. Todos queremos para el Continente democracias armadas, vertebradas y reorganizadas. Entre el Capitolio con gansos y un Capitolio tácito pero constelado de obras, guarnecido de pensamientos, amurallado de solemnes propósitos, depósito de los gremios, estuario de capitalistas, trabajadores, artesanos y eruditos, la sangre decidió la contienda. Estos gobiernos de América tienen una formidable tarea de previsión y de creación, ahora cuando los acontecimientos desbordados llevan al basurero algunos objetos académicos que considerábamos preciosos. Churchill con los poderes de Hitler, es la clave del arco, el punto de equilibrio entre el alma y los tiempos. La democracia debe ser técnica y la dictadura debe ser generosa y ambas deben alternarse según las épocas para salvarnos del despotismo y de la demagogia. Ser hombre continental, equivale hoy a no aturdirse, a no traicionarse, a comprender que sin respeto y sin esperanza nos morderá la anarquía. Los gobiernos piensan en defender estos pueblos y no en entregarlos. Dos razas felices sobre un vasto continente feraz, juran ser solidarias, neutrales y valientes. A la juventud en las universidades y al pueblo en la calle, debemos acostumbrarlos a pensar continentalmente, a sentirse solidarios con la gloria común y a saberse protegidos por los avances de todos.

A la obra de los Estados Unidos se debe en parte principal el desencadenamiento de este hábito prócer de pensar para el hemisferio. La política del buen vecino es una de las condiciones para el aparecimiento y permanencia de la nueva especie trascendental; pero ya existían los supuestos más necesarios, distintos completamente a los datos que trabajan la política extranjera de los países de Europa. Los orígenes de nuestras razas actuales se repiten en cada latitud: la levadura indígena se mezcla a la sangre ibérica o a la inglesa o a la negra; las ideas morales brotan de dos grandes tradiciones religiosas que confiesan a Cristo; es riqueza unánime del hemisferio la obra de los héroes y su ejemplo; al Norte y al Sur conciernen las profecías de Simón Bolívar que es el más influyente y el más grande de los americanos, y, como última circunstancia, la más dinámica acaso, la que más felizmente explica al hombre continental en América, es la de que el hemisferio habla solamente tres idiomas, todos ellos mundiales: el inglés, el español y el portugués, son lenguas que se hablan en un lado y otro del mar por los pueblos soberanos. En Europa hay innumerables dialectos y lenguas simplemente nacionales que dificultan el florecimiento del hombre continental en medio de la anarquía de los orígenes, de las razas múltiples, de los embarazosos aduaneros y del sinnúmero de sectas religiosas

América fue generoso abrigo de generaciones que actúan sin tregua, por ministerio de nuestros pensamientos, al través de nuestra sangre y es un vasto edificio de esperanzas y suplicios. Pensar simplemente en la nación cuando peligra América, es un error y es una apostasía. Dominado uno de estos países por una potencia cualquiera, no habría paz para sus vecinos y se impone, en términos de respetuosa

igualdad recíproca, una solidaridad de intereses soberanos. La única manera de servir a la patria es declararnos voluntarios de América. Si algún Estado entiende explotar el candor de los otros, cometería un imbécil suicidio, porque nada nos obliga a fomentar la avaricia ni las ganancias desmesuradas y porque la época no será hija del dinero sino de la guerra. El oro es un rey leproso. Los países ricos han caído de rodillas ante los países desnudos pero armados. No se trata de engordar sino de fortalecerse. Como lo escribí hace años, no se trata de ser feliz: Se trata de ser grande. La política y la guerra pueden asegurar el imperio del mundo, al tiempo que la tiranía económica se ha mostrado impotente para ello.

Debemos urgir la imaginación para resolver ciertos problemas, ahora cuando el hombre continental subordina al hombre nacional. Económicamente se busca fundar un cartel. Yo sugeriría que cada gobierno fundara el ministerio del cartel económico americano. Desde el punto de vista de la defensa continental y cuando la guerra ha probado que el arma aérea puede dialogar con las escuadras, se evidencia la necesidad de instituir en nuestros pueblos un ministerio de aviación y de que todos proyecten en común la manera como acudirían —juntos— por las rutas del aire a cualquier lugar amenazado. El aeroplano es el arma del hombre continental, ya que carecemos de naves y de ejércitos que no se improvisan y que es difícil sostener. Nuestros supuestos tácticos deben ser solamente defensivos, pero deben ser enormes, congruentes con la riqueza potencial de nuestro territorio y con su tremenda importancia geográfica. Las costosas escuadras han hallado su freno en los hombres con alas. Una política aérea continental no parece imposible, al tiempo que una política de acorazados y cruceros económicamente excede las posibilidades actuales, sin contar la falta completa de hombres adecuados para el servicio de una flota. La conquista de Noruega sostenida por los velívolos contra los monstruos marinos, es una lección influyente y un momento trascendental del arte guerrero. Dentro del hemisferio no hay enemigos. Y nada tan indicado, pues, como la inteligencia de los Estados Mayores, una de cuyas bases debería ser un servicio militar obligatorio sin excepciones en favor de ningún americano y la dedicación al ejército de no menos del cincuenta por ciento de los presupuestos nacionales. En los soldados se hará gran parte de la educación y de la higiene y por los soldados se construirán las obras públicas.

Para mí es un placer asegurar que con el ciudadano de los Estados Unidos y con el ciudadano de México, los grancolombianos somos los de un continentalismo más definido y espontáneo. Venezuela, Ecuador y Colombia, me parece que andan a contrahílo de las profecías y de las tradiciones. Salvador Camacho Roldán escribía en un ensayo penetrante, su certidumbre iluminada de que los tres caracteres nacionales son apenas fragmentos del gran genio nacional soñado por el padre. Añade el patricio liberal que un peligro serio unirá de nuevo a estas tres naciones que hoy suman quince millones de hombres. Yo suscribo totalmente esas afirmaciones. El hecho de que la primera juventud nos vea separados, nada significa. Estos tres países apenas empiezan si se compara su vida a la de Suecia o a la de Italia. Un solo siglo es apenas

una luz de luciérnaga sobre el espejo de la historia. Los siglos por venir dirán si Camacho Roldán se equivocaba.

En una gran fiesta argentina como es la del 9 de julio, aniversario del Congreso de Tucumán, en una fiesta de San Martín, hombre continental por excelencia, orgullo de todos nosotros, estatua que tiene iguales derechos en Bogotá y en Buenos Aires, hay que mover fríamente los negocios comunes. Hoy debemos llamar junto a nosotros, para que resurjan del arcón sagrado del pretérito, a nuestras glorias familiares, a los ardientes y a los pacientes, a los más antiguos y legendarios próceres indios y a los héroes modernos, a Cuauhtémoc y a O'Higgins, a Martí, a Manco Capac y a Hidalgo, a Artigas y a Washington taciturno y constante como los principios morales, a Caupolicán y a Santander y a Sucre, a Bolívar, capitán de todos, porque solo el desmesurado Chimborazo llega a la altura de su planta. Y, ahora, que pase adelante el argentino. Entre los retratos de San Martín, no hay uno que desdiga la grandeza solemne y el vigor sumo del libertador argentino. Los de la juventud representan al gladiador de jarrete poderoso, de muslos compactos y obedientes, de titánico torno, de combo pecho, duro, impenetrable y sagrado como la tapa de un sarcófago, de cuello taurino y resuelto mentón y boca escueta, hombruna, sabiamente atenuada por el volumen del labio cariñoso y maxilares como naves y la nariz como una quilla y los ojos como vivaces guijas y la frente cargada de propósitos bajo el temblor de la capul retinta, que agita el viento como si fuera el estandarte de una revolución en marcha.

Mas, a esos victoriosos íconos, prefiero el retrato del viejo San Martín, profesor de renuncias heroicas y de magnánimo olvido, enorme cara noble, atlético, equilibrado de poderosos rasgos, fluyentes bajo el pincel tierno y seguro de su hija Mercedes. El corazón que fue sandalia de hierro para las marchas de la libertad, el corazón que la amara con ternura oceánica y que la siguió y la conquistó sobre las vastas muchedumbres vegetales que nacen al beso de la humedad y el calor... el joven San Martín, que poseyó la libertad sobre la cama de torrentes y vacíos y alturas de las cordilleras de América, el de la melena que fue escarpín para los dorados pies ágiles de la libertad, presenta, ya viejo, un reposo extraterrestre, su cabeza es bajel de plata rauda, complejo poético de canas y de azul y en las hebras tenaces de la testa —ariete sideral que despejó ciclones— se disuelven y se confunden y se integran los dos colores, el celeste y el blanco, del pabellón argentino. El viejo ojo redondo no ha perdido la aquilina calidad incisiva, tiene la nariz fortaleza y estructura bastantes a resistir la vida imperiosa de las anchas aletas olfateantes, que rastrearon la gloria en su estepa nativa, sobre los Andes elementales de piedra y nieve, en el desierto y sobre el mar. En el mostacho, áspero y cándido, limpiáronse de escoria las pasiones al cuajar sobre un labio ya frío para la caricia, mas donde quema la experiencia su impávida luz de acetileno y sus bálsamos trémulos.

Yapeyú es el nombre musical que mece el sueño del egregio niño: Su infancia respira en la selva fortaleciendo el pulmón y el brazo, vista

y oído, la inteligencia cortante y el profundo corazón. Pasa a España y en el Colegio de Nobles es garzón majestuoso que combate en Africa y en Portugal y sobre el agua. Las campañas y la muerte y el plomo ahíncan sus fuerzas, estimulan su vocación guerrera, guarnecen su voluntad de pedernales y su entendimiento de luces y sus hombros de estrellas y su memoria de feraces ejemplos. En Bailén es el bravo entre los bravos y cuando una medalla que aclama su valor, prende en el pecho espejeante, sobre ese pecho de pureza mineral el oro de la medalla no se le distinguía.

Vuelve a América cuando la Independencia estalla y de su intuición y su pericia nacen formados, disciplinados e inmensos los granaderos a caballo cuyos barbuquejos son cinta en los bucles de bronce de la inmortalidad. San Lorenzo, Chacabuco y Maipú son tres grandes combates reveladores de su coraje yerto, de su colosal astucia, de su técnica, de su consumada aptitud estratégica, de su visión táctica, múltiple, flexible, iluminada y de sus previsiones asombrosas. Para el paso de los Andes, calcula hasta en onzas el forraje necesario a ocho mil animales durante varias semanas, preestablece las etapas, las horas exactas de salida y arribo, los cambios de altura y los movimientos del enemigo, al cual somete a engaños magistrales, cuyo resorte son el secreto cálculo de este hombre nacido para el sigilo ilustre y el conocimiento profundo e imparcial de la naturaleza humana. San Martín guarda en el más inexpugnable sitio de su alma discreta el mapa plegado de su itinerario. La confidencia es una forma aduladora de la debilidad y este fuerte no adula. Su fiero mundo interior, hecho de lava en reposo, de bravías higueras, de la amorosa imagen de Remedios Escalada —dulce y ardiente como un dátil—, no tolera más planta humana que la suya marcial. Su único contacto con el mundo exterior, son sus "órdenes del día" y sus ojos mandantes. Hasta la altura cerrada de sus propósitos no tiene remos para acceder sino su propia inteligencia, águila que en vez de graznar, golpea y por ello el vigoroso y curvo pico es tácito como una roca en basalto solitario, coronada de poniente sobre el silencio del mar.

En las crestas heladas que dominan a la Argentina y Chile, nadie se atreve a sentir frío cuando el héroe pasa. La tranquila majestad de su marcha bajo el firmamento vibrante de luceros, mientras la Cruz del Sur jura por la América Núbil, evidencia al hombre que tiene una cita de amor con la victoria y por ello a los ojos de sus granaderos, el solemne caminar del argentino es una forma heráldica, un pujante blasón en el escudo de la historia, un momento germinal del hemisferio, más bien que el tránsito de un león por entre hierática alameda de titanes.

En 1924 oí a Eduardo Herriot en la Sorbona hablar del prócer y dijo cómo lo imaginaba antes de Chacabuco, al trasmontar los Andes, con su bufanda bien amarrada al cuello y trastabillando en la nieve pero sostenido por su heroica voluntad. Pues bien, señoras y señores, yo no puedo imaginarlo sino marchando en fuerza, como abriendo paso a su ejército en el laberinto de peñascos con la puntera de sus botas y sin otra bufanda que los botones de frío metal reglamentario que en aquella nuca erguida figuraban altorrelieves épicos.

En cada batalla San Martín desarrolla sus aptitudes de cabal estratego, de táctico impar, de guerrero sobre cuya testa fue la valentía rutilante diadema. Su espíritu militar es un proverbio, su pundonor, ejemplo fiero y sus previsiones, formas agudas de la profecía. Lucha con el heroísmo devoto de un soldado y concibe como un jefe y manda como un mariscal. Se le llama Santo de la Espada, significando asi su férvido entusiasmo por las armas y la limpia soberbia de su pura ambición. Siempre evidénciase con la diafanidad incoercible de lo histórico, en todos los actos de este monje de la gloria, el olvido de sí propio, su impasible voluntad de renuncia. El retiro a Mendoza, cuéstale un solo esfuerzo: Descargar el Himalaya de laureles que cubren al justador invicto, al hombre continental. Conságrase a cultivar la pampa ubérrima, con el viril empeño que singulariza sus acciones. La fama y su miel y sus cálices ebrios, hieren de tarde en tarde la memoria con cabrilleo tranquilo, sin despertar las furias ni el despecho. Desde el amanecer, afánase el Hércules por su tierra y cuanta alegría remuévelo pensando en que era suya por el rito jurídico, suya por el trabajo que a ella incorporada y suya porque la libertó. Sobre aquel trozo de pampa, las fuerzas celestiales, la claridad fermentadora de semillas y la tónica lluvia, eran menos fecundas que el sudor de la anchurosa frente que abonaba los senos vegetales con un goteo de estrellas. En los Andes próximos, emblema de su portentosa hazaña, itinerario de la libertad que iba a la grupa de su caballo de guerra, el sol detenía el paso sobre un cuello de rocas para mirar al labrador egregio. La noche abría su ardiente estuche para ponerle charretera de planetas a ese peón de la Argentina y entonces San Martín, de pies sobre la pampa, ligeramente pálido bajo el fulgor de la luna coloca el corazón sobre la cordillera de América cual si fuera una roja violeta: Eucaristía nocturna para que comulgara el hemisferio por su boca de volcanes.

Las condiciones dominantes de su carácter son el método, la previsión, el denuedo ante el hostigante detalle, condición esta que lo parea a Magallanes. De ahí resulta la espléndida unidad de su vida, que es un premio en sí misma. Quien no se ha traicionado y quien tampoco fue desleal con sus amigos, soporta, sin humillarse, las penas de la adversidad. La unidad de la vida es una fuente de inexhausta delicia y en esa fuente abrevó San Martín la sed amarga de sus penas, cuando su obra era desconocida o calumniada.

Nosotros todos te evocamos y te llamamos hoy en nuestra ayuda ¡oh integérrimo! No es solo tu patria, la gran adorable, la fecunda, la inmensa, la codiciada Argentina, son todas estas patrias las que reclaman que tu sombra mineral acantile costas y descienda como un manto, ¡oh protector!, ¡sobre valles, montañas y collados! ¡Qué digo! A nuestro desamparo de vivos que están huérfanos, únese un sagrado rumor: Sobre el sitio que guarda tu corazón y para que despiertes, golpea Washington con el puño de su silencio y Martí con su voluntad, como una espada, y Páez con su lanza y la mano compañera de O'Higgins y Santander con su pluma libertaria y la voz de mando de Córdoba y el casco de la bestia de Sucre y es el propio caraqueño, pequeño dia-

mantino y volcánico quien te entrega, como un acero, para que te levantes, el verso de nuestro himno:

¡"Independencia grita el mundo americano"!*.

DITIRAMBO

Discurso en honor de Bolívar, pronunciado en la ciudad de Sonsón, por orden de la Sociedad de Mejoras Públicas, el 12 de octubre de 1946.

Señoras, caballeros:

Asociar el doce de octubre al nombre y a la obra de Bolívar, es una intuición feliz y un sagaz razonamiento. El Gran Comodoro de tres naves famosas y humildes, no tocó en toda orilla, ni recorrió de extremo a extremo un meridiano, ni partió cada latitud con su compás... pero descubre el hemisferio. Bolívar no niega a Washington, ni a Miranda, ni a O'Higgins, cierra la mano pura de San Martín, aprieta el hombro contra el de Santander y Sucre; pero es él, por antonomasia, quien liberta el Continente, y ninguna obra humana cumplida dentro de sus términos, hierve con tanto germen político de trascendencia irrestañable, ni despeja con igual velocidad aterradora mayor campo geográfico, ni estalla con tal deslumbrante reflejo a los ojos del turista de los tiempos, y obra ninguna de hombre —de este lado de la luna— se alza con tal soberbia de cordillera sobre la monótona planicie de los días. Bolívar es uno de esos enormes promontorios que constituye la esencia y el sentido de la historia, la diferencia de la fábula dudosa y de la simple crónica, a la manera como por la vertiginosa altura de ciertos picados diamantinos, identificamos y apartamos los sistemas de montañas.

De otro lado, extender con hallazgos físicos el planisferio, carece de contenido moral: Si otro polo inhóspito u otro desierto calcinado, fueran descubiertos, con nada se enriquece la vida; de ahí que no sea una conclusión desesperada afirmar que el descubrimiento que esta fecha conmemora no es el de unos antropófagos que, a su turno, son devorados por selváticos miasmas, sino el de la patria de un genio tan brillante y complejo, tan evidente y poliforme, como el más alto y completo que la especie produjera jamás. Colón no descubre un mundo sino un hombre, ya que por Bolívar, América sale de la sombra mecánicamente azul de los océanos para convertirse en una criatura hermosa, diademada, ciclópea, que libremente cae de rodillas ante la Cruz, o resquebraja el duro sol de la historia si lo golpea con sus parietales de basalto.

Y es héroe que constituye nuestro supremo aporte al humano decoro, aquí, en Sonsón, aparece redivivo, por la generosidad pensativa

---

* **El Libro de las Arengas, op. cit., páginas 89 a 105.**

de uno de sus varones patriotas. ¡Dónde no te llevó, caraqueño cósmico!, la atrevida e inquieta faena de tu cuerpo, te conduce la adoración agradecida de tus proles: súbitamente parece que cuajara el aire sobre un pedestal férvido, y eres tú, o tú a caballo, o tú bajo un antifaz creador de precoces arrugas, que cruzan tu cara como sables, trocándola en panoplia.

Desde que tendiste definitivamente la carne para el reposo último, brotó de ella un tumulto de escoplos y troqueles, un río de metales escultóricos, una radiante cascada de colores, y, por moldearte, tuvo fiebre el yerto troquel, los escoplos fueron tan flexibles como los pinceles y se hizo mineral el pincel para represar en tu honor la catarata de colores. Monedas, medallas, litografías indelebles y exquisitas, bustos y efigies, textos sabios, exaltados poemas de variada escuela, prorrogan los límites sin cesar nacientes de tu apellido, expresando así, con el copioso y abigarrado pueblo de los símbolos, cuanto la lengua inepta se ha negado a fijar en descoloridas palabras.

Pero entre las cosas que te memoran, ninguna que emocione como la estampa que Sonsón escogiera, batida en tu honor por Tenerani. Es tan natural la puntera de la bota que avanza, como el codo ligeramente plegado del uniforme, en el brazo que soporta la espada. La parte de espalda, y el hombro, ágil pero desabrigado, se viste con el aguacero de bronce que chorrea de la pesada charretera.

Pero, ¿cómo trabajar y reproducir el pecho fino y lapidario, que no parece cosa humana, por limpio de escoria y por la providencial intención de su nobilísima forma? Tenerani lo adelgaza, heroifica y afila, con tan escalofriante éxito, que ya todos sabemos que no tuviste pecho como los demás hombres, porque fue el pecho tuyo una hoja de laurel.

El tratamiento del manto es otro acierto que electriza. Abundante atrás en pliegues proceros que dan solemnidad olímpica a aquel plano de nuestro cuerpo que carece de rostro, adelante se aquieta y simplifica, para que en su canto, levemente agitado, triunfe la mano del corazón, agarrada al papel tatuado de leyes, y para que triunfe, igualmente, al desgonzarse, amenazadora, la mano derecha en que se inserta la benéfica espada libertaria que fue nuestra nodriza.

¡A qué hablar del rostro y la cabeza! Sabemos que si en los brazos llevas el derecho y la fuerza, las leyes y el estoque, las dos soluciones con que el hombre decidió sus problemas, en la mirada inquieta, en la frente espectante, en los dos visibles golfos que el pensamiento labra en la rala melena, llevas la tragedia de todos los tiempos y toda la tragedia del mundo, que pasa de una guerra a otra guerra, y que si logra desprenderse, tras desesperado forcejeo, del abrazo letal de un monstruo, que le baña todo en dilacerante púrpura, tiene en seguida que aprestarse a la defensa, porque otra bestia, impía, henchida de crueldad y de blasfemias, amaga con nueva esclavitud al hombre, sin tiempo para aliviar en la paz, para ungir en el aceite de Cristo, la rota carne demacrada.

Para decir cuánto fuiste, ¡oh Padre!, tendría que colocarme en el último día del mundo, en espera de los millones y millones que tu genio libertó, vivos ayer, muertos hoy y mañana; tendría que esperar la innumerable población resurrecta de los cementerios y las miríadas de bolivarianos vivientes del porvenir, cuando pasen frente a tu espada, presentándote sus corazones como si fueran armas! Tú estarás, entonces, vestido con el pálido blindaje de tu carne, delgada, atónito y enternecido de ver el dilatado rebaño de adictos que te gritan: ¡Padre Inmortal!

Hoy gozas de la gloria de Dios, superior a la terrestre fama, despojado de tu espiritual máscara de greda, indiferente al mezclado pueblo de mármoles y bronces que atestiguan la fe de tus gentes en la teoría de tus hazañas y en las empresas de tu amor por la libertad.

¿Por dónde empezar este ditirambo? ¿Por tus pensamientos, por tu juventud, por tus dolores, por tu prole o tus batallas? La hipérbole poética pliega los remos cansados, ya que empezar por ti, es no acabar jamás. Eres como la rosa de los vientos, madre de horizontes, aparentemente fijos pero nunca iguales. Paralizada la imaginación, solo tiene aliento para fijarse en el nervioso y prodigioso coágulo de materia que llevó al tobillo el Continente cual si fuera una liviana gargantilla.

La avidez de tu gloria con nada se sacia. Si aflora una rica veta mineral en la entraña de la tierra, se llama: ¡Bolívar!; si un puerto se abre, si un premio se crea, si un niño nace, si una potente quilla virginal cae en el agua, si un motor resuena, si un lucero nuevo se descubre, los ponemos: ¡Bolívar! Si una pluma como la de Rodó aspira a cerrar clásicamente su itinerario, escribe: ¡Bolívar! Si la garganta de Valencia quiere musicalizarse con el más hermoso grito, el Aeda incorpora su fosforecente silueta, para deletrear, Bolívar, tu nombre, como lo silabean los Arcángeles. Los viajeros de la historia se pasman del área inmensa calentada por el sol de tu vida y los de la tierra te encuentran en París, en Nueva York, en Buenos Aires, repetido en todos los puntos cardinales, sin que uno solo israelita o cristiano, musulmán o idólatra, ignore el contenido de tu nombre, cuando, al pasar columbra la distancia que media entre tus pies y su cabeza.

Conocimos tu fisonomía, abriendo con tanto deleite el oído al rumor sacratísimo de las tradiciones, que ahora parece que te venteamos en la sangre, deshechamos inmediatamente lo que no se te asemeja, reconocemos tu cara y tu estatura, torreando entre el bosque de atléticas siluetas que sembró en el suelo fiel del recuerdo la tenaz marca de la historia. Sabemos cómo era la gamuza de tus guantes y nos hiere la pupila, como si estuviera bajo nuestros ojos de carne, el charol bruñido de tus botas de fiesta. No pudiste ocuparte jamás de ti, porque solo te alcanzó el alma para soñar con nosotros; por eso, cuando Sonsón te alza de nuevo monumento imperecedero de gratitud filial, pulo mi ditirambo, como un espejo, para que en él te mires y sepas cómo fuiste.

El talón se abría como refinada copa, con los tobillos —ópalos amarillentos— haciendo papel de asas; en él se injertaba delicadamente la pierna esquelética y férrea de venado al galope. La cintura

estrechísima, cubierta de diamante hubo de ser para no doblegarse apesantada por el gajo de tus riñones portentosos que sin fatiga sobrellevaron el peso de tu corazón sobrehumano, en viajes inverosímiles de Quito a Caracas y desde Bogotá hasta Lima. El tórax no pudo ser robusto, porque exiguo es el precioso relicario que sirve de esmaltado escudo para defender las prendas de un ensueño; por el dibujo del cuello, recordabas los pájaros; fue el bajo maxilar benigno; efusiva y férvida la boca; y la nariz pequeña se agitaba con un furioso ímpetu al olor de la tempestad, que cabía, toda, en las delicadas aletas; los pómulos sin violencia, acusaban tu magnanimidad extraterrestre; los ojos eran dos serafines de ónix y de oro, colocados con cien arcos y flechadas al pie de una mínima cúpula perfecta; y es tu pequeño cráneo la cobija de veinte millones de hombres, de diez mil plazas y de seis capitolios.

Tu silueta morena, cribada de cinceles, brota de los dedos en ascua de los escultores, que retroceden, electrizados, al contacto de tus manos vehementes.

¡Ah! ¡Y tu voz! Esa no podrá nadie reproducirla jamás, por el enorme y diverso acopio de sus elementos sinfónicos. Cómo sería, que rebanó el viento y silenció la catarata; fue pan del soldado y penacho de la fusilería, brújula sabia de los cañones, espuela de los caballos, rígida regla de los mariscales; burbujeante néctar de hermosas y collar crepitante en la garganta de la poesía... ¡Tu voz! ¡Cómo sería que cabalgó —desnuda Amazona— sobre el tajante filo de tu espada! Por eso, la tuya profunda y melódica, parece el combinado prodigio en que alternan la embriaguez de las flautas nonchalantes, el susurro de los secretos gratos, las radiantes arengas del combate y la doctísima palabra que orientó a los Congresos.

Ahora el interlocutor del genio es vuestro templo, perfumado y enorme, musical cuando el canto gregoriano lo baña, mugiendo si el pueblo religioso se dilata en plegarias. De allí le vendrá a este semidios la lección de la fe, que tanto necesitara, porque lo canceraba la desconfianza en su obra y en su raza y le vendrá la prueba de que su pasión de cristiano fue la marca suprema de su obra. El coro para este diálogo, entre el silencio incendiario del héroe y los acentos pacificadores del templo, son estos "higuerones" y "dragos", estos "chaquiros" y "cauchos", que en su discreta perennidad botánica, testimonian sin rosas, virilmente, al Vaticano y a Colombia, que la carrera de las generaciones bajo el hostigo de la muerte, no conturban nuestra creencias ni alteran nuestros amores.

La custodia de la sagrada estampa es, de ahora en adelante, vuestro filial cometido: Que a sus pies las eras bien peinadas, atestigüen cuotidianamente vuestro amor minucioso. Y en las noches, fantasmagorizado por la bruma ardiente en que vuestra adoración lo envuelve, fingirá a nuestros ojos, que del hierro que maneja la diestra cuelga el globo terráqueo, al tiempo que la estrecha nuca de bronce es el pilar en que se apoyan los astros y el eje en que voltean las constelaciones.

El pedestal, limpio aparece de animales heráldicos. ¡A qué la colérica fauce del felino o el ala formida de las aves rapaces! ¡A qué la

inscripción de nombres recordatorios de sus batallas tutelares, si escritos están ellos en la antorcha que —esquivando la Parca— se pasan de mano en mano las generaciones! ¡A qué el artificial adorno, si la estatua nerviosa y magnética, crece bajo esta cúpula de evaporados zafiros que levantó hacia el firmamento la respiración de vuestras mujeres! A qué inútiles prendas nuevas de afecto delirante, si el homenaje supremo es traerlo hasta vosotos, ¡oh sonsoneños!, ¡para dejarlo sembrado en el estupor del día ante la gloria de Dios!*.

* **El Colombiano,** 13 de octubre de 1946.

XI
POR UN CONSORCIO DE PATRIOTAS

POR UN CONSORCIO DE PATRIOTAS. DISCURSO EN MANIZALES

AL CONDECORAR A RAFAEL SALAZAR Y A JOSE RESTREPO RESTREPO

Pronunciado el 11 de octubre de 1944 en Manizales, al entregar en nombre de la ciudad a don Rafael Salazar, la Medalla del Mérito y al doctor José Restrepo Restrepo, la Medalla del Civismo.

¿Os dais cuenta del sitio de los Andes donde nos hallamos? Aquí el silencio celeste pastorea como un dios, la música de la noche y el tácito furor de las esferas. Pero en la tarde, con los nevados ardiendo suavemente bajo un sol pensativo, el hombre constelado por las más puras voces del corazón, palpitante con la pujanza de una criatura inmortal, el hombre atónito, embelesado frente al quieto horizonte divino, apenas siente que el espíritu alza las manos para coronarse con una clara diadema de pensamientos encendidos. ¡Oh crepúsculo caldense! ¡Cómo te pareces al cuello de una paloma! Y la mañana en Manizales es sobre nosotros como una túnica de plumas, como un juego liviano de poderosas alas, con las cuales quisiéramos correr tan aprisa como la tierra, que tumba sus cordilleras para acostarse pronto en el Valle del Cauca y para mojar sus senos en el caudal vigorizante de los ríos, que marchan con soberbio reposo, bajo el peso de una flexible juventud perpetua. Mi escenario no es este teatro, sino la alta y poblada anchura del paisaje, sus turgencias dramáticas, sus cicatrices dominadoras y fértiles. En verdad os digo: Nada me abruma, porque he vivido entre vosotros, y nada confunde, señores de la Sociedad de Mejoras Públicas, ni hay honra que anonade, después de cien tardes de naufragio, a la vista del Ruiz sobre el férvido puente —¡imagen de mi vida!— que es la ciudad de Manizales, navío roto y torcido, de flancos devastados, que se volvió proa, solo proa, a fuerza de remontar el caos en busca del azul.

Señoras, caballeros:

El hecho de que vuestra fabulosa confianza me asocie a esta solemnidad, es más que una ejecutoria de honor, porque me confiere título auténtico para hablarle a mis conciudadanos, al colocarme en el mismo pie que los campeones cívicos que celebramos; porque la ciudad

exalta a don Rafael Salazar y al doctor José Restrepo Restrepo, es de las más ilustres, pulidas y altaneras de Colombia y vuestra confianza me diploma y obliga a hablar de temas grandes, porque ahora cuando la batalla del civismo está perdida entre las garras de la intolerancia, explicar negocios propios del espíritu público, es un servicio inolvidable que prestamos a la patria.

Muchos temas adecuados a la circunstancia famosa y al sentimiento del tribuno humilde y a la tribuna arrogante de esta fecha, pueden moverse ante vosotros al compás descuidado de mi palabra. Pero veamos primero a los protagonistas de la fiesta.

El doctor Restrepo Restrepo es un joven guión de Manizales. Tiene todas las cualidades inherentes al viejo y severo atavismo que personifica; pero mejor que ello, tiene fuerza bastante para independizar su conducta ciudadana del fanatismo agostador y triturante. Prefiere la tolerancia a la secta; entre comprender e injuriar, escoge lo primero. Su generosa actitud mental ante el prójimo y ante las cuestiones públicas, se dispersa en fragmentos irradiantes, de tremenda eficacia contagiosa.

Habéis visto, al menos en ingenuas estampas, la vacada conducida al corral por la bestia que lleva al cuello una esquila; pues bien: El doctor Restrepo no marcha al compás ni en la dirección de la esquila; porque este hombre, a quien por mandato vuestro le paso la medalla del civismo, no es individuo de un rebaño; es una criatura de Dios, humilde pero erguida bajo el casco fulgente de su libre albedrío. Si en vez de ser así trotara ciegamente al rumor de la campana, lo veríamos formando con los intolerantes, los rencorosos, los egoístas y voraces, con las pandillas fanáticas bajo cuyo vaho turbio, Colombia se marchita.

El doctor Restrepo ha multiplicado sus actividades en forma ejemplar. No lo arredra ninguna forma del servicio citadino. La Sociedad de San Vicente en su descanso, después de haberle inyectado su dinero a una empresa de porvenir pero arriesgada, y de alguna de sus absorbentes gerencias, pasa a discutir la necesaria fundación de una espiritualísima Casa de Ejercicios. En los directorios políticos y en las corporaciones públicas, se mueve con desembarazo patricio, porque sabe que sus convicciones filosóficas son una invitación a la mesura, a la prudencia y la sonrisa. Comprende que los pueblos se forman con el doble concurso de la intransigencia en las convicciones y de la tolerancia en los métodos. Siendo ejemplo de fidelidad a sus doctrinas, unánime voto lo aclama como digno de ser consagrado a la cabeza de sus conterráneos, por el espíritu cívico. Vuestras esperanzas, señoras y señores, son suyas, y ninguno de vuestros desengaños colectivos le es ajeno. Cuando todos se afanan por la torpe faena de sostener la guerra civil de las almas y de cavar el foso oscuro que reparte a nuestros bandos, don Rafael Salazar cavila sobre actuaciones sociales cargadas de beneficencia. Y es por aquí por donde debo empezar al entregarle el galardón del Mérito a este soberano de la bondad, porque hace muy poco hizo una de sus rarísimas apariciones públicas, para sublevarse contra las manías retardatarias de nuestros hombres eminentes y en pro de la benevolencia, que es la forma cabal del progreso. Pero el ma-

yor aporte del señor Salazar, consiste en sus ejemplos. Ostenta un apellido que convirtieron sus gentes en sinónimo de virtud, de iniciativa y de trabajo. Los dos Félix —uno muerto y otro vivo— que conocemos, ejemplarizan a Colombia toda. Hay un Fernando, que a la capacidad más sorprendente aúna rasgos como el deslumbrante de dotar a Villeta de un valioso hospital. Y don Rafael es digno par de sus pares y parientes, por las obras pías, por el frío juicio, la inteligencia incisiva, epigramática y lúcida, por el corazón de cristiano viejo que se enternece con los planes de Acción Católica y hace centinela sobre las empresas de utilidad común.

En su hogar todo tiene una sencillez de leyenda, una grandeza historiada, una dulzura consistente y suave. Su esposa, doña Leonor Gutiérrez, es una de esas mujeres con las cuales Dios bendijo a la especie humana en su misericordia. Sus hijas adornan los claustros o son motivo de orgullo para la sociedad en que viven.

El señor Salazar, en la tarde de su vida, recibe la Medalla del Mérito y todos comprendemos que no él, sino la Sociedad de Mejoras Públicas recibe todo el honor, por haberse acordado de un obrero silencioso de la piedad y de un reconocido almirante del civismo, cuya última hazaña inmarcesible, es la fundación de la Escuela de Artes y Oficios con destino a las clases desvalidas.

El señor Salazar no está conforme con el ambiente irrespirable que los directores políticos quieren imponernos, desea, como yo, un consorcio de patriotas. En nombre de la legión de colombianos protesta contra nuestras costumbres caribes. Pero es inútil que los ciudadanos sencillos gritemos de espanto ante la víbora de la discordia, porque quienes deben aplastarla, se abstienen de los actos —si son gobierno— de las palabras —si están abajo— que harían la conciliación de los patriotas. Así no puede ser la democracia, así abandonamos la democracia. Ella no consiste en una inmensa cabeza apasionada en un cuerpo que no tiene corazón; ni unos brazos potentes solo para apartar al adversario y en un presupuesto despilfarrado con los entenados del poder, sin miramientos por lo que no sea fuerza bruta y escarcela: ¡no! El símbolo de la perfecta democracia, lo hallamos en el cuerpo humano; en nuestro organismo la cabeza y los pies ocupan sitio bien diferente, porque en el plan divino del mundo hay desigualdades creadoras.

A la más pequeña y remota parte del cuerpo, llegan los nervios y la sangre, porque el corazón y el bulbo céfalo-raquídeo, no trabajan solo para el cerebro y los pulmones, sino también, y con perfecta equidad apasionada, para la más insignificante falangeta en el meñique del pie. Hay una jerarquía de prelaciones, una decisiva y tremenda armonía funcional, una operante composición de formas heterogéneas y nadie imagina a una parte del organismo en guerra con la otra o esquilmándola. ¿Puede ser democracia la del partido que predique el odio contra el Gobierno o la del Gobierno que, en vez de participaciones en el poder y de garantías electorales, le da consejos a la oposición? Y eso es lo que estamos viviendo, aburridos coléricamente.

¿Es democracia la del patrón egoísta, que vive en estado de rebeldía con el Creador, hurtándole el cuerpo a sus obligaciones con los

trabajadores, o puede ser democracia el repugnante vocerío de los comunistas, que se sublevan contra la naturaleza y la justicia, exigiéndolo todo para los menesterosos, como si la pobreza fuera un título de propiedad? Y menos puede ser democracia, en un país de agricultores como el nuestro, la que se olvida de nuestros campesinos y no les asegura sus cosechas y no los dota de herramientas y de instrucción, de higiene, de cooperativas de crédito expedito y de semillas, de abonos, agua de riego, árboles maderables y vías de comunicación.

Preferimos gastar en burocracia escogida por lo bajo, y tan abundante que para cada cien colombianos hay dos empleados públicos. Pido una aristocracia de funcionarios, admirablemente pagados e imparcialmente escogidos, porque el Estado debe ser la mejor servida de todas las empresas; pero queremos menos parásitos y más campesinos autónomos. La baratura de la moneda ha influido en el aterrador progreso de la empleomanía, en vez de aprovecharse la depreciación del dinero en el doble sentido de fomentar nuestra industria liviana y de iniciar nuestra industria pesada. La primera requiere vías de comunicación. El ferrocarril de Tumaco y Pasto a Cartagena y el de Bogotá a Santa Marta, brotados de ciudades, serían el palo longitudinal de una cruz, cuya transversal debe ser la vía que una al Orinoco, con la Bahía de Cupica, sobre el Pacífico, en el Chocó. Los brazos de esa cruz, estarían unidos por carreteras de circunvalación, que cierren el suelo patrio en sus líneas, atravesadas por vías como la de Buenaventura y Buga a Barranquilla, que permitan la marcha sobre ruedas a nuestros productos, cualquiera que sea su destino.

El problema de nuestros ríos, principalmente del Magdalena, que ha sido el gran civilizador del país, hay que resolverlo, desviando o limpiando el salto de Honda y por el medio seguro, fácil y económico de buscar y hallar vehículos de escaso calado y de barata andadura. ¿No habrá en Colombia un rico o un grupo de ricos que ofrezcan un premio de cincuenta mil pesos al primer barco de cincuenta toneladas que haga, en un mes de estiaje, dos viajes redondos de Barranquilla a Neiva? Y ¿por qué los departamentos interesados no contratan las obras indispensables —obra que ya la técnica conoce y ha realizado— para comunicar a Cali con Barranquilla por vía fluvial, venciendo los obstáculos invictos pero no invencibles del río Cauca? El transporte por agua es incomparablemente barato y se engañan quienes creen que nos convencerán de lo contrario a quienes hemos visto el desfile sin término de las pequeñas naves perezosas en el Sena y en el río de la Plata, en el Guayas, el Támesis y el Hudson.

Y hay que aprovechar la baja inminente de los barcos marítimos para establecer nuestras flotas oceánicas, independizando el café y los nuevos frutos de exportación del despotismo de tarifas que nos imponen cómodamente los barcos extranjeros; y si la compañía que se forme no es directamente apoyada por el Estado, mediante el Instituto de Fomento, al menos debe propiciarla con exenciones y estímulos de todo orden, para que los partidos comprometan sin esquivez su dinero.

En cuanto a la industria pesada, tenemos cuanto la supone, a saber: la hulla blanca, o sean las caídas de agua; la hulla negra, o

sea el carbón, y tenemos petróleo y también hierro. Creo que el gobierno debe invitar a los capitales forasteros, para que combinen su abundancia y su técnica a nuestras posibilidades y aportes. Yo no dudo de que si se propone a una fábrica de aviones instalarse entre nosotros, eximiéndola de todo impuesto durante diez años, arraigaremos en Colombia una forma de producción tan adecuada para la paz como para la guerra, con la circunstancia de que por nuestra posición en el mapa, estamos en condiciones inmejorables para repartir cuantos artículos y maquinaria podríamos elaborar. Y hay más: la aparición de la industria pesada en Colombia y la racional colocación geográfica de nuestra industria liviana y el fomento de la agricultura, decuplicarían nuestros consumos, con lo cual crece asombrosamente nuestra importancia internacional.

Pero la mejor oferta que podemos hacerle al extranjero, es una legislación social avanzada y conservadora, católica y liberal. Una legislación que al campesino y al proletario les garantice el salario familiar y una participación en las ganancias de la hacienda o fábrica. Estos temas los traté con personas calificadas en mi reciente viaje a los Estados Unidos. Allí encontré la más seria preocupación por los daños que la economía feudal puede hacer a la paz interna de estos pueblos y a la paz mutua de las naciones. Les observé que en gran parte de allá nos venía el daño, porque al tiempo que el obrero latinoamericano gana ochenta centavos al día, el obrero norteamericano gana un dólar por hora, y por ello me parece evidente que deben pagarnos mejor lo que nos compran, para elevar el nivel de vida de nuestros jornaleros. Es diferencia de niveles de vida, es una fuente de inexorable antipatía de los unos y de compasión desdeñosa de los otros.

Mi tesis es la de que la tendencia humana instintiva no es hacia la sociedad proletaria, sino hacia la sociedad capitalista, porque nadie quiere ser miserable sino propietario. Encuentro, además, que la meta del jornalero y la del patrono, se confunden en una sola: el lucro. El artesano comprende que la empresa debe hacer ganancias para que él pueda subsistir; pero debe inculcársele, igualmente, por un sistema social como el que aconseja el catolicismo, que a mayor lucro de la empresa, corresponde mayor ganancia para él.

Los sindicatos son juguete de la política porque —como lo ha expresado el actual Pontífice— el proletariado se somete a la tiranía de quienes le ofrecen pan y seguridad, cuando los capitalistas no han tenido la ingeniosa justicia de ofrecerle al artesano un método para trocarlo en propietario. Cuando el asalariado de hoy, sepa que su meta próxima es la propiedad y no el solo salario, adquirirá los hábitos de sobriedad y el gusto de la responsabilidad, característicos de los que poseen. A un jornalero que no tiene nada que perder en el terreno de los bienes materiales, fácilmente se le olvidan sus responsabilidades de asociado y fácilmente se le embriaga con el alcohol de ilusiones que interpretan sus gustos de animal posesivo, son, por ello, conformes a la naturaleza del hombre, y parecen siempre a punto de cuajar en realidades esplendentes por injustas y antieconómicas que sean.

Ya sabemos que las compensaciones decisivas que mi sistema ofrece a los patronos, son la desaparición de los sindicatos y del derecho de

huelga; pero esas compensaciones sabemos que nada costarían al trabajador entregarlas, porque cada fábrica es un todo indivisible, un bloque sin frentes internos que se contraponen, y porque el jornalero-propietario, no entraría jamás en una huelga de carácter económico, con perjuicio de la empresa que lo hará capitalista mediante el doble proceso del salario familiar y de la participación en las ganancias. En cambio, a un simple asalariado, que sabe cómo el fatal arreglo de toda huelga le reconoce el jornal de su holgazanería beligerante y que protesta con justicia, contra el desequilibrio existente de los dos factores de la producción, es sencillo, elemental, comprometerlo con una huelga.

Los partidarios de la propiedad privada, los que sabemos que ella es canon del derecho natural, los que confiamos en su dilatada capacidad, conservadora de la familia, los que hemos estudiado su influjo sobre las pasiones y los hábitos mentales, queremos que la propiedad se reparta y multiplique, conforme a leyes que mantengan intacta la iniciativa de los más aptos y que, por eso, consultan por igualdad la economía y la justicia.

No solo porque estructuramos un itinerario hacia la sociedad capitalista, sino también como cristianos, lucharíamos contra los monopolios constrictores; pero precisamente por esas razones, somos partidarios de las empresas multimillonarias. Se ha puesto de moda hablar contra ellas, pero es preciso distinguir; si las poderosas concentraciones capitalistas se organizan con un criterio de absorción de la propiedad, el Estado debe amansarlas; pero si se forman con el criterio de convertir en propietarios a sus jornaleros, el Estado debe proteger esas concentraciones del poder económico, porque son la más rápida vía de acceso a la sociedad capitalista.

Los Estados Unidos son un pueblo invencible afuera y vacunado contra el comunismo por dentro, debido al inmenso poder económico de sus masas, posible por las fortunas colosales. Los progresos que aquí han hecho los obreros, los hacen en tejidos, cervezas, tabaco, porque las ricas industrias pueden permitirse gastos de mejoramiento económico, higiénico y social y aun desperdicios de dinero que no pueden permitirse las pequeñas. De suerte que hago claro, de una vez por todas, que el sistema que propongo es enteramente favorable a las grandes industrias colombianas y las estimula, a cambio de que garanticen a sus obreros el salario familiar y un sólido porcentaje en sus ganancias.

En verdad os digo, señoras y señores, que en Colombia por el sistema del salario familiar y de la participación en las ganancias de la hacienda o fábrica, llegaremos sin daño y en un período breve a una sociedad capitalista, tan avanzada como cristiana. Tomemos una empresa con mil trabajadores y con un rendimiento anual de un millón de pesos. El río de la producción se forma por la confluencia de capital y trabajo.

El yerro de quienes sostienen el derecho de huelga y el predominio fuerte de los sindicatos, se explica porque no toman el río de la producción en su origen, sino desde que aparece el islote o conflicto de los tributarios, separando en dos brazos aquellas fuerzas hechas para

fundirse en una. Como el aporte político de los dos elementos de la producción es equivalente, parece que las ganancias deben repartirse por mitad; pero el capital, además de su aporte político, toma la iniciativa y corre el riesgo, aportes ambos que en la vida de los negocios tienen retribución especial.

Con los números anteriores, podríamos distribuir el millón de ganancias así: setecientos cincuenta mil pesos para el capital y doscientos cincuenta mil pesos para los obreros. Pero como no podemos destruir las desigualdades de los hombres, ni desanimar el esfuerzo, inventiva y aplicación de los mejor dotados, y como por el hecho de laborar en la empresa cada trabajador revela haberse conformado a un mínimo de productividad, podríamos tomar una parte para ser repartida por igual entre todos los trabajadores; queda otra para premiar las capacidades individuales, lo cual daría como resultado que fuera de su salario familiar, que permite la subsistencia congrua de cada peón y su familia, dispondría anualmente de un ahorro substancial, que, a la vuelta de pocos años, le convertiría a su turno en un capitalista, listo a convertirse en unidad táctica completa desde el punto de vista económico. No creo que quien disponga de veinte o treinta mil pesos, prefiera seguir de obrero, a ser parte más sustanciosa de otro grupo capitalista o empresario en pequeño o hacendado de ambiciones sobre la tierra noble, preñada de esperanzas.

En los Estados Unidos el comunismo no tiene porvenir, ya que por el vehículo de los altos salarios, el obrero recibe una participación verdadera en las ganancias de la empresa; allí no hay propiamente clase obrera, porque el jornalero es clase media; pero lo que mi sistema busca no es el obrero-clase media, sino el obrero-propietario. En cambio, entre nosotros, el futuro del comunismo es tan grande, que ya su realidad invasora nos espanta y debemos sembrarlo en el sitio, rajarlo en dos, frustrando sus maliciosos planes.

La profesión proletaria de Colombia no es grande, y con cinco o diez años de pasarla por las empresas más productivas, la habremos convertido en población capitalista, que va dejando claros en las fábricas para que los llenen nuevos contingentes ansiosos. A fin de que no disminuya la cantidad de nuestra producción, ni su calidad se desmejore, el Estado debe abrir escuelas para obreros calificados que irían ocupando las vacantes.

Para que el obrero no despilfarre su participación, el Estado debe absorber el cincuenta por ciento de ella, para convertirlo en un bono de vías públicas que pague un interés económico para las dos partes. Si suponemos que las empresas de Colombia ganan ochenta millones en un año, tendríamos veinte millones para repartir entre los obreros y de esos veinte millones, diez millones los aplicaría anualmente el Organo Ejecutivo del Poder a obras públicas, además del presupuesto dedicado a las mismas y de los empréstitos que para ellas se contraten.

Esa aplicación de los ahorros obreros es justa, porque a medida que se aumenten las vías de distribución para los frutos de la tierra y de las fábricas, crecen las posibilidades de ganancia para todas las empresas. Al separarse el obrero de la industria que le ha permitido

hacer sus ahorros, el Estado recoge los bonos de obras públicas que le ha dado, reintegrando su valor al trabajador, que así deja de ser un asalariado, para convertirse en verdadero capitalista. De manera gruesa e hipotética tenemos, también, que si la población proletaria del país es de 400.000 hombres, cada uno tendría cinco mil pesos más cada año por la distribución de los veinte millones de pesos que corresponden al trabajo.

Así se llega sin sobresaltos a una sociedad capitalista menos imperfecta que la actual. Aquí, repito, que cuantas soluciones se inspiren en una supuesta pugna esencial y metódica entre el capital y el trabajo —como las corporaciones o el contrato colectivo, como la huelga y el sindicato—, debemos rechazarlas por mentirosas y artificiales, ya que los capitalistas y los trabajadores son condiscípulos en el aprendizaje económico y compañeros en la faena de crear riqueza pública. La fábrica funde en su bloque el interés de todos.

En todo caso, debemos prepararnos intensamente para resistir la amenaza comunista. Cuando el treinta de abril de este año, primero que nadie, hablé en Cali del peligro e invité a una alianza liberal-conservadora, se escribió que la amenaza comunista era "un espantabobos y era un embeleco" y esto con el solo objeto grandioso de aplastarme. Hoy las mismas columnas editoriales que así se expresaban, anuncian el riesgo que corre Colombia bajo el trabajo perforante del socialismo-democrático.

La conjunción liberal-conservadora para batir el comunismo, es la ley de nuestra historia, la inspiración del patriotismo y el justo desenlace de la tradición colombiana. La patria es hija del conjugado esfuerzo de conservadores y liberales. Ellos entrechocan, debaten, se pelean, mueren, se injurian y se reconcilian, para arrancarnos con su brazo de la nada y colocarnos bajo el sol de la historia. Digan los obreros ilusionados y los campesinos engañados, si entre los próceres a quienes debemos la emancipación hay uno solo comunista. Que digan si en nuestras guerras civiles, devastadoras y crueles, pero honrosas, hubo comunistas que lo expusieran todo y lo abandonaran todo por una patria mejor. Que digan si a este odioso recién llegado le debemos algo diferente de algunas lecciones de oportunismo que avergüenza —como la alianza con Hitler—, y si no es de su entraña de donde brota una irrestañable corriente de cólera que emponzoña a las almas. Ofrecen paraísos, es cierto, pero son de un rojo aserrín; su espíritu de fraternidad espuria, no es anuncio de conciliación, sino delegado del estrago, y si tendemos el cuello a su garra, se implantaría entre nosotros el totalitarismo más infeliz, porque sería soberano solo para esquilmarnos en beneficio de los comunistas extranjeros.

Aquí, en este sitio, señoras y señores, en la fiesta que Manizales ofrece al mérito de Rafael Salazar y al civismo de José Restrepo, pregoneros de la estirpe, es justo que notifiquemos que cada uno de nosotros hace el holocausto de los intereses de partido y de la vida misma, con tal de cerrarle el paso al comunismo, que es el enemigo del genio nacional, barro que no hermana a nuestra greda, amenaza presente a la herencia de los padres, el mayor peligro que corren nuestros hijos y profanación supina del pretérito.

Con avilantez que escalofría, los comunistas se apropian cuanto es representativo, heroico y constructivo en nuestra historia: Rafael Uribe es su tutor y aliado; Bolívar uno de sus precursores, y como ningún prócer se libra de la rapiña, los comunistas se apropian también a aquel Galán del Socorro, cuya mestiza cabeza de perfil escultórico, es la moneda que nos sirve para pagarle un primer contado de sangre a la libertad. Se trata de una inmensa y próspera empresa de traición que tiende un ala sobre el futuro y otra ala negra para manchar el pasado. ¿Los cómplices de esa traición estarán entre los que deben todo a sus padres conservadores y liberales? ¿Querrán seguir ventilando a muerte sus pasiones y las culpas de los gobiernos y los intereses electorales de sus compinches, debilitando el cuerpo maternal de Colombia y llenándolo de pestilenciales enconos?

Pues si lo hacen, traicionan al genio nacional que es fruto a medias del partido conservador y del liberalismo y responsabilidad común y albaceazgo exigente. Si la patria aparece comunizada, nuestros hijos señalarán con dedo acusador la tumba orgullosa donde repose, maldito y pelado, nuestro prestigio de la hora de ahora, que deshonramos con una política mezquina, excluyente, irracional y bárbara. ¡Pero no! Yo os juro que seremos dignos de las generaciones enterradas y de las generaciones en flor, porque somos tradicionalistas revolucionarios y somos el frente popular contra el comunismo.

Nadie se sorprende, ¡oh damas y caballeros! de que agite en esta ocasión y en este sitio, alguno de los grandes problemas cuya inspiración gobierna nuestros pensamientos. Después de cien desastres y mil adversidades en mi vida pública de hombre infortunado y orgulloso, he olvidado el lenguaje de la secta y he aprendido el idioma colombiano. Consumí los mejores años de mi vida en funciones cuya aridez espanta: fui uno de los artífices de la violencia con la pluma y en las plazas, pero declaro que estoy arrepentido de mi brillante contribución a la barbarie de nuestras maneras cívicas. Cuando renuncié a aquello y le volví la espalda al rumor de la esquila, a la manada, quedé solo y llevo varios años de madurez, dedicados sin amargura ni impaciencia a la más tierna fidelidad doctrinaria y a vivir mi armonioso destino, que es el anónimo transitar y la serena desaparición sin gloria. Tengo, pues, la quieta actitud filosófica de quien ya a nada aspira, porque sus ambiciones son un patético rebaño de sirenas de piedra. Invitado a un acto cívico, más alto que la ira de los partidos y de más sustancia patriótica que su glotonería, pensé que mi mansa independencia debía exhibirse como otra forma nueva, aun cuando tal vez inútil, de servicio público.

Aquí estoy, pues, sobre este adorado sitio de los Andes, y es Manizales un pedestal de tan limpia y sublime grandeza, que mis huesos parecen ensayar la rigidez metálica de las estatuas. Dijérase que en medio de vosotros, una múltiple inmortalidad me circunda y trasciende. Aquí la naturaleza por sus anchas alturas y sus profundidades claras, es una sugestión de lo eterno, un gráfico en cielo y tierra y canto y brisa y rosas de la sustancia divina del Creador. Descendiendo del páramo, la carretera se desenvuelve como la ondulante soga de un cam-

pesino celeste, arriero de montañas y enlazador de pájaros y estrellas; si se mira arriba, nos deslumbran los nevados, gibas de diamante del dromedario terráqueo, que voltea, sin término en la dorada oscuridad de los espacios. Las colinas en tumulto hierático, se pueblan de una mansa milicia de hondonadas, y sobre éstas y aquéllas hay una explosiva abundancia vegetal, cuyo milagro el caldense repite de generación en generación con su fatiga y su esperanza.

¡Y qué decir de la inmortalidad que brota imperturbable de vuestros cementerios! Allí están vuestros padres; discurrir por sus avenidas, transitar por entre una titánica alameda de arcángeles. Cada uno fulgura en vuestro corazón, como una centella en reposo. Aquí y ahora, sentimos su presencia de centinelas invisibles, tácitos y ardientes, que día y noche vuelan sobre la estirpe, no para custodiarla, sino estimulándola con la dinámica memoria de sus hechos sobre la pista de nuevas proezas colosales.

Y fue vuestro hombro, el vuestro ebúrneo, señoras, el musculoso vuestro caballeros, el que cuajó para siempre, con gracia gótica, en cemento, cuando fortalecido por la fe, alzó del suelo calcinado, deslizado y roto, una basílica de proporciones tales que con su delirante aguja enhebra collares de centurias para la garganta de las constelaciones! Y aquí, ¡oh manizaleños!, en este nudo de los Andes que adoro, me circunda y trasciende la realidad jubilosa del amor, porque mis hijos caerán de hinojos a las puertas de vuestra ciudad, en memoria de las entrañas angelicales que les dieron vida*.

---

* **El Colombiano, 16 de octubre de 1944.**

XII
JESUCRISTO Y LA CIVILIZACION

EL CRISTO DE RIBERA FRENTE AL CRISTO DE VALERIUS

Discurso en la Feria del Libro Católico en El Líbano, el 25 de marzo de 1945.

Es frecuente que el libro se inicie a la mirada del lector con una imagen, y ¿cuál debe campear en el libro católico y en la Feria del Libro Católico? Pues la imagen de Cristo, que nos consuela con sus pensamientos y nos ilustra e intelectualmente nos agranda con su piedad enorme.

Pero yo no os traigo ahora una imagen solamente. Os traigo dos: El Cristo sombrío del español José de Ribera y el dulce y luminoso Cristo de una protestante, convertida al catolicismo, la sueca Valerius, que sin experiencia artística, arrancó a su fe virgínea y férvida los dones de la paleta magistral.

Antes de escrutar las estampas, ya me he decidido por la segunda. En ella hay un estado de plácida gratitud, de sublime conformidad del hijo con lo que ha de venirle, bajo la especie de las espinas, las hieles y la Cruz, por el presentimiento de que la sombra atroz del Calvario lleva en su vientre de caverna una extraterrestre flor de nácar, una madeja de luz inexorable. En el Cristo de Ribera hay una horrorosa personificación de esta época, que clavetea nuevamente a Dios con su crueldad; en el de Valerius, se alza el futuro de la humanidad redimida por el dolor del llanto y por el dolor del hierro y por la palpitación de la sangre desnuda, en cuyos cuajarones trágicos no resbala el alma, sino que ellos son el ancla en que se afirma la divinidad de su origen.

Hoy vivimos el cuadro de Ribera con sus tonos de matadero a la media noche; pero mañana nos deslumbrará la alborada del Cristo de Valerius. Dijérase que el primero es la respuesta a nuestros pecados, al tiempo que el segundo resplandece en la lumbre de nuestras buenas acciones.

Pero es tan asombroso el poder de la imaginación creadora, que el Cristo de Ribera, con sus rodillas tronchadas y sus pies manchados de sombra y sangre, hundidos y tragados por el fondo espantable, parece la crisálida, el capullo de donde ha de brotar el surtidor de lumbre del Cristo de Valerius, anterior al Calvario.

La delirante carrera del Hijo no concluye en la Cruz, sino que allí inicia la era católica, apostólica y romana, que ha configurado nuestra civilización. El hombre se aparta con remordimiento de la figura retorcida, que se hilvana a los leños dolientes, y se consuela en la plácida efigie luminosa que nos muestra a la sagrada persona del Redentor en estado de transfiguración amable.

Miremos ahora el Cristo de Ribera. Obra de un pintor consumado, de experiencia larga y sólida, más parece la última actitud de una borrasca, que una silueta humana.

El reo, que —con clavos— fue allí fijado, no desempeña papel principal, porque dijérase que el verdadero protagonista es el fondo de un tremendo y dolido color negro-cárdeno. En él se apelmaza la sombra con profunda intensidad cavernaria; pero esa noche compacta y honda es como la capa de un oculto manantial de sangre, sugerido por difusos lunares rojos. El escarlata que aflora en el matiz apasionadamente nocturno, convierte la siniestra maravilla de ese fondo, en el escenario adecuado de lo que es, al propio tiempo, un holocausto y un triunfo, una redención y un sacrilegio, un monstruoso yerro cobarde de la justicia humana y el acierto milagroso de la Santísima Trinidad. Pero no; la fuente lacre que pone puntos y no vetas en la abismal lobreguez, tal vez no se halle bajo la capa negra, sino que brota del cuerpo maltratado y contorsionado de Cristo, porque el pincel de Ribera da a la piel un pigmento de inaudita violencia y parece que los poros asaetaran de sangre el fondo funeral, que se tiñe de espantable púrpura solemne, y no se dilata para que la Cruz y su Mártir se afirmen y destaquen, sino se cierra como torturante anillo, invade y se traga los contornos de la madera, abominable y sagrada, y esa roja oscuridad aprieta con tal vigor las fauces sobre la silueta desconyuntada de Dios, que la cabeza pierde sus rasgos para convertirse en una confusa maraña de agonía y de sombra, donde desaparecen los rizos áureos y donde la nariz escultórica es apenas un nacarado escorzo vago. El arte logra que la fuerza del color negro-cárdeno, absorba la figura adorable y supliciada del Hijo, pero dramatizándola hasta la exasperación, de suerte que la plegaria ante la celebrada imagen, produce escalofríos al alma.

Frente a ella, se impone el recuerdo de la estampa de Jesús que su autora, Valerius, llama "Cristo", pero que debe nombrarse, El Nazareno. Cristo, más que para el Hijo de Dios hecho hombre, es nombre que se emplea para las imágenes que lo presentan crucificado, y la pintura, en sepia, de Valerius, nos pone de rodillas frente a su noble hermosura de los treinta años, quieta en el arranque del éxtasis iluminados. Imagino que así debió aparecer a los hombres, al trasponer definitivamente la veintena, después del Jordán, vibrante en su carrera de hacedor de milagros y artífice de parábolas, en marcha hacia el holocausto. Alza tranquilamente la cabeza, bajo el peso de los bucles ardientes, en un leve esfuerzo que levanta los músculos de la garganta armoniosa; el oro trigueño de la barba, finge el otoño de su vida terrena; entreabre la boca sobre una cinta de luz densa y pacífica que viene desde arriba a picotear en los labios el aroma divino, y los ojos

de candor extrahumano, con las pestañas en un vuelo de alas, parecen absortos en el embeleso, no de la cruz del Viernes, sino de las palmas del Domingo.

Ese Nazareno de la sueca, es un astro que brilla inefablemente, solo, perfecto e inmóvil, sobre la nieve envidiosa de la túnica. Mirándole, la sangre se nos trueca en miel y el alma gira dulcemente como una abeja piadosa.

Y si es propio del libro romper con una imagen la pupila del hombre, a veces las épocas se simbolizan en una silueta representativa. Y si pensamos en el período que transita bajo nuestros ojos de espectadores atónitos y la época que esperamos que le suceda, entonces vemos bien que los dos Cristos, el de Ribera y el de Valerius, personifican tanto el presente tormentoso como el porvenir inmediato.

Una honda de sombras, manchadas de púrpura, rueda sobre la humanidad agobiada, que se hunde toda en un légamo cárdeno, en una noche de incendio. Hay una cosa blanca que le viste la cintura y se la ciñe; pero no se crea que es una nota de luz, sino la claridad mortecina de un girón de sudario con que las fuerzas del mal quieren inmovilizarla antes de arrojarla al sepulcro.

El Volga, el Oder y el Tíber son la cuna de nuevos sistemas abominables que no prevalecerán contra el espíritu cristiano del hombre. No habrá necesidad de que el Hijo vuelva de nuevo a nosotros para que su cuerpo sea escupido, azotado y supliciado, porque ya la memoria del sacrilegio supremo cometido con su Divinidad, basta para que nos sintamos deudores suyos siempre. Y serán los hombres, con la ayuda de Dios y sin despedazar de nuevo su carne de rosa, quienes encontrarán fuerza para redimir de la esclavitud política la inteligencia y la libertad.

En el fascismo y el nazismo, la civilización implantada por Cristo derrota todos los totalitarismos. Se habla de que el comunismo sobrevive a esta justiciera catástrofe de la barbarie pagana; pero esa herejía filosófica pueden ponerla a prueba los ejércitos rojos de todas las razas, para que vean que el Cristo de Ribera, el ultrajado y sombrío, no presidirá de nuevo época ninguna, porque se levanta solo para abrirle paso al maravilloso Cristo de Valerius, la estampa que se irá repitiendo en la bandera de las generaciones, a la manera como el sol va reproduciendo el mismo grado de la aurora de horizonte en horizonte.

Los partidos políticos que se basan en la adoración del Estado y que a él supeditan el individuo y la familia, son adversos a la inteligencia y a la libertad, es decir, son contrarios a Cristo, porque es la inteligencia atributo esencial del alma, que nos da la misma esencia incorruptible e inmortal de los ángeles y porque es la libertad que nos hace responsables de nuestras culpas y de nuestras buenas acciones. Somos hechos a imagen y semejanza de Dios y todo credo que se oponga al florecimiento de la libertad y a la marcha de la inteligencia, blasfema de nuestro origen divino. Quienes pretenden construir una teoría materialista de la vida, desembocan en el totalitarismo. Rusia es también tierra de humanidad y, a ese título, hija de la Iglesia. Si

allí se promueve una insurrección contra el Vaticano y ella se viste de tanques y usa aviones por cascos y bombas cohetes por lanzas y se arroja a conquistar el orbe, los hombres demostrarán que reconocen el sacrificio del Calvario representado por el Cristo de Ribera y que el misterio de la Redención es superior a la más potente de las maquinarias bélicas. ¿Aspira Rusia a la conquista del mundo para amaestrar salvajemente al hombre en la adoración de la materia? Será entonces destruida como lo han sido Italia y Alemania. Y si Rusia decide que su partido es el de la inteligencia y la libertad, habría demostrado entonces que aprovecha la enseñanza del desastre y que comprende que en Mussolini y en Hitler, también fueron derrotados Lenin, Sorel y Hegel.

De ahora en adelante solo habrá claridad. En uno de sus discursos postreros gritó Hitler que no era posible tratar con el Diablo, olvidando que el Nazareno lo encontró en su camino y subió con él a un monte y desde allí le fueron ofrecidos reinados estupendos, sin que la tentación hiciera mella en quien se hizo hombre para probarnos que somos superiores a la amenaza y al halago, al suplicio y a la apostasía y al dolor y la muerte y que el acero y la llama son servidores del cristiano inerme. Con el Diablo no puede hacer pactos el hombre endemoniado; pero al Diablo puede burlarlo y vencerlo el hombre bautizado. Hitler resultó vencido con un trágico harapo y habla para que su experiencia la tengan presente los dictadores totalitarios envanecidos por la gloria y el poder de sus ejércitos.

Frente a la época que se abrirá a nuestros ojos, instauremos el delicioso y consolador Cristo de Valerius. Sabemos que la humanidad será pía y no blasfema, que creerá en Dios y abandonará las tentaciones de Luzbel. Este solo ofrece una espada flamígera y su letal hermosura, al tiempo que nuestro Cristo despeja confines deslumbrantes en que el aire es claro, alígero y eterno, tan seco y tan rubio como la champaña.

En nuestro país ha realizado peligrosos avances una escuela política funesta que mira hacia el Kremlin. Esa escuela es nuestra enemiga; hemos dicho que la combatiremos al precio de la vida y nada nos hará desistir en el propósito de vencerla o de hacernos descuartizar por ella sin que imploremos perdón por nuestro desprecio. De las dos orillas de nuestra historia, de la orilla liberal, como de la orilla conservadora, se alzan gritos de alerta que forman un pabellón de espadas sobre el suelo de la patria, sobre la majestuosa y juvenil cabeza de la raza colombiana. Los liberales y los conservadores que prefieran el triunfo del comunismo a las mortificaciones de su orgullo, nos están traicionando con motivos innobles y ellos merecen ser coronados con la maldición que cubre de espinas la cabeza de los desertores.

Esta Feria del Libro Católico es nuestra promesa nupcial a la causa de Colombia, representada por su genio tutelar, que es fruto a medias de nuestros partidos históricos. La América entera es el épico estadio de la batalla que ya empieza entre quienes piensan que no hay más patria que Moscú y entre quienes juramos que solo a Colombia reconocemos por nuestra. Aquí, en esta libre y galante nación se librará parte del conflicto, aquí seremos protagonistas, y de nuestra frente

ardida hará su instrumento celeste la tormenta. Es hora de que nos abracemos a nuestros cementerios, para proteger nuestras cunas, de que icemos, como una bandera, nuestro corazón y de que prometamos seguir siendo fieles a la gran tradición política de la República.

Las ferias del libro son certámenes que aúnan la avidez de cultura. El mundo contemporáneo ha descubierto posibilidades inéditas a la propaganda y no hay escuela de pensamiento que desdeñe el uso de tan eficaz instrumento de contagio. Los católicos aprecian esa zona de lucha, como lo atestigua esta asamblea. Si fuera indispensable alguna demostración nueva de la superioridad del espíritu sobre la materia motorizada, bastaría con la reverencia que inspiran las ordenadas manchas de tinta sobre el papel inerme. Pero hay que golpear simultáneamente en varias direcciones y con fuerza creciente antes de que la bestia totalitaria se deslice sobre nosotros, para ahogarnos, al son de sus crótalos.

Con sencilla fiereza afirmamos que el cristianismo es padre de la inteligencia, porque batió la esclavitud y humilla el despotismo; porque es el curador apolíneo de la libertad. Y decimos también que no aceptamos como bueno ningún régimen político hosco a la iniciativa privada, intolerante con la personalidad humana, altivo con los humildes o humilde con los poderosos, inclemente con el proletariado o metódico enemigo del capital.

Estamos amenazados. La habilidad estratégica de los partidos que solo comprenden la estatolatría, inicia con éxito entre nosotros las primeras jornadas. Yo aprovecho esta ocasión para encarecer la urgencia de que se reúna un congreso antitotalitario continental.

Nadie que tenga la experiencia directa del hombre moderno es hostil o despectivo con la espléndida raza esclava; pero se puede ser —y yo soy— rusófilo, pero implacable con el totalitarismo, padre de estos partidos apátridas, de sistematizadores delirantes, de mezquinos filántropos, de materialistas sublevados contra la dialéctica incoercible de la naturaleza.

No es católico ningún partido político que aherroje la libertad y no permita el ejercicio de la inteligencia, aun cuando sus secuaces juren por Cristo, ya que Dios nos ha dado el libre albedrío, y creó el infierno, para corroborar eternamente que nuestra dignidad de especie responsable fue incorporada al plan divino del mundo. Si hay infierno, hay libre albedrío, y si hay libre albedrío, por mandamiento divino, el partido, cualquiera que sea su nacionalidad o su nombre, que confunda al Estado con una falange, fuera de la cual no hay posibilidades de acción, niega a Dios por el vehículo de la negación de la libertad. Ese partido puede hacer comunión en masa los primeros viernes, pero no es partido de católicos verdaderos, sino de católicos extraviados.

El oportunismo férreo de los totalitarios presenta las causas despóticas más repugnantes, bajo caretas de respeto a la religión; inclusive, asegura que sus afiliados pueden ser católicos; pero el verdadero cristianismo no puede caer en esa emboscada artera. En este libre país

no tenemos por qué buscar novedades forasteras, cuando al genio nacional se acopla tan hermosamente el carácter de nuestros partidos. Ambos deben crearle soluciones al tema público de los menesterosos; ambos deben crear métodos para hacernos a todos económicamente capaces y confortables; ambos deben comprender que el futuro es o de los socialistas totalitarios o del sistema católico, millonario en soluciones y grato a nuestra honrosa historia; ambos intuitivamente saben que la solución no se halla en convertirnos en una sola clase pobre, sino en favorecer la expansión de las ventajas capitalistas entre el mayor número de colombianos; y porque ambos conocen todo aquello, espero que ni liberales ni conservadores permitirán que el signo del porvenir sea el tremendo y angustiado Cristo de José de Ribera, sino el consolador y dulcérrimo de la sueca Valerius.

¡Oh Cristo! ¡No te crucificarán otra vez nuestras culpas ni nuestros errores! ¡Jurando por tu sagrado nombre cerraremos el paso a la barbarie de los que quieren sujetar a Colombia, de quienes quisieran remedarte, logrando solo profanarte!

XIII

EL GOBIERNO DE UNION NACIONAL

LA PATRIA NUEVA

Discurso pronunciado en el ciclo de conferencias radiales del movimiento de Unión Nacional, el 29 de abril de 1946.

Con el triunfo de Mariano Ospina Pérez el liberalismo de Alberto Lleras seguirá en el gobierno, porque nosotros somos continuistas. La Unión Nacional no es la empresa de hombres despechados, sino la faena y la promesa de patriotas esperanzados. Nuestra victoria del cinco de mayo no es la reconquista del poder, sino la aplicación del poder en beneficio de todos. Sabe el país que no caerá en manos de políticos tan hábiles que escamotearían la Constitución y sabe el país que no recibirá su compás de las patas mulares de la fuerza.

Mariano Ospina es un patriota inhábil para la política y para la violencia, apto solo para la creación en reposo. Su ternura por Colombia es la única de sus armas secretas.

Para hablar de todo esto y para sugerir bien la participación decisiva que tendrá el partido liberal en el gobierno de Ospina, solo puedo hacer una arenga poblada de soles y de escudos, mecida por un millón de banderas. Tengo que otear en los cementerios que abrigan las cenizas de los humildes e ignotos y de los que fueron esculpidos en la cara solemne de la historia. Tengo que llamar a Santander y a Bolívar para que ayuden a vestir nuestra voluntad ardiente y nuestra esbelta victoria divina y cordial. Tengo que hundirme en los subterráneos del pretérito antes de precipitarme, perdidamente, en las entrañas duras del pueblo para rasgarlas con las uñas y clavar allí nuestra verdad.

Nadie puede sentirse amenazado por el triunfo inevitable de Mariano Ospina Pérez; sus electores no son ni los ricos, ni los pobres, ni los medianos, ni los liberales, ni los conservadores: sus electores somos todos.

¡Todos! El proletariado le oye hablar de los riesgos de su salud y de su fatiga, como si diariamente participara en ella, siguiendo el atlético rastro de su esfuerzo. El rico toma en la experiencia de Ospina el pulso a los peligros de su capital y de él recibe inspiraciones para establecer el consorcio creador, en que comprende que parte tan sustancial

como él son sus obreros. Con Ospina ofrecemos al peón ventajas; al labriego, escuelas e higiene; al artesano, justicia, seguridad al que se afana, suda y ahorra, y a la clase media le ofrecemos redención. Tú, hombre de la fábrica que resoplas y te maltratas y jadeas entre los muros poblados de raídos y de olores violentos; tú, hombre del taller, que respiras una atmósfera de infierno y que te dueles en cada cicatriz o parado en tu andamio, de los tatuajes con que te marcó el infortunio; tú, que a fuerza de inclinarte humildemente hacia el suelo, en busca de los rotos fragmentos de tu esperanza, recogiste del polvo atormentado el azogue de la cólera que te mece y te altiva y te hace rugir como una amarga ola de mar, tiene en Ospina a tu camarada, porque él, por desvelarse sobre tus circunstancias y tus anhelos y tus penas, abandonó las comodidades y quehaceres de su posición para vivir como ingeniero pobre, y ha blandido el martillo y agarró la tenaza y se chamuscó la piel con el fuego que moldea los metales y se hundió en la negrura de los socavones inseguros y se rompió los dedos en las tuercas rebeldes. Vota por tu camarada, hombre colérico de la fábrica, por él vota tú, artesano desolado. El cree en la propiedad, él sabe que el pordiosero miserable es dueño al menos de sus zapatos rotos y quiere hacerte propietario, pero no en pequeño, sino dándote oportunidades para hacerte a una parte significativa de propiedad privada. El no te ofrece abolir a los propietarios, sino incorporarte en el gremio de los propietarios; él no te ofrece alimentar tus odios, sino saciar tu ilusión; no te promete hacerse tu cómplice en el crimen de una revolución, sino ser tu guía en una cruzada para hacer del trabajo una ciencia y del trabajador un pequeño sabio reposado, creador y triunfante.

Y tú, labriego, de dura mano vasta y maestra; tú, que haces llorar los rejos crudos y sonreír las flores y que revientas con tu hierro los aros negros que ciñen el vientre de la tierra; tú, que sabes hablarle al sinsonte y al buey; tú, que tienes por reloj el firmamento; tú, a quien despierta el ruido del último lucero al romperse contra el filo del día; tú, que eres el médico de la semilla, el acudiente de tu cosecha, el novio del agua, el padre de la mata de café, vestida toda como una desposada; tú, cuya crin tiene por peine el viento; tú, cuyos pies rajados, encallecidos y humillados son los dioses de la yerba virginal y altanera; tú, labriego de Colombia, sabes que vas a votar por Ospina Pérez que es tu protector y tu hermano.

Los problemas de la clase media son peores que los del campesino y el obrero. Los que agonizan enfermos de disonancia entre sus salarios y su ropa y su hambre; los que quisieran asistencia eficaz para sus padres viejos que se extinguen en sucias camas de hospital; los que necesitan vestido decente y alimento bastante para su prole; los que saben amenazadas por la tentación a sus hijas mal pagadas, mal tratadas, mal vestidas; los que cuando las ven llegar tarde les escrutan la ojera y les rehacen el peinado y les espían los sobresaltos del acento y la carrera de la sangre en las mejillas; los que son de origen puro y desean que esa ley de pureza se perpetúe en los de su apellido; los que quieren vengarse de la vida colocando a sus hijos en una posición que a éstos les permita realizar los sueños gloriosos y las divinas ambiciones que el progenitor acarició en la adolescencia, y las madres

que no tienen otro consuelo que el de su llanto ni más placer que sus plegarias; los inquietos, los intranquilos, los insomnes, los preocupados, los ansiosos, los pobres que viven en la ciudad y por ello son mil veces más pobres que los mendigos del campo, tienen en nuestro Ospina a ese benigno caudillo de la vida que esperan, como opuesta a la miseria, a la tristeza, al deshonor y a la vergüenza. Los hijos le gritan a Ospina: ¡Presente!; los padres, los familiares, el pueblo entero votarán por Ospina Pérez.

Sin distinción de solares políticos su gran nombre claro es acogido, porque todos saben que no queremos volver a la llamada hegemonía conservadora y que ciertamente no somos los hipócritas evangelistas de la conciliación; por servirla, estamos resueltos —de nuevo— a perderlo todo.

Al odio le juramos guerra desde cuando nos libertamos del sectarismo estúpido. Mariano Ospina Pérez representa la lucha implacable contra el fanatismo; por eso nos tipifica; de ahí que lo aclamemos candidato de la Unión Nacional.

Ningún pensamiento de partido nos acompaña; nadie envilece la circunstancia con deseos de represalia o de merienda; en esta oportunidad feliz no saludamos el pendón de una sola tinta, sino la bandera, el iris patrio entero, el que sirvió de mortaja a los parietales de Rafael Uribe Uribe y se obceca —como un tornillo— en los de Rafael Núñez, desgarrándolos; el que tendió caminos de púrpura en el roto pecho de Arboleda; el que prestó lampos de inmortalidad a la dura cabeza de Murillo y puso tornasoles diamantinos en la testa de Suárez y la porfiada de Carlos Holguín la incendió como un faro; el que sirve de trompeta a las arengas escultóricas de Rojas Garrido y de plumaje a las grietas volcánicas en la garganta de Concha; el que ondea en las hazañas de Pedro Nel Ospina; el que se hizo basílica en los escritos de Caro y en los de Valencia se alza como una hoguera de alabastro; el que descubrimos sacudiendo como un huracán la poderosa silueta de Mariano Ospina Rodríguez y ahora identificamos, sin esfuerzo, en el pecho de Lleras.

Ese pendón nunca pudo ser fragmentado ni siquiera cuando de su franja azul o de su roja franja —afiliadas por la muerte— se agarraron las tiesas manos sobrehumanas de aquellos héroes liberales y conservadores que cayeron segados en la llanura inclemente de nuestras luchas civiles.

Después de cada hecatombe, sobre esas tumbas, rehacíamos la concordia patria; porque no fue el odio la herencia que nos legaron los padres y porque el patrimonio que recibimos de los emancipadores es el legado que debemos traspasar, intacto, a nuestros nietos. Que los liberales pongan el oído en Palonegro; que los conservadores vayan a la Humareda o Peralonso, y en las propias tierras que los miraron como un montón de sombras que la derrota urgía, no encontrarán la rabia, la venganza, la iniquidad y la injusticia y la opresión y la crueldad y el rencor, reunidos en asamblea de espectros malditos. ¡No! Porque nuestros muertos amados, se abrigan —¡todos!— ¡con el estan-

darte que viste el cielo de Colombia con su uniforme de parada! ¡No! Porque esos muertos, tendidos sobre su negra almohada, hacen con sus rostros de huesos un gesto definitivo de perdón.

Y es por fidelidad al tácito legado de esos muertos, como queremos la concordia, la disputa benigna, nuestras querellas en paz... Id a sus familiares, a quienes les sobreviven, y preguntadles si desean que prorrogue su vigencia nuestra lucha feral y os dirán que al espíritu de partido le deben su duelo impostergable y su copioso llanto y que no quieren mezquindades nuevas como abono de sus pesares antiguos.

Por el horror de tantas desdichas como se abatieron sobre miles de hogares liberales y conservadores, queremos sellar con el escudo de Colombia esas épocas de sectario furor... Pero en forma alguna pondremos un sello de olvido sobre esas sagradas sepulturas; que esos adorables modestos reposen en sus cajas de pino con la gracia férrea de los paladines. Sus errores son nuestra experiencia; su sacrificio nuestro ejemplo; su inocencia de mártires nuestra droga, en esta soberbia jornada por la Unión Nacional. Ellos reconocen desde su observatorio estelar, que nuestra intención al servir esta política es pura y tan dura como el hilo de diamantes con que aureolamos sus cabezas.

Para representación adecuada de la fidelidad, los hombres han buscado símbolos absolutos; el conciso anillo de los esponsales, cerrado como un teorema; el sol que condecora de luces el vasto pecho de la tierra; el suspiro que es la respiración del alma; una mujer implorante y muda que supera en carne todas las palabras de Esquilo, y el ara del sacrificio, el bronce de las estatuas impávidas, los dos leños cruzados que nos esperan al final de la marcha, ahí tenéis el pueblo de símbolos con que honramos la fidelidad, creadora de inmortales y viático de quienes nos hundimos sin nombre. Y por fieles volvemos los ojos a nuestros camposantos para dialogar con vosotros los que caísteis al golpe aleve de la pasión fratricida; con vuestros esqueletos rotos estamos haciendo las columnas y los soportes de la Unión Nacional, ¡oh sacrificados, y el coro de triunfantes cornetas para nuestras dianas, son vuestras rojas heridas!

Nunca tuvo la conciliación oportunidades ni más seguras ni mejores. Hay un hastío de la secta; nuestras ideas y las muchedumbres colombianas son un monolito; un bloque solo, hecho de aureola metálica y de sustancia leonina y de clima sideral. Yo he visto en el Atlántico embravecido, bajo la lumbre extraterrestre de la tarde, alto e inmóvil entre el rebaño colosal de las ondas espumantes y oscuras, un peñasco enorme que perfora la tormenta con su impávida frente de basalto, al tiempo que alimenta sus raíces de fuego con el tuétano mismo de la esfera. A su imagen, la candidatura de Unión Nacional se alza en el caos político de la República, robustamente quieta, olímpicamente alzada, mientras sentimos que bajo nosotros reviven pretéritas raíces de confianza, de fraternidad, de bienestar y de amor, que se extienden por el subsuelo de la nacionalidad vivificándola, al tiempo que arriba, en el cielo, cribada y agujereada por nuestras plegarias y nuestras esperanzas, la tempestad se trueca en melódicas ocarinas, a cuyo soplo, los huesos de los abuelos arden entre el barro como fósforos

y la pupila de nuestros hijos se despliega con la fuerza de un ala, sobre el ancho camino del porvenir, rumoroso de gloria y de dolor.

Y ahora, señores y señoras, en honor del 5 de mayo, como anticipación de siete días a la hermosa victoria ineluctable, saludemos su traje... ¡la bandera! ¡Y qué bandera! Vino de **Las Queseras**, atravesó la llanura, requemada y férvida, tan fulgente sería que al contemplarla los cóndores desde su nido húmedo, verde, celestial y oscuro, graznaron espantados, temiendo ser reprimidos por dos soles; el viejo sol de arriba y el sol recién nacido que marchaba, como un león, por la honda planicie distante. Y al trepar, casi arrastrándose, ese tremendo estandarte por la montaña hosca y virginal, la Cordillera de América temblaba de dolor y de dicha, porque la estaba poseyendo, reptando por su lomo un rayo. Y cuando coronó la altura esa bandera, aterida de frío como estaba, sin cinta en la garganta y enmohecida el asta, hizo estallar la aurora sobre un horizonte inmenso, y la atmósfera opaca, mullida y de hopalandas, el gris de los horizontes próximos, no permanecieron quietos y muertos; dejaron de ser color de tedio y sepultura, para trocarse en creador arranque en principio de marcha, en perlado núcleo de un mundo que salía del caos y se forma, y el paisaje triste, al roce de nuestra bandera, se convirtió en un beso y germinante. Para hilarla y reconocerla, fueron agujas, espadas, lanzas llaneras e ideas inmortales por pintarla, se bañó en sangre la tez morena de Colombia, y sin divorciarse, se apartaron los colores que crepitan en la fogata azul del viejo firmamento. ¡Bolívar y Santander son los sastres que le dieron la ropa de nuestra victoria!

Mariano Ospina Pérez en el Solio de los Presidentes, corona la tradición y sirve de escabel al futuro; encarna el deseo de los tiempos, porque él se ha colocado en esa calle de la historia donde reside toda patria y una de cuyas aceras tiene ataúdes por ladrillos, al tiempo que en la opuesta las baldosas son cunas. Ospina es un acto de fidelidad con los contemporáneos y un acto de piedad con nuestros fundadores*.

LLERAS Y OSPINA

Con la jornada de ayer, el señor Alberto Lleras ha ganado un alto sitio en la mejor provincia de nuestra historia y coloca un laurel inmarcesible en la frente ilustre del partido que tiene el honor de contarlo entre sus prosélitos.

El primer deber de la Unión Nacional victoriosa es cincelar ese nombre en la memoria de piedra de las generaciones.

Este hombre joven, pero inverosímilmente maduro, alecciona a todos los estadistas contemporáneos de América. Construido económicamente por la naturaleza, sobre unos huesos largos, de frágil apa-

* **La Patria**, 2 de mayo de 1946.

riencia; sin grandeza muscular, ricamente dotado en el campo nervioso, es el depósito providencial de una grande y luminosa inteligencia, que al contacto de la responsabilidad suprema, se ha consagrado al común, demostrando en la capitanía de su pueblo, una agilidad, un valor, una pura dureza diamantina que ya lo hacen fulgir como un inmenso planeta en el cielo de nuestra historia.

Personalmente nada debemos al presidente, ni siquiera la más nimia e insípida atención social; estábamos predispuestos en contra suya, por la tenacidad que puso en exponer políticas notoriamente opuestas a las que practica; de otro lado, nuestro carácter es repelente a la adulación. Tales circunstancias le dan a estas lisonjas la autoridad moral de que intelectualmente carecen; porque al hacerlas, encarnan el voto de millones de colombianos que ayer sintieron, como nunca, la emoción de la democracia, del orden, de la patria.

La fuerza pública en manos de un mandatario imparcial es cautela bastante de la libertad y del derecho. La disculpa de que autoridades subalternas hacen posibles los fraudes que deciden la violencia en catarata, se ha quebrado. Lleras con sus hechos, afea diez y seis años de crónicas electorales que hoy transitan, como una pesadilla, por los caminos del recuerdo.

Cuando el señor Lleras entregue el poder al candidato de la nación, lo acompañarán las bendiciones y la admiración fervorosa de los contemporáneos.

Ese candidato, el Excelentísimo señor Ospina Pérez, tiene delante de sí una ardua y compleja tarea. Todos sabemos que este hombre de conciencia limpia, honrada y clara, es su propio dueño. Será inútil que la intriga o el vocerío o la impaciencia aturdida, traten de coaccionarlo. Las responsabilidades que asume son solamente suyas y debemos ayudarle a sobrellevarlas con gloria, mirándolo y respetándolo desde ahora como al Jefe de la Nación, que tendrá el poder en la mano y está dispuesto a mandar.

Desde hoy hasta el siete de agosto, se extiende un período en que cada uno debe dar la medida de su celo patriótico, de su desprendimiento, de su propia grandeza. Debemos ser los policías de nuestros hechos, los implacables gendarmes de nuestras palabras, los matadores de nuestros pensamientos y de nuestros deseos si no se avienen al compromiso que tenemos de servirle a Colombia antes que al partido.

El instante no es regocijado sino solemne; no es el momento de los gritos en desorden, sino el de las reflexiones colosales; no es la hora de la poesía sino de la cordura. Para ser dignos de nuestra suerte enorme, declaramos, sinceramente, que estamos llenos de humildad.

EL GOBIERNO DE UNION NACIONAL

Conferencia radial del 8 de marzo de 1947.

Señoras, caballeros:

Dimos muerte a los gobiernos de partido y hemos obligado a la oposición a suicidarse. No os hemos dado el infértil espectro solar, sino el clima prolífico del día.

El conservatismo, fiel a sus inspiraciones doctrinarias y atento a las experiencias de quince años inmediatamente anteriores, forjó un sistema sencillo de gobierno, en que solo había campo para afanes comunes, para patrióticas empresas. El sistema se profesa por su valor absoluto, es superior a los partidos, planea por encima de sus batallas, continúa su marcha si ellos lo aborrecen y abandonan, porque según él, la tarea administrativa es secundariamente política y primordialmente una lucha apasionada y grande por la defensa y la aserción de intereses colectivos.

El sistema no depende de la colaboración de los partidos como organizaciones sectarias, porque apela exclusivamente a la colaboración de los colombianos. Si un partido abandona al gobierno o si los dos partidos lo desamparan y combaten, el gobierno sigue, y no como se quiera, sino como lo hemos visto demostrado, como el mayor prestigio nacional e internacional de que podemos ufanarnos. Los liberales y los conservadores siguen siéndolo, pero solo hasta donde sus jefes no pongan en jaque este clima propicio a la civilización, porque entre el presidente y sus jefes se quedan con el presidente. Si los liberales creen que axagero, es fácil que sus directores hagan el ensayo y que propongan como plataforma, la lucha contra el régimen de Unión Nacional. Si lo hacen, los barremos.

Cuando propugnamos la nueva esperanza, entendimos siempre que ella no era el antifaz hermoso, la máscara hipócrita con que salíamos de caza electoral para conseguir el sufragio de los incautos; no. Cuando propugnamos la nueva esperanza, entendimos y entendemos que ella es el rostro desnudo, el verdadero rostro de nuestra política.

Afuera se mira con envidia este prodigioso ensayo de vida fraterna y se trata de imitarnos, adentro hay ese bienestar de las almas conocido bajo el nombre de democracia cristiana, que fue el anhelo atormentado de las generaciones pretéritas y nuestros objetivos de siempre.

Por conducto de su convención, de su directorio, de su candidato, el partido conservador le hizo a la República la oferta de un régimen de Unión Nacional. La belleza de la Unión Nacional, no es la de su piel inmaculada, ni la del soberbio molde de su carne, ni la metálica perfección de sus huesos; su belleza de escudo es la del perfil mismo de la patria que jamás decae; la belleza imperecedera de la Unión Nacional es su dulce moda de bandera. Es tan joven como la juventud, tan sabia y tolerante como la amable vejez.

Cuando os la ofrecimos, decid si os mentíamos. Si nuestras promesas no se cumplieron, lapidadnos; pero si nuestra palabra fue buena y si nuestros hechos tienen los quilates de nuestra palabra, votad por nosotros, elegidnos.

Lo que debemos estudiar es la conducta del Presidente de Colombia, ejecutor de la política ofrecida.

¿Puede acusarse al presidente de haber hecho política de partido? ¿Puede acusársele de haberse ocupado de la política, más bien que de la administración? ¿Puede acusársele de haber recordado a sus amigos

y de haber despreciado al pueblo? ¿Puede acusársele de haber hecho tabla rasa de las leyes sociales en nombre de la reacción? ¿Puede acusársele de haber temblado ante los ricos o de haber olvidado a los pobres o de obrar de modo que sus propios intereses mejoraran? ¿Se le puede acusar de pereza o de vanidad? ¿Ha sido insolente o siquiera indiferente con algún sindicato, grupo, interés o gremio? ¿Ha buscado bajas satisfacciones personales, o las altas del deber cumplido? Nadie osaría aventarle agravio ni lanzarle cargo, porque es público que algunas de sus medidas fueron dañinas en extremo para sus propios intereses.

El hombre de ahora tiene en las manos el poder, no ejerce el mando como si la presidencia fuera una sucursal política del partido conservador, sino como la agencia doctrinaria de nuestro bando. El pueblo lo quiere y lo admira, porque sabe que Ospina es el paje de la República, un peón de Colombia. El mejor adorno de su personalidad es la sencillez, y la marca de su obra es el patriotismo indeleble. Jamás habíamos visto un Jefe de Estado a quien sus adversarios respetaran tan apasionadamente.

Los meses transcurridos fueron generosos en dificultades variadísimas. La compleja faena de gobernar, se vio interferida por muy graves problemas sociales, económicos, políticos. El presidente ha trabajado sin fatiga, rindiendo equipos enteros de sus colaboradores, iluminado por un criterio que extingue las posibilidades de error, porque aprecia solo el interés común, en el campo de la buena fe y desde una altura despejada por el batir de alas de la historia. Ninguno de sus actos tiene las motivaciones frívolas o bajas o estrechas o inadecuadas del sentimiento personal. En ellos vibra la razón incandescente y se apagan las emociones. Este mandatario sabe que el partido conservador no delega, para mostrarle al país que un estadista educado según nuestras ideas antiguas y nuestras experiencias modernas, no es ni el jefe ni el soldado del partido que lo encumbra, sino un siervo de la patria, que cree en Dios, que ama al pueblo sobre todas las cosas y a la oposición como a sí mismo.

Elogio al Presidente Ospina con el temor de que los liberales logren que se me prohíba exaltarlo; mas todo será inútil, porque nada puede anular el hecho cierto de que el hombre nos pertenece, es uno de los creadores y el ejecutor de nuestro programa y es nuestro grito de victoria. Mostrar su retrato o su nombre no es una coacción y es contrario a la libertad impedir que los copartidarios de Ospina nos sintamos orgullosos de él.

Reconquistamos el poder para demostrar que nuestro brazo no es un verdugo ni un simple publicano, sino un ángel custodio. Las administraciones liberales, a excepción de la última, fueron hostiles al conservatismo, lo eliminaron de los cargos y de los honores. Durante muchos años ningún conservador fue nada. No hubo excepciones. Los presidentes le embestían al trapo azul como si fuera un trapo rojo. Nosotros no pedíamos contratos, ni honras, ni empleos; pedíamos garantías, anhelábamos un espíritu nuevo de conciliación... y tampoco

nos dieron ni garantías ni paz. Entonces sentimos que Dios nos armaba caballeros de la buena esperanza.

El tránsito de la oposición al Solio, lo hicimos sin una sola mancha y estamos ejerciendo el Mando sin un desfallecimiento en las promesas iniciales, resueltos a mantener nuestras palabras.

Lo esencial de nuestro juramento, es la Unión Nacional... Ahora bien. Si hay exclusivismo, retracción a un partido de las promesas y los dones, no hay Unión Nacional. Y es el caso que en agosto de 1946 encontramos los gobiernos grandes y los exiguos en manos de gentes de una sola clase política; de gentes que ejercían la autoridad con espíritu de secta. Secundariamente nuestro compromiso era el de sostener a todo empleado que cumpliera su deber; pero las vacantes, ¿cómo llenarlas con liberales, si la Unión Nacional es también para los conservadores? ¿O es que alguien cree que el presidente se avergüenza de ser conservador o busca solo el apoyo de los liberales? Los conservadores tienen quejas contra varios gobiernos locales. Estas quejas son justas. Todos deseamos que la Unión Nacional haga sentir a nuestros copartidarios la plenitud de su influjo benéfico. Personalmente yo no estoy satisfecho con el gobierno del Tolima. Pero debemos consolarnos, porque no es menos cierto que bajo el régimen liberal, nuestras circunstancias serían harto peores.

Resumiendo: El descontento nuestro se explica y entiendo que cumplo mi deber haciéndolo público; pero si se compara la República liberal con la República de Unión Nacional, estamos en el paraíso.

Sobre el resultado de las elecciones próximas, me limito a recordarle al país que todos los liberales, sin excepción, votaron el cinco de mayo, dando un total de 800.000 votos, y que hay dos millones de cédulas válidas. En cambio, los conservadores, afligidos, recelosos, escaldados, temieron salir a votar en infinidad de casos individuales y en casos colectivos tan notorios como los de Chía, Chiquinquirá y Pacho.

Hay una incongruencia evidente y sorprendente entre la campaña de la dirección liberal y la colaboración en el gobierno autorizada por ella. Si el gobierno es malo, ¿por qué autoriza la colaboración? Si el gobierno es bueno, ¿por qué a sus creadores los tacha de gentes reaccionarias y feroces? ¿Fue o no el cinco de mayo un triunfo inmenso del partido conservador? ¿Y los periodistas liberales no han aclamado las consecuencias de ese triunfo como benéficas para la patria? ¿Fue el cinco de mayo la victoria de gentes reaccionarias y feroces? ¿Por qué se saluda como fecha ilustre el cinco de mayo y se avisa como fatal para Colombia nuestro inexorable triunfo del 16 de marzo? ¿Los Ministros liberales creen que si el partido del Presidente triunfa el 16 de marzo, una época oscura se inicia para el pueblo?

Esas preguntas revelan, en su desnudez penosa, la incongruencia de los jefes liberales. Y cuando un partido vive permanentemente el absurdo intelectual, el pueblo le niega su voto y su confianza. La Dirección Liberal cree que es bueno lo que se está haciendo, carece de programa y, entonces, invita a sufragar contra nosotros, sobre la simple

conjetura de que si triunfamos se impondrá la reacción. Nosotros presentamos hechos, explicamos su causalidad, su estirpe, sus resultados; esos hechos son saludados con aplausos. Nosotros ofrecemos continuar su lógica, ir hasta la última de sus consecuencias. Frente a nuestros hechos, que son nuestro programa, el partido liberal forja una absurda conjetura aleve: La de que mañana seremos distintos y contrarios a lo que somos hoy. Por fortuna esta libre y honrada nación, sabe distinguir entre la realidad y la quimera, ama a los creadores de realidades benéficas y niega su concurso a los chismes siniestros.

Que el partido liberal ofrezca algo concreto, distinto a nuestras deformadas intenciones monstruosas. ¿Qué peculado hemos cometido? ¿Qué denegación de justicia? ¿Qué horrible acto persecutorio nos rebaja en la estima de nuestros conciudadanos? ¿Lo que ofrecen al pueblo es la rectificación de la obra adelantada por el Presidente Ospina? Entonces no tendrán su voto. ¿Lo que ofrecen a la execración popular son nuestros planes abominables? Que digan cuáles son esos planes proditorios. Mientras no prueben que esas maquinaciones reaccionarias existen, el pueblo en vez de otorgarles su voto, les mostrará con un cálido desvío que quien calumnia la intención de su adversario es objeto de merecida desconfianza.

Compelidos por una lógica sin blandura, los jefes liberales apelan a los hechos de sus gobiernos y dicen que tales hechos constituyen su programa. Distingamos ¿Es necesario el triunfo liberal para que haya colonias de vacaciones, justicia tributaria, sensibilidad social, espíritu de progreso? ¿Qué colonias de vacaciones ha clausurado el nuevo régimen? ¿Cuándo probó su desdén por el pueblo? ¿Puede acusársele de haber tergiversado la legislación tributaria o de ser impermeable a los derechos de la miseria? Para nada de aquello es necesario el triunfo liberal. Sin trabajo ni rubor, declaramos que somos continuadores de su obra en lo que tiene de racionalmente avanzado, y, con idéntica fuerza, reconocemos que hemos roto el espíritu con que eran aplicadas algunas leyes. Las sociales, por ejemplo, las aplicamos, no las modificamos, pero no hacemos sentir funestamente que son una venganza de los de abajo ni una concesión de los de arriba, ni un estadio para que la lucha de clases nos amargue y nos descristianice la vida.

El triunfo liberal sería necesario para que el eclecticismo, el escepticismo, el materialismo y el racionalismo continuaran su obra en las escuelas. ¿Quieren los padres liberales para sus hijos un ambiente cristiano, católico, en los sitios donde los educan? ¿Quieren las clases de economía y de sociología y de historia en labios de profesores ardientemente comunistas o hipócritamente socialistas? ¿Quieren a Dios para sus hijos, intensidad en las prácticas religiosas, filosofía católica? Si quieren hijos comunistas, que voten por la educación de los regímenes liberales, transaccional ante las opiniones demoledoras, ante la demagogia agnóstica, brutal y revolucionaria, debilitada por la superioridad que otorga a la razón sobre la Revelación. La obra del partido liberal en lo que toca a la orientación de los estudios normalinos y profesionales no la queremos, no es la nuestra, aborrecemos el pensamiento de que retorne y prospere.

Se habla de la cátedra libre. Entendámonos. Todo el que quiera hablar, exponer, vociferar, tiene abierta a Colombia como un aula. No perseguimos opinión ninguna. Pero en los establecimientos oficiales no se puede enseñar que el dogma es un miraje, ni que es verdadera la moral independiente. En cualquier pulgada de nuestro territorio, todos pueden enseñar escepticismo, positivismo, racionalismo; pero la enseñanza oficial asevera con pujanza que hay una Revelación, que el dogma existe en sí y como insuperable supuesto estratégico de la inteligencia para luchar contra lo arcano, que la moral sin sanción es un capricho bárbaro en vez del tatuaje divino, que fulgura, dorado al fuego en el centro de la conciencia humana. Para asear las escuelas y las normales y la universidad, pedimos votos de los padres de familia cristianos.

Las carreteras, los ferrocarriles, no tienen color político. Ni el Ejército. Hay más gente en el país y es más rico el Tesoro. El triunfo liberal no se necesita para comprar el material rodante a los ferrocarriles. Lo que se necesita es dinero. Y si recibimos más dinero, le daremos más tanques y aviones al Ejército, más armas a la Policía, haremos carreteras y ferrocarriles modernos, y los palacios los convertiremos en escuelas y los panópticos en salas clínicas del alma y los leprosorios en recuerdos.

Queremos el triunfo para abolir las dietas permanentes del Congreso; lo queremos para promover un verdadero y grande seguro social.

¿Sabe el público lo que propondremos? Pues bien. Yo propondré que toda persona mayor de sesenta y cinco años, que toda viuda sin dinero, que todo huérfano menor de doce años, y que todo obrero o empleado que se inhabilite permanente y completamente, reciban una pensión mensual que le impida morirse de hambre o humillarse o deshonrarse. Dadnos la mayoría y ofreceremos a cada colombiano que lo merezca y lo solicite, ese fondo de seguro social.

Al conservatismo le preocupan el tipo atrasado de nuestra economía, los salarios bajos, la vida pordiosera del pueblo colombiano, que vive en la inopia sobre un subsuelo millonario y un suelo generoso. Las gentecitas de izquierda creen que nos aterran sus alaridos demagógicos, quebrados como haces de esparto contra la torre de nuestro patriotismo solemne que la Iglesia corona de plegarias.

Somos enemigos del imperialismo, cualquiera que sea su careta. Que la charla vana de los demagogos no engañe al pueblo. Es nuestra decisión mineral servirle de escudo a la riqueza de la nación, proteger nuestras industrias y nuestro material humano, que será excelso, si lo alimentamos, lo medicamos, lo educamos, según sus circunstancias y como lo merecen sus antepasados y sus sueños. El enemigo de nuestra economía, semicolonial, no es el comunismo oportunista y sin patria; el enemigo del imperialismo político y económico, somos nosotros, los vástagos de la tradición materna, los orgullosos herederos del genio nacional.

Hace poco, recorrieron el país los jefes liberales. Fueron sus alocuciones un despliegue de sofismas crudos. Si nosotros hubiéramos comparado en 1930 el país que entregamos con el que recibimos en 1886,

habríamos cometido una injusticia doblada de una estupidez. ¿Cuántos kilómetros de carretera y de ferrocarril recibimos al final del siglo? ¿Cuántos entregamos en 1930? ¿Cuántas escuelas, cuántos alumnos y maestros entregamos en 1930? ¿Cuántos recibimos en 1886? Interrogaciones semejantes a éstas hemos escuchado ahora. Se han comparado las escuelas que había en 1930 con las que recibimos en agosto de 1946. ¿Por qué Darío Echandía, autor de esos contrastes, no comparó las canas que tenía en la cabeza al iniciar la marcha hacia el poder, con las que ennoblecen su testa al regreso de las embajadas? ¿Por qué no dijo cuántos árboles han crecido entre 1930 y 1947? Ciertamente nos jactamos poco de lo que el tiempo hace por nosotros, ya que encontramos de mala fe atribuirnos el hecho de que el sol gire, de que un año suceda a otro, de que las repúblicas progresen al soplo de las invenciones.

Bajo nuestro imperio, se impusieron dos cambios colosales: El del espíritu caribe por el espíritu cristiano en las relaciones de los partidos y cambiamos el espíritu del centavo por el espíritu del millón, que impusimos con ese titánida que respondió al nombre de Pedro Nel Ospina.

Desconocer el impacto de las décadas y el influjo del mundo circundante, es disculpable apenas en quienes bajo un presidente se hacen cómplices de todas las maniobras de la Fedenal y bajo el presidente inmediatamente posterior se altivan contra la Fedenal. El señor Arriaga Andrade hizo una serie de preguntas a base de este estribillo: ¿Ahora es lo mismo? Qué diría el conferenciante si la Fedenal lo interrogara para preguntarle: ¿El Ministro de Trabajo de López y el Ministro de Trabajo de Lleras fueron uno mismo? O qué diría si se le preguntara: ¿El desarrollo industrial de Colombia en 1930 y el de 1946 son uno mismo? ¿La complejidad de nuestra vida económica y financiera en 1930 y en 1946 es la misma? ¿El volumen de las masas proletarias en diez y seis años es el mismo? ¿Los Presupuestos Nacionales de 1930 y el de 1946 son uno mismo? No puede razonarse con buena fe cuando se pide que un Ministerio dotado con dos millones parvos edifique y obre como uno que tiene veinte millones opulentos.

Cuando se pregunta si el año del ruido es el mismo de los cuatrimotores, se desliza una bobería majestuosa disfrazada con el método socrático de los interrogantes. En cambio, el partido conservador puede afirmar que con trescientos cincuenta millones de pesos que gastó en cuarenta años, hizo relativamente una obra que no tiene por qué avergonzarse de la realizada por el liberalismo en diez y seis años con mil quinientos millones de pesos. Precisamente porque bajo el régimen liberal no es lo mismo que bajo el partido conservador, se cayó el primero. No es lo mismo el señor Ospina Pérez, inspirando en las fuentes pontificias su doctrina social, que el mandatario que no se inspira sino en las circunstancias para transarse con los elementos comunistas posesionados de los sindicatos. Ciertamente, ahora no es lo mismo: Frente a las huelgas políticas, no abrá claudicación. Frente al comunismo altanero, no habrá transacción. Frente a la miseria irredenta, no habrá demagogia sino ayuda y comprensión.

Ante la extraña actitud del liberalismo, forzosamente he de narraros, en el estilo del profesor López de Mesa, la patética historia de la Euménide equivocada, título de una deliciosa crónica de cierto autor inglés. No olvidéis que Euménide, Furia y Erinia, son la misma cosa. Creo que no quebranto una confidencia, caballeros. Pero es el caso que uno de los ministros liberales, que tan patrióticamente acompaña al presidente, acongojado por estas contradicciones acerbas, quiso atraer el sueño releyendo en su idioma original Las Euménides de Esquilo. Desde entonces, una fantasmal presencia se hizo visible al lado suyo, en el rumor de la hoja y en la quietud de las cosas animadas. Súbitamente aquella molestia sobrehumana se hizo mujer en la persona de una criatura multisecular, especie de gitana vieja, vestida de negro y rojo.

Por huirla, sube a su automóvil y ordena que se dé rienda suelta a los ciento veinte corceles del motor, sobre la superficie de concreto; pero en plena ruta, y cuando más veloz fue la carrera, ve a su lado a aquella criatura ultraterrena que le dice:

"¿Esperabas escapar en tu carro de hierro y humo a la Hija de las Edades?" El ministro respondió dignamente:

"No tengo de qué huir: ¿Por qué me sigues?".

La Furia responde: "Porque soy una de las Euménides y desde el principio de la primera noche del mundo ha sido privilegio y misión de la hermandad de las Erinias, perseguir a quienes mancharon sus manos con la sangre de su padre".

"Yo no he dado muerte a mi padre. El vive tranquilamente en Sutatenza, que es muy buen clima. Hoy mismo he recibido telegrama en que me felicita por el ministerio".

Ella responde: "La palabra de un asesino nada vale".

Aterrado el alto funcionario la interroga: "¿Y qué haras conmigo?". Ella le contesta: "Te perseguiré día y noche hasta cuando te maten los remordimientos, luego te devoraré". Mostró luego las horribles fauces abiertas: En las encías marchitas, de un color de pizarra, se engastaba la dentadura hermosa y voraz de una joven pantera.

Al regresar a la ciudad puso telegrama a su padre preguntándole por su salud para salvarse de su verduga, que lo acompañó a todas partes, que entró a su casa y recibió la lumbre de su claraboya y ocupó su sillón preferido, musitando maldiciones, mientras miraba la hoguera de la chimenea, como si interrogara en la ardiente caverna de las brazas, los oráculos del Destino.

Cuando en la alta noche trata de introducirse la Euménide en la alcoba del ministro, éste se ruboriza, salta del lecho y le increpa su descaro. La Furia ríe su carcajada de calavera y le dice: "No es tu amor lo que me interesa: pude ser la tatarabuela de tus abuelos, pero mi deber es turbar tus noches, impedirte conciliar el sueño".

Al día siguiente, recibe un telegrama tranquilizador de su padre y aliviado, va a mostrarlo a su tirana al tiempo que él pregunta:

"¿Nunca te ocurrió pensar en que pudieras equivocarte?".

"Las Erinias no se equivocan. Yo no me equivoco".

"Pues toma el telegrama y léelo".

Pero ella era anterior a la imprenta y a la pluma de ganso y al papiro, era analfabeta; y colérica dijo:

"Cuando las furias leen, lo hacen en el corazón de los hombres".

"Pero sí hay una cosa que se llama telegrama y he recibido uno de mi padre".

"Nadie envia ni recibe mensajes de la tumba".

"No está en la tumba, sino en Sutatenza".

"¡Ah! ¿Con que niegas tu crimen?".

"Pues te traeré a mi padre".

"¡Asesino! Te doy una semana".

Pasan los días de aquel plazo y las horas borran cierta aspereza en las atroces relaciones del ministro con la oposición liberal. Aquel, una noche pregunta a la Euménide:

"¿Nunca pensaste en renunciar?".

Y ella responde:

"Sería cobarde: Todas renunciaron pero yo hago el papel de todas. ¿Qué sería de la moral del mundo sin mí?".

"¿Por qué no dejas tu misión a los jueces y a la policía?".

"Porque durante 45 años fueron prevaricadores".

En la biblioteca ella descubre un Hermes de Praxiteles y pregunta al ministro letrado:

"¿Dónde están ahora los olímpicos?".

Y el ministro le informa:

"Están muertos".

"¡Qué! ¿Muertos Poseidón y Palas, Zeus y Datona? (¿Santos y López, Turbay y los Lleras?) Los Olímpicos eran vanidosos, es justo que la Euménides los hayamos sobrevivido. Y ¿Apolo? (Gaitán), el ¿Rubio Apolo?".

El ministro responde: "Es el único que alienta: Vive como un chisporroteo en la mirada de la modista que sueña; como una flauta en los labios de los encantadores de culebras".

Al concluir el funcionario, golpean a la puerta y es su padre vivo. La Euménide comprende. Ya no sirve, el mundo le queda clausurado, debe retirarse porque las Erinias no se equivocan y ella es una Furia equivocada. Entonces, en un supremo acto de vitalidad, dando un brin-

co enorme, se precipita locamente por la alta claraboya y la brisa de la noche la arrastra y, con ella, su último gemido funeral de anciana, de mujer y de fiera.

En esta oposición sin bases ni programa que está mecánicamente de pies, vemos reproducirse a la Erinia equivocada, a esa Furia en decadencia, cuya patética historia acabáis de escuchar. Ella acusa a alguien, a muchos y a todos, de haberle dado muerte al liberalismo, que está en las calles, vivo, tranquilo y poderoso, desmintiendo a sus jefes, aclamando al presidente, respaldando a los ministros liberales.

¿Qué va a hacer la Euménide, la oposición, si la realidad indeformable prueba que el Presidente Ospina tiene las manos limpias y que las de nadie gotean peculado, fraudes ni negocios, ni están manchadas de sangre?

¿Qué hará la oposición, cuando todos la respetan, nadie la persigue y ultraja, cuando nada real puede ofrecerle ni decirle al pueblo?

¿Qué hará la oposición, que solo podría reprocharnos estar sitiada por nuestro respeto, nuestra amistad y nuestra admiración?

No sabemos qué hará y yo comentaría un homicidio por imprudencia, recordando a la Erinia avergonzada y demente, que con un salto soberbio, rompió la alta y hermosa claraboya, para lanzarse en el aire, despedazándolo con su alarido postrero y que no amortajó la noche con el cristal de sus lágrimas, porque sus viejas pupilas paganas carecían del cristiano don del llanto, sino con cenizas, calcinadas por el odio, ennegrecidas por la trágica desesperación de la impotencia*.

UNA ACTITUD INNOBLE

En momentos en que piensa salir del país el doctor Laureano Gómez, por decisión espontánea y soberana de su voluntad, se desata contra él, en la prensa liberal, una campaña acerba por parte de quienes lo suponen caído. Precisamente esa circunstancia, invocada precozmente, amordazaría la pluma y la lengua de un hidalgo. Si está caído el señor Gómez, ¿por qué injuriarlo? Si no está caído, ¿por qué decirlo? En el primer caso se falta a todas las reglas de la elegancia y de la guerra. En el segundo, se desfigura maliciosamente la realidad.

Nadie ignora que cuando este coloso admirable estaba en la plenitud de su prestigio, lo combatí sin fatiga y que jamás he rectificado esa política, ni he pedido perdón por mi actitud. Nunca, desde luego, hice cargos contra su honra, por dos razones: porque no había ninguno que hacer y porque solo en estado de legítima defensa apelo a esa drástica cirugía. Los amigos y familiares del doctor Gómez saben que es verdad lo que aquí afirmo y todo el país conoce que vine al Congreso contra la

* **El Colombiano,** marzo 9 de 1947.

explícita voluntad del hombre extraordinario, sin que yo hubiera vertido jamás, en la Cámara elogio ninguno favorable a su gloria o que supusiera una retracción de mi parte. El señor doctor Gómez aplicó en contra mía todo su prestigio y despedazó mis itinerarios, sin que él, tampoco, haya rectificado su actitud frente a mí. Tengo, pues, autoridad insustituible y única para elogiarlo y para defenderlo, cuando ya no quiere proseguir en la lucha ni dar nada.

Acusar de cobardía al jefe conservador es una mistificación sin paralelo. Durante muchos años de acción parlamentaria, las turbas frenéticas trataron cuotidianamente de asaltarlo. En una ciudad de tan abrumadora mayoría adversa y que ha dado pruebas de cierta eficacia en la violencia, el desafío metódico y altanero que este hombre le hacía es una de las más escalofriantes hazañas. Su heroísmo civil se magnifica si se tiene en cuenta que muchas veces le faltó en sus campañas el unánime apoyo de sus más respetados consejeros. Lleno de claridad interior, avanzaba sobre la ruta escogida, a la intemperie, sin mirar a los lados ni atrás, impertérrito como una estatua babilónica. De tal manera aterró a sus adversarios, que nadie duda de que los señores López y Santos se abstuvieron de fomentar la división conservadora, a pesar de que en ella habrían entrado hombres soberbios y pulquérrimos, para no acrecer la sobrehumana capacidad combativa de este león que ni está cansado ni huye, aun cuando parece descubrirse en él una justa voluntad de reposo. Las ventajas de esa división las juzgaron inferiores al daño, multiplicado por la cólera que podía hacerle Gómez al régimen liberal. Con las solitarias excepciones de Olaya Herrera, de Luis Cano y de Aníbal Badel, no hubo liberal que no temblara de miedo físico ante éste que ahora se califica de cobarde por parte de quienes podrían consultar su fallo en la cordillera que alzó el gigante con los huesos de parlamentarios y ministros sobre el "alma líquida de la muchedumbre" amenazadora y rugiente como un océano atormentado. Nadie logró jamás detenerlo en el camino de denunciar una falta —supuesta o verdadera—, ni fuera ninguna, hostil o amiga, intervino en el término que pusiera a sus campañas.

Nadie le ha conocido un momento de flaqueza frente a sus propios amigos. Esa dureza de voluntad metálica tiene como réplica un corazón sin desfallecimientos sentimentales. No ha sido cordial ni siquiera consigo mismo. De todo se le podría acusar menos de cobardía. Que lo digan favoritos y adversarios. El cargo es inicuo y por eso ni disminuye su tamaño histórico ni afea su carácter de caudillo.

Pero aquella dura impavidez se alía misteriosamente a una magnanimidad sin segundo. No vaciló en reanudar amistades con quienes había combatido, si lo exigía el interés público tal como él lo entendía. Entre muchos ejemplos que pueden aducirse de esa condición o calidad excelsa de su espíritu, ninguno tan edificante como su renuncia a la candidatura presidencial ante la convención de mil novecientos cuarenta y cinco. A tal punto era unánime la voluntad de sus copartidarios, que precisamente yo tenía lista la proposición en que se proclamaba. Está fuera de sitio exponer los motivos que a ello me inclinaba. El hecho cierto es que en la historia del país solo existe ese caso de un

hombre político a quien la totalidad de su partido aclama candidato a la presidencia y ni siquiera da tiempo de que la proposición se someta a debate, porque con sencillez y sin esfuerzo, de manera rotunda e indubitable se niega a considerar siquiera posibilidad semejante. Fue aquel un "gesto altivo de inmortal gentileza".

Ninguno de sus contemporáneos recuerda un prestigio de mayor vitalidad que el suyo. No solo porque hoy existe, vivaz y juvenil en la adhesión de sus copartidarios, sino porque arranca de 1911 y gobierna la escena desde 1932 para acá, en forma tan absoluta, que los otros grandes personajes de estos años, pasan a la reserva o a la muerte, se eclipsan para reaparecer disminuidos, al tiempo que Laureano Gómez es en el centro del escenario más bien que un hombre un peñasco en torno del cual se agitan los primeros actores como si fueran comparsas.

Hablar de sus errores es muy fácil. Injuriarlo carece de grandeza, no porque esté caído sino porque la zarpa leonina está en descanso. En uno de mis discursos en contra suya, dije: "Sé que este hombre tendrá estatua y desde ahora me ofrezco para inaugurarla". Jamás pensé en que la insigne torpeza de sus detractores me obligara a recordar aquella certera profecía, más evidente a medida que el sol avanza en su carrera.

Este supuesto acusado, ese ciudadano a quien se califica innoblemente de fugitivo, no solo ha resistido la calumnia, el ataque político de hombres intelectual y moralmente autorizados para combatirlo, la carga de los propios, que es siempre difícil de sobrellevar, sino también otra, la que dobla como yerba seca la espalda de los muertos. La carga del tiempo, de las décadas y de los siglos, porque Laureano Gómez será uno de nuestros inmortales, y su nombre será pronunciado con respeto por las generaciones cualquiera que sea la duración de nuestra patria y hasta el último límite de la historia de Colombia*.

EL 9 DE ABRIL

Discurso pronunciado en el homenaje ofrecido en el Teatro Colón en desagravio al Santo Padre y a su Nuncio en Colombia, el 8 de julio de 1948.

Excelentísimo señor Nuncio Apostólico:

Los Reverendos Padres Jesuitas han querido rendiros un desagravio solemnísimo, con motivo de los atropellos innobles y deliberados de que fuisteis víctima en vuestro doble carácter de hombre ilustre y de Mandadero de Su Santidad Pío XII. Cuando se me invitó para hablaros, se pensó, de seguro, en mi fidelidad avasalladora al Santo Padre, y me mueve también, para estar aquí, el doble motivo de mi admiración por

* **La Patria**, 24 de mayo de 1948.

vuestra soberbia inteligencia de grande italiano y la defensa de esta República manchada por la empresa de asalto de quienes os buscaron en fecha tan luctuosa como memorable.

En lo nacional, el nueve de abril es una trampa de donde sale la patria con los miembros rotos y con el corazón desfallecido. Pero el significado de ese día es más amplio. El nueve de abril no es un sobresalto misterioso de la historia, ni el supliciante espasmo de la opinión ante un hecho abominable, ni es, tampoco, eslabón sin cadena o efecto cuya causa ignoramos. El nueve de abril es un episodio del duelo entre el Vaticano y el Kremlin; es un fragmento y es un aspecto de la guerra del Anticristo contra Cristo. ¿Por qué los francotiradores hicieron de la sotana su disfraz? ¿Por qué se aplicó fuego a las capillas católicas? ¿Por qué se persiguió al clero y por qué hubo sacerdotes degollados? ¿Por qué la residencia del Venerabilísimo Arzobispo Perdomo fue calcinada? ¿Por qué la mansión del representante personal del Sumo Pontífice es hoy apenas un recuerdo, y por qué sabemos que el Nuncio de Su Santidad habría sido muerto si se captura e identifica por los revolucionarios? Hay en el mundo un partido que expresa la esencia de su programa con actos irreligiosos; pero ciertamente ese partido no es colombiano, porque aquí ruegan en los templos católicos por el alma de su jefe los caudatarios del asesinado.

Aquellas circunstancias tienen tal evidencia íntima, que la tesis solo puede controvertirse, aseverando que en Colombia hay un partido, vinculado a nuestra historia y a nuestra gloria, que propone y practica un programa de violencia contra las cosas y las personas que —simbólicamente— tipifican la Iglesia. Pero yo no veo entre nosotros ese partido que busca específicamente atacar los conventos de mujeres inermes, que escoge, entre muchos objetivos, la sede arzobispal para incendiarla y el Palacio de la Nunciatura para borrarlo de la acera y para asesinar a su noble posesor. ¿Qué partido en Colombia tiene interés en darle muerte a los embajadores papales? Yo no sé que tal partido sea colombiano, exista como cosa nuestra entre nosotros. El dilema es claro: Si el nueve de abril es obra del genio nacional, deberíamos cargar con la responsabilidad aciaga de haber crucificado nuevamente a Jesús; si el nueve de abril no es obra de nuestro genio nacional, entonces, la culpa de los crímenes contra las personas y las cosas sagradas recae sobre los cripto-comunistas que nos afean la vida y nos "entristecen el azul" con su presencia en nuestro medio.

Los defensores de los bandidos, de los ladrones, de los incendiarios, son retrógrados y cavernícolas que se limitan a faltarle el respeto a la civilización; pero los escuderos de quienes arrasaron objetos especialmente santificados, son comunistas, pertenecen a los ejércitos del Anticristo, no pueden sostener la tesis de que la horrible muerte de mi excelso amigo Gaitán es causa explicativa de que el Nuncio deba ser atacado y el de que el Palacio Arzobispal sea saqueado. La violencia contra los adversarios políticos se explica porque la estúpida pasión los señalaba como autores de la repelente empresa homicida. Pero caerle a los Arzobispos de Bogotá y de Damasco para demoler sus casas y, seguramente, para matarlos si se les captura, no es efecto congruente con su causa o adecuado efecto del crimen lamentable. El que sostenga

que porque se dio muerte villana a un interesante conductor había que pillar las monjas y saquear mansiones episcopales, es cripto-comunista, pertenece a las milicias del Anticristo.

Quiero explicar por qué hablo del Anticristo. Teológicamente el Anticristo no solo puede ser, sino que probablemente es una escuela de pensamiento, un partido político en disonancia metódica, trascendental y armada con la Iglesia Católica. ¿Las señoras excelentísimas y los esclarecidos caballeros que me escuchan, perciben hoy en el mundo la presencia de una escuela de pensamiento o de un partido que pretende esas condiciones? ¿Estaremos ya en presencia del Anticristo? ¿Estos años pretéritos han sido de bienandanza, o de estrago, de rencores o de conciliación, dulce o amarguísimos, de guerra o de paz? ¿Las tendencias actuales de la especie son constructivas o demoledoras?

Hemos descubierto el átomo y el cerebro humano ha de ir más aprisa que el átomo y ha de inventar el modo de contrarrestarlo. Todo cuanto descubrimos lo habíamos dominado; pero el dato de la radioactividad explosiva, parece haberle puesto un límite a nuestras hazañas. Las tendencias actuales de la especie son demoledoras a pesar de su aparente designio constructivo, porque hemos estimulado energías cuyo peso nos aplasta. La inteligencia humana abdica para cederle el puesto a los cerebros mecánicos. La bomba voladora que se mueve a razón de ocho mil metros por segundo, hace inocuo al hombre, destronado por un supercalculador que efectúa quince operaciones por cada metro de viaje del cohete, es decir, que cuando el implemento letal recorre en un segundo ocho kilómetros, tenemos que suprimir nuestro raciocinio y apelar a la materia para que mida la materia, porque solo la materia alcanza al cohete y lo supera haciendo en un segundo ciento cuarenta y seis mil operaciones aritméticas mientras la bomba voladora en el mismo tiempo solo hace un viaje de ocho mil metros. Hay máquinas de calcular que de manera simultánea e instantánea, es decir, en menos de un segundo, mezclan quince mil guarismos con los cuales hacen cuarenta mil operaciones, en menos tiempo del que el hombre emplea en pronunciar la palabra **uno** en cualquier idioma, por abreviada que sea su fonética. ¿Qué cerebro humano podría realizar esas lógicas adiciones de números a una velocidad millares de veces superior a la del pensamiento?

Hemos desencadenado fuerzas que exceden nuestras potencias de ángeles engastados en fango y limitados por él. La raza humana marcha hacia su destrucción, con el acompasado peso ineluctable de un funeral castrense. Los signos del horror manifiesto, rayan la cúpula de la historia, incendiada y vibrante de relámpagos. El hombre se agita, desesperado, en un ámbito mortal de angustia irresistible, de duda que le desgarra el sistema nervioso y le horada la cabeza. En todas partes, lo que parece una hendidura, se convierte en la devoradora fauce de una brecha, y lo que calificamos de filtración, logra instantánea magnitud espantable, se trueca en catarata arrolladora, en desbordamiento incontenible que todo lo barre y anonada.

En medio de estas dificultades colosales adherimos nuevamente a Cristo, Excelentísimo señor Nuncio Apostólico, por vuestra mediación

de personero de su Vicario, de ese Pío XII, a quien admiramos, amamos y finalmente obedecemos. En apologética se describe a la Iglesia de que somos miembros, como Católica, Apostólica, Romana. Yo espero, señor Excelentísimo, que aceptaréis como ortodoxo mi vocabulario, al decir que en estos días compasibles la experiencia me grita que pertenezco a la Iglesia Cristiana, Mariana y Vaticana. Cristo nos hace universales; la Santísima Virgen María no solo nos aparta de las sectas que no reconocen el misterio de su concepción inmaculada, mas también nos da esa impávida fuerza de apostolado con que apremiamos a los demonios y con que amansamos la hostilidad de los tiempos, y el Vaticano es la estrella que nos despeja el rumbo y nos tiende su mano de luz para no extraviarnos en las vanidades de la razón falible ni en las turbias querellas de la inteligencia asediada. Tenemos fe en Jesús, fe en la adorable Pastora de los Siete Dolores, fe en el hombre extraordinario que sirve de Vicario y de representante directo de la Santísima Trinidad sobre la tierra y asistidos por esa triple fe confiamos en vez de desesperar y cantamos en vez de callar abrumados por las horas que pasan sobre nosotros en una lenta procesión de piedras.

La amistad pensativa de un Obispo de procedencia jesuítica, el Excelentísimo señor Ocampo, me ha enriquecido con una de esas bendiciones papales que Roma imparte a las familias católicas y que ostentan la fotografía del Pontífice reinante. En mi casa de campo, que es el sitio del orbe que más amo, he fijado contra el muro de mi dormitorio aquel bienhechor documento exornado con la estampa de Pío XII. Da la ventana al Oriente, y crece frente a la ventana una acacia inmensa, expléndida catedral botánica, verdadera basílica vegetal. En las mañanas de claridad imposible, el sol se amotina para entrarse y besar y adorar el rostro de nuestro sublime Pontífice, pero la planta aquella intercepta su violenta lumbre, decanta en su milagroso filtro de hojas, el color diamantino e impalpable y pone una capa de frescura sobre el desnudo ímpetu solar, logrando en mi alcoba el efecto del dorado al fuego para el marco que cierra la imagen del Vicario de Cristo. Y es la celeste austeridad de los rasgos espiritualísimos de nuestro monarca, tan heirático y bondadosa y pensativo su gesto, tan divino el ámbito de su pontificio atavío, que mi alcoba se hace capilla y doblo rendidamente el alma ante el Santo*.

DISCURSO EN LA PLAZA DE BOLIVAR DE BOGOTA EL 2 DE ABRIL DE 1949

Señoras, caballeros:

El liberalismo participa en el Gobierno de Unión Nacional, no para servirlo, sino para tumbarlo. Jura fidelidad al régimen, al tiempo que persigue la quimera de la reconquista. La Unión Nacional y la reconquista del poder, son términos incompatibles. Aquí y ahora es preciso reventar esa majestuosa hipocresía.

---

* **La Patria**, 9 de julio de 1948.

En la prosa de los periodistas liberales, cada palabra es de llanto, al tiempo que en la boca de los tribunos liberales, cada palabra es de plomo. Anuncian manifestaciones por la justicia y por la paz, pero cuando las realizan, vemos que su justicia es la mentira y que el odio es su paz.

LA OBRA LIBERAL

Nos acusan de alentar la barbarie, pero es a ellos a quienes aprovecha. El régimen de Unión Nacional, nosotros no lo servimos para socavarlo, sino para consolidarlo. El liberalismo alzó la república liberal sobre el fraude y la fuerza perseguidora y cruel, hundiendo en el polvo la república de Colombia. Si es el servidor de la Unión Nacional, ¿por qué ganaba las elecciones en departamentos como Boyacá? ¿Qué liberal se atrevería a decir que su partido es mayoría en ese departamento supliciado y generoso, que alza la cara entre un huracán de cicatrices? Quienes mataron sin cuartel, para despojar al conservatismo de sus formidables mayorías populares, ¿pueden ser los candorosos servidores de la Unión Nacional? Y si consideran que somos minoría, ¿por qué sus manos chorrean una líquida púrpura que enrojece la Historia? Puesto que nos mataron tanto, cada asesinato es el testimonio de nuestras aplastantes mayorías populares. Y si vuelven a matarnos, es porque están aterrados con la ascensión vertical de nuestras masas sumergidas. Nuestro programa, en cambio, son la justicia y la concordia.

Si devoraron el presupuesto en familia, sin consentirle que tomara asiento en la mesa a ningún conservador, no pueden hacerle creer en su voto de pobreza, a los moderados de este noble país. Ellos los moderados, no les entregarán de nuevo el manejo de las contribuciones, porque no creen en que el liberalismo es el siervo franciscano de la Unión Nacional. En todas las grandes posiciones del Estado, se treparon con jactancia de reyes. Nosotros los vimos y por eso lo afirmamos. Que publiquen la nómina de altos y bajos empleados conservadores durante la República liberal, estos contritos apóstoles de ahora, a quienes no identificamos con los publicanos, oligarcas y enchufistas del inmediato pretérito. Nuestro programa, en cambio, es que los cargos son para todos.

Corrompieron la Policía, que se volvió un cuerpo de asesinos y ladrones. A esos gendarmes y a los profanadores e incendiarios, los comparan con los emancipadores y proponen para ellos un monumento y para la fecha salvaje de su aparición en estas calles se pide el homenaje de las fiestas de guarda. Al pueblo heroico lo caricaturizan y monstruosifican, los deshonran y calumnian, cuando cinfieren título de mártires suyos a quienes perecieron rompiendo las leyes y defendiendo su rapiña. Los moderados del país no pueden tolerar que el nueve de abril sea una fecha gloriosa, ni que los cadáveres hacinados entonces sean de próceres integérrimos. Pero sobre todo, ni los conservadores ni los liberales de centro, pueden convenir en que se memoren con hazañas los disparos aleves que tendieron en el asfalto duro a oficiales,

suboficiales y soldados del Ejército de Colombia... ¡No! Quienes asesinaron a los soldados, a los suboficiales y oficiales del Ejército de Colombia eran bandidos implacables, trahilla de rufianes desbordados. Por fortuna la cárdena mancha colosal de esos crímenes, al contacto con la guerrera de nuestros hombres de armas, deja de ser mancha para volverse estrella, y los propios miserables que mataron a nuestros soldados, cerca a sus cadáveres, contagiados por la ardiente claridad de diamante que su mortaja extiende, más que cerdos y lobos, parecen hermanos de Caín vomitados con horror por el averno. A quienes endiosan a los matadores de nuestros soldados, el liberalismo de centro no les dará su voto.

NO HAY DECLARACION OFICIAL DEL LIBERALISMO CONTRA EL COMUNISMO

En vano, en vano, solicitamos al liberalismo traicionado que se desligue de las fuerzas de izquierda. Los moderados no votarán por los guardianes impávidos del liberalismo traicionado, porque no desean que las instituciones y las costumbres sean un baile de máscaras, en que bajo la careta de la nacionalización de los bancos, se tapa el comunismo, en que bajo los antifaces de la unidad sindical, de la educación pública, de la cobardía ciudadana, se oculta el comunismo. El partido liberal va a perder las elecciones, porque las masas liberales de Colombia, la de Uribe y Herrera y las de Olaya y Gaitán, no se curvan humildemente para servirle de estribo al comunismo. La Dirección Nacional Liberal ha rehusado hacer con nosotros una declaración contra el comunismo. Mientras no la haga, puede estar segura la Dirección Liberal de su desastre en junio. ¡Quién lo creyera! El noble corazón del ilustre partido liberal, de sumiso escabel, yugulado por el jarrete tosco de los comunistas vergonzantes que se abstienen obedientemente de afirmar su fidelidad a Moscú y declarar ser tan solo izquierdistas. Por lo demás ¿Qué diferencia a los sedicentes izquierdistas colombianos de los comunistas auténticos? En Francia, en Italia, hay una izquierda anticomunista, enemiga de la dictadura del proletariado, es decir, enemiga de la unidad sindical; respetuosa de la propiedad privada, que consiente en que los instrumentos de producción reposen en la mano de los particulares; pero en Colombia la izquierda sostiene la propiedad del gobierno sobre los medios de producción la enseñanza atea, es decir, el comunismo en estado de capullo; y nuestra izquierda sostiene la unidad sindical, es decir, la dictadura del proletariado, es decir, el comunismo más putrefacto. La formidable ignorancia filosófica de las generaciones educadas en las aulas de la famosa república liberal, les impide ver que en Colombia no hay discriminación posible entre izquierdismo y comunismo. Y el partido liberal se ha declarado izquierdista y su cohesión interna no existe, porque al socaire del Frente Popular, los cuadros directivos del liberalismo de Colombia, fueron atrapados e infestados por comunistas de corazón bajo la máscara. El liberalismo perderá las elecciones de junio, porque los moderados no votarán por hombres que fueron incapaces de separar los corderos de los cabros.

EL CONSERVATISMO ACOMPAÑARA A OSPINA PEREZ HASTA EL 7 DE AGOSTO DE 1950

La violencia liberal contemporánea me recuerda la que fue ejercida bajo Olaya Herrera: Su objeto era que el conservatismo rompiera con aquel mandatario. En nombre de nuestro partido notifico que la táctica es inútil, y que cualquiera que sea el porvenir, el Directorio Nacional Conservador no romperá con el señor Ospina Pérez y está resuelto a acompañarlo hasta el 7 de agosto de 1950. Estamos decididos a mantener a cualquier precio nuestro tesoro, que es Ospina, cuya obra de gobierno es una estupenda revolución, cuyo coraje es una revelación, cuya actitud el 9 de abril solo tiene antecedentes en la generación libertadora, sin que nadie, entre los colombianos posteriores a Nariño, a Ricaurte, a Santander y a Córdova, pueda compararsele en el campo heroico: Ospina Pérez, con la espontánea facilidad de un semidios, hizo el tránsito de lo cuotidiano a la epopeya.

EL ORDEN PUBLICO NO PUEDE HACERSE CON QUIENES ASPIRAN A TUMBARNOS

Su creación política es un anticipo que supera el cuadro sociológico de la patria. Dar la mitad del poder solo lleva a la parálisis en el ámbito político de ahora. La Unión Nacional de Ospina Pérez es una meta a la cual llevará el partido conservador a Colombia, cuando ello sea el desenlace de supuestos democráticos que no existen hoy en ningún pueblo de la tierra, donde ningún gobierno le entrega a la oposición la mitad del poder.

La mitad del poder no son los ministerios, sino el ministerio de gobierno y siete gobernaciones. El ministerio de guerra debe de estar en manos de un hombre del oficio que no se incline hacia la oposición. Lleras Camargo hizo unión nacional, sin que se le filtrara de las manos ni una gota del zumo precioso del poder. El próximo presidente conservador ofrecerá a la oposición ministerios, pero dará a un militar el de guerra, tomará para nuestro partido los ministerios de gobierno, de trabajo, de educación y de comunicaciones y le enseñaremos a ese candidato que la guarda del orden público exige que sean de la misma filiación política del presidente todos los gobernadores. En un sistema de Unión Nacional la oposición obra no por sus votos, en el Consejo de Ministros, ni por la fuerza con que coloca la garra en posiciones claves, sino por el fenómeno de su presencia moral, que cauciona el patriotismo inteligente y enérgico con que opera el partido que tiene las espléndidas responsabilidades del mando.

Queremos, con todas las fuerzas del alma, la Unión Nacional y estaríamos dispuestos a darle al adversario posiciones en el Gabinete, a cambio de recapturar las posiciones perdidas con daño nacional; pero el programa generoso y maravilloso del Presidente Ospina, es una balanza inmóvil que no sirve para pesar valores doctrinales. La Adminis-

tración puede hacerse y debe hacerse con todos; el orden público no puede hacerse con quienes desean tumbar al gobernante en un mundo conturbado.

Sé que el liberalismo no ganará las elecciones de 1950; pero si de nuevo accede al poder, dentro de cincuenta o cien años, y nos da siete gobernaciones y el ministerio de gobierno, retiraría mis palabras. Si triunfa y no nos da el ministerio de gobierno y siete gobernaciones, se establecería la prueba de la redomada mala fe con que ahora elogia el régimen de Unión Nacional.

EL 8 DE JUNIO ANTE EL 9 DE ABRIL

Cuando afirmamos que nuestro deseo es servir y consolidar la Unión Nacional, damos la prueba de nuestra buena fe, esclareciendo sus actuales grietas. Pero no es solo esta franqueza cordial y razonada lo que garantiza nuestro candor fecundo, cuando asevero que aspiramos a consolidar la democracia colombiana en "la disensiente concordia" de que hablara Suárez y que es mentira y engaño que la izquierda liberal ame la Unión. Dos fechas son las escrituras solemnes en que aparecen nuestras pruebas.

Cuarenta años de régimen conservador hicieron posible el 8 de junio; diez y seis años de régimen liberal, hicieron posible el 9 de abril. El 8 de junio participaron todos los ciudadanos como protesta legal por la inopia creativa de la administración; el 9 de abril, vivando un partido solo, anarquistas, comunistas, izquierdistas, presidiarios, posesos, a sangre y fuego, se lanzaron a la revolución. El ocho de junio la muchedumbre estuvo animada por los estudiantes, el 9 de abril por los ladrones; el 8 de junio, los gerentes de la revolución distribuyeron los ministerios entre compatriotas de todos los partidos; el nueve de abril, los personeros de la revolución se quedaron con las carteras ministeriales. El ocho de junio fue un movimiento libertario; al tiempo que el nueve de abril fue un movimiento liberticida. El ocho de junio es la cólera de un patricio; el nueve de abril es la hidrofobia de un hampón. Cuarenta años de hegemonía conservadora ennoblecieron a Colombia; 16 años de régimen liberal pudrieron la república hasta el tuétano.

UNA CIVILIZACION ENFERMA Y OSCURA

Se dice que el régimen liberal civilizó tan portentosamente, que nunca se tuvo noticia de progreso semejante en otro país. No es verdad. ¿Cuántas represas hizo el régimen liberal? ¿En cuántos kilovatios de fuerza aumentó la energía de doce departamentos colombianos? Ni una represa, ni un kilovatio de energía eléctrica. Durante diez y seis años dispuso omnímodamente del presupuesto, de un cuantioso presupuesto y no se aumentó en un kilovatio la energía eléctrica de doce de-

partamentos colombianos. ¿Eso es civilizar? ¿Eso es progresar? Los ríos Magdalena y Cauca son dos riquezas estupendas; cualquier civilizador digno del nombre debe aprovecharlos en regadío, por su limo feraz, en caballos de fuerza, por su musculatura soberbia como transportes, en un país sin caminos, que producen materias que soportan escaso flete. Nada se hizo. El Cauca puede ser navegado todo, mediante un sistema de esclusas ensayado en muchos ríos correntosos. Nada se hizo. El Magdalena y el Cauca continúan siendo los dos primeros "sin trabajo" que tiene el país. ¿Cuántas hectáreas se regaron por iniciativa del gobierno bajo el régimen liberal? Que lo digan esos civilizadores de paja, para que se les caiga de vergüenza la cara bajo la corona de su estolidez manifiesta.

De ochocientos municipios que tiene Colombia, quinientos setenta carecen de hospitales. El presupuesto se aplicaba a engordar la burocracia y no a fundar hospitales. Cuando se barre al adversario del presupuesto, es un error tragárselo, sin emprender algo grande, beneficiante y nuevo que justifique la gula. Una civilización a oscuras, por falta de energía eléctrica; una civilización enferma, por falta de hospitales, es la obra de que se ufanan. La enfermedad y la sombra son los signos de la tarea cumplida por estos civilizadores estupendos.

El régimen liberal fue humilde con el capital extranjero, pero lo torpedeaba con los sindicatos. En sus manos, el petróleo no produjo nada, y se dicen los grandes animadores de nuestras riquezas. Los capitales extranjeros, indispensables para la nación, estuvieron siempre intranquilos bajo el gobierno de los liberales.

La Caja Agraria no servía para los conservadores. Los campesinos liberales de los pueblos de mayoría conservadora, saben que nada se hizo para beneficiar sus veredas y caseríos. La Caja de Crédito Agrario fue siempre una institución política, gobernada por el favoritismo y por el odio.

UNA REVOLUCION DE BASURA

Pero dicen que hicieron la revolución. ¿Se refieren a los campesinos? ¿En qué los mejoraron? Todos sabemos que el liberalismo solo se conmovió ante los sombreros de fieltro y que ignoraba los sombreros suazas. Y esa revolución fue un acto de oportunismo electoral. Técnicamente es una acumulación de basura. La revolución de que se jactan, técnicamente, doctrinariamente, es una egregia estupidez.

Nosotros, bajo Ospina Pérez, no solo no hemos retrocedido, sino que hemos avanzado. Para nosotros las gentes del taller y las del campo, merecen idéntico cuidado. Obreros y campesinos votarán por nosotros, a ellos les deberemos la victoria; ellos saben que no mentimos, que somos más que sus aliados o que sus copartidarios, sus compatriotas, es decir, los hijos de una patria común. Campesinos y obreros saben que somos sus hermanos. Y lo saben los jóvenes, que bajo nuestro aliento pujante espejean como eslabones en la cadena diamantina de las centurias irrompibles. Lo saben los jóvenes, que conocen cómo el con-

servatismo no es el partido de una generación; ni el de las generaciones de ayer, sino el partido de todas las generaciones. Nuestro partido, es como la mañana, que carece de edad.

LIBERTAD Y ORDEN

Carecemos de edad, porque "nos orientamos por las estrellas inmóviles y no por las luces de los barcos que pasan". La libertad y el orden son nuestros soles. Pero no nos hemos quedado como el liberalismo, embelesados con la libertad de los esclavos, cuyas ataduras contribuimos a destrozar. No nos estancamos en la libertad de los esclavos, porque queremos la libertad de los libres. Y los izquierdistas son enemigos de la libertad de los libres, que es la que hemos de conquistar para nuestros conciudadanos. En vez de despojar a nadie de su propiedad, queremos extender sus beneficios entre el mayor número, porque la propiedad testimonia y consolida la libertad del libre. Somos enemigos de la unidad sindical, que es la más inicua forma de explotación del hombre por el hombre, y por la actualidad de este martirio para el liberto reesclavizado, el conservatismo quiere la libertad de los libres estableciendo en los hechos la libertad de asociación, tan cara para todo hombre libre. Queremos que los partidos puedan reunirse a debatir en paz sus opiniones, y aun cuando bajo Ospina, que nos da garantías, hemos hecho progresos, todavía quedan por establecerse definitivamente esas libertades del libre. Y queremos libertar a los libres de la amenaza de los paros generales, de las centrales obreras inspiradas por los comunistas. Una huelga general es una revolución. Una revolución no se debela con incisos legales: El conservatismo le arroja su guante a los sindicatos revolucionarios y le declara a los libres de Colombia que procederá con vigor, con el vigor del mes de mayo de 1947, ante la huelga general. El liberalismo de izquierda no puede garantizar la libertad de los libres, porque su deseo de explotar electoralmente a los sindicatos revolucionarios, lo ha convertido en su esclavo, y quien teme a las centrales obreras comunistas, es indigno de recibir el voto de sus conciudadanos porque claudica como libre y se convierte en obrero del despotismo.

El orden, existe en las matemáticas y en la poesía, en el mundo de los minerales, en el botánico, y en el mundo animal. El orden existe en los infiernos y en el cielo, porque es la ley de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, es una ley para el propio Dios; a tal punto señorea lo temporal y lo eterno, que antes de encontrar el orden ya sabemos que existe.

EL TRIUNFO DE LAS ALDEAS DORMIDAS

En la plaza solemne de esta metrópoli soberbia, es justo que evoque el recuerdo de la gran mayoría de los colombianos que no son gente de ciudad sino del agro. Yo invoco las aldeas dormidas, las que rezan

el ángelus, las que reciben en la mejilla de su plaza mayor el beso de hierba de los campos, esas donde imperan la corrosca y el buey, donde el cenit robustamente se apoya, como en una caña patricia, y donde la tarde ostenta unas juveniles ojeras virginales bajo el cielo de ámbar pensativo; esas donde la noche reza con labio férvido de novia y donde la madrugada retumba con un atropellado rumor de medio día. Invoco las aldeas dormidas, pequeño y apretado almácigo de humanidad que luego extendió sus retoños por todos los horizontes de la patria; son cuna de virtud y origen de la tradición, cedazo de caminos, parda ceja del paisaje, manantial irrestañable de verdura. Invoco las aldeas dormidas que nos ofrecen un poderoso elixir de jaculatorias y un irrompible blindaje de sudor, de esperanzas, de paciencia y plegarias. Invoco las aldeas dormidas que nunca sacuden su melada modorra, absortas como viven mirándose los ojos —cordilleras azules— en el espejo cambiante de los cielos.

Y como ellas es nuestra victoria. Machado escribió la "Canción de la inocente muchacha provinciana, que el novio tiene ausente en la ciudad lejana". Ella musita: "cuantas mujeres locas te ofrecerán sus labios, en tanto que se muere de tedio y de cansancio tu pobrecita novia que te ha querido tanto". Y termina diciendo al tornátil amado: "Me has dejado sola, como un campo de trigo después que lo han segado". Así dice la victoria, así le canta la victoria a su galán campeador, el conservatismo colombiano. Ella enhebra escudos con hilo de suspiros, detrás de la ventana, de pies sobre la alfombra de su sueño, vistiendo por túnica el manto dulce de la tarde campesina. En el pecho le arroja su ancla el cielo vesperal y el nombre del amado le perfora la memoria, y adivina la estampa del paladín tras un velo de sonrisas y lágrimas. Sí: la victoria, para el partido de la inmortalidad, de la adversidad y la epopeya, cuya boca álgida bebimos con labio delirante, es apenas una muchacha provinciana, pero a ella vamos para corregir nuestro abandono y por la piedad que no inspira su tristeza. Que la adversidad, que la inmortalidad y la epopeya, nuestras mujeres locas, esperen, porque ahora vamos a la noviecita provinciana, a la victoria, para que no diga que la dejamos sola como un campo de trigo después que lo han segado*.

DISCURSO EN MEDELLIN EL 9 DE ABRIL DE 1949

El partido conservador es un consorcio de patriotas, es el frente popular anticomunista. Fuera de nuestro partido es imposible alzar el fuerte muro indispensable para contener la barbarie y la anarquía, esa anarquía que, durante 40 años, tuvimos hundida entre el polvo, pero que con tres lustros de régimen liberal se alzó de nuevo en la plenitud de su estampa abrumadora.

Si el partido conservador es un consorcio de patriotas, y es el frente liberal anticomunista, no es exagerado decir que es el nuestro el partido de los colombianos.

---

* La Patria, 3 de abril de 1949.

Yo le pregunto a los industriales, no a los industriales afiliados al conservatismo, sino a los que integran las filas del partido liberal: ¿quieren ayudar con su voto y con su dinero al regreso del liberalismo al poder? Le pregunto a los hombres de empresa liberales: ¿Las leyes del régimen sepulto en materia social les satisfacen? El rumbo que le dio a los sindicatos, a la política sindical, ¿el régimen sepulto, fomenta sus empresas, contribuye a la riqueza pública? La falta de un criterio científico permanente en materia fiscal, ¿no fue para los hombres de empresa liberales un terco motivo de incertidumbre y de zozobra?

Apelo, simultáneamente, a la inteligencia y al bolsillo de los hombres de empresa liberales para demostrarles cómo no pueden, ni votar por el candidato liberal, ni ayudar con su dinero a las elecciones, o que si ayudan y votan, deben hacerlo por el candidato conservador; o que si no votan y ayudan al candidato conservador, por lo menos deben abstenerse.

Apelo a la inteligencia de los industriales liberales, porque sus doctrinas han sido traicionadas. La demostración es fácil. El liberalismo, tradicional y filosóficamente, ha sido el sostenedor de libertades tan preciosas como la libertad de asociación. El gobierno que aniquila la libertad de asociación, no es, no puede ser un gobierno liberal. El gobierno que no respete las libertades que consagra nuestra Carta Fundamental, no es, no puede ser un gobierno liberal. Y en la Carta de las Naciones Unidas, que es ley de la República, y en el Pacto de Ginebra, que es ley de la República, y en la Constitución Nacional y según las doctrinas del liberalismo, la libertad de asociación es para Colombia un principio imperturbable que torrea en la doctrina, que ha suscrito en las convenciones internacionales y que gobierna nuestro derecho positivo. Y la libertad de asociación no existió porque la unidad sindical es el principio contrario; la unidad sindical destruye la libertad de asociación. Que digan los industriales, si el gran principio liberal que invoco, no los coloca intelectualmente en pugna metódica con la obra del régimen liberal. Los políticos liberales de todo jaez explican que la libertad de asociación consiste en que el sindicato pueda incorporarse o no a la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, es decir, que para todos los políticos liberales la libertad de asociación consiste en que el sindicato se someta o no al comunismo, que gobierna y manda en la CTC.

Pues bien: esa no es libertad de asociación, como no sería libertad de palabra la de poder hablar solo en favor de un determinado sistema de ideas.

No quiero hablar de que el liberalismo que ha sido un desvelado campeón de la pureza del sufragio, entronizó el fraude, porque se me diría que tal razonamiento es simplemente político. Es cierto que doctrinariamente un liberal no puede ponerse al servicio de un partido que practica en grande escala el fraude, y que suprime para su adversario la libertad de reunión y la libertad de palabra; pero no es aquí, en estos terrenos, donde quiero plantear mi apelación a la inteligencia de los industriales liberales, para demostrarles con matemática evi-

dencia, que no pueden votar por las feroces gentes de izquierda que ocultan el rostro vergonzante bajo la careta noble del nombre liberal.

Mi apelación a la inteligencia de los industriales liberales la apoyo en una plataforma distinta. El gobierno liberal forjó una política tributaria enemiga de la riqueza pública, porque sus impuestos gravaban en fábrica el artículo manufacturado, en vez de caer encima del artículo vendido, cuando regresa a la contabilidad con su ganancia a cuestas. Esa política tributaria, además de ser inepta desde el punto de vista técnico, fue explicada con un vocerío demagógico que exalta la lucha de clases. En vez de probar que dentro del plan providencial del mundo, y por leyes de justicia inmanentes, el que tiene más, debe contribuir más que el pobre, se fomenta el odio contra el capitalista y a las masas exasperadas y sedientas, les crea una psicología de lucha de clases y de guerra civil.

Yo le pregunto a los industriales liberales, si le van a ayudar a un partido que en esa forma los alzó en la picota y los expuso como blanco de la cólera pública. ¿O es que creen los industriales liberales que el grito **a la carga**, que oímos contra ellos en todas las aceras y plazas del país, los beneficia si hace el tránsito de clamor multitudinario a programa de gobierno y encarna en los hechos de la Administración? ¿Los industriales liberales quieren ayudar a que sus enemigos, los izquierdistas, los destruyan, dando su voto por el candidato presidencial de ese partido? ¿Quieren los industriales liberales fomentar con su dinero y con su voto el odio contra sí mismos?

Pero el mejor soporte de la plataforma en la cual apoyo mi apelación a la inteligencia de los liberales, es la libertad de asociación. Claro que las industrias crecieron porque aumentó la población del país, porque era ineludible que preparara la riqueza pública, ya que la guerra privó de competidores a nuestras manufacturas incipientes; pero nada de ese crecimiento le deben al partido liberal, sino que el incontenible ascenso de nuestras industrias, fue roto porque tuvimos como lastre la intervención improvisada y empírica del Estado en la iniciativa particular. Y el mayor lastre que tuvieron los capitales para su iniciativa creadora, fue la política sindical del régimen sepulto, que torpedeaba la esperanza y el esfuerzo de los hombres de trabajo. Y entre los disparates de esa política sindical, el más grande y el más grave de todos fue el de abolir la libertad sindical, con olvido de la doctrina del liberalismo, con olvido de la Constitución, y con olvido de los tratados internacionales que garantizan la libertad de asociación. En Francia, bajo un gobierno socialista, hay tres confederaciones generales de trabajadores. La unidad sindical solo existe en Colombia y en Rusia, y es herramienta específica de la dictadura del proletariado. Si los industriales quieren la unidad sindical, una ley rusa, la dictadura del proletariado, que voten por el candidato de izquierda.

Ahora voy a sostener mi apelación, no ya a la inteligencia, sino al bolsillo de los hombres de trabajo liberales, para que vean cómo no pueden ayudar al triunfo de las izquierdas en Colombia.

Me basta considerar la insensata ley de jubilación. Si puede afirmarse que la unidad sindical solo existe en Colombia y en Rusia, de la

ley sobre jubilación se hace el pleno proceso condenatorio, con la afirmación cierta de que no existe ni siquiera en Rusia. Jubilar al empleado a los veinte años de trabajo, cualquiera que sea su edad, o con límite de cincuenta años, es una carga irresistible y un daño enorme para cualquier empresa. La clase media es la más perjudicada con este absurdo principio de jubilación, porque el jubilado, menor de cincuenta años, en la plenitud de su capacidad productora y con la base del dinero que le entra por concepto de jubilación, al retirarse de la empresa, puede ofrecer más baratos sus servicios, que aquel empleado que no tiene el privilegio de una entrada permanente sin trabajar. En cuanto al empresario, se le hace imposible resistir la carga, en primer término porque la jubilación le arrebata sus trabajadores especializados en cuanto llegan a la plena eficiencia, al mayor rendimiento en su tarea, y en segundo término, porque las jubilaciones van creciendo como una montaña, que acaba por romperles la espalda.

Los capitalistas liberales están ciertos de que los politicantes de su partido crearon un estúpido derecho sindical y leyes de prestaciones sociales, por los más bajos motivos eleccionarios. La inspiración de su formidable aparato de tortura sobre la industria, fue simultáneamente la de irritar a los humildes contra los poderosos y la de explotar electoralmente las fuerzas obreras. La política social del liberalismo ya está comprometida por siempre a obrar bajo el despotismo de los sindicatos revolucionarios, infestados por los criptocomunistas. Los liberales no pueden sacudir el yugo porque se quedan sin masas que les aseguren sus curules. Los capitalistas no pueden contribuir ni con su dinero ni con sus votos a que este siniestro estado de cosas prorrogue su vigencia. Ellos saben que digo la verdad y que serían unos insensatos si no nos ayudaran, aunque fuera por el solo medio de abstenerse de contribuir para su partido y de votar por su partido.

Para los obreros liberales, no para los obreros comunistas, traidores a la nación y al interés de su gremio, para los obreros liberales también tengo un mensaje.

Nosotros no queremos fomentar sus odios, sino servir su interés. Nosotros no somos los servidores del capitalismo, porque cuando se dice capitalismo las gentes entienden que se trata de una política de explotación. Tampoco nosotros estamos al servicio de una política de izquierda, porque toda política de izquierda es una confiscación. Ni explotación, ni confiscación. Nosotros decimos cristianismo, solidaridad humana. Al trabajador del campo, de pies rajados, encallecidos y humillados, le hemos dado zapatos, para que puedan tratar a su patrón de **tú**. Sabemos que el hombre descalzo, cuando entra a la sala de quien paga su trabajo, siente la vergüenza de sus pies manchados y desnudos. Calzándolo, hemos realizado la más formidable revolución psicológica en el individuo, porque equilibramos los pesos en la balanza de las almas. Y al obrero de la ciudad, al del martillo, al de la lezna y la garlopa, al que siente que su espinazo se rompe por la pesadumbre de un manto de sudor más denso y demoledor que el plomo, le decimos que su camisa rota es nuestra bandera. Los hemos hecho consocio de la empresa mediante la participación en las ganancias. Nosotros al obrero le

decimos que vamos a hacerlo propietario, que deseamos fomentar en él al animal posesivo, porque el que posee no es un revolucionario, sino un conservador.

Mediante el Instituto de Parcelaciones queremos extender los beneficios de la propiedad al mayor número, queremos que el obrero tenga casa y parcela, techo del cual sea amo para abrigar su familia y tierra donde asiente con orgullo los talones diciendo con emoción, "esto es mío". Con el Instituto de Seguros Sociales amparamos eficazmente las enfermedades no profesionales, la maternidad, las enfermedades profesionales, la vejez y la muerte. ¿Qué programa semejante le dio jamás el liberalismo a las mujeres, a los niños y a los adultos que desconocen, no ya la hermosura y la comodidad de la vida, sino los más simples elementos de una mediana tranquilidad? Solo quiero insistir en dos aspectos de la obra confiada al Instituto de Seguros Sociales: la maternidad y la vejez.

Cuando vemos que arrastra su planta por el suelo una vejezuela vestida con ropas mendicantes, de color indistinto y cuando de pies, melancólico y vencido, en una esquina, miramos el escombro humano de lo que fue un hombre soberbio, siempre pensamos con dolor y con protesta en que la venerable vejez no debería exhibir sobre el asfalto indiferente la gran miseria de su decadencia. Ellos, el anciano y la viejecita, en su día cumplieron con paciencia y con vigor su tarea; ellos son los abuelos del futuro y ellos tienen derecho estricto a que aliviemos el fardo de sus años vencidos, a que nos ocupemos de su vida triste. ¿Cuándo el liberalismo se ocupó de ellos? Jamás, porque no ven en ellos electores, ni a quienes engrosan manifestaciones públicas que hacen tiritar de pavor el cristal de las vitrinas. El partido conservador, en cambio, llega hasta ellos en actitud, no de piedad, sino de reverencia, y por ello nos sonríen con gratitud y con esperanza sus calvas encías. Lo más hermoso de nuestro destino político es que no solo somos el partido de la venerable vejez, sino también el de las mujeres y el de los niños. Sí, mujer del pueblo: tú, Carmen o Rosario o Sofía, ven acá, porque voy a decirte que ese delicioso extranjero que te patea las paredes del vientre, como un pajarillo ciego, no lo vas a recibir envolviéndolo de los girones de un viejo costal, sino calentándolo amorosamente con pañales limpios y nuevos, como ocurre en las casas de los ricos. Que digan Carmen, Sofía o Rosario si el liberalismo se ocupó jamás del pujo creador de sus flancos y de su carne desbaratada por divina ordenanza.

El día del triunfo avanza, minuto a minuto, sobre nosotros, esplendente bajo una prodigiosa diadema; y el coro para su fuerte paso no está hecho tan solo con las dianas del triunfo, porque dominando el acento marcial hinchemos el ámbito y los horizontes como una irresistible sinfonía; transfigurándonos con su música, se enlazan sobre nuestras cabezas la palabra cansada de los ancianos, la metálica de los adultos, la voz líquida de las mujeres y el grito diamantino de los niños*.

* **El Colombiano,** 10 de abril de 1949.

DISCURSO EN RECEPCION A LAUREANO GOMEZ

pronunciado en Medellín el 25 de junio de 1949.

Señor doctor Gómez:

Comprendo que para Colombia, para el partido y para la ciudad, lo importante son vuestras palabras y no las mías. Si yo fuera a pronunciar el ditirambo a que me siento inclinado en esta ocasión, ciertamente abandonaría la tribuna, porque comprendo que hay una desproporción manifiesta entre la histórica importancia del acontecimiento y la inanidad de mi palabra. Pero es también cierto que el Directorio Nacional Conservador piensa que un frío objetivo inventario de hechos demostrativos, es el mejor tributo que pueda yo rendiros al regresar vos a Colombia en esta plaza ilustre y célebre ante la muchedumbre de majestad estremecida y porque así lo exigen los fantasmas de bronce que nos acechan desde los promontorios de la historia y los dioses anónimos que nos esperan erguidos en las llanuras del porvenir.

El primero de esos hechos, mensajero olímpico del pretérito y del futuro, es el de que nuestro partido ganó con sus votos las elecciones del 5 de junio y que el triunfo que nos aseguraron 800.000 compatriotas fue robado por un fraude liberal que tiene, no lo dudamos, las insignias de un campeonato inmarcesible. Estas no son simples palabras: es la fuerza esquelética de los guarismos la que demuestra el aserto benéfico del Directorio Nacional Conservador.

En Antioquia hubo 20.000 votos de fraude liberal. En Santander del Sur hubo 24.000. Veinte y veinticuatro, cuarenta y cuatro. En el Norte de Santander hubo 12.000 votos de fraude liberal, 56.000 votos de fraude. En el Tolima hubo 20.000 votos de fraude liberal. En Cundinamarca 20.000 votos de fraude liberal, y que los liberales para vergüenza y castigo de su arrogancia, sepan que en Boyacá hubo 10.000 votos de fraude liberal.

Lo más extraño de este asombroso caso es el de que están hablando los liberales de la violencia conservadora en Boyacá y en Bolívar. Pues bien: cuando nuestro Laureano Gómez tenía con qué castigar al régimen sepulto por sus violencias contra nuestros copartidarios, en Boyacá el conservatismo, de los 100.000 votos, podía poner tan solo 12, 10 y hasta 5.000, porque el camino de las urnas nos lo cerraba la violencia oficial. Y ahora no solo ponen los 35.000 votos que pueden poner, sino 10.000 votos de fraude; nos matan en Maripí y en Chita y se quejan de la violencia conservadora. De suerte que es importante ir estableciendo por numerales los hitos de este soliloquio opaco, y por eso repito: pusimos más de 800.000 votos en las urnas y ellos 900.000 votos con no menos de 150.000 de fraude; es decir, que nuestra parte de victoria correspondía a la realidad humana de las elecciones y que su parte de victoria correspondía a una pordiosera realidad de papel.

El otro hecho que es necesario esculpir en el pensamiento de nuestros compatriotas: Nos acusan de violencia en Bolívar y Boyacá, y no

solo ponen las fuerzas de que disponen actualmente, mas también las asesoran con un majestuoso fraude que se cuenta por millares de votos y protestan contra la violencia de Ospina Pérez. Y otro hecho de esencial importancia: andan diciendo que el gobierno se abstiene de pagar a los obreros y empleados. Y ¿qué es lo que ocurre? Se exigió que 780 municipios del país fueran cubiertos por las Fuerzas Públicas debido a que los liberales ahora no cuentan con la complicidad de las Fuerzas Armadas y pensaron que la presencia de los soldados de Colombia en ciertos municipios arredraría a los conservadores, y ese aumento del pie de fuerza multiplicó el presupuesto de guerra. Si hay dificultades en el fisco se deben exclusivamente a la voluntad que tuvo el gobierno de darle garantías a los liberales. Pidieron ejército en 780 municipios, se les mandaron Fuerzas Armadas, pero naturalmente los soldados de Colombia necesitaban vehículos para su transporte, dineros para sus raciones, gastos para su alojamiento, y esas son las dificultades del Fisco Nacional. Las ocasionó el liberalismo y tratan de convertir aquello en un balón de infamia contra el gobierno que los protegió en todas partes.

Para que el país no continúe engañado con las sedicentes mayorías populares del liberalismo y con sus programas de avanzada, quiero traer a vuestro conocimiento, doctor Gómez, esta anécdota ejemplar: El liberalismo ha dado orden en la capital de la República a sus caudatarios que para el día de vuestra llegada se ice una bandera negra. Como los liberales de centro no quieren creer en el grave peligro en que están, debido al dominio que dentro de su partido tienen las fuerzas más caracterizadas de izquierda, es preciso destacar el hecho: Cuando hay un gran luto nacional, los vivos colores del estandarte se desgonzan sobre el mástil o en la garganta del pabellón aparece una cinta negra. Solo los piratas berberiscos alzaban la bandera negra como enseña y como divisa. Pero tal vez no hay que ir tan lejos: Eran los fascistas italianos los de la bandera negra y la camisa negra. Y estos retrógrados de la bandera negra se atreven a calificar a nuestro partido de fascista y de bárbaro cuando van al último fondo marino donde quedó enterrada en santuarios que transitaron a efecto del cristianismo y de la civilización para alzar desde allí, como tributo a nuestro jefe y como signo de sus promesas al país, la bandera negra con que estarán señaladas las casas de los nuevos bárbaros de la capital de la República.

Solo el partido que el 9 de abril se atrevió contra el monumento que guarda las reliquias de Bolívar, el partido que apeló al programa de las teas incendiarias en los institutos educacionales, el que decapitó en Armero a un sacerdote, el que redujo a pavesas el Palacio del Primado de Colombia y el de la Nunciatura Apostólica, el partido que el 9 de abril puso a tiritar de espanto las vitrinas de los comerciantes, ese que aquel día escupió en el rostro, en la faz maternal de Colombia, puede pensar en que hace la campaña de su candidato a la presidencia recibiendo al jefe conservador con la enseña de la guerra civil, del incendio, del sacrilegio y de la barbarie.

Yo supongo que el candidato novísimo del partido liberal empiece a ensayar sobre su pecho, no el tricolor de los próceres sino la bandera

negra de los piratas berberiscos. Y vamos a ver cuántas banderas negras recibirán en Bogotá a Laureano Gómez para que los liberales de centro mediten. Si no hay ninguna, fue porque la Plaza de Berrio de Medellín, derrotó, desde ahora, a la barbarie del liberalismo. Si no hay ninguna bandera negra en Bogotá el día en que llegue Laureano Gómez, ya están derrotados porque hundimos su cabeza entre el polvo de la vergüenza.

Señor doctor Gómez: Llegáis al país en un momento cargado de presagios. La esperanza dinámica y electrizante con que os reciben los vuestros, está bien simbolizada en esta manifestación. Dice el adversario que el conservatismo es mayoría en esas ignaras aldeas de donde salieron ni más ni menos que los libertadores de Colombia. Pero es que aquí en Antioquia, en el departamento más populoso, y más rico del país, donde se os aclama, y con vos a vuestro partido para demostrar que es el nuestro el de las mayoría populares de Colombia. Somos mayoría simultáneamente: en Boyacá, tierra de emancipadores, en Antioquia y en Caldas, departamentos de conquistadores. Pero en las declaraciones que hoy publican los diarios, hechas por vos, durante vuestro viaje, se expresa nítidamente la grave situación actual del país. Habéis dicho que la situación de Colombia es intolerable, y es intolerable, doctor Gómez. El 15 de mayo se canceló toda posibilidad de cédulas nuevas para los colombianos. Pues bien: después del 15 de mayo, cuando la maquinaria del fraude estaba completamente preparada, el liberalismo se retiró del gobierno. No había nada más que hacer; el pastel estaba hecho, listo para entrar al horno del 5 de junio. Era el momento en que el liberalismo se retiraba porque ya había avanzado con metódico sosiego todos los supuestos de la escalinata de la trampa que nos pensaban hacer.

Llegan al Congreso con el ánimo de establecer el despotismo de su poderío fatal y sin el lastre de la colaboración de los liberales en el gobierno del insigne Ospina Pérez. Ellos piensan que van a disponer del Congreso, a pesar que su mayoría, bastante anémica, no cuenta con nuestra presencia beligerante en el Capitolio. Está pensando que desde allí, y con apariencia jurídica, pueden promover un golpe de estado. Pero se equivocan. El día en que las mayorías parlamentarias quieran abusar de su poder, los parlamentarios conservadores, sin ayuda del gobierno, estamos resueltos a clausurar el Capitolio. En todo caso los presagios son bastante inciertos y azarosos. Estáis entre nosotros y habéis observado cómo el entusiasmo multitudinario, por el normal y prodigioso vehículo de sus muchedumbres rugientes, por medio de estos aplausos y clamores, inclusive poniendo coronas humanas sobre los edificios de la Plaza de Berrío, demuestran cómo estamos dispuestos a seguiros hasta donde queráis llevarnos. Colombia, como lo habéis dicho, no puede esperar más y nosotros tampoco. Aquí estamos para formular por vuestro conducto insigne, ¡oh mensajero!, nuestra demanda ejecutiva y sumaria ante el futuro y ante la victoria. Ninguno tan calificado como vos, porque durante diez y seis años jamás tuvísteis la corbardía de tolerar nada y tuvísteis siempre el heroísmo de aguantarlo todo. Con Ospina Pérez llegó para nosotros la revancha de los dolores y de los rubores y de las angustias y de las náuseas del

alma. Si nuestra bandera no es negra sino el Pabellón Nacional, por qué habría de temblarnos el puño. Y no hay duda de que si perdiéramos las elecciones seríamos barridos y sepultados, y de que el partido liberal, el liberalismo que nos afrentó y nos mató durante diez y seis años, sembraría sal sobre nuestras sepulturas.

El inminente despotismo del Congreso y de la CTC plantea el problema del poder como una cuestión de hecho para los conservadores que no pueden entregar sus deberes bajo la amenaza del paro general, ni por la coacción de la mayoría parlamentaria que aspira a sustituir la ley por un régimen irresponsable y brutal. El liberalismo afirma que tiene en las manos la Corte Suprema de Justicia, la unidad sindical y el congreso para anonadar al gobierno, y el liberalismo afirma que tiene en las manos la Suprema Corte Electoral y el Consejo de Estado para anonadar al partido conservador. Y lo grave del caso es que la sentencia de la Corte Suprema de Justicia, sobre los hechos del 10 de julio, prueba que la Corte Suprema de Justicia atiende los odios políticos. Y lo grave del caso es que la actitud escandalosa asumida estos días por el ex Presidente López, prueba que la Corte Electoral prevarica al servicio del liberalismo.

Tenemos, doctor Gómez, que el Consejo de Estado aceptará y fallará favorablemente cuanta demanda se le proponga para desconocer el triunfo conservador en las elecciones presidenciales. El Congreso intenta romper el Código Electoral violando la Constitución, es decir, mediante un golpe de estado, para sostener el fraude, las cédulas dañadas y los censos putrefactos. Y en cuanto a la Confederación de Trabajadores de Colombia, sabemos que es un instrumento de la revolución, del golpe de estado y que mira a Colombia como a una madrastra, porque Rusia es la legítima madre de aquel organismo. Por fortuna, doctor Gómez, el conservatismo es el partido de un millón de hombres resueltos, en marcha acelerada hacia el poder, que confía plenamente en que el señor Ospina Pérez y el ejército darán garantías iguales en esta lucha atroz en que vamos a morir o a triunfar*.

---

* El Colombiano, 26 de junio de 1949.

XIV
EL DIPLOMATICO

DE SU CORRESPONDENCIA COMO EMBAJADOR EN FRANCIA

París, 8 de mayo de 1952.

Número 351/69.

De Augusto Ramírez Moreno, Embajador de Colombia en Francia,

Al señor Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia.

Aun cuando de un momento a otro será publicado el texto del pacto sobre el ejército europeo y las noticias cablegráficas lo llevarán a Bogotá antes de que llegue esta nota, quiero anticipar un resumen, para cotejarlo después con lo que se publique, a efecto de darme cuenta de la eficacia de mi fuente de información.

El texto contendrá:

1º El Tratado propiamente dicho.

2º Un protocolo militar.

3º Un protocolo financiero.

4º Una convención sobre el estatuto de las fuerzas europeas en la nación en que se hallen, cualquiera que sea el país de origen.

5º Un tratado especial con la Gran Bretaña en el cual figurará la garantía que esta nación ofrece, y

6º Un tratado que regula las relaciones entre el ejército europeo y la organización atlántica.

No serán determinados aún ni la sede de la vasta empresa, ni la forma de votación y escrutinio en el Consejo de Ministros y en el Parlamento del Ejército Europeo, ni la participación del Sarre en la Comunidad Europea de Defensa, ni la duración del tratado.

Aquellos textos serán completados por un acuerdo técnico militar, franco-británico, que será objeto de próximas negociaciones entre Lord Alexander y el señor Pleven, Ministro de Defensa en Francia.

Es posible que con ocasión de la firma del tratado sobre el ejército europeo se publique una declaración de los Estados Unidos equi-

valente a la garantía que otorga la Gran Bretaña a los países que forman parte de la Comunidad Europea de Defensa, garantía en virtud de la cual, el país que se separe de ella, pierde todos los beneficios de su adhesión, lo cual constituye más que una pérdida, una irresistible amenaza.

París, 9 de marzo de 1953.

De Augusto Ramírez Moreno, Embajador de Colombia en Francia,

Al Excelentísimo señor Presidente de la República y

Al señor Ministro de Relaciones Exteriores.

Bogotá.

Cuando estalló la guerra de Corea, el día 29 de junio de 1950 dirigí un cable para Su Excelencia el Presidente de la República y para el señor Ministro de Relaciones Exteriores, en que decía textualmente:

"Rusia apelará a China para sostener una guerra larga y costosa en el Extremo Oriente": esta previsión se ha cumplido plenamente.

El día 6 de marzo de 1953, antes de que se comunicara la nueva formación de las jerarquías en Rusia, en mi cable número 74, expliqué cómo debíamos esperar que el problema de la sucesión de Stalin se resolviera teniendo en cuenta:

"1º El poder secreto pero muy vigoroso del personal que sirvió directamente bajo Stalin" (Malenkov, Secretario personal de Stalin desde 1925; Kaganovitch, cuñado de Stalin; el Mariscal Vorochilov, camarada y también subalterno estrecho del difunto déspota).

"2º El ejército (continúa el Mariscal Bouglganine de Ministro de la Defensa y se aumenta el aporte militar con el nombramiento de Vorochilov para Jefe del Estado y de los Mariscales Jukov y Timochenko para auxiliares del primero), y

"3º El antecedente creado a la muerte de Lenin según el cual el problema de la sucesión se resuelve por la doctrina del homicidio" (Beria, Jefe de la Policía Secreta que asciende verticalmente en la jerarquía).

El hecho de no haberme equivocado respecto de estos puntos me estimula para dirigir esta nota, a fin de exponer otras opiniones sobre el importante problema de la política rusa.

Según informaciones autorizadas que no debo citar por el momento, el dictador soviético murió varios días antes de que se anunciara su enfermedad. No solo esta no es una conjetura sino una información, mas también lo razonable es que así haya ocurrido porque nadie se atreve a interrogar al déspota sobre cuáles son sus órdenes para des-

pués de muerto; mas también porque la muerte de Stalin fue repentina y no le dio tiempo para dictar sus últimas disposiciones. Es de notoriedad pública que los médicos rusos le habían augurado 150 años de vida; es de notoriedad pública que él se hacía inyectar suero de Bogomoletz cada dos días para prolongar su existencia, y es de notoriedad pública que diariamente se daba un baño de soda para mantener la juventud de sus moléculas. Lo más razonable es que haya muerto sin dejar un testamento, porque nadie se lo pedía y porque él estaba preparado y lo estaban preparando para vivir muchos años.

Se dio a conocer la enfermedad irremediable del dictador cuando organizaron las nuevas jerarquías del personal que trabajaba directamente con él, los representantes de las fuerzas armadas y los de las fuerzas homicidas, porque era necesario evitar una laguna entre el anuncio de la muerte y la organización del nuevo gobierno.

Es obvio que el gobierno ruso tenía que preocuparse de un posible pánico, tanto en la opinión ajena como en la de los países satélites y de ahí el tiempo que se tomara entre la muerte y el anuncio de la enfermedad irremediable y entre el anuncio de la muerte y las breves horas que pasaron antes de que se diera a conocer el nuevo gobierno.

Pero el actual estado de cosas es posible que no dure, siempre que la diplomacia de los Estados Unidos no obligue a mantener la solidaridad del comunismo ante el cadáver de su jefe.

Si la amenaza extranjera cesa, se me ocurre pensar que puede presentarse el siguiente proceso:

1º Agrupamiento espontáneo y sincero de una familia numerosa ante el cadáver de un jefe inmensamente rico.

2º Este agrupamiento dura hasta cuando la herencia vaya a dividirse, siempre que un viejo enemigo de la estirpe tenga la inteligencia y el tacto de suspender su querella contra los herederos.

3º El factor tiempo tendrá tanta fuerza explosiva e incendiaria como la bomba de hidrógeno para que las discordias de familia se presenten.

4º Mao Tse-Tung, que es un hombre muy inteligente, representante de la cultura refinada y antiquísima de un país que tiene el doble de los habitantes de Rusia, y que veía en Stalin su camarada no se someterá, más tarde, a aparecer como un satélite de Malenkov, y

5º El Mariscal Tito, que respetaba a Stalin, no tendrá el mismo sentimiento por su sucesor y aprovechará las ventajas de hablar la misma lengua doctrinaria de los gobiernos comunistas de los países satélites para infestarlos con su quinta columna.

Es posible que yo esté equivocado en estas apreciaciones; pero como en otros casos que he citado al comienzo de esta nota he tenido razón, me atrevo a dirigirme al Gobierno sugiriendo, respetuosamente, las etapas de un proceso posible de la política rusa que tiene tanta influencia sobre la suerte del mundo contemporáneo.

XV

EL FRENTE NACIONAL

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL CIRCO DE LA MACARENA, EN MEDELLIN, EL 23 DE JUNIO DE 1957

Cuando apoyo el oído sobre los recuerdos de mi infancia, escucho una copla que dice:

"Porque grito ¡Viva Antioquia!
Me llevan a la Central,
Adiós Antioquia querida:
Cuándo volveré a gritar".

La estrofa de melancólica arrogancia tuvo como musa esa campana de la Iglesia medellinense de La Veracruz, donde fui bautizado y que Caldas convirtiera en uno de los varios cañones que hizo fundir para emanciparnos con los bronces que él domó y con su indómita sangre; y poetas de esa estrofa, fueron Santander cuando dijo que Antioquia no protestó jamás por habérsele sacado hasta el último peso y hasta el último hombre para la independencia; don Juan del Corral —dictador y no tirano—, cuando asociado a José Félix de Restrepo dio el primer solemne paso para la libertad de los esclavos; el abanderado del Bárbula cuyo corazón fue recibido en Caracas como si un cortejo de héroes atravesara sus calles; Francisco Antonio Zea que en 1819 fue el primero que gritó: "La República de Colombia queda constituida" y también fue Apolo de esa estrofa el rionegrino inverosímil que en Ayacucho, con su tajante voz de mando, hizo para la victoria un corpiño de insólita belleza; y después de ese varón dionisíaco fueron poetas de la copla de mi infancia los dos Berríos, Fidel Cano, Uribe Uribe, Carlos E. Restrepo, los Ospinas, caracterizados todos por una mesura descomunal y un patriotismo de fuego.

Vosotros habéis igualado la estatura de vuestros mayores: lo ofrecistéis todo sin contar, con la tranquila mano ciclópea puesta sobre el cuello leonado del peligro, dispuestos a inmolaros y siendo inmolados el 10 de mayo por quien todavía viste el uniforme de los soldados de Colombia y se abriga a la sombra de nuestra bandera.

Bendito sea el Dios de Colombia, bendita la Trinidad Inmóvil por el gran milagro que festejamos: aquí están reunidos quienes antes

iban separados. Y bendito sea el pueblo de esta nación resplandeciente, porque asistimos aquí y ahora a unos funerales: los de la urna vacía cuyas cenizas hace un mes fueron dispersadas, los de una época en que no podíamos protestar libremente y en que tampoco pudimos gemir con libertad sobre nuestras glorias pretéritas. El despotismo sepulto nos impidió —¡oh Colombia!— narrar tus infortunios cuando no hay voz humana digna de cantar los himnos de tu alabanza.

En los primeros momentos del rescate evoquemos con pasión de amistad y con gratitud a Carlos E. Restrepo y el partido que fue imagen de sus ideas políticas. No hay duda de que el esbelto estadista antioqueño fue un dinámico precursor. Cometió el yerro de fundar un partido nuevo, pero este error funcional no desvirtúa el don radioso y filtrante de sus concepciones, como lo prueba el hecho de que los candidatos de su época a la Presidencia fueron Concha y Esguerra, dos colombianos que no resucitan para guiar el frente civil, porque tenemos en Valencia y en Lleras quienes nos conduzcan. Triunfa Concha y llama a los liberales al Gobierno, lo sigue Suárez y forma también un Ministerio mixto; Pedro Nel Ospina lo intentó; Olaya y el segundo Ospina pudieron establecerlo durante algunos meses y el Acuerdo del 20 de marzo es restrepismo puro.

Pero rindamos también nuestra lisonja conmovida a las oligarquías proletarias y a las económicas; a las de sotana y a las sociales, a las oligarquías políticas y a las juveniles oligarquías, impávidas como encinas entre el huracán de los dicterios y entre balas. Los obreros responsables y prestigiosos en su medio no vacilaron... y cómo se altivaron los ricos cuando el dinero tiene la fama de transaccional y de cobarde, y las sayas de las mujeres eran como banderas estrujadas y las sotanas de los frailes eran los estandartes de la revolución en marcha, y el Cardenal fue el Comodoro de la Segunda República, y los oligarcas sociales fueron reclutas insomnes, al tiempo que los oligarcas políticos eran sus creadores generosos y que la juventud de las aulas alzó tan alto la heroica melena que con su testa divisó el futuro, consagrándose de una vez como la avasalladora y la grande oligarquía del porvenir.

Todas estas formidables potencias tan batalladoras y tan fuertes, todas estas potencias ayer amenazadoras y hoy victoriosas, todas esas mujeres y esos niños listos al holocausto y todos esos varones que bajo la serenidad del Otoño fulgieron como astros porque con su rayo les hirió la cabeza el genio de Colombia; esa teoría de mujeres invencibles y de varones tremendos que debe su fuerza a que la patria muestre sus hijos con las raíces de su historia para atorarlas de dignidad y de gloria; todas esas clases sociales y tantas edades diversas se han reconciliado con las Fuerzas Armadas.

La reconciliación ha tenido el precio de la libertad y el precio de la paz; pero todavía la Junta Militar tiene que pagarnos el precio de la justicia y el precio de la austeridad.

Colombia no es una república de fuerzas armadas sino una patria de opinión pública: esta ejerce una espontánea reyecía absoluta sobre

las almas de arriba y sobre el alma triste de los que están abajo y es en nombre de esa reina como pedimos justicia, para que sean juzgados quienes el 10 de mayo desempeñaban las Gobernaciones de Antioquia, de Caldas y del Valle del Cauca; en nombre de ella pedimos que se investigue a quienes insultaron a las Fuerzas Armadas convirtiendo a los soldados en peones y a quienes en sus haciendas emplearon el combustible y la maquinaria de los contribuyentes para satisfacción de su gula; en nombre de la opinión exigimos que el monstruoso asesinato del Circo de Toros salga de los archivos a la luz y que se nos explique cómo es posible que el Servicio de Inteligencia Colombiano no solo hubiera estado allí presente e indiferente o presente y actuante, sino también por qué el Servicio de Inteligencia Colombiano continúa intacto bajo su clámide de espanto y pedimos que se entregue el Ministerio de Justicia a otras manos para que la fraternidad de las armas no sea el escudo de los culpables.

Pedimos justicia contra esa rata portadora de la peste que es la Asamblea Nacional, a la cual sigue alimentando el Gobierno sin que comprendamos su secreto designio, y pedimos elecciones inmediatas, como la única manera de tranquilizar al pueblo, porque mientras Valencia no sea elegido existirá un pavoroso interrogante.

Y pedimos austeridad: que cada uno de los miembros de la Junta Militar con helado coraje se decrete un sueldo desmesurado de Presidente, concedido; pero que los gastos grandes disminuyan.

Era posible no proclamar la reelección, era posible hacerse echar del Ejército como lo demuestra el gallardo ejemplo sin seguidores de Pioquinto Rengifo y de Ernesto Carrasco; era posible no tomar decisiones inmodificables que fueron después modificadas; pero lo que no es posible es que se sientan Presidentes de Colombia quienes no tienen título distinto del nombramiento que les hiciera el Supremo General Rojas Pinilla; lo cual quiere decir que de Presidentes tienen el sueldo, pero no tienen ni siquiera un subtítulo. La Junta Militar existe por nuestra condescendencia o por la amplitud del prestigio popular de sus eminentes individuos o por la fuerza de las armas. Que ella con su comportamiento nos señale su convicción para registrarla y obrar en consecuencia.

Yo os invito, señoras y señores, a que hagamos un acto de fe en las Fuerzas Armadas de Colombia. En todas las contiendas han brillado por su olímpico denuedo, por su "coraje de gallos"; su sable no puede herir la garganta de Colombia porque en él lleva ensartada la victoria. La Junta Militar ha elegido una Junta Asesora paritaria que merece nuestro acatamiento y a la cual le ofrecemos nuestro respaldo. Hay innumerables oficiales, suboficiales y soldados que han sufrido torturas patrióticas peores que las nuestras, con una paciencia valientísima que nos hace inferiores a ellos en la prudencia y en la templanza. De su desinterés son pruebas sus escasos haberes y sus insuficientes salarios que harían desfallecer a los glotones y a los débiles, pero que tiemplan la desprendida santidad del apóstol. Ellos —para ventura nuestra— están unidos y les pedimos que su patriótica unión la apliquen en servicio de esta gran República que ha probado ser la primera potencia

moral del Continente americano. Hagamos un acto de fe, señoras y señores, en las Fuerzas Armadas: que antes de traicionar la libertad el asta de la insignia que les hemos confiado les parta el corazón.

Y ahora arrojemos el ancla en una nube, en el cielo, que se despliega sobre nosotros como la higuera del Apocalipsis, agobiada de estrellas verdes en horizontes de cobalto.

La paz se ha hecho entre nosotros, luego de habernos desgarrado como fieras en la abominable guerra civil de las almas. No es nuestra política una de aristocracias claudicantes o de millonarios pérfidos o de proletarios que bajo cuerda conspiran. Nuestra política es un mandamiento de la historia, es un mandamiento del presente, es una exigencia del pasado y del futuro; esa política se impone a nosotros como un verdadero mandamiento de Dios.

La parte económica y fiscal la ha definido la Junta con sencillez y con grandeza, con buena fe y con honor. Los salarios van a subir y los ricos, estos ricos ejemplares y denodados y audaces y patriotas no tiemblan cuando saben que subirán los costos mientras se reducen sus ganancias. De su lado los gremios ofrecen su cuota de sacrificio con generosidad ancestral porque no hay campesino ni obrero ni peón comparables a los nuestros en el sobrehaz de la tierra. Sin el peón y sin el campesino y sin el obrero no tendríamos patria. ¿Qué sería de la nuestra sin esas muchedumbres, crepitantes antorchas que prendieron fuego a nuestra esclavitud política y barnizaron de sangre el primer cimiento de nuestra libertad? Si por pueblo se entiende la plebe, yo declaro que perteneceríamos todos con honor a la invencible y peleadora, a la espiritualísima plebe colombiana que cuando se altiva, empuja, atropella, rasga, tumba, aplasta y mata. En cada hazaña republicana, en todas las jornadas próceres, allí está, resuelta, astuta y álgida: se empina bajo las balas y reta impávida el fulgor mortecino de las bayonetas. Ella hizo temblar al dictador sangriento y al rígido tirano; acompañó como un soplo de tempestad la bandera; puso el corazón, como un rojo gajo en la testa cesárea de los emancipadores... y los senos marmóreos de Policarpa son las cúpulas gemelas y enanas del monumento que nuestra gratitud ha levantado —¡oh plebe colombiana!— a tu gloria inmortal. ¿Qué sería de nuestra historia si no estuviera henchida, toda, como una vela por el viento atormentado de nuestras multitudes? Y si no nos explicamos a Colombia sino por gente que la habita, también podemos preguntarnos qué sería de nuestro pueblo si no lo sombreara una patria generosa y sublime, incapaz de tiranía, cuyos hermosos huesos, compactos y largos se alimentan del tuétano católico y sobre cuya carne de laurel y claveles la sonrisa es liberal y la cabeza cúpula de basílica bajo la religiosa lumbre de los principios conservadores.

Y ahora, señoras y señores, un viva alborozado y confiado en nuestros dos grandes conductores. ¡Viva Lleras! ¡Viva Valencia! Lleras, para nuestra satisfacción y orgullo es un grande americano, pero a su instinto y a su orgullo dinástico y a su corazón de patriota le basta y le sobra con saberse uno de los grandes colombianos de todos los tiempos.

Y en cuanto a Valencia, todos sabemos que merece lo que le ofrecemos: una corona enorme, un insigne premio: loor a él, a su probidad inexorable, por su energía de titánida, por su fuego vital.

He concluido, señoras y señores. Bendita sea Colombia*.

Discurso en el banquete al doctor José María Bernal, en Medellín, el 28 de febrero de 1958.

SI LOS PACTOS SE ROMPEN, EL CAMINO DE LA GUERRA CIVIL QUEDARA ABIERTO

Ya dije en Santander que prefiero pasearme por una alameda de rostros animalizados por el fanatismo, a que los fanatismos me sonrían. La gran presencia agradecida de connotados ciudadanos liberales en esta fiesta, es la lógica del Frente Nacional en marcha. No puede haber Frente Nacional donde la patria no está encima y los partidos debajo. El suelo y el clima explican la planta: los cactus espinosos prosperan entre los guijarros brutos, sobre la espesa greda recalentada y estéril; las rosas corean los colores del cielo sobre una tierra feliz. El fanatismo es el surco donde enraiza la violencia quemada por el sol del odio: el Frente Nacional es el almácigo del sosiego y del entendimiento. El verdadero seguidor y el apóstol verdadero del Frente Nacional no vacilan en gritarle vivas a sus contrarios. Me parece que a esta sala fastuosa llega el fuerte y limpio aliento de la turba dolida, pero esperanzada en nuestra fraternidad verdadera: Señoras y señores: ¡Viva Colombia! ¡Viva el partido liberal! ¡Viva el partido conservador! ¡Viva la tolerancia! ¡Viva el honor de los partidos!

Señoras, señor doctor Bernal, caballeros:

El conservatismo antioqueño me hizo la merced de acordarse de mí cuando dispuso este homenaje que enaltece y legítimamente lisonjea un gran nombre contemporáneo, el de José María Bernal, tan discreto en la ambición como arrojado en el sacrificio de sí mismo, y tan resplandeciente por las virtudes familiares como por las excelencias ciudadanas. Su espléndido coraje al servicio de Colombia es una lección para todos los cobardes y la paciente modestia que ha ofrecido a la unión de sus copartidarios exaspera y castiga todas las soberbias. Yo de mi parte acepto la fórmula Bernal sobre composición del Directorio, porque es la única justa y viable. Esa fórmula da la medida de Bernal como creador de soluciones eficaces. Y si al protagonista de la fiesta se agrega la resonancia nacional de Medellín como escenario, quien como yo tiene ahora perentorios deberes políticos, debe usar de la ocasión para decir algo de lo mucho que le preocupa sobre la manera como se están forjando los cimientos del Frente Nacional. Hace poco

---

* **El Colombiano, 24 de junio de 1957.**

se desplomó en el Huila un templo magnífico porque estaba mal estructurado y el aeropuerto internacional de Bogotá desfalleció sobre débiles apoyos, sepultando a varios inocentes. El Frente Nacional es un refugio de la patria y no podemos tener complacencias, ni tolerancia, ni blandura para quienes pongan allí la mano con descuido, porque si los cimientos claudican vendrá el caos.

La primera observación capital que debemos hacer es la de que nuestra política civilizadora tiene una lenta capacidad de contagio en las masas. Muchos dirigentes de los dos partidos adelantamos con fe la tarea difícil e inmensa de la concordia; en Antioquia los jefes liberales son tan resueltos y tan desinteresados como los jefes conservadores; en Antioquia existen depósitos populares de fervor y de esperanza en el Frente Nacional: pero el fenómeno general es el de que nuestra política es de dirigentes y no de muchedumbres, lo cual debe constituir un viático insigne para nuestra conciencia, porque somos los campeones de un ideal empinado y de una dura y difícil faena.

Prometí a la Patria no proferir agravios contra persona alguna y he mantenido mi promesa y la mantendré hasta el extremo de que al vicio lo llamaría virtud para no desdecirme, porque uno de los grandes valores morales que agonizan es la palabra de las gentes de pro.

¿Qué opinaría de mí el pueblo, si como corifeo del Frente Nacional me presentara a una plaza pública y a título de jefe del debate conservador dijera que el liberalismo es la cola del ratón y que el conservatismo es la cabeza del león? Se diría que yo estaba demente o que no entendía la nueva política o que le era infiel. Pues bien: en la población de San Vicente un hombre extraordinario por la inteligencia y respetable por su compostura moral, investido de su cargo tan alto y tan cargado de responsabilidades como el que yo tengo, sin consideraciones por los muchos centenares de víctimas de los partidos que abriga su camposanto, dijo textualmente que el partido liberal es la cabeza del león y que el partido conservador es la cola del ratón. Esa frase literariamente admirable por la nobleza beligerante del símil y por su novedad escandalosa, se repite con dolor por todos los conservadores de Santander del Sur y es una paletada de inconsciente arena que no refuerza sino que debilita los cimientos del Frente Nacional. Aun cuando infinidad de testigos concordes afirmen el hecho, yo quedaré muy satisfecho de que sea rectificado por un amigo a quien profeso hondo afecto y admiración exaltada.

Es cierto que no tenemos nuestro electorado en las ciudades que votarán con entusiasmo y que son el treinta y cinco por ciento de los sufragantes y es igualmente exacto que el electorado de los campos no votará sino en un cincuenta por ciento debido a que se les ha presentado la división conservadora como un deber y como una fortuna y a que no se ha tomado ninguna providencia para facilitar la votación de los campesinos; y es cierto que sumadas todas las corrientes conservadoras no pondrán más de un sesenta por ciento de los votos liberales, debido a las causas que he señalado; pero ello no autoriza a nadie para afirmar que somos insignificantes y, mucho menos, bajo un régimen de "disensiente concordia", de entendimiento de los contendientes, de

mansedumbre idiomática, de Frente Nacional. Diciendo yo estas cosas, con moderación cordial, presto un servicio y las rectificaciones valerosas a mis informadores o a sí mismo que oiremos urgentemente, serán un servicio más grande aún, por la merecida nombradía de que disfruta el doctor Carlos Lleras Restrepo, quien no puede negarle al Frente Nacional el aporte de confundir a sus detractores.

Los amigos del doctor Laureano Gómez tratan de seducir a los conservadores enemigos de los pactos —que son muchos, muchísimos—, afirmándoles que una vez posesionado el Presidente conservador señalado por Gómez, los pactos serán desconocidos. El acontecimiento es particularmente notorio en el Valle del Cauca y en Santander. Todos sabemos que la acción política del jefe conservador a través de su vida, se hizo siempre bajo el signo del candor. Filósofo profundo y tratadista eminente de Derecho Público le propuso a los colombianos abolir la libertad de prensa y abolir el sufragio universal por su execrable torpeza, al tiempo que el Organo Ejecutivo del Poder —que es lo más importante de todo para el eminente tratadista— se le entrega lógicamente por el filósofo a la execrable torpeza del sufragio universal. En su gobierno todo es candoroso: las relaciones con el partido liberal, el claro y limpio propósito de no renunciar al cargo y de no ejercerlo tampoco, las subvenciones de los institutos oficiales y semioficiales al periódico de que es propietario, todo es transparente, nada se presta a duda ni a ambigüedad, porque no hay ninguna en su gran estrategia napoleónica de recibir triplicada su pensión de manos del usurpador para empobrecerlo, y si decide invitar al pueblo católico a desobedecer a los Obispos, observamos el mismo candor inmaculado porque alza una mortaja y le señala al pueblo un cadáver horrible y le dice que esa es la jerarquía inmediatamente antes de que su brazo la empuje en los infiernos. Por ello el doctor Alberto Lleras debe cerciorar bien a sus copartidarios de que el doctor Gómez no tiene que darle explicación ninguna acerca de la ruptura de los pactos una vez que el doctor Gómez le haya impuesto su candidato al partido liberal, que tiene en el doctor Gómez una fe inconmovible y cuyo Gobierno recuerda con entusiasmo agradecido. Entre los amigos del doctor Valencia, que tienen una reputación tan deplorable como la mía, o como la del doctor Luis Navarro Ospina, reconocida cabeza de un consorcio dedicado a enriquecerse con operaciones comerciales y usuarias en que aprovecha la influencia política de los allegados, entre los amigos de Valencia y el candor de Gómez, resplandeciente como la veste de un pontífice, el liberalismo podría vacilar por falta de quienes lo ilustren, pero ahí está el doctor Alberto Lleras, que siente su parentesco con el jefe conservador por la manera como gobernaron el uno y el otro y por la manera como han combatido a sus adversarios y por su estilo para servir los intereses comunes y por el escrúpulo caballeresco que ponen en el cumplimiento de los acuerdos y en el respeto de sus firmas. Que los amigos del doctor Gómez no traten de amedrentar a los liberales con la afirmación de que su jefe violará oportunamente los pactos porque los liberales creen firmemente en que como el doctor Alberto Lleras respetará su firma de abril, el doctor Gómez respetará todos los pactos y todas las promesas. Pero el Frente Nacional sufre una falla en su

estructura si el doctor Gómez no hace la declaración categórica de que sus amigos del Valle y de Santander han traicionado sus intenciones cuando lo acusan de estar fraguando una traición.

Si los pactos se rompen, los beneficiados serán quienes nos acusan de entreguistas y el camino de la guerra civil quedará abierto; pero no será una guerra con ejércitos donde quepa la grandeza, sino una prolongada crueldad donde tendrán su cama y su mesa los horrores. Y entonces sufriremos unos años el dolor de la vergüenza que es más duradero y más profundo que el de la sangre y volveremos a hacer un movimiento del Frente Nacional, por los meses de primavera que son los de marzo y abril, y cuando el doctor Alberto Lleras firme al pie del documento que lanza un candidato y le promete apoyo, habrá espíritus burlones que en la primavera de ese año de reconciliación repetida, piensen dónde estará la firma del doctor Lleras en los días de invierno por el mes de diciembre y en sus nuevos palíques con el doctor Laureano Gómez, o con sus dignos sucesores. Los espíritus burlones torpemente ignoran que el liberalismo se dividirá a fondo ante semejante mediatización que no ha sido jamás la política de Lleras ante el notable jefe conservador. Y yo protesto contra esos razonamientos injuriosos, porque el doctor Lleras sabe que el doctor Laureano Gómez proclamó la armonía entre los colombianos y el odio entre los conservadores y alza la bandera de la división conservadora, pero si hay una convención que no le pide permiso y sirve su gusto y su tesis de que el bien supremo es la división, acusa entonces a sus copartidarios de estar realizando una tarea abominable de división conservadora. Y protesto contra la gratuita injuria que los espíritus burlones le irrogan al doctor Lleras Camargo, porque no hay incompatibilidad ninguna entre la candidatura Valencia y el Pacto de San Carlos.

El doctor Lleras no ha dicho que se retracta de su firma, sino que como el doctor Gómez amenazó con desconocer los pactos si no era ratificado el candidato, él atendió a la carrera la orden patriótica que sin amenazas le dictaban y esa ratificación fue aceptada y debe ser conjunta, porque el honor del partido liberal está comprometido en la candidatura de Valencia y porque a tal punto es obvio que el lanzamiento de un candidato del Frente Nacional debe ser conjunto, que en la reunión de San Carlos se dijo que la expresión sobraba, puesto que los liberales y los conservadores existen y se hallan vitalmente interesados en el mismo asunto, desde el mismo ángulo de observación que es el de servicio apasionado a Colombia. Y como se dijo que no era necesaria, por ser obvia, la expresión no se puso y como no se puso, ahora se sostiene que fue rechazada y que como fue rechazada, los liberales no intervienen con su voto en la selección o en la elección del nombre conservador que debe servir como candidato nacional. ¿Aceptará Alberto Lleras, comprometido con Valencia bajo el honor de su firma, que solo voten los conservadores? El Frente Nacional tiene como su pilar de granito el nombre y la firma de Lleras, los pactos internacionales que ha firmado se honran con su apellido, nadie ha podido acusarlo jamás de violar la confianza que espontáneamente depositamos todos en su gusto del honor y en su pasión por la delicadeza y la decencia. Si la firma de Lleras al pie de la candidatura de Valencia

era provisional, Lleras lo habría dicho oportunamente y no diez meses después, porque una de las esperanzas que tenemos de salvarnos y una de las pocas riquezas morales que nos quedan es la firma de Alberto Lleras; y si esa firma se compromete en vano y carece de valor y es desestimada, esto solo ocasionará el desplome del Frente Nacional y el hundimiento de ese pilar aplastará a muchos inocentes y cuando de nuevo, ante la anarquía despótica o ante el dictador liberticida, hagamos un Frente Nacional, nadie pondría su firma al lado de la de Alberto Lleras, porque ésta ya solo serviría como cayado de ludibrios y como túnica de afrentas. Por eso yo tengo una fe desesperada, una inmensa y angustiada fe de náufrago en que Lleras no le hará a Colombia el daño de irrespetar su nombre y su apellido, su honra y su firma. La fe pública, el respeto mutuo mueren cuando un hombre puro se mancha. Y esa mano, la mano débil que colocó esa firma, ¿cuándo la volverá a cerrar alguien con orgullo?

El doctor Alfonso López ha establecido que la ratificación de la candidatura Valencia es conjunta, mientras el doctor Gómez afirma que debe ser hecha solamente por los parlamentarios conservadores. Yo quiero creer que el doctor Lleras acepta la interpretación de López y no la de Gómez. Donde no estoy de acuerdo con López es en que quien firma una candidatura no se compromete y realiza un juego "de quien merece nuestra perenne gratitud por los riesgos a que expuso su vida". Yo afirmo que un caballero y un hombre deja siempre su alma con su firma, y que quien salta sobre su firma pisotea su alma, que sufre más hollada por los escarpines de baile que por las botas de un patán.

Los dos Lleras y Laureano Gómez tienen que prestarle al Frente Nacional el servicio de iluminar a fondo estos extremos, para que esta noble y difícil estructura no se desplome sobre sus bases de arena. Si permanecen en silencio, ellos saben que el pueblo me conoce y me respeta, tanto como ellos me conocen y respetan, porque conociéndome en todas mis debilidades y en todas mis imperfecciones, ninguno de los tres se atrevería a sentirse un milímetro más alto que yo en el campo moral y en el de la elegancia. Como no se atreverían, tampoco doctor Bernal, a menospreciar vuestro aporte limpio y sólido a esta segunda República por la cual brindamos, ya que brindar por ella es brindar por vos que sois uno de sus gloriosos fundadores*.

EL MINISTRO DE LA PAZ

En buena hora el Presidente Lleras llamó al Ministerio de Gobierno al doctor Augusto Ramírez Moreno, para representar al partido conservador en el régimen de responsabilidad conjunta establecido por el Plebiscito. En la plena madurez de sus días, sereno y grave, el doctor Ramírez Moreno ha aportado al Gabinete no solo su extraordinaria inteligencia sino su penetrante sentido político, su tranquilo desdén, su valor, su prudencia, su patriotismo. Tal vez ninguno de los dirigen-

---

* **El Colombiano, 1º de marzo de 1958.**

tes políticos de Colombia tiene como Ramírez Moreno motivos sentimentales y morales para odiar la violencia y propiciar el entendimiento y la concordia. Precisamente pocas semanas antes de ser nombrado Ministro de Gobierno el insigne político y elocuente tribuno, acuñó su credo político en una narración dramática publicada por el periódico El Tiempo, obra maestra de sabiduría y de verdad. Allí puede leerse, entre otras cosas:

"Nosotros no somos una fuerza de derecha, ni una fuerza de izquierda. Somos los herederos de un legado político enorme y armonioso que nos coloca en el centro. Nuestros antepasados defendieron dos valores vitales, la libertad y el orden, que se resumen en uno: la democracia. Cuando se presentaron los totalitarismos de izquierda y de derecha, la levadura católica de nuestra doctrina nacional, hirviendo, salió a la superficie para consumir los despojos del fascismo, del nazismo y del comunismo con que quisieron infestar las más profundas amarguras que se depositan, como las heces, en el fondo de cada bandería... La cobarde neutralidad es sospechosa... El hombre de extrema, cualquiera que sea su ubicación, se arma clandestinamente, suspira por el caos, arrima combustible y explosivos a todas las agitaciones, al tiempo que nosotros vivimos las faenas y los días como creadores mansos de costumbres benignas.

...Se dice que la democracia descompone la paz, que la democracia es por definición turbulenta y desordenada; se dice que solo la dictadura implanta el orden y que solo bajo ella los ciudadanos pueden desempeñar tranquilamente el papel que desean. Pero yo afirmo que el orden es la libertad en la justicia, y que, como bajo la dictadura no hay justicia ni libertad, eso que llaman orden es el de las filas de sepulcros que no se mueven y no gritan. Y yo digo también que lo que se llama desorden democrático es el veto juvenil y fecundo que cada ciudadano puede oponer a los excesos del que manda. Por otra parte, la inteligencia necesita el ámbito de la libertad, como los pulmones el oxígeno, porque el condiscípulo de la verdad es el error, y la inteligencia sometida es como un águila entre un horno, con las alas dolorosas, sin fuerza para conquistar los espacios libres".

Estas ideas constituyen la sensatez misma y representan lo mejor de las tradiciones colombianas. Así han pensado nuestros más grandes estadistas en sus mejores momentos, desde Santander y Márquez hasta Alberto Lleras y Mariano Ospina Pérez.

El doctor Ramírez Moreno ha demostrado poseer en grado sobresaliente las dos excelsas virtudes que distinguen al verdadero hombre de Estado: la discreción y la paciencia. Siendo uno de los mayores oradores del país, se ha limitado a decir lo útil y lo necesario, conociendo como conoce los peligros de la elocuencia. Para quien tiene como él, en uno de los momentos más complicados de la historia colombiana, responsabilidades supremas, es preferible ser discreto a ser brillante. De la paciencia, dijo Suárez: "No es paciencia aguantar la adversidad en atención a un fin depravado; no es paciencia la del salteador que por robar sobrelleva las privaciones y las inclemencias de la naturaleza; pero es paciencia la voluntad del hombre que se tiene firme contra la

fortuna y contra sus adversarios, sin aflojar ni abatirse, doblegando la cabeza para que el turbión pase, e irguiéndola luego para seguir ascendiendo al fin que se propone".

El doctor Ramírez Moreno les inspira confianza a liberales y a conservadores, y ha desarmado a sus adversarios. Vigila desveladamente el orden público y trabaja por la paz. Es el Ministro de la alta opinión nacional*.

EL REGIMEN. INTRODUCCION AL INFORME DEL MINISTRO DE GOBIERNO AL CONGRESO

Honorables Senadores y Representantes:

Cumplo con el deber de rendir informe de mi gestión como Ministro de Gobierno desde el 24 de noviembre de 1960.

La invariable pertinacia con que promulgué la necesidad de la reconciliación pública y del Frente Nacional desde mi regreso de Lima, la circunstancia de haber firmado el pacto o manifiesto del 20 de marzo de 1957 y algunas actitudes muy claras que confirmaban que en la prelación de valores políticos yo colocaba primero la estrategia del olvido de las mutuas heridas, tal vez expliquen la honrosa confianza que patrióticamente depositó en mí el señor Presidente, doctor Alberto Lleras Camargo.

Llegué al Ministerio con ánimo tan desprevenido que no he cambiado ni un solo funcionario, y el señor presidente de la república puede dar fe de mi voluntad permanente de servir con sinceridad y con desinterés a este régimen tan nuevo y en formación apenas, pero que ya es ilustre por los duros castigos que viene recibiendo desde diversos flancos.

Me parece que el régimen se apoya en dos supuestos: el primero, que la lucha victoriosa de los colombianos contra las hegemonías que alternativamente se iban sucediendo en el Gobierno, demuestra históricamente que una política de centro es la doctrina y es la vocación de nuestros compatriotas; y el segundo supuesto es el de que por arrebatarse de entre las manos esa hegemonía, y durante lustros interminables, los partidos se enfrentaron como fieras. Entonces, el Frente Nacional representa el gusto por el centro de nuestros compatriotas y es el yugo que la voluntad popular le impuso a los liberales y a los conservadores para obligarlos a emplear sus energías en los terrenos de acuerdo y no en los campos de discordia.

En el momento en que el Frente Nacional hacía su tránsito de teoría a realidad concreta, el partido conservador y el partido liberal estaban unidos en la lucha contra la dictadura y por eso la teoría no

---

* **La República**, 21 de diciembre de 1960.

previó el maligno destrozamiento de nuestras colectividades históricas; no habiéndolo previsto y habiendo definido el sistema en bloques jurídicos que solo pueden alterarse o modificarse apelando a sabios y lentos ritos constitucionales, en el Gobierno están representados paritariamente los dos partidos como lo ordenó el Plebiscito. El Presidente ha querido que entren a ejecutar la política del régimen todos los grupos representados en el Parlamento; pero el movimiento revolucionario liberal se declara enemigo de la fórmula constitucional vigente, y voluntariamente se cierra las puertas de la colaboración, ya que nadie podría pedirle que obrara contra sus persuasiones políticas, al tiempo que el ala doctrinaria del partido conservador rehúsa ocupar puesto en el gabinete con los miembros del conservatismo unionista, y como el desencadenamiento jurídico es incontenible y no puede el Gobierno abdicar por falta del precioso concurso de los compatriotas que militan en esas dos vertientes de las colectividades tradicionales, hemos tenido que resignarnos a aceptar la ley de no colaboración que nos han impuesto quienes se hallan inconformes con la manera como el Presidente de la República está ejecutando la moderna doctrina política de Colombia.

A pesar de aquellas graves dificultades, el imperio de la democracia se ha restablecido en Colombia y ningún hombre honrado puede afirmar que el Poder oprime o que el Gobierno mutila derechos o troncha libertades. Las tesis implícitas en el movimiento salvador de nuestra honra y de nuestra historia, están todas en pie; la palabra es libre, libre es la prensa, el Congreso es respetado y una imparcialidad de espíritu indomable, una imparcialidad que no hace concesiones a la inspiración partidista, son hoy innegables realidades que sirven de ejemplo y de enseñanza a las repúblicas americanas.

Como se trata de un sistema en proceso de implantación y crecimiento, el Gobierno ha tenido especial cuidado en ir creando con sus palabras y con sus hechos la tradición, la costumbre a la cual pueda acudirse en el futuro en busca de orientaciones para aplicar rectamente el Frente Nacional. Pero es claro que no se trata de un partido nuevo a la defensiva, sino del ensayo del Gobierno, de la responsabilidad conjunta del poder, y que si sus adversarios derrotan en las urnas esta concepción generosa y por los métodos legales modifican la Carta, el Gobierno reconocerá tranquilamente que su teoría y su práxis han sido derrotadas, y yo pienso, honorables senadores y representantes, que sería un grande honor para este gobierno y un motivo de satisfacción democrática inclinarnos con orgullo ante un sufragio mayoritario, y este respeto por la voluntad popular, y esta limpidez de la conducta, son precisamente las mejores esencias de la nueva doctrina que el régimen le ofrece al porvenir. Como la dirección política del Organo Ejecutivo del Poder está formada constitucionalmente por el Presidente y por el Ministro de Gobierno, el Primer Mandatario de la Nación y yo hemos trabajado con ejemplar armonía, colocando los valores simplemente políticos como subalternos de las soluciones de tipo nacional. En varios documentos que se incorporan como anexos, aparece demostrado que hemos defendido la autonomía de los funcio-

narios públicos frente a los directorios políticos y que no hemos tenido contemplaciones con los empleados que se han hecho reos de intervención en menesteres partidistas.

* * *

Si uno de los dos partidos declarara la oposición al gobierno y decidiera no colaborar, estaría dando un golpe de Estado contra la Constitución que ordena a los dos constituir y mantener un Gobierno de responsabilidad conjunta. La oposición ocasionaría un vacío jurídico que no puede llenarse dentro de los supuestos fundamentales del presente. El sistema constitucional de Colombia hace imposible la oposición, de cualquiera de los dos partidos, porque ésta comporta la no colaboración, del propio modo que ata al Presidente quien no puede deshacerse del partido que exprese sus desacuerdos con la gestión que adelanta. Solo es constitucional el derecho de disonancia. Los partidos con carta de ciudadanía, los conservadores y los liberales, legalmente están obligados a colaborar, pero no podrían normalmente, sin crear una crisis profunda en el sistema, declarar la no colaboración total.

* * *

La célebre frase, atribuida a Voltaire, de que "yo desapruebo fundamentalmente lo que vosotros decís, pero defenderé hasta la muerte vuestro derecho a decirlo", demostró su vulnerabilidad ante la respuesta que acuñó Veuillot: "Os pido en nombre de vuestros principios la libertad que os niego en nombre de los míos". Así quedó demostrado que el poder de la izquierda revolucionaria, nacida contra los despotismos del siglo XVIII, si bien pudo señorear la estructura del Estado durante la pasada centuria, estaba inerme para resistir el embate que los absolutismos de la derecha habrían de infligirle en el siglo XX. Las tesis liberales de la Revolución Francesa fueron así desplazadas de la izquierda por no tener armas que defendieran su subsistencia frente a las antítesis del fascismo y del nacional socialismo. Para oponerse a éstas, el esquema izquierdista varió fundamentalmente sus doctrinas, el ideario de la comuna dejó de ser la fuerza rebelde para convertirse en un marasmo reaccionario indigno de sobrevivir. La libertad de cultos fue substituida, en la hora actual de las izquierdas, por el Estado ateo, la libre empresa por la nacionalización de los medios de producción y los derechos individuales sucumbieron entre las tormentosas exigencias de la lucha de clases.

Por su parte, la extrema derecha hizo entrega de las funciones vitales del Estado a la corporación, dejó sin vigencia los derechos fundamentales del hombre y, en ciertos casos, implantó el confesionalismo religioso.

Buscar un equilibrio entre izquierda y derecha, parece ser la consigna en el régimen de Unión Nacional imperante en Colombia, estructurado sobre la autodeterminación de la sociedad en forma plebiscitaria, respeto a la libertad humana, limitación de los Organos del Poder

Público, armonía de clases y autonomía administrativa. Frente al partido único que imponen izquierdas y derechas, predica la pluralidad partidista; al sindicalismo obligatorio, opone la libertad de asociación y contra la subordinación administrativa del Gobierno, declara su autonomía. Es, en consecuencia, un régimen de centro, adicto al sufragio universal, respetuoso de la iniciativa privada y ligado al sistema representativo.

II

El serio problema de la violencia ha sido afrontado por el Gobierno y por las Fuerzas Armadas con un resuelto espíritu de justicia. Cuando la persecución de los bandoleros da por resultado la entrega o rendición de éstos, se les juzga con todos los trámites y cautelas para el reo, previstos por las leyes positivas; pero en los casos en que los maleantes han opuesto resistencia armada al Ejército o la Policía, también es de justicia que la Fuerza Pública se defienda, y por eso los que no han podido ser capturados para atenerse a las consecuencias de sus actos dentro de las formas propias de cada juicio penal, han sufrido las consecuencias de su agresión contra las Fuerzas Armadas que han dado de baja cierto número de bandidos tristemente famosos, con grande alivio para la sociedad.

Las dificultades que se presentan en la eliminación de la violencia residen en que las cuadrillas repartidas en pequeñísimos grupos y en topografías montaraces, se hacen prácticamente inasibles. El ejemplo de las guerrillas que nunca pudieron ser domadas o completamente reducidas en territorios diminutos, como el de Grecia, en lucha contra el ejército alemán que era entonces el más poderoso del mundo, es una prueba flagrante de las dificultades que presenta la extirpación de pequeños grupos combatientes, con equipo liviano, conocedores magistrales del suelo en que actúan y con la más poderosa de las armas de guerra a su servicio, que es un completo servicio de inteligencia regado en todas partes y completamente gratuito.

Pero los avances realizados, aun cuando no nos dejan satisfechos, sí demuestran que de parte del Gobierno y de las Fuerzas Armadas existe la voluntad inexorable de aplastar a los revoltosos, que no se entreguen.

No podría concluir este punto de mi informe sin rendirle un tributo de admiración y gratitud a los Soldados y Policías de Colombia, a los Suboficiales y Oficiales a quienes he visto cumpliendo su deber y exponiendo la vida en condiciones de incomodidad y de fatiga que verdaderamente conmueven y que los hacen acreedores a la confianza y al respeto públicos.

En el estudio que me correspondió presentar como miembro de la comisión que examinó las causas de la violencia expliqué su variedad y su multiplicidad, que pueden resumirse así:

1º La pedagogía del odio en las familias.

2º Las causas económicas que van desde el contrabando de armas hasta el interés en la deserción de las propiedades por parte de sus legítimos dueños.

3º El fraude electoral.

4º La inmiscuisión de los empleados en política, y

5º La infiltración de métodos revolucionarios que estimulan la ferocidad de los perversos.

El Gobierno lucha en todos esos frentes, y podemos estar razonablemente seguros de que la intervención de los funcionarios en política y el fraude electoral han sido erradicados y no operarán en las próximas elecciones.

El interés económico como explicación del crimen, el deseo de riquezas, son tan antiguos como el hombre y lo razonable es esperar progresos lentos en este campo.

En cuanto al odio y a la infiltración de los agitadores, el Estado tiene al frente una difícil obra que no será abandonada ni un solo momento.

Creemos que la misión del Gobierno es doble en estos últimos aspectos de la violencia en Colombia. El segundo aspecto consiste en el hambre que siempre ha sido revolucionaria y de los hombres sin techo que agitan a la sociedad con su resentimiento justo; y el primer aspecto que consiste en cambiar el esquema de valores de las masas colombianas para convertirlas en pueblo consciente, culto y libre. La batalla contra el comunismo tiene un adyuvante o auxiliar precioso en el desembolso del Estado para fines de asistencia social: la comida, la vivienda, la tierra, el crédito a largo plazo, son obligaciones ineludibles para el Gobierno; pero naturalmente la caridad de los ricos y la iniciativa privada deben concurrir a estos fines; pero la esencia de la lucha para propagar una actitud cristiana de la mente y del corazón ante la vida y ante el prójimo y ante las autoridades, es una faena espiritual, es una obra larga, intensa y metódica de las radiodifusoras, de los colegios y universidades, de los folletos y de los libros baratos, del ejemplo de los que están arriba y de los favoritos de la fortuna. Con caridad y con asistencia social no se modifica la inteligencia de los hombres; la inteligencia humana solo se modifica con las ideas y con los ejemplos. Por fortuna tenemos ya entre nosotros una vigorosa creación de este tipo que busca la conciencia humana para influirla y este nuevo monumento alzado en honor del pueblo y para su servicio se llama la Acción Cultural Popular que con muy variados elementos está defendiendo a nuestras clases desposeídas para que su espíritu no se le entregue a las fuerzas de disolución y de muerte.

Pero que no olvide el Congreso que la peor secuela de la violencia es una infancia abandonada, ignorante, hambrienta y mal inclinada que prolifera no solo en las ciudades sino también en el campo. Todos sabemos que las cuadrillas de malhechores están integradas en su mayoría por adolescentes y para que un solo síntoma sirva al Parlamento

para formular el pronóstico de este horrible mal, le aviso que el Gobernador de Antioquia afirmó en la reunión de Gobernadores que hubo en Palacio, con asistencia del señor Presidente de la República y del Ministro de Guerra, que en Puerto Berrío hay inscritas como mujeres públicas 400 niñas menores de 14 años.

Si las leyes no dotan al Gobierno de poderosos instrumentos para corregir esta situación aterradora, si esos niños y esas niñas son precursores de la patria del futuro, muy tristes días le esperan a Colombia.

Considero que un sistema de soluciones para esta gran vergüenza de la patria debe confrontar sus tres aspectos, a saber:

1º El de la miseria que se resuelve con techo y con pan y con salud, empleando como herramientas la asistencia pública y la caridad cristiana.

2º El aspecto de la readaptación en la agricultura y la ganadería o en escuelas de artes y oficios, de todos los descarriados, para lo cual el país dispone de religiosos y de seglares que tienen el gusto y la experiencia de este apostolado, y

3º La propaganda ordenada y torrencial desde las radiodifusoras, la tribuna pública y la imprenta, para luchar a brazo partido en la defensa y para la ilustración de la mente de nuestras masas, para que dejen de ser masas y se conviertan en pueblo, es decir, para que hagan el tránsito de lo simplemente pasional a la vida de las ideas.

III

Bajo la dirección del señor Presidente, el Ministerio de Gobierno le ha puesto constante atención a los Territorios Nacionales, conocidos con el nombre de Intendencias y Comisarías.

Hasta el momento de escribir este informe he visitado la Comisaría Especial del Amazonas y la Comisaría del Vichada.

Como anexo de este informe encontrarán los honorables Senadores y Representantes la crónica de mis viajes ofrecida al señor Presidente Lleras Camargo.

Pero destaco especialmente la necesidad de aumentar el presupuesto de esas dos importantes pero débiles reparticiones territoriales.

Sin duda alguna la mejor tierra de humanidad que ofrece el Amazonas en sus dilatadas orillas es la altísima barranca de unos 80 kilómetros de largo que arranca en el Brasil y de la cual corresponden 76 kilómetros a Colombia.

Un colombiano eminentísimo por su ilustración, por su inteligencia y por su patriotismo, el señor doctor Hernando Caicedo, quien visitó la cabecera del Amazonas, que es Iquitos, a 100 kilómetros de la confluencia de Ucayali y del Marañón y quien tomó informes de expertos sobre la amazonia, escribió un folleto muy elocuente para demostrar que esos territorios inmensos carecen de porvenir. Oportuna-

mente escribí al doctor Caicedo manifestándole que esa generalización, sobre una hoya hidrográfica tan extensa como Europa, era inaceptable, porque fatalmente las inundaciones de los ríos deben ir depositando limos que hacen la feracidad de las tierras. En cuanto corresponde a la pura orilla de Colombia sobre el Amazonas, puedo dar fe de que 76 kilómetros no inundables —de los 140 kilómetros de su extensión total— ofrecen un clima grato y salubre donde encontré gente sana y excelentes ganados. En todo caso el Amazonas tiene una cuenca más dilatada que la del Mar Mediterráneo y nuestro acceso a este mar de América es una carta de triunfo para las generaciones del porvenir.

Allí hay que hacer la carretera Tarapacá-Leticia para prolongarla luego hacia el Norte, hasta La Pedrera. Quiero advertir que en la región de El Doncello, según me informa el Mayor de Infantería de Marina Mario Mejía, actual comisario especial del Amazonas, sobre el río Caquetá se ha descubierto un riquísimo yacimiento de asfalto que le permitirá al gobierno realizar viejos sueños como la pavimentación de la carretera La Tagua-Leguízamo y la que debe hacerse sobre la margen derecha del Caquetá para evitar los raudales de ese río.

Puerto Carreño está situado en la confluencia del Mar Orinoco, de un gran río que es el Meta, y de uno menor pero también navegable, que es el Bita. Para hacer el plan piloto del Puerto, el ministerio está adelantando un contrato y ha aconsejado la construcción de la carretera Casuarito-Santa Rita, para evitar los raudales de Atures y Maipures, y la construcción de unos puentes y el relleno de unos bajos en la carretera de 900 kilómetros que une a Puerto Carreño con la capital, de manera que sea transitable en todo tiempo, porque el Meta en época de estiaje no es navegable, ya que su cauce es tres veces más ancho que el río Magdalena y con las mismas aguas que éste.

Tengo el propósito de ir a Arauca en los primeros días de agosto; luego a la Guajira, y posteriormente al resto de los territorios nacionales, que están muy abandonados y necesitan de nuestra parte un gran esfuerzo de comprensión y de interés.

IV

No está satisfecho el Gobierno con los avances realizados por la cedulación. No creo que en esta carencia toda la culpa sea del Estado, porque tengo la impresión de que los directorios políticos no han puesto diligencia suma —como debían ponerla— para estimular el entusiasmo cívico de sus caudatarios.

Pero el gobierno sí puede darle tranquila y decisivamente a la nación la promesa de que su imparcialidad es inexorable, aun cuando ella favorezca a quienes lo atacan y perjudique a quienes lo apoyan.

Es natural que una democracia libérrima como la que hemos implantado, haga del Gobierno un blanco fácil para la diatriba injusta, pero comprendemos que las osadas injurias son propias de la libertad, y demostraremos con hechos que cumpliremos con nuestro deber

sin discriminar entre quienes nos aplauden y quienes nos silban porque no hay vilipendio que llegue hasta la altura en que colocamos nuestro sentido apasionado del deber.

CIRCULAR TELEGRAFICA NUMERO 321

Bogotá, D. E., 27 de febrero de 1961.

Directorios Departamentales Liberales República.

Me he reunido con la Corte Electoral con el objeto de empezar los preparativos de las próximas elecciones, a fin de que toda la ciudadanía esté cedulada y de estudiar las medidas para imprimirle rapidez y certidumbre a los escrutinios. La Corte Electoral afirma que hay pereza en las personas mayores de veintiún años para cedularse; al tiempo que he tenido quejas de varios directorios sobre la pereza de los Registradores del Estado Civil para cumplir su cometido. Toda queja contra los Registradores bien sea por holgazanería o bien porque cedulan a menores de edad, deben dirigirla inmediatamente al Registrador, quien impondrá las sanciones indispensables; pero al mismo tiempo ustedes deben estimular a sus copartidarios para que adquieran el título de ciudadanos. El gobierno toma con tiempo la iniciativa de establecer estos puntos de partida y estos supuestos de trabajo para que los directorios políticos se den cuenta de que sobre ellos reposa la doble responsabilidad de las quejas contra los funcionarios deficientes y de promover la cedulación entre sus adictos.

Cordialmente,

Augusto Ramírez Moreno,
Ministro de Gobierno.

EL GOBIERNO DEL FRENTE NACIONAL

Circular del doctor Augusto Ramírez Moreno, Ministro de Gobierno, sobre su concepción y práctica, respecto a funcionarios, directorios y grupos políticos.

Bogotá, 5 de marzo de 1961.

Gobernadores, Intendentes, Comisarios:

Con alguna frecuencia se presentan conflictos de autoridad y disciplina al Gobierno de responsabilidad conjunta, originados, sin duda, en la novedad y delicadeza de las normas constitucionales escogidas por los colombianos en diciembre de 1957. De común acuerdo con el Presidente Lleras, me ha parecido oportuno y útil recordar cómo hemos venido interpretando la enmienda constitucional y cómo deben las administraciones seccionales entenderla, para evitar dificultades que en un año inmediatamente anterior a las elecciones generales van a ser de constante ocurrencia.

1. Los funcionarios políticos del Gobierno del Frente Nacional no son agentes de su respectivo partido. Desde el momento en que reciben su encargo, representan políticamente a los dos partidos. No hay en cada gobierno, ya sea el nacional, el seccional o el municipal, una zona conservadora y una liberal, es decir, dos gobiernos, sino uno solo de responsabilidad conjunta. Bajo la dirección del Presidente, de cada gobernador, intendente, comisario o alcalde, se ejecuta solamente una política de los dos partidos, y un permanente entendimiento entre los funcionarios de distinta filiación debe evitar que se presenten pugnas o choques dentro de la administración. Ese acuerdo no se puede obtener, ni podría perdurar, si se divide la administración en dos zonas independientes y autónomas, cada una de ellas dirigida por el criterio político de su más alto funcionario. Tampoco podría lograrse el acuerdo nacional si se entendiera que el país se ha dividido en departamentos liberales y departamentos conservadores, según la filiación del gobernador, o que los municipios han sido entregados a la discreción de un determinado partido, señalado por la filiación de su alcalde o de las mayorías locales. En toda la administración debe prevalecer el acuerdo. El equilibrio en las posiciones políticas no es sino la mecánica de obtenerlo, pero estaría en serio peligro si se le sustituye por la zonificación del Poder Público y por la paridad entre dos sectarismos. El simple reparto equitativo de las posiciones burocráticas no fue la finalidad del Plebiscito que, como lo expresa la enmienda aprobada, tiene por objeto "que los dos partidos políticos, el conservador y el liberal, colocados en un pie de igualdad, dentro de un amplio y permanente acuerdo, tengan conjuntamente la responsabilidad del Gobierno y que éste se ejerza a nombre de los dos".

2. Ni el Presidente, ni los Ministros, ni los Gobernadores, Intendentes y Comisarios, ni los alcaldes perdieron con la enmienda constitucional, en relación con las directivas políticas de los partidos, la autonomía de sus funciones, ni la responsabilidad por sus actos. El Gobierno es de los dos partidos, pero se ejerce con las mismas atribuciones y obligaciones que tenía cuando podría ser Gobierno de uno solo o de una coalición voluntaria. En todas las Ramas del Poder, y no solo en la Ejecutiva, los partidos están colocados en igualdad de condiciones.

En las Cámaras, Asambleas y Concejos, sus voceros pueden ejercitar funciones por medio de las cuales limitan y vigilan constitucionalmente las atribuciones de la Rama Ejecutiva. Los directorios políticos de cada partido son mecanismos internos de su organización, que no han adquirido por el Plebiscito una responsabilidad constitucional de gobernar, y sería, por consiguiente, equivocado pensar que pasando funciones de Gobierno, tales como los nombramientos de sus agentes, a las directivas políticas, se realiza mejor el Frente Nacional. Es conveniente mantener un sistema de consultas con ellas, como un medio eficaz de orientación para los gobernantes, y así lo hace el gobierno Nacional para buscar el acuerdo entre ellas en la legislación y en la administración. El respeto que las direcciones nacionales de los partidos han mantenido por la órbita constitucional en que se mueve el Gobierno y por sus atribuciones, debiera ser un ejemplo y una orienta-

ción para las relaciones entre los gobernantes seccionales y municipales y las directivas políticas correspondientes.

3. No hay una consigna de exclusión a determinados sectores políticos en la Administración Pública. Voluntariamente algunos grupos han declarado que les conviene no participar de las responsabilidades del Gobierno y otros han preferido adoptar actitudes de oposición al Gobierno o de incompatibilidad con sus derroteros, programas o compromisos. En el primer caso, el Gobierno ha buscado por todos los medios y sigue buscando la colaboración con ellos. En el segundo no está en las mismas condiciones porque debe evitar que esa colaboración se entienda como una participación en los propósitos políticos que se distancian radicalmente de los suyos y aun de las normas constitucionales vigentes, como la que establece la alternación. Pero haya o no colaboración de los diversos sectores de opinión de los dos partidos, no puede haber en el Gobierno ningún movimiento que justamente llegara a entenderse como persecución a corrientes políticas o ciudadanos, ni privación de parte alguna de sus derechos para ejercer su acción política. No va a haber tampoco maquinaria al servicio de candidaturas, ni acción del Gobierno para favorecer unas sobre las otras, ni parcialidad de los funcionarios públicos, ni intervención de éstos en las luchas políticas. La oposición que exista debe gozar de las más amplias garantías para ejercitar su acción, mientras se mantenga dentro del orden constitucional. Los ciudadanos deben tener la certidumbre de que disentir del Gobierno no va a causarles perjuicios ni a traerles abusivas represalias de parte de las autoridades.

Creo que estas líneas de conducta, celosamente guardadas, garantizarán el pleno ejercicio de la democracia y una interpretación acertada de la política del Frente Nacional.

Considero indispensable que los Gobernadores, Intendentes y Comisarios se atengan a ellas y que es mi deber, cuandoquiera que en mi concepto la política nacional única esté en peligro de ser mal interpretada, intervenir amistosa y decididamente ante los agentes del Gobierno Central para que se mantenga. Otro tanto deben hacer ellos con los alcaldes y empleados subalternos, porque es indispensable que haya una simetría en la política de la Administración, desde los más altos cargos hasta los menos importantes. Con ese espíritu, en más de una ocasión, he discutido con los Gobernadores en forma cordial y les he hecho sugerencias sobre la manera como mejor puede realizarse en la práctica el Frente Nacional, acondicionando la conducta de los funcionarios a las grandes líneas que he mencionado atrás, y sin pretender reducir su autonomía o su responsabilidad, que obviamente tienen el límite de ser ellos los agentes del Presidente de la República y los encargados de realizar su política.

Una obligación fundamental del Gobierno Central es propiciar y mantener el acuerdo de los partidos y por eso estoy, como deben estar los gobernantes seccionales, atento a todo peligro de que se rompa y siempre dispuesto a alejarlo. Con el Presidente de la República examino

las situaciones concretas y con su autorización intervengo cuando me parece estrictamente necesario prevenir una dificultad o evitarla.

Los saludo muy atentamente,

Augusto Ramírez Moreno
Ministro de Gobierno*.

EL MINISTRO DE LA POLITICA

Un mes antes de la renuncia colectiva del Gabinete, el doctor Ramírez Moreno presentó renuncia de la Cartera de Gobierno, principalmente por motivos de salud. El partido conservador y el Frente Nacional le deben gratitud inextinguible por la manera definida y valerosa como supo interpretar la política de entendimiento entre los partidos y defenderla ante el Congreso y la opinión pública.

El país estaba acostumbrado a Ministros de Gobierno un poco temblorosos o demasiado ecuánimes que no se atrevían a defenderse y a defender al Jefe del Estado y su política. Una oposición se adueña así del Congreso e impide gobernar. El doctor Ramírez Moreno, con la cabeza siempre altiva y con varonil elocuencia, devolvió golpe con golpe, en la convicción de que ni al Presidente Lleras ni a él se les hace cargo alguno que no puedan desbaratar de manera fulminante. Ambos ejercen, en cierta forma, la dictadura de la honestidad.

Los trabajos y los días no han logrado hacer mella en el doctor Ramírez Moreno, quien en su arrogante madurez presenta el aspecto "de esas viejas rocas batidas por la tempestad". Su elocuencia es todavía la de la juventud: no ha querido hacerles concesiones ni a la mediocridad ni al sentido común. Sus frases, sus imágenes, sus hipérboles estallan como relámpagos en la noche. Naturalmente que esto desconcierta a quienes no están acostumbrados a la buena retórica. Ramírez Moreno es uno de los pocos oradores que improvisan en Colombia. Su dialéctica es afilada y brillante como una daga florentina. De un zarpazo desbarata los molinos de viento que fabrica la oposición.

Especialmente celoso ha sido el Ministro de Gobierno para defender la imparcialidad de los funcionarios públicos, en un país acostumbrado a considerar las posiciones oficiales como barricadas de lucha. En este campo sus mensajes y discursos constituyen insuperable modelo de literatura republicana. Y lo más importante era que los hechos correspondían a las palabras, porque nunca le tembló el pulso para destituir a quien hubiera violado, así fuera en forma leve, la neutralidad oficial. En más de una ocasión tuvo que sacrificar a sus mejores amigos.

Constante, laborioso, desde el alba hasta altas horas de la noche estuvo siempre atento a los graves negocios del Estado, especialmente al mantenimiento del orden público y de la seguridad social.

---

* Memoria del Ministro de Gobierno al Congreso Nacional, op. cit., páginas 7 a 25.

El doctor Ramírez Moreno se sintió en el Ministerio el personero conservador del Frente Nacional. Retirado el laureanismo voluntariamente del Gobierno, lanzado a una oposición total, el Ministro de la política exigió, con todo derecho, que se mantuviera la simetría administrativa en todos los despachos, menos en el de Gobierno, y no se dejó faltar al respeto por ninguno de sus subalternos.

Como es apenas lógico, el doctor Ramírez Moreno fue combatido no solamente con injusticia sino con saña, por los enemigos del Frente Nacional, por el movimiento revolucionario laureanista, porque veían en él al más vigoroso paladín de la concordia cívica. Ramírez Moreno, quien sufrió en su propia casa los horrores de la violencia asesina, la persiguió sin misericordia, con todo el rigor de la autoridad y de la ley.

El partido conservador, que ha respaldado totalmente al doctor Ramírez Moreno, sabe el hondo vacío que deja su retiro del Gabinete y le tiene reservado un sitio de lucha en la campaña que habrá de culminar con el triunfo incontrastable de "la gran coalición" en las elecciones de mayo*.

LA COMISARIA DEL GUAINIA

La ley que acaba de aprobar el Congreso, en virtud de la cual se crea la nueva entidad administrativa con cuyo nombre encabezo estas líneas, es el proyecto que presenté, previa conformidad del señor Presidente Lleras, cuando desempeñé el Ministerio de Gobierno.

Las razones que expuse al Presidente y al Congreso estaban inspiradas en circunstancias vitales, que deseo expresar muy brevemente para los lectores de la "Revista de la Policía".

Primera. La Comisaría del Vaupés tiene una extensión desmesurada, con rala población humana y el dinamismo de Mitú —la capital—, es imposible que alcance hasta sus remotos confines, separados de ella por selvas interminables y por muchos ríos prácticamente inexplorados, porque los defienden al par la jungla impenetrable y su curso veloz.

Segunda. Se hacía indispensable la creación de otro centro administrativo para ampliar, al socaire, la pordiosera limosna fiscal que el Vaupés recibe del Presupuesto.

Tercera. Las fronteras colombianas tienen solo dos puntos triangulares: Leticia, donde confluimos con el Perú y el Brasil y la Piedra del Cocuy, que es como un vértice para las fronteras de Colombia, el Brasil y Venezuela.

La inspiración que tuve al proponer la ley fue la de que alzáramos en el Corregimiento de San Felipe, la nueva capital sobre una barranca alta, no inundable, salubre, sobre el río Guainía, lo más próxima posi-

* **La República**, 29 de agosto de 1961.

ble a la Piedra del Cocuy, para crear allí escuelas, comercio, puestos de salud, a fin de que la nueva empresa civilizadora y urbana desempeñara papel semejante al de Leticia, que es capital intelectual para toda el área circundante, tanto brasilera como peruana, puesto que los niños y adolescentes de esos países hermanos vienen a estudiar en la capital de la Comisaría del Amazonas.

La Comisaría del Guainía nos va a costar algún dinero, porque hay que hacer un confortable y hermoso edificio de gobierno, levantar escuelas y hospital, ensayar un pequeño hotel tropical con algunas comodidades, fuera de que las fuerzas que simbólicamente nos representen allí deben estar gratamente alojadas.

Desde ahora prevengo contra el error que constituiría alzar el centro administrativo lejos de la orilla del Guainía y de la Piedra del Cocuy, porque entonces se habría frustrado la alta inspiración patriótica con que la ley fue dictada.

Funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, del Ministerio de Salud, del de Educación y de los de Guerra y Gobierno deben ir en un avión anfibio y tener a su disposición un helicóptero para escoger el sitio donde construiremos una ciudad cuyo lejano futuro ya centellea ante mi sueño de patriota*.

DISCURSO EN HOMENAJE A OSPINA PEREZ, EL 5 DE AGOSTO DE 1962

Señora de Ospina:

El nueve de abril llegásteis a la historia en las alas inflamadas del heroísmo. Vuestro caso asombra: pertenecéis a la posteridad desde hace lustros y os guardáis tan ágil, tan seductora, tan femenina y tan rauda como las aves. Y la plenitud de vuestro prestigio es la adoración de un hombre dulce y sobrio, puro, valiente y noble.

Señor doctor Ospina Pérez: El partido conservador no podía ser secuestrado para siempre y vos lo libertásteis; sois el jefe reconocido del conservatismo colombiano por vuestras virtudes, por vuestra sagacidad penetrante, por vuestra áurea prudencia, porque no aprovechásteis el mando para hacer prosperar ni vuestras empresas ni vuestros familiares, sois el jefe porque os habéis sometido a labores que habrían despedazado a otros, sois el jefe porque no creéis en la suerte sino en la paciencia, porque no sois el cortesano de la popularidad sino de la grandeza. Por el coraje de gallo y por el genio político, por el tenor moral de vuestra vida y por vuestras obras resplandecientes, podéis parearos con los diez mejores hombres que haya tenido Colombia al través de su historia. Habéis superado a vuestro abuelo, que campea como una torre entre las generaciones. El nueve de abril, fuisteis como un

* **Revista de la Policía Nacional de Colombia,** número 100, julio-agosto de 1963.

héroe antiguo que hubiera despertado, os miramos, entonces, alzado en hombros por Julio Arboleda y por Pedro Nel Ospina como el símbolo hermoso y alado de la patria, imperecedera, inaccesible al temor, invulnerable a las balas. Ese día, para ventura vuestra, estábais al lado de vuestra musa, porque la primera fuerza del varón es la mujer límpida y fulmínea. El hombre arrancado, trasplantado, barrido de un sitio a otro, siempre estaba en su lugar entre los brazos de una esposa, del propio modo "que el pájaro que se apoya un instante sobre la playa devastada por los vientos está en su lugar si se cierra contra el plumaje de su compañera".

Combatido sin piedad por el más grande parlamentario que haya existido nunca, vuestros copartidarios comprendieron que una cosa es el oro impuro, maleable y corruptor y otra más fuerte y más noble y más pura es la escoria del hierro pronta a transformarse en limpio acero. Al partido, la historia, la gran tradición de sus hechos y de sus mejores hombres, la renueva, siempre la escoria de hierro en la sangre: lo demostró el nueve de abril, sosteniéndose entre el plomo como el ángel de las batallas y el diez de mayo en que renueva sus laureles luchando contra la dictadura, luego de haber probado su aplastante vocación democrática protestando el 13 de junio contra un proyecto de renovación constitucional, claramente manchado con el carácter totalitario. Para triunfar el diez de mayo nos abrazamos a los liberales, abandonamos nuestras conexiones con el poder, porque el despotismo jamás fue azul. Tuvo hierro en la sangre el partido cuando Valencia y Montalvo rehusaron la hegemonía en la madrugada del nueve de mayo para salvar nuestra honra, comprometida en la imborrable y pulcra hazaña de abolir las hegemonías; tuvo nuestro partido hierro en la sangre y no oro impuro; cuando en vez de burlar el Pacto del 20 de marzo continuó fiel a sus dictados entre el horror de la tenaza que no será repetida. Este es el yerro que no vamos a cometer. Estamos triunfantes y debemos ser magnánimos.

Cuando el doctor Laureano Gómez estaba en el zenit de su salud espléndida y de su inteligencia soberana, osé enfrentármele, completamente solo, porque cuando el doctor Gómez me escupía, el partido, imbécilmente, por unanimidad me escupía, y si no fuera yo quien soy, el doctor Gómez me habría extinguido de la faz de la política. Y lo que soy, me lo debo a mí solo y a nadie más y a nadie nunca le pedí perdón y me he abierto el camino a puntapiés, siendo siempre yo mismo en medio de la torrentera. Por eso ahora, cuando el inmortal gladiador está impotente, yo voy a él y me acerco a él para decirle que el conservatismo se siente lavado por la gloria hirviente de sus batallas fabulosas e impares. Y quiero que el doctor Laureano Gómez sepa que todos nosotros rodeamos su lecho de enfermo, con fácil y espontánea amistad cargada de esperanzas porque rehaga su salud.

La crisis profunda de las relaciones entre liberales y conservadores ha sido superada: pero subsiste una crisis profunda en las relaciones entre los ricos y los pobres. Esa crisis tiene que ser resuelta y será resuelta por el Presidente Valencia, cuya resolución es la nueva fe de Colombia. La patria no la queríamos sino como la caricatura horrible

de nuestros odios. Los partidos no se defendían con ideas, sino tras el parapeto de algunas palabras coléricas, marchaban enredadas en sus criminales libres y como prisioneros de sus faltas. Y si logramos vencer aquello, ¿por qué no hemos de poder que el capitalismo inteligente, razone su instinto social y su filantropía y los matricule en la doctrina católica? Si así fuere, toda mañana que se abra será una promesa que madura.

Y ahora, doctor Ospina Pérez y señora de Ospina: aquí estamos todos, formulando votos por la unión conservadora. Regresar al pasado es imposible porque lo hemos arrancado de las entrañas del tiempo y porque con una clase obrera y con una juventud como la que poseemos, por inmenso que sea el pretérito, siempre nos parece diminuto ante la mole del porvenir. Y después de la unión conservadora, formulamos a nuestra democracia la más tónica de las drogas: una oposición honrada, legalista, organizada y tenaz. El Gobierno de Valencia se moverá como en una inmensa vitrina para que todos vean lo que pasa con los dineros públicos, con nuestras libertades amadas, con las importaciones y con las exportaciones que enriquecen. Que la oposición venga a ayudarnos a vigilar a los funcionarios con los mil ojos del descontento. Yo sé, doctor Ospina y señoras y señores, que represento vuestro deseo unánime y la voluntad del Presidente nuevo, cuando desde aquí saludo a la oposición que se anuncia, con respeto y gratitud anticipados.

Ciertamente se incurrirá en errores porque no son dioses infalibles ni el Primer Magistrado ni sus agentes lejanos o próximos. Por esos errores nunca podrán atribuirse a despego por la moral o indiferencia con la República, de suerte que ya le decimos también a la oposición que desde ahora y para siempre sabemos que estaremos ayudándole a un Gobierno que celebrará la historia por su pureza inflamada.

Y una palabra última: el nombre de Gilberto Alzate, que se hermana con el de Núñez y los Caros y en nombre de ese titánida, declaramos que nuestra política no es de combate sino de atracción hacia todos cuantos quieran al Frente Nacional, a la gran coalición de talentos y virtudes que hoy gobierna a Colombia. Conocimos los clanes exclusivistas, conocimos los gobiernos hegemónicos, conocemos el hambre de tiburones, que tienen —a veces— los políticos y, con frecuencia, a los políticos les pudre la médula la soberbia. Hagamos las paces con nuestras ambiciones personales, enviemos al destierro el orgullo, prosigamos la sagrada alianza con los liberales, renunciemos a la política de combate, hagamos la política de armonía, de disensiente concordia, como quería Suárez, y tendremos una República mejor*.

POR QUE SOY CONSERVADOR

La inteligencia humana tiene sus misterios, como el corazón. Los conversos, en la edad adulta, se trasladan a distancias enormes de su

* **La República**, 6 de agosto de 1962.

punto de partida mental y aun a los antípodas, como ocurre con el católico que se trueca en comunista, o a la inversa. El tránsito de una religión cristiana a otra, aun cuando muy significativo, representa un acusado movimiento de rotación más bien que de traslación. Pero los grandes saltos intelectuales en materia doctrinaria no son el fenómeno corriente.

El atavismo, la conversación familiar, la escuela escogida de acuerdo con estos dos factores, las amistades que esas atmósferas espontáneamente producen, van inclinando de cierto lado el árbol del alma, producen una visión óptica, un enfoque iluminado u oscurecido por los preconceptos. Naturalmente la fe naciente quiere fortificarse y se buscan los libros paralelos a la convicción. Luego llega el fuego de la controversia universitaria y esa pedrea de argumentos es otro incentivo para reafirmarse en la filosofía familiar.

Mi padre —jurisconsulto de alcurnia, cuyos fallos aún se recuerdan en los tribunales de Medellín, de Manizales e Ibagué—, era hijo de Domingo Ramírez y de Bartolomé Gómez. Su tronco —los Ramírez de Coy de Marinilla—, tuvo numerosas ramas. Ese abuelo paterno era Juez en Santo Domingo y hermano de mi bisabuelo materno, Joaquín Ramírez, dedicado al comercio. Ambos muy conservadores. Pero la torre doctrinaria de la familia, era la vieja doña Bartola; ocupaba a mi padre de siete años, cuando vivían en Marinilla, en el arriesgado deporte de meterle pertrechos en una mochilla para que atravesara las filas liberales procedentes de la vecina Rionegro y abasteciera de municiones a los conservadores. Mi padre fue conservador nacionalista, se ocupó mucho de su causa política —bastante más que ella de él— y tuvo como corresponsales a los leones políticos de la época: a Caro, Carlos Holguín, Felipe Angulo. Sus intervenciones tribunicias, su expedición a las tierras sombríamente vírgenes de Alicante y Cupiná, sus dotes resonantes de conversador rabulesiano, y con las espaldas guardadas por la temible doña Bartolomé, lo convirtieron para mí en un animal sagrado. Por el lado de mi abuelo materno, don Justiniano Moreno, la familia tenía clara ascendencia liberal y algunos de mis hermanos lo fueron. Pero la adoración temerosa que sentía yo por Enrique Ramírez Gómez, la honda emoción que sentía al escucharle el único discurso que le oí, cuando tenía seis años, la influencia de los Hermanos Maristas, primero y de los Padres Jesuitas después, contrarrestaba la influencia de mi hermano inmediatamente mayor que juraba su liberalismo por todos los demonios de la corte de Lucifer.

Yo era, pues, conservador a los seis años, desde antes de todas las cosas, desde antes del principio del mundo, porque a esa edad, el mundo no existe todavía.

El libro de Apologética que servía de texto donde los Jesuitas era una maravilla de clara profundidad. Era grande como un jamón, pero así era de sápido y de bueno. Ya olvidé el autor. Cayó en mis manos cuando tenía doce años, en el segundo de bachillerato. Todo era tesis, explicaciones irresistibles y lenguaje polémico implacable. Ese texto es el mayor influjo intelectual que existió en mi vida jamás. Literalmente fue mi cohete Saturno, porque me lanzó —a esa edad— en el mundo

de la dialéctica y de las letras. Y ningún libro me ha producido mayores siniestros, porque me hice literalmente insoportable y nauseabundo para mis condiscípulos y mis profesores que me detestaban por unanimidad. Pero yo tenía el rayo en la mano: la fe en lo que no podían ser entonces mis ideas sino mi fe. Y la fe es como una peña de basalto que alza siempre su ala de piedra sobre las olas atropelladoras, corrosivas, destructoras. Con ese texto de Apologética, yo golpeaba las cuerdas de mi fe y les arrancaba melodías broncas, inesperadas, rugidos de combate.

De catorce años repartía boletas al pie de las mesas electorales, que eran un permanente altercado, una riña grosera y un ir y venir de puñetazos admirables y de armas frías pero eficaces porque tenían punto y filo de acero.

Al posesionarse de la Presidencia el señor Suárez, que había sido amigo de mi padre, formé parte de una calle de honor cuando se dirigía de su casa al Capitolio.

A la Universidad entré a los diez y seis años y fui un cliente denodado de los debates parlamentarios. La gran nobleza generosa de Ismael Enrique Arciniegas me hizo contertulio de El Nuevo Tiempo antes de llegar al cuarto lustro de mi vida. Después de las reuniones del Congreso allí se reunían todos los personajes políticos. Conocí entonces al soberbio, al inmortal Guillermo Valencia. Intervenía yo en los diálogos con la más estúpida y arrogante inexperiencia, y de un verdadero plebiscito para expulsarme fui salvado por la tolerancia y la gracia del dueño de casa que tenía en mí una esperanza que el futuro se encargó de contrariar.

Estuve largamente en Europa —en París y en Londres—. Fui el navegante de literaturas contrarias de las cuales no extraía la miel sino la hiel para mis diatribas por venir. Aniquilaba en mí todo cuanto pudiera ser didáctico, para atizar lo polémico. Al ausentarme de Colombia ya estaban en marcha "Los Leopardos" y me llegaba el eco de sus combates como la palabra aguda y próxima de un instrumento de cobre.

Cuando regresé a Bogotá llevaban ellos varios años en el Parlamento y yo era un anónimo que marchaba detrás del carro victorioso de sus amigos. Pero nuestra fraternidad ardía como en los primeros encuentros.

A los treinta y dos años llegué al Parlamento y, a esa edad y unánimemente, se me hizo miembro del Directorio Nacional Conservador con el General Berrío, con Laureano Gómez y con Abel Carbonell.

De mi vida en el Congreso —tres períodos activos en la Cámara y uno de Senador por el Tolima que no desempeñé— solo recuerdo mi encuentro con el doctor Olaya Herrera, porque cuando a todos inspiraba un terror desbocado, a mí me dejaba frío como me ocurre siempre con los grandes hombres.

Como no era posible que el doctor Gómez tolerara una insolencia profesional como la mía, cuando él tenía el gusto por una forma de

disciplina, que combatí y sepulté después de echarle tierra solitario durante todo un decenio, fui objeto de una proscripción larga e inexorable y silenciosa, pero libertadora, porque me crecieron los remos profesionales y aprendí a emanciparme de la gran miseria que son las huestes electorales y los salarios de la política.

Nadie me llamó del exilio: yo mismo rompí mi proscripción sin pedir permisos ni perdones, en una disidencia victoriosa por el Tolima a cuyo conservatismo me liga una gratitud que ni se marchita ni perece. Y nuevamente volví al Directorio Nacional, hasta cuando el doctor Ospina Pérez me hizo su mensajero personal ante el Presidente de Francia.

Después Lima, la adorable, la fraterna, la sencillamente patricia, la más esbelta de las capitales latinas de América, por favor que me hizo el Gobierno del General Rojas Pinilla. No me gustó su enfoque del derecho y de la filosofía del Estado (las cuentas de Sendas no se han rendido aún y la Administración de Impuestos era un muladar); no me gustaba su interpretación de la libertad de prensa y le renuncié el diez de septiembre de 1956, ocho meses antes de su dimisión y de su ausencia. Durante este tiempo tuve el agrado —que por lo demás es el único placer que ofrece la dictadura— de tener controlado mi teléfono para poder hablar mal del Gobierno como recuerda, entre otros, Alberto Lleras.

Estaba dedicado a mi profesión cuando Lleras Primero me hizo su Ministro de Gobierno. Cuando los jefes conservadores me perseguían sin reposo, los liberales me habían hecho siempre bastante publicidad y ahora le demostraban al conservatismo que yo podía ser Ministro y —en el fondo— es una ingratitud de mi parte no ser liberal, porque Alberto Lleras fue un dechado de estadista y haber trabajado con él es la más grande y gloriosa calidad de mi historia perecedera.

Pero yo soy conservador como un mandamiento de la autoridad y del orden como los supremos valores de la sociedad y como un mandamiento de la libertad que es el primero de los divinos mandamientos, porque no es responsable el que no es libre. Soy conservador porque creo en los muertos y porque creo en la historia y porque creo que la gratitud es la ley del progreso. Quien no encuentre en qué apoyarse, no puede caminar y el conservador se apoya en el escalón difícilmente trabajado por los abuelos para construir y alzar mas alto el siguiente. Soy conservador como un correctivo drástico al anarquista larvado que hay en mí. Soy conservador porque esa fue la palabra que descifré en la frente ilustre de mi padre. Lo soy, porque cuando nací a la vida de la razón, el liberalismo era clerófobo y siempre le he temido a la hidrofobia. Lo soy, porque la temática del pobre, porque la temible crisis de desigualdad que nos atormenta, tiene en Roma todas las respuestas. Lo soy, porque creo que es más dura la corteza conservadora que la cáscara liberal, para resistir al virus filtrante del materialismo.

Hoy nos ha desbestializado a todos el Frente Nacional. El liberalismo es un partido de primer orden sin bizqueras anticatólicas y el conservatismo está curado de la sarna totalitaria. Sigo siendo conser-

vador como una forma de vigilia armada para dar el alerta ante cualquier extravío hacia la derecha —deshonrada para siempre jamás por Hitler y por Mussolini— y cualquier extravío hacia una izquierda sin Dios que solo cree en que la barriga henchida es el fin de las patrias.

Soy conservador porque ese es mi atavismo, porque esa es mi personal biografía, porque ese partido, como bloque de centro, es mi convicción entera.

Espíritus entecos dicen que si nos dividimos desaparecemos, porque ignoran que el programa conservador nació antes que nosotros y antes que sus fundadores. Las ideas son dinámicas e intemporales. Antes de llegar al orden, ya sabemos que existe, y por el hecho de pensar sabemos que somos responsables, es decir, libres. El conservatismo no se acaba aun cuando parezca un poco grasiento en el labio de los ambiciosos, de los mendigos electorales, y aun cuando despida una fosforescencia satánica en los frustrados del poder o en los que están ebrios de poder*.

LA RENUNCIA PRESIDENCIAL

En los Estados Unidos y en Europa conciben el prematuro retiro de un mandatario latinoamericano solamente con la intervención de las fuerzas armadas. De ahí no los saca ninguna realidad y ninguna demostración. El Presidente Lleras ha destrozado esa imagen con su renuncia. En Colombia, el ejército, la aviación y la marina y la policía, son los ángeles custodios de la autoridad legítima y los guardianes de la Constitución. Y han reiterado unánimemente su adhesión al actual mandatario. El doctor Lleras Restrepo con su renuncia rescata a la América Latina de un purgatorio de mentiras.

Los políticos son embusteros profesionales que solo por olvido cumplen una promesa. En una de las giras que hice con el candidato Lleras Restrepo, le oí ofrecer que se retiraría de la Presidencia si el Parlamento le negaba los instrumentos legales necesarios para consumar o para empezar sus programas. Entonces, tres o cuatro Senadores amigos del Presidente, hacen imposible las 2/3 partes de la estúpida disposición plebiscitaria y en un acto quijotesco —porque corresponde a la promesa del candidato— y en un acto de infantilismo sublime porque son sólidas sus mayorías, sin llegar para un caso concreto a las estúpidas 2/3 partes, el Presidente renuncia, no porque un ejército hostil rodee el Palacio con tanques y lo cribe de obuses, sino porque tres o cuatro Senadores hicieron imposible las estúpidas 2/3 partes. Y el Presidente no se retira porque haya hecho la estadística de los comandantes de brigada que lo apoyarían en una guerra civil, ni para disparar contra el adversario como en los Estados Unidos, ni para promover motines como en Francia, ni para implantar la dictadura como en cualquier otro país de raza latina, sino para poner la democracia en su

* **La Patria**, noviembre 4 de 1967.

verdadero campo, que es la faena intelectual con su arsenal incomparable de silogismo y de razonamientos. Después de que se le acusa desde hace años de ser un benemérito del despotismo y un glotón del poder personal, renuncia a la Presidencia porque tres o cuatro Senadores amigos, extrañamente lo abandonan cuando ponía en marcha un programa conocido por ellos.

Con su renuncia el Presidente Lleras le muestra el camino a presidentes amigos que tienen dificultades de tipo democrático para lograr sus empeños. Naturalmente Carlos Lleras no se retiraría ante el motín, porque ha demostrado muchas veces su espléndido valor personal superior al miedo de las balas; pero si está enseñando que renunciar a la función porque se han vuelto jirones los programas, es más importante que concluirla porque llegó su vencimiento. A ningún otro Presidente se le ocurre que la promesa y el programa son actos de fe superiores al cargo. Los hombres no son árboles y por eso en vez de morir de pies deben hacerlo tumbados en el suelo y peleando. La imagen de Casona sobre que los árboles mueren de pie es un lugar común sin sentido en la lucha política. El guerrero prefiere disparar de rodillas para darle muerte a su adversario, que por casonear muere de pies.

Tenemos, pues, que el Presidente Lleras Restrepo puede conjugar un verbo abrupto con el cual nos hemos familiarizado muy pocos en Colombia: el verbo renunciar.

Charles de Gaulle tenía que permanecer en su puesto de París entre el zumbido de las balas, inspirado por poetas comunistas. Carlos Lleras tiene que renunciar en Bogotá, literalmente abrumado por la mayoría de la nación, para demostrar que Colombia es la primera potencia política y moral de América Latina y que esto que hicieron nuestros padres, entre espadas y entre canciones y cruces, se está civilizando más aprisa que Francia y los Estados Unidos, donde la sangre de los Kennedy atestigua insólitas disposiciones para la barbarie.

El Presidente tendrá nuevas dificultades. Su renuncia no será aceptada. Sus proyectos de ahora serán aprobados, pero que nadie crea que ante la próxima dificultad repetirá lo de hoy, porque todos sabemos que todavía quedan muchos conejos y palomas en el fondo de su cubilete*.

DISCURSO DE PROCLAMACION DE LA CANDIDATURA PRESIDENCIAL DE BELISARIO BETANCUR, EL 31 DE OCTUBRE DE 1969

El 19 de abril del año entrante presenciaremos un grande acontecimiento cuyos dos únicos protagonistas son el ciudadano y la urna electoral, y yo me presento ante ustedes intelectualmente en mi ropa de combate, en mi traje de fatiga, porque en esa fecha vamos a derro-

---

* **La República**, 9 de junio de 1968.

tar a los intermediarios entre la conciencia libre de cada uno de nosotros y el recipiente sagrado de nuestra voluntad.

Nuestra democracia es famosa en América Latina por los enormes progresos que ha realizado al precio enorme de repetir muchas veces la trágica historia de Caín y Abel, poniéndole una orla escarlata a la túnica con que los próceres vistieron a Colombia. El remordimiento acumulado por nuestros errores fratricidas hizo que el Frente Nacional se convirtiera en una clínica de reposo para los desarreglos frenéticos que constan en nuestros anales y que ocasionó la cólera impía. Lo propio de la terapéutica para rehacer y alentar los nervios destrozados, son las drogas somníferas que disminuyen la vivacidad del organismo y hacen muy lentos sus reflejos. Quienes se duelen de la incuria y pereza electorales de nuestros partidos, olvidan que todavía estamos bajo el efecto de drogas que se hicieron necesarias para apaciguar nuestro furor.

LA PRORROGA DEL FRENTE NACIONAL

El Frente Nacional demostró ser un remedio altamente potenciado para curar nuestros males, pero no sabemos todavía cuánto durará su efecto en el tiempo. Si por un convenio de los conservadores y los liberales se decide que continuemos el tratamiento, no hay objeción ninguna de nuestra parte, porque colocamos la concordia pública por encima de todos los valores sectarios. Pero si no se avienen los liberales y los conservadores a proseguir la política de la alternación, aceptamos con ánimo tranquilo el pleno rigor de la brega democrática, porque hablo en nombre del conservatismo que es la mayoría. Pero, aun suponiendo que nuestras masas campesinas retiradas de los centros de votación no puedan salir a expresar su voluntad en las urnas distantes y por esa circunstancia solo apareciéramos como una minoría, también estamos dispuestos a desempeñar con nobleza generosa y altiva ese ilustre papel minoritario, porque sin oposición no hay democracia; porque desde la oposición también se construye la historia y porque el escultor no cincela desde arriba el bloque de mármol sino que le da miembros y perfil a la estatua desde un andamio colocado abajo.

Además, ni la justicia ni la democracia toleran que la minoría tenga el mismo derecho al poder que tiene la mayoría. Ya expliqué cómo al hablar en nombre del partido conservador, lo hago con un complejo mayoritario porque los conservadores somos la mayoría en Colombia; pero en mi propio nombre quiero decir que prefiero luchar con las minorías, porque sin su inconformidad y sin su vigilancia las patrias serían planicies estériles, ingratas al ojo y mortales para las ideas.

ANUNCIO DE VICTORIA

Se ha hecho un clima de silencio en torno de nuestro movimiento y ese silencio solo tiene ámbito para el rugido de las turbinas de los

aviones especiales; pero ni el silencio ni las turbinas votan. Vota el ciudadano de vida anónima y vota el hombre importante; vota la dama coronada y la que anda vestida de jirones; pero los anónimos, los que apenas somos ceros en la organización oficial de los partidos, somos los más y nosotros tenemos exactamente la misma capacidad decisoria en las urnas que las personas prestigiosas, importantes y ricas que son una clara minoría en Colombia.

No ignoro que partidos nuevos y de porvenir se han aliado con nuestro esfuerzo y esto contribuye a que yo sirva simultáneamente de mensajero de la derrota de los intermediarios entre el ciudadano y la urna y de Nuncio de la victoria del 19 de abril.

Señor doctor Belisario Betancur: el escrutinio de los votos de quienes concurren a esta convención demuestra que su candidatura no es gritada sino consentida por los libres ciudadanos de este pueblo libérrimo, y por ministerio de esa votación y en nombre del partido conservador, le ofrezco la candidatura a la Presidencia de la República*.

ALBERTO LLERAS

Desde cuando fundó "La Tarde" fui amigo de este soberbio hombre de Estado. Soberbio, en el sentido de supremo o excelso, mas no como defecto repelente, contrario a la sencillez o como ese vicio del rostro que permite deducir que el protagonista prefiere la seriedad a la verdad.

Más tarde, muchos años más tarde, en un acto varonil, propio de su estirpe, me nombró su Ministro de Gobierno, a pesar de que he tenido privilegio melancólico de ser el colombiano más detestado por los conservadores.

Bajo el influjo de una reciente lectura, fascinadora y docta, no puedo menos de encontrar acordes idénticos en la conducta de mi egregio amigo y la vida de aquel Cayo Octavio, nacido en el año 63 antes de Cristo y conocido por todos los siglos como Augusto, sobrino-nieto de Julio, el César que los tiempos saludan con admiración y pasmo. Lleras y el romano se inclinan al eclecticismo intelectual, a hurgar con afilada indiferencia crítica los más variados mundos intelectuales; el Emperador desdeñaba la espada y el colombiano la violencia y juntos muerden con su silencioso y potente taladro intelectual, no para echar los cimientos de una filosofía que se levante con la hermosura de un edificio lógico, sino escribiendo el inventario de sus fallas. Moralmente estoicos ambos, ponen freno mortificante a su ambición, mordaza a su amargura y templanza a sus horas de gloria.

Octavio a los 16 años, es nombrado Pontífice, y a los 18, cuando ya aparecía como heredero aparente del Monarca del Mundo, el Senado lo hace patricio, y los intrigantes lisonjeros y los perversos lo rodean,

---

* **El Tiempo**, noviembre 1º de 1969.

atentos a ganarse su voluntad o para sorprenderlo en alguna imprudencia; pero el joven se desenvolvía entre las emboscadas de la adulación y las de la envidia, tan cautelosamente que no se creó enemigos, ni compromisos con sus amigos. Los contratiempos alimentaban su tranquila fortaleza interior.

Cuando recibe en la costa de Iliria, de mano de Asia, su madre, el aviso de que Julio había desaparecido, todas las tropas veteranas de la región se ponen a sus órdenes para conquistar por la fuerza una formidable herencia indecisa; mas él prefiere ir silenciosamente a Italia. En vez de regresar por la populosa Brindisi, desembarca en Otranto. Su naturaleza —helada como la de Lleras— no se inclinaba al amor, sino al cálculo. Y dice el biógrafo: "De algún modo o de otro, llevaría el manto cesáreo. Las normas de su conducta serían precaución infinita, silencio en la boca y paciencia inconmovible. El sello que usaba era la imagen de la esfinge".

Participé con mi admirado amigo Forero Benavides —y muy activamente— en el preámbulo que lo llevó a la primera Presidencia. Los nombres se atropellaban: Gabriel Turbay, López de Mesa, Julián Uribe. Lleras no se apoderó del manto cesáreo, se lo pusieron. Y desde el poder su mirada luminosa fue una red que se apoderó del panorama entero.

Su segunda Presidencia fue otra hazaña maravillosa de su inteligencia ardiente y de su temperamento glacial. Tuvo las dificultades iniciales propias de una alianza imposible pero la culminó con gloria.

Existe —en cambio— una desventaja del Emperador mediterráneo con el Presidente Andino, porque el biógrafo dice que el primero proscribió el clásico **tuteo** de latinado porte con sus más queridos amigos y sus más leales defensores, porque su vanidad sonriente pero sin orillas supone que ese trato era un delito de lesa majestad. Por otra parte, Lleras no es rencoroso y el Emperador "tenía un sótano en su conciencia para que no se marchitaran a la luz, rencores que siempre conservaba para uso posterior".

Ambos tuvieron el gusto de la pulcritud administrativa y ninguno de los dos permitió que sus familiares se enriquecieran, ni ellos se enriquecieron personalmente. Por eso, ahora, Eduardo Santos, Lleras Restrepo, Ospina, Pastrana y Alberto Lleras pueden presentarse ante las muchedumbres para electrizarlas gritando: mi vida pública es mi programa*.

---

* Archivo de la familia Ramírez Ocampo.

XVI
PANEGIRICOS

ORACION EN HOMENAJE A CLIMACO VILLEGAS

Armenia, septiembre de 1935.

Yo lo vi moribundo, tendido noblemente como heráldica fiera, ágil aún el brillo de los ojos felinos. La frente, apesarada y limpia, presentaba la tácita intensidad de una lápida y sus arrugas latinas parecían inmortales epígrafes; la nariz trepidaba con una palpitación celeste; si los labios, de resonancia mineral, se entreabrían para el dolido susurro, imaginábase que propagaban por el aire la clamante música de los más antiguos proverbios; la redonda barbilla delataba en la estética placidez de su dibujo que el sentido de la venganza era subalterno de su pasión por la justicia; como las estatuas, parecía carecer de melena y, así, el cráneo era una escultura rampante, una mínima cúpula perfecta. La bala que desgajó el árbol de su sistema nervioso, habíale matado el medio cuerpo inferior y solo las partes nobles —el esternón, la garganta y la mirada y la cabeza— recibían el soplo de su corazón titánico angelicalmente resignado. Mirándolo, el ojo escueto de la muerte, dejaba de ser un dardo para trocarse en rosa y la estatura monumental de su hazañoso martillo dijérase pequeño porque para las heridas enormes nuestra veneración era un vendaje místico.

Avanzaba el trágico mancebo bajo un rumor de palmas juveniles y su sombra magnificaba el paisaje, porque se regaba como soberbia alfombra, porque en él se entreabría como una extraña flor inmensa en que se aliaba el oro con el hierro. La Cordillera de sus padres —oído colosal de la tierra— y la atmósfera prodigiosa, atormentada y tremenda de los próceres y el arduo sol desnudo de los conquistadores, atónitos escuchaban el eco de su rotunda marcha, a la cual era sorda esta época criminal y menguada. Para percatarnos del heroico fenómeno precisos fueron el cruento horror de su caída y el compasible espectáculo de su dilatado martirio. Ahora sus iniciales son hercúleo monograma sobre el corazón de un partido que lo aclama como su héroe y que le rinde una lisonja inmortal...

La muerte del que no se nombra o el nombre de nuestro muerto ya me besa los labios con la boca de rayos de la tempestad. En representación del conservatismo y de la historia, por ministerio de la verdad, yo declaro que el asesinato de Clímaco Villegas es sobre las manos del régimen mancha que vivifica y no se borra.

¿La prueba? Cien veces hicimos saber que en Armenia había un perro hidrófobo, un perro que mordía; y el régimen, en vez de enjaularlo, quiso llamarlo a su servicio en el ramo de obras públicas y el poder central nombraba como agentes suyos para Caldas a quienes temían las mordeduras del perro. Tesorería Municipal, gendarmes de catadura siniestra, alcaldes enclenques cuyo corazón es trémulo como el tallo del esparto, gobernadores electoreros de una debilidad sangrienta. Todo ello convenció al asesino de que su crimen quedaría impune. Esos antecedentes bastan para que el delito manche al régimen. Pero hay más: en la Cámara se quedó sola... ¡qué digo! En la Cámara fue insultada, reprobada y oprimida la conciencia honesta y arrogante de quien quiso lamentar el delito. Por unanimidad respaldó el liberalismo parlamentario al delincuente que horripila. Y para remate, el asesino jamás fue destituido del empleo que deshonra, y anda libre amenazando con violencias nuevas a quienes rehúsen calificarlo de caballero distinguido.

Pero es sabido que Dios trabaja por la justicia, y el asesino libre es un gusano que se está tragando silenciosamente al régimen.

La cita de la iniquidad reinante, impone el recuerdo de aquella sentencia según la cual Jesucristo no quiere la muerte del pecador sino que se convierta. La Sangre del Calvario continúa deslizándose por los inmundos cauces del pecado, precisamente para anegarlos en el perfume y en la púrpura opulenta de su gracia. La sangre inocente que ahora celebramos, fácilmente imagino que fue aplicada por Clímaco Villegas para que cesen la persecución, la injusticia, el exclusivismo, la república liberal, la antirrepública con sus vergüenzas, con sus asechanzas y sus crímenes. ¡Yo juro, por el nombre sagrado de Clímaco Villegas, que estamos resueltos a contribuir para que no se derrame por más tiempo la sangre de los colombianos!

Infortunadamente el grito: **no más crímenes**, quiere decir: **no más Barreras Uribes**, y el régimen no parece dispuesto a sacrificarle a la justicia sus hombres representativos.

Un solo castigo valiente y ejemplar que revele el propósito de pelea contra los malhechores —sin que importe su rango— nos encontraría dispuestos a la benevolencia y al férvido aplauso. Pero ese gesto lo esperamos en vano... ¿Qué vemos en cambio? ¡Ultrajes nuevos! Los legisladores quieren legalizar con el divorcio el adulterio de sus hijas; con la escuela laica aspiran a demostrarnos que el hombre no es criatura de Dios sino un mero hijo de la tierra; la masonería, alga secreta que reposaba inédita en los suburbios del cieno, flota como cadáver amarillo en la pura espuma de la legislación; los productores de riqueza, los que con granos de café amasan nuestro pan e hilan nuestro vestido, son perseguidos y confiscados como si fueran alimañas; los fieros brazos que mecen las pepas de oro sobre la turbia onda o que lo buscan en filones de petréa dureza, se extenúan sin recibir protección del Estado, ni aliento de sus instituciones; los capitalistas son amenazados y los obreros son engañados; a los enemigos del régimen se les priva del derecho a la vida y de la libertad de tránsito o se les arrebata el derecho de sufragio, colocado en la cima de los privilegios democrá-

ticos; un vecino pequeño, taimado, agresivo y petulante nos hace retroceder espantados y el título de negro esclavo etíope es más honroso que el de colombiano, porque cuando nos postramos frente al Perú, ante Italia fornida, Abisinia repuja su denuedo y la decisión impasible de guerra clama salvajemente en la noche de la selva y en la desolación de los arenales con sed... Nuestra diplomacia, anegadiza, entregadiza e inepta nos dará la sorpresa traidora de una egregia permuta: el barro del Putumayo por las aguas libres del Amazonas sin término...

Mas, yo no necesito mirar al extranjero para descubrir delitos: me basta con pensar en nosotros. La Constitución ha sido violada, y, mientras sus heridas no curen, es inútil pedirle concordia a este país. Si queremos ver al pueblo sinceramente unido, es preciso convencerlo en cada uno de sus grandes bloques históricos, de que sus quejas son atendidas, respetada su voluntad y remediados sus percances. Sobre la base de la justicia, el partido conservador tomaría la iniciativa de predicar armonía y de practicarla, fiel en ello a la tradición nacional que significa cooperación de los partidos en el ejercicio del Mando; pero si se persiste en despojarnos de la libertad política y se nos roba el derecho de sufragar, listos estamos a decretar eficaces represalias económicas y asumimos la plena responsabilidad de la discordia.

No se ve en el liberalismo el hombre justo y moderado que aspire a ser eje de una alianza patriótica. Todos los políticos de alcurnia viven bajo el terror de la cuadrilla dominante, sin que el bien común, la honra de la patria, los vejámenes contra media nación les arranquen un grito de rebelde protesta. En la lucha presidencial seremos decisivos y estamos dispuestos a cualquier entendimiento patriótico que serene el turbio ambiente sectario que a todos nos asfixia. El liberalismo verá si arroja como guante de reto una candidatura de guerra civil o si prefiere las ventajas republicanas de una coalición.

Por hoy decimos a los liberales el testimonio solemne e irrefragable de Clímaco Villegas. Desde hace cinco años nos sentimos oprimidos e insultados por vosotros. Devolvednos nuestros derechos si queréis que os declaremos la paz. Mientras estas circunstancias se prolonguen no es posible que el pueblo se una para trabajar en orden, porque el derecho no existe como antes, regulando imperiosamente la convivencia. Colombia no volverá a la tranquilidad mientras no sean atendidas nuestras quejas, y, lo que es más, no debe Colombia reasumir su serena continencia pretérita, porque es preferible el ejemplo de Clímaco Villegas: perecer en defensa del derecho, antes que comprar a precio de vil resignación una tranquilidad esclava.

Acusamos al régimen de haberse instalado entre nosotros a la manera de los bárbaros, ignorantes de la dignidad humana, de la libertad y de la democracia, y que por la fuerza o la perfidia querían someter a servidumbre eterna vastas masas de hombres, a quienes se despreciaba, se ultrajaba y deshonraba por pertenecer a razas inferiores. Que diga el régimen si el consumado perfil estatuario de Clímaco Villegas delata una raza inferior propicia al canto del grillete o para ostentar sobre su carne, negra marca de hierro. Que diga el régimen si la República que le entregamos y que ahora defendemos, es obra de una

raza política inferior... O decidme vosotros si las batallas fratricidas que muchas veces los destruyeron, decidme si la Constitución que los amparaba cuando mandábamos y que ahora nos desampara manejada por su torpe mano, decidme si las derrotas campales por nosotros infligidas o si nuestra gloria jurídica son la obra de una raza política inferior.

Señoras y señores: la tumba de Clímaco Villegas queda abierta porque la injusticia así lo quiere y porque nosotros también lo deseamos. Ella tiene la figura de una gigantesca urna; la tierra morena en que se ahonda rutila con un fulgor de estrella; parece que de sus orillas inertes brotara a raudales un agua fecunda, tónica y lustral; no encierra la materia perecedera del hombre que murió sin carne y que más parecía el filo de un sable de Damasco, sino que sirve de gruta encantada para los juegos fértiles de su alma de juez; esa tumba no es jaula en que canta el ave, libre enantes, la tonadilla de su melancolía, sino un tambor de donde brota el trueno. Hasta ella nos orientamos en un vuelo de juramentos y de súplicas para ofrecer cuanto somos y para pedir fortaleza en el suplicio. Con nuestra veneración la haremos milagrosamente pequeña para cerrarla y apretarla contra los corazones como un relicario, y con los ojos desencadenados hacia el firmamento, los jefes y los soldados del partido, fieles al tácito mandamiento de los antepasados y al porvenir augusto, juramos que continuará abierta mientras de ella no surja, bella y ágil como una resucitada, la república de Colombia, muerta a manos de la república liberal, su repugnante hijastra!

¡Tumba de Clímaco Villegas! ¡Urna, Estrella, Río, Gruta, Brújula, Relicario, Tambor!*.

DISCURSO EN HOMENAJE A LA MEMORIA DE PRIMITIVO CRESPO, EN CALI, EL 30 DE ABRIL DE 1944

Señoras, caballeros:

El conservatismo del Valle, al rendir homenaje al último de sus jefes únicos, realiza un acto de fidelidad que engrandece nuestras ideas, que honra al muerto que lamentamos y que sirve de necesario estímulo a quienes se afanen por servir nuestra causa con olvido de sí propios.

Primitivo Crespo ostenta alguna de las más envidiables cualidades del jefe político. Todos sabemos que murió en pobreza ejemplar y digna, porque no amonedó su prestigio ni hizo el tráfico de su influencia formidable. Ciertamente la generosidad y el desdén por el dinero son una constante de su vida, que prueba la alta clase de su estirpe. Siempre rememoro con emoción la hospitalidad que él y su encantadora Licenia Martínez me prodigaron en mis visitas a Buga. Pero nada menos podía esperarse del hermano de Luis Crespo y del hijo de su glorioso homó-

* **La Patria, octubre 1º de 1935.**

nimo, desaparecido también precozmente de la faena cívica. Para Crespo, regalar, servir, esclavizarse de una convicción, fueron actos de su poderoso instinto de señor, espontáneo fluir de la materia noble de que venía amasándose su viejo linaje.

La actividad sorprendente e infatigable que desplegara como almirante vuestro, es un hecho solitario y ejemplar. Solitario, porque en ningún departamento de Colombia el conservatismo tiene quién pueda comparársele por este aspecto. Ejemplar, porque los que prefieren organizar y ganar y seguir ganando y organizando para nuevos triunfos desde la segura paz de su escritorio, debían inspirarse en el dinamismo torrencial, concreto y operante de quien por este aspecto merece el calificativo de caudillo.

Crespo tenía un penacho: su valor personal. Cuando éramos adolescentes, yo le vi en la Plaza de Bolívar, quebrar como un rompeolas compacta marea de muchedumbres agresivas.

En lo que la política tiene de detalle, el memorable desaparecido fue un maestro: nada escapaba a sus prevas previsiones penetrantes. Su atractivo social era muy grande, porque conjugó la suavidad, el tacto y la paciencia. Interpretaba bien a sus interlocutores y descubría la manera de interesarlos en sus fines. No olvidaba ni una fisonomía, ni un nombre. Ese coloso de la retentiva hizo de su memoria el ordenado archivo de no menos medio millón de vallecaucanos. Y aquí tocamos con su regionalismo ardido y eficaz. Su departamento fue su dios laico. Cuanto atañe a vosotros fue siempre para él la más amada de las causas, porque el Valle del Cauca lo penetró y lo saturó, lo inspiró y lo guió a tal punto, que de este hombre puede afirmarse que clásicamente os tipifica. Estas ciudades vuestras, tan alegres y tan gratas, tan señoriales y anchas, lo conocieron bien: Tuluá, Buga, Palmira, Cali y Cartago, acopiaban sus muchedumbres para rendirle su amistad o su adhesión al vallecaucano cuyo corazón fue floreciente almácigo de todas ellas.

En este rito funeral que cumplimos en honor de Crespo, asociado su nombre al de vuestras ciudades patricias y acompañado su recuerdo por tantos millares de memorias fieles, sentimos el espontáneo impulso de mirar a la patria cuya alta y pura frente de nevado oculta una triste neblina de problemas acerbos.

Los liberales del Valle saben bien que nada era tan fácil como pactar con el jefe conservador. Muchos de ellos lo hicieron, aun cuando antes de la alianza lo hubieran hecho objeto de vilipendios atroces. Los conservadores y los liberales conocen que la actitud heroica se acordaba perfectamente con su indómito corazón combatiente; pero ambos saben también que la política transaccional estaba conforme con su patriotismo iluminado, con su experiencia de vida y con su conocimiento de las filosofías que se disputan ahora el territorio de las almas. Fue tenaz partidario de las coaliciones, que puso en práctica con el aplauso de los propios y el respeto de sus copartícipes. Pienso, pues, que ante la amenaza comunista, hablar de la alianza de los filósofos, de la libertad individual y de los filósofos del orden social, es el tema

propio de un discurso de unión conservadora y de unión patriótica, en honor de un coalicionista y de un patriota que supo de la violencia roja en el perforado cuerpo de su hermano.

¿En qué consiste aquella amenaza? Primordialmente en los principios que el comunismo sostiene. La civilización actual es dos veces romana: romana por la religión y romana por el derecho. El materialismo histórico niega la revelación, la moral y el dogma católicos, de suerte que es sinónimo de irreligiosidad y de rebeldía con el Creador. El comunista solo cree en el gozo de vivir, al tiempo que nosotros creemos en la poética necesidad de morir. A la moral como obligación y con sanción, el comunista constituye el capricho, porque el término "moral independiente" es un seudónimo de capricho. El alma humana parece gritarle a Dios: **¡alzame!**, y el materialismo la hunde en el barro de la pocilga y la enlaza con los brazos de su amorosa pestilencia.

En cuanto al derecho, sabemos que todas las nociones que entendemos incorporadas a él, son convertidas automáticamente por quienes afirman que la estructura jurídica no brota de la justicia, sino de la infraestructura económica. La propiedad y la libertad desaparecen; cuanto se haga para abolir la supuesta lucha de clases, a fin de que exista una sola, es santificado, cualquiera que sea la complexión inmoral de la acción. Las sociedades se organizan exclusivamente para la faena económica y los hombres desaparecen en el Estado, administrador violento y arbitrario de los medios de producción.

Las jerarquías se organizan para imponer una obediencia inhumana, de oscuro rostro bestial. La autonomía de la persona, sus fueros, los que merecen por lo que en ella hay de ángel, son negados por el brusco atropello. Disentir es un título de cadalso, el solo hecho de trasladarse de un sitio a otro, convierte al hombre en un cometa, porque lleva tras de sí una cauda de espiones; opinar rebeldemente es sacrilegio.

¡Pero cuán hábilmente se enmascaran aquellos horrores, qué pío aspecto presentan esas negaciones! El comunismo declara su solidaridad con los desvalidos, es el campeón nato del pueblo, su obra es de piedad solidaria con los miserables y de lucha audaz contra los poderosos; vive en las catacumbas a ejemplo de los primeros cristianos; cuando unge con su óleo al neófito, lo trueca en fanático valeroso cuyo desinterés sorprende. En su espurio delirio humanitario cree ser heredero del Nazareno. Sus violencias son las de Jesús con el azote silbante en la mano potente; su pasión fraterna por los descamisados y humildes, por los perseguidos y por los desamparados, lo muestra como legatario auténtico de la doctrina de Cristo. Presenta el cuerpo herido a fuerza de suplicios y sostiene la llama de la doctrina en medio de la tormenta, como una lamparilla dorada rebosante de embalsamado aceite. ¡Ah!, señoras y señores, ¡qué darían ellos por poder restituirle la vista al ciego y la vida a los muertos!

En una de sus obras, Selma Lagerlöf desenvuelve el tema de cierta milagrosa y esplendente imagen del Niño Dios, que un malvado sustituye por otra que cabalmente la imita. El Niño Dios espurio tiene

los piececillos frágiles y nacarados del auténtico; sobre los huesos en formación de las rodillas, la carne se embellece con deliciosos hoyuelos; una truncada túnica radiante le cuelga de la cintura adorable y sobre ella se alza —como en la escultura verdadera— un busto de inefable redondez, herido por el resplandor tierno y misterioso de la rosada curva de la concha plateada de luna; la boca entreabierta despide un aliento de azalea que refresca la tersa piel impalpable de las divinas mejillas, paisaje adecuado para los ojos niños que la inundan de claror celestial, bajo la lluvia de las guedejas deslumbrantes. La fementida imagen tiene las físicas perfecciones de la auténtica; el niño falsificado recibe la adoración y la plegaria y la esperanza y la fe de su pueblo, pero es una cosa inerte, paralítica ante el milagro, es una infernal criatura que en vez de crear la fe, la destruye en quienes no descubrieron la mistificación sacrílega. ¡Sí! No hay que dudarlo, de lejos y en forma basta, el comunismo imita al cristianismo; pero por eso mismo es la mayor aproximación conocida del Anticristo. Tienen la apariencia esquelética, los jirones, la irrisoria corona; pero el Cristo que ellos representan es un Cristo reumático, en cuyos ojos el rencor fulgura y cuya boca que profiere blasfemias y cuya mano en que el odio tiembla no hacen milagros con la voz o con el gesto. Y ¡qué decir de su corazón! Desde el Calvario, el Cristo nuestro es un rojo grito de amor, al tiempo que los prosélitos del comunismo solo comprenden la concupiscencia, armada del estrago.

Ya sé que seré descrito como nazi-fascista porque en nombre de los cristianos de este país y de una vez por todas le arrojo el guante al comunismo. ¡Pues bien! Cuando yo luchaba todos los días en discursos por el radio contra Hitler y Mussolini, cuando pregonaba una política de entendimiento militar, económico y político con los Estados Unidos, los comunistas recorrían las calles injuriando el imperialismo yanki y haciendo la apología de la alianza ruso-germana que tuvo como desenlace el bárbaro festín de Polonia. Es hoy una verdad histórica irrevocable que sin el pacto de Stalin y de Hitler, la guerra no se habría realizado, porque el último sostenía la tesis de Bismarck, la del estado mayor alemán, de que Germania no debía luchar simultáneamente en el Oriente y en el Occidente. La locura que invadió al Führer con el inverosímil éxito de sus armas, y los preparativos rusos para atacar a Alemania, hicieron que ésta tomara la iniciativa de invadir a Rusia en el verano de 1941; pero en 1939 no habría habido guerra sin la claudicación y sin el oportunismo y sin la voracidad y sin la doblez de Moscú. Yo admiro grandemente el ejército rojo, me descubro ante su gloria, creo que de la misma manera que tuvimos diplomáticos ante Hitler, debemos tenerlos ante Stalin; porque somos hijos de nuestra época con todos sus riesgos y emboscadas; porque después de la guerra, Rusia será un gran planeta en el mundo político; porque sé que no toleramos amos y porque comprendo que el tesoro de nuestra soberanía está bien guardado con nuestra fidelidad unánime; pero al comunismo estoy dispuesto a combatirlo a muerte, que es como a él le gusta el combate, y si sus guarismos electorales aumentan o si la cobardía de los gobernantes les entrega el poder, yo pido el honor de ser el primero de los fusilados. De la misma manera que fui partidario de la declaración de guerra de Colombia a los países del eje porque entre la estatolatría, el

Estado, Dios y el Catolicismo, no hay conciliación imaginable; declaro que no es posible tratar con un partido que niega cuanto somos y amamos y que no hay margen para el oportunismo: O la libertad de los liberales y la libertad y el orden de los conservadores, o el materialismo histórico encaramado como un cuervo sobre nuestros cadáveres.

A ese partido le estamos brindando las ventajas de nuestra organización política, para que la destruya, y sorprende que quienes pueden combatirlo en el Parlamento y en la prensa, no lo hagan. Los comunistas son ilustrados, tienen un sistema, su obediencia esclava, la infinidad de sus recursos tácticos, su paciencia y su aptitud de mimetización, su oportunismo descarado, los convierten en elementos de grande eficacia en las asambleas, en la plaza y en la prensa. Es claro que yo creo que deben denunciarse clamorosamente los errores y delitos de los gobernantes; es claro que el Gobierno y sus áulicos deben combatir los excesos de la oposición; pero yo no comprendo cómo es posible que liberales y conservadores no tomen la iniciativa de arrasar el crédito intelectual creciente de los jefes comunistas. Cuando alguno de ellos habla, todos escuchan con admiración aumentando con esto el prestigio inmerecido de que se va cubriendo. Y yo los he oído y he deplorado que la circunstancia de ser indigno de la confianza de mis copartidarios, me impida alzarme a mostrar los aullantes vicios de razonamiento de los más cuidados discursos comunistas. Ninguno avisa del peligro que las inmortales victorias rusas representan para nuestra fe y para nuestros hogares y para nuestra patria. Todos hacen lo posible por aumentar las ventajas que el comunismo deriva de la lucha a muerte entre los partidos clásicos. Ese partido apátrida irrita los fanatismos, para realizar progresos que me tienen confundido y en alarma. El oportunismo electoral ha desvencijado y enmohecido la estructura doctrinaria de los filósofos de la libertad individual y de los apóstoles del orden social y de la justicia. Para honor nuestro, solo voces conservadoras han resonado pidiendo un gobierno nacional, en reemplazo de los gobiernos de partido.

Por hechos que no necesito enumerar, el liberalismo se agita en la tristeza y el descrédito; de otro lado, sus apoyos filosóficos resisten mal el embate de las mareas de izquierda; por eso creo que si el país quiere afrontar el tiempo y adecuadamente la amenaza comunista, debe darse un régimen nacional. De lo contrario, cada huelga será un terremoto, cada dificultad política un agente de la enfermedad galopante que nos está invadiendo y acabará por podrirnos.

Nosotros necesitamos un liberalismo prestigioso y no uno deprimido, para pactar con él una alianza sagrada, porque el descrédito del partido liberal lo invalidaría para servirle a Colombia, ahora cuando la tempestad resopla. Las coaliciones fragmentarias que vemos cumplirse en el Congreso o en las asambleas, no son acto de traición a ningún partido, sino el movimiento oscuro del instinto de defensa, que sabe —antes que nuestra razón— que estamos seriamente comprometidos por el avance irresistible de los destructores metódicos del genio nacional. El momento para Crespo habría sido estelar, porque era hombre tan sagaz como magnánimo y ahora lo veríamos afanándose por

cumplir con la doble misión de corregirle al régimen sus yerros y de poner su influjo al servicio de aquel pacto. Los primeros interesados en obra semejante son los liberales, que parecen empeñarse en cavar la sepultura de todos con sus disensiones internas y con su falta de imaginación para arrojarse sobre el futuro inmediato y con el sentido de monopolio que los inspira en la venerable faena de administrar la cosa pública.

Liquidemos el presente con el juicio de los responsables, con las honrosas constancias que ha hecho nuestro partido por el vehículo de sus directores y de sus diaristas y parlamentarios y adoptando como divisa del futuro la de "probidad y justicia". Pero en este país de gentes católicas que adoran las libertades que el comunista borra, hay tal armonía esencial de las contribuciones doctrinarias de los dos partidos, que ambos se hallan en el deber de unirse para la nueva cruzada. Por emprenderla seremos tachados de enemigos del pueblo. La mejor defensa que podemos hacer de la patria, es oponernos al comunismo, y por ventura, ¿defender la patria no es servir al pueblo? No son opuestos, sino que amorosa y esencialmente se confunden los términos pueblo y patria. ¿Qué sería de la nuestra sin esas muchedumbres, crepitantes antorchas, que le prendieron fuego a nuestra esclavitud política y barnizaron de sangre el primer cimiento de nuestra libertad? Si por pueblo se entiende la plebe, yo declaro que perteneceríamos todos con honor a la invencible y peleadora, a la espiritualísima plebe colombiana, que cuando se altiva, empuja, atropella, rasga, tumba, aplasta y mata. En cada hazaña republicana, en todas las jornadas proceras, allí está resuelta, astuta y álgida. Se empina bajo las balas y reta, impávida, el fulgor mortecino de las bayonetas. Ella hizo temblar al dictador sangriento y al rígido tirano, acompañó como un soplo de tempestad la bandera; puso el corazón como un rojo gajo en la testa cesárea de los emancipadores... y los senos marmóreos de Policarpa son las cúpulas gemelas y enanas del monumento que nuestra gratitud ha levantado —¡oh plebe colombiana!— a tu gloria inmortal! ¿Qué sería de nuestra historia si no estuviera henchida toda, como una vela, por el soplo atormentado de nuestras multitudes? Y si no nos explicamos a Colombia sino por la gente que la habita, también podemos preguntarnos qué sería de nuestro pueblo si no lo sombreara una patria generosa y sublime, incapaz de tiranía, cuyos hermosos huesos compactos y largos se alimentan del tuétano católico y sobre cuya carne de laurel y claveles, la sonrisa es liberal y la cabeza, cúpula de basílica bajo la religiosa lumbre de los principios conservadores.

Claro es, por tanto, que oponerse al comunismo es servir a la patria y es amar al pueblo; pero yo sí comprendo que fuera de tal servicio hay otros, concretos y sustantivos, que liberales y conservadores debemos prestar, y respecto de los cuales nos hallamos en mora culpable, que ahija los avances comunistas. El que quiera unirse a esta cruzada que requiere hombres resueltos —porque el comunismo mata—, debe saber que vamos tan lejos como el más fiero apóstol en la simultánea defensa de la nación y del proletariado. El primero de nuestros compromisos, el compromiso con la nación y con la libertad, no es el único

que estamos dispuestos a cumplir, porque los que son su consecuencia, nos parecen, igualmente, respetables. Negamos la idea de que la libertad sirve contra la libertad o de que la democracia se emplee en destruir la democracia, de la misma manera que comunistas, nazistas y fascistas rechazan toda posibilidad de partidos diferentes a su totalitaria dictadura. La democracia no puede autorizar los partidos antidemocráticos porque esto sería negarse a sí propia. Los Estados Unidos e Inglaterra prohíben la menor actividad de los nazis, de los fascistas o de los falangistas y nadie osaría negar el espíritu libérrimo de esas grandes patrias. A la propuesta que formulamos de que el Congreso declare inconstitucionales los partidos totalitarios, añadimos la del salario familiar, la de la participación del trabajador en las ganancias de la empresa y la de suprimir el derecho de huelga. El obrero recibirá no solo cuanto sea preciso para el sostenimiento, salud y educación de toda su prole, mas también una prueba tangible de que aun cuando el capital es creador de riqueza, el trabajo es su inseparable socio y copartícipe.

No habría sindicatos, ni alianzas patronales, porque cada empresa sería social y económicamente una unidad táctica completa. El grupo de empresas que trabajan en una misma industria, formaría una corporación que mezcle en números equitativos el trabajo y el capital, al obrero y al patrono, no estrangulados por el puño del Estado, sino libres en la palma de la mano del Estado. El Gobierno interviene o cuando se presenta el conflicto de las dos fuerzas, para separarlas, aplacarlas y redistribuir su equilibrio, o cuando los tiempos o la competencia extranjera creen circunstancias calamitosas para una industria, a fin de protegerla; pero el Gobierno deja normal y constantemente libre la iniciativa privada que es la verdadera arma secreta de nuestra raza en su batalla contra las esperanzas difíciles, enormes y espléndidas de que nuestro futuro aparece constelado.

A los proletarios y a los ricos hay que educarlos para la idea de que el hecho de aparecer unidos en una misma empresa, no los separa sino que los asocia, no los convierte en contrapartes, sino en cofrades y copartícipes. El contrato colectivo de trabajo —por ejemplo— es lógico dentro de la rutinaria y demoledora concepción del permanente conflicto del capitalismo con el proletariado, pero no dentro de mi sistema que rechaza cuanto fomente en el patrono y en el artesano la idea del antagonismo perturbador, antieconómico y antisocial, que reemplazamos resueltamente por la idea de la mutua colaboración. La empresa no tiene dos frentes internos que se contraponen, porque es un bloque sin ranuras internas ni exteriores, y declaramos artificiosa y hechiza la disociación y rivalidad de los intereses del capital y del trabajo, condiscípulos en el aprendizaje económico, compañeros en la brega por la riqueza pública.

La inspiración para esas obras no podemos buscarlas sino en el genio de esta nación y en las influencias que operan sobre nuestro Continente, del cual formamos parte y con el cual somos solidarios.

Estas preocupaciones y la humilde voz que las encarna, no pueden ser desatendidas si queremos sortear las furias de la tempestad en

marcha. Ya el firmamento presenta un rostro augural, de oscura lividez transida; el horizonte se crispa como el ala inmensa de un arcángel colérico, y el rayo y el trueno hacen resonar el espacio cual si fuera un tambor. Yo apelo al país, al pueblo todo, a los conservadores y a los liberales, para luchar contra los partidos totalitarios que sobrevivan a la copiosa zurra que les está dando el mundo. Yo os llamo, hombres y mujeres de Colombia, a luchar con nazistas, fascistas y comunistas; pero mi ansioso grito va dirigido principalmente al partido conservador.

Jurad, ¡oh conservadores!, que defenderéis no solo vuestro propio solar doctrinario, sino también la libertad de los liberales, contra el comunismo que se agita y medra y avanza y se insolenta, aprovechando la debilidad consustancial a los partidos de libre examen. Nunca como ahora fuimos indispensables a la República: el liberalismo, roto por las divisiones internas, parece dispuesto a renegar de sí propio y ofrece resistencia escasa a la nefasta doctrina. Yo quisiera que frente a ella, el Gobierno probara la misma férrea decisión manifestada —en buena hora— contra los hitleristas, y listo estoy a secundarlo en cuanto luche contra el horror que se nos vino encima al socaire de las victorias de Rusia. Pero si el Gobierno falta a su deber, Colombia entera apelará a nosotros, para vivir en fuerza la plenitud de un peligro cuya sandalia de hierro ya está despertando nuestro oído.

Recobra, ¡oh partido de mis mayores!, las templadas armas con que venciste en la paz y en la guerra; ensaya la cordura de Márquez, de Mallarino y de Mariano Ospina, contempla la espada de Arboleda, el kepis de Albán y las charreteras de Pinzón y de Briceño; ejercita tu pulso con la pluma ciclópea de Suárez y los Caros; truena otra vez con la garganta vociferante y libérrima de Concha; imita a Carlos Holguín en la flexibilidad blindada de sus maniobras, y a Pedro Nel Ospina en el gusto constructivo, y a Núñez en la fuerza creadora, y a este Crespo Guzmán que memoramos, en la actividad sin pausas, que lo acompañó hasta la orilla de la muerte, y al otro, a Luis, su hermano, en el heroismo escalofriante y espontáneo; piensa en Guillermo Valencia que nos inundó con la lumbre de su genio bruñido; álzate en la plenitud de tu estatura poderosa ante la amenaza del porvenir*.

ELOGIO DE BELISARIO CAICEDO

Discurso en los actos de inauguración de su busto en Riopaila. Febrero de 1950.

Señoras, caballeros:

Cuando vine a buscar en medio de vuestra atmósfera y de vuestros sueños y trabajos, inspiración para este discurso, estuve pensando en que nada habría sido más placentero para nuestro amigo, que dirigiros la palabra, sentado yo sobre la grama tersa en medio de una asamblea

* Archivo de la familia Ramírez Ocampo.

en que el auditorio habría sido más de aves que de hombres. La modestia congénita de Belisario Caicedo, amaría un tono reposado de monólogo más que una arenga millonaria. El palio natural para su persona gloriosa y discreta, habría sido el himno pajizo de los cañamelares maduros; el mumurar de la acequia, con su lengua líquida, contra la orilla blanda; el canto perdido de un pájaro viudo en medio del boscaje; el titilar del cenit fatigado sobre vuestro sudor heroico, y este humo constante de la valiente chimenea que trata de alzarse hasta el firmamento, cayendo de rodillas en el aire, y que en el rito triste de ahora semeja una bandera oscurecida por nuestro renovado duelo o una terca y ondulante plegaria.

Pero a medida que avanzaba en el objeto de este discurso, me apasioné con furor por el prodigioso documento humano que yo asi con las manos fervientes. Dispuesto como soy a la biografía, qué hallazgo electrizante, el de este Alférez Real, genuino por la autenticidad del título, por el calado hondo, por la disposición irresistible para el mando y para ser irresistiblemente amado. Si más que un Alférez Real, parece un húsar de la historia, un cadete de Dios, este Belisario de gentil compostura y ágil paso y de actividad de flecha que pasa de la energía romántica al clásico reposo.

Aquí lo hemos sembrado para inmortalizar la efigie, al pie de su fábrica y de sus plantíos, expuesto al tránsito de sus compañeros, porque sabemos que en la diáfana provincia donde su corazón alienta ahora, accede con gratitud risueña al testimonio de nuestra fidelidad a su recuerdo. Las faenas que organizó con deleite, serán desde hoy y para simpre dirigidas por él desde el pedestal en que lo alzaron —por tenerlo presente— sus apasionados camaradas y amigos. Y este suelo, que retiene el eco sordo y poderoso de su paso resuelto, recibe el busto con amor y dijérase que la tierra dulcemente se abre en silencio para que el busto crezca en ella sus raíces. Y el cielo, éste que el devorador de aire puro y el patinador de estrellas, trocara en carpa y campo para sus deportes, este cielo, que nunca quiso ahogarlo, se ha de volver paño raro para servirle al busto de constelado uniforme.

Si en palabras desnudas aspiramos a reproducirlo, diríamos que era trascendental y sencillo; modesto y altivo; dulce e imperioso; callado, entusiasta, pulquérrimo, valientísimo y noble.

Su ímpetu cordial hacia los de abajo, atestigua la presencia en nuestra nación de esa escuela católica de bienestar social y de armonía entre los hombres, a la cual pertenecen los proletarios y los capitalistas verdaderamente cristianos. Ni explotación, ni confiscación. Ni capitalismo, ni izquierdismo. Cristianismo. Somos cristianos, sabemos que en Cristo se realiza una especie de unión entre Dios y su criatura; queremos la justicia, la libertad, el orden, la caridad, el amor, el respeto de la organización familiar y la dignidad del hombre que es hijo de su madre y no del Estado ni del sindicato. Decimos violentamente, de una vez por todas, que odiamos la estatolatría, los Estados totalitarios. Belisario Caicedo aprendió estas cosas en su padre, que es universidad esclarecida; en su progenitora, doña Cecilia Gonzállez Renault de Caicedo, a quien debe el paladín su estampa moral; en sus hermanos y en

su hermana, que repiten las condiciones de modestia, inteligencia, sagacidad, dominio implacable de las palabras, callada audacia en los actos, coraje en el peligro, dureza en la lucha y arrogancia escondida que son ya conocido patrimonio de la estirpe, repartido por la suerte con mano imparcial y munífica entre todos ellos. En esta conjunción de fuerzas contemporáneas, modeladoras de su ser, es justo recordar a su compañera inseparable y espléndida: sin el estímulo conyugal fallan los hombres de vocación ilustre.

Mas no solo el influjo de los vivos explica el alma de los muertos. En las razas que tuvieron en Belisario su síntesis, podemos encontrar la clave de su vida y su destino, Francia, por el linaje Renault, la había concedido el don de la boca galicada, es decir, llena de sutileza, de bondad sin hipérboles, de tolerancia y de intelecto. El lado español de su prosapia se copia, como un tornillo, en la frente de intención pertinaz. Y lo criollo en él se expresa bajo la forma de una acción eficiente pero inconforme, proteica, multivaria, que nos revela cómo ninguna actividad es agotadora para su formidable dinamismo.

La educación saxo-americana lo obliga a censuras, a pausas, a momentos de quietud proliferante, que corrigen los excesos de la imaginación en beneficio de la voluntad, pone rienda a su galope continuo y pauta fija a su marcha de "quilla con vocación de océano".

Y esta tierra feliz, centelleante, compacta y encantada, se le subió por los huesos como si fuera el tuétano de una pantera, y esta atmósfera musical se le inyectó en la sangre como si fuera el almíbar de una abeja, de donde resulta un centauro nuevo, que no es caballo y hombre, sino ángel y fiera.

Tenía Caicedo González una sonrisa metódica, intencionada y frágil que daba al labio un rictus inteligente y generoso; bajo la melena rala, de furiosa intención volcánica, era el parietal tierra blanda para los pensamientos; el entrecejo se hacía arduo bajo la pesadumbre de sus meditaciones, y en el ojo de taladrante fijeza aquilina, chisporroteaba la lumbre angelical de la mañana. Tuvo una mano robusta y fina, de intelectual y jornalero. Vosotros recordáis su busto de atleta tímido y robusto, peleador y esquivo. Había algo decisivamente estuario en la silueta: El esternón hacía un trono del pecho y era fácil presentir la torrencial abundancia de su vida cariñosa en la manera como la osatura se le curvaba atléticamente sobre el corazón.

Pero lo mejor del joven héroe a quien celebramos está hecho de sencillez de poesía y de vigorizante modestia. Sabéis mejor que yo, cómo era imposible que permaneciera indiferente ante ninguna forma de la estética, de la compasión, de la inteligencia o de la vida. Cuando tratamos de entender el designio providencial respecto del protagonista famoso y amadísimo a quien celebramos, presentimos que hay como una divina indecisión respecto del último desenlace de esta personalidad egregia. Yo mismo he zozobrado en una pleamar de inquietudes, de admiración e incertidumbre. ¿Por qué se hizo aviador? ¿Por qué revolucionario social? ¿De dónde sus predisposiciones de caudillo? ¿Cómo entender su anhelante proclividad política? ¿Por qué eran tan magis-

trales sus dedos de mecánico, tan sabia y poderosa su muñeca de competidor olímpico y tan robusta y clara y ordenada su palabra cordial? ¿Qué asombroso caldo de cultivo hay en su espíritu, que en él prosperan por igual el gerente, el estadista, el organizador de muchedumbres, el ciudadano recoleto y el impetuoso camarada de las horas jocundas? ¿Por qué suma su silueta el overol y el frac sin que nos aparezca adiposa o contrahecha su euritmia de garzón majestuoso, de mancebo soberbio que alecciona como un maestro y es tierno como un niño y voraz como un adolescente y reposado como un filósofo y adorablemente calavera como los poetas?

En una personalidad de tantos prismas, queda bien difícil al panegirista desgarrar —completo— un fragmento de lo que el héroe simboliza. Fácilmente lo soñamos acuchillando con sus ambiciones la noche, de pies en un balcón de la casa patricia, bajo el cielo raso de taciturnos diamantes, o consultando gravemente la sombra acerca de sí mismo, de su secreto desenlace, de su último porvenir. O si lo imaginamos, en la claridad marina del amanecer, corriendo, como un punzón, la taladrante pupila sobre los piélagos de boscaje oscuro, sobre los ríos de esmeraldas, sobre las acequias doradas, soñando, proyectando o creando, nos electriza el presentimiento de que este grandioso y frustrado capitán, hubiera construido territorios de opulencia y de misericordia para la gente que amó, con la cual trabajaba y que lo vio nacer. O después del medio día, tostado por el vaho de la tierra y por el soplo del cielo, lamido por las horas el primer ímpetu afiebrado del gerente-poeta, es fácil que lo imaginemos como un Hércules solitario, que alza sobre el hombro problemas enormes, buscándoles soluciones cuya intrincada sencillez nos maravilla y nos excede.

Bajo su mano, de tal manera se confirmaba la gracia de esta tierra, que no es extravagante suponerlo como al joyero que talla y labra una gigantesca esmeralda y entonces, este negro polvo que nuestros pies fatigados transitan, cobra una insuperable categoría estética, o si desparrama la pupila del caudillo en el nocturno misterio sideral, tuvimos la sobrehumana sensación de que el brazo, alargado como una garra, desprendía para nuestro gozo un nuevo sol, o una estrella antigua, o el peluche que le permitiera vestir todos sus sueños de un inconsútil terciopelo azul.

Dijo alguien que un hombre es grande solamente por lo que hizo, y no por lo que pudo hacer. Desde el punto de vista de la experiencia, un hombre que muere a los treinta años, es apenas un adolescente; y pensar que Belisario Caicedo, en tan breve tránsito, logró portentosas y evidentes realizaciones, nos confirma el decir. ¿Qué habría sido de él si Dios lo conserva a nuestro lado durante cinco lustros más? ¿Qué no habría dado de sí este coloso, si, por veinticinco años, se aplica, con indomable poder, a las faenas que se impuso? Campos inesperados se abrían a su avidez intelectual irrestañable. El día en que murió, iba a ensayar en Caicedonia su primer discurso político. Tengo la certidumbre de que si no lo ataja con su guadaña la muerte, habríamos recibido el don, la merced y la maravilla de cosas nuevas, que, apenas quienes le conocimos, podemos sospechar. La obra social que inició por

vosotros, permite presumir que Belisario Caicedo habría sido, también, un magnífico y un cumplido caudillo nacional. El capitán de empresas, era un emperador del sentimiento inteligente y un operario de la concordia humana.

Valen por un panegírico inmarcesible, el horario y circunstancias de su muerte. Desaparece entre el cálido nácar matutino, amortajado de metal reluciente y sin que en el cuerpo le quedara una gota de sangre, porque la da toda en segundos, desde la parte noble y alta de su cuerpo, para que caiga en catarata sobre el rumor de las cosas que le fueron confiadas y a las cuales impuso la ley de su armonioso compás. Del primer confín del Valle se despega como un jirón celeste, con rumbo a estos predios que amara con frenesí. El raudo velívolo se confunde con la irradiación del día. Desde su puesto de comando tuvo a la derecha el neto bosquejo de la cordillera que se hunde en el Tolima, al tiempo que en el ala izquierda el horizonte trotaba hacia las tierras salvajes y húmedas, augurio del Chocó. Atrás quedaba Cali, fascinadora como el Paraíso, resoplante y afiebrada como un horno; amable, juvenil y materna. Cali, con su catedralicio pulso de campana, con su silueta de paloma, con sus pezones de piedra que alzan tibios surtidores de miel. Y abajo, el Valle del Cauca denunciaba su exuberancia con samanes y ceibas, con la verde melena virginal de las guaduas que se mecen enamoradas; con la cresta de los platanales que semejan la cimera rota de un guerrero colérico; con el alto abanico de la palmera, melódicamente plegado y desplegado como un acordeón; con esas rojas flores que van testimoniando sobre la tierra fértil y engreída una opulencia que es el anuncio de vuestra gracia y de vuestro porvenir.

Fernando Primero de Mantúa, pintado por Van Dick, representa en carne, bajo la noble y poderosa armadura, el Belisario moral que conocimos y amamos y admiramos los aquí presentes. Si el alma de Caicedo González pudiera reproducirse en corporal figura, sería como esa estampa de Van Dick: Generoso el tamaño; la complexión atlética; pensativa la sonrisa; gentil el brazo; despejada la ancha frente; enorme el ojo perforante; alerta la delgada oreja y olfateante la nariz; todo cubierto por metales flexibles, pasmosamente trabajados, brillante y rica escama que servía de espejo al pulido broquel de virtud que fue la armadura suprema de nuestro Belisario. Y podemos concebir que cuando esa alma de ángel y león salió del cuello roto, marchando por un camino de cálida púrpura imperial y se asomó a los cielos, nuestro hermano fue recibido entre un coro de flautas atónitas y de silencios jubilosos. Cuánto mejor para él, haberse despojado de su rosada máscara de greda para entregarle al Creador el alma en plena juventud*.

DISCURSO EN LAS EXEQUIAS DE GILBERTO ALZATE AVENDAÑO, EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1960

La nación estremecida por la catástrofe está representada por el presidente, quien me ha solicitado hablar en su nombre y en nombre del

* **Diario del Pacífico, 19 de febrero de 1950.**

pueblo consternado. ¿Quién el protagonista? ¿Quién el hombre de pecho desmesurado y de rotunda andadura que pasa, resonando por las amplias naves de la historia? ¿De quién el inmenso ojo claro, espejo del rayo, al soplo de la cólera? ¿Y esa pluma de alabastro y ese verbo que electrizan, son de Concha o los Caros? No: Es Alzate, hijodalgo montañero que fue soplado por el genio y que con un movimiento de soberana violencia, arrojó su corona, quedando divinamente calvo, para que el resplandor de la anchurosa testa iluminara las rutas de la posteridad.

Fue un ejemplo para sus cadetes y un maestro para sus mayores, un hombre genial que difícilmente encuentra pares en la historia ilustre de Colombia. Lo único más grande que su inteligencia colosal, que su inteligencia multivaria, y más puro que ella, fue su corazón de niño.

Sus amigos hemos heredado su alianza con el Gobierno, porque él no veía que los caudatarios del régimen de responsabilidad conjunta y del franco entendimiento con los liberales tuviera diferencias insalvables, porque con generosidad todo puede arreglarse en un clima de recíproco decoro y de mutuo olvido. Fue un pilar de oro puro para el Presidente Lleras y un alto promontorio americano.

Vivía en un estado de exaltación sobrehumana, en un clima irradiante de fuerza magnética increíble. En los últimos tiempos el Gobierno y Alzate establecieron un sistema de consultas tan provechosas, que la situación política tiende a modificarse en el sentido de un entendimiento ineluctable de todas las gentes de orden. Como ministro de la política estoy dispuesto a buscar todos los contactos indispensables para eliminar las disonancias personales que tanto daño nos han hecho, porque así soy fiel al gigante que ahora sepultamos. Los dos nos entendíamos por nuestra ceguera ante el odio, por nuestra falta completa de envidias y rencores. Y es su nombre y en nombre del Gobierno, yo tiendo sobre este ataúd la mano a quienes comprendan que la patria está en peligro. Si no lo hacemos, la discordia nos disuelve y el régimen de responsabilidad conjunta nos llevará a carnicerías delirantes, peores que la guerra civil, porque detrás de nuestras molestias actuales, hay intereses extranjeros que al amparo de eventos deportivos o de movimientos criminales quieren torcer nuestra clásica y hermosa tradición de libres.

Le regalamos a la tierra la envoltura mortal de un varón de excelencias, cuya caída en los terribles y maternales brazos de la muerte ha tenido todo el dolor, la pavura y la grandeza del hundimiento de un monte. En él se entrelazaban de manera armoniosa follajes de roble y de laurel; la energía sin par, la inteligencia certera y luminosa, la derechura de la raíz a la copa, recamadas con el verdor apolíneo del triunfo, logrado bravamente entre dolores. Porque Alzate Avendaño cruzaba por el mundo como un hombre en el cual se reunían atributos que lo predestinaron para decorar una patria: nobleza en el corazón, fortaleza en el espíritu, claridad en la mente, voluntad en el servicio de su pueblo, amor de Dios y de todos sus semejantes.

Ya no podremos olvidar la reciedumbre de su prestancia física, coronada por una cabeza romana. En ella se asomaban los ojos con un verde relámpago que aunaba a la fiereza del combatiente, la luz de la

bondad, o la ternura o la melancolía. Aquel adusto gesto, aquella distancia que a veces colocaba entre él y los demás, tan solo eran el disfraz de su generosidad abundante y callada. Eran solamente la expresión de su cautela para no entregar el tesoro de su afecto a quien no le mereciera; a quien no fuera capaz de resistir como un yunque el martillazo franco y decidido de su amistad, porque él comprendía muy bien que "amar un ser humano a otro es la más ardua tarea que nos ha sido encomendada". "¡Qué amigo de sus amigos; qué señor para sus servidores y parientes!", podríamos exclamar también con Jorge Manrique en la elegía inmortal a la muerte del Maestro don Rodrigo su padre! Porque Alzate Avendaño andaba por la tierra repartiendo los dones con que le fuera pródiga la suerte. Y hoy una cadena de manos, y un múltiple cerco de pechos lastimados en los cuales palpita un callado llano unánime, rodea su estatura de prócer amado de sus amigos y admirado por sus adversarios.

El espectáculo familiar que ofrecía la vida hogareña de Alzate es el más puro ejemplo, el más alto y aleccionante espectáculo que pudiera ofrecer una tan limpia y deslumbrante existencia: el respeto y devoción por los padres; la solidaridad y apoyo a los hermanos; el amor y la lealtad a la esposa, en la cual reclinaba el alma de héroe combatido como quien tiende una espada sobre un ramo de flores. Su muerte nos tuerce el corazón y nos llena la garganta y nos hace exclamar como Felipe Segundo, al recibir el anuncio del hundimiento de la Armada Invencible que comandaba el mejor de sus guerreros: ¡"me han matado la flor de mis Guzmanes"!

Anoche fui de visita donde Alzate. Estaba "bajo la pompa letal de las flores", reclinado sobre rica madera, en el propio recinto que escuchó sus voces de orador incomparable; pero en su labio tremendo puso la eternidad un sello y los puños poderosos descansaban del agitado ademán tribunicio. El párpado ungido por el zumo de las adormideras tenía una perfecta impavidez escultórica. Para saludarlo, encima de él, Bolívar se quitó el sombrero con ademán gallante y le dijo desde el alto sitio que ocupan sus palabras encima del fresco resplandeciente: "Solo el talento, la virtud y el valor serán coronados". Santander, ligeramente a la espalda, ofrecía un semblante de asentimiento a las palabras que sobre Alzate dijo hace muchos años nuestro Libertador. Después, se hizo un vasto silencio de héreo sobre el cadáver, que ahora entregamos a un Dios sonriente entre los sollozos de quienes obedecemos sus designios*.

EN EL CENTENARIO DE CARLOS E. RESTREPO

En el Cementerio de San Pedro, en Medellín, el 12 de septiembre de 1967.

Porque asumo la tribuna como vocero de un Gobierno inteligente y puro, el gobierno de Octavio Arizmendi Posada, llega a este sitio casi

* **El Tiempo**, noviembre 28 de 1960.

de puntillas, y mi sensación reverencial se ahonda, porque honramos ahora a un ciudadano de hierro, a un ejemplar ex Presidente de la República, al "creador de un partido, cuyo soplo resucitó poderosamente cuarenta años después de que se le creyó infiernado en el ridículo".

Nace la moda de trabajar de driles ordinarios el pensamiento para las ceremonias; yo vestiré el mío con el paño hecho de modesto, pero limpio, tejido en mi pobre telar. Mi esmero no será entendido y mi lenguaje será condenado, por quienes no pudiendo fabricar palabras inolvidables, exigen que para todo se emplee el decoro corriente de lo cuotidiano entre las gentes cultas. Pero esta es una egregia ocasión. No puedo ser pedestre, porque no hablo de ordinarios menesteres y porque nuestro interlocutor no es el día de un cronista, sino el siglo de un colombiano inmortal.

Aquí alzan Antioquia y la patria a un hombre maravilloso; por su iluminada obsesión legalista se parea con el gran Francisco de Paula Santander y con José Vicente Concha; por la rectitud denodada dijérase el espejo del primer Berrío, y Carlos E. Restrepo tuvo al tiempo con mi amigo "Berrío Segundo" el encanto de una gracia inagotable y un alma extrañamente fabricada de tensión política en su vida y de cordura cautelosa y firme como gobernante.

Pero sobre todo y sobreaguando en las aguas devoradoras del pretérito vemos en el cuello de nuestra historia, que brotan como una crin luminosa sus admirables pensamientos. La historia, señoras y señores, es el regalo de ideas, de acontecimientos y de hombres, que un pueblo le entrega a la memoria de las generaciones. La historia no es el estéril recipiente de los hechos, sino un templo palpable ciertamente por la piedra dura de sus cimientos, por sus arrugados o lisos muros exteriores, por el oro de sus altares, pero la historia tiene, como las catedrales, símbolos de fuerte contenido que no ve el ojo y que no toca la mano, y el pensamiento republicano de Restrepo, su vuelo poderoso y candoroso de paloma que buscaba el corazón de Colombia, quiso acostumbrarnos a la tonada de su armonía creadora, y ese pensamiento es hoy costumbre política, realidad suprema y hoja de encina en la cabeza de la República. Había vivido las guerras civiles de su juventud y supo que el pueblo bebía la enloquecedora mezcla de hiel y de sangre, comprendió que la intransigencia es obtusa y que la intolerancia es una enfermedad vulgar del alma, se sacudió y rompió las cadenas del sectarismo con su fuerza contenida de león.

Contra la afirmación de que nuestra historia es gloriosa, surgen con ladrillo, con palustre y cemento, quienes desearían sepultarla con calicanto, como si fuera el cadáver de un oprobio. Ellos, los pujantes enterradores, creen que su aldea materna es el único manantial de los anales patrios, y que su propio padre es el progenitor de la historia, porque el pasado es negativo y solo su punto puede amaestrar halcones que harán su presa del porvenir, es el nadaísmo histórico, es la locura desesperada de suponer que se puede cambiar de pueblo y de tiempo, equivalente a la demencia del maratonista que espera concluir la carrera cambiando sus piernas por las de un espectador descansado.

No, señoras y señores, la historia de Colombia es la obra de su pueblo, tal como lo halló la divina madrugada del celestial 20 de julio de 1810. La historia de Colombia es nariñense y es costeña, es de Boyacá y de Santander, está hecha de caídas oscuras y de crecientes luminosas. Sale a caballo con Arboleda, fue henchida por Rafael Uribe Uribe; sobre su cabeza soplaron las bocas patricias y fieles de Pedro Nel Ospina y Carlos E. Restrepo. Esta historia fue apasionadamente cincelada por genios como Carlos Albán y Alfonso López Pumarejo. Esta historia pasa de un partido a otro, con Tomás Cipriano de Mosquera y con Rafael Núñez, dos sublimes acróbatas que son dueños de la casa de piedra del Congreso. Y los hilos irrompibles de la poderosa trama de esa historia, son las generaciones que ruedan por el cauce del tiempo, como si fueran un gran río letárgico y silente, pero fecundante sin pausa y agitado —pero igual a sí mismo— en medio de las borrascas.

La unidad de tiempo y la unidad de pueblo, constituyen la esencia de la historia. Por ello ha dicho Eduardo Carranza que para hacerla hay que vivir en el presente. Pero la túnica de la historia es la circunstancia cambiante. Episodios de profunda resonancia que conmovieron la esfera toda, han sido superados por el hombre en su ascenso trabajoso. Ya nadie escribe un libro sobre la Revolución Francesa que fue un acontecimiento cuya fuerza ciclópea le desbarató la cara a Europa. Pero nadie concibe la ola solitaria; y el pueblo francés de hoy es la ola que empujan tumbos mugientes sin término previsible desde cuando Carlomagno lo unifica. Del propio modo, el pueblo colombiano siempre se identifica consigo mismo en sus conflictos, en sus alianzas, en sus frustraciones y en sus sueños, en sus caídas y desastres, mientras sigue rayando el horizonte de las edades, en su parábola de extensión interminable.

Restrepo es comparable al provinciano Lincoln: tiene su misma agudeza, su conmovedor heroísmo civil, su propia musculatura moral, pero es un ejemplar colombiano de inconfundibles rasgos. Para probarlo sirve esta anécdota en que los protagonistas son tan nuestros, que no podrían confundirse con ninguna otra grey de patricios indolatinos. Dice nuestro ciudadano de hierro:

"Una mañana, a mediados del mes de agosto de 1911, me visitó Hernando Holguín y Caro y me dijo:

"Anoche nos reunimos los miembros conservadores del Senado y de la Cámara de Representantes y, después de larga y viva deliberación se resolvió que esta noche viniera una comisión a pedirle a usted un cambio de ministerio, que satisfaga la mayoría de ambas cámaras. Tanto tío Jorge (don Jorge Holguín), como yo, fuimos opuestos a que diera este paso, pero no se nos atendió y, antes bien, ambos fuimos incluidos en la comisión que ha de venir ante usted. Así, dada nuestras opiniones, tío Jorge y yo no asistiremos sino como simples espectadores.

"Le contesté que siguiera trabajando en el sentido de que no se me hiciera semejante exigencia, porque yo no podría menos que recibirla muy mal, y que lo sentiría particularmente por los amigos que vinieran en la embajada.

"No valió la advertencia, porque esa noche se presentó la comisión compuesta por unos 10 Senadores y Representantes. La encabezaba el doctor Felipe Angulo, que fue el vocero, y seguían don Jorge Holguín y el doctor Hernando, el doctor Manuel Dávila Flórez y otros.

"El doctor Angulo empezó diciéndome, con su tono martillado y definitivo, que la mayoría conservadora de las Cámaras tenía derecho a exigirme que yo gobernara con el ideal del partido conservador y que, al efecto, la comisión que estaba presente venía a pedírmelo.

"Le repliqué con calma:

"Eso de gobernar con las ideas del partido conservador, me parece un poco vago y necesito, doctor Angulo, me lo aclare. Porque el partido conservador, especialmente a principios de la Regeneración, cuando usted fue ministro y su director espiritual, desterró a colombianos, amordazó la prensa y respetó el sufragio, no fiscalizó la hacienda pública... y de una vez por todas le declaro, doctor, que no gobernaré con esas ideas.

"Se trata, me contestó, de que usted gobierne con las ideas más puras del partido conservador, y como garantía de ello vinimos a pedirle que cambie su ministerio actual y nombre por lo menos cuatro miembros que nosotros indicaremos.

"Ya con menos calma le dije:

—"Antes de contestarle, doctor Angulo, es indispensable que me declare si usted y los caballeros presentes vienen como particulares a tener una conversación privada conmigo; o llegan en comisión oficial de las Cámaras a exigirme el cambio de ministerio; porque si se trata de esto último, no tengo más respuesta que señalarles esa puerta del frente (y la señalé), y rogarles que, de una vez salgan por ella. En mi calidad de Presidente de la República yo no puedo consentir en semejante imposición ni que, contra mis convicciones y contra mandatos constitucionales, se quiera establecer un régimen parlamentario subrepticio y clandestino. En estos momentos discuten las Cámaras la elección de Designados y si yo me presentara oficialmente a ellas, a imponer mi opinión, estoy seguro, doctor Angulo, de que usted sería el primero en señalarme la puerta de salida, como yo la señalo, y haría muy bien".

Pero no estamos solo frente a un político de vuelo aquilino, ni ante un ciudadano de temple cuya resistencia mineral se prueba con su altiva carta al General Reyes, ni ante el Presidente que envía a su hijo al exterior para que nadie pueda acusarlo de enriquecerse por medio de procurador, sino también ante un letrado que escribe ensayos densos y que logra sitio en las letras con sus traducciones, como ocurre con la famosa de Cyrano de Bergerac, porque este hombre era un gascón que alzaba su cabeza de aluminio hacia los astros, como quería el olvidado y soberbio uruguayo Herrera y Reissig. Parece describirse él mismo y a la raza entera cuando estremecido copia la estrofa de Rostand:

Ojos de buitre,
Pies de garduña,
Dientes de lobo,
Fiero ademán,
Son los cadetes de la Gascuña
Que a carbón tiene por Capitán.

Pero el tiempo con el férreo combatiente de la República, del implacable defensor de todas las libertades y, principalmente de la libertad de prensa, que sufriera tan serios atentados de pensamiento, de palabra y de obra después de 1950, por encima de las voluptuosidades intelectuales del esteta y de una grata y contenida y poética vocación alegre, desprevenida y bohemia, al lado de esos personajes que tipificó el doctor Restrepo en su fuerza plenaria, está el cristiano viejo que —según cuenta apasionadamente una de sus hijas— en la tarde agarraba la camándula e iba seduciendo con las casas del Rosario a la Divina Pastora y a la Virgen María le hacía entrega de su alma fortificada por el catolicismo.

Nadie podía desdecir el prestigio de esta ciudad de resonancias continentales; ni las duras empresas de la raza montañera, que convirtió el hacha en un instrumento intelectual y fue con ella civilizando tierras; ni tampoco la teoría de nuestros ciudadanos epónimos que fueron clavando estelas de mármol en el océano azaroso del tiempo, para que allí duraran como testimonio de nuestro gusto por los ideales y por hombres sin mancha; pero tú, Restrepo, nervudo, ágil, invulnerable, cristalino; tú, defendiendo entre nuestros monarcas políticos el primado del Ejecutivo, de acuerdo con la Constitución; tú, jurisconsulto nato y académico; tú, atreviéndote a volar en el cielo de la poesía atormentada y azul; tú, el mago fabricador de tónicos para Colombia; tú, el constructor impertérrito de un alero noble para un pueblo colombiano, que es el aristócrata de la libertad en América Latina; tú, que con el guijarro de una idea de conciliación, alzaste una basílica de concordia para nuestra actividad política; tú, el amigo fiel de mi padre, perdona que tu interlocutor de un día, deje una prueba fugaz de su asombro ante tu magnitud humana, en este momento que la ciudad cubre con su manto de rosas y de diáfana lumbre y que durará tanto como la metrópoli y tanto como el antioqueño, porque como ellos, tú excelsa virtud alzará, siempre la cabeza sobre la cordillera creciente de los años*.

PANEGIRICO DE GUILLERMO LEON VALENCIA

El paso del gimnasta olímpico resuena en las anchas naves de la Historia. ¿Quién llega? ¿Quién fulge, de pronto, en el firmamento de

---

* **El Tiempo,** 13 de septiembre de 1967.

la alta bóveda esquiva? ¿Por qué nuestra señora la muerte, en vez de hundirlo, le ofrece una rosa de perpetua arrogancia, antes de alzarlo convertido en estrella del cielo colombiano? O ¿no es la muerte quien lo lleva hasta la vertiginosa altura, sino la mugiente ola de llanto de una gran nación, la que empina para fijarlo en sitio visible a varios siglos de distancia? Y ¿por qué se aclaran con radiante lumbre esas naves y baldosas de la catedral del tiempo? El viandante egregio tiene el perfil de un caballero águila y alza la testa con una definida vocación de estatua. Pero no: no es porque ella recuerda la cúpula de una basílica. ¿Será, entonces, por su osatura de procónsul, o por sus pies rotundos de cazador de osos y de jabalíes, o por el ojo desorbitado y como a punto de abandonar la ósea caja que lo guarda, para romper de un balazo el pecho raudo de las aves migratorias?

No. Las anchas naves de la historia resuenan porque llegó un hombre, invulnerable a las estratagemas de la sepultura, a quien se le rompió el corazón que venía declamando, desde la remota adolescencia, los versos de Corneille:

"Soy joven, es cierto, mas para las almas bien nacidas el coraje no espera el paso de los años"; y la única manera de morir para Valencia era del corazón, manantial de sus volcánicas ternuras filiales, y de su pasión desbocada de padre, y de sus delicadas efusiones de esposo; pero al propio tiempo un corazón que atropellaba el riesgo y metía espanto al peligro, como al basalto la gran catarata atronadora.

Y por ese corazón brilla y retumba y tiembla la caja de bronce de la historia.

Del sepulcro que acaba de abrirse, nace la estrella cuya lumbre poderosa y cándida servirá de oriente a esa aplastante mayoría de colombianos, dispuestos a cerrarle el paso a la indelicadeza en el manejo de los dineros públicos —porque Valencia fue un ex Presidente pobre— y de esa altiva mayoría resuelta a dirigirse sin temor, como lo hizo Valencia, a un auditorio de tanques liberticidas, como los que adornaban con sus cañones las esquinas que encierran la casa de Eduardo Zuleta, donde fue proclamada su primera candidatura. Y la tumba-estrella marcará el rumbo a cuantos creemos en Colombia, que es la ley más robusta que la desnuda fuerza bestial.

Que nuestros compatriotas, los que honran nuestras insignes tradiciones republicanas, hagan el sacrificio de sus rencillas, por legítimas que sean, ya que a todos nos llama con su luminoso parpadeo, ese astro nuevo que colgó la muerte en la carpa azul del viejo firmamento.

Qué prefieren los colombianos: ¿un gobierno como el de Valencia o el regreso a la dictadura fatal?*.

* **El Tiempo**, 10 de noviembre de 1971.

PANEGIRICO DE ENRIQUE SANTOS MONTEJO

"Es imposible ponerle pantuflas a los talones alados de Mercurio".

Robert Benchley.

Este epígrafe resume en síntesis perfecta el espíritu azogado que ahora honran ustedes con su presencia y que desea exaltar mi voz cansada. Su intelecto aviador jamás conoció ningún confín. Su alma rauda era impropia para la especialización y no se encadenaba a ninguna forma compacta de sabiduría, ni detuvo su remo en determinado género de empresas del conocimiento, porque este Mercurio de talones alados quería saberlo e interpretarlo todo, y su curiosidad inteligentísima no se saciaba nunca y como nos transmitía sencillamente la intelección de los nuevos territorios conquistados, fue como el dios de la mitología, Mercurio, mensajero de los dioses.

Primordialmente, Enrique Santos fue el anti-Hamlet. Este afirma: El problema es ser o no ser: Vivir desespera y exaspera; la fatiga de levantarse no tiene contrapartida, encanto alguno en la nueva caída; la muerte o el no ser espanta a Hamlet, prefiere sufrir a eliminarse.

Santos Montejo no temía a la vida ni a la muerte; fue un escéptico extremado, de calidad superior, en cuyos días la indiferencia planea por encima de la tristeza y en cielo superior al del gozo.

Si trasladamos su vida al espléndido mundo vegetal, hallamos que sus ramas y follaje de verano son los mismos y tantos como los del invierno, porque el clima de su espíritu tuvo siempre la cálida temperatura de su lámpara interior.

Entre las regalías y mercedes que recibió providencialmente el hombre que evocamos ahora, está la de su edad, inmensa en cualquier medio; pero en el nuestro es un regalo insólito y un privilegio divino, porque el hombre célebre, los Enrique Santos cuyos días se alargan, no gimen sobre la senectud como si fuera un cáncer, van creciendo en tamaño, en vez de empequeñecerse y arrugarse, y sobre todos sus conciudadanos irradia su actividad creadora. Fórmase entonces un potente bastión en torno de sus hazañas y sus años, que lo abroquelan contra el ultraje de los días. ¿Quién de entre nosotros no lo leyó y no lo amó?

O ¿cómo borrar de nuestro recuerdo la estrategia diagonal de sus labios, el rictus de miel pungente y de acidez bienhechora?

Para la escuela religiosa a la cual pertenezco, todo es obra de un Dios Trino y Uno, desde el huracán hasta el insecto; pero el hombre específicamente definido —como quieren Aristóteles y Santo Tomás—, por género próximo y última diferencia, yo específicamente lo defino como el Animal Etico. La divinidad del hombre no reside en su inteligencia sino en su voluntad. La primera es un don inculpable, como es defecto inculpable la estupidez, la tiniebla mental. Cuando nace el hombre, el hada madrina corre su vara de diamantes sobre las sienes

del recién nacido y le dice: Tú serás inteligente, o bien se las frota con pedernal obscuro y le augura al niño: Tú será retrasado mental. La inteligencia es una forma superior del instinto, capaz de esquemas dialécticos y de elevarse hasta el vivac del viejo firmamento en las alas de la poesía. Pero la serpiente comparte con el hombre el embeleso de la música y la facultad corruptible y orgánica de la memoria es común a nosotros, al ruiseñor, al caballo y a la hormiga. El hombre no es —por tanto— el animal racional, porque fuera de Dios, nadie es responsable de la inteligencia; en cambio, cada uno de nosotros, con deliberación y voluntad, en virtud del libre albedrío, es el único responsable de su conducta. Las bestias pronostican la lluvia con mayor certidumbre que los escrutadores científicos del clima. En cambio, el hombre tiene el instinto y el gusto del honor, cumple su promesa entre dolores u honra su palabra con lesiones terribles para su patrimonio y trémulo de espanto se arroja sobre la muerte, cuando su sargento le ordena conquistar la trinchera enemiga al servicio de la patria, que es un pueblo de sepulturas silenciosas y de anhelos que cantan... ¡Ah! No... La patria no es eso. La patria es un pueblo de cementerios vociferantes que con sus labios de mármol y de lodo pregonan la tradición; y de esperanzas que silenciosamente ofrecen sus hombros deliciosos de mujer, para que en ellos apoye su pie vacilante el porvenir.

Desde los días de la libertad colombiana, aparecen los Santos, y en esa estirpe esplendente con soberano fulgor, Antonia, que era el presagio de que su estirpe tendría generaciones completas de profesores de energía moral, como es la penúltima, la de Hernando, de Guillermo, de Gustavo, del noble y gran Presidente Eduardo Santos y del escritor, el periodista inmortal, que ahora ofrece su imagen desde las aulas del Colegio de la Asunción, que es la obra de doña Elvira Calle, institutora victoriosa y ejemplo de un espíritu delicado, fuerte y superior.

Enrique Santos Montejo merece el homenaje de la gran dama y del luminoso claustro de niñas y señoritas tutelares... Tutelares, sí, porque ellas pastorean los sueños poéticos y son tutoras del destino de la nación.

Enrique amó torrencialmente a su patria, fue un guerrero cívico y un místico de la libertad. El amor fue la luna de su juventud y la pluma fue el sol de su vejez. Sus admiradores fuimos sus amigos implacables y por eso nuestro corazón lo persigue hasta más allá del sepulcro*.

PANEGIRICO DE SILVIO VILLEGAS

En el Cementerio Central de Bogotá, el 14 de septiembre de 1972.

¿Qué puedo hacer, paralizado y caído por el golpe? ¿Declamar mi pena, o gemir al compás del dolor patrio, o exaltarme de gozo por la

* **El Tiempo**, 14 de abril de 1972.

riqueza con que este cadáver aumenta el patrimonio de nuestra historia gloriosísima?

Hace poco Villegas y yo nos hicimos mutua confesión de nuestro apasionado y jadeante deseo de morir. Para nosotros la muerte carece de terrores. Es un momento más cargado de promesas triunfales que de espanto, a pesar de las temibles cuentas que debemos rendir ante el misericordioso Magistrado que falla en el juicio parcial de que habla la teología cristiana, por contraposición al juicio universal.

Cuando el alma abandona su envoltura de carne despavorida, se encuentra con el Creador de las madres y de las rosas, de la claridad y de la sombra, y este hombre, a quien tanto amé y a quien tanto debí y el único inmortal entre los compañeros que le estuvimos asociados fraternalmente, este límpido espejo de ciudadanos, que prefirió una reputación inocente a ejercer la profesión en la clandestinidad, por medio de oficinas satélites; este parlamentario que se abrazó a la honesta pobreza, más bien que vender su influjo de periodista o el prestigio de alianzas potentes, este ejemplar hijo de Colombia, ayer —por fin—, traspuso el delicado abismo que separa la mariposa de la luz de los jardines de la noche.

Su prosa pascaliana, económica y luminosa de fabricante de libros, está desde hace mucho tiempo remachada en nuestras antologías. Su prosa de guerra será un adorno siempre nuevo de nuestra época, al modo de la de Juan Lozano, de Alfonso Villegas Restrepo, de Laureano Gómez y de Roberto García Peña, de Gabriel y de Guillermo Cano, de Alberto Lleras y de Gilberto Alzate, que fue el primero entre sus pares.

Fue un parlamentario de palabra plástica y espléndida, siempre dominada por el pensamiento, a la inversa de lo que ocurría al tribuno de plaza, que rompía el freno en la boca de su palabra, para que atropellara las multitudes, sacudidas y como aplastadas por el casco resonante de su carrera y por las herraduras de oro tan fino como bronco.

Yo creo en la resurrección de los muertos y así lo declaro en este homenaje a la gloria, a la historia, a la muerte, a la resurrección. Hablo en mi propio nombre, porque abandoné a mis padrinos en la pila bautismal y porque nadie puede disputarme el título de albacea político de Silvio Villegas. En nuestra última entrevista razonó así: "La situación conservadora, frente a una posible unión liberal, nos obliga a aceptar la fórmula del sabio Presidente Ospina Pérez sobre la formación del frente democrático para un candidato único, para que Colombia se perpetúe como fanal de civilización política en América Latina, de suerte, me dijo, que aun cuando me quedara solo con el doctor Ospina, votaré por un candidato que asegure para el conservatismo la presidencia de 1978 a 1982". Al lado de mi prodigioso amigo, el doctor Ospina, trabajaré por los designios que Villegas no pudo realizar.

En horas difíciles orientó a sus conciudadanos. Era estoico, valiente y noble y por eso Dios le coloca la sepultura y se la ajusta al cuerpo, como si lo envolviera en ramas de encina y en ramas de roble y en gajos de laurel*.

---

* **Anales del Congreso, 20 de julio de 1973.**

PANEGIRICO DE EDUARDO ZULETA ANGEL

Eduardo Zuleta Angel ha cambiado argollas nupciales con la Estrella de Belén, y nosotros que fuimos la corte de este patriota soberano, de este amigo fiel y de este jurista potente y lúcido y famoso, asistimos a la ceremonia transidos de gratitud religiosa con la vida, porque tuvimos el gozo de haberlo admirado con pasión y de haberlo amado, largamente con desinterés.

A pesar de que mi progenitor le llevaba cuarenta años al padre del doctor Zuleta, fueron entre sí muy amigos, de suerte que la amistad cándida y ardiente de las dos estirpes enlaza tres generaciones, porque mis hijos y los de Lucía y Eduardo se hallan unidos también por el hilo dorado de un sentimiento cordial.

Pero mi primer encuentro serio con Zuleta fue cuando a los veinte años tomé la iniciativa de reunir una convención nacional de la juventud conservadora. Eduardo habló allí con majestuosa resonancia de amplitud estentórea, en un idioma resplandeciente, ordenado, medular y hermoso.

Y fui su contrincante. La prensa dio cuenta del duelo, que selló nuestra amistad incorruptible. ¡Cuántas calidades, cuántas prendas las de su sabiduría compacta y luminosa! ¡Cuántos triunfos como jurista y como diplomático! ¡Qué ademán de cíclope en la tribuna cuando domaba a las muchedumbres mugientes!

Recuerdo que al regreso del Presidente Auriol a París, después de su viaje a Washington, en el Quai d'Orsay me informaron que nuestro Embajador había sido el Consejero único del Secretario de Estado Acheson, cada vez que el diálogo se tejía sobre los temas de América Latina.

Nuestra Lucía Torres y sus hijos saben que corazones amigos palpitan al lado de ellos, acompañando el sepulcro, como la bujía del Tenebrario, "la víspera de la pasión, en la Noche de Tinieblas"*.

* **El Tiempo**, octubre 30 de 1973.

XVII

BIOGRAFIA DE UN CONTRAPUNTO

"BIOGRAFIA DE UN CONTRAPUNTO"

(Capítulos finales).

La Reina cambia infrecuentemente de concepto sobre sus ministros; pero todos los historiadores están de acuerdo en que las mutaciones más inesperadas y hondas fueron las que hizo acerca de Gladstone, a quien admiraba, y luego detestó, y la de Disraeli, a quien despreciaba y cuya pasión platónica estaba bien correspondida por el ministro, cuando lo era, o por el líder de la oposición en la Cámara de los Comunes. Balmoral y Windsor fueron solemnes y callados testigos de aquel mutuo entendimiento. A María Ana le hizo una distinción extraordinaria y muchas excepcionales. La extraordinaria es que cuando ofrece a Benjamín hacerlo Conde, él obtiene que sea María Ana la Condesa. Las excepcionales, es que siempre invita a Disraeli cuando le significaba a éste su deseo de que pasaran con ella algunos días de reposo en su compañía y en el campo.

El amor de la Reina Victoria, por su esposo, fue celebrado y famoso, por la ternura constante y diáfana que ligó sus almas. Como el Príncipe poseía un espíritu elevado, quiso fundar un grupo de amigos de las artes y llamó a Disraeli, quien lo cultivaba con mucha inteligente nobleza. Por Alberto llegó a Victoria. Jamás la Reina procedió con ninguno de sus primeros ministros como lo hizo, siempre con Disraeli. Le enviaba obsequios, médicos, aves de adorno. Para verlo en asuntos oficiales, lo llamaba con cualquier pretexto. Su confianza en él y su afecto por él, no conocieron límites, dentro de la intensa y pulcra amistad que los unía. Por eso lo llamaba **El Brujo.**

El Príncipe Alberto murió el 14 de diciembre de 1861, después de veintiún años de matrimonio, en que fue objeto de vivos ataques por sus intervenciones políticas. Disraeli, quien lo defendió siempre contra ellos, a su muerte encontró el camino para solidarizarse con la viudez inconsolable y perpetua de la Reina, sin incurrir ni en familiaridad ni en abuso.

Para no romper el hilo de esas relaciones que fueron blancas y fragantes como un jazmín del Cabo, pero inmarcesibles y crecientes, anticipo que las enfermedades asediaron sin fin a Disraeli. Unos bron-

quios traidores y el hábito adquirido en Turquía, de fumar en pipas de forma grácil y extensión antediluviana que exigían enorme esfuerzo de los pulmones, y el tabaco de Macedonia o el de Turquía, y el tiempo que dedicaba a perfumar la atmósfera con las picaduras exóticas y a deslumbrar con la riqueza y longitud de sus narguiles, lo hicieron asmático. Los días y las noches eran suplicios, cuyo único alivio era la ternura delirante de María Ana y, luego de que ésta muere, el pensamiento y las cartas de la Duquesa de Bradford. Tiene setenta y dos años. Las exigencias de su carácter de ministro o de líder perenne de su partido en los Comunes, le representan un agobio aplastante. Al salir de un Consejo de Ministros, le escribe con lápiz trémulo a Lady Bradford: En ocho horas, he sufrido físicamente lo que un varón de dolores puede padecer en un año, como agonía del organismo usado y moribundo. Decide entonces renunciar a la jefatura del conservatismo y dimitir como miembro de la Cámara. La Reina le dice que su enfermedad la está matando a ella, por las inquietudes que le producen al Reino, a pesar de que su heroísmo auténtico impida el desarreglo del Gobierno. Sin excepción ninguna —fuera de Gladstone— los grandes hombres de la política le piden que prosiga.

El 11 de agosto va a la Cámara, y como es el verano pleno, lleva un largo sobretodo blanquísimo y se detiene entre algunos asientos, del brazo de su secretario. No dice una palabra. Sus contemporáneos dicen que esa visita matinal y solitaria, era lo único propio del artista supremo, porque valía más que un discurso de alabastro, con sarcasmos ingeniosos por alas.

El 12 de agosto el Palacio de Buckingham participa: "Su Majestad anuncia que ha tenido el placer de convertir en Conde a su Primer Ministro". Quienes hemos podido penetrar en las intimidades de la época victoriana somos los únicos que podemos darnos cuenta de la milagrosa hazaña inimitable y plenaria.

Cada vez que enferma, la Reina envía hasta cinco telegramas diarios interrogando al médico sobre la marcha de esa preciosa salud. Envía su médico. Lo obliga a ir a sus castillos, porque su tristísima viudez lo ha dejado completamente solo en su enorme casa de Hughenden, con doscientas hectáreas pintadas por la proa de los cisnes perezosos y por el verde pajizo de los pavos reales. Y aun cuando era un devorador insaciable de auroras y ponientes, se dedicaba en la noche al dolor de la ausencia de María Ana y al poderoso amor inmaterial de la presencia de Selina (la Duquesa de Bradford); y sufrir como un mártir y amar con frenesí, son los clásicos ejercicios poéticos de la naturaleza humana.

Los Comunes llegan a su Cámara y hablan como si estuvieran frente a un ataúd, en murmullos dolientes, y la atención de Inglaterra se traslada a la Cámara de los Lores, en espera de esos dardos silenciosos que no se enriquecían ni de una sola pluma para que no hubiera amortiguadores, ni resistencia ni obstáculos para su vuelo mortal. El único hombre que no temía a Disraeli era Gladstone, y el único hombre que no temía a Gladstone era Disraeli. En esos encuentros legendarios, todos los truenos y las aguas los producía Gladstone que hace crecer

el río de todas las pasiones y marchaba por el cielo de la Cámara con el solemne estrépito de un carro merovingio; Disraeli ponía los rayos.

Hay algo singularmente caballeresco en el combate largo: María Ana enferma gravemente. Cuando el 10 de noviembre de 1867 habla Gladstone en el debate contra Disraeli, Ministro de Hacienda, le dice en la Cámara: "siento una viva simpatía y solidaridad con usted a causa de la enfermedad de su señora y pienso que esta preocupación es excesiva para un hombre de sus responsabilidades y de su posición". Disraeli llora y le escribe a la Reina: "El señor Gladstone hizo un discurso muy considerado para el Ministro de Hacienda, quien se emocionó intensamente". El asma de Benjamín lo estrangula.

Hay una intensa y dulcérrima correspondencia amorosa, de alcoba a alcoba, entre marido y mujer, y en una de ellas le dice Benjamín: "estamos en un hospital, que es para mí un palacio, porque estás bajo el mismo techo".

Lord Derby se halla inhabilitado para seguir al frente del partido. La enfermedad y los años lo derriban. Disraeli lo sucede el 25 de febrero de 1868 a los 63 años.

Disraeli era el favorito de la Reina y del partido desde hace años. Va a Osborne, residencia preferida por Victoria y le besa la mano, que es el rito obligatorio de quien recibe la alta y difícil encomienda.

El librecambista Bright —quien detestaba a Disraeli— escribe en su diario:

"Ese nombramiento es un gran triunfo de la inteligencia, del valor, de la paciencia y de la falta de escrúpulos, empleados al servicio de un partido lleno de prejuicios y falto de cerebros. Los conservadores alquilaron a Disraeli y ha recibido el pago".

La sugestión de que el genio puede ser alquilado se cae por su propio peso.

Sin duda la más fantástica empresa de Disraeli fue la compra del cincuenta por ciento de las acciones en el canal de que era dueño el Khedive de Egipto. Lesseps había abierto esa comunicación directa del mar europeo hacia el Oriente, con el apoyo orgulloso de Francia, que naturalmente desea las 177.000 acciones de Khedive. Cuando sabe de las estrechuras que lo precipitan en la bancarrota si no vende su cincuenta por ciento, hace una propuesta complicada, buscando el camino de imponer intereses usurarios sobre un préstamo de tres millones cuatrocientas mil libras que daría en préstamos para poner a flote al gobernante egipcio. Disraeli propone la compra pura y simple por cuatro millones de libras. Pero el Parlamento está en vacaciones, no existen previsiones presupuestales para esa clase de gasto y el plazo es de horas y el secreto es indispensable. Disraeli envía a su secretario al Barón de Rothschild (judío) para decirle que necesita cuatro millones de libras. Rothschild se está comiendo una uva. Pregunta: ¿Qué garantía me da Benjamín?

El secretario responde: El gobierno británico. Rothschild escupe el pellejo de la uva: Está bien.

Y así llega donde su Reina y le ofrece el título de Emperatriz de la India, como añadido olímpico al título de Reina de la Gran Bretaña. Como Gladstone se opuso a la negociación y al título en discurso resonante, la Reina Emperatriz da aún mayores pruebas de afecto por su ministro y recarga su antipatía por el jefe de la oposición.

Cuando empieza la primavera de 1868, Gladstone se mueve en asociación con fuerzas poderosas para conseguir que la Iglesia Anglicana, cuya cabeza es la potestad civil, no prorrogue su vigencia exclusiva en Irlanda. Disraeli propone que se disuelva el Parlamento o que sin elecciones, la Reina llame al jefe liberal. Hay elecciones y Gladstone triunfa. La Reina, que de ninguna manera quiere desprenderse de Disraeli, le aconsejó apelar a las urnas, a pesar de que están recientes las elecciones últimas. En plena crisis la Princesa Christian, hija de la Reina, le escribe a Disraeli:

"Mayo 12. Mamá quiere que yo le envíe en su nombre las flores que acompaño, para que adorne su alcoba. Las flores vienen del Castillo de Windsor".

En la derrota su popularidad crece con su fortuna. Sus libros le dan cerca de once mil libras. **Lotario** se traduce a todos los idiomas de Europa. En los Estados Unidos se venden 80.000 ejemplares en tres días. La Universidad de Glasgow lo elige Rector.

Emplea el tiempo en que es oposición en organizar el partido. Inútil entrar en detalles; pero solo digo que duró ochenta años el estatuto, que desde 1871, empezó a dar buenos resultados.

Frente al Gobierno clama un progresivo bienestar de los desamparados y por una activa política de solidaridad con las colonias, "que serán para nosotros en el futuro, un manantial de fuerza incalculable". Dos guerras mundiales juran los vaticinios de profeta y de ahí que declaró Baldwin en 1924: El imperio y el partido son la obra de Disraeli.

Acusa a Gladstone de una política de confiscación: "Este lleva años haciéndolo. Usted no solo ha despojado a las Iglesias Católicas, mas también a las Protestantes. Usted es amenaza de todas las empresas. Usted ha vejado el comercio y ha criticado todas las profesiones. Nadie sabe a quién pertenece su propiedad. Es mejor que se vaya". Gladstone renuncia. La Reina llama a Disraeli para que forme el Gobierno, pero éste se niega porque en los Comunes está en minoría y comprende que el último golpe lo da o poniendo a Gladstone a disolver un parlamento donde solo ocasionalmente se encuentra en minoría, o echándole encima la responsabilidad de la disolución que enfurecería a sus amigos.

Los cálculos sagaces surten efecto y Gladstone se queda, atado a los proyectos que le fueron negados y que él se apresuró a declarar que eran vitales para el gobierno. El Times declara: "Disraeli ocupa ahora el puesto más alto que Inglaterra ha conocido en muchos años. Glads-

tone vuelve al poder, dando pruebas de que está muy lejos de poseer las condiciones de paciencia y de genio de que es incapaz frente a su adversario que desde la oposición está triunfante".

Pero un golpe violentísimo lo aturde: María Ana, Viscondesa de Beaconsfield, muere el 15 de diciembre de 1872, después de 33 años de un matrimonio feliz.

Aparecen las hermanas Forester. Les había conocido desde los años treinta como bellezas en boga, ricas y de gran familia. Sobrevivían en 1873, Ana, viuda, Duquesa de Chesterfield y Selina, casada con el Duque de Bradford, quien era 17 años menor que Selina. Propone matrimonio a la viuda, que comprende que a los 74 años es un poco notorio el matrimonio y que Disraeli se casaría con ella por amor a Selina. Mas no se crea que su negativa fue desamor. Sus relaciones continuaron impertérritas. Le escribe a la Duquesa de Bradford: "Su amable sencillez, su intelecto vívido, agudo e imaginativo, su disposición tierna, son los motivos que la convierten en la bienamada". Como la Duquesa de Chesterfield está viuda, puede amarlo y lo ama. Como la Duquesa de Bradford está felizmente casada, no lo ama, lo quiere intensamente como amigo. Disraeli tiene un fino sentido de las proporciones y jamás habría buscado una mujer menor de 50 años. Naturalmente rechazaba todo movimiento físico o sensual en esas relaciones que él miraba desde el foco de su lamentable vida solitaria y en sus relaciones con esa calidad eterna que los enamorados asocian al amor.

Golpeaba a la puerta del Duque de Bradford como un novio, pero esa situación era tolerada por el matrimonio, porque se conocía la dignidad y la pureza del sentimiento del Primer Ministro por la dama, aun cuando le escribe: "Estoy abrumado por los negocios públicos y solo tendría aliento para levantar la cabeza y la palabra si puedo verla hoy". "Iré de todas maneras a almorzar con usted si me lo permite; pero aun cuando no me lo permita, iré a verla". Es la época de los setenta años de que Chateaubriand escribía la carta desesperada sobre que ya es imposible amar. Y Disraeli escribe a Selina: "La mayor desgracia es tener un corazón que se niega a envejecer". "Nuestras relaciones son insostenibles. Solo puedo verla en sociedad y usted me evita. Sus sentimientos por mí son adversos a los míos por usted".

Es memorable el año de 1873 en la vida a que me aplico, porque define, mejor que Burke, el conservatismo inglés y porque sus arremetidas contra Gladstone preparan la caída del gobierno liberal.

Definición del partido conservador: "Una comunidad civilizada fatalmente tiene como infraestructura un amplio capital de pensamiento y de sentimiento y debe acumular reservas morales para las crisis de la nación. Las tradiciones son parte vital de la existencia de la patria, cuyo heroísmo y disciplina, cuyas leyes venerables, cuyas poesías y cuya ciencia y erudición, cuyo humanismo y cuya elocuencia tiene un gran papel solar, al lado de su agricultura, del comercio y de la habilidad de sus técnicos y de la destreza de sus ingenieros y la experiencia de sus sabios".

El impacto del discurso lo hace reelegir por los estudiantes de Glasgow, Rector de la Universidad en 1874. Allí habla con maestría propia de su tacto incomparable, sobre que Lord John Russell dirigió al liberalismo 17 años, Sir Robert Peel al conservatismo, por 18 años, y que él lleva 25 años dirigiendo al partido conservador, porque ese partido prefiere las ideas a los hombres y que como él ha sido fiel a sus principios, es esencial en el programa conservador **el jefe único** señalado por sus muchedumbres debido a la constancia en la exposición y defensa de su filosofía. En estas latitudes, pensadores muy inteligentes sostienen lo contrario, a saber: que si las masas aceptan la autoridad noblemente ejercida bajo la inspiración filosófica de ciertos principios inmutables, es filosóficamente estúpido, ignaro y desleal aceptar su jefatura. Jamás ha predicado esa herejía. La comprenden quienes quisieran usarla para formar con el nombre conservador de una trinca de lustrabotas que acepten respirar por un solo par de narices. Pero ¡Ay, de quien se atreva a creer que tiene fosas nasales! Siempre he sido partidario de que los partidos sean dirigidos por los jefes únicos, ya que en nuestras fuertes democracias azogadas, la autoridad debe ser robusta como un oso y ágil como un tigre.

Lo esencial en el programa conservador de Colombia es que si cualquiera de sus hombres, por eminente que sea, plantea principios o exhibe prácticas despóticas o hipócritas, contra la dignidad humana o contra la religión unánime del partido o contra el concepto espiritualista de la vida, el conservatismo no sigue a ese hombre y esto es esencial en su programa; pero el programa de Caro y Ospina, para nada incurre en la insignificancia hidrópica de darle pautas estatutarias para su organización cambiante, porque es hija de las circunstancias. Jamás cometieron la falta de respeto a su inteligencia y a la de sus copartidarios, diciendo en un programa filosófico, la estupidez egregia de que el partido conservador nunca tendrá jefes únicos y que esto es esencial en su programa. Ellos sabían lo que pensaban. Y sus intérpretes saben lo que están proyectando con su genio de inventores: Un partido de limpiadientes. Este es el resultado del matrimonio de los ingenieros con la filosofía, en que la señora siempre tiene que obedecer.

Arriba se leyó cómo Disraeli se negó a aceptar el poder, porque aun cuando no tenía fuerza bastante en los Comunes, la de Gladstone se dividió siempre en los asuntos que imprudentemente llamó vitales. En carta a uno de sus amigos, el segundo descubrió con puntualidad el cálculo del judío: me deja en el poder, porque yo lo tumbaría y ahora sabe que no podré gobernar a mi talante y me llevará a las elecciones en las peores condiciones.

El 23 de enero de 1874 Gladstone cumple los vaticinios y aconseja a la Reina disolver el parlamento. Los cálculos de los nigromantes electorales habían predicho una mayoría conservadora de tres a ocho miembros. Resultado: 245 liberales, 350 conservadores. Todos los grupos reunidos eran treinta menos que el solo partido conservador. A los treinta años el hombre soberbio y ambicioso, había dicho: "Solo soy realmente grande en la acción".

Tiene en las manos el timón. ¡Cuánta claridad inunda el puente de la nave cuando perfora con su proa horizontes sociales, a pesar de que las playas donde se dirige son las desigualdades oscuras, la miseria gemebunda, la desnudez aterida!

Del lado internacional y a propósito de la glotonería del Imperio ruso en los Balcanes y en próximo Oriente, asiste al Congreso de Berlín, y da un ultimatum a Bismarck tan sutil como eficaz. Ordena su tren de regreso a Inglaterra para romper los designios del hombre de hierro de Alemania. Y Bismarck cede y comentando la magna asamblea y sus protagonistas, solo dice dos palabras: "¡Der Jude!". El Judío.

Y el trabajo sigue, y él, como un mulo dándole vuelta a la noria, mientras el asma lo hace resoplar como un agonizante y el corazón se lo toca la Duquesa de Bradford con una mano más dura y más fría que la de la muerte. Y no duerme y no come: Se alimenta con las titánicas heces del poder, que fue la dieta de sus fantasías juveniles y ahora es el verdugo de sus horas.

Vence a Rusia en sus pretensiones contra Turquía, satura una división profunda y grave en el Gabinete, dirige la guerra contra Afganistán y contra los Zulúes, sacude los hombros para arrojar lejos las arengas de Gladstone que lo acomete aprovechando esa larga sucesión de borrascas.

La Reina lo respalda en todo, es de un valor increíble, lo sostiene en las guerras, lo defiende de los amigos y de los enemigos, afirma que jamás Inglaterra tuvo un Ministro semejante, le manda flores y le ofrece la Orden de la Liga, que Disraeli rechaza, porque considera que sus servicios son impagables y cuando se caiga, la recibe. Le regala el uniforme que usan los miembros de la Casa Real de Windsor. Le ofrece cuanto desea y en todo lo atiende. ¡Y qué brillante y qué fuerte personalidad la de Victoria! Valían mucho esos favores.

Bismarck le propone una alianza contra Rusia, pero Disraeli preserva la amistad de Francia y la victoria de 1918, dirá cuanto sirvió la mística visionaria del profeta.

Dura su gobierno hasta 1880 en que cae luego de disolver el Parlamento, sobre la cuestión irlandesa. Los términos electorales de 1874, se invierten y la victoria liberal es magnífica. La Reina le escribe: "Continuaremos escribiéndonos en lo futuro, sin que nadie lo sepa. Y si se me presenta alguna dificultad haré que alguien le escriba por mí y le ruego contestar inmediatamente". "Naturalmente el señor Gladstone ha hecho tanto daño que haré poco caso de él". Y llama a Hartington, porque real y profundamente detesta a Gladstone, que tiene la manía de ver siempre asuntos morales en intereses políticos moralmente indiferentes. Pero Gladstone regresa, ya que Hartington rehúsa.

A los 76 años, apartado del Gobierno, empieza y concluye su novela Endimión, entre los dolores de la gota y las asfixias del asma, pero siempre consolado por las visitas y cartas de la Reina y las dos Duquesas de su alma. Ofrece el libro y le dan la más grande suma conocida por un libro que ni siquiera ha leído el editor: ¡Diez mil libras!

Endimión es un éxito y empieza la novela que la muerte dejó inconclusa.

El 5 de abril de 1881 la Reina le escribe del Castillo de Windsor: "Queridísimo Lord Beaconsfield: le mando sus flores favoritas. Le mandaré más de Osborne. Quiero verlo, visitarlo, pero los médicos lo impiden, Victoria, Reina, Emperatriz".

Dos vidas de tan contrario signo, ¿por qué parecen simétricas en la lejanía de los años? El descendiente de reyes medioevales y el judío que se mueve en un medio áspero y ajeno, ¿por qué presentan semejanza irrecusable en el telón de fondo de la historia? Por qué el hombre es primordialmente una actividad moral. Si el supremo lazo fuera la inteligencia, la especie humana no se diferenciaría de especies zoológicas, que construyen represas, ni de la abeja cuya colmena es inimitable por el ingeniero, ni de la comadreja miope que devora la rata y que a caballo sobre el cuello de un venado le rompe la yugular y se le chupa la vida, ni del ratón, que sin teodolito ni compás perfora el túnel que cae sobre el queso de la despensa, como explicaba Remy de Gourmont cuando afirmó que el porvenir de la inteligencia es cristalizar en instinto, como don infalible de que el plan providencial enriqueció las especies inferiores, que presienten el terremoto y la lluvia.

La voluntad que prefiere la austeridad a la opulencia, la que sufre sin gemidos y se calcina por el deseo en ascuas de la riqueza fácil, porque escoge la honrada pobreza, esa que no se inclina ante los poderosos y que prefiere la aserción de su personalidad solitaria, al triunfo de enrolarse en el tumulto de las muchedumbres mugientes, la voluntad que campea como una Icona en los repliegues del alma, fue la constante del carácter, de estos dos astros en el firmamento de la historia.

Su vida pública es un ejemplo para la voluntad que alza su bandera como contraseña inimitable del género humano. El hombre no es el animal racional sino el animal ético.

Su vida pública es un dechado por el desinterés varonil y porque la proximidad del tesoro público nunca manchó de carate sus manos pulquérrimas.

Tuvieron el don de magnificar con sus palabras los objetos de su devoción. Dejaron páginas que no se olvidan, porque el aliento de la poesía no está en la medida del verso ni en sus consonantes, sino en un desgarramiento que va iluminando el suelo que ensangrenta.

* * *

FIN

XVIII
DUELO NACIONAL

DECRETO DE HONORES

Decreto número 261 de 1974.

El Presidente de la República de Colombia, en uso de sus facultades legales, y

CONSIDERANDO:

Que en el día de hoy ha fallecido en Bogotá el doctor Augusto Ramírez Moreno;

Que el doctor Augusto Ramírez Moreno fue Ministro de Estado y en calidad de tal contribuyó en forma destacada a la consolidación del sistema del Frente Nacional, en cuya creación tuvo una parte muy activa como miembro prominente del partido conservador;

Que fue también Embajador de Colombia ante varios gobiernos, y que en el desempeño de sus funciones diplomáticas dio alto ejemplo de competencia y de patriotismo;

Que fue parlamentario ilustre que llevó la representación del partido conservador en el Congreso de la República, donde fue protagonista de grandes jornadas que forman parte muy importante de la historia del Parlamento;

Que llevó también la representación de su partido en asambleas, y concejos municipales, y en estos cuerpos colegiados dejó un recuerdo imperecedero de sus condiciones de orador y de líder político;

Que fue también escritor esclarecido, autor de varias obras que forman parte del acervo cultural del país;

Y columnista brillante de muchos de los principales diarios de la nación;

Que participó en representación de Colombia en varias conferencias internacionales, en todas las cuales dejó el sello de su vigorosa personalidad y de su indeclinable amor a la patria;

Que es deber del Gobierno exaltar a quienes bien han servido a la nación,

DECRETA:

Artículo primero. Interpretando el dolor de Colombia, el Gobierno deplora el fallecimiento del egregio compatriota doctor Augusto Ramírez Moreno y, por las grandes virtudes personales y civiles que lo adornaron, propone su memoria como digna de ser imitada.

Artículo segundo. En las exequias del doctor Augusto Ramírez Moreno, el Gobierno se hará presente y en su nombre llevará la palabra el Ministro de Gobierno.

Artículo tercero. Tropas de la guarnición de Bogotá le tributarán los honores correspondientes.

Artículo cuarto. Copia de este Decreto en nota de estilo, será enviada a la señora viuda y a los hijos del ilustre colombiano desaparecido.

Artículo quinto. Este Decreto rige desde la fecha de su expedición.

Publíquese y cúmplase.

Dado en Bogotá, a los 19 días de febrero de 1974.

MISAEL PASTRANA BORRERO

El Ministro de Gobierno, **Roberto Arenas Bonilla.** El Ministro de Relaciones Exteriores, encargado, **Carlos Borda Mendoza.** El Ministro de Defensa Nacional, General **Hernando Currea Cubides***.

OSPINA PEREZ LAMENTA LA MUERTE DE RAMIREZ MORENO

El ex Presidente Mariano Ospina Pérez deploró la muerte de Augusto Ramírez Moreno, de quien exaltó sus virtudes, recordando que siempre conservó por él "una gran admiración y una gran simpatía".

Al tener conocimiento del fallecimiento del destacado político y hombre público, el doctor Ospina Pérez hizo la siguiente declaración:

"Con la repentina y dolorosa desaparición del doctor Augusto Ramírez Moreno tiende a extinguirse lo que en su época se llamó el Escuadrón de Los Leopardos, que brillaron con luz propia y de manera extraordinaria en el ambiente político nacional.

Sus características fundamentales fueron el valor civil, la inteligencia y una magnífica y elegante oratoria inspirada en el patriotismo, pero alimentada también por el amor a su causa política.

Yo recibí en distintas circunstancias de mi vida pública, especialmente cuando desempeñaba la Presidencia de la República, el apoyo brillante y lleno de coraje de Ramírez Moreno en jornadas legendarias de los debates ocurridos en la Cámara de Representantes hacia el

---

* **La República**, 20 de febrero de 1974.

final del gobierno de la Unión Nacional. En todo momento fue generosa su adhesión a mi actuación y yo también conservé por él una gran admiración y una gran simpatía.

El paso de Ramírez Moreno por el Ministerio de Gobierno bajo la Presidencia del doctor Lleras Camargo fue tan eficaz y tan significativo para la política del entendimiento nacional, como lo hubiera podido ser la de cualquiera de los grandes inspiradores de aquélla.

No está fuera de lugar en este momento recordar que aún vive el gran Eliseo Arango que desempeñó cargos importantísimos en el Gabinete Ministerial y que ocupa en estos momentos una destacada posición diplomática. La vida de estos batalladores de ayer puede servir de ejemplo a las generaciones actuales. Los distinguieron también dos virtudes muy escasas y que por lo mismo deben relievarse. Una gran lealtad y un gran desprendimiento personal.

En esta hora de dolor me uno al duelo de mis copartidarios y de los colombianos en general, a la vez que al de los miembros de la familia del doctor Augusto Ramírez Moreno"*.

EL LEOPARDO RAMIREZ

Nota de Klim.

Yo empecé a tener dificultades con mis profesores de la Universidad Javeriana por culpa de Augusto Ramírez Moreno. Lo mismo que la mayoría de mis condiscípulos me iba al Capitolio a oír a Los Leopardos, mientras que en las aulas semivacías volaban pesadamente, como cucarrones, las voces de Mariano Ospina y de Liborio Escallón, iniciándonos en los secretos de la Estadística y el Derecho Civil.

Los Leopardos parecían haber llegado al Parlamento, de una pieza de Rostand. **("Son los cadetes de la Gascuña, que a Carbón tienen por capitán, punzabarrigas y rompehocicos son dulces nombres que ellos se dan").** Era una época tonta y feliz. En las curules dormitaban plácidamente, como figuras salidas del Museo de Cera de Madame Grevin, los hipopótamos sagrados de la hegemonía. Una falange de generales enormes, que abrían los ojos un momento, bostezaban y volvían a cerrarlos. El General Pedro J. Berrío atravesaba de pronto el recinto, a pasos menuditos, y al pasar por delante de la Presidencia levantaba una mano y decía: "que se verifique". El Secretario, tomado de sorpresa se despabilaba y contestaba que no había nada que verificar. Un honorable se zafaba una bota de resorte para descansar de los callos. Y los mariscales vasquistas, con un "Diario Oficial" desplegado sobre la cara, que subía y bajaba con el golpe de la respiración, se ponían a roncar. Los Leopardos entraron entonces en la vida nacional, rompiendo esa larga siesta republicana con el estruendo de su elocuencia, y disipando la

* **La República**, febrero 20 de 1974.

suave penumbra centenarista del Congreso con el brillo girondino de sus metáforas. Hermosos e ingenuos tiempos aquellos.

Lo que más valía de Augusto Ramírez, con valer tanto, no era su rampante oratoria. Eran la fuerza del carácter, la nobleza del alma, la rectitud del corazón, que él llevó a lo largo de su vida colgadas siempre como espadas de los clavos de su personalidad. Pero eso no lo comprendí yo sino mucho más tarde. Lo que entonces me seducía eran el ánimo pendenciero y la música de las palabras. Esas imágenes brillantes y multicolores que estallaban en el aire del Parlamento como luces de bengala, aunque muchas veces, pasado el trance oratorio, del discurso no quedara también sino un alambre quemado. Fue temerario e ingenuo, insolente y recto, independiente y arrogante, y nunca tuvo temor de volver sus propias armas contra suyos cuando creyó que con ellos no estaban ni la razón ni la verdad.

Fue un pésimo político, pero cultivó las mejores virtudes de la honradez y del carácter, y por eso el dolor de su muerte es un dolor, no de una familia o de un partido, sino un dolor nacional. Una vez más, y ahora sin previo acuerdo, las banderas de los dos partidos vuelven a unirse para despedirlo. Y yo que no lo conocí, al cancelarse hoy su vida, experimento el mismo confuso sentimiento de admiración y de pesar que me embargaba siendo niño, cuando llegaba a la última página de una novela de Dumas. **Klim***.

HOMILIA EN LOS FUNERALES DE MI TIO AUGUSTO

Pronunciada en la Iglesia de San Ignacio,

por el Padre Leonardo Ramírez Uribe, S. J.

No pensé jamás hablar en circunstancias en las cuales todos los recuerdos y las emociones se aglomeran en tropel e invitan al silencio.

Dios me es testigo de que solo quisiera decir, y ahora más que nunca: "Hágase, Señor, tu voluntad así en la tierra como en el cielo"; "Tú nos lo diste, Tú nos lo quitaste, bendito sea tu santo nombre" (Job, 1, 21).

Los aquí reunidos perdimos ayer a quien, mientras vivió, quisimos entrañablemente. Guardo de Augusto los más afectuosos recuerdos desde mi más remota niñez. Comprendo que no son los breves términos de una homilía, ni la persona que habla, los indicados para hacer aquí, ahora, un balance de su existencia tan original y de su obra tan vasta.

Su vida, comenzada el 23 de noviembre de 1900, en la Plaza de Flórez de la ciudad de Medellín, fue siempre paralela a la de este siglo XX, de tan cambiantes contrastes de gozos y esperanzas, angustia y tempestad, valor y grandeza.

*** El Tiempo, febrero 22 de 1974.**

Por celebrarse ese día la fiesta de San Clemente, Papa y mártir, fue bautizado con los nombres de Augusto Alexis Clemente. En el hogar de Enrique Ramírez Gómez y Merceditas Moreno, todo escaseaba si se exceptúan la fe cristiana, el amor y los hijos, que fueron trece. El tiempo maduró primero esa opulenta espiga y luego la ha ido desgranando pausadamente, para que se cumpla la palabra de Jesús: "Si el grano de trigo, cayendo en la tierra, no muere, permanece infecundo; pero si muere, produce mucho fruto". (Juan, 12, 24). Vivos, solo quedan hoy dos granos de esa espiga: Leonor y Luis, el benjamín de la familia. Los demás han sido cosechados para los trojes de nuestro Padre que está en los cielos.

En su hogar aprendió los recios principios de sus hondas convicciones cristianas, para él rutas indefectibles de la vida.

El carácter indomable de mi abuelo llevó a la familia a constantes migraciones, originadas en disidencias de partido, y así, Augusto, nacido en Antioquia, vino a estudiar a la sombra de los claustros venerables de este Colegio de San Bartolomé, que le confirió el grado de bachiller en 1917.

Desde 1914, Noel, mi padre, se había puesto al frente de la casa, al fallecer mi abuelo, el 8 de mayo, solo cinco meses antes de caer abatido por los golpes del hacha asesina el General Rafael Uribe Uribe, quien fuera el segundo padre de mi padre. Cuantos los conocieron en la intimidad hacen memoria del trato casi filial que Augusto solía dispensar a mi padre. Por luctuosa coincidencia, mañana se cumplirán los diez años de su muerte.

Desde 1922, cuando Augusto terminó su carrera de Derecho, su vida fue un continuo batallar sin descanso. En esa vida tormentosa estuvo presente durante cuarenta y cinco años, doña Mariela Ocampo, con quien formó su hogar en 1929. En esta gran dama manizaleña halló la ternura, la comprensión, la fe y el estímulo que lo impulsaron para las grandes empresas avasalladoras que protagonizó y para constituir una familia tan numerosa como ejemplar: nueve fueron sus hijos. Alceste Eugenia Berenice, solo vivió pocos meses sobre la tierra. Enrique fue cobardemente asesinado por una turba de nueve malhechores en el Tolima hace quince años, cuando solo contaba diez y nueve de vida. Rudo golpe para aquel padre en apariencia estoico, en verdad de corazón de niño. Yo vi rodar a raudales las lágrimas de sus ojos lacerados.

Mi condición de sacerdote me acercó siempre más al Augusto de la intimidad familiar que al político y por eso me permito recordar con ustedes cuanto en esta hora me sale del alma.

En París, siendo Embajador de Colombia, fue padre por novena vez, cuando nació Roberto, el último vástago de su estirpe.

Vivía orgulloso de todos sus hijos, pero de ninguno como de su Enrique, a quien recordaba sin cesar; en sus escritos, en sus conversaciones, en el día, en la noche y hasta en el nombre de su casa de campo, en donde murió ayer y que llamaba Don Enrique.

Allí pasó los últimos años de su vida. Tal vez en apariencia los menos brillantes, en realidad los de más acendrada plenitud espiritual. Se convirtió en un místico indómito, dedicado no a esperar pasivamente la muerte, sino a llamarla con la diáfana voz de su garganta de plata, sin la más leve sombra de turbación febril, con la honda fe del cristiano convencido de que la muerte es abrazo eterno con Cristo resucitado. Mientras la hermana muerte llegaba, él escribía, meditaba, leía sosegadamente y oraba sin cesar. Varias veces en la noche recibí su llamada telefónica: quería cambiar ideas, con su sobrino sacerdote, acerca de nuestra santa fe católica. Infinidad de veces me repitió que esperaba la muerte lleno de paz y de confianza en la misericordia del Señor.

Y finalmente ayer recibió su visita: murió en su ley, como había vivido: "augusto, sereno y solo como el sol", nimbado en el misterio de su ocaso, sin una queja, con la plegaria del cristiano viejo paralizada entre sus labios yertos, con la desafiante altanería de su raza incrustada en ese diamantino corazón que, en la mitad de su sueño, detuvo su marcha para que se despertara en la eternidad, en el regazo de Dios, nuestro Padre.

Al eclipsarse su vida, en este templo se ha encendido una luz: la del cirio pascual, la misma que rasgó las tinieblas de la noche cuando esperábamos la Resurrección de Jesucristo. Murió como un roble, arraigado con su fe, a la vida inmortal de Nuestro Salvador y por eso creemos que vive y vive para la eternidad, vive para Dios, vive para ser un ejemplo en nuestras vidas, vive para esperarnos en la gloria del Padre, vive para alentarnos a seguir adelante, a enarbolar la bandera de la fe que dejó en nuestras manos, para que también nosotros coronemos la cima de la eternidad.

Ahora, cuando todos unidos en esa misma fe, esperanza y caridad cristianas, vamos a ofrecer por Augusto el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo, precio de nuestra futura resurrección, pidamos para todos el valor y la resignación necesarias en esta hora tremenda, así como la gracia de una vida sin pecado y de una muerte santa. Así sea*.

EN LAS ALTURAS DEL CARACTER

Palabras de Belisario Betancur en las exequias de Augusto Ramírez Moreno, el 20 de febrero de 1974.

Aunque él hablaba con serenidad y certeza de este momento, los amigos de Augusto Ramírez Moreno cumplimos con inconformidad al rito ineluctable de acompañarlo a la tumba.

Y porque sabía que en cada esquina del ser humano está emboscada la muerte, con hablar reposado y con la clara alegría de la exis-

* **El Espectador, febrero 24 de 1974.**

tencia, decía hace poco: "Espero tranquilo la visita de una dama con una rosa en la mano: es la muerte". No obstante, no alcanzamos a resignarnos a ese destino fúnebre que siega en la plenitud de la cosecha. Este es un parte funeral que le duele hondamente a Colombia.

Resulta tristemente inútil y sería irrespeto a la memoria que desde ahora empezamos a formar de él, analizar su travesía desde un ángulo personal. En un trayecto de la historia agobiado por explicable pero monótona falta de sentido de grandeza, Ramírez Moreno fue un personaje en batalla contra la mediocridad y el conformismo; y, como correspondía a su carácter maravilloso, dispuesto también a no dar tregua ni a pedirla.

Ambas cosas las hizo con el ademán olímpico que destellaba su mirada, siempre a distancia del resentimiento y la medianía. Era este tal vez el más sobresaliente y apasionante de sus rasgos; en lo más feroz del combate o en lo más coloquial del diálogo, que constituía su éxtasis, nunca permitió que el sentimentalismo positivo o negativo se involucrara en un itinerario que cumplía bajo el signo de la elegancia en el cuerpo y en el alma, y bajo el designio del conocimiento de la naturaleza humana.

Sabía bien sabido y nunca lo ocultó, que si el hombre no tiene hacia qué elevarse, queda destituido de substancia; por eso jamás acepta la reflexión sartreana de que el hombre sea una pasión inútil. Su generación no se resigna a que la libertad sea un imposible metafísico y por ello lucharon "Los Leopardos" con denuedo y centella, con ahínco y llamarada, y por supuesto a su manera por alcanzarla. Si la libertad es imposible, y claro que no lo es, advertía desde sus libros iniciales, por lo menos que desaparezca la esclavitud. Los universales concretos contra la abstracción yerta, tal era su bandera.

Quizá fuese arbitrario en alguno de sus juicios, puesto que poco le importaban las consecuencias de una frase si con ella iba a deslumbrar a la audiencia, si con ella iba a deslumbrarse a sí mismo. Esto lo hizo tan singular entre los de su generación y le permitió ¡qué gran privilegio! —entrar en el sendero de los últimos años—, no es "la vejez, viajera de la noche", sino una breve alameda de altos nombres y vívidos recuerdos, escribía con la misma sonrisa escéptica de aquellos tiempos en que escandalizaba con sus actitudes caballerescas a una sociedad gazmoña, provinciana y opaca que menospreciaba los valores de la inteligencia y las alturas del carácter.

A propósito, en el prólogo de un contrapunto suyo entre Chateaubriand y Disraeli que ahora se edita, termina con estas palabras: "¡Ah! Soy idéntico a ellos en una enfermedad del espinazo que consiste en que el paciente no puede inclinarse". Lo que hizo que con otro par suyo, Guillermo León Valencia y con un grupo de amigos, libráramos recientes batallas de cuyos resultados triunfales no hemos podido acabar de reponernos y apenas yo sobrevivo.

De ahí que una de sus últimas tareas intelectuales fuera una empresa del espíritu, su libro "Dialéctica Anticomunista", en el que rescata los valores supremos del hombre y lo libera de ideologías que lo

encadenan a la materia: era un marxólogo que repudiaba el principio de la irreversibilidad del marxismo-leninismo, según el cual una vez en el poder ello es la última palabra de la historia, mito de la victoria inevitable que no admite reveses, cualquiera sea su precio.

A veces la palabra humana no es bastante a expresar íntegramente una circunstancia adolorida del ánimo: pero pienso que la gratitud, en tanto que afecto, no es completa si quien la siente no la vierte a la palabra, el canto o la plegaria.

Permítanseme unas palabras para hablar de la amistad y del amigo:

Nuestro padre y nuestro hermano y nuestro amigo Augusto Ramírez Moreno, se esforzó por dar la razón al viejo y razonable Aristóteles, cuando enseñaba que la amistad más que un sentimiento o que un bien deseable es un hálito entitativo de la existencia, algo sin lo cual el ser humano no llega a serlo de veras. ¡Una de nuestras más puras alegrías será seguir siendo amigo suyo, más allá de la intransferible de la muerte!

No estamos despidiendo ahora a un héroe de cartilla escolar. Resulta imposible declamar doloras frente a la figura callada pero poderosa de quien entendió, como pocos, que aquella existencia se hace más grata, más profunda, más augusta, mientras mejor comprendamos que, según alguien dijera, esta vida es cuestión de vida o muerte, lucha perenne, denuedo por afirmar la propia personalidad, viaje hacia el infinito, peregrinaje hacia Dios.

Ahora Augusto Ramírez Moreno camina por aquel sendero que, según el filósofo, el tiempo no es sucesión y tránsito sino manar continuo de un presente fijo en el que están contenidos todos los tiempos, el pasado y el futuro: el hombre desprendido de esa eternidad en que todos los tiempos son uno.

Ahora Augusto Ramírez Moreno está muy cerca del rostro de Dios. Cruza por entre los iluminados que hicieron a su patria. Le hacen escolta los grandes de la nacionalidad que le han precedido. Resuenan cánticos dondequiera, cantos y cánticos, que él amó. Uno de esos cantos dice que la vida cambia, no perece. Ahora asciende, hasta más allá de las estrellas, en la contemplación beatífica que anheló.

Para los colombianos que aprendimos a admirarlo y respetarlo, la memoria de Augusto Ramírez Moreno será testimonio permanente de altivez, de rectitud moral y de bondad humana.

Para quienes fuimos sus próximos y oímos el latido ahora callado de su poderoso, de su inmenso corazón, su ausencia tendrá la imagen perecedera de lo mortal, pero mantendrá la vivencia de las grandes lecciones.

En un póstumo libro suyo, aún no publicado, las palabras se le hacen himno y aroma para hablar de la patria que tanto amó, de los suyos que tan apasionadamente adoró. De su esposa, cuyo dolor y el de sus hijos y sus nietos, hacemos nuestro, dice: "Fue mi grande adorada.

Un amor inmediato. En cuanto la vi la amé. Su majestad sencilla, sus ojos inquietos, su frente y sus manos, su sonrisa y su acento, me llevan cautivo desde hace semanas de años. Para mí, no hay valor estético que pueda compararse a esta criatura que es la apoteosis de todos mis sueños. Es ella mi tesoro de diamantes y miel. Si no está ella presente soy como un gorrión abandonado; si está próxima me siento puro e inmortal. ¡Oh Dios! que me ofreciste el portento de la ancianidad, ¿cómo podría pagarte que mantengas cerca a mí, sin cambio, el privilegio de su tranquilidad y el perfume de su poesía? Sin ella, ¿qué serían mis días gozosos y mis días dolorosos? ¿No es asombroso que mi corazón errátil encontrara en ella los tesoros todos de la vida y las promesas de la muerte, una palabra que reposa en las manos de Dios? ¡Amor, amor! Dueño despótico y dulce, ¿crees que jamás tu promesa se cumple mejor que con Mariela?".

Sirvan estas palabras para decirles a Mariela, a sus hijos, a sus nietos, a sus familiares y a sus amigos, para decir a los colombianos, a todos los vientos y con el alarido de la voz, que clausuremos definitivamente los viejos odios, que extingamos las brasas antiguas del rencor, y dirijamos los pasos hacia la fidelidad para lo mucho que tenemos que defender. Por ese nuevo patriotismo que Augusto Ramírez Moreno cultivó y defendió durante el hermoso itinerario de su existencia: "Aquel patriotismo que comienza cuando apaguemos las voces queridas, las voces disparatadas, las voces iracundas del pasado"*.

LA MUERTE DE UN LEOPARDO

Augusto Ramirez Moreno, más que un hombre íntegro, total, viril e inapelable como la ira de Dios, fue un árbol musical que cantaba la fuerza de la savia por el blanco fotuto de sus huesos.

Decir que fue profesional, que fue ministro, que representó a Colombia entre protocolos internacionales traídos y llevados por lenguajes claros como los cristales de Fenicia, o guturales como el de un domador de dragones bilingües, es decir, lo que todos saben, lo que todos admiten, lo que todos olvidan.

Pero decir que Augusto Ramírez Moreno fue un tambor despertando cumbres y llanuras, poniendo en pie de guerra conciencias e ideales, ajustando a su esqueleto la Cruz del Sur para el combate irremediable de la soledad, es empezar la romería por esa curva vital que empieza en la arcilla rebelde de Tupac-Amaru y sube inmortalidad arriba hasta donde inventaron las banderas.

Dicen quienes tuvieron el privilegio de gozar de su amistad, que su presencia física era algo así como un rayo vestido de civil, como una lanza con guante, como la antena de la eternidad para lanzar el verbo sobre la mediocridad circundante.

---

* **La República**, 21 de febrero de 1974.

Augusto Ramírez Moreno murió de lo que tenía que morir: de un aldabonazo seco, rotundo, ineludible sobre esa caja de relámpagos que él llamaba corazón.

Hablar de su vida, de su obra, de su trayectoria de cometa, no es política ni es literatura de partido, es, simplemente historia patria, vocación astronómica, riguroso inventario de vivencias en combustión, de choques cerebrales contra los funiculares de la luz.

Augusto Ramírez Moreno, más que un político y un profesional y un erudito, fue un espectáculo de grandeza a escala cósmica, un penacho de la altura, un desbordamiento de lava en la región del trino, de las arpas, de la flauta de pan y de las marimbas que recogen el recuerdo de Darío en el barrio de Monimbó.

Augusto Ramírez Moreno fue un leopardo sin manchas.

Delgado, ascético, elástico, dueño absoluto de su red nerviosa, tenso, a todas horas como los arcos de los motilones en el muñón de la Guajira, fue un enemigo implacable, terrible, invencible, pero un enemigo elegante, noble, respetuoso como la sombra de una ceiba contra los leñadores que la hieren.

El Capitolio Nacional podrá olvidarse de la fecha en la que echaron sus cimientos y del arquitecto que trazó la geometría de sus columnas dóricas, pero nunca podrá borrar de sus mármoles el verbo, los gestos y la fuerza devastadora de esa tempestad que se llamó Augusto Ramírez Moreno.

Jorge Robledo Ortiz.

Medellín, septiembre 7 de 1979.

AUGUSTO RAMIREZ MORENO

Fue el penacho de un rayo. Su verbo parecía
La cólera de Dios sobre la tierra.
Su voz era metal, clarín de guerra,
Látigo, catarata y profecía.

Y sin embargo para hablar del día
Su voz era de cuarzo, lumbre y seda,
Como si aquella espina en rebeldía
Floreciera, de pronto, primavera.

Cuando él murió se estremeció el relámpago
Y ordenó el cielo que hasta el Campo Santo
Le tendieran la Escala de Jacob.

Ya muerto, en su silencio sin frontera,
Era la sombra fiel de una bandera
Sobre el parche sin alas de un tambor.

Jorge Robledo Ortiz.

Medellín, octubre 10 de 1979.

EN LOS TALLERES EDITORIALES DE LA
IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA
SE TERMINO LA IMPRESION DE ESTA
OBRA, EN ENERO DE 1984.